

# *Selecta*

Pack de novelas

## PARA LAS AMANTES DE LA REGENCIA



UNA MAÑANA EN EL TÁMESIS -

DÍAZ DE TUESTA

---

DULCE ENEMISTAD - EVA BENAVIDEZ

---

DESTELLO AZUL - IVETTE CHARDIS

Para las amantes de la Regencia

*Una mañana en el Támesis*

Díaz de Tuesta

*Dulce enemistad*

Eva Benavídez

*Destello azul*

Ivette Chardis

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks  
@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

*Selección RNR*

DÍAZ DE TUESTA

*Una mañana  
en el  
Támesis*



*Romance Histórico*

## Prólogo

—¡Y a lo tengo! —exclamó Arthur Ravenscroft, primogénito del duque de Manderland y marqués de Badfields, mientras se dirigía al rincón del salón del club Brooks's en el que sus amigos, James Keeling, duque de Gysforth, y Edward Truswell, marqués de Rutshore, tomaban un té y leían el periódico.

Ambos le miraron divertidos.

—Buenos días también a ti, Badfields —le dijo James. Dejó el periódico sobre sus rodillas y le hizo una señal a uno de los criados, para que trajesen una nueva taza de té. Iba a necesitarla para afrontar la sesión en la Cámara de los Lores a la que tenía que asistir en poco más de una hora. Después de haber acompañado a sus hermanas de fiesta en fiesta hasta altas horas de la noche, lo único que le apetecía era echarse a dormir un rato—. Veo que el entusiasmo te ha hecho madrugar hoy.

—Vamos, que por una vez, algo te ha hecho madrugar —añadió Edward con sorna—. ¿Dónde está Henson? Habría que tomar buena nota en los anales del club.

—¡Ah, señores, soy inmune al sarcasmo, sobre todo a estas horas, deberíais saberlo! —Arthur se dejó caer en el sillón libre y cruzó las piernas, todo en un movimiento elegante que hubiese aplaudido el mismísimo *Beau* Brummell—. Pero bueno, a lo que importa: ¿recordáis lo que comentamos el otro día sobre que los retos del libro de este club no podían haberse vuelto más tediosos?

Se refería al libro de apuestas de esa institución, en el que los miembros anotaban los desafíos que se les ocurrían, sobre cualquier clase de temas: el tiempo, los deportes, las circunstancias políticas...

Y las mujeres, claro. Siempre las mujeres.

—Por supuesto —asintió James—. Se apuesta por apostar. Por lo general, no hay modo de influir en el resultado. Es un tema que no tiene mayor gracia.

—Tedioso es el término. —Arthur sonrió de oreja a oreja—. Pues aquí tenéis mi propuesta, la solución: ¡un paseo por el Támesis! ¡En barca!

—¿En barca? —repitió Edward.

—Sí. Desde el embarcadero de la casita de Sleeping Oak. No te importa, ¿verdad, Gysforth? —le preguntó, ya que se trataba de una de sus propiedades en el campo—. Es el lugar ideal.

James y Arthur intercambiaron una mirada y se echaron a reír.

—No, importarme no, en absoluto —dijo James—. Pero ¿eso es lo que entiendes por un reto motivador, Badfields? ¿En serio?

—Sí, porque añadiremos ciertas condiciones. —Alzó un dedo en el aire—. Primero, y obvio, la joven debe ir voluntariamente. Nada de secuestrar a nadie.

Hubo un instante incómodo, porque precisamente la hermana pequeña de Arthur había desaparecido cinco años antes, tras escapar de su casa por culpa de una discusión con sus padres. Los duques de Manderland se habían empeñado en establecer un compromiso matrimonial para ella con alguien que le resultaba detestable. La joven Minerva, que era tan testaruda como su hermano, no se lo pensó dos veces y salió por la ventana de su dormitorio, una medianoche.

Desde entonces, nadie había vuelto a verla.

Arthur estaba convencido de que su hermana había acabado mal, atrapada en las redes de las bandas criminales del Londres más oscuro. De otro modo, tras pasarse su primer disgusto, se hubiese puesto en contacto con él, sin duda alguna. Pero no lo hizo y, a pesar de todo su empeño, del poder del duque de Manderland y de la cooperación completa de las fuerzas de la Guardia y el apoyo del propio rey, todavía no habían logrado encontrarla.

Seguro que, tras decir aquello del secuestro, Arthur pensó en Minerva, porque parpadeó ligeramente y se apresuró a seguir hablando para olvidarlo, levantando otro dedo.

—Segundo: debe ser una desconocida a la que no hayamos visto nunca hasta llegar allí. —Sí, eso lo complicaba bastante, aceptó James. Así ya lo veía muy difícil de lograr. Y eso que todavía quedaban a saber cuántos dedos—. Tercero: no podemos pagarle para que vaya, obvio también, sería demasiado fácil.

—Así que no podemos contratar una prostituta.

Arthur se echó a reír.

—No, Gysforth. Ni siquiera una damisela que trabaje en una fábrica y que necesite un par de libras para comprarse un sombrero nuevo.

—O comer bien por una vez en su vida —gruñó Edward, algo molesto por la falta de sensibilidad de su amigo—. O una medicina para sus pulmones, o lo que sea. Ni te imaginas cómo vive alguna gente.

—Bueno, sí. Sí que lo sé, hombre, no te pongas así. —Arthur agitó la cabeza—. No empecemos, lord Rutshore, caballero de las causas perdidas. No quise parecer inhumano.

Era cierto, Arthur no era particularmente inhumano, solo un hijo de su tiempo y su clase. Indolente, cínico, egoísta, hedonista... Pero no era malvado. Hasta podía preocuparle la vida de las gentes amontonadas en las zonas más oscuras de Londres, sin esperanza alguna de mejorar, o la de los trabajadores de las fábricas, que se dejaban la salud día a día para que se enriqueciesen otros; eso sí, solo lo lamentaba durante los pocos segundos que desperdiciaba pensando en ellos. Su único punto realmente sensible era, y seguiría siendo siempre, Minerva.

Edward, por su parte, tenía mucha más conciencia social y solía participar en actividades para

la mejora de la vida de los más desfavorecidos. Quizá ese querer a la gente era lo que le había hecho inclinarse por el estudio del ser humano a lo largo del tiempo. Con los años, se había convertido en un buen historiador, como lo había sido su padre, y colaboraba con distintas universidades, como Oxford o Cambridge, y con el Museo Británico.

James, y también Arthur, se sentían muy orgullosos de él. Edward se estaba haciendo un nombre entre los círculos más eruditos. Claro que, por eso, últimamente se pasaba la mayor parte del año viajando por toda Europa, entre conferencias, investigaciones y visitas a museos, y se le echaba mucho de menos.

En cualquier caso, no sería la primera vez que Arthur y Edward se enzarzaban en una estéril discusión sobre la situación del Londres trabajador. James consideró que era mejor intervenir.

—Pero, si no la hemos visto nunca y no podemos contratarla, ¿cómo demonios vamos a invitarla?

Arthur alzó ambas manos mientras se encogía de hombros.

—A mí no me preguntéis, caramba. Ahí entra el ingenio de cada uno, caballeros. Y esperad, que todavía no he terminado. —Alzó un dedo más—. Cuarto: en la barca, solo pueden estar dos personas: aquel de nosotros que esté llevando la apuesta, y la dama conseguida. Ni doncellas, ni familiares, ni... ni un ahogado en el Támesis al que se ha de recoger para salvarle la vida, caramba. Nadie.

—¡Peor me lo pones! —exclamó James—. ¿Qué dama respetable va a aceptar estar así a solas con un desconocido?

—Pensad, pensad. Es un reto, un desafío. ¿Os interesa?

—No está mal —admitió Edward a regañadientes—. ¿Algún plazo en concreto? ¿Quizá una semana, para lograrlo?

—No lo había pensado, pero me parece bien.

—No sé. —James dudó—. A diferencia de otros, yo soy un hombre ocupado. Una semana me parece poco tiempo, si tengo que ingeniármelas para hacer llegar la invitación a una mujer que todavía no sé ni quién podrá ser.

—Muy bien. Pongamos que hay que conseguirlo en un mes. Si se necesita más tiempo, se dice. Estoy seguro de que todos sabremos ser comprensivos. —Los otros dos asintieron, satisfechos con la idea—. Además, para añadir emoción a nuestras monótonas vidas, daremos ese paseo por turnos: uno de nosotros lo hará por la mañana, otro por la tarde y otro por la noche.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo decidiremos eso?

—Sencillo. He venido preparado. —Sacó tres piedras pequeñas del bolsillo, del tamaño de unos dados. Una era blanca, otra gris y otra negra. Todas habían sido bien lavadas y pulidas. Arthur era muy puntilloso en los detalles—. La blanca será la mañana. La gris, la tarde, y la negra, la noche. Eso mismo decidirá los turnos. El de la mañana será el primero.

James bufó.

—Pero, hombre, al pobre que le toque la noche, le va a resultar imposible.

—Para algunos, quizá —replicó Arthur, con una sonrisa petulante—. La cuestión es, ¿te tocará a ti, Gysforth? ¿Estás dispuesto a arriesgarte? ¿Y tú, Rutshore? ¿O no os seduce la apuesta?

James y Edward volvieron a intercambiar una mirada.

—Siempre has sido ingenioso, Badfields, lo reconozco —admitió Edward—. Y, total, no perdemos nada por probar, quizá hasta sea divertido. Por mí, perfecto. Adelante.

—Por mí, también. —James asintió, aunque más que nada porque les vio interesados en la idea. Ni siquiera sabía si iba a poder cumplir. Últimamente andaba muy ocupado con los temas políticos, por no hablar de que su tía Hetty estaba empeñada en organizarle también un matrimonio a él, esa misma temporada. Bueno, edad tenía, porque estaba a punto de cumplir los veintiocho años. Ya era hora de sentar la cabeza y dar un heredero al ducado—. Veamos adónde nos lleva todo esto.

Arthur rio.

—Al Támesis, por supuesto. —Miró alrededor, fue hacia la chimenea y cogió uno de los jarrones—. ¡Henson! ¡Señor Henson!

—Excelencia... —dijo el camarero jefe de Brooks's, mientras se acercaba con aquella asombrosa combinación de servicial dignidad tan habitual en él.

—Por favor, ¿puede hacernos los honores? —Le entregó el jarrón y las tres piedras—. Tenemos que sacar una cada uno.

—Por supuesto, milord. Deje que le felicite por su buen gusto en porcelanas. Este Josiah Wedgwood es una pieza exquisita, sumamente delicada.

—Ha cogido un jarrón cualquiera, dudo que se diera cuenta de ese detalle, Henson —replicó Edward—. O que sepa siquiera quién fue Wedgwood.

Arthur rio.

—Si está muerto, como la mayor parte de tus conocidos, ni siquiera me interesa saberlo. —Hizo un gesto de disculpa hacia el empleado del club—. Pero, gracias, Henson, prometemos no romper el jarrón.

—Nunca me hubiese atrevido a mencionar semejante posibilidad, excelencia —replicó imperturbable el camarero.

—Desde luego, desde luego. Vamos a proceder a...

—Pero, espera, espera un momento, Badfields —le cortó James—. Antes de nada... ¿qué nos apostamos?

Arthur le miró desconcertado.

—¡Pero hombre! Eso es lo de menos, lo que cuenta es ganar.

—Ah, bueno, supongo... Pero algo habrá que poner, ¿no? ¿Usted qué opina, Henson?

El hombre asintió, muy serio.

—Sería lo apropiado, desde luego, excelencia.

—Está bien. —Arthur se encogió de hombros—. Pues, no sé... ¿Mil libras a cada uno de los otros dos?



—Caramba. Para no importar qué se podía ganar, has puesto una buena suma.

—Tampoco es tanto. Solo suficiente para recordarlo. Bien, ¿vamos a ello? Henson, proceda usted mismo, en el orden que quiera.

El camarero jefe cogió el jarrón, lo puso boca abajo para que se viera bien que estaba vacío, depositó en su interior las tres piedras y lo agitó apenas, levantando un sonido tintineante de cerámica. Luego, se lo ofreció a Edward.

—La mano extendida, lord Rutshore. Y aparte la manga, por favor.

—Henson, por Dios... Ah, está bien. —Edward metió la mano como indicaban y sacó una piedra. Era la gris—. Ajá, perfecto. Ni pronto ni tarde, el momento justo. Como a mí me gusta.

—Eres un hombre poco emocionante —afirmó Arthur. Cuando Henson le tendió el jarrón, sacó la piedra negra—. Al contrario que yo.

—Sí, ¿eh? Me encantará ver cómo convences a una dama para ir al Támesis a dar un paseo de noche. A solas.

Arthur se echó a reír.

—A mí también.

Henson se volvió hacia James.

—Su turno, lord Gysforth.

James arqueó una ceja.

—Hombre, Henson, solo queda una piedra. No creo que sea necesario... Oh, como quiera —claudicó, al ver la expresión del hombre, que no se movió, ni siquiera pestañeó, mientras le ofrecía el jarrón—. A ver, veamos qué me ha tocado... ¡Vaya, qué sorpresa! —Sacó su piedra. Era la blanca—. Una mañana en el Támesis.

## Capítulo 1

Aquel día hubo una sesión doble en el Parlamento, con discusiones muy tensas, tal y como había esperado. Por esa razón, James no volvió al club hasta bien entrada la tarde y, para entonces, hasta se había olvidado de su apuesta. La recordó al ver a Henson, ocupado en asegurarse de que todos los caballeros presentes estaban debidamente servidos.

—Bienvenido, lord Gysforth —saludó, tan cortés y tan serio como siempre. Le ayudó a quitarse el abrigo y tomó también su bastón y su sombrero. Se los pasó a uno de los criados—. ¿Va a cenar con nosotros esta noche?

—No, gracias, Henson. Ya he comido algo de camino y me retiraré temprano. Tengo que recoger a mis hermanas y a mi tía en su casa, para acompañarlas a la fiesta de lady Wallace. —Suspiró—. Ojalá no estuvieran en plena temporada. Hoy me siento agotado.

—Sí, tiene cara de cansancio, si me permite decirlo, excelencia. ¿Han dado mucha guerra esos malditos *tories*?

James se echó a reír. Le vino a la cabeza un tory en concreto, lord Dankworth, que era su adversario directo en el tema de lograr organizar una policía moderna en Londres. En esos momentos, ese era el proyecto principal de James, pero también luchaba por ampliar el derecho a voto a los propietarios de inmuebles con una renta mayor de diez libras anuales, lo que no aumentaría mucho el número de votantes, pero sí permitiría que empezasen a salir adelante leyes con mayores avances sociales.

—Por supuesto —replicó—. Tanta como los *whigs*. Combates sin tregua en el campo de batalla, señor Henson. Lo de siempre. —Ambos hombres se miraron a los ojos y cabecearon, como veteranos de guerra que compartieran la misma experiencia—. ¿Están aquí lord Badfields o lord Rutshore?

—Solo lord Badfields, milord. Lord Rutshore cenó pronto y se excusó, dado que mañana temprano debe asistir a una conferencia sobre algún tema de gran relevancia científica, según tuvo a bien informarme. —Señaló pasillo adelante con la cabeza—. Lord Badfields, sin embargo, todavía nos acompaña. Está en la salita real, ocupado en una partida de *whist*.

«Ocupado». James no pudo evitar sonreír. Henson era Henson, y nunca cambiaría. Consideraba igual de importante discutir una nueva ley en el Parlamento que dar un paseo, asistir a una conferencia, elegir una corbata, leer un libro o jugar a las cartas o a los dados. Tal como se refería

a ello, daba la impresión de que todo lo que decidiese hacer un miembro de la nobleza inglesa con su tiempo, era una labor vital para el destino del imperio. Quizá tuviera razón.

—Gracias, Henson. Muy amable.

James siguió pasillo adelante, con tranquilidad, saludando a diestro y siniestro a los caballeros con los que se iba cruzando. Los conocía prácticamente a todos, y a los que no, tenían menos relevancia social y estaban deseando conocerle a él. Con unos simpatizaba más que con otros, pero todos ellos pertenecían a lo mejor de la sociedad británica... y los únicos que podían permitirse las más de veinte mil libras que costaba la inscripción de Brooks's al año.

Eso para empezar, por supuesto. Luego estaban los gastos habituales y las grandes cantidades que se movían de manos en las mesas del club, sobre todo en partidas de *whist*, la principal afición por la que se había hecho famoso. Muchos caballeros, entre ellos el padre del propio James, se habían cambiado en su momento del club White's al Brooks's por las muchas limitaciones al juego que habían empezado a darse en el primero. Que también lo hubiesen hecho el rey George IV, cuando era príncipe regente, y su amigo *Beau* Brummell, había terminado de sellar su éxito.

La salita real era una de las más pequeñas y tranquilas del local, reservada a miembros especiales. Decorada en dorado con cortinas y adornos magenta, en ella solo había una mesa, un aparador y un mueble con diversas bebidas, para que si los miembros del club querían servirse ellos mismos, no tuvieran que llamar a ningún camarero. De todos modos, siempre rondaba alguno por allí, tratando de agradar a los insignes huéspedes.

El lugar llevaba ese nombre precisamente por el hecho de que el rey, desde siempre, le gustaba mucho jugar en ella. Allí, a veces a puerta cerrada, se celebraban partidas privadas entre los más ricos del imperio, en las que se intercambiaban grandes sumas de dinero, sin ningún límite ni control. Como esa noche.

La mesa estaba llena y rodeada de un nutrido público, lo que indicaba que las apuestas estaban subiendo y poniéndose interesantes.

Vio a Arthur sentado a ella. Estaba jugando al *whist* con dos caballeros de mediana edad, ambos de sobra conocidos, y otro joven, de poco más de veinte años. Un auténtico aspirante a dandi, algo fácil de deducir por los muchos rizos que llevaba bien dispuestos sobre la frente, pero sin el suficiente gusto a la hora de vestirse o de combinar los complementos.

Observó el temblor de sus muñecas mientras cogía las cartas. El modo nervioso con que estudiaba todo a su alrededor...

—¿Desea tomar algo, lord Gysforth? —le preguntó un camarero, sacándole de sus cavilaciones.

—Sí, por favor, Anthony. Un whisky. —Señaló la mesa con un gesto discreto—. ¿Quién es el joven?

—El conde de Saxonshare, milord. Por lo que tengo entendido, lleva poco tiempo en Londres.

—Oh, sí. He oído hablar de él. Gracias.

Así que aquel era el famoso Frederick Howland, el muchacho con aire atormentado y ojos de

ángel que acababa de heredar el título de conde de Saxonshare tras la muerte de su tío...

James estaba al tanto de aquello porque, ni dos días antes, sus tres hermanas habían hablado hasta hartarle sobre lo injusto de la situación de esa familia. Al parecer, el difunto lord Saxonshare tenía una hija dos años mayor que su sobrino, pero, mientras él era ya mayor de edad, a ella todavía se la consideraba una niña, y había sido puesta bajo su tutela.

Por si eso no fuera suficiente, sin herederos varones directos, el título y las propiedades de Saxonshare habían terminado yendo a parar a manos de aquel muchacho que ya se había ganado fama de atolondrado en las noches londinenses, sobre todo por sus grandes pérdidas en el juego.

A pesar de todo, sus hermanas pequeñas, Lizzie y Lettie, las gemelas, juraban estar muy enamoradas de él desde que le vieron en una de las fiestas de la temporada. Decían que tenía unos ojos bellísimos, unos ojos de ángel, y les encantaba su aire atormentado. Despertaba sus instintos más protectores.

«Menudo par de tontas», pensó James. No era extraño que estuviese atormentado. Tras ver el modo peculiar en que vivía la partida en la que se encontraba en ese momento, James estaba por asegurar que todo aquello se había convertido en un serio problema para él.

Con el vaso de whisky en la mano, se acercó a la mesa.

—Gysforth, buenas noches —le dijo Arthur. James vio que estaba jugueteando con la piedrecilla negra de la apuesta de la mañana y sonrió. Se había olvidado de aquello. Bueno, tenía todo un mes para superar la prueba. Y si no se le ocurría nada, pues pagaría con gusto las dos mil libras. Qué se le iba a hacer. Con suerte, tampoco sus amigos podrían cumplir y al final quedaría la cosa en tablas, sin pérdida alguna.

—Badfields. Señores... —saludó en general—. ¿Qué tal? ¿Se está dando bien la noche?

—Algunos no nos podemos quejar, su excelencia —dijo sir John Middleton, sheriff de la Guardia en la zona y muy amigo de Arthur desde el asunto de Minerva—, pero yo ya me retiro, lamentablemente. Ocupe mi sitio, si le parece, y así juega de pareja con lord Badfields.

—¿De verdad? No se moleste por mí, no pensaba quedarme mucho y no quisiera interrumpir...

—No lo hace, se lo aseguro. —Sir John vació su copa de un solo trago. Era un hombre rubicundo y risueño, siempre agradable, incluso cuando tenía que acusar a alguien de cualquier fechoría—. Hoy es mi trigésimo aniversario de boda, milores. Si llego tarde a la cena, les aseguro que mi esposa cometerá un crimen. ¡Y a ver entonces quién la detiene!

Todos rieron la broma y despidieron a sir John, felicitándole y deseándole lo mejor. Visto lo visto, James tomó asiento frente a Arthur, que le miró con sorna.

—Hazme feliz y dime que te has aprendido por fin las reglas del *whist*, mi querido Gysforth.

—Muy gracioso. Sobre todo teniendo en cuenta que tú, precisamente tú, no me has ganado nunca.

Arthur rio.

—Porque tengo el buen tino, o la buena suerte, de jugar siempre de pareja contigo, lo admito. —Señaló al muchacho—. ¿Conoces a lord Saxonshare?

—No personalmente, pero me han hablado de él. —Le saludó cortés con la cabeza—. Lamento mucho la pérdida de su tío, milord.

—Gracias, excelencia —replicó Saxonshare, con un gesto similar—. Es un honor conocerle.

—Le aconsejo que no lo diga demasiado rápido. Me temo que, esta noche, somos adversarios. —Todos rieron, el muchacho de un modo algo nervioso. Se repartieron las cartas y jugaron un par de bazas antes de seguir hablando—. Y, dígame, ¿le gusta Londres?

—Mucho. Mucho.

—¿Han venido para la temporada? ¿Quizá va a presentar a su prima?

—No. —Pareció avergonzado. Ya se lo podía imaginar. Viendo el modo en que jugaba, y lo que había oído, no debían quedarles muchos recursos para temporadas de ninguna clase—. Le toca, su excelencia.

—Oh, sí. Disculpe.

De modo que no tenía ganas de hablar. Bueno, pues no hablaría. Tampoco sentía gran interés por su persona, ni por el destino de su familia. Si se quedaba un rato era por Arthur, juntos hacían una buena pareja de *whist*. Además, le convenía jugar un poco, entretenerse y olvidarse de todos los problemas del día, o se pasaría horas dándoles vueltas en la fiesta con sus hermanas y luego en la cama.

Durante la hora siguiente jugaron fuerte y llegó a la conclusión que ya tenía: aquel muchacho iba a quedarse en la ruina antes de tener edad suficiente para peinar una posible barba. Era un auténtico adicto al juego, como otros lo eran al opio o a otras sustancias del estilo. Tras perder ante un *gran slam* conseguido por Arthur y James al ganar las trece bazas seguidas, se empeñó en subir la apuesta, para ver si conseguía remontar, y no pudo irle peor.

—¡No puede ser! Tiene que darme la revancha, lord Gysforth —dijo al final, cuando se quedó sin nada.

—Oh, por favor —el que habló fue su compañero, el barón de Shattherey, un hombre que, bien lo sabía James, era ya de por sí demasiado aficionado al juego. Pero estar con Saxonshare le había superado por completo. Se puso en pie disgustado—. Lo siento, lord Saxonshare, yo me retiro

—¡No! —exclamó el conde—. ¡Todavía no terminamos!

—Ya lo creo que sí. Al menos, yo. —Hizo un gesto para que el camarero anotase lo consumido en su cuenta, se despidió de todos y salió. Saxonshare se agarró al borde de la mesa.

—Señores, por favor, tienen que darme la revancha...

Parecía tan desesperado, que James titubeó. Intercambió una mirada con Arthur, pero este negó discretamente con la cabeza porque opinaba como él: aquel pardillo no sabía controlarse. Le habían ganado todo, hasta el alfiler de corbata con la S de diamantes que había puesto sobre la mesa con un aire dramático digno del escenario del Covent Garden. No tenía ni idea de cómo salvarle de sí mismo, y seguir desplumándole de semejante modo no resultaría honorable.

—Sería mejor no cont... —empezó, pero el otro se puso en pie de un brinco, sobresaltándole.

—¡Por favor! Si les preocupa que no pueda pagar, les informo de que todavía tengo mi casa, mi mansión aquí en Londres. Puedo traerles las escrituras mañana sin falta. —Se estiró, hasta parecer pomposo, de puros nervios—. Supongo que se fiarán de mí. Soy un caballero, excelencias. Considero las deudas del juego unas deudas de honor.

«Rayos», pensó James, de un modo que hubiese hecho fruncir el ceño a su tía Hetty. Y Arthur, cómo no, había torcido la boca de un modo peligroso mientras seguía jugando con la piedrecilla negra.

Verla, de pronto, le sugirió una idea.

Sí, por qué no. Podía funcionar.

—Está bien —le dijo a Saxonshare—. Entiendo su preocupación ante tantas pérdidas, pero no es necesario que sigamos jugando. Estoy dispuesto a hacer un intercambio justo con usted. Le devolveré mi parte de lo que hay sobre la mesa —era una buena cantidad, alfiler de corbata incluido—, a cambio de un pequeño favor. Algo sencillo.

—¿Gysforth...? —empezó Arthur, confuso. James sonrió y le señaló la piedrita negra con las pupilas—. Oh, entiendo —Por los ojos de su amigo pasó un brillo de diversión—. ¿Estás seguro?

—Completamente. —James sintió una absurda efervescencia en la sangre, como si se encontrase embarcado en alguna clase de carrera contra el tiempo.

Pensándolo bien, de algún modo lo estaba.

—Bien, entonces. Adelante.

Saxonshare les contemplaba con sospecha.

—¿De qué hablan?

—Nada, no se preocupe. Eso eran cosas nuestras. Repito que solo quiero pedirle un favor muy sencillo.

—¿Y qué puede ser? —replicó el joven, con recelo—. Comprenderá que tiene que decírmelo antes.

—No hay inconveniente, no se preocupe, no es nada inmoral ni tengo nada que esconder. —A pesar de lo dicho, dudó sobre el modo de exponerlo—. Por lo que tengo entendido, tiene usted una prima...

—Sí, lady Bethany Howland —asintió Saxonshare—. Tras la muerte de mi tío, ha quedado bajo mi tutela.

«Pobre desdichada», pensó James, que estaba más de acuerdo que nunca con sus hermanas. Excepto en lo de los ojos de ángel.

—Bien. Verá, lo único que quiero es que la convenza para que dé un paseo en barca conmigo, digamos... —Hizo un rápido repaso de su agenda. Esperaba no estar metiendo la pata, pena de no poder consultar con su secretario—. ¿Les vendría bien pasado mañana por la mañana?

Ahora, el muchacho le miraba desconcertado. Normal.

—Supongo que sí... No tengo ninguna obligación, ni ella tampoco.

—Perfecto. Entonces, enviaré un coche a buscarles a su domicilio para llevarles a un lugar

llamado Sleeping Oak, una casita junto al Támesis, con embarcadero. Una vez demos el paseo, podrán optar por regresar con ese mismo coche a su casa, o haré que les lleven donde deseen. Será una excursión agradable, sin más.

Saxonshare seguía atónito. Miró la cantidad sobre la mesa y volvió a girar las pupilas hacia James.

—¿Todo esto a cambio de un paseo en barca con mi prima Bethany? ¿En serio? —Frunció ligeramente el ceño—. ¿O es una broma?

—En absoluto. No es mi estilo bromear de semejante forma. Pero quiero dar un paseo en barca con su prima, es lo único que deseo, a cambio de devolverle todo lo que ha apostado. —Empujó su parte de ganancias por la mesa. El alfiler giró sobre sí mismo y sus diamantes brillaron a la luz de las velas—. Pero tendría que confirmármelo cuanto antes, porque tiene que ser pasado mañana por la mañana, sin falta. No puedo demorarlo de ningún modo, soy un hombre muy ocupado. ¿Está de acuerdo?

Saxonshare se lo pensó un momento.

—Según entiendo, acepta que yo la acompañe... —tanteó. James asintió. No tenía ningún problema con eso. Hasta lo prefería, antes de tener que lidiar a solas con una joven desconocida por la que no sentía el más mínimo interés.

—Por supuesto, si lo desea. Eso sí, en el bote pasaremos su prima y yo, a solas. Forma parte del acuerdo. —Sonrió a Arthur, que estaba al acecho de una infracción en las normas. Su amigo le devolvió la sonrisa, con ecuanimidad—. Por supuesto, podrá observarnos en todo momento desde la orilla. Y le doy mi palabra de honor de que seré muy correcto.

El muchacho se lo pensó aún un momento, pero asintió.

—Siendo así, muy bien. Cuente con su paseo por el Támesis, lord Gysforth.

## Capítulo 2

—Milady, su primo acaba de llegar y desea verla en el despacho antes del desayuno.

Sobresaltada, Bethany apartó la vista del espejo del tocador y se volvió hacia la puerta de su dormitorio. Claire, su doncella personal, y única doncella de la casa a esas alturas, le devolvió la mirada con cara de circunstancias.

—Está bien, gracias, Claire. Ahora mismo bajo.

—¿Quiere que la peine yo?

—No, no es necesario. Me las arreglaré. Bastante tarea tienes ya.

La muchacha titubeó.

—¿Le dirá lo que le comenté anoche, milady?

—Eh, sí... Sí, desde luego. —Que si no le pagaban los tres meses de sueldo que ya le debían, tendría que irse. Ella y su padre, el señor Briggs, el que había sido mayordomo de los Saxonshare durante muchos años, toda la vida de Bethany y más. Lógico, no podían hacer otra cosa. Si trabajaban, era para ganar dinero, no por el anhelo vital de mantener impecables los cuellos de las camisas de Freddy—. No te preocupes, Claire, se lo diré. Y no te disgustes, que lo entiendo. Pase lo que pase, yo siempre os estaré agradecida, a ti y tu padre. Bastante habéis hecho por la familia.

Claire oprimió los labios, con gesto apesadumbrado.

—Me duele mucho tener que irme, milady, mucho, usted lo sabe, pero nosotros no tenemos nada en la vida, solo lo que sacamos con nuestro esfuerzo y nuestro trabajo, y debemos pensar en el futuro.

—Por supuesto —replicó, avergonzada. Maldito Freddy, le odiaba por ponerla en esa situación—. Lo comprendo perfectamente. Vete tranquila.

Cuando se quedó sola, Bethany suspiró, dejó el cepillo con el que se había estado peinando, se recogió el cabello rubio, de un suave tono trigueño, en un moño bajo y pulcro que realzaba la elegancia de su rostro y se contempló en el espejo del tocador.

Sabía que era una mujer hermosa, aunque no se ufana de ello, su padre le había enseñado a no encontrar ningún mérito en lo que le había venido dado, sin necesidad de esfuerzo por su parte. En todo caso, se sentía agradecida por su suerte. Los grandes ojos azules, la nariz levemente respingona y los labios generosos y bien perfilados, eran herencia de su madre, por completo, y estaba muy satisfecha de ellos, igual que se alegraba de haber salido alta y delgada como su



padre.

Lástima de vestido. Se pasó una mano por la pechera, intentando colocar los volantes de tal modo que no se notase tanto la tela desgastada. El que llevaba puesto era el que usaba prácticamente de continuo desde hacía cinco años, siempre que estaba dentro de la casa. Solo tenía otros dos en condiciones para las salidas, y algo le decía que no iba a estrenar nada en años.

En Saxonshare Manor, como vivía prácticamente recluida atendiendo a su padre enfermo, no había importado, por lo que hacía mucho tiempo que no se hacía nada nuevo. ¿Para qué? Apenas salían más allá del jardín, no iba a ninguna parte excepto a alguna reunión esporádica con viejos amigos, gente de campo a los que no les importaba qué llevaba puesto.

Al llegar a Londres, había pensado encargar algún vestido, pero en los primeros momentos no hubo ocasión, y menos mal, porque, visto lo visto, no hubieran podido pagarlos. Maldito Freddy... ¿Qué querría aquel tarambana ahora? A saber. Esperaba que al menos no estuviese borracho. La última vez, la situación fue bastante desagradable.

¿Por qué hacía eso? Estaba irreconocible. Desde que llegaron a Londres, parecía haber caído bajo alguna clase de hechizo, algo que le había cambiado completamente el carácter. De ser un chico un poco atolondrado, pero amable y cariñoso, el Freddy de siempre que se había criado con ella, se había vuelto esquivo y ruin, y con su obsesión por el juego les estaba llevando a la ruina.

Ojalá no hubieran ido a Londres. Ojalá no hubiese ido a aquel maldito club. El antiguo conde de Saxonshare, el padre de Bethany, había sido miembro de Brooks's. Al heredar el título, Freddy había solicitado su entrada, y se la habían concedido. Había hecho aquello como había pedido que se le mantuviesen los mismos palcos en el teatro, simplemente por seguir los pasos de su tío, al que admiraba.

Pero, en cuanto pasó una noche en el club, cambió por completo.

Ahora, vivía para los naipes y los dados. Había sido un proceso progresivo, pero rápido. Un día llegó entusiasmado, porque le había encantado el club y había ganado varias partidas. Luego, pasó un tiempo en el que no era realmente consciente de las pérdidas, vivía solo obsesionado por las ganancias, se deleitaba con ellas. Solo cuando la cosa se agravó empezó a estar desquiciado porque la suerte le había dado la espalda, pero se mantenía seguro de que volvería a estar en racha en cualquier momento. Era algo que repetía de continuo, y para poder llegar a esa nueva etapa de buena suerte debía seguir apostando. Seguir arruinándoles a ambos...

Desde entonces, Freddy se había apartado de Bethany y hacía vida nocturna, por completo. Salía inmediatamente después de cenar y no volvía hasta el desayuno, o más tarde todavía, la mayor parte de las veces muy borracho. Por lo general, se metía directamente en la cama, en la que dormía hasta la hora del té o más allá, hasta una nueva cena.

Y algo más que Bethany no podía perdonarle era que no le hubiese hablado de esas grandes pérdidas en las mesas de juego. En lo que atañía a Freddy, ella hubiese podido no enterarse de nada hasta encontrarse ya en la calle, sin un techo sobre su cabeza. Pero, para su desgracia, dos semanas atrás había empezado a llamar a su puerta una auténtica procesión de acreedores. Ahora,

raro era el momento en que no había tres o cuatro estacionados fuera, en el jardín delantero, dando voces o simplemente mirando mal hacia la casa. Escandalizando a los vecinos y avergonzándola a ella. Y cada día eran más.

Y Briggs. Y Claire...

¿Qué podía hacer con él? ¡Si hasta se había atrevido a llevar a casa a una prostituta! Menos mal que ella no había llegado a verla, o se hubiera muerto del espanto. Claire le contó que el señor Briggs la había acompañado personalmente a la puerta, después de encontrarla rondando por las habitaciones de la planta baja, con varios objetos de valor en los bolsillos. Al parecer, Freddy se había quedado dormido nada más tumbarse en la cama y la chica no quería hacer la visita en balde.

—Debimos quedarnos en Mauve Meadow... —se dijo, en un susurro.

Así se llamaba el pequeño pueblo de Berkshire en el que había crecido, donde estaba Saxonshare Manor, la gran casa de sus ancestros, que parecía construida con piedra gris y hiedra a partes iguales. Le había dolido mucho tener que dejarla, pero Freddy había insistido en que fuera a Londres con él, cuando todavía era el joven encantador y tímido que se sentía amedrentado por la gran ciudad.

Y, total, había llegado la hora de asumir la realidad. El título, y su fortuna en tierras y edificaciones, habían pasado a su primo. Saxonshare Manor ya no era su casa, el hogar de la pequeña Bethy, era una de las muchas propiedades de Freddy. Tarde o temprano, su primo se casaría y habría otra mujer en sus salones, una auténtica lady Saxonshare que diría qué flores había que poner y qué menús se debían servir.

Bethany suspiró. Al menos, aunque lamentaba las muchas pérdidas sufridas y le preocupaba su presente, no temía por su futuro. Su padre había tenido el buen tino de hacerse un seguro de vida nombrándola beneficiaria, y en su testamento había establecido que esa cantidad fuese la base de una renta vitalicia sustanciosa para Bethany, un dinero que empezaría a recibir cuando cumplierse los veinticinco años o cuando se casase, lo que ocurriese antes. Los dedos pródigos de Freddy no podrían tocarla.

Pero, definitivamente, debía establecerse en otro lado. Y, en su momento, Londres parecía tan buen sitio como cualquier otro y mejor que muchos.

Eso sí, de haber sabido lo que le esperaba...

Tenía que hacer algo con Freddy. Quizá pudiera convencerle para que volviese a Mauve Meadow, últimamente se le veía muy apesadumbrado por las pérdidas. Si pudiese hacerle recapacitar, que se diera cuenta de que, como en casa, no iba a estar en ninguna parte...

En compensación, podía ofrecerle vender algunas de las joyas de su madre, había varias muy valiosas. Freddy las custodiaba hasta que ella fuese mayor de edad pero, ¿qué sentido tenía conservarlas, encontrándose en esa situación? Por mucho que le doliera, estaba dispuesta a vender una parte para saldar las deudas de su primo y pagar los sueldos de Briggs y Claire, que no tuvieran que irse sin nada a buscar trabajo en otro lado. Al menos, habría sido por una buena

causa.

Bethany suspiró, volviendo a la realidad. Llegaba tarde, de modo que dio un último repaso a su aspecto, salió del dormitorio, bajó las escaleras y se dirigió al despacho, a ver qué quería Freddy, el loco Freddy.

«Ay, Señor», pensó con un suspiro. En otra época, hasta le había querido como un hermano y de niños siempre jugaban juntos. Al ser el único hijo de su tío Andrew, el hermano pequeño de su padre, les había visitado en innumerables ocasiones y durante largas temporadas, quizá previendo ya que todo cuanto veían en las tierras de Saxonshare iba a ser suyo. Luego, tras la muerte de tío Andrew, cuando Freddy tenía trece años, fue a vivir con ellos, de forma definitiva.

Qué injusticia. Freddy era dos años menor que ella, pero ya era mayor de edad, mientras que Bethany tenía que esperar todavía otros tantos hasta conseguir ser considerada legalmente adulta. ¡Le habían hecho su tutor! ¡Por Dios! ¡A él, a quien tenía que estar diciendo a cada momento que se atase bien los zapatos o que comiese como era debido!

No era más que un crío, y todo aquello le había quedado demasiado grande.

Se detuvo ante la puerta del despacho y llamó, tensa. Desde la última discusión se le habían quitado las ganas de hablar con su primo. Pero no le quedaba más remedio. Al margen de lo que él tuviera que decir, había que resolver el asunto de Claire y de su padre.

—Adelante —oyó.

Bethany abrió y entró en el despacho. Por suerte, era el de la ciudad, a la que ella solo había ido un par de veces de pequeña, apenas recordaba detalles y no tenía establecidos vínculos afectivos con ningún rincón de la casa. De haber sido el de Saxonshare Manor, la visión de Freddy junto a la mesita de las bebidas hubiese sido mucho más amarga. Siempre le ocurría lo mismo: en el comedor, en la sala de estar, incluso en las caballerizas. Verle tocar las cosas de su padre con la satisfacción de un propietario, era algo que no había llevado nada bien.

Por fin encontró algo positivo de su estancia en Londres.

—¿Querías verme? —preguntó. Freddy dio un trago y la miró con sarcasmo.

—¿No vas a decirme que es demasiado temprano para beber?

—No. De decir algo, diría que es demasiado tarde como para llegar a casa pensando en acostarse. Porque de aquí te irás a la cama, ¿no?

Aquello no le gustó, pero como siempre, no supo seguir con la cadena de pullas. Freddy no era un hombre ingenioso.

—No seas descarada —se limitó a decir. Señaló uno de los sillones—. Siéntate, anda.

—No hace falta. Seguramente serás breve.

—Seguramente —gruñó, y luego trató de componer un gesto menos adusto—. Solo quería decirte que mañana tienes una cita.

—¿Una cita? ¿Yo?

Pensó que le había entendido mal, que él la iba a mirar sorprendido, se iba a reír y a decir otra cosa, pero no.

—Sí, eso he dicho. Aunque yo te acompañaré, no te preocupes. Tenemos que estar preparados a las ocho de la mañana, en punto. A esa hora vendrá un coche a recogerlos.

Como dio la impresión de que eso era todo, que no pensaba explicar más, Bethany decidió empezar un interrogatorio.

—¿Qué significa esto, Freddy? —preguntó, advirtiendo con el tono que no iba a dejarlo estar sin recibir respuestas—. ¿Un coche, de quién? ¿Y a dónde pretende llevarme? ¿O llevarnos?

—A una casita de las afueras, a orillas del Támesis. Sleeping Oak, creo que se llama. El propio lord Gysforth es su propietario.

—¿Lord Gysforth?

—Eso es. Él es quien me ha pedido que interceda en su nombre para esta cita.

Bethany parpadeó, sorprendida y... algo más. Ilusionada, sí, ese era el término, aunque no se atrevía a creer que estuviera ocurriendo aquello. Había visto pocos días antes a lord Gysforth, en los Jardines de Vauxhall, el único lujo que se había permitido desde su llegada a la ciudad. No le hacía gracia gastar el dinero en una entrada, pero recordaba haber estado allí de niña, con su padre, cuando representaron la batalla de Waterloo, y quería recordar aquellos momentos felices.

Estaba cerca de la tienda turca cuando oyó que unas damas mencionaban al duque de Gysforth y miró hacia allí con curiosidad, porque había oído hablar mucho de él, incluso cuando estaba en Mauve Meadow. Sus amigas, hijas de caballeros locales, solían ir a Londres de compras o por pura diversión, sobre todo cuando ya tuvieron edad para ser presentadas en la temporada, y siempre volvían con grandes historias que la llenaban de envidia. Gysforth solía formar parte de la mayor parte de ellas. Tenía fama de ser muy atractivo, además de enormemente rico y poderoso.

De lo último podían seguir quedándole dudas, pero de lo primero, en absoluto. ¡Qué hombre más guapo! Qué alto, qué elegante y atractivo era, con aquel rostro perfecto de sonrisa carismática.

Cuando le vio, él estaba saludando a dos caballeros y una dama, y Bethany sintió que el corazón le daba un vuelco completo dentro del pecho. Los ojos de Gysforth, de un gris muy claro, que casi parecía plata, eran el complemento perfecto para su abundante cabello negro. Ese contraste fue lo primero que le llamó la atención. La había enamorado, por completo.

«¡Enamorado!», pensó, escandalizada por el término elegido. «Menuda tontería, Beth». Simplemente era guapísimo y ella, que había tratado a pocos hombres fuera de su familia y ninguno como ese, se había sentido fascinada. Pensó que no la había visto, porque había mucha gente por allí en medio, el parque estaba muy concurrido en aquellos momentos. Además, no se conocían de nada, no habían sido presentados, ¿cómo iba a saber quién era ella?

Pero ¿y si se había fijado, pese a todo? ¿Y si había preguntado a alguien por quién podía ser aquella desconocida que le admiraba embobada, completamente sola en la multitud? Quizá lo había hecho, y había habido suerte y alguien la conocía, por eso había buscado el modo de reunirse con ella...

«Demasiada suerte». Ella no solía ser tan afortunada. Por lo general, su papel era el de

espectadora del mundo, testigo de la alegría de otros. Como en Vauxhall. Como luego, cuando, impulsada por aquel sentimiento absurdo, había buscado información sobre Gysforth y había paseado por el frente de su casa, la impresionante Gysforth House, situada entre el Pall Mall y el Mall, en el distrito St. James, muy cerca de Carlton House, la mansión que ocupó el rey cuando era príncipe regente.

Si era imposible que alguien como James Keeling, duque de Gysforth, se fijara en ella, lo era mil veces más el hecho de que alguien situado a tales alturas sociales, fuera a considerarla adecuada para una relación respetable. Debía ser cauta: de buscar algo con ella, no sería nada decente, sino algo que la hija del conde de Saxonshare no podría aceptar, jamás.

Pero, a su pesar, su corazón empezó a latir, esperanzado.

Gysforth quería verla...

—¿Estás seguro de que no hay ningún error, Freddy? ¿De verdad? ¿Era conmigo con quien quería citarse?

—Desde luego. Pronunció tu nombre con toda claridad. No te preocupes —repitió, preocupándola más todavía—. Por lo que tengo entendido, lo único que desea es dar un paseo en barca contigo.

Aquello la dejó más estupefacta aún.

—¿Un paseo en barca?

—Sí. Vamos, Beth, no pongas esa cara. No te preocupes. —¡La tercera vez! Se acercaba el fin del mundo, seguro—. ¿Qué puede haber más inocente que una mañana en el Támesis?

—No sé...

Freddy se echó a reír.

—Mira, le conozco poco, pero me consta que es un hombre de éxito entre las mujeres, no le veo necesitando forzar una situación de este modo, para nada. —Le guiñó un ojo—. Sinceramente, yo creo que te ha visto en alguna parte y que es una excusa para concertar un encuentro privado.

—¿Tú crees?

¡Entonces, la había visto en Vauxhall! ¡Definitivamente, la había visto! ¡No podía creer en su buena suerte! Aquel hombre maravilloso se había fijado en ella y había organizado ese encuentro tan peculiar para poder hablarle a solas, y en un ambiente romántico, lejos del bullicio de Londres. Y, además, a la vista de su primo, como dictaba la moral, de modo que, quizá, lo que fuera que quería decirle, pudiera ser algo respetable. ¡Tenía que serlo!

—Está bien, iré —aceptó, con el alma en vilo—. Pero no te entusiasmes —se apresuró a advertirle, al verle sonreír. Ella también sabía jugar y aprovechar una ventaja. Freddy no tenía por qué saber lo feliz que estaba por la idea de reunirse con Gysforth—. Reconozco que siento curiosidad por saber qué quiere, pero solo lo haré si aceptas cumplir dos condiciones.

—¿Cuáles?

—Primera: hoy mismo pagarás al señor Briggs y a Claire lo que se les debe. Todo. No les escatimarás ni un penique.

Freddy dudó.

—Está bien. No sé si hoy, porque estoy cansado y preferiría irme a dormir. —Iba a insistir, porque no se fiaba ni un poco, pero él fue más rápido—. ¡Por favor, Bethy, ten compasión, estoy agotado! Mañana sin falta, cuando volvamos del paseo con Gysforth, pasaré por el banco, te lo prometo. Hasta puedes venir conmigo si lo deseas. ¡Y luego iremos de compras a Bond Street! ¿Qué te parece? Ya es hora de que te encargues un vestido nuevo.

Qué generoso estaba. Así que también tenía grandes esperanzas puestas en aquel paseo por el Támesis. Ojalá todo saliera bien... Bethany se mordisqueó nerviosa el labio inferior. Bueno, no era una demora tan grande. Si el señor Briggs y Claire habían esperado meses para cobrar sus sueldos, bien podían esperar un día más. Así, de paso, podría comprobar en el banco cómo iban las cosas.

—De acuerdo, está bien. Mañana sin falta. —Freddy sonrió victorioso por segunda vez—. Espera, espera, que todavía queda la otra condición. —Se cruzó de brazos, adoptando una expresión dura—. Tienes que prometerme no volver a jugar nunca más. Nunca, Freddy.

Él bufó, como siempre que sacaba el tema.

—¡Qué empeño!

—Freddy...

—No empieces, Bethany. Me parece absurdo, jugar es una actividad de caballeros. Además, no sé qué pretendes que haga entonces con mi tiempo. ¿Visitar burdeles?

—Ah. ¿Otra actividad de caballeros?

Al menos, se ruborizó.

—Bethany, de verdad que entiendo que estés preocupada, pero es evidente que esta mala racha tiene que cambiar en cualquier momento, y nos vendría bien ganar unos cuantos miles de libras...

—¡Freddy!

—¡Por Dios! ¡Está bien! ¡Te lo prometo!

No le creía, como no le había creído antes, en otras ocasiones, y bien que había hecho. Pero, lamentablemente, no quedaba otro remedio. Al menos, conseguiría el dinero para Claire y su padre. Y escucharía lo que lord Gysforth quería decirle. Eso, al menos, la llenaba de esperanzas.

—Está bien —dijo, sintiéndose más contenta que nunca desde su llegada a Londres—. Iré a dar ese paseo por el Támesis.

## Capítulo 3

—Ahí llega, milord —dijo George Speechley, el secretario personal de James, señalando la dirección con un gesto. Este asintió, cerrando nervioso la tapa del reloj de bolsillo. El coche que había enviado a buscar a Saxonshare y a su prima acababa de aparecer por detrás del grupo de árboles que marcaba el inicio de sus tierras, siguiendo el camino que bordeaba el río.

—Eso significa que estuvo lista a las ocho en punto —dijo Arthur, con ligera burla, elegantemente apoyado en su bastón—. ¡La primera virtud conocida de lady Bethany!

Edward y él también se encontraban presentes esa mañana, con la excusa de que debían certificar el final victorioso de su apuesta, aunque la realidad era que hubiesen aceptado la palabra de James sin dudarlo ni un solo momento. Simplemente tenían curiosidad y querían ver cómo era la chica y cómo iba la cosa.

Además, de alguna manera, aquello formaba parte de la larga noche de diversión que habían tenido. James se había resistido todo lo posible a semejante locura, bastante falta de sueño arrastraba por las continuas salidas con sus hermanas, pero Edward y Arthur prácticamente le habían secuestrado, y él era un hombre débil. Desde que ocupó su puesto en la Cámara de los Lores, disponía de poco tiempo para entretenerse con sus amigos, cada vez menos, y era algo que siempre le había apetecido mucho. Acabó cediendo.

Por eso, pese a que en su caso era una enorme imprudencia, porque le esperaba un día con mucho trabajo, los tres habían deambulado de un lado a otro por las fiestas del Londres elegante, bailando con mujeres hermosas y bebiendo champán, y luego estuvieron fumando y jugando en el club hasta que se hizo la hora de ir a la casita de Sleeping Oak.

Como bien había expresado Arthur, no tenía sentido sufrir por madrugar tanto, cuando podían ir directamente, estar allí en el momento adecuado y dormir después durante todo el día.

Por eso habían hecho que les siguiera el coche de Edward, para marcharse luego ellos dos en él y que James pudiera volver a sus tareas. Hasta aquello había merecido la pena, porque fue un trayecto muy animado. ¡Cómo habían cantado de camino! Repitieron una y otra vez un sonsonete de su inventiva, hasta casi quedar afónicos: *tres amigos, dos coches y una botella de champán*.

—¡Lord Badfields, tan burlón como siempre! —Edward sonrió—. Pero es cierto. No se puede negar que la dama es muy puntual.

—Muy agradecidos, pero no estoy para bromas —replicó James. Quizá fuera el cansancio, y lo

mucho que llevaba bebido, pero ahora que llegaba el momento de conocer a la muchacha en cuestión, lamentaba enormemente haber empezado con todo aquello—. De verdad, todavía no entiendo cómo permití que me enredaseis en semejante locura.

—¡Bah! Locura que vas a ganar —sentenció Arthur, con un gesto indolente—. Y a ti siempre te ha gustado ganar.

—No le incordies más, Badfields —intercedió Edward—. Ya sabes cómo es.

Arthur arqueó ambas cejas.

—¿Aburrido?

—Y fastidioso.

—Demasiado serio.

—Demasiado raro.

James se echó a reír.

—Menudo par de idiotas. Estáis molestos porque, cuando termine todo esto, vais a pagarme mil libras cada uno.

—Eso todavía está por ver —dijo Edward—. Puede que tengamos tu misma suerte y pillemos nuestra propia primita en apuros. Además, tú aún tienes que subirla a la barca. Y, que yo sepa, es la única hija del conde de Saxonshare. Dudo mucho que acepte ir sin su doncella.

—No tardarás en verlo. —James comprobó el nudo de su corbata, aunque sabía que estaba impecable, como siempre. Apenas se le notaba que estaba un poco achispado. Mejor, porque tenía varias reuniones a lo largo del día, asuntos políticos que no podían demorarse. De hecho, si ese paseo se alargaba mucho, iba a andar justo de tiempo para la primera. Ojalá pudiera librarse pronto de... ¿cómo había dicho Saxonshare que se llamaba su prima? ¡Ah, sí! Lady Bethany. El nombre, al menos, le gustaba—. George, ¿recuerdas las instrucciones?

—Por supuesto, milord —respondió el joven, y sonrió, con su habitual expresión agradable. James le conocía de toda la vida y le apreciaba sinceramente. George era hijo de sir Robert Speechley, que fue durante muchos años amigo del padre de James, el general John Keeling, duque de Gysforth. De hecho, sirvió a sus órdenes como capitán y obtuvo la dignidad de baronet al salvarle la vida durante la batalla de Waterloo. Podría parecer una gran recompensa de no ser porque, en aquel mismo enfrentamiento, el general Keeling, que no había salvado a nadie ni tuvo más mérito que ser derribado por la onda expansiva de un cañón, recibió a su vez el título de Caballero de la Orden del Baño. La tía Hetty, que le adoraba, siempre repetía que había derramado su sangre para conseguir que sus hijos tuviesen la posibilidad de casarse en la abadía de Westminster—. Si veo que levanta la mano derecha, cogeré la otra barca y acudiré lo más rápido que pueda a decirle que su tía Hetty ha sufrido un vahído y que han enviado a buscarle.

—Bien. —No imaginaba a su tía sufriendo vahído alguno, pero la excusa podría servir—. Con un poco de suerte, no desperdiciaremos toda la mañana en esta soberana tontería.

—Quién sabe —dijo Edward, conteniendo un bostezo—. Puede tratarse de una mujer interesante.



—Eso —apoyó Arthur. Señaló con la punta del bastón hacia los parterres de la casa, cuidadosamente atendidos por el matrimonio de guardeses que trabajaban para James. Esa mañana no estaban. James se había ocupado de enviarles a Londres, a pasar un par de días de vacaciones con su hijo—. Las flores del campo suelen ser las más aromáticas.

James le miró con ironía.

—Creí que eras más de las de jardín de ciudad.

Arthur sonrió.

—A veces. A veces no.

—Ya.

Le hubiese contestado algo más, pero no hubo tiempo. El coche se detuvo y George se apresuró a ayudar con la puerta y la escalerilla. James esperaba ver de inmediato a Saxonsshare, pero no. La primera en salir fue una doncella, una muchacha menuda de rostro redondo y aire tímido. Pisó el suelo con un saltito, evitando miradas, y se giró para ayudar a bajar a su señora.

Del coche surgió entonces una joven rubia, alta y delgada; llevaba un vestido de muselina blanca y una chaqueta Spencer de terciopelo castaño. Miró a los cuatro hombres con sorpresa y cautela, mucha cautela; luego, sin apartar los ojos de James, abrió la sombrilla, blanca, con una cenefa de hojas de otoño bordadas, del mismo tono que su chaqueta, y se protegió del sol primaveral.

Él se quedó paralizado. ¿Aquella belleza era la prima de Saxonsshare? ¡Por Dios, nunca hubiera imaginado que pudiese tener tanta suerte! Era una auténtica preciosidad. A decir verdad, no recordaba haberse sentido así de atraído por una mujer, jamás, y menos de buenas a primeras, nada más verla. De crío, creyó haberse enamorado de la segunda esposa de su padre, Evelyn, en el mismo instante en que la vio, pero aquello no fue más que una chiquillada, y nadie llegó a saberlo nunca. Ni siquiera necesitó compartirlo con ella.

Al pensarlo, se dio cuenta de que aquella joven se parecía físicamente a Evelyn, y mucho. Estaba claro que tenía preferencia por las rubias delicadas como piezas de porcelana.

Tras aquel amor inocente, James no había vuelto a sentir nada realmente intenso por ninguna mujer. En su vida, solo había habido amigas de paso y un par de amantes establecidas, aunque hacía ya tiempo de la última, porque no tenía paciencia para esa clase de relaciones. Como siempre había sabido que su matrimonio sería un deber familiar, el tema femenino no había supuesto un factor importante para él. James anhelaba el amor y esperaba sentirlo en algún momento, como todos, pero no era un hombre enamorado.

Por eso, no supo qué hacer con lo que sintió al ver a Bethany Howland.

—¿Milord? —preguntó George, sorprendido. James reaccionó, llamándose tonto por quedarse allí parado. Fue hacia la muchacha y se detuvo a un par de pasos, para hacer un saludo elegante.

Captó su aroma, un perfume de violetas dulce y embriagador. Maravilloso.

—Lady Bethany, muchísimas gracias por venir. Permita que me presente: soy James Keeling, lord Gysforth.

Ella permitió que le besase la mano y le estudió con sus enormes ojos azules, del color del cielo. Esos sí que eran ojos de ángel, y no los del tonto de Saxonshare. ¿Se había ruborizado? Diría que sí, de una forma encantadora.

—Encantada, milord, pese a lo poco apropiado de la situación.

—Digamos que es algo poco habitual, sí. Aunque, siendo indulgentes con nosotros mismos, podríamos considerar que nos ha presentado su primo. —Ella sonrió y James se quedó pensando en que tenía una boca maravillosa. El deseo de besarla se volvió casi obsesivo. Carraspeó, tratando de superar la fascinación—. Y, hablando de lord Saxonshare, ¿su primo, no ha podido venir?

Lady Bethany apretó los labios y él percibió su enojo. Qué habría hecho Saxonshare ahora... Seguramente no aparecer para las ocho de la mañana, o llegar a casa demasiado borracho como para ir a ninguna parte.

—Me temo que se encuentra indispuerto —se limitó a decir ella—. Consideré la idea de enviarle una nota con el coche y quedarme en casa, pero admito que sentía auténtica curiosidad por escuchar lo que tiene usted que decirme, así que vine solo con mi doncella.

¿Lo que tenía que decirle? ¿Y eso? James titubeó. Quizá Saxonshare había inventado algo al respecto, para convencerla de ir a la cita.

—Ha hecho bien —replicó, escogiendo con cuidado las palabras. Lo mejor sería esquivar él también ese tema, al menos hasta estar en el bote—. Bueno, lamento la ausencia de lord Saxonshare, pero su presencia tampoco resultaba imprescindible. —Como ella no dijo nada, se giró a medias hacia Arthur y Edward y prosiguió—. Permita que le presente a mis amigos, lord Badfields y lord Rutshore. Han tenido la cortesía de acompañarme hasta aquí.

—Milady... —dijo Edward, cortés. La reverencia de Arthur fue mucho más exagerada.

—Encantado hasta límites indescriptibles —aportó, besando su mano con la gracia de un príncipe oscuro—. Y envidioso hasta mucho más allá.

James carraspeó y se interpuso para llevarse a lady Bethany lejos de su influencia.

—Será mejor que nos despedamos ya. ¿Verdad, Badfields? Rutshore y tú ya os estabais yendo. Te recuerdo que tenéis mucha prisa por... por llegar a algún lado.

—Oh, sí, es realmente lamentable. —Arthur agitó la cabeza—. Ese soy yo, siempre corriendo de un sitio a otro, como un... bueno, como algo que corre de un sitio a otro. Además, tengo la fea costumbre de irme siempre antes de que me echen. ¿Vamos, Rutshore?

—Sí, por supuesto. —Edward volvió a saludar mientras se retiraba—. Que disfrute del paseo, milady.

—Gracias, lord Rutshore. Lord Badfields...

James siguió con los ojos a sus dos amigos en su camino hacia el vehículo de Edward. Cuando comprobó que subían, se volvió hacia la muchacha y buscó rápidamente algo que decir.

—¿Ha venido cómoda en el coche?

—Sí, gracias. De hecho, nunca había viajado en uno tan confortable.

—Me alegro. Pues, si le parece, vayamos ya al bote. Aprovechemos esta deliciosa mañana. — Hizo un gesto hacia el muelle, para animarla a ir hacia allí. Ella empezó a caminar—. Luego, podríamos desayunar en el jardín.

—Ya desayuné, antes de salir.

—¡Qué temprano! Pues puede acompañarme en un segundo desayuno. Su doncella puede ayudar a supervisararlo mientras espera. Mi secretario, el señor Speechley, se encargará de todo.

George le miró sorprendido, pero asintió.

—Por supuesto, milord. Será un placer.

—¡Oh, no! —Bethany abrió los ojos con escándalo—. Pero ¿qué dice? Mi doncella debe venir conmigo, milord.

Él se echó a reír.

—¿No se fia de mí? —Se llevó una mano al corazón—. Estoy a nada de sentirme ofendido.

—Discúlpeme, no es mi intención, pero sabe tan bien como yo que ir solos no resultaría apropiado.

—¡Pero si estaremos a la vista de su doncella en todo momento, le doy mi palabra! Solo es un paseo inocente en barca, lady Bethany, para hablar a solas. Y no se preocupe. Esta casa es de mi propiedad, y es muy tranquila, nadie vendrá por aquí. El Támesis será nuestro único testigo.

Lady Bethany intercambió una mirada con su doncella. La muchacha dibujó un «no» casi imperceptible con la cabeza. Pero lady Bethany se lo pensó, apretó los labios y le hizo frente.

—Está bien, lord Gysforth, confiaré en usted. Demos ese paseo a solas. Quiero escuchar lo que tiene que decirme.

Se dirigieron hacia el muelle. Mientras ayudaba a lady Bethany a subir a uno de los dos botes amarrados, vio que Arthur y Edward miraban desde el coche. Le hicieron un gesto de victoria y despedida, y el vehículo se puso en marcha.

## Capítulo 4

Minutos después, James y Bethany estaban sentados a solas en la barca. Él remaba con ganas, porque quería llegar cuanto antes al centro del Támesis, al punto exacto que le encantaba desde crío. Qué cosas, no se había acordado de aquello en años, pero aparecía aquella mujer y era lo primero en lo que pensaba, enseñarle el lugar desde donde el bosque de chopos negros cubiertos de musgo, el gran roble y la casita, formaban una especie de entorno de cuento de hadas.

Las orillas estaban cerca, pero también lo bastante lejos, y el mundo parecía iluminarse más todavía con el reflejo del sol en el agua. ¡Había tanta calma! Y, en esa época del año, la campiña inglesa se veía preciosa.

—Venía mucho por aquí cuando iba a Eton. —Miró en dirección a donde quedaba el colegio, bastante cerca—. Alguna vez solo, pero casi siempre con mis amigos, Rutshore y Badfields, los dos caballeros que le he presentado antes. Pescábamos, nos dábamos un baño, subíamos a los árboles, corríamos por el bosque... Cosas de niños, ya sabe.

—Es un lugar precioso —murmuró ella. Sus ojos habían adquirido un aire soñador que James encontró fascinante—. Desde luego, es el entorno ideal para esa casita encantadora. ¡Casi parece haber sido construida por elfos!

—Gracias —replicó, absurdamente contento de que le gustara—. Era de mi abuelo. La levantó para mi abuela. «Un lugar fuera del tiempo y a un paso de la magia», solía decir. Cuando ella murió, él vivió aquí sus últimos años, retirado por completo de todo compromiso público. Ambos están enterrados detrás de la casa —señaló con un gesto de la cabeza hacia el enorme roble que sobresalía desde la parte trasera del edificio, tras una barrera de madre selvas y rosales silvestres cuajados de escaramujos—, a los pies del árbol que le da nombre.

—Qué romántico.

—Sí, lo es. —Su tono se volvió reflexivo—. Yo tenía catorce años cuando murió mi abuelo. Le quería mucho, ¿sabe? Siempre que podía me venía a vivir con él: vacaciones, días libres, tiempo robado de otras cosas... Mi padre era un hombre severo que nunca tenía tiempo para nosotros, para mis hermanas y para mí, pero a él nunca le faltaba.

James parpadeó. ¿Por qué le estaba contando todo aquello? Nunca lo había comentado con nadie, ni siquiera con Edward o Arthur, que conocían bien su historia y hubiesen podido consolarle más de una vez. Pero allí estaba, abriendo su alma a aquella desconocida, hablando

más que nunca en los últimos años. Y se sentía bien, cómodo, como hacía mucho tiempo que no estaba.

—Lo comprendo —murmuró ella—. Recuerdo con mucho cariño a mis abuelos. Siempre los echaré de menos. Se les quiere de una forma muy especial.

—Sí. En mi caso, ya le digo, el mío era también mi refugio. Por eso, cuando murió, me costó muchísimo aceptarlo. Al principio, venía solo y este lugar parecía... vacío. —Recordó todo aquel dolor. Era abrumador. Todavía lo sentía, pero de otro modo—. Estaba muy triste, llegué a pensar que nunca lo superaría, pero no sé, supongo que es verdad que el tiempo todo lo cura.

—Echas de menos, pero no duele siempre —dijo lady Bethany, apenada por aquellos recuerdos propios—. No tanto, al menos.

—Sí, eso es. —Después de eso, tuvieron unos segundos de silencio compartido, que encontró muy agradable. Lamentó tener que romperlo, pero también quería seguir charlando con ella—. Un día, traje a mis amigos, y ya se convirtió en costumbre.

—Sí, me lo imagino. —Lady Bethany miró alrededor y suspiró—. Parece un lugar estupendo para jugar, correr y divertirse de niño.

—Desde luego. Nos lo pasábamos muy bien. Aquí aprendí a nadar y a pescar, a distinguir las plantas y a conocer las costumbres de los animales locales. —Se echó a reír entre dientes—. Hasta tallé en el roble la inicial del nombre de la primera mujer que me robó el corazón.

Ella sonrió apenas.

—¿La primera? ¿Y la última? ¿No tiene su propia talla?

James tuvo una extraña sensación de fatalidad. El aire que olía a río, el sonido húmedo del agua, la luz filtrada por los árboles, el rostro sereno de lady Bethany... Tuvo la impresión de estar viviendo un momento único en su vida. Maravilloso.

—La última todavía no ha llegado, pero se lo quedará para siempre. —Su voz sonó algo ronca, como cargada por fuertes emociones—. Por eso será la última.

Lady Bethany parpadeó apenas.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó—. La primera, me refiero.

James titubeó un momento, pero lo dijo.

—Evelyn. Se llamaba Evelyn. —La segunda esposa de su padre. Se casó con ella cuatro años después de enviudar, y Evelyn entró en su vida y en la de su hermana Ruthie como un rayo de sol. ¿Qué edad tenía entonces? La de Ruthie ahora, o la de lady Bethany, unos veintidós o veintitres años. Muy joven para el rígido John Keeling. James se enamoró de ella nada más ver su sonrisa. Lástima que se apagara demasiado pronto. Normal, viviendo con un hombre como su padre—. Yo era un niño. Fue algo puro, bonito y, desde luego, platónico. —La miró, con genuina curiosidad—. ¿Usted se ha enamorado alguna vez?

Ella pareció turbada. Pensó que no iba a contestar, pero lo hizo.

—Me temo que no. Mi padre enfermó hace seis años y desde entonces apenas he podido pensar en mí misma, ni en nadie más. Me he pasado el tiempo en casa, atendiéndole o haciéndole

compañía. No crea, no lo lamento; lo hice gustosa y ojalá pudiera seguir teniéndole a mi lado.

—Eso la honra como hija —dijo él, sintiendo cierta envidia, porque le hubiese gustado poder sentir eso por su propio padre.

—El mérito fue suyo, no mío. —Sonrió, al recordar algo—. A él no le gustaba que me quedase allí encerrada. «Estás desperdiciando tu vida», me repetía una y otra vez, sobre todo cuando ya tuve edad como para presentarme en la temporada. Ya tengo veintitrés años, ¿sabe? Soy prácticamente una solterona.

—Oh, vamos. —James se echó a reír—. Eso no es verdad.

Ella se encogió de hombros.

—Sabe bien que sí. Mi padre siempre me animaba a venir a Londres, al menos para la temporada, y hubiese podido aceptar la invitación de la familia de cualquiera de mis amigas, pero... —Se encogió de hombros—. No sé, no quería dejarle allí, solo. No me parecía leal.

—Entiendo. —James siguió moviendo el bote un par de minutos. Luego, sujetó los remos, para quedarse allí, mecidos por la suave corriente. Pasó un insecto por delante de su cara, quizá un mosquito, y lo espantó—. Lady Bethany, siento que le debo una disculpa. No debería haberla traído aquí de este modo. Todo esto debe parecerle muy absurdo...

—Un poco, sí. —Le estudió por el rabillo del ojo—. ¿Por qué ha organizado este encuentro tan extraño, lord Gysforth? Hubiésemos podido hablar en Londres, y con total discreción, si tanto lo deseaba.

—Sí, bueno... ¿Su primo no le ha dicho nada?

—No. Solo que usted quería verme. —Se ruborizó—. Admito que, tanto él como yo, pensamos que quizá me había visto en alguna parte y quería... quizá quería decirme algo de carácter muy personal.

James titubeó. ¿Qué replicar a eso? Estaba claro que Saxonshare no le había mencionado la partida de cartas, lady Bethany ni imaginaba de qué iba todo aquello. Y a él no se le había ocurrido preparar una excusa, porque ni siquiera se había parado a pensar que fuera necesario tenerla. De haber prestado un solo momento a imaginar ese paseo, hubiera supuesto que lo haría durar lo menos posible. Que tendría que hablar del socorrido tema del clima, como mucho, con alguien que le iba a resultar indiferente, con suerte.

Pero allí estaba, sentado en el bote con la preciosa lady Bethany, y deseando alargar el momento hasta el límite. Deseando conocerla a fondo, saber de ella todas esas pequeñas cosas que la habían convertido finalmente en la mujer que era, esas diminutas pinceladas que componían el cuadro de la vida de alguien.

Lady Bethany, que había acudido a Sleeping Oak con la idea equivocada de que todo aquello respondía a que había buscado un encuentro secreto con ella en concreto, para decirle algo... a saber qué. Una declaración de amor, como poco.

¿Qué hacer?

Se planteó disimular y mantener el engaño, porque no quería que se enfadase, ni estropear el

recuerdo que iba a quedarles de ese paseo, pero la imagen del joven lord Saxonshare pasó por su mente: su modo de temblar al sostener con fuerza los naipes, casi como si estuviese aferrado a ellos para no hundirse; la forma en que brillaban sus pupilas cuando estudiaba a sus adversarios...

Aquel muchacho estaba totalmente atrapado en el vicio del juego. Si James tomaba el camino de la mentira y la cosa se complicaba, en el caso de que Bethany y él empezaban una relación de algún tipo, como había empezado a desear, Saxonshare lo sabría y, o mucho se equivocaba o empezaría a hacerle chantaje. Le pediría dinero a cambio de mantener su secreto, dinero que perdería en las mesas de juego y seguiría así el ciclo, una y otra vez, hasta que todo estallase por algún sitio, supurando la verdad a borbotones.

«Qué tontería», se dijo, un poco enojado consigo mismo. «Acabas de conocerla, quién sabe si la volverás a ver alguna vez o si resultará que toda esta fascinación es producto del champán que has bebido esta noche. Quizá tras dormir unas cuantas horas, se te pase por completo. Además, tú no eres así. No eres tan sentimental».

No, no lo era. Era más hijo del severo general John Keeling, duque de Gysforth, de lo que le hubiera gustado. Podía ser amable con los criados, buen amigo de sus amigos y cariñoso con sus hermanas, pero también era frío en el mundo de la política, y despiadado con sus adversarios y con cualquiera que perdiese su confianza. Jamás perdonaba una deslealtad y le costaba mucho abrirse a nuevas amistades.

Pero, si ese corazón que usaba poco no le engañaba, aquella mujer podía convertirse en alguien muy especial en su vida. No podía cometer un error con ella, no otro, no uno más grande.

Lo mejor era reconocerlo todo, y cuanto antes, así muy pronto podrían reírse juntos de aquella bobada.

Carraspeó.

—Verá, mis amigos y yo somos miembros de Brooks's, el club. —Ella asintió, algo perpleja por lo que debía considerar un cambio de tema—. Allí se juega y se apuesta bastante, en general.

—Lo sé —dijo la muchacha, con un tono repentinamente seco—. He oído hablar mucho de ese sitio.

—Claro, su primo. Lamento habérselo recordado. —Se maldijo en silencio y trató de retomar la historia sin mayores percances—. En Brooks's, como en otros clubs de caballeros, hay un libro en el que se anotan todas las apuestas. Son... bueno, son muy variadas. Una muy conocida, se planteó no hace mucho entre lord Alvanley y lord Arlington, en el club White's —le contó, intentado hacerlo sonar jocoso—. Aunque no lo crea, se jugaron tres mil libras a ver cuál de las dos gotas de lluvia que escogieron llegaría antes a la base de la ventana delantera principal del club.

Ella abrió los ojos como platos.

—Bromea.

—En absoluto. Le aseguro que fue una apuesta muy famosa. Se la menciono para que entienda a qué extremos se llega en ciertos ambientes, por alejar un poco el aburrimiento. Se apuesta sobre

qué tiempo va a hacer, los resultados deportivos, los acontecimientos políticos, las... —Se interrumpió justo a tiempo. Dudaba que le gustase saber que se apostaba sobre las mujeres—. Las cosas de la vida, en general.

—Comprendo, sí.

—Todo eso ya resulta tedioso, porque se hace cada dos por tres. Por eso, mis amigos y yo decidimos plantearnos algo diferente, un reto que hiciese que tuviéramos que ingeniárnoslas de verdad para conseguir la victoria.

—¿Y qué fue?

—Eh... Traer una dama desconocida, para un paseo en barca en este lugar. —Según se escuchó, le sonó terrible. Viéndolo con perspectiva, el entretenimiento le parecía completamente infantil, y hasta algo cruel. La miró con disculpa—. En su momento, nos pareció una buena idea.

Lady Bethany se quedó un instante con la boca abierta.

—No acabo de entenderle. ¿Esto...? ¿Todo esto es por una tonta apuesta? —Frunció progresivamente el ceño—. ¿Me lo está diciendo en serio?

—Sí... me temo que sí.

—Pero... —Fuera lo que fuese que iba a decir, lady Bethany lo dejó estar. Agitó la cabeza—. ¿Por qué me eligió a mí? —preguntó entonces, y en su voz todavía había un eco de esperanza.

—Oh, para serle sincero, eso fue pura casualidad. —La muchacha palideció aún más—. La otra noche jugué con su primo una partida de *whist* y le gané una gran suma de dinero. Pocos días antes, mis hermanas me habían hablado de él, me habían dicho que tenía una prima, y se me ocurrió la idea de aprovechar la ocasión. Lord Saxonshare estuvo de acuerdo en organizar este encuentro a cambio de que le devolviera todo lo perdido.

—¿Eso significa que mi primo sabía de qué iba todo esto?

—Bueno, no. A él no le dije que yo estaba intentando ganar una apuesta. Pero sí sabía que la cosa surgió así, durante la partida, no porque yo tuviera ninguna intención previa. —Otra vez el dichoso mosquito. Esta vez lo apartó casi sin prestarle atención. Estaba demasiado ocupado, viendo que aquella mujer se enfadaba cada vez más, sin que él fuese capaz de evitarlo—. Pero quiero que sepa que no era nuestra intención hacer ningún daño, ni siquiera molestar. Todo esto no es más que... un juego. Un juego inocente.

—¿Inocente? ¿Eso piensa?

—Pues... sí. —Ella le lanzó una mirada dolida. Tampoco era de extrañar—. No me mire así, por favor. Lamento que le haya parecido tan mal y le aseguro que mis disculpas son sinceras, por completo. Simplemente, fue algo hecho sin pensar. —Decidió callar, antes de seguir empeorando el asunto, y lady Bethany también quedó en un profundo mutismo durante un largo minuto. A diferencia del silencio compartido de antes, ese resultó muy incómodo—. ¿No va a decir nada?

La muchacha estaba tan rígida que parecía que cualquier movimiento podría romperla. Tenía las manos crispadas.

—Usted no sabía quién era yo —murmuró por fin, como si le estuviera costando digerir aquella



evidencia—. No me había visto nunca. Solo era un trofeo anónimo en su ridícula apuesta.

James se sintió avergonzado. Visto lo visto, de poder volver atrás, quizá hubiese escogido la opción de mentir, pero ya no tenía escapatoria.

—Sí. Me temo que así es.

Algo titiló en los ojos de la joven. ¿Lágrimas? James se sintió horrorizado.

—Lléveme a la orilla, por favor, lord Gysforth.

—¿Por qué? Espere. Las cosas han cambiado. Ahora me gustaría...

¿Qué? ¿Seguir viéndola? ¿Iniciar algo entre ellos? La única vía para una relación entre el duque de Gysforth y la hija del difunto conde de Saxonshare, alguien de escasa relevancia social y sin ninguna fortuna, sería que se convirtiera en su amante, con mayores o menores ventajas a establecer en el acuerdo. Una proposición más seria estaba totalmente descartada. La tía Hetty no lo consentiría, ni él mismo podía plantárselo. Su matrimonio debía ser algo que le trajera beneficios económicos, sociales y, sobre todo, políticos.

Definitivamente, solo podía convertirla en su querida. Y, con lo que estaba pasando, no podía ni plantearlo. Sería insultarla más todavía, de un modo inadmisibile.

Viendo que no decía nada, ella le miró más dolida aún.

—¿Nada? Bueno, le aseguro que da igual, porque, ahora mismo, no quiero escucharle, no quiero saber nada de usted, milord. Nunca me había sentido tan humillada en toda mi vida. Usted, mi primo y sus amigos... son todos iguales. Como se aburrían, decidieron jugar conmigo como si fuera una muñeca sin sentimientos. No han demostrado tener consideración ni respeto.

—No, escuche...

—¿Cree de verdad que estoy como para que cuatro caballeros ociosos me utilicen de este modo en sus diversiones? Mi padre... mi padre murió hace tres meses. —La vio tragar saliva con esfuerzo, percibió su gran pena, y eso le avergonzó más todavía. ¡Tres meses...! Debió informarse mejor. No, en realidad, debió informarse, a secas. Lo cierto era que no había recabado dato alguno sobre ella porque no le había concedido ninguna importancia. De haber sabido que la pérdida era tan reciente, no la hubiese elegido para aquella patochada—. Desde entonces, mi vida se ha convertido en un auténtico infierno.

—Lo lamento. De verdad.

—¿En serio? —Agitó la cabeza—. Ni se imagina lo frustrante que es. La ley dice que ese mequetrefe de Freddy tiene que tutelar mi comportamiento, siendo yo mayor que él. ¡Y encima está dilapidando la fortuna de los Saxonshare sin que yo pueda hacer nada al respecto!

James estaba de acuerdo. No le auguraba nada bueno a Saxonshare. Y, si nadie lo evitaba, arrastraría con él a su prima.

—Supongo que es una situación difícil, sí.

—¿Lo supone? ¿De verdad, lord Gysforth? No, le aseguro que alguien como usted no se hace una idea. —Se movió para darle la espalda en lo posible—. Lléveme de vuelta a la orilla ahora mismo. Y le ruego que nunca, jamás, vuelva a incluirme en sus tontos entretenimientos de

caballeros sin problemas.

James enrojeció.

—Le puedo asegurar que tenemos problemas, como todos.

—¿Ah, sí? —Aquello le hizo merecedor de una mirada de desprecio—. ¿Dudó mucho sobre qué corbata usar hoy? Ah, que su noche de diversión se alarga y ni siquiera habrá ido todavía a dormir. Eso quedaba para después de ganar su apuesta.

—No hable así. No es cierto. Trabajo muy duro en la...

—¡Su Gracia! ¡Su Gracia! —oyó. Miró en la dirección de la que venían los gritos y vio a George, acercándose en el otro bote—. ¡Su tía Hetty ha sufrido un vahído! ¡Tiene que ir de inmediato!

¿Su tía? ¿Un vahído? ¡Ah, la clave! ¡Maldito George! ¡Él no había dado la señal acordada!

Entonces, recordó el mosquito. ¡Por todos los demonios!

—Vete, George. —Le dijo, sin contemplaciones.

—¡Pero, milord...!

—Lárgate. —Añadió un gesto discreto, a ver si conseguía hacérselo entender—. *Luego...* luego iré a ver a mi tía. Estoy seguro de que superará sus males sin mí.

—¡No sea inhumano! —Lady Bethany le miró con una mezcla de escándalo y reproche—. ¡Su pobre tía le necesita! ¿Es que no tiene corazón? —Vaya por Dios. James maldijo en silencio, frustrado. La próxima vez buscaría otra excusa menos alarmante—. Además, nosotros hemos terminado ya el paseo. Ha ganado su apuesta, ¿no? Pues lléveme a la orilla, excelencia.

—No. Espere. Tengo que hablar con usted.

—Por favor, lléveme a la orilla ahora mismo —insistió lady Bethany—. No me obligue a repetirlo.

James hizo una mueca. Se resistía a terminar así el paseo, pero podía comprender cómo se sentía ella, de modo que decidió obedecer. Remó hasta la orilla, saltó al pequeño muelle y la ayudó a bajar del bote. Ella lo permitió justo lo necesario para mantener el equilibrio, pero ni un segundo de más. Se soltó en cuanto le fue posible, como si sintiese repulsión por su contacto. James se sintió mortificado.

—Por favor, permita que me redima de algún modo —suplicó. Odió su tono de voz, pero se sentía muy miserable por no saber cómo evitar toda aquella hecatombe. Vio que George había empezado, efectivamente, a preparar la mesita del jardín con un buen desayuno. ¡Hubiera sido tan agradable conversar juntos, mientras comían...! Sintió una angustiada nostalgia por ese momento encantador que ya nunca tendría lugar—. ¿No desea tomar algo?

—No. Haga que su coche vuelva a llevarme a casa —replicó ella, ajustándose los guantes—. Con eso me doy por satisfecha.

—Está siendo muy dura conmigo. —Intentó mirarla a los ojos, para buscar su comprensión, pero lady Bethany le rehuyó—. Solo ha sido una chiquillada.

—Usted lo ha dicho, una chiquillada. Algo impropio de un hombre de su edad y de un noble de

su rango.

James se ruborizó. Abrió personalmente la puerta del coche y le tendió la mano para ayudarla a subir, pero esta vez lady Bethany le ignoró; ya no corría peligro de caerse al agua, de modo que entró en el vehículo por sus propios medios. Ni siquiera se despidió.

—Mis disculpas —insistió él, torpemente. Esperó a que subiera también la doncella para hacer una señal al cochero. El vehículo arrancó y se alejó.

—¿Está bien, lord Gysforth? —le preguntó George, preocupado.

James hizo un gesto ambiguo.

—Creo que he metido la pata. Y mucho.

## Capítulo 5

Todavía no estaba segura de cómo había podido salir de aquel atolladero sin perder la compostura y echarse a llorar como una boba. Ni siquiera el largo camino en coche de vuelta consiguió calmarla del todo. Pobre Claire, se había llevado la peor parte. Había preguntado un par de veces qué había ocurrido, preocupada por ella, hasta que la hizo callar con una orden seca.

No quería hablar con nadie. No quería hablar de *eso*.

¡Se sentía tan ridícula! ¿Cómo podía haber pensado de verdad que aquel hombre tenía algún interés en ella, en ella en concreto? Qué necedad... Era una ilusa por soñar que la había visto aquella tarde en los Jardines Vauxhall o cualquier otro día por ahí, paseando por Hyde Park o en su deambular sin rumbo por las tiendas de Bond Street, donde le gustaba mirar, aunque no pudiese comprar nada.

Tonta, tonta, tonta... Debió tener muy claro desde un principio que, aunque la hubiese visto, ni siquiera hubiera reparado en ella. ¿Un hombre como él? ¡Imposible! Bethany Howland, sin más fortuna que un título de cortesía por ser hija de un conde, hubiese sido en todo caso alguien sin ninguna importancia, una criatura invisible a ojos del magnífico duque de Gysforth, destinado a un mejor partido, alguien como la hija de otro duque o como poco de un marqués.

Incluso de un conde, por supuesto, pero vivo, rico y poderoso.

Pero, claro, las ilusiones románticas la habían cegado por completo. Las ilusiones y la apariencia de aquel hombre, que siempre la dejaba con la boca abierta, anulando su capacidad habitual de razonar.

¡Qué guapo era, el maldito!

Solo olvidó lo ocurrido durante unos momentos, cuando el coche se detuvo ante la casa y vio el grupo de acreedores en la puerta. Era media mañana y ya había vuelto a congregarse, claro, y esta vez era más nutrido de lo habitual, lo que indicaba que se estaba extendiendo la voz, por no hablar de que Freddy no había dejado de permitirse todos los lujos posibles, incluso cuando ya se inició la debacle.

«No puedo ir como un vagabundo», decía, como un sonsonete, en casi todas las cenas. «Un caballero no solo debe serlo, debe parecerlo».

«A la mujer del César le salía más a cuenta el refrán», pensó Bethany, al ver aquel montón de hombres furiosos. Estaban más beligerantes que nunca, el asunto se agravaba día a día. Algunos,

incluso, habían empezado a dar voces frente a la puerta, asustando a los viandantes y haciendo las delicias de los vecinos, que seguro que vigilaban la situación para poder comentarla luego por ahí.

Lo que no sabían aquellos acreedores era que la habitación de Freddy quedaba hacia la parte de atrás del edificio, así que seguro que ni los oía. Estaría durmiendo como un bendito, soñando con grandes partidas en las que ganaba enormes fortunas, o algo así. Para cuando se despertase, ellos ya no estarían allí.

—¿Vamos por detrás, milady? —preguntó Claire, amedrentada. Estuvo a punto de decir que sí, porque también tenía miedo, pero ¿por qué debería hacerlo? Ella también era una víctima de aquella situación. No tenía por qué esconderse como si fuese culpable de algo, o tuviera que sentir vergüenza.

—No. Ve tú, si quieres, pero yo entraré en mi casa por la puerta principal. No he hecho nada y no tengo por qué permitir que me asusten.

Bajó del carruaje llena de determinación, sin esperar a que el cochero de Gysforth le abriera la puerta, y se dirigió a la puerta de la verja con los hombros bien erguidos. El grupo de hombres la observó, a la expectativa. Los había de todas las alturas, de todas las edades, de todas las complexiones y de todos los colores de cabello, además de llevar ropas de distintas categorías, desde el carbonero hasta el elegante ayudante del sastre, pero les unía una misma expresión enojada y unos ojos penetrantes como alfileres.

—Milady... —susurró Claire a su lado, nerviosa.

—¿Necesita ayuda, lady Bethany? —preguntó el cochero de lord Gysforth.

—No, gracias, señor... —Se había presentado al llegar a buscarlas. Tardó un momento en recordarlo—. Señor Bullock. Podemos arreglárnoslas, no se preocupe. Váyase, por favor.

—Pero...

—Estoy segura de que nosotras pasaremos sin problemas —le explicó—. Pero si nos acompaña un hombre, quizá se inicie una pelea. Hágame caso, váyase.

Durante unos segundos, Bullock pareció indeciso, pero asintió.

—Como desee, milady. De todos modos, si no le importa, me quedaré aquí hasta que hayan entrado. Solo para asegurarme.

Bethany sonrió ligeramente, agradecida por el apoyo.

—Gracias, señor Bullock.

Tomó aire y avanzó, decidida, hasta llegar al punto en el que los primeros acreedores, plantados en el camino, obstruían el paso. Dio la impresión de que querían resistirse, y tuvo miedo de que de verdad no le permitieran seguir, que la vencieran en aquella lucha de voluntades, pero ella era la hija del conde de Saxonshare y supo dejarlo claro sin necesidad siquiera de abrir la boca.

Terminaron apartándose a los lados.

La barrera humana se fue abriendo a medida que iba avanzando, aunque fuera a regañadientes.

Bethany caminaba como en un sueño. Oía rumores coléricos de fondo y se sentía presionada por una tensión en el ambiente casi física, creada por el enfado y la desesperación.

Casi había llegado a las escaleras del porche de entrada a la mansión cuando uno de aquellos desconocidos se interpuso en su camino. Era de los más elegantes. Traje de cierta calidad, zapatos relucientes de puro nuevos y puro limpios... Bethany también tomó nota de que llevaba un buen reloj de oro.

—Es usted lady Bethany, ¿no es verdad? —preguntó, sin ninguna cordialidad—. La prima de lord Saxonshare.

—Así es, ¿señor...?

—Soy el señor Benson, el joyero, milady. —Señaló a otro y luego a otro, enumerando—. Ese es Miller, el cerero, aquel Smith, el dueño de un puesto de carne del mercado. Kendall, el carbonero, Cocks, de la lechería... Y así, todos y cada uno, humildes trabajadores que viven del producto de su esfuerzo. Su primo nos debe ya una cantidad exorbitante, seguro que está informada de ello. Esto es inaceptable.

Bethany mantuvo la mirada de todos y luego volvió a centrarse en Benson.

—Lo siento mucho, señor, entiendo perfectamente su enfado. De ser por mí, le aseguro que las cosas serían muy distintas.

El hombre parpadeó. Echó un vistazo a Claire.

—Por supuesto que sí. Lo entiende perfectamente, ya lo veo. No tienen para pagarnos, pero sí disponen de lo necesario para seguir viviendo como señores, con doncella incluida.

A pesar de su miedo, Claire se inclinó hacia delante, para defenderla.

—¡Deje en paz a milady! ¡Debería darle vergüenza! ¡Ella no tiene la culpa!

—Es cierto, señor Benson —dijo otro hombre, vestido con un traje muy viejo, lleno de descosidos—. Deberíamos dejar a milady en paz. No queremos problemas.

—¿Que no tiene la culpa? —siguió Benson, ignorando al hombre—. ¡Pues claro que sí! ¡Todos los que están ahí dentro la tienen! —Señaló hacia Saxonshare House con un dedo justiciero—. ¡Y ella vive en esa gran mansión, con él, sin privarse de ningún lujo mientras nuestros hijos pasan hambre porque no nos pagan!

Eso levantó un murmullo de voces hostiles apoyándole. Ella optó por no mencionar lo que opinaría de un hombre que permitiera que sus hijos pasaran hambre mientras él lucía un buen reloj de oro. Al fin y al cabo, tenía razón en estar tan indignado.

—Señor Benson, entiendo su problema, pero las cosas no son como parecen. Le aseguro que yo no vivo en el...

Pero Benson no quería escucharla. Volvió a enfrentarse con ella, acercándose quizá demasiado.

—¡No me venga con excusas ridículas! ¡Usted y su primo son unos rufianes! —Los rumores cambiaron, de hostiles a inquietos, incluso acobardados. La mayor parte de los presentes temía la llegada de la Guardia y las consecuencias de estar acosando de ese modo a alguien de la nobleza—. ¡Van a terminar los dos en la cárcel de Marshalsea, como me llamo Benson! ¿Me ha oído,

milady? ¿Me ha escuchado bien?

—Perfectamente, señor Benson —respondió ella con frialdad, negándose a apartar la mirada, pese al miedo—. Está usted muy cerca. Además, grita tanto que no podría evitarlo ni aunque quisiera.

—¿Se atreve encima a ponerse digna?

—Ya le he dicho que...

—¿Quiere acabar en la cárcel con su primo? No, ¿verdad? Pues, venga, dese prisa, págume lo que me debe de una vez y podremos confiar en sus alegatos de inocencia.

—Lo siento, no tengo dinero. —Y, añadió, antes de que al otro le diera tiempo a empezar a soltar más alaridos—. Precisamente por eso, yo no le he comprado nada, señor Benson, por lo que no le debo nada en absoluto. Se lo recuerdo por si no se ha percatado de ese pequeño detalle.

—¡Me da igual! —Dio otro paso, amenazador. Bethany se negó a retroceder pero no pudo evitar inclinarse hacia atrás—. ¡Si no paga su primo, pagará usted! ¡Es tan culpable como él!

—Basta ya —advirtió un hombre que apareció de pronto por su izquierda. Le dio un empujón en el hombro a Benson que lo impulsó hacia atrás un par de pasos. Bethany, aliviada, miró a su salvador. Era un joven alto, un rubio atractivo, de unos veinticinco años. No supo determinar a qué gremio pertenecía. De hecho, llevaba un traje demasiado bueno como para estar allí, reclamando nada—. Haga el favor de no sacar las cosas de quicio...

—¡No estoy aquí por gusto, señor Clemens!

—Nadie lo está —le recordó el otro—. Pero amenazar a los inocentes, solo por liberar la rabia, no nos llevará a ningún sitio.

—A usted le importa poco. Está aquí para hablar de ello en su periódico y ganarse un jornal. Pero ¿qué diría si no se lo pagaran?

¡Periodista! ¡Aquel hombre era periodista y hablaría en su periódico de todo lo que estaba pasando! Bethany sintió que se le caía el alma a los pies. ¡Maldito Freddy! ¿Hasta qué punto iba a arrastrar el título de Saxonshare por los suelos?

—Me indignaría, desde luego, pero con quien debiese indignarme, no con otras víctimas de esta situación —respondió el llamado Clemens. Al menos, parecía un hombre decente—. No se le ocurra seguir amenazando a lady Bethany, Benson. Se acabó. Por favor, milady... —Le hizo un gesto para que pasara y él la protegió con su cuerpo.

Bethany y Claire aprovecharon la ocasión y avanzaron hacia la puerta, ella intentando no dar la impresión de que huía. A su espalda, las voces empezaron otra vez a subir de tono, hasta convertirse en gritos. Alguien lanzó una piedra que impactó cerca de Bethany, destrozando una de las ventanas que daban al porche. Se volvió horrorizada. El grupo de hombres vociferaba indignado. Parecía dispuesto a lanzarse hacia ellas.

—¡Milady! ¿Está bien? —preguntó Claire. Ella asintió. No se sentía con fuerzas de hablar. Agitando un brazo, Clemens la urgía a meterse dentro cuanto antes.

Bethany entró en la mansión Saxonshare seguida de Claire, se detuvo en mitad del vestíbulo y

apretó los puños, con los ojos cerrados, hasta que consiguió superar el susto. Luego, le dio sus cosas, los guantes y la chaqueta, mientras el señor Briggs entraba por la puerta de servicio y se acercaba a recibirlas.

Miró asombrado los cristales dispersos por el suelo, salpicando la gran alfombra oriental. Sus pupilas localizaron la piedra, de buen tamaño.

—¿Qué ha ocurrido aquí? ¡Qué barbaridad! ¿Están bien, las dos? —Miró primero a su hija. Normal—. Estaba en la cocina y he oído el ruido...

—¡Una piedra, padre! —explicó Claire, todavía alterada. Parecía no saber por qué decantarse, entre el miedo y la indignación—. ¡Esos hombres horribles casi le dan a lady Bethany!

—¿Qué despropósito! ¿Quiere que llame a la Guardia, milady?

—No, no hace falta, gracias, señor Briggs. Por favor, recojan esto cuanto antes y hagamos como que no ha ocurrido nada. Seguro que todos entendemos las razones de esos pobres hombres.

—Pero eso no excusa su comportamiento, milady. ¡Ni que la culpen a usted! ¡Son una panda de brutos!

—Ellos no saben nada, Claire. Dejémoslo, ¿vale?

—Como desee, milady —replicó Claire, aunque seguía enojada—. Usted siempre ha sido demasiado buena. Si por mí fuera...

Sí, de ser por ella, hubieran salido de inmediato armadas con las escobas y los hubiesen barrido del jardín a golpes. Menuda era Claire, un ratoncito temeroso hasta que la enfadaban lo suficiente. Entonces, se convertía en una pequeña furia.

El señor Briggs carraspeó. Siempre había sabido reaccionar a tiempo.

—¿Ha tenido un buen paseo, milady? —preguntó, como si realmente no hubiese pasado nada.

—Sí, señor Briggs, gracias —dijo ella, conteniendo las ganas de abrazarle y echarse a llorar. ¡Qué día horrible! Con lo ocurrido en la entrada, casi había logrado olvidar su encuentro con Gysforth, pero no, allí estaba, bien fresco, un recuerdo capaz de atormentarla el resto de su existencia. Tiempo al tiempo—. ¿Ha llegado ya mi primo?

—Sí, milady, llegó poco después de irse usted, no habrían pasado ni diez minutos.

Bethany supo lo que estaba pensando Briggs, exactamente lo mismo que ella: que Freddy había estado esperando a que se fuera para entrar en casa. Quizá andaba oculto por ahí, emboscado en algún rincón de la calle, más que nada por asegurarse de que se subía al coche de Gysforth. De haber decidido Bethany no ir sola con Claire a Sleeping Oak, seguro que se hubiese dejado ver. Al fin y al cabo, tenía que cumplir con su parte del acuerdo con el duque.

—Imagino que está en su dormitorio.

—Así es, milady. —Se mantuvo inexpresivo pero, aun así, consiguió poner cara de circunstancias—. Durmiendo.

Más de las once y seguía en la cama, algo impensable cuando vivían en Mauve Meadow. Claro que se había convertido en lo normal en Londres, sobre todo teniendo en cuenta la forma en que trasnochaba. Indignada, Bethany enfiló por la escalera y subió hasta la habitación de su primo. No



se preocupó por llamar; abrió, con la intención de ir hacia la cama y tirar de las mantas sin mayor ceremonia, pero se quedó clavada en el sitio y se llevó una mano a la nariz.

Allí dentro olía fatal, una mezcla pesada de efluvios alcohólicos y cosas peores. Intentando contener la respiración, fue hacia la ventana, separó de golpe las cortinas y abrió, buscando un poco de aire fresco.

—¡Arriba! —exclamó, a voces—. ¡Freddy, levántate!

Su primo dio un bote en la cama, pero no llegó ni a incorporarse.

—¡Dios, qué pasa! —Gimió y rodó para esconderse mejor bajo las sábanas—. ¿Pero qué haces, Bethany? ¡Por favor, cierra, me mata la luz!

—Si no fueses una criatura nocturna, no te pasaría eso. —Cuando consideró que ya podría respirar allí dentro sin caer muerta de espaldas, se posicionó junto a la cama, cruzada de brazos—. Levanta ahora mismo, Frederick Bernard Nicholas Howland. Tenemos que hablar.

—¡Pues espera a la tarde!

Estaba harta. No iba a consentirlo ni un segundo más. Bethany cogió las mantas y se las arrancó de golpe. Puesto que Freddy tenía el camisón recogido casi por la cintura, pudo ver sus piernas regordetas y un atisbo de su escasa virilidad.

Su primo se sentó de un brinco, tapando sus partes pudendas.

—¡Beth! —exclamó, entre sorprendido e indignado—. ¿Se puede saber qué demonios haces?

—Ya te lo he dicho. Quiero que te levantes ahora mismo. Quiero que me des una explicación de todo lo que está ocurriendo. Por qué duermes tranquilamente mientras tenemos la casa sitiada por tus acreedores. Por qué no das la cara, por qué no buscas soluciones, por qué lo empeoras todo, continuamente... ¡Y, sobre todo, por qué no has aparecido por la mañana...! —Alzó una mano—. No, deja, eso no, de sobra sé por qué. Evitaste ir porque no querías estar presente cuando me enterase de todo. ¡Maldito seas! Sabías que me pondría hecha una fiera. Nunca has dado la cara, nunca, por nada. Eres un cobarde.

—¡No te atrevas a llamarme eso!

—¡Cobarde, cobarde, cobarde! —repitió ella, apretando los puños—. No te ha importado nada dejarme sola. No te ha importado meterme en este... este embrollo de apuestas de caballeros idiotas, demasiado aburridos con todo porque no se ven obligados a hacer nada útil con sus vidas, como el resto de la humanidad.

—¿Una apuesta? —preguntó él. Los pelos revueltos y el rostro abotagado por el sueño no ayudaban a hacerle parecer muy listo.

—¡Exacto! Lord Gysforth no quería ese encuentro porque me hubiera visto por ahí y se hubiese quedado deslumbrado por mi resplandeciente sonrisa, no. Eres un mentiroso, Freddy. Seguro que ni te dije mi nombre, fuiste tú el que se lo diste a él. No me conocía absolutamente de nada, yo no le importaba más que como trofeo de un juego ridículo.

—Ah... De modo que era una apuesta. —Frunció el ceño—. Pues no te preocupes, lo comprobaré esta misma noche en el libro de Brooks's. Si aparece tu nombre, no dudes de que me

quejaré y puede que tenga que indemnizarnos con una buena suma por atentar de semejante modo contra nuestra dignidad y...

—¡No quiero que compruebes nada! —replicó Bethany, furiosa—. ¡Y no hables de nuestra dignidad como si fuera algo compartido! ¡Tú, tú eres el mayor culpable de lo que ha pasado, Freddy! ¡No me dijiste que habías perdido una cantidad de dinero enorme con él, y que habías convenido ese encuentro conmigo a cambio de que te la perdonase!

Freddy se removió, con aire culpable.

—No era algo que tuviese relevancia.

—No, claro. Era mejor tenerme engañada, ver que hasta me hacía ilusiones románticas, como una tonta. —Se cubrió el rostro con las manos—. Oh, por Dios. Qué tonta, qué ridícula soy...

Freddy la miró con cautela.

—¿Qué ha pasado? ¿Ha intentado algo lord Gysforth?

—¡No! No es eso. De hecho, llegado el momento, se ha comportado como un caballero. En vez de mantenerme engañada y aprovechar la ocasión, me dijo la verdad. —Bethany parpadeó. Eso era cierto, y notó cómo parte del enfado que sentía contra Gysforth empezaba a disolverse, poco a poco, como un grumo de harina sumergido en leche. En el momento había estado tan indignada que no pudo ni pensar en el detalle. Claro que, lo más probable, era que hubiese reconocido todo por el poco interés que tenía por conservarla a su lado—. Pero era una apuesta —añadió con amargura—. Solo una apuesta...

—¿Y qué más te da? No tenías nada que hacer esta mañana, que yo sepa. Nunca tienes nada que hacer.

Eso no podía negarlo. Pasaba los días en Londres caminando como un alma en pena por las calles o encerrada en casa, mirando al frente. Estaba tan noqueada por todo lo ocurrido, tan desanimada, que no se decidía a dar el paso de retomar las riendas de su vida. Pero había llegado el momento.

—Quiero volver a Mauve Meadow —dijo, firme.

Su primo pareció sorprendido. Luego, frunció el ceño.

—Eso supondría tener abiertas dos casas. Como comprenderás, preferiría no tener que sufragar semejantes gastos.

—Qué desfachatez. Ni que hubieses ganado cada penique picando en una mina.

—No seas antipática. No...

—Esta vez no me vas a convencer, Freddy —le cortó—. No quiero continuar aquí, no quiero seguir viendo cómo destruyes todo el legado de mi padre y nos llevas a los dos a la ruina. Voy a volver a Mauve Meadow, contigo o sin ti.

Él hizo una mueca.

—Vete. Tengo que dormir un rato. —Al ver que no se decidía a obedecer, insistió—. Venga, por favor. Me duele mucho la cabeza y soy incapaz de pensar. Luego hablamos.

Aquello la apaciguó un poco. No se dio por vencida, pero bien podía posponer el final de esa

discusión hasta la cena, ya que tenía toda la intención de ganarla. Bethany le dio la espalda y salió del dormitorio.

## Capítulo 6

Bethany pasó por su habitación para cambiarse y ponerse el vestido de estar en casa, y bajó de nuevo a la planta baja. Briggs y Claire ya habían recogido los cristales y la piedra, y habían cerrado el hueco de la ventana con unos papeles de periódico. Eso hizo que recordase el problema que suponía el señor Clemens. Sola en el vestíbulo, titubeó un momento. Dudaba que pudiera conseguir gran cosa, pero tenía que hablar con él, tenía que intentarlo.

Se dirigió a la ventana del porche que todavía estaba bien y apartó ligeramente la cortina. Fuera, las cosas habían cambiado poco, seguía el grupo de acreedores y o mucho se equivocaba o permanecerían allí hasta la hora del té, como poco. Buscó con la vista, nerviosa, temiendo que el periodista sí que se hubiese ido, pero no.

A un lado, Clemens tomaba notas en una libreta. Bethany se mordió los labios, nerviosa y dio unos golpecitos en el cristal. Tuvo que repetir el gesto varias veces y le costó más de lo esperado, hasta el punto que creyó que iba a tener que abrir la puerta y llamarle directamente pero, al final, consiguió que el joven la viera.

Clemens frunció el ceño y se acercó a la ventana. Bethany entreabrió.

—¿Qué hace? No es seguro que esté aquí, milady —le dijo él—. Las cosas están muy tensas y pueden lanzar otra piedra.

—Lo sé. Pero, si le digo la verdad, me preocupa menos eso que el hecho de que mi familia aparezca en los periódicos por una situación como esta.

El rostro de Clemens se ensombreció todavía más.

—Lo lamento, sí, puedo entenderlo.

—¿De verdad es periodista?

—Sí. Trabajo para *The Times*.

¡Por Dios! ¿Es que nunca iba a terminarse su mala suerte? Había esperado que Clemens trabajase para alguna pequeña publicación local, pero *The Times* era el periódico más importante de Londres y de toda Inglaterra. El único con auténtica relevancia, de hecho, prácticamente carecía de competencia seria. Si su nombre aparecía allí, lo leería prácticamente todo el mundo.

Bethany tragó saliva.

—Por favor, se lo ruego, señor Clemens, no nos mencione. ¿No podría escribir sobre otra cosa? —Intentó pensar un tema, pero no se le ocurrió nada. Se sentía demasiado aturdida—. No sé,

cualquiera... Esto... Le aseguro que esto está siendo muy difícil para mí. Necesito ayuda. Mi padre murió, mi primo es demasiado joven y está superado por la situación.

Clemens hizo una mueca.

—Permítame que discrepe. Su primo es lo bastante adulto como para ser el conde de Saxonshare y debería asumir las consecuencias de sus actos.

Tenía razón, claro, pero no podía dejar de intentarlo. No podía quedarse con un no por respuesta. Tragó saliva.

—Sí, pero yo también soy una víctima, usted lo ha dicho. Y mi padre... mi pobre padre, que fue un hombre siempre digno y recto... De no haber muerto, se volvería a morir viendo lo que está pasando. —Se le llenaron los ojos de lágrimas. Quería manipularle, sí, pero también eran sinceras, porque estaba diciendo la verdad—. Sé que es usted un caballero, me lo ha demostrado antes. —Se llevó una mano al pecho, al corazón—. Ayúdeme, por favor. Se lo ruego.

Clemens dudó unos segundos, pero terminó chasqueando la lengua.

—Está bien, por favor, no se disguste. Buscaré algún otro tema o me centraré en otra familia. En realidad, esto no es tan importante, siempre hay gente pasando por situaciones parecidas, y muchos son nobles. Demasiada gente en esta ciudad cree que puede vivir por encima de sus posibilidades, y despilfarrando a manos llenas.

—¿De verdad?

—Se lo aseguro. No se lo creerá, pero no hace mucho, dos caballeros apostaron en el White's sobre qué gota de lluvia llegaría antes...

—Al borde inferior de la ventana principal del club —terminó Bethany. No pudo evitar un tono algo amargo, al recordar la mañana—. Sí, he oído hablar de eso. Apostaron tres mil libras, si no recuerdo mal.

—Así es, ya ve. Lo de su primo no es tan grave. Buscaré otra cosa. —Sonrió ligeramente—. Pero recuerde que me debe un favor, lady Bethany.

—Claro. Por supuesto...

Él saludó y se retiró. Bethany cerró la ventana y le vio alejarse de la casa, atravesando el grupo de acreedores, saludando a diestro y siniestro pero sin hacer mayor caso de las preguntas que le hacían. En otras circunstancias, quizá hubiera pensado que, al menos, el día no había resultado tan desastroso, porque había conocido a alguien agradable. Pero daba igual.

Aunque no salieran en los periódicos, allí seguían todos aquellos acreedores, y seguramente irían aumentando en número. Y lo ocurrido con Gysforth...

Ojalá no se hubiese levantado nunca de la cama.

—De verdad, menos mal que se ha muerto usted, padre —susurró, acongojada, porque su padre no hubiese soportado semejante humillación al título de los Saxonshare. Aunque, claro, precisamente todo aquello había ocurrido por morirse él. Apoyó la frente en el cristal. Qué mal se sentía. Pero tenía que ser fuerte, tenía que serlo. No iba a permitir que todo aquello la aplastase.

Pensó en reunirse con Claire y ayudarla con las tareas de la casa, para sentirse ocupada, pero

todavía no quería hablar con nadie. Ni siquiera podía soportar la idea de estar en silencio a su lado.

Incapaz tampoco de estarse quieta, salió al pequeño jardín trasero y caminó agitadamente entre los parterres y los setos. El ejercicio siempre la había ayudado a pensar, y tenía mucho a lo que darle vueltas. Maldito Freddy... ¡Y maldito Gysforth, por liarla en sus historias! Gysforth sí, otra vez lo tenía en mente. Siempre estaba ahí, como un rescoldo dispuesto a convertirse en llamas.

Y, de paso, maldita ella misma también, por no saber reaccionar ante semejante situación como una mujer de mundo. Debió reírse con elegancia, debió mostrarse indiferente y no darle importancia. Pero no, imposible, por supuesto. Se había mostrado como se sentía, tan dolida como una niña enamorada a la que le habían roto el corazón. Estaba demasiado sensible.

Bethany se detuvo, clavada en el sitio.

—Tengo que hacer algo con mi vida.

Aquel hombre, Benson, tenía parte de razón. Ella no compraba cosas, no despilfarraba, pero tampoco había intervenido de verdad para impedir que Freddy lo hiciera, sobre todo al principio. Había estado tan deprimida con la muerte de su padre, con la pérdida de todo su mundo, de su propia identidad, que no había sabido reaccionar a tiempo y dejarle claros los límites. Se había limitado a vivir a la sombra de ese caos desatado llamado Freddy, sin actuar, sin darle los dos bofetones que se merecía para evitar todas esas consecuencias.

No podía seguir así, como a la espera, dejándose llevar día tras día, atrapada en aquella nebulosa de pena y autocompasión. Si quería que su vida cambiara, tendría que reaccionar de una vez y empezar a hacer algo al respecto, ya. Todavía quedaban dos años hasta su mayoría de edad. No podría soportar vivirlos así.

Para independizarse de inmediato de Freddy, tenía dos opciones: casarse o buscar un empleo. Lo primero quedaba completamente descartado. Para empezar, no conocía a nadie en Londres y, desde luego, no quería contraer matrimonio por puro interés, sin estar tan plenamente enamorada, como las protagonistas de las novelas románticas que tanto le gustaba leer.

Además, solo le faltaba caer en manos de otro desaprensivo. Casarse implicaba demasiada pérdida de libertad y ya había tenido suficiente ración de sometimiento, teniendo que contar con Freddy para cada cosa que quisiera hacer. No pensaba permitirlo.

Tendría que optar por la segunda posibilidad, la del empleo, y, por su condición, podía dedicarse a pocas cosas. Un puesto de institutriz sería lo más adecuado, decidió, juiciosa. Gracias a su padre había recibido una buena educación y era para lo que mejor preparada se sentía. Conocía bien la literatura inglesa y hablaba perfectamente francés, italiano y español. También tenía conocimientos de álgebra e historia, lo suficiente como para poder educar a los hijos de cualquier noble.

Sí, eso haría. Y si no encontraba nada, quizá hubiese algo de acompañante de alguna anciana. Podía guiarla en sus paseos, ocuparse de las medicinas y leerle en voz alta durante las largas tardes de una vida gris e insípida...

«No empieces», se riñó. La gente pobre no tenía derecho a quejarse. Iba a tener que trabajar y dar gracias por cada bocado que pudiera llevarse a la boca.

Además, por suerte, en su caso aquello solo sería temporal. Si no le gustaba el empleo que fuera, al ser mayor de edad y heredar sus rentas, podría dejarlo y retirarse a Mauve Meadow. En el caso de que Freddy no le permitiese establecerse en Saxonshare Manor, sí podría hacerlo en una casita del pueblo, y vivir allí tranquila, al cobijo de los rincones de su infancia. Eso le gustaría.

Cuando ya se sintió más calmada, volvió dentro, se disculpó con Claire por lo antipática que había estado en el coche y pasó el resto del día ayudándola con la limpieza de las habitaciones del piso bajo, y luego a preparar el té y, finalmente, la cena. La doncella la miró de vez en cuando de reojo, pero guardó silencio. No mencionó lo ocurrido con los acreedores ni volvió a preguntar nada sobre lo que había pasado por la mañana en aquella barca. Mejor, porque seguía sin querer hablar de ello. Prefería olvidarlo.

Freddy se reunió con ella en la mesa del comedor. Tenía mucho mejor aspecto, se le veía descansado y fresco. De hecho, ya estaba vestido con uno de sus mejores trajes. Formaba parte de la media docena que se había hecho confeccionar por el señor Weston, sastre en Old Bond Street, nada más llegar a Londres como nuevo conde de Saxonshare. Supusieron un fuerte desembolso, porque el señor Weston estaba muy de moda por ser también, en esos momentos, el sastre preferido del famoso *Beau Brummell*. Como era de esperar, sus precios estaban acordes con su fama.

«También los resultados», pensó Bethany. Freddy estaba muy guapo con aquel traje. O mucho se equivocaba, o eso significaba que se disponía a afrontar una nueva jornada nocturna.

La miró desde el otro lado de la mesa, con el ceño fruncido.

—Espero que nunca vuelva a ocurrir lo de esta mañana —dijo, sin importarle que Briggs estuviera quieto junto al aparador, como una estatua, igual que había estado durante todas las comidas de su vida, dispuesto a servirles más vino si lo necesitaban, o atender cualquier otro deseo—. A ti no te gustaría que yo te lo hiciera, así que no entres en mi habitación.

—No me obligues. Y no era «esta mañana». Si no vivieras de noche, lo llamarías «casi mediodía», como las personas normales.

—Bethany, no estoy dispuesto a estar así siempre, te lo digo en muy serio. Soy el cabeza de familia y... ¡Beth! —exclamó, indignado cuando ella lanzó una carcajada—. ¡No te rías!

—Pero ¿cómo no me voy a reír, hombre? Eres más joven que yo e infinitamente más atolondrado. Siempre lo has sido. —Freddy bufó, pero no replicó a eso. No podía negarlo. Mientras jugaba con la comida, Bethany le miró preocupada—. ¿Vas a salir esta noche?

—Quizá.

—Eso significa que sí. —Ni siquiera se enfadó. Estaba demasiado cansada—. Me prometiste que no volverías a jugar.

—Tú no lo entiendes. ¡Sería ridículo dejarlo ahora! ¡Mi suerte está a punto de cambiar, puedo

sentirlo! —exclamó, como si pudiese hacer realidad sus palabras, solo por ponerle voluntad—. Cuando eso ocurra y empiece a ganar dinero a manos llenas, verás que todo vuelve a ser como antes.

—¿En serio? Lamento decirte que la suerte de los desesperados suele tardar en cambiar y, por lo general, solo lo hace a peor. —Le miró a los ojos, intentando alcanzar al Freddy de siempre, que debía estar allí, aplastado en algún rincón—. Freddy, por favor, por favor, no juegues más. Perderás. Te hundirás. Y me arrastrarás contigo.

Freddy titubeó y durante un breve segundo, Bethany sintió algo de esperanza. Él mismo debía darse cuenta de lo problemático de su situación.

—Eso no puedes saberlo. Todavía estoy a tiempo de remontar. —Nada, era inútil. Se negaba a aceptar la realidad. Giró la cuchara un par de veces en el puré de guisantes, con aire reflexivo, antes de volver a mirarla—. Pero he pensado algo para salir del apuro en el que nos hemos metido.

—¿En el que nos hemos metido? Que yo sepa, no he hecho nada.

—Basta, Beth. Te digo que tengo la solución.

Ella suspiró. Bien, estaba dispuesta a escuchar alternativas, por su parte no iba a quedar. Y, si eran inteligentes, hasta las seguiría.

—¿Cuál?

—Casémonos.

Bethany abrió los ojos al máximo.

—¿Qué?

—Es muy sencillo: por si no lo recuerdas, tu padre dejó una reserva de dinero importante a tu nombre, lo del seguro, para cuando seas mayor de edad... o para cuando te cases. Por eso, si nos casamos, podríamos conseguirlo. —Sonrió con amplitud—. ¿Te das cuenta? Con eso, pagaríamos todas las deudas.

—Y conseguiríamos otras, pero yo ya no tendría nada. —Bethany hizo una mueca—. Por supuesto, estás de broma.

—En absoluto. Hablo muy en serio, Bethany, el dinero no es tema para tomárselo a broma. Y hay muchos matrimonios que se basan precisamente en cómo conseguirlo. La mayoría. —Ella entrecerró los ojos, pero no hizo caso—. No es necesario que hagamos... bueno, que hagamos nada. Propongo que acordemos que cada cual pueda entretener su tiempo como mejor prefiera, yo nunca te diré nada ni me pondré celoso. Piénsalo bien, podríamos...

—No —le cortó, con voz helada—. Si de verdad lo planteas en serio, será mejor que te calles antes de que me enfade, y mucho. Algo así nunca va a ocurrir, Freddy. ¿Lo entiendes? ¿Te ha quedado lo suficientemente claro? De hecho, ni siquiera estoy segura de que fuera legal. Somos primos y eres mi maldito tutor.

—Lo he consultado con un abogado que conocí en el club. Afirma que se puede solucionar.

—Qué bien. —No podía sentirse más atónita. Furiosa, sí. La indignación empezaba a surgir de



algún lugar, muy dentro y parecía una fuente desbordada—. O sea que, una vez casi agotada la fortuna de mi padre, ya estabas dándole vueltas a cómo apoderarte de mi herencia. Pues ya te digo, mi respuesta es no.

—Beth...

No supo que lo había hecho hasta un segundo después, y jamás hubiera supuesto que sería capaz de algo así. Bethany había sido educada para mantenerse siempre fría y firme, una dama imperturbable, pero en ese momento le fue imposible no estallar. Barrió la mesa con el brazo y arrojó a un lado su plato, su copa y sus cubiertos. El plato fue lo que voló más lejos, hasta estrellarse contra la pared. El delicado puré dejó una mancha verde en la pintura.

—Milady... —dijo Briggs, apurado. La puerta que daba a la cocina se abrió y entró Claire, con cara de susto. Su padre le hizo un gesto, para que esperase.

Bethany se cubrió el rostro con las manos, desesperada.

—¿Bethy? —El tono de su primo había variado. Sonaba temeroso—. ¿Estás bien?

—No, Freddy. Nunca podré volver a estar bien. No sin mi padre. No en tu poder. —Apretó los puños, buscando controlarse y le miró, de frente—. Voy a buscar empleo, posiblemente de institutriz.

—¿Tú? ¿Ponerte a trabajar? —Le miró horrorizado—. Pero ¿qué dices? No puedes. Serías el hazmerreír de todo Londres.

—Me da igual. Necesito dinero, necesito irme de tu lado. Voy a escribir a todos los amigos de papá, a ver si alguno sabe de un puesto de ese estilo que pueda ocupar. En realidad, me da igual ser dama de compañía o incluso doncella. Hasta fregona, bien lo sabe Dios. Aceptaré cualquier cosa que me ofrezca un techo y un sueldo con el que poder vivir hasta llegar a la mayoría de edad, cuando pueda recibir mi dinero.

Freddy afirmó la mandíbula, enojado.

—No voy a consentir que me avergüences. No puedes hacerlo sin mi permiso. Y yo no te lo daré.

—Sí, claro que me lo darás. —Inspiró profundamente—. Hoy había un periodista, en la puerta, con los acreedores.

—¿Qué? Oh, no...

—Oh, sí. He podido convencerle de que no publique nada, pero solo tengo que buscarle y decir una palabra, una, y aparecerás en *The Times*, Freddy. Contarán tu historia con todo lujo de detalles. Entonces, sí que estarás totalmente arruinado. Se organizará tal escándalo que todo Londres estallará en rumores y ya nadie querrá jugar contigo, ni permitir que alternes con sus hijas, porque hasta el más sordo y ciego de este país sabrá que estás destinado a terminar tus días en la cárcel, por deudas.

Eso consiguió asustarle.

—No serás capaz.

—Tú ponme a prueba. —Ambos se miraron, como dos ciervos retándose antes de la embestida

—. Me darás ese permiso, Freddy. Será lo último que hagas por mí y lo último que sabrás de mí.

—Se puso en pie—. Se acabó, primo.

—Beth... ¡Beth!

No le hizo caso. Salió del comedor y se encerró en su dormitorio.

## Capítulo 7

Esa noche, James llegó a Brooks's de muy mal humor.

Había sido un día realmente infame y estaba tan cansado que apenas podía mantenerse en pie. La culpa era suya, por no haber dormido en condiciones la noche anterior. ¡Irse de fiesta con Badfields y Rutshore, así, en mitad de una semana de tanto trabajo! ¿Qué clase de insensato era?

Como consecuencia, las reuniones del día no habían ido como le hubiera gustado, por no estar todo lo despejado que hubiese debido. Torpe, torpe, torpe... Había perdido un par de buenas ocasiones de argumentar, porque en el momento había tenido la cabeza como si estuviese rellena de algodón. Se había sentido incapaz de hilvanar correctamente ninguna idea.

Y a todo eso se sumaba que todavía llevaba sobre sus hombros la carga de lo que había pasado por la mañana, con lady Bethany.

Su última conversación con Bullock, su cochero, que le recogió en el despacho privado del ministro de interior, Robert Peel, y le llevó al club, no había ayudado a mejorar la cosa. Le contó con todo lujo de detalles lo que había ocurrido con el grupo de acreedores de Saxonshare, cuando dejó a lady Bethany en su casa. ¡Le habían tirado una piedra! ¡Por todos los demonios! Aunque no le habían dado, gracias a Dios, James se sentía igualmente furioso. Tenía que hacer algo al respecto.

Al cruzar el umbral del club, presionó las comisuras de sus ojos. Le dolía mucho la cabeza. Lo único que deseaba era irse a casa, a sumergirse en la bañera hasta casi reventar los pulmones y luego arrastrarse hasta la cama y dormir hasta la llegada del Juicio Final; pero, lamentablemente, había quedado en reunirse con sus hermanas y su tía Hetty en la fiesta de los vizcondes Waugh, de modo que tendría que posponerlo todavía unas cuantas horas.

Bueno, más le valía reunir fuerzas. Se sentaría en un rincón del club, tomaría algo para esa molesta jaqueca y, con suerte, echaría una cabezadita. Lo suficiente como para aguantar luego el corretear incansable de Lizzie y Lettie.

Como imaginaba, Edward estaba en uno de los salones del club, cómodamente sentado en un sillón junto a la chimenea, leyendo el periódico y con una copa de coñac en la mano.

—Felicidades, Gysforth, no pudiste estar mejor —le dijo, con una sonrisa, al verle—. Hasta lo hiciste parecer fácil, aunque juro que se me llevan los demonios al pensar que ahora me toca a mí y que no sé ni por dónde empezar. ¿Cómo voy a conseguir eso de invitar a una desconocida, si

apenas conozco a mis conocidas? —Rio su propia broma—. En fin, creo que lo dejaré para cuando regrese de Francia. Por cierto, ya tengo fecha, me voy pasado mañana. Espero que no os importe el retraso.

—No, claro que no. —James se sentó frente a él. En realidad, casi se dejó caer en el sillón—. Espero que tengas buen viaje.

—Gracias. Te alegrará saber que Badfields y yo ya hemos indicado en el libro de apuestas que has ganado la tuya, con un éxito rotundo. —Le observó con más atención—. ¿Ocurre algo?

—No.

—Pues tu cara no indica eso, amigo mío. —Dejó el periódico a un lado y se centró en él—. Venga, habla. ¿Qué ha pasado? ¿Tus hermanas? ¿Tu tía? ¿Algo en el Parlamento?

—No. —James hizo un gesto indeterminado—. Allí siempre hay problemas, pero al menos raramente me los busco por mí mismo.

—Ah. Lo cual me lleva a pensar que tu malestar tiene algo que ver con la deliciosa lady Bethany. —James no contestó, de modo que insistió—. ¿Se puede saber qué ocurrió? ¿Qué hablasteis, que tanto te ha afectado? Cuenta, hombre...

—Poca cosa. Gracias, no —añadió, al ver la copa que le ofrecía un camarero. Tras tanto tiempo como miembro de Brooks's, sabían perfectamente cuáles eran sus gustos, según las horas. Pero, en esos momentos, necesitaba otra cosa—. Tráigame algo para el dolor de cabeza, por favor.

—¿Un té de corteza de sauce, milord?

—Sí, perfecto. —El camarero asintió y se fue, y James volvió a dirigirse a Edward, que estaba esperando—. Me vi obligado a explicarle lo de nuestra apuesta.

Su amigo arqueó ambas cejas.

—¿Pero por qué hiciste eso? Seguro que se enfadó más todavía.

—Pues sí, la verdad, bastante. Pero no me quedó otro remedio. Me temo que lady Bethany acudió allí con ciertas... esperanzas de corte romántico, por culpa de su primo, y no podía mantenerla en semejante mentira.

—Entiendo. Pobrecilla. Pensaba que iba a encontrarse con un admirador enamorado y se topó con el muy noble duque de Gysforth, ente cuasi divino y destinado a emparentar con una princesa, como poco.

—No seas tonto. Sabes que el matrimonio no es un tema que me importe.

—No, ya sé que no. Lo decía por tu tía Hetty. Tengo entendido que está intercambiando correspondencia con la familia de ciertas nobles europeas, en referencia a tu posible enlace. Su preferida es la princesa de Baviera.

James abrió los ojos con asombro.

—¿Sofía de Wittelsbach? —dijo, horrorizado. Se echó a reír—. Pero ¿qué dices? ¿De dónde sacas todos esos rumores?

—Ni idea, no sabría decirte. —Edward se encogió de hombros—. Es lo que he oído por ahí.

—Pues espero que no sea verdad, porque ya te digo que ese matrimonio no se celebrará mientras yo viva y siga teniendo boca para negarme en redondo. Hasta me valdría tener un simple dedo para decir que no.

—¿Y eso? ¿Es una simple cuestión física?

—No, en absoluto. De hecho, Sofía me parece una mujer preciosa, pero tremendamente autoritaria, y sabes que yo odio que intenten imponerme nada. —Una infancia bajo las órdenes del general Keeling, había sido más que suficiente. James se había jurado que, en el futuro, si alguien mandaba, sería él. Edward asintió, con expresión comprensiva—. Además, para ser sinceros, no creo que se conforme con un simple duque, por muy inglés que sea. Es ambiciosa, buscará ser emperatriz, como poco, y en el continente es posible que lo consiga. —Se oyó un revuelo en el pasillo—. ¿Qué ocurre? —preguntó a un camarero que pasaba cerca.

—No estoy seguro, milord —respondió el muchacho—. Por lo que he entendido, hay una partida de apuestas muy altas en la salita real.

—Arthur está jugando allí —dijo Edward. Y, añadió, con expresión de circunstancias—: Con lord Saxonsshare.

Intercambiaron una mirada de alarma y ambos supieron que compartían el mismo mal presentimiento. James se levantó y fue hacia allí, seguido de Edward.

En la salita real, en el mismo sitio de la otra vez, estaba efectivamente el primo de lady Bethany, y, por lo que parecía, en pleno ataque de ansiedad. James hizo un repaso rápido de su situación: desaliñado y sudoroso, el pelo revuelto, la corbata suelta, temblando de pies a cabeza... Se había puesto en pie, aunque se apoyaba en el respaldo de su silla como si temiese caer de espaldas en cualquier momento.

Henson, a su lado, intentaba hacerle razonar.

—Milord, por favor, se lo ruego, vuelva a sentarse y tranquilícese... —estaba diciendo, pero Saxonsshare no le hizo ningún caso.

—¡Tiene que darme la revancha! —le gritó a Arthur.

—¿Una más? No sea terco —replicó el otro, en absoluto impresionado. Estaba reuniendo pagarés, monedas y billetes que había sobre la mesa. James también vio el famoso alfiler de corbata—. Por su estupidez, le he ganado hasta la mansión de Londres. Que yo sepa no le queda absolutamente nada. No lo empeore.

—¡Pero es que, es imposible que le hayan vuelto a salir esas cartas! ¡Tiene que haber hecho trampas!

En el salón se hizo un silencio repentino y profundo. Los ojos de Arthur se volvieron de hielo.

—Repita eso y le desafiaré a duelo. Y le mataré, pese a que entiendo que solo es un crío con problemas y en plena rabieta.

Saxonsshare se estremeció, amedrentado.

—No, disculpe, no quería decir eso —se excusó. Hizo bien, porque Arthur era buen tirador y James no estaba seguro de poder convencerle de no matar a un bellaco que le acusaba

públicamente de hacer trampas en Brooks's—. ¡Pero debe darme la revancha! ¡Sé que mi suerte está a punto de cambiar! ¡Tengo que...!

—Lo que tiene que hacer es calmarse de una vez, hombre. Evítenos este lamentable espectáculo. —Arthur lanzó unos billetes frente a él, en la mesa—. Tenga, para un coche de alquiler y para lo que considere de primera necesidad. Váyase a casa, descanse y recapacite. Me temo que va a tener que afrontar muchos problemas en los próximos días. Le doy dos semanas para abandonar la mansión y buscarse otro alojamiento. No, mejor cuatro, en consideración a su prima.

—Un momento —intervino James—. ¿Cuánto ha perdido?

Saxonshare tragó saliva.

—Todo —murmuró—. Todo...

—Exacto —convino Arthur—. Todo. No sé por qué se empeña en una revancha, cuando no le queda nada por apostar.

—Dios... —gruñó James. Aquel muchacho era un desastre, apenas podía contener las ganas de darle un buen puñetazo. Y él era un tonto, le iba a costar caro meterse en semejante asunto. Pero le debía eso a lady Bethany, al menos. Se volvió hacia Arthur—. ¿Podemos arreglarlo?

Este chasqueó la lengua, molesto por la situación.

—¿Te importa mucho?

—Sí. Sabes que, de no ser así, no te diría nada.

Arthur asintió.

—Entonces, está bien. Pero solo contigo. —Barajó y extendió los naipes en un largo semicírculo, con manos profesionales—. Todo, Gysforth. A la carta más alta. Y si te gano, me quedaré con Gysforth House.

James hizo una mueca. Su casa valía bastante más que todo lo que estaba en la mesa, mansión de Saxonshare incluida. El propio Brooks's incluido.

—Badfields...

—¿Qué? ¿Aceptas o no? Es la opción que te estoy dando, Gysforth. Recuerda que, en la mesa de juego, no hay amistades.

James asintió. Arthur era Arthur y tenía un sentido del humor muy peculiar, y una visión de la vida mucho más extraña aún. Miró la baraja extendida por la superficie de la mesa. Dudó. Cogió una carta.

Un cinco. Lo arrojó a la vista de todos, crispado.

—Maldita sea...

Arthur sonrió.

—No maldigas, Gysforth. A tu tía Hetty no le gustaría. Además, todavía tengo que sacar yo mi naipe. —Le miró fijamente y levantó una carta, la segunda por el extremo derecho. Un dos—. Vaya. Por esto, siempre procuro jugar de pareja contigo. Has ganado, Gysforth, qué sorpresa. Enhorabuena.

¿Había hecho trampas? ¿Sabía qué carta iba a sacar? Casi diría que sí, por la sonrisa sibilina que le dedicó, pero no podía mencionar el tema, como no lo haría ningún otro caballero presente.

—Oh, Dios... —suspiró Freddy.

—No puede oírle. No es miembro de este club, que yo sepa. —Arthur se puso en pie. Recogió su pitillera—. Dejo mi sitio en la mesa. Buenas noches, caballeros.

James pensó en seguirle y preguntarle qué había ocurrido exactamente, pero Saxonshare le agarró por las solapas de la chaqueta.

—¿Lord Gysforth, es usted mi salvador! —exclamó, con voz aguda, muy excitado—. ¿Podemos solucionarlo como la otra vez? ¿Qué le parece? ¿Desea otro paseo en barca con mi prima? ¿Tomar el té, quizá?

—No. —Carraspeó incómodo, al ver cómo le miraban todos, y le obligó a soltarle—. Compórtese y venga conmigo.

Hizo una señal a Henson, para que se ocupase de recoger todas las ganancias de la mesa y condujo a Saxonshare a una de las salitas privadas. La que escogió solo tenía un par de sillones y un escritorio a un lado. No necesitaba nada más; de hecho ni pensaba sentarse.

—¿Qué quiere? —Saxonshare titubeó, mirándole con cautela—. ¿Una noche con ella? Creo que podré conseguirlo.

James frunció el ceño.

—Está usted loco. Calle o le romperé la nariz de un puñetazo.

—¿Qué le ocurre? Solo intentaba...

—Sé lo que intentaba, no lo repita. Haga el favor de mostrar un poco de respeto por su prima.

Freddy apretó los labios.

—¿Va a devolverme lo que es mío, sí o no?

—No se ponga gallito. Que yo sepa, ya no hay nada suyo. Ahora es mío, todo, absolutamente todo, hasta esa mansión londinense donde mi amigo iba a dejarles vivir un tiempo, por pura amabilidad. Si se pone terco, yo haré lo mismo, le daré cuatro semanas, ni un día más. Luego, le arrojaré a las calles de Londres. Al frío, a la miseria...

El muchacho tragó saliva.

—Pero...

—Esas cuatro semanas no serían un periodo agradable, en cualquier caso —le interrumpió—. Sin dinero ni para comer, sospecho que, a partir de ahora, aunque disponga de un techo, la situación se le va a volver completamente insostenible, lord Saxonshare. Sobre todo cuando ya tiene problemas muy graves con los acreedores. —Bufó, indignado, como siempre que lo recordaba—. Ya me he enterado de lo que ha ocurrido esta mañana.

—¿Esta mañana?

—Sí. No entiendo cómo ha permitido que la situación llegue a semejante extremo. ¡Por Dios, le han tirado una piedra a su prima! ¿Cómo puede permitir que ocurra algo así y venir luego a seguir jugando? ¿A seguir dilapidando su fortuna?

—¿Qué? —Saxonshare se mostró convincentemente sorprendido. No debía estar al tanto—. ¿Una piedra? ¿A Bethany?

—Esta mañana. ¿No se lo ha dicho?

—No... —Titubeó—. ¿Está seguro? Cené con ella y no la vi herida.

—No acertaron, pero ¿qué ocurrirá la próxima vez? No podemos permitirlo, lord Saxonshare. Hay que hacer algo antes de que sea demasiado tarde. —Le clavó una mirada dura—. Porque, de otro modo, sabe, tan bien como lo sé yo, que su destino está en la cárcel de Marshalsea o en la de Fleet.

Saxonshare tembló.

—Oh, Dios... —Se cubrió el rostro con las manos y sollozó. James le dejó un par de segundos, para que se recuperase. Sacó un pañuelo y se limpió las lágrimas—. Eso mismo me ha dicho Bethany, y tiene razón, tiene razón, soy un desastre. Ayúdeme, por favor. ¡Se lo suplico!

—Lo haré. —Se apoyó en el escritorio y se cruzó de brazos—. Si llegamos a un acuerdo, a partir de ahora, me ocuparé de usted, lo que implica que hará lo que yo le diga, pero gracias a eso estará seguro y a salvo de la ruina.

—¿Cómo?

—Le dejaré permanecer en la mansión de Londres, aunque seguirá siendo de mi propiedad, y le pondré una asignación anual. Podrá vivir como un caballero, aunque sin los excesos a los que se ha acostumbrado últimamente.

—¿Una asignación? —El muchacho olvidó su llanto y sus súplicas y se mostró indignado—. ¿Yo? ¿El conde de Saxonshare? ¿Cómo se atreve!

—¿Acaso lo considera un ultraje? Pues me sorprende. Tenga en cuenta que todavía no le he dicho lo que le va a costar.

—¿Costar? ¡Pero... si se ha quedado con todo mi patrimonio!

—Error. He ganado a las cartas todo su patrimonio y ni siquiera se lo he ganado a usted, sino a otro caballero que le ganó previamente. —Se incorporó, irritado, y señaló la puerta—. Si no atiende a razones, puedo irme ya. Terminaremos la conversación aquí mismo. ¿Qué decide?

Como el otro se resistía a responder, James se encogió de hombros y fue hacia la salida.

—¡Espere, espere! —exclamó Saxonshare, en el último momento—. Esa asignación... ¿de cuánto sería?

Él arqueó una ceja. Qué muchacho más atolondrado.

—¿Pregunta eso y no pregunta qué voy a pedirle a cambio? ¿En serio?

Esa idea le hizo recapacitar. Titubeó.

—¿Qué quiere?

James volvió a cruzarse de brazos.

—Que me transfiera la tutela de su prima, de forma inmediata.

—¿Qué? ¡No! —Se puso muy digno—. ¡No puedo hacerle eso!

—¿No puede convertirla en mi pupila, pero sí podía conseguirme una noche con ella? ¿O



arruinarla hasta el punto de que la apedreen por su culpa, y arrastrarla con usted a la prisión de deudores? Caramba, lord Saxonshare, cada vez me sorprende más su curioso modo de ver el mundo.

—Pero... Beth va a casarse conmigo.

Esa noticia le sobresaltó. Hasta le disgustó de un modo inesperado.

—¿Lo dice en serio? —Saxonshare asintió con un golpe que pareció un estertor—. ¿De verdad ella está de acuerdo en eso?

—¡Por supuesto!

—Me sorprende. —James tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la sangre fría. Menudo día, y no dejaba de empeorar. Imaginar a Bethany con aquel fante, de un modo íntimo, le ponía enfermo—. Cuando la he conocido, me ha parecido una mujer inteligente.

—¡Oiga, no le consiento que...! —empezó, indignado, pero se calmó nada más ponerle James una mano en el hombro.

—Me da igual. Vaya ahora mismo a ese escritorio y redacte un texto indicando su deseo de transferirme la tutela de lady Bethany. En base a ello, mis abogados llevarán a cabo mañana todos los trámites necesarios. —Sí, mejor hacerlo todo cuanto antes. El futuro de Bethany dependía de ello—. Enviaré a buscarle en cuanto esté todo listo, seguramente sobre el mediodía, así que procure no salir. Quiero que, en cuanto le avisen, venga de inmediato a firmar los documentos que le pidan. A cambio, tendrá su asignación y una vida resuelta.

—¿Y mi matrimonio con Beth?

—Eso lo decidirá ella —dijo, aunque, mientras pronunciaba las palabras, se preguntaba si no estaría mintiéndole a él y mintiéndose a sí mismo. Seguramente sí—. No voy a oponerme si la dama quiere cometer semejante tontería. Pero lo decidirá libremente.

La mandíbula de Saxonshare tembló, como dispuesto a discutir, pero acabó cediendo y fue hacia el escritorio. Mientras redactaba el documento y firmaba, James le estudió disimuladamente, perturbado por la idea de que Bethany pudiera de verdad querer casarse con él. ¿Sería posible? A saber. Al margen de estar desaliñado, no tenía mal aspecto.

Al fin y al cabo, aunque era algo más bajito que su prima, y estaba un poco regordete por los excesos con el alcohol, Frederick Howland no era feo, de hecho se parecía demasiado a Bethany como para poder serlo. Compartía con ella la nariz elegante y los ojos grandes y azules, pero mientras Bethany era una auténtica belleza, él solo podría ser considerado agradable, con aquel rostro aniñado y el nido de rizos rubios en su frente.

Si a eso le sumaba sus problemas con el juego y su personalidad, demasiado infantil, resultaba imposible imaginar que ninguna mujer hecha y derecha que le conociera realmente pudiera llegar a interesarse por él. Alguien como Bethany, en concreto. Lettie y Lizzie sí, claro, pero porque eran todavía dos niñas a las que les quedaba mucho por madurar. De ellas podían esperarse suspiros y exclamaciones de amor eterno por aquella pobre alma atormentada.

Por eso no podía creerlo. Por más vueltas que le daba, le resultaba imposible concebir

semejante idea y, al recordar la forma en que Bethany se refería a su primo, esa la mañana, lo descartó por completo.

No, lo más probable era que Saxonshare hubiese expresado sus propios intereses, incluso sus ilusiones. A él sí podía imaginarlo enamorado de Bethany. A cualquiera.

Además, recordó, cuando fue a Sleeping Oak, la joven parecía impulsada por una atracción personal hacia él. De hecho, por eso James se había sentido halagado y agobiado a la vez, y había decidido confesar de inmediato. No, desde luego que no podía estar enamorada de Saxonshare, ni de lejos. Ni siquiera un poco. No podía haberse equivocado tanto.

Se despidió del muchacho y, con el papel bien guardado en el bolsillo interior de su chaqueta, abandonó la salita. Edward también se había ido del club. Había dejado dicho que le disculpase, pero que tenía que madrugar para preparar detalles de su viaje, y el té para el dolor de cabeza se había quedado helado en su rincón del salón.

James se lo tomó pese a las protestas del camarero, que insistía en traerle uno nuevo y caliente, y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón, con un suspiro. Tras lo que había ocurrido, ya no esperaba poder dormir, tenía demasiadas cosas en las que pensar, pero se quedó traspuesto de inmediato.

Soñó que estaba en la barca, con Bethany, y le decía que era su tutor. Que él la cuidaría, que todo estaba solucionado. Ella se echaba a reír, de pura felicidad.

Le rodeaba el cuello con los brazos y le besaba.

## Capítulo 8

Por suerte, Henson le despertó poco más de una hora después, justo a tiempo de ir a la mansión de los vizcondes Waugh.

—Debió subir a una de las habitaciones, excelencia —le dijo—. Hubiese descansado usted mucho mejor.

—Estoy bien, estoy bien, gracias, no se preocupe. —Dormir ese rato le había sentado estupendamente, pero todavía tenía algo de jaqueca—. ¿Podrían ponerme otro té?

—Por supuesto. —Henson miró a uno de los camareros, que salió a cumplir la orden de inmediato—. Mientras se lo traen, le aconsejo que se refresque un poco, seguro que lady Morton sabrá apreciar el detalle. Incluso podemos prepararle un baño, si lo desea.

Un baño. Su cuerpo se estremeció de puro deseo al pensarlo. Pero, si se tomaba un baño, nada ni nadie sería capaz de arrastrarle a la mansión de los vizcondes Waugh. Se quedaría allí mismo, metido en la bañera, a pasar la noche. ¿Qué, la noche? Incluso el resto de su vida.

Por mucho que lo desease, negó con la cabeza.

—No, tanto no será necesario. Gracias, Henson. Me las arreglaré.

James fue a uno de los baños del club, se quitó la camisa y se lavó a conciencia, metiendo la cabeza en el agua fría. Fue un suplicio, pero después se sintió mucho mejor. Luego se tomó el té, esta vez caliente, y partió para la fiesta.

El baile de los vizcondes de Waugh era siempre uno de los más esperados. Se había hecho famoso por la generosidad y el dispendio de sus anfitriones, enormemente ricos gracias a la participación de diversos miembros de la familia en la «Compañía Unificada de Mercaderes Ingleses que Comercian con las Indias Orientales», antiguamente «Compañía Británica de las Indias Orientales».

Gracias a eso, los Waugh podían ofrecer lo mejor a sus invitados, en todos los aspectos: comida, bebida, servicio, músicos... Y siempre tenían algún espectáculo especial o alguna diversión añadida, ideada para entretener a los más jóvenes.

James sonrió al recordar la vez que les vendaron los ojos con cintas de seda negra y los colocaron en mitad del salón de baile, dispuestos en dos círculos concéntricos, ellos fuera, ellas en el interior. Luego, les animaron a caminar hacia el frente al ritmo de la música y a empezar a bailar con la primera muchacha con la que se topasen. Para complicar más la cosa, algunos

criados de los vizcondes se movían entre ellos, cambiando sus rumbos aleatoriamente.

Arthur y él tuvieron la suerte de chocar el uno con el otro, de modo que se pusieron a bailar juntos, haciendo el tonto, mientras Edward daba vueltas a su alrededor jurando que no les conocía de nada. Qué divertido fue. ¡Cómo se rieron todos! Y más, porque los adultos no dejaban de protestar, escandalizados.

A su padre no le gustó nada, recordó con una mueca. Pero mereció la pena.

Habían pasado unos cuantos años desde aquello. Ahora, solo iba en virtud de acompañante serio y formal y esperaba encontrar allí a sus hermanas, Ruthie y las gemelas Lizzie y Lettie, que acababan de cumplir los dieciocho años y estaban en su primera temporada.

Las tres se estaban alojando esos meses en la mansión de su tía abuela, Henrietta Keeling, en otros tiempos la viuda lady Bridgeport, luego la viuda lady Palmer y ahora convertida ya para siempre, o eso esperaban todos, en la viuda lady Morton. Pero, tratándose de la tía Hetty, cualquier cosa era posible.

Desde la muerte de su padre, ocurrida dos años antes, las hermanas de James habían vivido con él en Gysforth House, puesto que era su tutor, pero la tía Hetty consideraba que unas jovencitas como ellas debían estar bajo la supervisión directa de una mujer de la familia, y, además, alguien de categoría y edad adecuadas, sobre todo cuando estaban siendo presentadas en sociedad.

Y ya que era ella su única pariente cercana y la que iba a ejercer con ellas de madrina, era la que debía cuidarlas en su casa.

Ni James ni sus hermanas estaban contentos con aquel convenio, pero la tía Hetty era persistente. Repitió una y otra vez que algo así imponía mucho más respeto que el saber que iban y venían a su antojo como cabras por el monte, todo por vivir en la casa de un hermano demasiado joven, aunque fuera uno tan respetable y tan sensato, por lo general.

La primera en caer en sus redes fue Ruthie, que ya había sufrido su presentación en sociedad antes de la muerte del general Keeling, y hasta había tenido que enfrentarse a su padre para rechazar varias propuestas de matrimonio que no le interesaban. A ella, que a él sí. ¡Cómo se puso! Quizá, en otro momento, Ruthie no hubiera podido librarse de aquella, pero la enfermedad había minado ya las fuerzas del general. Terminó aceptando la situación y dejando que su hija decidiera por sí misma.

Luego, con su muerte, Ruthie tuvo que interrumpir su asistencia a fiestas y reuniones y guardar el luto debido, pese a que era un tiempo vital, muy valioso para cualquier joven. Todo el mundo sabía que, si no se conseguía marido en las primeras cuatro temporadas, la cosa podía complicarse mucho, hasta terminar siendo considerada una solterona.

El año anterior, ya con veintidós bien cumplidos, la hermosa y distante lady Ruth había vuelto a dejarse ver por los salones de la alta sociedad. O, mejor dicho, se había visto arrastrada hasta allí, porque a Ruthie, la estudiosa de la familia, eterna aspirante a escritora, como su admirada Jane Austen, no le interesaban lo más mínimo los bailes ni los hombres reales, al menos los que conocía.

Pero tuvo que ceder, no quedaba otro remedio. Asistía a las fiestas, sonreía, bailaba y, durante la temporada, vivía con la tía Hetty. Ahora les había tocado el turno también a las gemelas.

Todo tenía su lado bueno, sobre todo para él. Desde que estaban con ella, James tenía más libertad de movimiento, menos responsabilidades en general y estaba tranquilo, porque sabía que sus hermanas estaban seguras con la tía Hetty, que tenía más tiempo para atenderlas. Pero las echaba de menos, mucho, no podía evitarlo. Estaba deseando que volvieran a casa.

Ellos eran los hermanos Keeling, recordó, mientras agradecía a Bullock que le hubiese abierto la puerta. Pisó la acera y alzó el rostro para contemplar el cielo, pensando en la noche en que murió su padre. Bajo una luna como esa, sus hermanas y él se habían hecho un juramento, un pacto secreto. Nunca lo olvidaban.

Entró en la mansión Waugh, entregó el abrigo, el bastón y el sombrero a un criado, y se dirigió directamente a sala de baile, que estaba muy animada. No tardó en localizar a sus hermanas. Estaban en el grupo de jovencitas que se había formado en el centro de la sala. Así que los vizcondes habían ideado otra diversión nueva. ¿Qué sería? Los chicos estaban a un lado, mirándolas, mientras ellas hacían turno para coger algo de una bolsa. No dejaban de dar gritos y reír.

Ruthie y las gemelas, todas vestidas en tonos claros para resultar bien visibles a la luz de las velas, llevaban flores y lazos adornando sus moños, y unas pocas joyas sabiamente escogidas, adecuadas a su edad. Las tres estaban preciosas y se parecían mucho, pese a que Ruthie era morena y las dos pequeñas, rubias.

James las siguió unos momentos con la mirada, mientras comentaban entre ellas y con sus amigas lo que fuera que habían cogido. ¿Papeles? Esa impresión daba. ¿Qué contenían, poemas? ¿Notas de los muchachos que miraban a pocos metros? Eso sonaba divertido, del estilo de las cosas que organizaban los Waugh. Y al menos las gemelas parecían estar disfrutando mucho.

Aunque todavía tenía algo de jaqueca, no pudo evitar sonreír. Bueno, qué demonios, haría el esfuerzo una noche más. Solo por verlas tan contentas, merecía la pena. Cogió una copa de la bandeja de un camarero que pasó por su lado, y buscó a la tía Hetty. Le costó un poco encontrarla, porque estaba justo al otro lado de la entrada, cerca de las puertas que daban a la terraza que bajaba a los jardines, acompañada por su cuñada y amiga de siempre, lady Forrest, y otras señoras.

Todas comentaban lo que estaba ocurriendo con distintos niveles de escándalo en sus expresiones. La prueba final de que, definitivamente, era algo divertido.

—Llegas tarde —le reprochó ella cuando se acercó a besarla en la mejilla—. Y tienes mala cara, Gysforth.

Henrietta Keeling, marquesa de Morton, había sido la hermana pequeña de su abuelo, Richard Keeling, octavo duque de Gysforth. Era casi tan alta como James, delgada y elegante pese a que ya debía caminar siempre con bastón. Por lo demás, nunca fue especialmente hermosa, pero su personalidad arrolladora le había procurado tres maridos muy enamorados a lo largo de su vida,

todos ellos grandes títulos.

A esas alturas de su vida, a excepción de su párroco, su médico y probablemente su abogado, nadie sabía con exactitud cuál era su edad, un tema de conversación que le parecía descortés y de muy mal gusto. James jamás hubiese cometido el error de preguntarle al respecto; además, resultaba innecesario, le constaba que había cumplido ya los ochenta, y de largo. A saber cuántos más.

—Me temo que no dormí mucho anoche —replicó, evasivo—. Además, he tenido un día complicado y me duele un poco la cabeza. Agradecería que nos retirásemos pronto.

—Eso nunca puede saberse, querido. Tus hermanas tienen que disfrutar el momento.

—No sé yo —dijo la viuda lady Forrest, a su lado—. ¡Esto es una vergüenza!

La tía Hetty entornó disimuladamente los ojos. No simpatizaba con lady Forrest, pese a que habían crecido juntas, eran cuñadas por su primer matrimonio y se hacían compañía en la mayor parte de los eventos desde hacía cerca de medio siglo. Más todavía desde que lady Forrest se quedó también viuda. Desde entonces, cualquier plan en que el interviniera una, estaba la otra.

—No exageres, Hermione, querida —replicó—. No es para tanto.

—¿Qué ocurre? —preguntó James, sorprendido. Los jóvenes se estaban repartiendo por la pista de baile. Parecían buscarse, algunos se llamaban, y se iban colocando por parejas.

—Los Waugh, que han vuelto a dar la nota. Y nunca mejor dicho. —La tía Hetty rio entre dientes—. Vamos, Hermione, reconoce que ha tenido gracia. —Lady Forrest no dijo nada, ni perdió su expresión avinagrada—. Han hecho papelitos con los nombres de todos los muchachos casaderos invitados. Los han metido en una bolsa y las jovencitas los han ido sacando, cada cual una nota. Se supone que tienen que bailar a continuación con el nombre que les haya tocado.

—Muy ingenioso —convino James. La clase de cosas que les hubiese encantado a sus amigos y a él. Dejarse arrastrar por el destino, ver qué les deparaba... Al pensar en eso, por supuesto, lady Bethany surgió en su mente. Carraspeó—. Los Waugh siempre han sabido organizar sus fiestas.

Unos acordes de la orquesta hicieron bajar el volumen de las conversaciones. Algunos muchachos sueltos se fueron apartando. Por lo que fuese, no debían haber encontrado pareja. La causa no podía ser el físico, porque vio un joven rubio, de unos veinticinco años y bastante atractivo, que se retiraba hacia el fondo tras un último vistazo a la pista.

—Mira, ya empieza —dijo la tía Hetty.

—¡Oh, pues a Lettie le ha tocado con el hijo del duque de Manchestry —exclamó lady Forrest, más conforme con lo ocurrido—. ¡Y Lizzie está con el joven conde de Willmore! ¡Qué ideal!

—Desde luego —convino lady Hetty, aunque miró con el ceño fruncido a Lettie. Luego, se giró sobre sí misma—. Pero ¿dónde se ha metido Ruthie? Estaba en la pista hace un minuto.

James miró hacia atrás y vio las punteras de unos delicados escafpines de baile sobresaliendo bajo la cortina del lateral de la gran ventana que estaba a sus espaldas. Extendió una mano, la apartó y descubrió la figura agazapada de lady Ruth Keeling, que esa noche llevaba un vestido de seda de un suave tono champán con encajes crema. Los dos colores se entremezclaban en mangas

y corpiño y en los lazos de la cabeza, que sujetaban un recogido de tirabuzones azabache.

Al igual que James, Ruthie tenía el pelo muy abundante y negro y los ojos de un gris muy claro, aunque en su caso, más grandes, bordeados de densas pestañas. Como cada vez que la veía últimamente, se sorprendió al pensar que ya era toda una mujer, y muy bella, no la niña revoltosa y divertida que compartió con él la mayor parte de su infancia.

Como si hubiese querido echar por tierra semejante pensamiento, Ruthie le frunció el ceño y le sacó la lengua.

—Traidor.

—Lo siento, hermanita, no hay escapatoria. —Tomó su mano, la besó y tiró de ella para atraerla a su lado—. Lamentablemente, todos estamos atrapados en el feo negocio matrimonial.

—No lo digas de ese modo, Gysforth —le reconvino su tía—. Consigues quitarle toda distinción. Y tú, Ruthie, ¿se puede saber qué hacías ahí? ¿No deberías estar bailando con...? No sé con quién...

—Ese es el problema, yo tampoco le conozco —protestó Ruthie—. ¡Y no tengo ganas de bailar con un desconocido! En realidad, con nadie.

—¿Con quién te ha tocado? —preguntó curiosa, lady Forrest—. ¿Cómo se llama?

—Clemens... —Ruthie sacó un papelito del guante y lo leyó—. Zackary Clemens. ¿Quién demonios es ese? Jamás le había oído nombrar.

—Ni yo tampoco —admitió la tía Hetty—. Pero no por eso maldigo como un carretero, niña.

—¡Oh, yo sí sé quién es! —exclamó lady Forrest, encantada de poder aportar un cotilleo—. Es el sobrino del marqués de Pemberton, ha llegado hace poco a Londres. —Se inclinó, para susurrar—. ¡Creo que es periodista!

—¡Periodista! —repitió la tía Hetty, con horror. Miró a Ruthie—. ¡Has hecho bien en esconderte, niña! ¡No puedes casarte con un hombre con una profesión, y menos una como esa!

—Vaya por Dios —bufó ella—. Pues ahora, de repente, lamento haberlo hecho. Al menos, es posible que hablar con él hubiese sido hasta interesante.

—Tonterías. Tú céntrate en lo importante, porque ya sabes que...

—Por cierto, tía Hetty... —la interrumpió James, más que nada por evitarle a su hermana una nueva filípica sobre su deber y sus responsabilidades—. Hablando de asuntos matrimoniales, he oído rumores de que anda preparándose algo con Sofía de Wittelsbach. —Le dirigió una ceja bien arqueada—. Dígame, por lo que más quiera, que no es cierto.

La tía Hetty rio entre dientes.

—No, claro que no. Sabes que te quiero bien, sobrino. ¡Menudo mal bicho es esa mujer! Y, afortunadamente, no eres un rey, querido Gysforth. Ellos necesitan establecer lazos políticos a niveles internacionales, por lo que se ven obligados a hacer sacrificios tremendos y casarse con gentes de fuera, de ese continente tan... bueno, tan aislado. —Hizo como si no viera la mirada que intercambiaron sus sobrinos. O quizá de verdad no la vio—. Pero tú no, en absoluto.

—Por suerte, podremos conseguir para ti una buena esposa inglesa, como debe ser —asintió

lady Forrest, convencida. «Pues qué bien», pensó James. También lady Forrest se iba a ocupar de eso.

—Así es —convino la tía Hetty—. Pero no niego que está bien que se rumoreen ciertas cosas. Como lo de María Cristina de Borbón-Dos Sicilias, por ejemplo.

—¿Qué? —James la miró horrorizado—. ¿También con esa arpía? Usted me quiere matar.

—No, Gysforth. Pero si alguien piensa que se está valorando tu boda con una princesa, te considerará apto para cualquier otra perspectiva. —Se inclinó hacia él y le habló al oído—. Está bien, te reconozco que tengo muy adelantadas las negociaciones de tu matrimonio con la hija mayor del duque de Wallard-Stoneport. ¿Qué te parece? —Se apartó para poder sonreírle de oreja a oreja—. Maravilloso, ¿verdad?

James la miró con repentino interés.

—Es usted una mujer muy astuta, tía Hetty.

No era mala idea, para nada. Wallard-Stoneport era un hombre poderoso, tenía mucha influencia en la Cámara de los Lores. Desde un punto de vista político, ese enlace le convenía mucho, porque sería un aliado ideal contra Dankworth. En cualquier otro momento se hubiese sentido atraído por la idea, hasta entusiasmado. Pero, por alguna razón, solo se notaba reacio.

No, no podía engañarse, sabía muy bien por qué estaba así. La imagen de unos ojos azules como el cielo lo explicaba todo. Maldita mujer, le tenía hechizado. Tenía que olvidarla y centrarse en su vida, seguir adelante.

Respiró hondo y apartó el recuerdo de Bethany. Sin lugar a dudas, establecer un acuerdo matrimonial con la hija de Wallard-Stoneport, era una buena idea.

—¿Gysforth? —le preguntó su tía, sacándole de sus cavilaciones—. ¿En qué piensas?

—En la hija de Wallard-Stoneport, claro está. Lo cierto es que apenas la recuerdo —dijo, por excusarse, aunque eso último era verdad. Trató de hacer memoria. Una muchacha feúcha, pero simpática—. ¿Se llamaba Edith?

—Eve. Se llama Eve. Edith es la hermana pequeña. Prefiero casarte con la mayor. Será la que herede casi toda la fortuna.

Eve. ¡Ah, sí! ¡Oh, no! Una mujer sin ninguna belleza, ni exterior ni interior, que él supiera. Recordó haberla visto más de una vez discutiendo tonterías en reuniones o imponiéndose de un modo muy poco apropiado con los criados. De pronto, ya no estaba tan seguro de querer emparentar con Wallard-Stoneport. No se veía dejándose manipular por aquella bruja, e iba a ser peor si el duque le veía discutir todo el día con su hija.

—Eve... Una pena. Me gustaba más la idea de casarme con Edith, o incluso con otra Edith cualquiera. Sobre todo porque acabo de acordarme de quién es esa Eve, y preferiría considerar otras opciones.

—Te dejo sitio en la ventana, si quieres —ofreció Ruth, con un mohín—. Para que veas que no soy rencorosa.

James asintió.



—Estoy por aceptar. Si nos apretujamos bien, no nos verán hasta el final del baile y podremos escapar incólumes.

Ruthie se echó a reír y él la siguió. La tía Hetty y lady Forrest intercambiaron una mirada irritada.

—Basta —ordenó la tía Hetty—. Los dos. Ya sois lo bastante adultos como para saber cómo son las cosas. El matrimonio es algo muy serio, sobrinos. La fortuna y el prestigio futuros de la familia dependerán en buena medida de las bodas que lleguéis a celebrar todos vosotros. Sois los mayores, por lo que espero de ambos absoluta formalidad.

—Sí, tía Hetty —gruñó Ruthie—. Nos lo ha dicho usted innumerables veces. Pero no todos tenemos por qué estar de acuerdo con eso.

—¿Qué quieres decir?

—¿Que qué quiero decir? ¿Acaso va a escucharme? No lo creo, no le importa lo más mínimo lo que yo opine.

Lady Morton tomó aire, como reuniendo paciencia.

—Haré un esfuerzo.

—¿Ah, sí? Sería una excepción, porque sabe de sobra que no me apetece nada estar aquí, así, noche tras noche. —Hizo un gesto hacia la brillante sala de baile—. No tengo el más mínimo interés en todo esto, no es lo que puede hacerme feliz. Y tengo como meta en la vida conseguir ser feliz. Completamente feliz. —Miró a su hermano y extendió la mano hacia él, cerrada en un puño—. Somos los Keeling.

—¡Otra vez! —protestó lady Forrest—. Siempre hacéis lo mismo.

La tía Hetty hizo una mueca, algo envidiosa y, seguramente, dolida.

—Supongo que ese gesto tiene algún significado que no queréis compartir ni siquiera conmigo.

Sí que lo tenía. James recordó la noche del funeral de su padre, cuando los cuatro hermanos Keeling se quedaron a solas en el salón, a la vez tristes, aliviados y culpables. Por fin eran libres, al menos de intentar conseguir su propio espacio en el mundo, sin sentir la presión de la sombra de su padre.

James era ahora el cabeza de familia y no estaba seguro de ser capaz de asumir bien el peso de toda aquella responsabilidad. No sabía qué hacer. Lizzie no había dejado de llorar en todo el día, y Ruthie miraba al frente con ojos secos, pero llenos de dolor. Lettie era la única totalmente inexpresiva. Siempre le ocurría igual, podía ser una muchacha encantadora, muy cercana, pero, si se sentía mal, se retiraba a algún punto de su interior donde nada ni nadie pudiese alcanzarla.

Era verano. Se sentaron junto a la ventana, como cuando eran pequeños, y miraron la luna. No recordaba quién fue el primero que extendió la mano en un puño, el símbolo de Evelyn para la familia. Pensándolo bien, quizá lo hizo Ruthie, como ahora. Los demás fueron apoyando las suyas encima, envolviendo unos los puños de los otros. James las cubrió todas, protector.

«Somos los Keeling», dijeron, estableciendo aquel juramento. «Nos apoyamos. Nos ayudamos. Buscamos la felicidad y jamás volveremos a permitir que nos hagan daño. A ninguno».

Esa noche, años después, James adelantó la mano y envolvió con ella el pequeño puño de Ruthie.

—Somos los Keeling. Pero tenemos que cuidar de las gemelas —añadió, y ella pareció entenderlo, porque miró hacia la pista. Sus hermanas pequeñas sí que estaban disfrutando del momento. Bailaban encantadas con aquellos jóvenes que les habían tocado en suerte. Debían contar anécdotas muy divertidas, por el modo en que las estaban haciendo reír.

—Además de buscar marido apropiado —insistió la tía Hetty, que a veces no sabía cuándo debía parar.

—Yo no quiero un marido —declaró Ruthie, firme, un tanto harta de todo aquello—. Solo quiero que me dejen ustedes en paz. Supongo que, para conseguirlo, tarde o temprano tendré que casarme, pero les aseguro que ninguno de estos hombres me interesa lo más mínimo. Bueno, quizá el periodista ese... —Dudó—. Pero está claro que él no les interesa a ninguna de ustedes.

Lady Forrest frunció el ceño.

—No. Por supuesto que no.

—Pues eso. Ninguno.

La tía Hetty y James se miraron discretamente.

—Pues ya tienes veintitrés años, jovencita —dijo ella—. Si sigues demorándolo, te van a considerar una solterona, y eso sería... impensable. No puedes esperar más. ¿No lo entiendes? Tienes que comprometerte esta temporada, Ruth Alice Helen Keeling.

El tono sonó terminante, pero Ruth tenía el temperamento de los Keeling. Miró a su tía con el ceño fruncido.

—Ya veremos —se limitó a decir, dejando claro que tenía la última palabra y pensaba ejercerla. Si había podido con el general Keeling, seguro que podría con la tía Hetty, que quería mucho a sus sobrinas y a la hora de la verdad siempre mostraba un corazón blando. Empezó a moverse hacia las mesas con bebidas más cercanas—. Perdonen. Voy por algo para beber.

—Puede ir tu hermano a buscártelo.

—No, gracias. Prefiero caminar un poco. Además, ni siquiera tengo sed. Lo que intento es dar por finalizada esta conversación.

—¡Oh, no seas descarada, jovencita! —exclamó lady Forrest. La tía Hetty apretó los labios.

—Muy bien. Pero mantente a la vista. —Ruth puso los ojos en blanco y se alejó. Lady Morton esperó unos momentos más todavía, antes de seguir hablando—. Estoy algo sofocada. Gysforth, por favor, ofréceme tu brazo y acompáñame a la terraza, para que me airee un poco.

—Claro, tía.

—¿Te sientes mal, Hetty? —preguntó lady Forrest, con preocupación—. Voy contigo.

—No, no. Solo necesito un poco de aire. Y tú debes quedarte para vigilar a las muchachas. No las pierdas de vista. Solo confío en ti, Hermione, por favor.

—Oh, está bien —replicó su cuñada, satisfecha de ser tenida en tanta consideración—. Pero si necesitas algo, cualquier cosa, dime.

—Lo sé, querida. Gracias. Antes preferiría llamar a una manada de elefantes para que me pisoteasen —añadió, en un murmullo, mientras se alejaban—. O a un montón de monos, para que me tirasen del pelo.

James se echó a reír.

—¿Por qué sigue pasando tanto tiempo con ella, si no simpatizan?

—Responsabilidad, sobrino. Tengo mis razones. —Se encogió de hombros—. Da igual. No es de ella de quien quiero hablar, sino de Ruthie. —Se apoyó en la balaustrada de la terraza. Hacía muy buena noche y el jardín desprendía un intenso olor a rosas—. Tú sabes lo que ocurre, ¿verdad?

James evitó su mirada.

—No sé de qué me habla, tía Hetty.

—Ya. No disimules, James. Últimamente, Ruthie pierde mucho tiempo revoloteando alrededor de... ese muchacho, como se llame. Tu secretario.

—George. —James suspiró, cruzó las manos a su espalda y esperó resignado a que pasase la tormenta—. Se llama George Speechley, como bien sabe usted.

—Bah. No tengo memoria para la información intrascendente.

—Le daré otra importante entonces: es el único hijo del baronet sir Robert Speechley, ese ser tan insignificante que salvó la vida de su sobrino preferido en Waterloo. Dos veces.

Lady Morton bufó de un modo muy poco apropiado.

—Evítame tu sarcasmo, jovencito. Sé perfectamente quién es y quién fue su padre. Y da igual, no deberías tomarte el asunto a la ligera. Tienes que hablar con él y recordarle que hay que saber estar donde se debe estar.

—Tía Hetty, yo aprecio mucho a George y...

—¿Y qué? Yo sentí gran afecto por sir Robert, era un buen hombre y salvó la vida de tu padre, dos veces, como bien dices. Pero, todo eso da igual. Una cosa son los sentimientos y otra muy distinta la realidad. Y, la realidad, mi querido Gysforth, es que la hija de un duque no es adecuada para esposa de un simple baronet. ¡Por favor, si ni siquiera es un título de nobleza! Sería prácticamente como casarse con un plebeyo, algo inadmisibile. Como bien sabemos, ella es terca como una mula, de modo que tienes que hablar con él y dejárselo muy claro.

James suspiró interiormente. Qué error haberse presentado en la fiesta y más el haberse quedado. Debió hacer como pensó al principio: saludar e irse a casa de inmediato, con cualquier excusa. El dolor de cabeza, mismamente.

—No tengo previsto hacer tal cosa —replicó, tenso. No quería ni imaginar una conversación semejante con el pobre George, con lo tímido y respetuoso que era—. Que yo sepa, solo son amigos y no creo que la cosa llegue a más. Y a usted le consta lo mucho que me disgustan estas situaciones.

—Pues lo siento, pero es parte de tu tarea como cabeza de familia. Debes velar por los intereses de tu hermana. Ella es demasiado joven para decidir cuestiones importantes, como lo es

un matrimonio. Además, me temo que su influencia sobre las gemelas ha empezado a ser muy negativa.

—¿A qué se refiere?

—He tenido que quitarles sus novelas románticas. Se pasaban el día leyéndolas y suspirando. —Volvió a bufar—. ¡Jane Austen! Bobadas.

—Pues no sé qué decirle. Aunque narraba historias románticas, lo más valioso de la señorita Austen se fundaba en la ironía con la que sabía reflejar el mundo real. Era una gran autora que gustaba mucho al rey.

—¿Acaso la has leído?

—Pues sí. Un verano que me aburría, le pedí un libro a Ruthie y me dejó «Orgullo y prejuicio». Y debo decir que me encantó. De hecho, luego me leí sus otras novelas, todas las que escribió.

—Tonterías. —La tía Hetty agitó una mano en el aire—. Las novelas en general deberían estar prohibidas, aturden el entendimiento de las jóvenes con sus fantasías. Así están tus hermanas, soñando que van a encontrar un hombre que convierta la sangre de sus venas en champán.

James arqueó una ceja.

—Caramba, tía Hetty. Menuda imagen. Casi puedo sentir las burbujas.

—Yo también he sido joven, a ver qué te has pensado. Pero he tenido la cabeza en su sitio, siempre. —Parpadeó, los ojos velados por algún recuerdo—. Incluso cuando me costó un esfuerzo enorme conseguirlo.

Eso le sorprendió. La miró con interés.

—¿Va a contarme algo?

—No seas curioso —le regañó, pero rio entre dientes—. Los asuntos del pasado deben quedarse en el pasado. Sobre todo cuando ya son tan antiguos.

James sonrió.

—Eso pensaba. —Se volvió para mirar hacia la pista de baile, a través de las grandes puertas. Justo le dio tiempo a ver a Lizzie, bailando con otro joven. Parecía muy feliz. Le brillaban los ojos—. La verdad, tía, quizá no sea tan mala idea lo de casarse por amor. Yo mismo, al final, podría sentirme tentado de hacerlo.

—¿Ah, sí? —Su tía se mostró muy sorprendida. Normal—. Nunca habías mostrado tal predisposición. —No, desde luego. Pese al juramento de los Keeling, él siempre había pensado que tendría que asumir un matrimonio conveniente, por el bien de todos—. ¿Y puedo saber a quién elegirías?

La imagen de Bethany Howland pasó otra vez por su mente. Qué absurdo.

—No lo sé. Pero no me importaría que fuera alguien sin título o con uno inferior al mío. Ni que careciese de fortuna.

—Pero ¿qué dices? —Le miró asombrada—. ¿Qué locura es esa, sobrino? ¿Ves a lo que lleva leer esas novelas? ¡Eres el duque de Gysforth, te debes a tu linaje más incluso que tus propias hermanas!

—¿Y qué hay del amor, tía?

—¿Amor? —repitió con desdén—. Por favor, Gysforth, ¿acaso no has escuchado nada de lo que siempre estoy diciendo a tus hermanas? Además, tú eres un hombre. Puedes tener todas las amantes que quieras para darte amor, pero para casarte necesitas un valor seguro, algo que afiance tu economía y tu estatus, y por ende los de tu familia. Te conseguiré una duquesa, como poco, y con la mayor fortuna posible, y, gracias a ello, los Gysforth del día de mañana continuarán formando parte de las personas que cuentan de verdad en sociedad.

—Yo no creo que... —quiso argumentar, pero su tía no se lo permitió. Siguió con su perorata.

—¿Por qué los jóvenes nunca se paran a reflexionar? ¿No te das cuenta de que se lo debes a tus hijos, pero también a tus antepasados, esos que se sacrificaron para que tú disfrutases ahora de tu posición y tus lujos? —James encontró en la idea una verdad incómoda, y guardó silencio. Su tía sonrió, al darse cuenta de que había ganado—. Deja que el resto de la humanidad, esa enorme multitud de gente insignificante que hay fuera de estos muros, se case con aquellos que son más acordes a sus ensueños románticos. En su caso, da igual. Bien sabemos que esos matrimonios no irán a ninguna parte, no perdurarán, se desvanecerán por siempre en el olvido de la historia. Nosotros, no. Nosotros permanecemos.

—Eso que dice es terrible.

—También es justo. Y es ley de vida, mi querido muchacho. De hecho, los de nuestro rango necesitamos que así sea. ¿Lo ves? —Señaló hacia la noche estrellada—. Las estrellas brillan en el cielo nocturno porque todo el resto es oscuridad.

La vizcondesa Waugh apareció en ese momento y se acercó a lady Morton, con la intención de hacerle una consulta en privado, lo que le dio un respiro. James se disculpó con las dos mujeres y volvió al interior, decidido a no pensar en nada que pudiera aumentar su dolor de cabeza.

Cogió una copa de champán, contempló a las parejas que bailaban y se preguntó qué estaría haciendo lady Bethany en ese mismo momento.

## Capítulo 9

Bethany despertó de un sueño dulce y muy intenso, en el que caminaba con su padre por la ribera del Brightwaters, el río, apenas un arroyo grande, que pasaba junto a Saxonshare Manor. La brisa acariciaba la hierba y traía aromas del bosque; todo estaba exactamente igual en el paisaje que recordaba, excepto un roble enorme que crecía junto al edificio, algo que sabía que estaba totalmente fuera de lugar.

Pero a Bethany no le importaba, porque sentía que encajaba bien allí. Custodiaba el sueño de unos ancianos enamorados.

Un pájaro cruzó el cielo. Algo brilló en el agua.

—Mira, Bethy —le dijo su padre, con aquella voz amable y cálida que nunca podría olvidar—. Eso es...

Notó un peso cálido. Algo húmedo y repugnante en su boca.

¿Una lengua?

Bethany abrió los ojos. La habitación estaba en penumbras, apenas entraba el suficiente resplandor de la calle como para atisbar las formas, pero no necesitó más para comprender que tenía encima un hombre, alguien que se había metido en su cama. ¿Freddy? ¡Sí, claro que era él! Pudo captar su olor, mezcla del sudor y la colonia, además de los efluvios del alcohol que había tomado.

Pero ¿qué pretendía? ¿Besarla? Apartó la cabeza, con asco, y empezó a forcejear.

—Quieta... —le oyó decir—. Quieta, Bethy. No opongas resistencia. Tenemos que hacerlo. Vamos a hacerlo y tendrás que casarte conmigo. ¡Así se acabarán todos nuestros problemas!

—¡No! ¿Qué pretendes? —Violarla, claro. Si lograba hacerlo y llegaba a saberse, se vería obligada a casarse con él o sería objeto de la mayor censura social. Ya no podría casarse con ningún otro, estaría convertida en mercancía dañada. En los tiempos que vivían, poco importaba el modo en que hubiera ocurrido. El matrimonio sería lo único que podría salvarla, y no del todo. Y seguro que aquel canalla se ocuparía de extender la noticia—. Quita. ¡Apártate o haré que te detengan, maldito canalla! ¡Haré que te ahorquen!

—Sabes que no es cierto. Nadie te creerá. Yo soy el conde de Saxonshare. Afirmaré que me tentaste, y todos dirán que lo hiciste para poder seguir aferrada al título.

—¿Que yo te tenté? ¡Valiente rufián! —Le arañó la cara con rabia. Él le dio una bofetada.

Pelearon. Nada, imposible escapar de allí—. ¡Suéltame! ¡Déjame te digo! ¡Señor Briggs! ¡Claire! ¡Claire!

Era poco probable que la oyeran, porque ambos dormían en el semisótano que tenía la casa, en sus propias dependencias. Pero, aun así, Freddy le tapó la boca y se acercó tanto que sus narices se tocaron.

—Te advierto que me da igual si vienen —susurró—. No creo ni que intervengan cuando les diga que, hacernos con ese dinero que dejó reservado tu padre, es la única forma de que cobren sus miserables sueldos. —La zarandéo—. ¿Qué, primita, no estabas tan preocupada por ellos? Pues entra en razón de una maldita vez. Venga, no tienes que hacer más que lo que hacen todas las mujeres del mundo: dejar que suceda. Solo serán dos minutos. Pasará rápido.

Dicho eso, se irguió, le rasgó el camión por el cuello y empezó a subirlo por debajo, presionando para situarse entre sus piernas. Bethany pudo sentir en los muslos la dureza húmeda de su pene, pequeño pero muy excitado y decidido a penetrarla.

Presa del pánico, extendió la mano hacia la mesilla, cogió lo primero que encontró, la botellita del agua, y se la rompió en la cabeza. La cama se llenó de cristales y ambos se empaparon, pero al menos logró apartarlo de un empujón.

—¡Fuera de aquí! —gritó, histérica, alejándose tanto como pudo—. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera!

—¿Estás loca? —Freddy retrocedió torpemente hacia el borde de la cama, se llevó las manos a la cabeza y las apartó cubiertas de algo que brilló en oscuro bajo la luz de la noche. Sangre. Mucha sangre—. ¡Me has matado! —exclamó, antes de caer redondo al suelo.

Bethany se quedó horrorizada. Durante unos momentos fue incapaz de reaccionar; luego, se arrastró por la cama hasta asomarse, estiró una pierna y le dio un puntapié. El cuerpo se agitó ligeramente, pero nada más. Alrededor de su cabeza empezó a verse el reflejo de un charco de sangre que se extendía poco a poco por la madera.

¡Era verdad, le había matado! Angustiada, se pasó las manos por el pelo, tirando de algunos mechones, con el rostro arrasado en lágrimas, ahogada por un aullido que no quería lanzar. ¿Y qué dirían todos? Que era de esperar, seguro. Que le odiaba con todas sus fuerzas por haberse quedado con el título y la fortuna de su padre. Que, por si eso no fuera suficiente, Freddy estaba despilfarrándolo todo con su vicio del juego, algo que les había llevado a la más completa ruina, y que ella, desesperada, había decidido tomarse la justicia por su mano.

Incluso aunque llegasen a aceptar que intentó violarla y que ella se defendió como pudo, algo así no justificaría su muerte, de ningún modo, solo haría más jugosos los rumores. Hasta podían acusarla de haberle incitado. El asesinato del joven conde de Saxonshare en unas circunstancias tan sórdidas sería un escándalo recordado en Londres durante meses, años quizá. Y seguro que ella terminaba en la cárcel, donde le harían la vida imposible y de donde no saldría jamás, consumida por las humillaciones, las privaciones y las enfermedades.

Recordó la imagen de los presos por deudas, en la prisión de Fleet, a los que se les permitía asomarse a la reja que daba a la calle Farringdon para pedir limosna y poder así pagar sus gastos

dentro de la propia cárcel. Esas pobres almas perdidas, atrapadas, destruidas ya para siempre...

Y, ellos, solo estaban allí por deudas. Incluso, a veces, ni eso. En ocasiones no eran más que familiares a los que se permitía compartir encierro con el preso, en vez de vagabundear sin nada por las calles. Mujeres y niños inocentes, no auténticos delincuentes sentenciados en juicio.

Podía imaginar lo que podía ocurrirle a alguien juzgado y condenado por asesinato. La torturarían, la violarían, la humillarían de mil formas distintas, hasta hacerle desear la muerte. ¿Para qué sufrirlo? Ya, de salida, prefería morir a tener que pasar por algo así.

No, no podía afrontarlo. Huiría. Eso era, saldría de allí lo más rápido que le fuese posible. No podía quedarse ni un minuto más en esa casa, junto al cadáver de Freddy. Tenía que irse de allí de inmediato.

A todo correr, sacó del armario una bolsa de viaje, la llenó precipitadamente con lo primero que fue encontrando, sin fijarse, tratando en todo momento de evitar la visión del cuerpo de su primo. Se vistió y se puso la capa y el sombrero.

Solo entonces titubeó. ¿Adónde ir? ¿A quién recurrir? A nadie, claro... Sobre el escritorio tenía la lista de amigos de su padre, caballeros a los que había pensado escribir para pedir trabajo de institutriz o acompañante, pero esto era muy distinto. No podía presentarse en sus casas con semejante problema.

Nada, no podía contar con nadie. Estaba completamente sola en la vida, una sensación terrible, que parecía tener peso propio y le provocaba un vacío en el pecho. Iba a tener que salir adelante por sí misma.

Lo mejor que podía hacer era adoptar otra identidad, la de una doncella que buscaba trabajo por ejemplo, y abandonar el país. ¡Al menos, huir cuanto antes de Londres! Sí, si continuaba allí, la detendrían, era cuestión de horas. Podía caminar hasta algún lugar apartado donde coger un transporte y viajar a Liverpool o a Bristol, y allí subirse al el primer barco que partiese para cualquier lado.

Lamentaba perder el dinero que la estaba esperando en el banco, pero le importaba más su libertad. Además, todavía quedaban dos años para poder acceder a esos fondos, quizá más adelante pudiera solucionar las cosas. Pero, en esos momentos, no podía quedarse, no podía. Estaba aterrada y todavía aturdida por lo ocurrido.

Se embozó bien con un chal, cogió su bolsa y salió de la casa, tratando de asegurarse de que no la viese nadie. Tras mirar un momento a derecha e izquierda, sin saber qué elegir, se internó en las calles de Londres, que le pareció más extraño y ajeno que nunca. A pesar de la luna, la noche era bastante oscura, la ciudad no tardaría en tragársela. El olvido.

Ojalá ella pudiera olvidar, pero lo dudaba mucho. Sentía la cabeza a punto de estallar, como si fuera una máquina de vapor a toda presión. Todo pasaba continuamente, de un lado a otro. Miedo. Soledad. Huir, huir, huir... Y, sobre todo, Freddy. De niño, de adulto, de ser humano, de monstruo... Le costaba conciliar la idea de que el hombre que se había metido en su cama, el que había matado, era el mismo con el que había crecido. El pequeño Freddy, que cuando se le caían



los dientes de leche se los daba a su prima mayor. Juntos, los escondían en el bosque de Mauve Meadow, porque eran golosinas para las hadas.

«¡Así vendrán a buscarlas y podremos verlas, Bethy!», le decía, con su lengua de trapo. Freddy, un querubín de rizos rubios y ojos azules, se aferraba a su mano, aterrado ante la idea de perderse entre los árboles si tomaba un camino incorrecto.

Qué lejos quedaba aquello, qué triste cómo había terminado todo, en la violencia de ese dormitorio. Desbordada por la pena y la desesperación, Bethany volvió a echarse a llorar. Lloró por ella, pero también por aquel niño inocente, por el joven tímido y de buen corazón que se perdió en el sendero equivocado del bosque de la vida, y se convirtió en el monstruo de la historia. Ese ser horrible y desquiciado que había intentado violarla.

Estuvo caminando durante mucho tiempo, horas quizá. A ratos, no pensaba en nada, no veía nada, solo mantenía la mirada perdida al frente; por eso, no se dio cuenta de que el paisaje a su alrededor iba perdiendo progresivamente brillo, limpieza y esplendor, y se fue volviendo más y más gris, sucio, decadente. Cerca ya del amanecer se topó con la orilla del Támesis, a saber a qué altura. Entremezclado con el murmullo húmedo del agua, oyó risas y música. ¿Una taberna?

Bethany se estremeció, percatándose repentinamente de que estaba hambrienta, cansada y tenía mucho frío. ¡Lo que daría por un simple cuenco de gachas o un té bien caliente! ¿Y si se acercaba hasta allí? No, mejor no. No le apetecía toparse con unos borrachos y tener una escena, esa noche ya había tenido suficiente violencia por el resto de su vida. Además, podían estar buscándola ya, mejor no correr riesgos y esperar a salir de Londres. El problema era que ya no sabía dónde estaba. Ni siquiera tenía ni idea de dónde quedaban los puntos cardinales.

Las calles eran más estrechas, más lúgubres a cada paso. No supo en qué momento empezó a sentirse vigilada. Miró varias veces alrededor, pero no vio nada, hasta descubrir una figura menuda, en una esquina. ¿Un niño? Eso parecía. Delgado y bajito, era todo huesos, piel sucia y andrajos. Y ojos, unos ojos enormes y brillantes que la contemplaban sin un solo pestañeo. No eran ojos infantiles.

Aun así, en cualquier otra circunstancia le hubiera llamado con una sonrisa y hubiese intentado ayudarle, pero no esa noche. Era un tiempo de peligros y oscuridad, de zozobra, y no tenía ni ganas ni fuerzas para hablar con él. Bethany y el niño se miraron fijamente unos segundos. Luego, ella siguió su camino. Le dio la impresión de que sus pasos resonaban atronadoramente en la acera, y trató de volverlos silenciosos, pero sin bajar la velocidad.

Más adelante, encontró una iglesia, en una especie de isleta rodeada de calles. ¿Y si pedía ayuda al párroco? Al menos esa taza de té que tanto necesitaba... Temblando de pura anticipación se dirigió hacia allí, pero se detuvo a pocos metros, al ver varias mujeres yendo y viniendo. Pasó un coche, elegante, y unas cuantas se acercaron a él. Oyó voces, risas...

De pronto, dos de las mujeres empezaron a pelear a gritos, insultándose de una forma soez con voces borrachas. Cuando la cosa llegó a las manos, una tercera aprovechó para colarse en el vehículo, que volvió a ponerse en marcha de inmediato. Las otras dos lo siguieron corriendo,

dando gritos y golpes en la portezuela. Una de ellas llevaba roto el corpiño y podían verse sus pechos, grandes y pesados, dando botes sin ningún control. No parecía importarle nada.

Prostitutas. Bethany las contempló con tristeza. Qué terrible, qué lamentable destino, qué vidas más desperdiciadas. Mujeres sucias, malnutridas y apestando a aguardiente; el reflejo oscuro del magnífico Londres al que ella había pertenecido hasta esa noche, donde siempre había de todo, y en grandes cantidades. Tenía la sensación de haber caído en un abismo negro, muy negro y muy profundo, del que no sabía cómo iba a poder salir.

Siguió caminando, aunque tan solo avanzó un par de calles más hasta darse cuenta de que sus pasos tenían eco.

Se detuvo.

—¿Te has perdido, niña?

La voz la sobresaltó y se giró de un salto. A su espalda, vio una mujer entrada en años, vestida completamente de negro, que sonreía con los cabellos blancos mal recogidos en un moño de rodete. Sus mechones sueltos, sucios y encrespados, le hicieron pensar en una medusa anciana, dispuesta a convertirla en piedra allí mismo. Claro que, para conseguirlo, habría tenido problemas.

Pese a la escasa luz, pudo ver que tenía un ojo estrábico, lo que volvía incómodo el mirarla de un modo directo.

—No, yo... —Bethany se sintió inquieta. Dijo lo primero que se le ocurrió—. Acabo de llegar a la ciudad.

La mujer sonrió más todavía. Estaba casi completamente desdentada.

—¿En serio, querida? ¿A estas horas? —Sí, era un poco absurdo. ¿Qué hora sería? A saber. Muy tarde—. Dime la verdad, ¿te has escapado de casa?

—¡No! He venido... he venido a Londres a buscar trabajo de doncella, en una buena mansión.

—Ah, entiendo. —Las pupilas de la mujer se dirigieron a sus manos, o quizá a la buena tela de su chaqueta, a saber—. ¿Y cómo te llamas?

No se le había ocurrido buscarse un nombre falso para su identidad falsa. De todos modos, reaccionó rápido.

—Claire —dijo. Conocía lo bastante a Claire como para poder hacerse pasar por ella, de ser necesario—. Claire Briggs.

—Muy bien. Pues puedes venir conmigo si quieres, señorita Briggs. Pareces muerta de frío, pobre corderita asustada. Te daré una rica taza de té para que entres en calor y te ayudaré en lo que pueda. Seguro que encontramos una buena casa en la que puedas trabajar.

—No, no quiero té. —Ni loca tomaría nada de nadie desconocido, y menos de ella, pero necesitaba ayuda para salir de allí o, al menos, saber dónde estaba—. ¿Puede decirme el nombre de esta calle?

—Claro. Se llama Mitre Street. Eso de ahí —señaló un ensanchamiento poco más adelante—, es Mitre Square. La iglesia que has visto ahí atrás es Saint Botolph's Aldgate.

Ninguno de esos nombres le decía nada. Bethany hizo un gesto de desaliento.

—Creo que me he perdido.

—Eso se nota a distancia, criatura. Pero no te preocupes, yo te lo resumo: estás en uno más de los muchos rincones podridos del distrito de Whitechapel, así se lo lleve Satanás a lo más profundo.

Whitechapel... No había estado nunca por allí. Debió aprovechar mejor su estancia en Londres para conocer bien la ciudad y no limitarse a recorrer los sitios que recordaba de niña. Miró la calle miserable en la que estaba. Normal que su padre no la hubiese llevado nunca a un lugar así.

—¿Sabe dónde podría conseguir un coche o un caballo, para salir de Londres? Si me ayuda, le pagaré bien.

La mujer arqueó una ceja.

—Bueno, tengo un amigo barquero que podría llevarte por los canales hasta la mismísima Escocia, a cambio de unas pocas monedas.

Los canales, claro. Un sistema de transporte usado desde antiguo y que en esos momentos recorrían prácticamente toda Inglaterra.

—¡Sí, eso sería perfecto!

—¿Pero acabas de llegar a Londres a buscar empleo en una mansión y ya quieres irte, niña? —No supo qué replicar a eso. La mujer rio, un sonido silbante y desagradable—. Era una broma. No te preocupes. No seré yo quien se meta en la vida de nadie. Anda, ven conmigo.

Bethany no terminaba de fiarse de ella, pero no tenía ni idea de adónde ir y no quería seguir dando tumbos por aquel barrio poco recomendable, de modo que optó por el mal menor. La siguió, manteniendo la distancia, dispuesta a salir corriendo en caso de que quisiera acercarse o tocarla.

Pero no había dado ni media docena de pasos, cuando dos sombras surgieron de la oscuridad y se abalanzaron sobre ella. Antes de que pudiese emitir el más mínimo sonido, un hombre grande y fuerte le tapó la boca y la levantó en volandas, sujetándola por la cintura tan fuerte que le hacía daño. Cuando dejó caer la bolsa y empezó a pelear para soltarse, el otro le cogió las muñecas. Se las retorció hasta juntarlas y, con un movimiento que hablaba de mucha experiencia, se las ató con una cuerda que llevaba preparada.

—Calla, zorra —ordenó el hombre de atrás—. Ni una palabra.

Cuando estuvo seguro de que iba a obedecer, le quitó la mano con la que la amordazaba. Casi mareada de puro pánico, Bethany vio que había más gente a su alrededor. ¿Niños? Sí, una muchachita con pantalones, dos pelirrojos que iban de la mano, y también estaba el pequeño de ojos inmensos que la había vigilado antes. Niños que hubieran debido estar durmiendo o jugando, no en aquel rincón, siendo testigos de esa escena terrible.

Bethany apenas pudo concederles un vistazo, porque la vieja se estaba acercando, balanceando su figura de una forma grotesca, hasta quedar a poco más de un paso.

—Estate quieta, niña, será lo mejor para todos —le dijo—. No nos gustaría tener que hacerte

daño.

— Suélteme... ¡Suélteme! —Forcejeó, aunque sabía que era inútil. De hecho, el hombre que la había atado dio un tirón y sintió un dolor enorme cuando los nudos de aquella cuerda áspera se incrustaron en su piel—. ¡Ah! ¿Qué quieren de mí?

—Todo. —La vieja la agarró por la barbilla y examinó su rostro—. Preciosa. Realmente, preciosa. —Lanzó una carcajada que le provocó un escalofrío—. Claro que, es lógico. La vieja Black Penny siempre encuentra lo mejor.

Hizo un gesto y Bethany recibió un fuerte puñetazo en el estómago, que la dobló sobre sí misma y la dejó sin aliento. Aturdida, sintió que la arrastraban hacia la pequeña plaza que le habían indicado antes, donde la subieron a un carro. Intentó oponerse, pero no sirvió de nada. Arrojaron su bolsa a un lado, aunque la vieja se sentó cerca, la abrió y empezó a comprobar su contenido, dando gruñidos de satisfacción. Quiso girarse y protestar, pero la sujetaron.

—Quieta —ordenó uno de los matones, que se tumbó a su espalda para retenerla en el fondo. Bethany captó su tufo a sudor y suciedad. No quería que la tocara. No quería que respirase así, tan cerca, junto a su oreja, provocándole esa repulsión con su aliento a dientes podridos. El corazón golpeaba con fuerza contra su pecho. ¿Qué pasaba? ¿La estaban raptando? ¿Qué iba a ocurrirle?

Por suerte, el trayecto con el carro fue breve, y pudo divisar parte del exterior a través de los huecos de las tablas. Así, en un caos de imágenes, comprobó que abandonaban el empedrado roto de la calle y se dirigían hacia un edificio encajonado entre una fábrica de cerveza y un callejón, al otro lado del cual parecía haber un almacén abandonado.

La brisa nocturna hacía oscilar el cartel de madera que pendía junto a su puerta, con lo que parecía un ojo pintado en vertical. Tenía el iris en rojo.

¿Una taberna? Seguramente, daba esa impresión por el ruido, la música, las risas y las voces, pero a ella la metieron por el callejón hasta lo que debía ser una entrada trasera.

Una vez en el interior, la subieron por unas escaleras. Los pasillos estaban llenos de puertas, generalmente cerradas, aunque una mujer semidesnuda la miró con mala cara, apoyada en el umbral de una de ellas. De muchas surgían más risas, voces e incluso gritos de placer. No, no era una taberna, era un burdel. Bethany trató de soltarse por sorpresa para salir corriendo, pero la sujetaron, la golpearon y la llevaron hasta una habitación, en el ático.

Allí, la arrojaron sobre un colchón de paja que había en el suelo, el único mobiliario del sitio, y salieron. Se oyó un sonido rotundo de pestillo moviéndose para cerrar.

Aterrada, Bethany se puso en pie y golpeó la puerta.

—¡Déjenme salir! ¡Déjenme salir de aquí! ¡Socorro!

Ni caso, y eso que estuvo dando golpes con todas sus fuerzas hasta que se agotó por completo. Ni siquiera aparecieron los matones a intentar hacerla callar, no le dieron mayor importancia. Lógico. Con todo el ruido que había abajo, gritos incluidos, nadie podría oírla. O quizá la oían pero era algo que consideraban normal.

Visto lo visto, se dirigió a la ventana y la examinó. Estaba asegurada con clavos, aunque no se

habían esmerado mucho, la mayor parte tenían la cabeza lo suficientemente fuera como para poder hacer presión y aflojarlos. Estaba en el ático de un edificio de dos pisos. Arriesgarse a bajar desde allí podía ser una locura, pero no le importaba intentarlo; a lo que no estaba dispuesta era a quedarse allí ni un segundo más de lo necesario.

Miró a su alrededor, buscando algo con lo que ayudarse. En aquel sitio mugriento, solo encontró un trozo de madera. Tendría que servir. Armada con él, fue aflojando los clavos.

Pasó el tiempo. Poco a poco, las voces y la música menguaron hasta prácticamente desaparecer. Amaneció. Estaba contemplando aquella luz, deseando poder alcanzarla, cuando oyó ruido en las escaleras. Bethany corrió hacia el colchón, se sentó y escondió debajo su trozo de madera.

Solo entró una mujer, para dejar una bandeja con gachas y un cuenco de agua.

—¿Dónde estoy? ¿Por qué me retienen aquí? —preguntó, pero ella ni la miró. Bethany se puso en pie y extendió una mano en su dirección—. Por favor, por favor, me llamo lady Bethany Howland, soy hija del conde de Saxonshare —añadió, en un rápido susurro. Saber que se trataba de una noble la sobresaltó, fue evidente, pero la mujer siguió caminando hacia la puerta—. Si me ayudas a escapar, te pagaré bien.

Eso sí que consiguió pararla. La miró de reojo.

—No puedo dejarla escapar —replicó, en el mismo tono bajo y apresurado—. Además, la volverían a capturar antes de que lograra salir de la casa.

—Está bien. Pero puedes avisar a alguien. ¿Lo harías? —Un gesto, quizá un asentimiento. Optó por considerarlo como tal—. Por favor, ve a buscar a...

¿A quién? No podía pedir que fuera la Guardia, la encerrarían por el asesinato de Freddy. Y no conocía a nadie en Londres. A nadie, excepto...

«Por favor, permita que me redima de algún modo», había dicho lord Gysforth.

Bethany contuvo el aliento. ¿La ayudaría él? Quizá. Al margen de aquel desagradable asunto de la apuesta, parecía un buen hombre.

—¿A quién? —preguntó la mujer, mirando preocupada hacia la puerta—. ¡Rápido!

—Al duque de Gysforth. —La otra abrió los ojos al máximo—. Vete a Gysforth House, entre el Pall Mall y el Mall, en el distrito St. James. Pregunta a cualquiera, no tiene pérdida.

—¿Qué? ¡Yo no puedo ir allí, milady! ¡Me detendrán nada más me acerque por la zona! ¡Creerán que fui a robar!

Sí, lo más probable, yendo con aquel aspecto sucio y vestida con andrajos. ¿Cómo podía conseguir que la dejaran en paz? Se le ocurrió una idea. Buscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó su pañuelo. Como todos los suyos, era del mejor hilo, con un bordado que seguía todos sus lados, pero que se ampliaba en una de las esquinas. Un trabajo fino y evidentemente muy caro.

—Lávate la cara, péinate un poco y lleva este pañuelo. Si alguien te para en la calle, di que tienes que llevarlo a Gysforth House, que te lo prestó una de las hermanas de lord Gysforth, y que te dijo que se lo llevaras, que quería darte trabajo en sus cocinas. Cuando llegues a la casa, pregunta por el duque. Dile que te mando yo. Que me ayude, por amor de Dios.

—No sé...

—Hazlo, te lo ruego, será fácil —intentó animarla—. Dile dónde estoy, lo que ha ocurrido. Él le pagará bien. Además, puedes quedarte con el pañuelo, podrás venderlo por muchos chelines.

La mujer no dijo nada, pero cogió el pañuelo. A saber si decidía venderlo por ahí sin más y dejarse de complicaciones. En cualquier caso, tenía que confiar en que cumpliera el encargo.

Necesitaba recuperar fuerzas. Bethany comió las gachas, que sabían fatal pero al menos estaban calientes, y bebió el agua, que no fue suficiente para mitigar su sed. Luego, estuvo trabajando un par de horas más con los clavos hasta que, agotada, se tumbó en el colchón y se quedó dormida.

## Capítulo 10

Agotado por el largo día anterior, James durmió hasta pasadas las nueve.

Se levantó apresurado y ya, mientras se vestía, envió al señor Scrubbs, su ayuda de cámara, a dar aviso a George Speechley de que quería hablar con él cuanto antes. Necesitaba que pusiera en marcha el asunto de la tutela de lady Bethany de inmediato. También quería calibrar cuál era la cantidad rescatada de manos de Saxonshare, y ver cómo solucionar las posibles deudas que pudieran salpicar a la muchacha.

George llegó cuando estaba en la mesa del desayuno y, aunque James le invitó a tomar un café con él, permaneció de pie recibiendo instrucciones, con la misma atención diligente de siempre.

«Si alguien sabe dónde están los malditos límites, y alguno más, ese es George Speechley», pensó malhumorado, recordando su conversación con la tía Hetty. Pobre George, de verdad que esperaba que no tuviese intenciones románticas con Ruthie, porque no se lo iban a poner fácil. Y eso que, a él, le hubiese encantado un enlace así para su hermana. George era responsable y afectuoso, sería un buen marido para cualquier mujer y hubiese podido hacer muy feliz a la romántica y soñadora Ruthie Keeling.

Lamentablemente, *lady* Ruth Keeling no tendría esa suerte.

Gracias a la diligencia de George, se enviaron los mensajes necesarios y los abogados de James se presentaron en su casa a la hora acordada con un primer borrador de los documentos solicitados. Saxonshare, al que también había hecho llamar, llegó tarde, pero al menos se presentó, lo cual era ya todo un éxito. James había temido que cargase con una resaca demasiado grande como para mantenerse en pie.

—¿Y lady Bethany? —preguntó al verle entrar. En su nota, también había indicado que quería que la muchacha estuviese presente. Dudaba que pusiera pegos a la idea del traspaso de la tutela, pero de todos modos quería consultarlo con ella.

Saxonshare carraspeó.

—Eh... No está.

—¿Que no está? ¿Qué significa eso?

—Exactamente lo que parece. Esta mañana cogió algunas cosas y se fue.

—¿Se fue? ¿Adónde?

—Ni idea. —Se encogió de hombros, con un gesto impaciente—. ¿Cómo podría saberlo? ¡Ni

siquiera se despidió de mí!

James le estudió atentamente. Saxonshare tenía unos arañazos bastante profundos en la mejilla y una herida en la cabeza, que alguien había vendado con poca maña. ¿Qué demonios habría ocurrido? Se temía lo peor. Tuvo que contenerse para no coger de inmediato a aquel idiota por el cuello, más que nada porque no era aconsejable perder los nervios frente a los otros caballeros, pero no pensaba dejarle salir de ese despacho sin saber toda la verdad.

Se dirigió al mayor de los abogados, el socio principal de *Lanfort, Gillian & Benson*:

—Señor Lanfort, por favor, haga uso de todos sus contactos y que la busquen de inmediato. Remueva la ciudad de lado a lado de ser necesario, pero encuéntrela.

El hombre asintió. Si estaba sorprendido, no lo demostró, aunque, la verdad, no se trataba de alguien acostumbrado a usar demasiadas expresiones. La de «viejo abogado inexpresivo» era la más habitual.

—Por supuesto, Su Gracia.

Dio unas indicaciones a uno de sus ayudantes, que salió de inmediato hacia las dependencias más cercanas de la Guardia. Con suerte, encontraría a sir John, el sheriff de la zona, él sabría qué medidas inmediatas tomar, aunque no pudieran ser muchas. James lamentó, una vez más, que todavía no hubiese un cuerpo de policía bien organizado en la ciudad. Londres había crecido mucho, demasiado para continuar con el viejo sistema de la Guardia.

Esa era una de las grandes batallas que James mantenía en el mundo de la política, la creación de una policía moderna. Hubiera parecido que se trataba de algo fácil de conseguir, pero no. Aunque le resultara incomprensible, en eso, como en todo, siempre había gente que estaba en contra de cualquier avance.

En este caso, la oposición a sus propuestas de reforma estaba encabezada por el duque de Dankworth, un *tory* partidario del mantenimiento del sistema tradicional de la Guardia. Sus razones se basaban, más que nada, en vaguedades. Él y su mano derecha, lord Kennerath, no perdían ocasión de recordar que las calles de Londres podían estar oscuras y resultar cada vez más peligrosas, no lo negaban, pero desde siempre se sabía que la noche era un tiempo peligroso y que había que quedarse en casa.

Además, ante cualquier emergencia que obligase a salir, una persona de bien se movía por ellas sin mayor problema, siempre que fuera debidamente escoltada. La aristocracia era muy capaz de defenderse por sí misma de ser necesario. Y ahí estaba la Guardia, para terminar de dar una cobertura suficiente.

Por lo tanto, organizar algo como una policía uniformada profesional, no solo resultaba innecesario, sino que entrañaba serios peligros. Al fin y al cabo, no dejaba de implicar una cesión de parte del poder y la autonomía de los ciudadanos. Suponía crear una nueva fuerza armada en manos del estado, que podía derivar en una red de agentes espías por toda la ciudad.

A esto se le añadía otro dato importante: había que tener muy en cuenta que serían plebeyos a sueldo. ¿Uno de esos nuevos policías iba a tener autoridad sobre un par del rey, por ejemplo?



¿Podrían detenerle a él, al duque de Dankworth, por la calle? ¿Podrían faltarle al respeto a unas damas de posición, exigiéndoles nada? Inconcebible, de todo punto de vista.

James no podía entender que se diera prioridad a esos temas antes que a la seguridad; que se prefiriera ser robado antes que permitir un control de la situación por parte de una policía bien organizada. Pero, a pesar de lo absurdo de sus argumentos, Dankworth tenía sus partidarios.

Daba igual, el sistema de la Guardia tenía los días contados. Gracias a las gestiones que estaba haciendo James con otros convencidos de la causa, como el propio ministro de interior, sir Robert Peel, presionando aquí y allá, organizando y trabajando en comisiones, con un poco de suerte en pocos años, no más de dos o tres, la reforma saldría adelante y la policía metropolitana de Londres sería todo un hecho.

Pero, hasta entonces, contaban con lo que había, la Guardia: poco más que unos cuantos hombres mal pagados para patrullar las calles por las noches, detener a borrachos o alborotadores, vigilar ante posibles incendios y custodiar las puertas. Algo muy insuficiente en una ciudad tan grande y complicada como era el Londres del momento.

Para solucionar el problema de Bethany, James tenía además a sus abogados y sus propios hombres armados, que podía ampliar de necesitarlo. Incluso podía pedir ayuda al rey y utilizar recursos de la Corona... Consideró la posibilidad, pero prefería no tener que hacerlo, porque su antipatía por George IV no había dejado de aumentar con el paso del tiempo. Claro que, si tenía que tragarse su orgullo y pedirle el favor por el bien de Bethany, lo haría.

¿Dónde se habría metido? Londres era una bestia gigantesca y hambrienta, en la que desaparecían muchas mujeres, algunas incluso de buenas familias. Por su mente pasó la imagen de Minerva Ravenscroft, la hermana pequeña de Arthur, tan hermosa y vital. ¿Ocurriría lo mismo con Bethany? ¿Desaparecería por siempre? No, él no iba a permitirlo. La idea de no volver a verla jamás le provocaba un frío extraño en el interior. No quería ni pensarlo.

De todos modos, no debía ponerse en lo peor. Quizá Bethany estaba tranquilamente alojada en una casa de huéspedes, refugiada allí tras su posible pelea con Saxonshare, pero no se quedaría tranquilo hasta localizarla.

Esperó a que Lanfort y el resto de su equipo hubiesen terminado de pulir los documentos con las peticiones del conde, siempre limitadas cuidadosamente por James, los leyó atentamente y los firmó con Saxonshare, que apenas les echó un vistazo nervioso por encima para asegurarse de que se mencionaba correctamente su generosa renta de seis mil libras anuales. Luego, invitó a todos a una copa de oporto y, al despedirles, pidió al joven que se quedara un momento más.

Tuvo que reconocer que hizo notables esfuerzos para escapar de la casa con los abogados, pero no se lo permitió.

—¿Se puede saber qué es lo que quiere? —le preguntó, con un tono insolente que raramente alguien se atrevía a usar en su presencia. James frunció el ceño. «Contrólate», se dijo.

—Ya lo sabe. Hablar de lady Bethany.

—Y yo ya le he dicho todo lo que sé. No sé dónde ha ido ni por qué. Cogió sus cosas y se

marchó.

—O sea, que su argumento es que se levantó esta mañana, preparó el equipaje y se marchó, sin despedirse, sin más. Permita que le diga que nadie hace eso porque sí. ¿Qué razones tuvo ella?

Saxonshare apartó la vista. Mala señal.

—No lo sé. No tengo ni idea.

—Ya. —Avanzó hacia él y le enfrentó, las manos cruzadas a la espalda, asumiendo el porte militar que solía utilizar John Keeling, el gran general, cuando quería imponerse sobre el resto de los mortales, incluidos sus hijos—. Esos arañazos y esa herida que tiene, ¿no estarán relacionados con su marcha?

Le vio temblar. Siguió con los ojos clavados en un punto indeterminado, allá a la izquierda. Lejos.

—No.

—¿Dónde y cómo le hirieron?

—En... en un burdel. Fue... un accidente. Jugando, ya sabe.

«¿Ya sabe?». Valiente patán...

—Mentiroso.

—¿Cómo se atreve? —exclamó el joven, intentando indignarse pero sin provocarle. Una tarea difícil—. ¡Quizá se fue porque le dije lo que usted pretendía! ¡Dudo que ella quiera estar bajo su tutela!

James palideció, más herido de lo que hubiese querido admitir. Maldito idiota. Si seguía allí, terminaría por darle un puñetazo.

—Y yo dudo de que se fuera por esa razón, tanto como de que se fuese «porque sí». —Saxonshare no respondió. De hecho, siguió esquivando su mirada. Debía haber sido mentira, por lo que supuso que Bethany había aceptado bien la idea. Menos mal—. Creo que ocurrió algo, lord Saxonshare. Creo que ella se defendió de usted y por eso tiene esas heridas. —Se inclinó hacia él—. Como me entere de que le ha hecho usted algo, cualquier cosa, o que le ha pasado algo por su culpa, ya puede encomendarse a todo lo sagrado, porque le buscaré y se lo haré pagar yo mismo, con mis propias manos. —Dejó pasar unos segundos, para que la idea se asentase en su cabeza—. Ahora, fuera de mi vista.

Saxonshare tragó saliva. Salió del despacho casi corriendo, como alma que se llevara el diablo.

James trató de trabajar el resto del día, pero sin demasiado éxito, porque no conseguía concentrarse. Menos mal que no tuvo reunión de la Cámara, ni con sir Robert, porque no hubiese hecho demasiado caso a nada de lo que se hubiese dicho. No estaba en condiciones de atender ninguno de aquellos asuntos.

A media tarde, empezó a llover, lo que aumentó su inquietud. ¿Bethany estaría bien, a cubierto, a salvo? Parado frente a la ventana, recordó lo que le contó sobre la apuesta de lord Alvenley en White's. Menudo torpe había sido con todo ese asunto.

Claro que, de no haber hecho su propia apuesta con Rutshore y Badfields, quizá nunca la hubiese conocido.

—¿Dónde te has metido, Bethany? —preguntó en un murmullo al cristal por el que caían cientos de gotas de lluvia. No hubo respuesta, claro.

Eran más de las siete cuando llamaron a la puerta. George se asomó.

—Su Gracia, una mujer. Una... bueno, *señora*, pide hablar con usted. Dice que sabe dónde está lady Bethany. —Le mostró un cuadrado de tela, con un delicado trabajo de encaje—. Asegura que esto es suyo.

Un pañuelo. ¿Sería de Bethany? James lo cogió y se lo llevó a la nariz y apreció un lejano perfume, algo dulce, que le recordó al de la muchacha. Violetas. Sí, podía ser el suyo, aunque también podía equivocarse.

No tenía sentido darle tantas vueltas.

—Que pase.

La mujer en cuestión llegó envuelta en una enorme pañoleta gris que la ocultaba casi por completo. Cuando la apartó, James pudo ver que era de mediana edad, ancha de huesos y no demasiado alta. Había hecho un esfuerzo encomiable por lavarse la cara, lástima que se hubiese olvidado del cuello y del cabello grasiento. Mala dentadura, ropas viejas y sucias... Una prostituta de los barrios marginales, posiblemente.

—*Señorísimo*... —dijo como saludo, inclinándose aparatosamente. James arqueó una ceja, casi horrorizado. Ignoró la risa contenida de George.

—El tratamiento es Su Excelencia —explicó, con calma—. También puedes dirigirte a mí como Su Gracia, o simplemente como lord Gysforth. —La mujer le miró atónita. Seguramente era la primera vez que oía tales palabras. Decidió dejarlo estar—. ¿Sabes algo de lady Bethany, me dicen?

—Sí, eso es. La vieja Dark Penny apañó en la calle una rubita muy linda, una lady que dijo llamarse de otro modo, pero que luego me largó a mí ese nombre. Suele hacer eso, ¿sabe?

—¿El qué? —preguntó, desconcertado. La mujer tenía un acento de las calles tan cerrado que le costaba seguirle el hilo. Por no hablar de su forma de construir las frases.

—¡Afanarlas! —Le miró como si fuese estúpido—. ¡La Dark Penny! Caza niñas o muchachos, aunque suele hacerlo en barrios mugrientos, o cuando llegan a Londres de los pueblos. La Madre los cuida para el jefe.

—¿La Madre?

—Sí. La Abadesa, ya sabe.

—Oh. —Se refería a la dueña de un burdel—. ¿Niñas y muchachos?

—A veces, están solos. Dark Penny es bizca, pero tiene ojos por todas partes, sus niños. —Rio. Debía ser una broma—. Si alguno ve una joyita como esas, le dan un aviso y ella les sigue y se hace la encontradiza. Si ve opciones de hacerlos desaparecer sin demasiados problemas, los captura. La muy cabrona dice que ella los acoge y les da un futuro lejos de las malas calles. Lo

cierto es que los vende a Thynne. Terminan... bueno, terminan como hemos terminado tantos, bien manoseados.

James apretó los puños pero se contuvo. Ya trataría el asunto con aquella tal Dark Penny.

—¿Dónde está?

—Por ahí. La Dark Penny no para nunca. Dice que es una moneda que gira y gira, nunca sabes dónde se detendrá, ni si saldrá cara o cruz.

—No me refiero a esa mujer, que ya parará en la cárcel, te lo aseguro. Me refiero a lady Bethany.

—Ah. En el burdel «Red Pussy». —«Por Dios, menudo nombre», se dijo James. «Para qué ser sugerente, si puedes ser zafio». Es el mejor local de Thynne, *señorísimo*, está en Whitechapel. Es donde trabajo yo, aunque ya no me dedico a *eso*, ya sabe, tengo demasiada sífilis. —¿Demasiada? ¿Se podía de verdad tener *poca* sífilis? James y George intercambiaron una mirada que planteaba esa pregunta—. Ahora solo ayudo a mantener limpio el lugar o en lo que se me dice. Hay mucho trabajo en un burdel, no solo el de abrirse de piernas.

—Me imagino. ¿El pañuelo lo tenía la chica? ¿Seguro?

—Sí, lo llevaba en un bolsillo de la chaqueta. Ella misma me lo dio esta mañana, aunque no he podido zafarme hasta tarde, y luego me he perdido. —Hizo una mueca—. Me van a dar una buena paliza al volver.

—Lo siento. Esto es...

—¿Me puedo quedar el pañuelo? —le interrumpió ella. Debían importarle poco la paliza y sus lamentaciones—. La lady me dijo que podía venderlo.

—Si lo dijo ella, no hay problema, por supuesto. ¿Cómo está?

—Sana. No se preocupe *señorísimo*, la cuidarán. Es buena mercancía.

James torció el gesto, pero fue a lo práctico.

—¿Cómo es la casa, el burdel? ¿Podrías hacerme un dibujo de su estructura? ¿Y en qué parte la tienen encerrada?

—Oh. Sí, supongo que sí. —James le dio un pliego de papel y le señaló el tintero. Se notó que no estaba acostumbrada a utilizar aquel material. Agarró la pluma como pudo, la empapó demasiado y dibujó torpemente una planta de edificio más o menos cuadrada. Señaló las puertas, dónde estaban algunas ventanas, las escaleras... No era gran cosa, pero tendría que servir—. Cuando la trajeron, la metieron en el ático, y allí sigue.

—¿Por qué?

—Están esperando a que vuelva el señor Thynne, que se encuentra fuera de Londres, arreglando unos asuntos en el puerto de Bristol. De hecho, se le esperaba esta tarde, quizá haya llegado ya.

—Debemos movernos rápido, entonces.

—Bueno, sí, pero no se preocupe, su *señorísimo*, porque el señor Thynne es ante todo un hombre de negocios. No tocaría a una chica así, al menos no el primero, si puede sacarle dinero a otro. Dependerá de si es todavía virgen. —James arrastró la silla hacia atrás, dispuesto a ponerse

en pie, pero ella le hizo un gesto de calma—. No se amosque, *señorísimo*, que ya le digo que sigue entera. Mañana no le digo yo que no la tome para sí. Pero esta noche hay organizada una subasta.

—¿Qué? ¿Una subasta?

—Claro. Suele hacerse, cuando hay buen material, ¿sabe? Hay ciertos caballeros que tienen gustos... especiales. —No fue una noticia que le sorprendiera. Bien sabía James lo depravada que era una parte considerable de la alta sociedad inglesa. Pasaba como con las apuestas: demasiado dinero, y demasiado tiempo sin nada útil que hacer, generaban demasiado aburrimiento—. Hoy se había organizado todo para subastar a dos gemelas pelirrojas, ambas vírgenes, que saben darse placer entre ellas de una forma muy... bueno, ya me entiende usted. Capaces de empinársela al más vejete. —Emitió una risita espeluznante, capaz de bajársela también a cualquiera—. Pero me ha dicho Black Penny que seguramente las cambiarán por la lady esta.

—¿Y eso?

—Bueno, al fin y al cabo, las gemelas son de un pueblo perdido donde hay más gente que ratas, y esta es toda una lady. Dónde va a parar... Es una oportunidad importante y, además, habrá que hacerla desaparecer pronto, antes de que se complique el asunto.

—¿Hacerla desaparecer?

—Claro. *Es una lady* —remarcó, mirándole otra vez como si fuese tonto—. ¡Es de imaginar que la buscarán! El señor Thynne le sacará todo el partido posible durante unos cuantos días, quizá un par de semanas, y luego seguro que la embarca hacia algún sitio lleno de moros para hacerla desaparecer, como es lo habitual para las chicas más valiosas, ¿sabe? ¡Y más en este caso! Seguro que consigue mucho dinero por ella, solo por tener un pelo claro así de brillante y una piel tan fina y limpia de marcas.

James no pudo soportarlo más. Se puso en pie.

—¿Cómo demonios se llega a esa subasta? ¿Se lleva a cabo en el mismo burdel?

—Sí, por supuesto. Pero lo cierran. Se celebra solo entre clientes habituales que pagan una cantidad enorme por participar y se les avisa para ocasiones como esta. Se les da una clave para entrar.

—¿Qué clave?

La mujer dudó un segundo. James y George arquearon sendas cejas.

—Esta noche es *rebuzno* —admitió, renuente—. Espero no tener problemas por decirlo.

James apretó los labios. Lógico en cierta medida, aunque *gruño como un cerdo*, hubiese sido mucho más apropiado.

—¿Dónde está ese burdel, exactamente? —La mujer se lo indicó. James cogió su abrigo y su sombrero y se dirigió a la puerta. En el último momento decidió coger también el bastón, por si necesitaba soltar algún golpe—. George, pague bien a esta mujer por el aviso.

George le miró sorprendido.

—Pero, su excelencia, ¿adónde va? ¡No puede meterse en esa... en esa zona solo! Además, está

a punto de anochecer.

—Hay prisa, mucha prisa, ya lo has oído. No podemos permitir que le pase nada a lady Bethany. Ocúpate de esto y luego sígueme. Ven con un par de guardias, como poco. Voy a necesitar ayuda.

—Pero, Su Gracia...

No esperó a más. Salió corriendo de la mansión, cogió el primer coche de alquiler que vio y le ordenó acercarse lo más posible al punto donde estaba el burdel, aunque el cochero puso mala cara.

—Una pésima zona, milord. La Guardia no tiene por allí mucho control y está anocheciendo. Preferiría no tener que ir a estas horas, puede pasarnos cualquier desgracia —dijo, claramente dispuesto a insistir, pero se animó al ver las monedas que puso en su mano y no siguió protestando.

## Capítulo 11

Bethany despertó al oír ruido, una risa lejana, y vio que por la ventana apenas entraba ya luz. Lloviznaba suavemente y estaba oscureciendo. Llevaba allí prisionera todo el maldito día. ¡Qué situación espantosa! Y Gysforth seguía sin aparecer. Mucho interés en congraciarse con ella, pero no movía un dedo por salvarla. Claro que, también podía ser que aquella mujer horrible se hubiese quedado con el pañuelo, sin más...

¡Oh, maldita fuera su suerte! Bethany ocultó el rostro en las rodillas y se balanceó, luchando contra el pánico. No, no podía dejarse hundir por el miedo y la desesperación. Si no venía nadie, se salvaría a sí misma, no quedaban más alternativas: moriría intentándolo. Pero no sería una víctima.

Miró hacia la ventana. Si conseguía sacar de una vez todos aquellos dichosos clavos, podría descolgarse hasta la calle. Antes de caer agotada, había conseguido aflojar la mayoría, aunque fuera a costa de despellejarse los dedos. Seguro que, en un par de horas, podría abrirla. Cogió su trozo de madera, se puso en pie y dio un par de pasos hacia allí, pero de pronto oyó que alguien subía la escalera.

Apenas tuvo tiempo de tirar el palo a un lado. Dos segundos después se abrió la puerta.

Entró uno de los matones que la habían sujetado la noche anterior y avanzó amenazadoramente hacia ella, para obligarla a retroceder hasta la pared del fondo. Tras él llegó otro hombre, menos grande pero mejor vestido y con un aspecto igualmente duro. La vieja venía con él. El corazón le brincó en el pecho, a la espera de que entrase también la mujer gris que le había llevado la bandeja con la comida, con la esperanza de poder deducir por su expresión si había cumplido su encargo, pero no estaba con ellos. La vieja bizca cerró la puerta sin más.

—Aquí está —dijo, con entusiasmo—. ¿A que es preciosa, señor Thynne? ¡Tiene toda la pinta de ser una dama!

Bethany apretó los puños con rabia.

—¡Déjenme salir ahora mismo!

—Pues no lo parece tanto —masculló el llamado Thynne. La miró de pies a cabeza—. No grites, muchacha, y dame tu mano derecha. Dámela —repitió, al ver que se resistía a obedecer. Ella lo hizo, atemorizada. Thynne tenía unos dedos fuertes y rugosos, que la movieron con determinación. La examinó por ambos lados, fijándose en las heridas y despellejaduras—. Esto es

reciente. ¿Se puede saber qué has estado haciendo?

—Nada...

—¿De verdad? —No era tonto. Miró alrededor. Hizo un gesto hacia la ventana y el matón fue a comprobar.

—Ha estado andando en los clavos —dijo. Bethany se sintió morir. Acababan de cortar por lo sano su vía de escape—. No creo que hubiese podido abrirla, en cualquier caso.

El otro asintió.

—Es normal. Yo también hubiese intentado escapar. Por esta vez voy a ser comprensivo —añadió, mirándola fijamente. Ella captó claramente la advertencia: de volver a ocurrir, habría un castigo. Thynne siguió hablando para el matón—: Ocupate de clavarla bien en cuanto me vaya.

—Sí, jefe.

—Por lo demás, una piel muy fina, sí señor. —Thynne siguió estudiando la mano de Bethany—. Puede que tengas razón, Black Penny. Puede que estemos ante toda una dama. —Sonrió con frialdad—. Vamos, a ver, ¿cómo te llamas?

¿Qué hacer? Le había revelado su auténtico nombre a la otra mujer, con la esperanza de poder mandar un mensaje al exterior, pero no creía que decírselo a esa gente ayudase en nada. En cuanto supieran la verdad, intentarían hacerle chantaje, con lo que la cosa acabaría mal, porque no tenía ningún dinero. También podían decidir entregarla a la Guardia.

Bethany recordó el cadáver de Freddy. Pensó en la cárcel. No podía regresar. Estaba atrapada entre un mal enorme y otro gigantesco.

—Clai... Claire Briggs —susurró.

—Claire Briggs —repitió Thynne, con cara de no creer ni una sílaba—. ¿De dónde has salido tú? ¿Eres de verdad de buena familia? Si es así, dime quién eres y te devolveré de inmediato. No sufrirás ningún daño. No quiero problemas con la gente importante.

Mentira por mentira, intuyó Bethany. Seguro que aquel individuo no tenía tanto miedo, ni dejaría pasar una oportunidad así de extorsionar a la nobleza.

—No, no lo soy.

—Y, sin embargo, tus manos y tu ropa dicen lo contrario, Claire Briggs. ¿Cuál es la verdad? —Esperó, pero ella no dijo nada—. ¿Quizá eras doncella de alguna lady importante? ¿Es eso? ¿Tu trabajo consistía en planchar y perfumar su ropa, por eso tienes las manos tan finas? ¿Y se la robaste, para escapar, intentando pasar por una lady? —Decir que sí o que no, la condenaba igualmente. Se quedó quieta, esperando que pasase cuanto antes aquel momento terrible—. Yo creo que sí. —Le retorció la mano, obligándola a encogerse con un grito—. ¡Contesta!

—¡Está bien! ¡Está bien! ¡Sí, eso hice! ¡Le robe las cosas y me marché!

—¿Seguro? Al parecer, están buscando a una tal Bethany Howland, hija del difunto conde de Saxonshare. ¿Seguro que no eres tú?

Bethany tragó saliva. ¡Habían encontrado ya el cadáver de Freddy! ¡La Guardia la estaba buscando!



—No, no. No soy yo —sollozó, aterrada—. Me llamo Claire.

—Qué pena. Lady Bethany hubiese podido tener alguna oportunidad de salir airosa. Pero Claire Briggs... —El hombre agitó la cabeza—. De ser así, nada va a poder salvarte de mí. —La soltó—. Quítate la ropa, vamos.

—¿Qué? —Bethany les miró horrorizada—. ¡No!

—¿No? —Thynne rio—. Se me está acabando la paciencia contigo.

—No seas tonta, obedece—dijo la vieja—. Vamos. O te la arrancará Jeremiah. No es alguien que se caracterice por su paciencia.

El matón tenía una expresión neutra, como si hubiese visto tantas mujeres desnudas en su vida que no tuviera mayor interés en ver ninguna más. Pero también daba la impresión de que haría lo que le mandasen, ya fuera desnudarla, pegarle una paliza o matarla.

—Está bien. —No le quedaba otra que jugársela a que la respetasen por ser quien era—. Soy... soy lady Bethany Howland.

—Ya lo suponía —asintió Thynne, con cierta amabilidad—. ¿Qué te ha ocurrido, milady? Están poniendo Londres patas arriba, buscándote.

Bethany se llevó las manos a las sienes, intentando controlar la histeria y las imágenes que bombardeaban su cabeza. El cuerpo de Freddy. Sangre...

—No puedo volver. Por favor, no puedo volver.

—¿No? Entonces, pórtate bien aquí. Tienes que comprender que todo tiene un precio en esta vida, milady, mi protección también. —Enredó un dedo en un bucle de su melena y tiró de él, extendiéndolo—. Eres preciosa, me gustas. Si me complaces y haces lo que se te ordene, no te devolveré. Si me complaces mucho, en poco tiempo hasta puede que te deje ir.

Mentía otra vez, claro. Mientras pudiera sacar dinero con ella, no permitiría que se fuese. Pero no le quedaban más opciones que ganar tiempo, como fuera.

—Usted mismo ha dicho que me están buscando. Haría mejor en dejarme ir. Seguro que a estas alturas ya hay una recompensa para quien me ayude —añadió, retribuyéndole la mentira.

Él se echó a reír.

—No hace falta. Ya tengo toda la recompensa que necesito. Desnúdate.

—Pero...

Thynne arqueó una ceja, de nuevo amenazador.

—Definitivamente, se me está acabando la paciencia.

No había más remedio. Con dedos temblorosos, Bethany se soltó la chaqueta. La anciana la ayudó a desatar el vestido. Como resultó evidente que Thynne seguía esperando más, cerró los ojos y se quitó toda la ropa interior. Intentó taparse como pudo con los brazos.

Durante unos segundos no oyó nada. Bendita oscuridad.

—Fuera esas manos —oyó entonces—. Alza los brazos y cruza las muñecas por detrás de la nuca. ¡Vamos! —Se mordió los labios para no llorar y obedeció—. Bien. Preciosa. Date la vuelta. —Lo hizo. Otro momento de silencio—. Vuelve a girarte. —Obedeció—. Muy hermosa, lady

Bethany.

—Sí que lo es —apoyó la vieja—. Sacarás buenos dineros por ella.

—No lo dudo. —Bethany notó aquellos dedos duros y ásperos en el pezón del pecho izquierdo y dio un salto atrás. La pared estaba tan cerca que apenas pudo moverse, pero el hombre rio y lo dejó estar—. No te preocupes, pequeña, ahora no es mi momento. Ya llegará. —Evaluó con aire crítico el corsé y la enagua—. Vuelve a ponerte eso. Estás muy atractiva con ello. —No esperó a que tuviera que repetirlo. Bethany se abalanzó sobre las prendas y se las volvió a poner, aunque no fuese capaz de atar bien el corsé—. Cuánta timidez. Cualquiera diría que eres virgen y todo, pese a tu edad. —Hizo un gesto a Black Penny—. Compruébalo.

—Sí, señor Thynne, ahora mismo —replicó la mujer. Dobló el resto de la ropa de Bethany y la amontonó junto a la puerta—. Por todo esto, ya, nos darán un buen dinero.

—¿Qué? —exclamó Bethany—. ¡Pero es mía!

—Ya no tienes nada, cielo. —Señaló a Thynne con un gesto—. Él es tu amo y más te vale tenerle contento. Siéntate en el colchón, anda.

—¿Para qué? ¿Qué quiere?

—Nada, no te preocupes, niña. Solo voy a asegurarme de que estás intacta.

—¿Intacta? —La miró horrorizada—. No me ponga las manos encima. Yo no... Yo nunca...

—Como comprenderás, no me voy a fiar de tu palabra —gruñó el hombre—. Siéntate. Haz lo que te dice la vieja Black Penny o te juro que lo comprobaré por mí mismo. Pagarán menos esta noche, pero me daré una satisfacción.

—¡No! —retrocedió. Eso ya era el colmo. La habían obligado a desnudarse y le habían robado las cosas, pero no permitiría que la manoseasen de una forma tan íntima—. ¡No me toquen!

Quiso seguir retrocediendo, pero el matón se movió rápidamente y la enganchó por un brazo.

—No te has enterado todavía de cómo están las cosas —le dijo Thynne—. Eres lady Bethany, una damita preciosa metida en un buen apuro. Eso te salva de momento, porque da la casualidad de que tengo esta noche organizada una reunión en la que podría sacar mucho dinero contigo. Pero, si tú me das problemas a mí, yo te daré una paliza a ti. Te golpearé de tal modo que te dejaré deslomada, luego te desvirgaré personalmente, seguiré montándote mientras me apetezca y ya organizaré otra subasta para dentro de un mes, aunque gane menos. La conclusión para ti será la misma, pero con mucho dolor de por medio. —Le dio un segundo para pensarlo—. ¿Qué decides? ¿Vas a obedecer?

Completamente colapsada por la brutalidad que transmitía aquel hombre, asintió. El matón la empujó hacia atrás y cayó sentada en el colchón.

—No te preocupes —le dijo Black Penny, arrodillándose entre sus piernas—. He comprobado miles de virgos en mi vida. O la falta de ellos, que hay mucha guarra presuntuosa —añadió al momento, y la risa silbó entre sus dientes rotos—. No tardaré nada.

—Es que no...

—No te muevas —le advirtió cuando vio que se agitaba, dispuesta a apartarse de sus dedos.

Hizo un gesto al matón y él se arrodilló en el colchón, a su lado, y le puso una mano en el hombro, clavándola en el sitio. Bethany se encontró sin margen para retroceder—. Separa más las rodillas, venga. Échate un poco hacia atrás. Y relájate, que será cosa de un instante. —Bethany sintió que la tanteaban de un modo que nadie nunca había hecho antes. Contuvo la respiración y volvió a cerrar los ojos, con la mente puesta en escapar cuanto antes—. Sí, sin lugar a dudas, es virgen.

—Excelente. Que esté lista para la subasta.

—Imaginé que querría sacarla esta misma noche. ¿Qué hacemos con las gemelas, señor Thynne?

—Mira a ver si las quiere la Madre. De no ser así, que las lleven a cualquier otro burdel, juntas o por separado, da igual. —Sonrió—. Hoy van a venir los depravados más ricos de Londres, démosles algo realmente exquisito: lo que hubiesen tenido que ver en Almack's sin poder olerlo ni tocarlo. —Sonrió a Bethany—. Ni lamerlo.

—Muy bien.

—Por cierto, no quiero ataques de histeria en medio de la función. Dale algo que la mantenga relajada y tranquila.

—Desde luego, déjelo en mis manos. —Black Penny le sonrió—. Allí estará, suave y dulce como una manzana recién cogida del árbol. Le aseguro, señor Thynne, que todos sentirán ganas de hincarle el diente.

## Capítulo 12

El cochero se confundió un par de veces siguiendo las indicaciones que le había dado la mujer. De hecho, tardó tanto que se hizo completamente de noche y todavía seguían buscando el burdel. Hacía mucho tiempo que James no pisaba Whitechapel, pero estaba como recordaba: sucio y maloliente. Había toneles y cajas por todos lados, y hasta se habían topado con un carro roto que tuvieron que apartar entre el conductor y él, para poder pasar.

James había empezado a considerar la posibilidad de bajarse y continuar por su cuenta, cuando finalmente dieron con uno de los extremos de la calle en la que debía estar el «Red Pussy».

—Tiene que ser por ahí, milord —le dijo el cochero, mientras señalaba con el látigo el tramo enfangado y sucio que se abría ante ellos—. Pero ¿está seguro de que desea continuar?

James miró por la ventanilla. Qué espectáculo deprimente. Las callejas de aquella zona de Whitechapel eran muy estrechas, algunas con suelo pavimentado, pero en malas condiciones, y la tierra de los socavones se había convertido en barro con la lluvia que había caído por la tarde. Las paredes de los edificios, generalmente de dos o tres plantas, eran de piedra o ladrillo, construcciones seguramente baratas, pero de aspecto sólido, y capaces de dar cobijo a la marea continua de recién llegados a Londres.

Quizá por eso, incluso a esa hora, Whitechapel parecía lleno de vida, aunque fuera de vida miserable. A un lado, sentados a distintas alturas en una escalinata vieja y rota, varios vagabundos sorbían de unas escudillas algo que habían calentado en una hoguera montada bajo unos soportales; no muy lejos, en la entrada de una taberna, un grupo de hombres borrachos mantenía una fuerte discusión que estaba subiendo de tono por momentos.

Aquí y allá se veían niños y niñas, posiblemente miembros de alguna banda de pilluelos, que corrían de un lado a otro, con los rostros y la ropa cubiertos de lodo y mugre, jugando a atraparse entre ellos.

Intentaban simular normalidad, pero James no se fiaba: un par de figuras menudas vigilaban su coche, apostados en una esquina.

—Totalmente. Espere —ordenó en el último momento, justo cuando el vehículo de alquiler se disponía a reanudar la marcha. Era una locura meter aquel trasto por allí. Bajó y le entregó unas monedas más, a añadir a las que le dio al principio. Por sí mismas, pagaban con creces varios trayectos como el que habían realizado, pero de algún modo debía agradecerle su ayuda con aquel

carro roto—. Tenga, seguiré por mi cuenta. Puede irse, gracias.

—¿Está seguro, milord? —preguntó el cochero, luchando entre la preocupación por él y el alivio que sentía por sí mismo. James sonrió.

—Sí. Ande, váyase.

—Muchas gracias. —respondió el hombre y añadió algo, seguramente que tuviese cuidado, pero James ya no pudo entenderle bien, porque se estaba alejando del vehículo caminando a buen paso por la calle. Pasó entre los vagabundos y los hombres que discutían, sin mirar a un lado ni al otro; ni siquiera se volvió cuando oyó el ruido de un puñetazo seguido de un cuerpo que caía al suelo, sobre el barro, marcando el inicio de la pelea.

Solo tenía ojos para los niños. Recordaba bien lo que había dicho la mujer sobre los pilluelos que trabajaban para Black Penny. Al poco de entrar en aquella zona del distrito de Whitechapel, los había visto rondar el coche, siguiendo su trayectoria a distancia o silbando para alertar a otros que se encontraban por delante. Estaban bien organizados.

No tardó en ver a pocos metros el edificio desvencijado con el cartel del «Red Pussy», que era tan artístico como el nombre del local en sí, con aquel esquema de los genitales femeninos, incluido el punto rojo para indicar la entrada a la vagina, por si alguien era lo bastante torpe como para perderse.

Bueno, qué podía pedirse de quien ideaba semejante nombre para un burdel. Seguramente había querido sonar tentador, pecaminoso, pero a él solo le hacía pensar en liendres y sarpullidos o, en el mejor de los casos, en la menstruación. Jamás metería sus partes nobles en un «Red Pussy».

Se dirigió hacia allí a buen paso. En las cercanías de la puerta, que estaba custodiada por dos individuos enormes armados con porras, también había varias mujeres.

—Milord, milord... —le llamaron, como sirenas—. ¿Le gustaría pasar un buen rato, milord?

En cualquier otro momento hubiese rechazado la propuesta, pero amablemente, porque, al contrario que muchos puritanos con poco cerebro, no creía que aquellas pobres desdichadas estuvieran allí por vicio, ni siquiera por interés, sino por pura necesidad.

Pero, ese anochecer, James tenía demasiada prisa y estaba preocupado por sus propios asuntos, de modo que, simplemente, las ignoró.

Se abrió paso entre ellas y se detuvo ante los matones.

—*Rebuzno* —soltó, esperando que fuese de verdad la clave y no una broma a mala idea de aquella mujer, lo que podría valerle una buena paliza y muchas contusiones. Tuvo suerte. Los hombres le miraron de arriba abajo, le catalogaron por lo que parecía y se apartaron para cederle el paso.

Entró en la casa, decorada de un modo que definió como «aparatoso», y se dejó guiar por sonidos, las voces y la música, hasta desembocar en un salón de buen tamaño. Estaba lleno de mesas y sillas distribuidos en dos alturas frente a una tarima alta cerrada con un telón rojo, una especie de escenario teatral, iluminado por un gran candelabro a cada lado.

Se notaba que era una subasta privada porque, en esos momentos, el local estaba casi vacío,

con apenas una docena de individuos de público, dispersos por toda la sala. Las lámparas iluminaban lo suficiente, pero dejando todo en una tenue penumbra, cómoda para quienes desearan un poco de discreción. Aun así, reconoció a bastantes caballeros.

Entre ellos, Arthur.

James le miró sorprendido. ¿Qué hacía allí? A saber. Eran amigos desde niños y le quería como a un hermano, pero con los años y la vida se había convertido en un hombre muy especial. Tenía fama de rufián, jugador y mujeriego, y bien sabía Dios que se la había ganado a pulso, pero no le creía interesado en subastas como la que iba a tener lugar esa noche, y más desde lo ocurrido con Minerva.

Arthur admitía ser aficionado a muchos vicios, pero en todos debía haber consenso. O eso, o no le conocía como pensaba.

Iba a dirigirse hacia él cuando se le cruzó una mujer.

—¿Milord? Bienvenido, milord. —Aquella debía ser la famosa Black Penny, no le resultó difícil deducirlo. Sus ojillos estrábicos le recorrieron rápidamente, haciendo un repaso de sus excelentes ropas y sus botines fabricados por el mejor zapatero de Londres; solo se detuvieron un segundo de más en la cadena de oro de su reloj—. Es la primera vez que nos visita, ¿verdad? ¿Le habló del lugar algún amigo?

—Sí, precisamente aquel de allí. —Agitó la mano en dirección a Arthur, que alzó una ceja al verle—. Si me disculpa...

Black Penny no se opuso, aunque mientras cruzaba la sala, James sintió su mirada clavada en la espalda, como dos dardos torcidos. Cuando llegó a la mesa de Arthur, le tendió la mano. El otro la estrechó, con sorpresa.

—Badfields...

—Gysforth... —James se sentó, sin más. No necesitaban pedirse permiso—. ¿Qué demonios haces aquí?

—Ya ves. Tengo entendido que va a celebrarse una subasta de lo más entretenida. ¿Champán? —preguntó cuando la camarera, que llevaba encima más maquillaje que ropa, se detuvo a su lado. Arthur se encogió de hombros, así que decidió por su cuenta. Miró a la chica—. El mejor champán que tengas, guapa.

—¿Y no desea nada más, milord? —replicó ella, inclinándose tanto que el corsé estuvo a punto de dejar escapar sus pechos, de buen tamaño.

—Ah... quizá en otro momento. Ahora tengo asuntos que atender. —La chica hizo un mohín y se marchó. James se centró en su amigo y no pudo evitar fruncir el ceño—. ¿Se puede saber qué haces en semejante tugurio? No te consideraba aficionado a estos entretenimientos.

—Y no lo soy —replicó Arthur, haciendo caso omiso de su reproche. Se lo pensó un momento, antes de continuar—: Si me encuentro aquí, es por razones personales. Tú, mejor que nadie, deberías suponer cuáles.

James titubeó; luego, se maldijo en silencio. ¿Cómo no se había dado cuenta? Fácil: porque

Arthur disfrutaba dando la imagen de crápula perverso, por eso. Era el que siempre iba el último a casa y el que siempre estaba dispuesto a frecuentar el tugurio más despreciable. Mantenía las amantes de dos en dos y a veces hasta de tres en tres, a saber para qué, porque pasaba más tiempo en los burdeles de Londres que en su propia casa.

Hubo un tiempo en que James pensó que ese vivir cada vez más alocadamente era una forma de huir del dolor por lo sucedido con Minerva. Pero en ese momento, de pronto, comprendió que no. Arthur no huía, ni siquiera disfrutaba.

Arthur seguía empeñado en encontrarla.

—Perdona —murmuró, sintiendo una profunda compasión por su amigo—. Debí darme cuenta. Sigues buscándola.

Por los ojos de Arthur cruzó un brillo que le hizo parecer vulnerable.

—Siempre, James. Mientras me quede el más mínimo aliento.

Le había llamado por su nombre de pila. A James no se le escapó el detalle, en absoluto. Desde niños, solo lo hacían cuando querían pasar a otro nivel entre ellos, uno más personal, íntimo y cercano, del que estaba excluido el resto del mundo.

—Después de que las autoridades dijese que no podían hacer más, pensé que tus padres se habían resignado. Ni el rey... bueno, entonces príncipe regente, logró gran cosa, pese a sacudir toda Inglaterra como si fuese una alfombra.

Arthur asintió.

—Sí, mis padres sí se han resignado. Pero yo no.

—Ay, Arthur...

Se interrumpió cuando volvió la camarera con el champán y dos copas. La mujer quitó el corcho derramando parte del contenido en forma de espuma, les sirvió generosamente y dejó la botella sobre la mesa. James pagó y añadió una propina que logró arrancarle una sonrisa enorme. Se lo metió en el escote, insinuante, para dejarle claro que la propuesta seguía en pie, y se alejó.

Solo entonces, James continuó:

—¿Por qué no me lo dijiste? Podría haberte ayudado.

—No. Tú ya hiciste mucho en su momento, todo lo que estuvo a tu alcance, amigo mío. Nunca agradeceré lo suficiente que incluso tu padre movilizara sus contactos para intentar encontrarla. —Cogió su copa, aunque aún dijo algo antes de beber un sorbo—. Si queda alguna oportunidad, está en este lado de la ley.

—Ya. —James dudó sobre si decirlo. Arthur ya lo sabía—. Pero es peligroso. Pueden herirte. O algo peor.

—¿Y qué? —replicó, torciendo la boca en un gesto lleno de amargura—. Es lo que me merezco, por haber dado pie a... —hizo un gesto con la mano con la que sostenía la copa, como abarcando el lugar— a todo esto.

—Tú no...

—Claro que sí. Era... era mi maldita hermana pequeña, James. Era *Minnie* —incidió. Ese era

el diminutivo cariñoso por el que la llamaba—. Yo debería haber estado ahí, siempre, para protegerla de todo mal. ¿Y qué hice? Animarla a cometer semejante locura, para darles una lección a nuestros padres. «A veces, Minnie, hay que ser osado y luchar. Haz lo que tengas que hacer, pero no consientas que te casen por la fuerza». Eso le dije, como un idiota.

—Pero no pretendías que se fuera de casa, a la aventura. —Agitó la cabeza—. Minerva era maravillosa. Estaba llena de vida, y de alegría, pero también era temeraria, y demasiado alocada. Tú también lo sabes. Bueno, ¿qué te voy a contar? Se parecía mucho a ti.

—Ya. Supongo que algunas cosas se perdieron. —Arthur suspiró—. Ya nunca me siento alegre. Lo simulo, pero no lo estoy.

—Arthur...

—No, por favor. —Tragó saliva—. Por favor, Gysforth. Me has pillado por sorpresa, y en una maldita hora baja. Suficiente intimidación por hoy. —Arthur hizo un gesto, como alejando todo aquello, y cambió de tema—. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí, además de sonsacarme mis cuitas?

James se lo pensó un momento.

—¿Qué sabes de la subasta de esta noche?

—Poca cosa. Me avisaron hace tres días, sin más información. No es la primera vez, suelen organizar cosas así cada cierto tiempo. De vez en cuando, si creo que puede ser conveniente, vengo y pujo, solo por disimular, aunque me he cuidado de no ganar nunca nada. Pero estar por aquí me ha permitido saber muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Que la prostitución de la zona está controlada por un tal Thynne, un individuo misterioso del que no he podido recabar apenas datos. Si he venido esta noche es porque sé que va a estar aquí y quiero hablar con él. Sus negocios se extienden por todas partes. Se trata de uno de los jefecillos de la zona, el más importante de Whitechapel ahora mismo, aunque creo... no, estoy convencido de que trabaja para alguien de verdad importante. Alguien *muy* importante. Una especie de rey del Londres nocturno. Es a ese al que quiero llegar.

—¿Una especie de rey del Londres nocturno? Qué poético.

—Vil, más bien, aunque la frase no es mía.

—¿No? ¿De quién es? —No obtuvo respuesta. Intentó otra vía—. ¿Y ese rey...?

—No, James, yo ya he contestado a suficientes preguntas. Ahora, dime qué te ha traído aquí hoy. James asintió.

—Sospecho que la venta de esta noche es la mismísima lady Bethany.

—¿Lady Bethany? —Hizo memoria—. ¿Tu lady Bethany?

—Exacto. Al menos, eso creo.

—Pero, es imposible... ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

Aprovechando que la espera se alargaba, James le hizo un breve resumen de lo sucedido: la extraña desaparición de Bethany, la búsqueda sin éxito de la Guardia, la visita de aquella mujer con un pañuelo...



—Espero que George llegue a tiempo de interrumpir esta locura —terminó—. De no ser así, pujaré por ella. Tengo que comprarla como sea.

—No te preocupes, yo te ayudaré. Me he ido ganando la confianza de Thynne, de tener que depender de una puja, la conseguiremos. —Arthur chasqueó la lengua—. Ese imbécil de Saxonshare... Estoy seguro de que tuvo la culpa.

—Yo también lo creo. —Iba a hablarle de los arañazos y de la herida en la cabeza de Saxonshare, pero hubo un movimiento en aquel extraño teatro—. Luego te cuento.

## Capítulo 13

Los cortinones rojos del telón empezaron a abrirse mostrando un escenario desnudo, cerrado al fondo por una tela blanca, como una gran sábana. Al otro lado, había alguna iluminación, más potente que la que tenían ellos mismos, lo que permitió ver la silueta negra de un hombre sentado a una mesa, sirviéndose un vaso de algo de una botella.

—Ese es Thynne... —susurró Arthur, inclinándose hacia James—. En las subastas y otros espectáculos del estilo le gusta estar así, en el escenario, al fondo y sin hablar, dejando claro quién manda en la sombra. —Hizo una mueca—. Me pregunto si vendrá de familia de actores, tengo que investigarlo. Lo que sí es cierto, es que le gustan las puestas en escena.

—Has venido por él, ¿verdad? ¿Crees que puede llevarte hasta ese rey de la noche?

Su amigo se encogió de hombros, evasivo. James iba a seguir insistiendo, pero entonces, por un lateral del escenario, apareció una mujer. Tendría unos cuarenta años y llevaba el pelo teñido. Era algo evidente porque la naturaleza nunca había creado aquel rojo chillón por voluntad propia en ninguna cabellera. La llevaba recogida en un moño de rizos que parecía el nido ensangrentado de alguna criatura macabra.

Su atuendo, un vestido negro de gran escote y larga cola, con detalles escarlatas, era elegante y chabacano a la vez, sobre todo por culpa del dibujo del cartel del «Red Pussy» que llevaba bordado en el frontal, entre el corpiño y la falda, con el famoso punto rojo situado justo a la altura de su pubis.

En su mano derecha sostenía un abanico del mismo color que su pelo. Lo abrió repentinamente, con un sonido rotundo, como marcando el inicio de su actuación, y empezó a agitarlo apenas, manteniendo un movimiento de muñeca muy leve, pero rápido y continuo. Logró colocar la larga cola de su vestido en un círculo perfecto alrededor de sus pies, por el procedimiento de ir dando vueltas sobre sí misma, rígida, como si fuera una autómatas. Lo cierto era que lo hacía muy bien. Parecía totalmente una muñeca.

El público, aunque escaso, consiguió provocar bastante ruido, porque no dejaba de vitorear y aplaudir. Algunos la saludaron como «la Madre». Ella sonrió, con su boca pintada de un rojo inmenso.

—Bienvenidos una vez más a nuestra casa, caballeros sin nombre ni rostro, sin pasado y sin presente, seres anónimos que se asoman a la oscuridad de Whitechapel. ¡Vosotros y solo vosotros

sois sus auténticos demonios! —dijo ella, con una voz algo chillona. Lanzó besos, que fueron festejados con grandes risas—. Esta noche, es un tiempo lleno de grandes sorpresas, os lo puedo asegurar. ¡Incluso el señor Thynne y yo, que hemos regresado del mismísimo infierno y ya creíamos haberlo visto todo, nos sentimos asombrados! Pensábamos ofreceros una delicia doble, con unas gemelas preciosas llegadas del frío norte para calentar vuestra sangre...

—¡A mí ya me la han calentado, y ni siquiera las he visto! —gritó alguien. Todos rieron.

¿Ese no era...? James creyó reconocer la voz y miró hacia su origen, asombrado. En la penumbra, distinguió a un hombre de gran constitución, medio calvo y vestido muy elegantemente, con una botella de champán que debía ser para él solo, porque, aunque tenía una jovencita sentada en las rodillas, sobre la mesa solo había una copa.

De haber sido otras las circunstancias quizá hubiese tenido alguna duda, aunque fuera pequeña, porque realmente no veía bien su rostro y podía haber cometido un error al creer reconocer aquel tono, agudo como el de un eunuco; pero el barón de Kennerath, el perrillo faldero del duque de Dankworth, era demasiado gordo para confundirle con otro. Era él.

«¡Maldito cerdo!», pensó. ¡Claro, por eso luchaba tan enconadamente contra las propuestas de organizar una policía en condiciones en Londres! Cuanto más control hubiera, menos libertad habría para los que disfrutaban de una fortuna suficiente como para poder satisfacer todos sus vicios.

—A ti te calienta cualquier cosa, cariño, bien lo sabemos todos —replicó la mujer, con un contoneo de caderas, lo que provocó otra carcajada—. Y esas niñas seguro que te hubiesen gustado. ¡Qué digo! ¡Quédate luego, que te las presento, seguro que serás lo bastante generoso como para poder disfrutar de las dos!

—¡De las dos! —rio un viejo, al otro lado. James arqueó una ceja. ¿El marqués de Blasstain? ¿En serio? Jamás lo hubiera supuesto. Blasstain era un padre de familia de cinco hijas a las que exigía absoluta rectitud. Beato, reservado y frío, muy tradicional, en la Cámara de los Lores era famoso por su moral rayana con el fanatismo. Siempre se mostraba reacio a los cambios, sobre todo si implicaban una apertura social de cualquier tipo—. No le pidas tanto, Madre. Dinero tendrá, pero verga, poca.

Lord Kennerath no se lo tomó a mal. Hasta lanzó una carcajada, como divertido por una broma entre amigos.

—Cállate, viejo. No saquemos ese tema, que a tu edad, ya hasta se te habrá caído.

Todos rieron. La Madre les dedicó unos gestos teatrales.

—¡No peleen! ¡No peleen caballeros, no hay problema! ¡Habrà diversión para todos, tengan verga o no! —Más risas—. Pero, a última hora hemos cambiado de idea sobre esta subasta porque nos ha llegado algo muy, muy, *muy* especial. Una perla delicada, destinada a los paladares más exigentes. —Se lamió los labios escarlata, sensual—. Estamos seguros de que, tras contemplarla, os va a parecer que ninguno de nuestros otros jóvenes, ni muchachos ni doncellas, está a la altura.

Alzó el abanico, y lo abrió otra vez con el mismo golpe dramático. Desde el lateral contrario al

que había utilizado para entrar, aparecieron tres figuras, dos hombres sujetando a una joven que apenas se mantenía en pie.

Era Bethany Howland, sin lugar a dudas. James la reconoció al momento, pese a la máscara de seda blanca, adornada con algunas plumas, que le cubría casi medio rostro. Llevaba el cabello suelto, una melena larga y abundante que alcanzaba su cintura en gruesos bucles dorados. La sacaron en ropa interior, con un corsé de diseño delicado y unas enaguas de encajes. Estaba realmente preciosa.

Pero ¿por qué no oponía resistencia? ¿Qué le pasaba? Debían haberla drogado. Opio, quizá.

—No te muevas —le susurró Arthur, al notar su tensión—. No hagas tonterías, Gysforth, te lo advierto. Si complicas las cosas, tú y yo recibiremos una paliza de muerte, nuestros cadáveres aparecerán desnudos y decapitados en el Támesis, para que nadie pueda reconocernos, y esa chica se perderá en algún rincón de oriente, como parte del harén de algún viejo depravado.

James sintió un escalofrío.

—¿Qué dices? Imposible. Conoces tan bien como yo a varios de los presentes, y ellos a nosotros. Ni lord Badfields ni lord Gysforth van a desaparecer misteriosamente esta noche. Para bien o para mal, no somos unos vagabundos sin nombre.

—Ja. Si esperas que eso te sirva de algo aquí, te equivocas por completo. Todos esos que nos rodean tienen mucho que callar, muchísimo. Tanto Thynne como la Madre se ocupan de satisfacer sus gustos más detestables, por lo que, a su vez, los tienen bien sujetos por los testículos. Ninguno de ellos diría nada, ni aunque te destripen aquí mismo, sobre esta mesa.

—¿Y tú? ¿Por qué te toleran aquí? Dudo que tengan nada contra ti, algo con lo que poder chantajearte.

—Esa es una buena pregunta, porque, no, ciertamente no tienen nada, solo están a la espera de conseguirlo. Por eso mi cuerpo aparecería con el tuyo en el Támesis, amigo mío. —Hizo como que reía alguna gracia privada, para disimular ante el resto—. Por favor, te suplico por mi propia seguridad, que no cometas una tontería.

James maldijo por lo bajo.

—¿Y qué demonios quieres que haga?

—Esperar. Tranquilizarte y esperar. —Volvió a coger su copa, sosegado y divertido—. Veremos quién la compra y actuaremos en consecuencia.

—La joven es una dama... —estaba diciendo la mujer—. Quizá incluso alguno la conozcáis de antes. Da igual. Su nombre ya poco importa ahora mismo, tan poco como los vuestros. —Esa era una amenaza velada. Seguro—. No os preocupéis, su importancia social es relativa y su compra no os provocará ningún contratiempo, al contrario. No habrá escándalo.

—Yo creo que no la conozco. ¿Seguro que es una dama? —preguntó uno.

—Seguro... que *lo era*, en otra vida, en otro tiempo. Alguien a quien hubierais podido ver bailando en Almack's, iluminada por las velas, con los labios húmedos y brillantes por el champán, siempre lejos de vuestro alcance. —La Madre sonrió—. Pero, cuando la encontramos,

ya era una joven más, perdida en el reflejo oscuro de Londres, como tantas otras. Ahora tú, tú o tú —fue señalando con el abanico, al azar—, puedes ser el primero en disfrutar de sus delicados encantos. Tocarla. Besarla. Poseerla por completo. Dominarla...

La tensión sexual creció y creció, más y más, a medida que iba enumerando, hasta volverse casi insoportable, aplastando el ambiente, haciéndole sentir incómodo. Ya nadie decía nada, ya nadie reía. James podía imaginar a todos aquellos hombres con los ojos fijos en Bethany, deseando liberar en ella todas esas fantasías que, por lo general, nunca podían convertir en realidad.

Incluso Arthur tenía la mirada turbia, clavada en la muchacha.

Entonces, la Madre se volvió hacia Bethany, la cogió por la barbilla y la obligó a levantar la cabeza.

—Su virginidad está totalmente certificada. Está limpia. Está intacta. Y la subasta comienza en cien libras.

—¡Cien! —exclamó alguien—. ¿Por un virgo? ¡Pero Madre, qué barbaridad!

La Madre miró hacia algún punto indeterminado del público.

—¿Acaso no crees que lo vale? Y no será la última cifra que oigamos esta noche. No voy a contentarme con cualquier propina barata. Por esta diosa dorada, no. ¿Alguien ofrece ciento diez?

—¡Ciento diez!

—¡Ciento cincuenta!

—¡Ciento ochenta!

—¡Doscientas!

—Doscientas... —susurró la Madre. Pasó una mano por el escote de Bethany, que se agitó de un modo sensual, recostada contra uno de los matones—. La puja sube muy lentamente, caballeros. Demasiado para mi gusto. ¿Seguro que no desearíais poder hacer algo así? —Tiró del lazo que cerraba el corpiño. Se abrió ligeramente y lo aflojó un poco más, de tal modo que pudo liberar uno de sus pechos y acariciarlo. La muchacha jadeó, excitada—. O así... —Lamió el pezón, con una lengua larga y obscena, y sonrió cuando se endureció bajo su contacto—. Así, pequeña, así, eso es...

—¡Trescientas libras! —gritó el viejo Blasstain. La Madre soltó un poco más el corpiño, hasta liberar los dos senos. Incluso James se sintió excitado por la imagen de aquella hermosa muchacha, atrapada en sus ensueños eróticos como una Bella Durmiente de Whitechapel.

—Si la cosa sigue así, terminará por desnudarla por completo en el escenario, solo por ir subiendo la puja —gruñó. A su lado, Arthur asintió ligeramente.

—No sería la primera vez. Eso, y mucho más.

Justo en ese momento, como confirmando sus palabras, la mano de la Madre abandonó los pechos de lady Bethany y empezó a bajar, siguiendo una línea recta que atravesó su estómago y su vientre, hasta detenerse en su pubis. Mientras empezaba a acariciarla, con la del abanico empezó a recoger el borde de la enagua.

—¡Trescientas cincuenta! —gritó uno.

—¡Trescientas setenta y cinco! —añadió otro.

—Ofrezco mil libras. —Todos se volvieron hacia James, que se había puesto en pie para hablar, las pupilas clavadas con furia en la Madre. Se hizo un silencio que rompió él mismo—. Y como nadie en la sala va a mejorar semejante puja estúpida, te sugiero que des por terminado el espectáculo.

Sorprendida, la mujer se apartó de Bethany, dio un par de pasos hacia el borde del escenario y le miró directamente.

—No le conozco, milord. Usted no es uno de nuestros clientes habituales. ¿Cuál es su nombre?

—¿Acaso importa? ¿No éramos todos caballeros sin nombre en la oscuridad de Whitechapel?

Ella entrecerró los ojos.

—Por supuesto. Pero me temo que también dije que era nuestra casa. Nosotros ponemos las normas y...

—Yo me ocupo —dijo de pronto una voz. El hombre del fondo del escenario se puso en pie, fue hacia la izquierda, salió de detrás de la tela blanca y caminó hacia ellos. A medida que avanzaba, las sombras parecieron retroceder sobre su piel, como amedrentadas, hasta dejar a la vista su rostro cuadrado de facciones duras. Estudió fijamente a James—. ¿Mantiene la oferta, caballero sin nombre?

—Thynne, no... —le susurró la Madre—. Está claro que la conoce y le importa.

Él la apartó con un gesto.

—Sí —dijo James—. La mantengo.

—Muy bien. Mil libras a la una. Mil libras a las dos. —Miró alrededor, dando tiempo. Nadie habló—. Mil libras a las tres. Vendida al caballero desconocido. —Volvió a fijarse en James—. La muchacha es suya. —Señaló algo a un lado. Él miró hacia allí y vio que uno de los matones se le había colocado a poco más de un paso. El ambiente se llenó de tensión—. Mi empleado le acompañará a mi oficina. Allí terminaremos esta conversación.

—Maldición... —murmuró Arthur. Se puso también en pie—. El caballero sin nombre ni cerebro ha venido conmigo. Prometió estar callado hasta que pudiera presentárselo, señor Thynne, porque quiere entrar a formar parte de su círculo exclusivo de clientes, pero qué le vamos a hacer, ha visto a la muchacha y se ha entusiasmado. —Se encogió de hombros, tratando de simular tranquilidad—. ¡Es un caprichoso!

Las frías pupilas de Thynne se dirigieron hacia él.

—¿Entonces, responde por su amigo, lord Badfields?

—Bueno, sabe hablar solo, desde pequeñito y contesta por sí mismo a las preguntas que le hacen. —Hizo una mueca al ver que el otro fruncía el ceño, nada divertido con su sentido del humor—. Pero, sí... responderé por él. Hasta sangraré por él, de ser necesario.

Thynne asintió lentamente.

—Entonces, venga también a mi despacho.

Arthur suspiró.

—No. Me parece que no.

El matón dio un paso en su dirección, pero se detuvo cuando James empuñó su bastón en una muda advertencia. Sin perderle de vista, habló para Thynne.

—Podemos pagar aquí mismo y llevarnos a la chica. O podemos llevarnos a la chica, sin más. Usted elige.

Thynne se echó a reír.

—La chica no se va. Solo va a pagar por desvirgarla.

—¿Eso piensa? —James le miró con el ceño fruncido, tratando de impresionarle—. No sé si a estas alturas sabe quién soy, pero le aseguro que le conviene no cruzarse en mi camino.

—Qué curioso, lord Gysforth —replicó el otro, dejando claro que sí, sabía bien quién era. Por la razón que fuese, no le impresionaba lo suficiente. Eso le preocupó, aunque trató de disimularlo—. Estaba a punto de decir lo mismo.

—Pues supongo que tenemos un problema. —De pronto, se oyeron pitidos fuera, y gritos de «¡Abrid a la Guardia, la Guardia!». ¡Bendito George, por fin aparecía! Justo a tiempo. Todos los invitados a la subasta se pusieron en pie, asustados—. Y el suyo parece bastante más grave. Le aconsejo que aproveche los pocos minutos que le quedan.

—¿Por dónde salimos? —exclamó el viejo Blasstain—. ¡Soy un marqués! ¡No pueden encontrarme aquí!

La Madre se frotó las manos, nerviosa.

—Thynne... Thynne, tenemos que irnos. Vamos.

—No pasará nada, lo sabes —replicó él, testarudo, aunque se le vio algo menos seguro de sí mismo.

—No, no lo sé, ni tú tampoco. Recuerda que dijo que no quería más problemas. Esto no va a gustarle nada, y menos si nos detienen.

Que dijo, ¿quién? ¿A quién no iba a gustarle? ¿Estarían hablando de ese rey que había mencionado Arthur? Seguramente. Le miró de reojo y que estaba observando atentamente a aquellos dos, como si quisiera memorizar cada gesto y cada sílaba.

El hombre maldijo y cedió por fin.

—Ocúpate de sacar a los invitados.

La Madre asintió, con cara de alivio, y bajó del escenario por un lateral.

—¡Por aquí! ¡Rápido! —dijo, señalando una dirección; seguramente aquel sitio tenía varias salidas, y pensadas para situaciones como esa. Todos los clientes la siguieron al momento, esperando escapar impunes de aquello. James no hizo nada por impedirlo, no era el momento, pero tenía sus nombres y se ocuparía de que pagasen por ello. Sobre todo lord Kennerath.

De momento, tenía asuntos más importantes que atender. Por ejemplo, el dueño del local le estaba mirando con ganas de pulverizarle con sus propias manos. James iba a decirle que podía contar con una larga estancia en prisión cuando, con una patada, empujó el candelabro que tenía a su derecha, directamente hacia los cortinones del telón, que empezaron a arder de inmediato.

Algunas velas se soltaron y rodaron por todas partes, iniciando pequeños conatos de incendio.

—¡Traed a la chica! —gritó Thynne a sus matones, mientras retrocedía de nuevo hacia el fondo—. ¡Vamos!

Los dos hombres intentaron obedecer. Arrastraron con ellos a Bethany mientras trataban de cubrir la retirada de su jefe, pero James saltó al escenario y llegó a tiempo de zancadillear a uno con el bastón y sujetar a Bethany. Dio un fuerte tirón y se la arrancó de las manos al otro. Ella giró con el impulso y hubiese caído de bruces al suelo, pero James la sujetó por la cintura como pudo.

Los dos matones se miraron. La idea de tener que enfrentarse al duque de Gysforth para conseguir a la chica no parecía terminar de gustarles. Además, el incendio estaba cobrando fuerza, el humo empezaba a envolverlos y hacía cada vez más difícil respirar. Por si eso fuera poco, más allá, la puerta se estremecía con las embestidas de los guardias, y no tardaría en ceder.

«Menos mal», pensó James, cuando vio que optaban por huir.

—¡Ayúdame! —le pidió a Arthur. Este se había quedado mirando en dirección a donde había desaparecido Thynne, con claras intenciones de correr tras él, pero al oírle, reaccionó—. Vamos.

Entre los dos, apartaron a Bethany del fuego. James le quitó la máscara y comprobó su pulso. No parecía haber recibido daño alguno, solo la habían drogado y seguía adormecida. Tenían que sacarla de allí cuanto antes. La cogió en brazos sin mayor esfuerzo y corrió hacia la puerta. Estaba llegando a ella cuando la cerradura cedió y se abrió de golpe, dejando entrar a varios miembros de la Guardia, que le miraron con mala cara hasta que aparecieron otros dos hombres.

Uno de ellos, un anciano bajito, con una mata abundante de cabello blanco y una expresión plácida, le resultó totalmente desconocido. El otro, por el contrario, era sir John Middleton, el sheriff de la Guardia en la zona de Westminster. George debía haber ido a buscarle para conseguir apoyo y que todo se movilizase cuanto antes. Una buena idea.

—¡Lord Gysforth! —exclamó sir John al verle, con alivio, aunque al momento frunció el ceño enfadado—. ¡Entre todos los estúpidos locos irresponsables que conozco, milord, se ha hecho usted con el primer puesto!

James se echó a reír.

—Gracias, sir John, de verdad que se lo agradezco.

—No estoy para risas, milord. ¡Menudo susto nos ha dado! Pero, hombre de Dios, ¿cómo demonios se le ocurre venir aquí solo?

—Era una urgencia. Además, he contado con la ayuda de... —Se volvió, para incluirle también con un gesto, pero Arthur no estaba a su lado. No le vio por ningún sitio. ¿Dónde se había metido?—. Supongo que no importa...

—¿Y la muchacha?

—Está bien, está bien. —James la estrechó más contra su pecho, sobre todo para ocultar el corsé abierto—. Yo me ocuparé de ella.

—Está bien, pero si, como dice el señor Speechley, se trata de la prima del conde de Saxonshare, quizá quiera denunciar todo esto ante el rey y que se investigue a fondo el asunto.



¿Puede ocuparse de que se mantenga en contacto con nosotros? —Señaló a su acompañante, el anciano bajito—. Ah, perdone, le presento a sir Bernard Thousand, el sheriff de esta zona.

—Un placer, lord Gysforth —dijo el hombre—. Es usted todo un valiente. Yo no me atrevería a meterme por estos lugares a solas.

—Sir Bernard... —saludó, con un gesto de cabeza—. Discúlpenme, caballeros, pero debo llevarme a lady Bethany de aquí, cuanto antes.

—Sí, por supuesto —aceptó sir John—. Cojan mi coche, el señor Speechley le dirá dónde está. —Le detuvo un segundo, por el procedimiento de ponerle una mano en el brazo. La mirada que le lanzó distaba mucho de la risueña, tan habitual en él—. Ya hablaremos, lord Gysforth.

James salió. Fuera, hacía frío y había empezado otra vez a llover. Entre el grupo de gente que esperaba tras una línea de miembros de la Guardia, divisó a George. El joven también le vio y se acercó al momento.

—¡Lord Gysforth! ¡Está usted bien, gracias a Dios!

—Sí, perfectamente. Dame tu abrigo, George, por favor. Ayúdame a cubrir a lady Bethany.

—Oh, sí, claro. —George se quitó la prenda y la extendió sobre la muchacha. Bethany rebulló en sueños, pero volvió a quedarse inmóvil, la mejilla apoyada con serenidad en su pecho—. Estaba muy asustado, lord Gysforth, por favor no vuelva a hacer algo así.

—No te preocupes, yo...

—¿Pero cómo no iba a preocuparme? —le interrumpió. James le miró sorprendido. George nunca se había atrevido a hablarle así, al borde del enfado. Sí que debía haberlo pasado mal—. ¡Venir aquí solo! Creí que no llegábamos a tiempo y me imaginaba ya lo peor. Me costó mucho localizar a sir John, pero pensé que era lo mejor, de otro modo a saber, hubiese tenido que venir con un par de guardias como mucho, y quizá no hubiese sido suficiente.

—Lo hiciste muy bien —le tranquilizó—. Y lamento de verdad haberme comportado así, de un modo tan temerario, pero no podía esperar, George. Lady Bethany estaba en peligro.

George miró a la muchacha.

—Sí, lo sé. Lo entiendo. Disculpe, son los nervios, lo mal que lo he pasado.

—No ocurre nada. Bien está lo que bien termina. Ahora debemos irnos. —Miró alrededor—. ¿Dónde está el coche de sir John? Me ha dicho que lo cojamos.

—Ahí. —Señaló en dirección a una calle transversal, donde se veía la forma oscura de dos o tres vehículos—. Vamos, iré con ustedes.

## Capítulo 14

Subieron al coche. James acomodó a Bethany sobre su regazo y le dio al conductor la dirección de su casa. No le pasó desapercibida la mirada que le lanzó George, que quizá había creído que pensaba llevar a Bethany a la mansión de Saxonshare.

«Ni loco», se dijo, y no solo porque estaba seguro de que aquel idiota había tenido mucho que ver en lo que había ocurrido. Tras el susto vivido, prefería tener a la muchacha cerca.

Aprovechó el trayecto para cerrarle en condiciones el corsé, y George tuvo la cortesía de mirar por la ventana. James trató de ignorar la suavidad de la piel de sus pechos, pero le resultó difícil, sobre todo porque volvió a su mente la imagen de la Madre jugando con ella en el escenario y el modo en que Bethany había empezado a suspirar.

Que la tuviera sentada encima no ayudó, aunque al menos estaba todavía bajo los efectos de las drogas y no fue consciente de la dolorosa erección que empezó a provocarle.

—¿No sería mejor idea llevarla a la mansión de lady Morton? —dijo de pronto George. James le miró sorprendido por segunda vez en la noche—. Puedo entender que no quiera llevarla con lord Saxonshare, puesto que hay sospechas de que puede haber dado pie a todo esto. Pero, milord, no es apropiado que lleve a lady Bethany a Gysforth House. Es usted un hombre soltero que vive solo, y alguien poco dado a las excentricidades.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que la gente supondrá que, si comete esta, será porque tiene un interés muy especial en la dama. De ahí a imaginar un romance, hay solo un paso, Su Excelencia, y le recuerdo que está usted en negociaciones para contraer matrimonio. Si esto se sabe, será un escándalo.

—Tonterías. Es mi pupila.

—Sí, bueno, pero usted no conocía de nada a lord Saxonshare, no se sentía obligado a asumir la carga de esa tutela por parentesco o por una amistad, por ejemplo. Le recuerdo que el asunto ha surgido a través de una partida de cartas, algo que no tardará en saber todo Londres, porque no estaban solos en Brooks's. —Sí, eso era cierto—. En todo caso, esa parte de la excentricidad podría llegar a entenderse como una cuestión de honor, que hubiese querido salvar a la joven, pero solo si lady Bethany pasara ahora a residir con lady Morton, por ejemplo.

—No. Se quedará conmigo.

—A lady Morton no le va a gustar nada.

—Eso tendré que solucionarlo con ella.

George hizo un gesto que venía a decir «pues eso» y guardó silencio.

No hablaron más durante el camino, aunque James no dejó de darle vueltas a lo dicho. George tenía razón, pero no quería llevar a Bethany a casa de su tía Hetty, donde no podría verla más que en el salón a la hora del té y con dos ancianas delante, vigilando como buitres. Tras lo vivido, no podía evitar la urgencia de sentirla lo más cerca posible, de tenerla para él.

¡Ojalá le hubiese sido posible llevarla a algún sitio, uno suyo, de ellos, lejos de todos! La casita de Sleeping Oak, por ejemplo, o la que poseía en Center Street, en Londres, que era una de sus preferidas, por su jardín y la preciosa habitación del ático. Allí había vivido Mary Lambert, una actriz a la que conoció durante una función en el Covent Garden, su última amante establecida. Una muchacha encantadora, que ahora había vuelto a los escenarios.

James había tenido varias amantes a lo largo del tiempo pero, en ese momento, hacía ya mucho desde Mary, más de un año. Su vida era demasiado complicada, y bastante que encontraba el tiempo suficiente como para poder divertirse de vez en cuando con sus amigos. Además, no había sentido la necesidad de volver a comprometerse tanto con ninguna mujer.

Había llegado el momento de cambiar aquello, se dijo, mirando el rostro en sombras de Bethany, recostado en su hombro. Su primo estaba arruinado y ella no tenía bienes propios. Esa podía ser una solución. Si ella aceptaba, podía establecerla en la casita de Center Street o en cualquiera de las muchas casas que poseía por la ciudad, en la que Bethany eligiese. Lo tendría todo: el mejor vestuario, el mejor coche con los mejores caballos que se pudieran comprar, viajes, caprichos...

Sería envidiada por las damas más elegantes de Londres, y él podría visitarla cada tarde y quedarse a su lado cada noche.

La idea le pareció tan insoportablemente deseable que tuvo miedo de que no pudiera convertirse en realidad. Pero no, claro. ¿Qué mejor destino podía esperar lady Bethany Howland, sin medios ni familia en la vida, que el de ser la amante del duque de Gysforth?

¡Pero qué estaba pensando! James se avergonzó al momento de semejante idea, y no solo por el hecho de que Bethany era su pupila y estaba bajo su protección. También era detestable que estuviese dispuesto a aprovecharse de semejante modo de la necesidad de aquella muchacha para obtener de ella algo que solo hubiese querido entregar a su esposo.

Sabía perfectamente cuál era su deber. Pero eso no quitó el hecho de que deseaba con todas sus fuerzas tenerla así, allí, o como estaba en su imaginación en ese mismo momento: sentada junto al fuego, recibéndole con una sonrisa en el dormitorio del ático de Center Street, elegante y a la vez muy íntimo, muy suyo. Bethany se levantaba, giraba sobre sí misma en una marea de enaguas de seda y encaje y se dirigía a las cortinas que ocultaban la cama. Le tendía la mano...

Mientras James soñaba con todas esas cosas, el coche siguió avanzando a buen ritmo. Abandonó Whitechapel por Adlgate, atravesó sin problemas las calles del Londres luminoso, que estaban prácticamente desiertas a esa hora, y se paró frente a Gysforth House.

En cuanto se detuvieron los caballos, James bajó con la chica y George volvió a ayudarlo a acomodar el abrigo antes de dirigirse hacia las escaleras de entrada. También debía haber alertado allí a todo el mundo, porque el mayordomo, el señor Simpson, estaba en la puerta. Junto a él estaba el ama de llaves, la señora Brown; la cocinera, la señora Collins; Scrubbs, su ayuda de cámara; y el cochero, Bullock. También estaban presentes dos de los criados y varias doncellas, aunque estos últimos se mantenían a una distancia.

Había una diferencia entre Simpson, Brown, Collins, Bullock y Scrubbs, y el resto: ellos cinco llevaban al servicio de los duques de Gysforth desde antes del nacimiento del propio James, o casi. Le habían visto crecer, habían compartido toda su vida y para él formaban parte de una especie de segunda familia.

Todos le miraron con expresiones entre la alarma, el alivio y la inquietud.

—¿Se encuentra bien, milord? —le preguntó el mayordomo.

—Sí, perfectamente. Gracias a todos por su preocupación. Por favor, señor Simpson, envíe a buscar al doctor Dalton. Señora Brown, traemos una joven a la que habrá que atender. Ocúpese de todo, por favor.

—Por supuesto, milord —dijo la mujer, al momento—. ¿Quiere que le ayuden a llevarla?

—No, no será necesario. Apenas pesa.

Subió rápidamente las escaleras hasta llegar al primer piso y, tras dudar una milésima de segundo, tomó el pasillo de la derecha, donde solo había dos puertas, al final, a ambos lados.

La señora Brown le siguió sorprendida.

—Pero, milord, ¿adónde va? Las habitaciones de invitados están a la izquierda.

—Ya lo sé, señora Brown. Lo que pasa es que lady Bethany se alojará en la de la duquesa.

La mujer abrió desmesuradamente los ojos.

—Pero, milord... ¿qué dice? ¡Algo así no es nada apropiado!

—No me importa. —Y no le importaba. No había ninguna razón que justificara aquel deseo, pero se sintió impulsado a decir algo, ya que seguía mirándole con la misma expresión que si le hubiese salido una segunda cabeza—. No ponga esa cara. Lady Bethany es mi pupila.

—¿Su pupila, Excelencia?

—Exacto. Está bajo mi tutela legal. —No estaba seguro de si se habían cumplimentado ya todos los formalismos pero, para el caso, podía darlo por hecho—. Acepté la petición de su primo, el conde de Saxonshare, que ahora mismo tiene problemas y no puede hacerse cargo de ella —añadió, adornando un poco la verdad. O mintiendo descaradamente, que era otra forma de decirlo—. Como sin duda sabrá, lady Bethany hoy ha sufrido un ataque muy grave y quiero que esté cerca para asegurarme de que se encuentra bien.

Esperó junto a la puerta a que alguien le abriese. Uno de los criados más jóvenes avanzó hasta tocar la manilla, pero dudó y tuvo el valor de consultar con la mirada a la señora Brown, quien finalmente asintió nerviosa. Mejor para ellos, porque de otro modo hubiera tenido que recordarles quién mandaba en esa casa.

Entró como una tromba. La habitación no estaba en uso, él todavía no se había casado y desde la muerte de Evelyn no había habido ninguna duquesa de Gysforth, pero el servicio la mantenía impecable. Todo estaba en su sitio, y la cama preparada con sábanas frescas.

—Haga que enciendan la chimenea, por favor—ordenó a la señora Brown, mientras depositaba a Bethany con cuidado sobre el colchón—. Que vengan un par de doncellas y le preparen un baño. Ah, y ordene que traigan algo caliente, leche o caldo. ¡El caldo de la señora Collins! —exclamó, al pensar en ello. La cocinera de Gysforth House siempre había curado a los niños Keeling con aquella pócima deliciosa—. Averigüe si tiene ya preparado, de no ser así, que haga un poco, si no es mucha molestia a estas horas.

—Estoy segura de que la señora Collins se ocupará de ello inmediatamente, milord. —La señora Brown se removió, incómoda—. Es usted el que ya no tiene nada más que hacer aquí. Le sugiero que se vaya a su propio dormitorio y se dé también un baño. Le pediré al señor Scrubbs que suba.

—Prefiero quedarme y...

—No, milord. —La voz de la mujer sonó rotunda. Privilegios de haber estado con él cuando era un niño—. Esta noche ya hemos traspasado muchos límites. Sabe tan bien como yo que no es apropiado que esté aquí ahora, ni mucho menos que esté mientras la atienden. Váyase. Nosotras nos ocuparemos de lady Bethany.

Tenía razón, no podía negarlo. Asintió.

—Está bien. Pero avíseme en cuanto llegue el médico. Por favor.

La señora Brown sonrió.

—Sí, milord, por supuesto. Le doy mi palabra.

James fue a su dormitorio, saliendo al pasillo. Podía haber utilizado la puerta interior, la que unía las habitaciones de los duques, pero de algún modo intuyó que al ama de llaves no le hubiese gustado absolutamente nada semejante recordatorio.

Tampoco su ayuda de cámara, Scrubbs, parecía muy contento con él. Apenas habló con monosílabos y mantuvo la vista lejos mientras le preparaba un baño. James suspiró, resignado. Era lo que ocurría cuando te habías criado con el mismo servicio, Scrubbs había sido ayuda de cámara de su padre, igual que la señora Brown llevaba allí toda la vida. ¡Si le daban caramelos a escondidas cuando todavía tenía los dientes de leche! Como para quejarse porque le recriminaban el haberse comportado de un modo imprudente.

Estaba metido en la tina cuando le avisaron de la llegada del médico. Pensó en ir de inmediato, vestido únicamente con el batín, pero ya había escandalizado lo suficiente por un día a todo el mundo, solo le faltaba eso. Volvió a vestirse y, bien preparado, regresó al dormitorio de la duquesa.

Bethany todavía no había despertado, pero no había heridas ni golpes de ninguna clase, por lo que el médico estuvo de acuerdo en que todo se debía al opio; le aseguró que estaba bien y, con toda probabilidad, recobraría el sentido en pocas horas. Lo mejor que podían hacer era dejar que

las cosas siguieran su cauce natural. Para asegurarse de que todo iba bien, él se quedaría a su lado toda la noche.

Más tranquilo, James regresó a su dormitorio, se puso el pijama y se tumbó en la cama. No tardó en quedarse dormido.

## Capítulo 15

Para Bethany, despertar del sueño algodónoso del opio fue como ascender vertiginosamente desde una negrura completa hacia la realidad, un viaje sin vuelta atrás; una vez vislumbrada la luz de la superficie, ya no le fue posible regresar a las profundidades, ni mantener los ojos cerrados.

Los abrió, casi contra su voluntad, y miró sorprendida alrededor, al no reconocer el lugar en el que se encontraba, un dormitorio muy lujoso, decorado en suaves tonos arena con muebles de roble oscuro y muchos detalles dorados.

¿Seguía soñando? No, ya no, seguro que no. Pero, entonces, ¿dónde estaba?

Las hermosas cortinas dobles de las ventanas, combinadas en liso y en estampado con los mismos colores del resto de la habitación, estaban echadas pero, por la luz que se filtraba por las ranuras, dedujo que era bastante tarde, quizá las nueve. ¡Qué barbaridad! Ella nunca dormía hasta semejantes horas.

¿Qué había pasado? Intentó incorporarse pero notó un fuerte dolor de cabeza. Además, tenía una sed brutal, nunca había sentido algo así. ¿Estaría enferma? Quizá se hallaba en un hospital...

Entonces, de pronto, en una avalancha de imágenes, recordó todo lo ocurrido. La muerte de Freddy, su fuga, el secuestro, el burdel. Thynne, la Madre y la vieja Black Penny. Aquellos hombres horribles, obligándola a aspirar el humo del opio de una pipa cuyo olor la mareaba... ¿Seguiría en aquel sitio? No, seguro que no, decidió al momento, pasando la vista por las cortinas, las lámparas de mil cristales, los adornos, las alfombras... Esa habitación era demasiado elegante, más parecía propia de un palacio que de cualquier otro sitio.

¿La habrían subastado? Sí, eso debía ser.

Un nuevo recuerdo golpeó su mente. ¿Gysforth? ¿Había ido al burdel y la había comprado? Cuando estaba drogada, apenas podía mantenerse consciente, pero tenía momentos en los que sentía que casi lograba atisbar el mundo real. Lo captaba como en destellos sueltos: el rojo de los labios de la Madre, la sucesión de números que sabía que eran pujas, y la imagen de Gysforth, poniéndose bruscamente en pie en una gran sala en penumbra, gritando que ofrecía mil libras.

Mil libras. ¿En serio la había comprado por mil libras? Dudó. Quizá no. Quizá todo había sido una alucinación provocada por aquella droga...

Bethany se incorporó poco a poco. Comprobó que llevaba puesto un camisón de un azul muy pálido, una prenda fina, de tacto maravilloso, con cuello bordado y mangas abullonadas. ¿De

quién sería? A saber... Salió por un lado de la cama y se puso en pie, pero todavía estaba aturdida; se tambaleó y tuvo que apoyarse en una de las mesillas. Sin querer, hizo caer una figurita de porcelana, que se rompió en pedazos al estrellarse contra el suelo.

Casi al momento, se abrió una de las grandes puertas dobles y entró una doncella, que la miró sorprendida.

—¡Lady Bethany, por favor! ¿Qué hace? ¡Vuelva a la cama!

—He roto... —intentó explicarse—. Disculpas, he roto...

La muchacha vio los trozos de porcelana, sonrió y se encogió de hombros, quitándole importancia.

—No se preocupe, yo lo recogeré. Lo que importa es que no se corte. —La muchacha era demasiado decidida, y ella todavía se sentía demasiado débil. Tuvo que dejar que volviera a acostarla—. Me llamo Tully. Bueno, Theresa, pero todos me llaman Tully, y voy a ser su doncella personal. Si necesita cualquier cosa, solo tiene que tirar del cordón. —Señaló un llamador, junto a la cabecera—. Ahora, descanse. Yo voy a traerle algo para comer, aunque sea un caldito. Seguro que tiene hambre.

—Sí... —Sí que tenía hambre. Y sed, sobre todo sed. La idea de aquel caldo le resultó insoportablemente deliciosa. Miró alrededor—. ¿Dónde... dónde estoy?

—En Gysforth House, milady.

—¿La mansión del duque de Gysforth?

—Así es. —Así que había estado en lo cierto. No era ninguna alucinación del opio ni un sueño absurdo, Gysforth había ido a rescatarla y la había comprado para sacarla de allí. Se sintió infinitamente agradecida—. Voy a avisar a Su Excelencia de que se ha despertado, aunque creo que ni él ni el doctor Dalton van a permitir que se levante hasta la tarde, como poco.

—Pero yo...

—Suponiendo que quizá deseara discutir, lord Gysforth me ha pedido que le recuerde que ahora está usted bajo su autoridad y que no le gusta nada que le desobedezcan. —La señaló con un dedo, como si estuviera advirtiendo a una niña traviesa—. No se mueva de ahí.

Bethany no replicó, se sentía demasiado confusa. ¿Qué significaba eso de que estaba bajo su autoridad? ¿De dónde sacaba Gysforth aquella idea peregrina? ¿Acaso pensaba extender la argucia de la compra en el burdel más allá de lo debido? ¿Y por qué la había llevado a su casa, a la mansión familiar? ¿Con qué intenciones?

«No seas tonta, es evidente».

Y, entonces, ¿qué? ¿Acaso pensaba que formaba parte de sus pertenencias? Legalmente no podría reclamarla como... como algo comprado, el comercio de esclavos ya no estaba permitido, pero al fin y al cabo había dado una gran suma, por salvarla. Eso sí podría entenderse como una deuda. ¿Tendría de verdad intenciones de cobrarla? ¿Iba a intentar ejercer algún derecho de amo?

Bethany se ruborizó. Debería sentirse enfadada, pero no lo estaba. De hecho, solo pensar en



todo aquello, solo imaginar a Gysforth entrando en ese dormitorio para exigirle... algo que no era capaz de concretar, hacía que se le acelerase la sangre y notaba la piel más sensible, tensa de puro deseo. Claramente, estaba enferma, aunque también podía ser algún efecto del opio.

Y Freddy, Freddy... ¿Qué iba a hacer con ese asunto? Todo lo demás, incluso su propia libertad, eran naderías en comparación con aquello. Le había matado. Pasado el shock de los primeros momentos, la idea la sobrecogía, pero ya no la paralizaba, podía pensar con algo más de claridad. ¿Podría confiar en Gysforth hasta el punto de confesárselo? ¿O la entregaría a las autoridades?

Minutos después, volvió a entrar la misma muchacha, seguida de otras dos doncellas. La primera llevaba una bandeja con un cuenco tapado, servilleta y cuchara de plata. Sus compañeras iban cargadas con un vestido. Cuando lo extendieron en uno de los butacones, Bethany pudo ver que era de muselina blanca con el corpiño bordado con delicadas flores azules, y con toda la ropa interior necesaria, además de unos zapatos a juego. Una auténtica preciosidad.

—¿Qué es eso? —dijo, sentándose con la espalda en la cabecera de la cama. Tully le colocó la bandeja en su regazo, con una sonrisa.

—Es para usted. Una maravilla, ¿verdad? —dijo—. Creemos que le sentará como un guante. Milord dice que es para que se lo ponga luego, a la hora del té, si es que se siente con fuerzas de bajar a tomarlo con él. Pero, por supuesto, que si algo no le gusta, podemos traerle otra cosa.

—¿A la hora del té?

—Sí. —La doncella levantó la tapa del cuenco de porcelana y el olor a delicioso caldo de pollo le provocó un espasmo de ansiedad. Tully se dio cuenta y sonrió—. Le advierto que el caldo de pollo de la señora Collins, la cocinera, es famoso en todos los alrededores. Hay quien dice que tiene la virtud de resucitar a los muertos. ¡Y con mejor salud que cuando estaban vivos!

Bethany no pudo evitar sonreír.

—Por cómo huele, no lo dudo.

—Ahora tomará esto y descansará otro rato. Luego, le prepararemos un baño y la arreglaremos como corresponde. Y entonces, bajará a tomar el té, claro que sí. Lord Gysforth la estará esperando.

Todo organizado, todo decidido. De no estar tan cansada, hambrienta y sedienta, quizá se hubiese hecho lo posible por retomar el control de los acontecimientos. Quizá. Bethany cogió la cuchara y se tomó el caldo, casi demasiado rápido. ¡Estaba tan bueno! Tenía la sensación de no haber probado algo tan delicioso nunca. Pensó que podría seguir tomando litros y litros, por siempre, pero cuando acabó el cuenco se sentía completamente llena.

Empezó a vencerla otra vez el sueño. Bostezó. Debería levantarse e irse, lo sabía bien, porque su presencia en la casa era de todo menos apropiada, pero no se sentía con fuerzas. Además, ¿adónde ir? Estaba el problema de Freddy, recordó aturdida. ¿Cómo podía olvidarlo, ni siquiera por un segundo? Su cadáver debía estar pudriéndose en su dormitorio. Aunque no, a esas alturas, el señor Briggs y Claire debían haber llamado a las autoridades y estarían investigando el asunto.

Buscándola.

Pero no podía, no podía pensar en todo eso ahora. ¡Estaba tan cansada y tan cómoda allí! Tully retiró la bandeja, se la pasó a una de sus compañeras y la ayudó a acostarse.

—Descanse. Vendré a despertarla sobre la una y... —Hubo un momento oscuro de infinita paz—. Lady Bethany, lady Bethany...

Bethany rebulló entre las sábanas, un nido cálido en el que se sentía protegida y feliz.

—¿Sí?

—¿Quiere seguir durmiendo? —susurró Tully—. Si lo desea, puedo retirarme y dejarla descansar hasta la cena, o el resto del día.

¿El resto del día? Bethany se despejó en un segundo. Las cortinas estaban ahora ligeramente abiertas, la luz le indicó que debía ser ya por la tarde. Tras el caldo, había caído en un sueño profundo y ni se había dado cuenta del paso del tiempo. Le había venido bien el descanso.

—No, yo... —Se sentía estupendamente, llena de energía. De hecho, de pronto necesitaba salir de la cama y moverse, hacer cosas—. Quiero levantarme.

Tully sonrió.

—Perfecto, milady. Su Excelencia estará feliz de saberlo. —Gysforth, claro. Tenía que enfrentarse a él y ver qué iba a ser de su futuro—. Su baño estará listo en cinco minutos. —Señaló una bandejita, en la mesilla, con una taza de buen tamaño y una servilleta minúscula—. Aunque lord Gysforth la espera abajo para tomar el té, me he permitido traerle otra taza de caldo.

—¡Oh, muchas gracias, Tully! Y, por favor, dile a la señora Collins que los rumores son ciertos: su caldo es milagroso.

La muchacha se echó a reír.

—Lo haré, milady. Se pondrá muy contenta.

Bethany se tomó el caldo a sorbos mientras veía cómo las doncellas preparaban la tina frente a la chimenea. ¡Jamás había visto echar tal cantidad de sales y aceites, y con tanta liberalidad! Cuando, minutos después, la ayudaron a sumergirse en el agua, la sintió densa y aromática, una auténtica delicia.

Durante horas, las tres muchachas se dedicaron a convertir la figura pálida y convaleciente que le mostró el espejo al principio, en una joven decididamente hermosa, con el cabello rubio, brillante y limpio, recogido en un moño trenzado que le sentaba especialmente bien. El vestido era, sencillamente, soberbio, y parecía haber sido confeccionado para ella, tan bien le sentaba. Cuando vio su reflejo al final, se contempló con asombro. Nunca se había visto tan bella.

—Está preciosa, milady —le dijo Tully, sonriéndola desde el reflejo—. El señor Simpson, el mayordomo, la espera fuera para llevarla con lord Gysforth. —Le puso sobre los hombros un chal fino, a juego con el vestido—. Ya verá cuando la vea. ¡Va a dejarle deslumbrado!

—Gracias, Tully. —Al dirigirse a la salida, señaló hacia la otra puerta que tenía el dormitorio—. ¿A dónde da esa puerta?

La doncella pareció ligeramente turbada.

—Al dormitorio de lord Gysforth, milady. Estos son los aposentos de la duquesa.

—¿Los de la duquesa? —repitió, atónita—. ¿En serio?

—Así es, milady.

Bethany sintió el impulso de preguntarle qué sabía de todo aquello, qué podía esperar Gysforth de ella y de su situación, pero no se atrevió. Se limitó a asentir, salió a la puerta y se enfrentó al señor Simpson, que resultó ser un hombre de cierta edad, el pelo completamente gris, alto y delgado, con un rostro de expresión tan rígida como el resto de su cuerpo.

Por el modo en que la miró, tuvo la impresión de que no le caía en gracia. Quizá no le gustaba que estuviera en la casa, y en aquel dormitorio en concreto, algo bastante lógico, por otra parte. Si no recordaba mal, aunque tenía varias hermanas, Gysforth vivía solo. Con un buen número de sirvientes, pero solo, a efectos sociales. Que ella estuviera allí no era ni siquiera excéntrico, era mucho más. Llegaba al nivel de escandaloso.

—Señor Simpson —dijo, como saludo. El mayordomo hizo un gesto con la cabeza.

—Lady Bethany, me alegra comprobar que se siente mucho mejor.

—Así es, gracias. Lo debo a sus cuidados.

—Era nuestra obligación —replicó él, marcando las distancias a cualquier simpatía—. Por favor, acompáñeme.

El mayordomo la guió por un pasillo muy amplio y luego por unas escaleras de mármol más anchas aún que bajaban desde dos puntos hasta unirse en una central. Desde el gigantesco vestíbulo ovalado, tomaron una salida que llevaba a otro pasillo lleno de puertas.

Bethany arqueó una ceja. Esperaba no perder de vista a Simpson, porque se creía muy capaz de vagar eternamente en semejante lugar, buscando alguna salida.

Por suerte, ya estaban cerca. Simpson abrió una de las puertas, la anunció con toda solemnidad y le cedió el paso. Ella cruzó el umbral y vio que daba a un salón pequeño decorado en tonos azules, más sencillo que el resto de las estancias que habían cruzado, por lo general demasiado impresionantes como para poder considerarlas un hogar de verdad. Aquel sitio, sí.

Había dos criados de pie a ambos lados de un mueble alargado, un trinchante cubierto de toda clase de delicias, suficientes como para alimentar un pequeño ejército: pastas de té de diversos tipos, emparedados diminutos, varias tartas, pastelitos de todas clases, galletas de mantequilla y de mermelada...

Gysforth estaba sentado a una mesa redonda, leyendo el periódico. Al verla llegar, se lo entregó a un criado, se levantó y le dedicó una sonrisa y una inclinación de cabeza.

—Lady Bethany.

—Lord Gysforth —dijo ella, del mismo modo.

—Me alegra muchísimo verla tan recuperada. Si me permite decirlo, está usted bellísima.

—Gracias.

—Por favor, tome asiento.

Ella obedeció, más que nada porque no le respondían las rodillas. ¡Qué guapo era, el maldito!

Se sentía como arrastrada por el destino: por mucho que intentase resistirse a esa fascinación, desde el momento en que le vio en los Jardines de Vauxhall supo que estaba condenada a suspirar por él durante el resto de sus días.

—¿Cómo se siente? —dijo Gysforth.

—Mejor. Mucho mejor, gracias. —Agitó la cabeza y sonrió con disculpa—. Aunque sigo sedienta.

—Oh, sí. Seguro que es por el opio. Permítame. —Pensó que iba a servirle una taza él mismo, pero no. Se limitó a hacer un gesto y uno de los criados que habían esperado junto a la pared, avanzó al momento y le sirvió. Seguro que Gysforth no había levantado una tetera en toda su vida.

Bethany contuvo una sonrisa ante semejante pensamiento, tomó la taza y lo probó. Estaba delicioso, el mejor té que había tomado en meses, quizá nunca. Bebió con ganas. Gysforth la observó en silencio, con expresión divertida. Hizo otro gesto, para que el criado volviese a servirle.

—¿No quiere comer nada? —preguntó, tras acabar la segunda taza. Ella asintió. Antes de que le diera tiempo a exponer sus preferencias, ya tenía delante un plato combinado con todas las delicias del trinchante. Empezó tanteando un sándwich, pero al probar el primer bocado se le despertó un hambre de lobo. Comió con ganas.

Él sonrió.

—Veo que tiene buen apetito —le dijo—. Es señal de que se está recuperando.

—Sí, gracias.

—Estupendo. —Esperó un poco antes de seguir—. Después, quizá debería escribirle una nota a su primo, para indicarle que se encuentra bien.

Bethany parpadeó. Eso podía significar que todavía no habían encontrado el cadáver, aunque era raro, tras tanto tiempo. O no. Al fin y al cabo, los únicos criados que quedaban en la mansión eran el señor Briggs y Claire. Quizá, al encontrar el cuerpo, habían supuesto lo que había ocurrido y no querían perjudicarla.

Igual se habían ido, y el cadáver seguía allí, solitario, descomponiéndose silenciosamente en la oscuridad...

Espantada, apartó aquella imagen.

—Sí, sí, claro. Lo haré —murmuró, para ganar tiempo.

—Perfecto. Ahora no quiero incomodarla, comprendo que tiene que reponerse. Pero, en cuanto se encuentre mejor, debemos hablar de lo que ha pasado y, sobre todo, del futuro.

Bethany asintió.

—Agradezco su comprensión. Y quiero agradecerle más todavía que acudiera en mi rescate.

—Sí, por suerte aquella mujer vino a contarme lo que ocurría. Fue usted valiente e ingeniosa al mandarla.

—Gracias, aunque ahora mismo no me considero muy ingeniosa. De otro modo, no hubiese terminado así, en esa... espantosa subasta.

Gysforth pareció ligeramente turbado y carraspeó.

—Como le dije antes, ya habrá tiempo de que me cuente las razones que la impulsaron a ser tan imprudente. Pero, lady Bethany, ahora está a salvo. Está conmigo. —Alzó ambas manos, como pidiendo calma—. Por supuesto, quiero que sepa que esta situación me perturba tanto como a usted, y que no tengo intenciones de imponerle mi voluntad más allá de lo imprescindible.

Imponerle su voluntad... Más allá de lo imprescindible... Se sintió como una esclava ante un amo especialmente atento, pero no por eso menos decidido a utilizar su posición de dominio.

—No puede hacer esto. —Su voz sonó casi como un jadeo. Él apretó apenas los labios. Casi parecía herido.

—Vamos, lady Bethany, me consta que no le agrada la situación, a mí tampoco, pero ambos podemos sacarle la mejor ventaja. Conmigo no va a faltarle de nada, se lo aseguro. Vivirá muy cómodamente. Me ocuparé de que se solucionen los problemas económicos en los que ha vivido y, el día de mañana, quedará muy bien situada.

«El día de mañana». Cuando se cansase de ella, vamos, estaba dejando las cosas claras. La idea la llenó de amargura.

—¿Y si quiero irme ahora, ya?

Él frunció ligeramente el ceño.

—¿Adónde?

—No lo sé. Adonde yo lo pueda desear, porque sí.

Gysforth chasqueó la lengua.

—Tras lo que le ha pasado, me disculpará, pero no voy a consentir que esté por ahí sola. No me ponga en semejante compromiso, se lo pido por favor. No siquiera tener que disponer una guardia para usted, pero si se comporta como una niña díscola, no me quedará más remedio.

—No soy ninguna niña.

Gysforth no hizo comentarios, aunque sus ojos le dieron la razón.

—Tiene una doncella, Tully, y no saldrá de la casa sin ella. —Se encogió de hombros, quitándole importancia—. Lo habitual. Una dama nunca debe ir a ninguna parte sin su doncella, usted misma me lo recordó en Sleeping Oak.

—Ya. —Omitió recordarle que él mismo hizo lo posible para separarla de Claire—. ¿Y cómo debo llamarle?

Él se mostró sorprendido.

—Lord Gysforth, por supuesto. Podemos omitir otros tratamientos.

—No, digo cuando estemos a solas.

El desconcierto aumentó. Y algo más, algo que se deslizó entre ellos, sobre la mesa, mientras se mantenían las pupilas el uno al otro. Quizá él fue a decir algo, pero llamaron, se abrió la puerta y entró un hombre joven. Tardó un segundo en recordar dónde le había visto. Era el secretario de Gysforth.

—Su Gracia, milady... —saludó a ambos como si fuera habitual encontrarles allí tomando el té,

y se centró en el duque—. Lord Gysforth, lamento interrumpir pero tenemos que salir ya o llegaremos tarde a la reunión con el Primer Ministro.

—Oh, sí. Disculpe, lady Bethany, esperaba poder dedicarle la tarde, pero se me ha complicado el día. —Se puso en pie. Ella le miró consternada. Allí estaba, dejando su compra en casa mientras iba a solucionar los asuntos del imperio—. Si quiere salir de paseo o ir de tiendas, hágalo, su doncella la acompañará y se ocupará de que pongan todo en mi cuenta. —Hizo un saludo elegante—. Que tenga una buena tarde. Nos veremos en la cena.

Bethany se quedó sentada en la mesa, aunque ya no tenía hambre, de modo que se limitó a tomar algo más de té. Luego, volvió a su dormitorio. Necesitaba pensar, algo que, en esos momentos, le costaba mucho. Había descansado lo suficiente y ya no estaba bajo los efectos de las drogas, pero seguía sintiendo la cabeza como aturdida. Por culpa de Freddy, claro.

Bien, ahora Gysforth no estaba. ¿Qué debía hacer? ¿Escapar de allí? ¿Y para ir, adónde? Ya había visto cómo eran el mundo y la noche, ahí fuera, en el exterior. No quería volver a caer en manos de alguien como Thynne, ni que una vieja repugnante como la bizca la tocara.

Definitivamente, su destino estaba en manos de Gysforth. Si quería salir bien parada de semejante situación, tenía que ganarse su aprecio antes de que descubriesen el cadáver de Freddy. Y, según lo pensó, supo que era la salida. Eso, exactamente eso, era lo que debía hacer.

«Oh, Dios, qué cosas se me ocurren», se dijo, horrorizada consigo misma. ¿De verdad estaba dispuesta a algo así? ¿A acostarse con ese hombre para manipular su voluntad? Sí, admitió, sin el más mínimo atisbo de duda. Sería capaz de cualquier cosa con tal de conseguir que la protegiese.

Tampoco podía engañarse, acostarse con él era algo que deseaba hacer, pero su condicionamiento, su educación, se lo hubieran vedado por siempre, porque ella no era la mujer adecuada para un matrimonio con Gysforth, bien lo sabía. Pero sí podía aprovechar aquella curiosa situación para satisfacer ese deseo y, además, conseguir ese respaldo que tanto necesitaba...

Podía conseguirlo. Sabía que le gustaba a Gysforth, de otro modo no hubiese ido a rescatarla, no hubiese pujado por ella en el burdel aquella cantidad desmesurada ni, mucho menos, la hubiese llevado a esa casa. A esa habitación. A situarlos a ambos un paso del escándalo.

Caminó de un lado a otro, nerviosa; luego, eligió un libro en la bien provista biblioteca de Gysforth y trató de leer un poco, pero se sintió incapaz de concentrarse y repitió infinidad de veces las mismas palabras del principio.

Estaba dormitando en el diván cuando llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo, con un carraspeo. Entró una mujer de cabello cano y cuerpo robusto, con las manos juntas, los dedos entrecruzados. Tenía un rostro agradable, aunque la encontró algo tensa.

—Milady, discúlpeme, pero quería presentarme —le dijo—. Soy el ama de llaves de Gysforth House, la señora Brown.

Bethany sonrió.

—Oh, encantada de conocerla, señora Brown.

—Lo mismo digo. Perdona que no haya venido antes. Hoy tenía el día libre y acabo de volver a la casa. En otras circunstancias, me hubiese quedado de todos modos, para atenderla, pero tenía asuntos familiares bastante urgentes que... bueno, que atender.

—Sí, comprendo. Espero que nada grave.

El ama de llaves suspiró.

—Los años, que lo complican todo, milady —replicó. ¿Qué habría querido decir? Supuso que tenía algún familiar enfermo, alguien de edad, pero no se atrevió a seguir preguntando, no tenían confianza suficiente—. Espero que la hayan atendido como es debido.

—Sí, maravillosamente, gracias.

—Bien. Cualquier cosa que necesite, por favor, no dude en dirigirse a mí.

—Muy bien. Gracias.

La señora Brown fue hacia la puerta, pero, en el último momento, se volvió desde el umbral.

—Milady, hay algo que... me gustaría comentarle.

—Por supuesto. Si puedo ayudar...

—Creo que sí. Verá, es respecto a lord Gysforth. Quizá lo tome como una osadía, pero debe tener en cuenta que algunos estamos aquí desde antes de que naciera. El señor Simpson, la señora Collins, el señor Scrubbs, Bullock... Le hemos visto crecer. ¡Le encantaban los cuentos que le contaba el señor Simpson y pasear a caballo con Bullock!

Bethany sonrió.

—Ya veo.

—Era un niño maravilloso y se ha convertido en un gran hombre. Le esperan cosas muy importantes en la vida. Por eso... —Titubeó—. Perdona que lo mencione de forma tan directa, milady, pero ambas sabemos que su situación en esta casa es... peculiar. —¿Solo «peculiar»? Qué mujer más discreta. Bethany no pudo evitar bajar los ojos—. Solo espero que no... bueno, que no trascienda.

—Yo también lo espero, señora Brown. Para mí también resultaría muy incómodo.

—Sin duda, sin duda.

Bethany suspiró.

—Eso era lo segundo que quería saber, ¿cómo es que estoy en las habitaciones de la duquesa? Le juro que, por más que lo intento, no puedo entenderlo.

—Su Excelencia se empeñó. Y es un despropósito, cierto. —La señora Brown la miró con un brillo de esperanza en los ojos—. Usted parece una joven sensata. ¿Puede hacerle recapacitar? Seguro que, si usted habla con él, entrará en razón. Consiga que al menos podamos trasladarla a una de las habitaciones de invitados. No es lo ideal, puesto que en la casa no hay otras mujeres que el servicio, pero al menos no será una situación tan escandalosa.

Ella, que estaba calculando cómo terminar de seducirle, no era la más apropiada para semejante encargo. Pero asintió.

—Veré lo que puedo hacer.

—Gracias, milady —respondió el ama de llaves, más animada que cuando llegó. Hizo una reverencia y salió.

Cuando se quedó sola, Bethany siguió intentando leer un rato, y hasta lo consiguió durante cosa de una hora. Poco antes de cenar, Tully le informó de que lord Gysforth había enviado aviso de que no iba a poder reunirse con ella hasta el día siguiente, que su reunión se había alargado y tenía que cenar con unos caballeros. Bethany volvió a sentirse decepcionada. Y nerviosa. Tenía que hacer algo. Se le acababa el tiempo.

En vez de bajar al comedor, prefirió que le subiesen una bandeja. Cenó sola y Tully la ayudó a prepararse para acostarse.

Durante un par de horas permaneció en silencio, mirando fijamente la oscuridad. ¡Qué silencio! En aquella casa reinaba una paz absoluta. Le recordaba la quietud de Mauve Meadow, aunque sin el maravilloso aroma de los rosales que crecían al pie de su habitación. ¡Cómo los echaba de menos! Pero esta vez solo se le escapó una lágrima solitaria, no más. Tal como habían comentado ella y Gysforth en aquel paseo en barca, uno acababa acostumbrándose al dolor de la pérdida. Se seguía sintiendo, pero se soportaba mejor.

Alrededor de la medianoche, escuchó por fin sonidos en el dormitorio de Gysforth. Estaba hablando con su ayuda de cámara. Le decía que podía acostarse, que se las arreglaría a solas. Luego, silencio.

Bethany se levantó y encendió la palmatoria de la mesilla. Se miró en el espejo, con aquel camisón y el cabello suelto sobre los hombros. Estaba hermosa. ¿Podría lograrlo? Tenía que intentarlo.

*Tenía que conseguirlo.*

Fue hacia la puerta que separaba los dormitorios y apoyó una mano en la madera. Luego se inclinó a escuchar. Nada. De pronto, solo le llegaba silencio más absoluto. Bethany se preocupó. ¿Se habría quedado ya dormido? ¡Menuda seductora estaba hecha!

—¿Lord Gysforth? —preguntó en un susurro. Dio un golpecito a la puerta—. ¿Lord Gysforth, está usted ahí?

Unos momentos en tensión, sin aparente respuesta. Luego, le llegó el ruido de una llave entrando en la cerradura, seguido de su giro. La puerta se abrió.

Al otro lado, Gysforth la miró con sorpresa. Llevaba la camisa por fuera de los pantalones y estaba despeinado. Al fondo vio la cama abierta, preparada para recibirle, y el escritorio, con las velas encendidas. El duque llevaba en la mano un libro abierto.

—¿Lady Bethany? —preguntó, atónito—. ¿Se encuentra mal?

No, no se sentía mal. Y no sabía cómo contarle tantas cosas que debía decirle. Si la rechazaba, se moriría, pero algo le decía que no iba a rechazarla, que no lo haría jamás.

Apoyó una mano en su pecho.

Él parpadeó. Se quedó muy quieto, aunque Bethany podía notar su corazón. Latía a toda prisa en su pecho, como si tuviera prisa por llegar a algún tiempo futuro, a un momento importante.



Animada, dio un paso al frente, se puso de puntillas y se alzó para alcanzar su boca con los labios. Gysforth no retrocedió, no se movió, la dejó hacer. Durante unos momentos, el beso fue tierno, suave, indeciso.

Pero, entonces, él dejó caer el libro al suelo y la enlazó con fuerza por la cintura. Bethany notó la dureza de su erección, el calor de su deseo. Gysforth giró con ella para apoyarla en el umbral.

—¿En tu cama o en la mía? —susurró.

Bethany sintió que su cuerpo se electrizaba por completo, que no iba a poder contener aquel deseo extraño que se había adueñado de todo. ¿Qué cama? Daba igual. ¡Allí mismo, de ser necesario, allí de pie, en el umbral! ¡En territorio común, en tierra de nadie!

Pero se olvidaba de que estaba con James Keeling, el duque de Gysforth. Alguien que debía estar acostumbrado a la comodidad antes que a la pasión. La cogió en brazos y la llevó hacia su dormitorio, donde ella era la invitada.

No, la invitada no. No debía olvidarlo. Era suya, era...

Gysforth la depositó sobre la cama, besándola interminablemente. Bethany jamás había tenido una relación con ningún hombre, lo había imaginado mil veces, pero sin saber a ciencia cierta qué podía esperar. Sin embargo, de pronto, parecía que su cuerpo sabía perfectamente qué era lo que debía hacer. Sus labios respondían con ardor; ni siquiera lo había pensado y ya sus manos estaban intentando desabrocharle la camisa, lo más rápido posible...

Él acarició sus piernas, se situó en medio y se desató el pantalón.

—Seré gentil —le dijo, en un susurro. Ella se estremeció, y más cuando volvió a sentir sus manos sobre la piel, ascendiendo por debajo del camisón. Dio la impresión de que solo había pensado apartarlo lo imprescindible, pero de pronto cogió la prenda y la ayudó a quitársela, sacándola por la cabeza—. Así —dijo entonces, contemplándola desnuda—. He soñado tantas veces con tenerte así.

Bethany alzó una mano y acarició su mejilla.

—¿Cuidarás de mí? ¿Pase lo que pase? —«Aunque te digan que soy una asesina, aunque los hombres del rey vengan a tu puerta con la intención de detenerme».

Él la cogió por la muñeca y besó su palma.

—Siempre. Pase lo que pase —contestó. Luego, se inclinó para unir sus bocas otra vez, más fuerte, más profundo, mientras terminaba de liberarse de sus pantalones. Ella le ayudó, rezando para que no la encontrase demasiado impetuosa. Pero no podía evitarlo, las manos se le iban solas, al pantalón, a la camisa, para quitársela cuanto antes y así poder sentir su piel desnuda, caliente, firme...

Nada más quedar desnudo sobre ella, Gysforth se inclinó a besar sus pechos, con un ansia que le hizo pensar en que sí que era cierto que la deseaba con todas sus fuerzas. Bethany gimió y se arqueó, empezando a sentir que aquella lengua, aquellas manos, estaban desatando una urgencia nueva en su interior, un ansia como no había conocido nunca antes.

Hacia que aquella sed, intensa y devastadora, que había sentido a lo largo de todo el día, al

despertar del sueño del opio, no fuera más que una punzada sin importancia, una nimiedad frente a esta sacudida de gigante.

—Por favor... —le dijo, aunque no se entendió ni ella misma, porque solo había sido una especie de gemido. Le sintió duro, firme, abriéndose paso a través de su carne virgen.

—Iré poco a poco —le oyó susurrar. Gysforth apretaba la mandíbula, como luchando contra fuerzas titánicas—. Dime si te hago daño.

¿Daño? Quizá, de algún modo. Pero a la vez sintió que lo que estaba viviendo era algo único, algo que recordaría durante toda su vida. Siguiera con aquel hombre o no, ejerciera él su derecho de compra o no, era suya, simplemente porque así lo había decidido su propio corazón. Bethany se arqueó para facilitarle el avance y, de pronto, Gysforth estuvo dentro, totalmente dentro.

Se miraron a los ojos, en el momento más íntimo que podían llegar a tener dos seres humanos.

—Te quiero —dijo él. Algo en el interior de Bethany se estremeció. Se sintió culpable. ¿Le estaba engañando? Sí y no, a la vez. Nada era tan sencillo. Por suerte, la cuestión no tenía importancia, porque no estaba viviendo un momento creado para revelar secretos, solo para sentir. Incluso, de haber querido hablar, no hubiese podido hacerlo, porque Gysforth empezó a moverse en embestidas lentas, con las que parecía querer llegar más dentro todavía, más al fondo, al núcleo de todo lo que era el mundo de Bethany Howland.

Ella se dejó llevar por la marea de sensaciones que iban despertando aquellos movimientos, aquel vaivén continuo que se amoldaba a los crujidos del lecho. Se estremeció. Era tan delicioso que pronto empezó a ser insuficiente, de modo que le rodeó las caderas con las piernas y empujó, animándole a empujar a su vez, a seguir intentando alcanzarla.

Más, más...

—Lord Gysforth... —susurró. Él se echó a reír entre dientes.

—Contestando a tu pregunta de esta tarde, creo que, a solas, puedes llamarme simplemente James. —Arqueó las caderas, en un círculo que casi la hizo sollozar—. Vamos, dilo. Pronuncia mi nombre.

Ella tragó saliva.

—Me compraste. En el burdel.

—¿Lo recuerdas? —preguntó sorprendido—. Bueno, sí, de alguna manera. Pero no necesitaba dinero para hacerte saber que eres mía, ¿verdad? Lo supiste en Sleeping Oak. Ambos lo supimos. Tú eres mía. —La besó con suavidad—. Y yo soy tuyo.

Sí lo era, sí. Suya. Tuyo. Pronombres posesivos que habían sido creados por la humanidad para ser utilizados en momentos como ese, para poder expresar sensaciones como esas. Gysforth volvió a moverse, imperioso, arrancándola de toda posibilidad de control.

—Vamos, dilo. Dilo, Bethany. Pronuncia mi nombre.

Bethany se aferró a él como pudo, mientras notaba que una ola gigantesca crecía y crecía en algún lugar y la recorría con fuerza.

—James... ¡James!

## Capítulo 16

James despertó con un sentimiento de plenitud soberbio.

Se sentía estupendamente bien, satisfecho como nunca, aunque todavía tardó un par de segundos en recordar lo ocurrido. Al hacerlo, giró entre las sábanas y buscó el cuerpo de Bethany, pero no la encontró a su lado. De no haber estado desnudo, hubiese podido preguntarse si había sido un sueño.

¿Cuántas veces habían hecho el amor? Tres, sí, eso era. Una vez la inició en el mundo del sexo, Bethany había demostrado ser insaciable, y él también, con ella. Empezaron una cuarta, pero estaba demasiado cansado, ella también, y se quedaron dormidos, abrazados de tal modo que no se sabía dónde empezaba uno y dónde terminaba el otro, en un nido de sábanas revueltas.

James se tumbó boca arriba y contempló el techo durante algunos minutos, mientras la realidad le envolvía poco a poco, recordándole que no todo era tan maravilloso. Nunca podría casarse con Bethany, ni llevar aquel asunto más allá de lo que tenían, lo que estaban viviendo en ese momento: un asunto que debía mantenerse en la más absoluta discreción, por el bien de ambos.

Además, era su maldito tutor. Se suponía que debía protegerla, no acostarse con ella. ¿Qué opinión se ganaría entre sus amigos y sus enemigos, de saberse? Se sintió un poco mortificado. Quizá se había aprovechado de su confianza, pero es que no había podido contenerse, le había sido por completo imposible. ¡Estaba tan hermosa, se ofrecía de un modo tan sensual, tan generoso! ¡Y él estaba tan excitado desde el día del paseo en barca, tan deseoso de que ocurriese...!

Llamaron a la puerta. Echó un vistazo alrededor, buscando que no quedara rastro de la presencia de Bethany. Apresuradamente, trató de extender las sábanas. Menudo lío habían organizado.

—Adelante —dijo. Un segundo después, entró Scrubbs, con la bandejita en la que le llevaba su taza de té.

—Buenos días, milord —le dijo, como siempre. Dejó la bandeja en la mesilla, sin mirarle, y se dirigió hacia la ventana para correr las cortinas—. Hace un día estupendo, si me permite decirlo, ni frío ni demasiado calor. Como tiene una reunión en el Parlamento a las diez, le he preparado una indumentaria en gris perla, aunque quizá prefiera un negro más clásico. Y sus hermanas esperan en el saloncito azul.

James, que se había sentado para tomar el té, estuvo a punto de atragantarse.

—¿Mis hermanas?

—Así es, milord. Las tres. Han pedido que les preparemos sus habitaciones. —Puso cara de censura—. Por supuesto, ya han sido informadas de que no hay necesidad alguna de plantear algo así. Sus habitaciones siempre están preparadas en esta casa, que es su hogar.

—Por supuesto. Gracias, Scrubbs.

No se preguntó por qué Lizzie, Ruthie y Lettie habían dejado la mansión de la tía abuela Henrietta y se habían venido a la mansión Gysforth. Lo raro era que hubiesen aguantado tanto allí. Pero el caso es que necesitaban a la tía Hetty, como madrina y acompañante, en sus salidas durante la temporada. Esperaba que no se enfadase tanto como para retirarles su apoyo.

—¿Han sido informadas de la presencia de lady Bethany?

—Por supuesto. La señora Brown se ha encargado de ello.

—Bien. —Apartó las sábanas y se sentó—. Ocúpese de que avisen también a lady Bethany de la situación.

—Desde luego, milord. ¿Debemos cambiarla de habitación?

Era lo más conveniente. Pero no quería hacerlo, y menos después de lo que había ocurrido.

—No, no hará falta, gracias.

Scrubbs apretó los labios, con un gesto contrariado.

—Si milord lo considera así... ¿Tenía calor por la noche?

—¿Yo? —Ah, estaba desnudo, claro. Le resultaba tan natural andar así delante de Scrubbs que no se había parado a considerar la situación. Iba a buscar una excusa, cualquiera, pero vio que el ayuda de cámara estaba mirando hacia otro lado, hacia la cama, con una expresión de sobresalto. Miró también y vio la sangre en la sábana bajera. La prueba irrefutable de la virginidad de Bethany.

De un tirón, movió las mantas y la colcha para taparlo. Las pupilas de Scrubbs se dirigieron hacia él. Sus labios jamás se atreverían a formular la pregunta, pero resultó obvia, tanto como la tensión que se creó en el ambiente.

Él no contestó. Le dio la espalda, caminó hacia la ventana y se terminó el té mirando cómo brillaba el sol sobre el jardín, mientras le preparaban el baño. Entonces, se arregló tan concienzudamente como cualquier otro día y bajó a la sala del desayuno, clamando al cielo por un poco de paciencia.

Sus tres hermanas estaban allí. Haciendo caso omiso de los criados, se estaban sirviendo por sí mismas de las bandejas del trinchante.

—¡Jamie! —exclamó Ruthie, al verle—. ¡Tienes que ayudarnos!

—¿Qué pasa ahora? —preguntó, yendo de una a otra para besarlas en las mejillas—. ¿Qué es eso de que os habéis vuelto para quedaros?

—¡Es que la tía Hetty es horrible! —exclamó Lettie—. ¡Y lady Forrest, peor! Quieren decidir todo: qué nos ponemos, con quién hablamos, adónde vamos...

James se encogió de hombros.

—Tenéis que entenderlo, son mujeres mayores. Pero lo que cuenta es que la tía Hetty está encargada de presentaros esta temporada. Haced lo que os dice, da igual. Recordad que, al final, sois vosotras las que vais a tener la última palabra en este asunto.

—¿La última palabra, dices? ¡Si no nos permite ni hablar con quien queremos! —protestó Lizzie.

—A este paso, no vamos a poder encontrar un buen marido, nunca —lloriqueó Lettie—. ¡Yo no quiero casarme con un viejo como lord Birdwhistle! ¡No lo haré! ¡Me negaré a comer y me moriré de hambre!

Él suspiró. Quería mucho a sus hermanas, pero las gemelas en concreto le volvían loco. Demasiado jóvenes para él, literalmente le agotaban y le hacían sentirse viejo. En cierto modo, era normal, puesto que era mucho mayor que ellas, tenía diez años cuando nacieron. Habían sido sus muñecas vivientes, de él y en parte de Ruthie, y ahora eran dos jovencitas con las ideas muy claras y la testarudez de los Keeling.

—No exageres.

—No lo hacen —aportó Ruthie—. Va siendo hora de que le hablemos de nuestro juramento.

—No digas tú también tonterías, Ruth. Sabes tan bien como yo que no le va a gustar, será enzarzarnos en una discusión ridícula. Y ni siquiera es necesario. Simplemente, escoged por vuestra cuenta, yo me ocupo del resto.

—No es ninguna tontería. Yo ya sé que no voy a tener marido pero es que, a este paso, es que tampoco voy a tener cuñados. La tía Hetty piensa que sigue viviendo en otras épocas.

—¡Eso digo yo! —exclamó Lizzie.

—Y, aunque sabemos que tú vas a ocuparte a la hora de la verdad y que nos casaremos con quienes queramos, ni te imaginas los trastornos que nos causa ahora mismo. En serio, no puede ser que no permita que el segundo hijo de lord Cocks visite a Lettie en casa, solo porque son condes y el muchacho no es el heredero, y por tanto no tiene más que un «honorable» de tratamiento. ¡Por Dios, está empeñada en que se case con lord Birdwhistle, que la ronda desde hace tiempo! No sé tú, pero yo no voy a consentir semejante enlace.

James frunció el ceño. No, él tampoco lo permitiría. Podía llegar a aceptar que, en algunos casos, los matrimonios fuesen organizados de un modo conveniente, pero nunca *contra natura*. Lord Birdwhistle, al que llamaban por algo «el viejo duque», podría haber sido, incluso, el bisabuelo de Lettie.

—Sabes que yo tampoco, por supuesto. Hablaré con la tía Hetty.

Las gemelas estallaron en aplausos y vítores hasta el punto en que Ruthie tuvo que ordenar que guardasen silencio. No le hicieron mucho caso pero al menos menguó el barullo.

—Dile de paso que deje de presionar a Lettie con lo de la comida —añadió Ruth.

—¡Eso! —exclamó Lizzie.

—¿Lo de la...? Ah. —Últimamente, Lettie había empezado a comer de forma

desproporcionada. Ahora, tenía una apariencia más redondeada que Lizzie y todo el mundo podía distinguirlas con facilidad. Si seguía igual, en un año el asunto se complicaría mucho más—. ¿Acaso se ha puesto impertinente?

—Más lady Forrest que ella, pero sí. No la dejan en paz. Es una auténtica persecución.

James bufó.

—De acuerdo. Me ocuparé también.

Ruth le sonrió desde su puesto en la mesa.

—Gracias, hermanito.

—¿Qué es eso de que tienes una pupila, Jamie? —preguntó Lettie, la que acababa de jurar que moriría de hambre, mientras devoraba unas salchichas con apetito renovado.

—Es la prima de un conocido que se encuentra en apuros. Y no es la primera pupila que tengo. También soy vuestro tutor y creo que no hago un mal trabajo.

—Eres el mejor hermano del mundo —le dijo Lizzie, siempre generosa. James le sonrió y se inclinó hacia ella para acariciarle la mejilla.

—Gracias, cariño.

—¿Y eso de que la has instalado en la habitación de la duquesa? —añadió Ruthie, mirándole con curiosidad. James carraspeó. Maldita señora Brown. Ya podía haber omitido ese detalle. Claro que, si no lo había omitido, era precisamente para provocar esa situación.

—Fue una emergencia —se excusó, sintiendo que sus mentiras se veían claramente, flotando en el aire como nubes de tormenta—. Digamos que me he sentido impulsado a intervenir, para ayudarla. Su primo, lord Saxonshare...

—¡Oh, Frederick Howland, el gallardo conde de Saxonshare! —exclamó Lizzie, arrebolada—. ¡Anoche me invitó a bailar!

—A mí también —intervino Lettie, frunciendo el ceño a su hermana—. Y a la mayoría de nuestras amigas. No está especialmente interesado en ti, así que no hagas el tonto.

—¡Eso no es verdad!

—¡Sí lo es!

James frunció el ceño. ¿Así que aquel idiota estaba jugando con sus hermanas? Cuando le pusiera la mano encima...

—Basta ya. Me da igual. Manteneos alejadas de él, las dos. No quiero que volváis a bailar con él, ni a hablar con él. Ni siquiera a mirarle de lejos.

Lizzie arrugó la boquita como cuando tenía tres años y James no quería darle un caramelo más.

—Pero ¿por qué?

—Porque es un impresentable. Se está gastando lo que no tiene en las mesas de juego. Sin mi ayuda, acabaría en la cárcel por deudas antes de fin de año.

—¿Lo ves? —Lettie hizo un mohín idéntico al de su gemela—. Te lo dije. Está buscando casarse por dinero.

—Oh, qué pena. ¡Es tan guapo! —exclamó Lizzie—. ¡Y está atormentado!

En eso, Lettie estuvo de acuerdo. Por alguna razón, les encantaban los hombres atormentados, torturados por las tribulaciones del destino. James estuvo por preguntarles qué pensaban de él, tan atormentado como se sentía por sus hermanas pequeñas.

Por suerte, Ruthie carraspeó y recondujo la conversación. El problema, fue el tema elegido.

—Aun así, Jamie, no me parece apropiado que lady Bethany esté en la habitación de la duquesa.

—Ni a mí que dejéis la casa de la tía Hetty de esta forma. —Ruthie giró los ojos en las órbitas. Por ese camino, no iba a tener mucho éxito. James suspiró—. Está bien. Al igual que vosotras, yo también lucho por mi felicidad.

—¿En serio? —Ruth le miró con curiosidad—. ¿Tanto te importa ese asunto?

—Digamos que no me es indiferente. —Dudó. A qué seguir disimulando—. Sí, me importa.

Las tres se lo pensaron un momento.

—James tiene razón —dijo Lettie—. Tenemos que ayudarnos entre todos. Recordad nuestro juramento.

Todos asintieron, mirándose muy serios.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Lizzie.

James se encogió de hombros.

—No sé. Que la llevéis de compras, por ejemplo. Necesita de todo, no tiene equipaje de ningún tipo.

—¿Y sus cosas?

No se le había ocurrido pensar en ello, quizá porque procuraba no tener en mente a Saxonsshare.

—En su casa, supongo.

—¿Y no puede recogerlas?

—Quizá. Pero también quiero que se compre cosas, ayudadla. Se quedará aquí y será una de vosotras.

—¿Ah, sí? ¿La presentarás también en sociedad? —preguntó Ruthie, con toda la intención de provocarle la mueca que hizo.

—Sí, supongo que sí.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Lettie.

—Veintitrés.

—Como Ruthie —dijo Lizzie. Esta le miraba pensativa.

—¿Te lo dijo ella? —preguntó—. No es un dato que una dama suela compartir, sobre todo si está soltera y sin compromiso.

—Ella lo comentó, no le dio mayor importancia. Y da igual, la cuestión es que os ocuparéis de llevarla de compras y de ir con ella a las reuniones sociales y presentarla a vuestras amigas. Yo pagaré los gastos.

Lizzie sonrió.

—Siempre has sido muy generoso.

De pronto, Bethany apareció en la puerta, con un vestido de mañana de un suave tono malva que le sentaba especialmente bien. Se detuvo en el umbral y miró a las muchachas algo tímida. A él, que se había puesto en pie como buen caballero que era, no; en su caso, directamente rehuyó su mirada.

—Buenos días —susurró.

—Buenos días —dijeron las tres hermanas Keeling, casi a la vez. Tras el segundo de silencio que siguió al saludo, Lizzie se puso también en pie y dirigió a ella—. ¡Bienvenida a Gysforth House! Yo soy Lizzie, ella es Ruthie, y mi gemela es Lettie.

—Perdone a mi hermana, lady Bethany —intervino Ruthie, frunciendo el ceño a Lizzie—. Es un poco... efusiva. Soy lady Ruth, ella es lady Elizabeth y ella lady Letizia.

—Son mis hermanas —concluyó James, algo molesto porque ella seguía empeñada en no mirarle.

Bethany sonrió.

—Encantada.

—Ese vestido era de mamá —dijo Lettie de pronto—. Me acuerdo.

—¡Lettie! —exclamó Ruth.

—Lo siento —replicó Bethany apurada, llevándose una mano al pecho—. Me lo ofrecieron las doncellas. No tenía nada que ponerme.

—No se preocupe —la tranquilizó Ruth—. Por supuesto, todo está bien. A nuestra madre le hubiese encantado ofrecérselo. Además, le sienta de maravilla.

Lizzie se inclinó hacia ella.

—La señora Brown nos ha dicho que Jamie la rescató de unos hombres terriblemente malvados. —Le brillaron los ojos—. ¿Qué pasó?

—Basta, dejadla en paz —ordenó James—. Siéntese y desayune, lady Bethany. Después podrían ir todas de compras.

Por primera vez, Bethany le miró. Archeó las cejas.

—Oh, no me puedo permitir...

—Yo me haré cargo de todos los gastos, por supuesto. Además, mis hermanas me han hecho notar que también puedo mandar a George y un par de doncellas a su casa, a recoger sus cosas.

Lady Bethany palideció.

—No será necesario. Puedo hacerlo yo misma y...

—Tonterías, yo me ocupo. Incluso me acercaré con ellos, así podré hablar con su primo y ponerle al tanto de todo. —«Bueno, de casi todo», pensó. A Saxonshare no le importaban sus intimidades. Bethany ya no era asunto suyo—. Pero si no le importa, lo haremos mañana, porque tengo varias reuniones hoy. Vaya con mis hermanas y diviértase. —Las miró a ellas—. Adiós, hermanitas. Nos veremos en la cena.

—De eso nada. Esta noche es la fiesta en casa de lady Kellogg —le recordó Lettie.

Ah, cierto. Se maldijo mil veces, porque eso iba a suponer que no podrían volver a casa hasta



la madrugada. Qué infierno. No se le ocurría mayor tormento que verse obligado a mantener una sonrisa en una reunión así, sobre todo cuando no había nada que desease más que volver a estar a solas con Bethany, tenerla desnuda entre sus brazos, rodar con ella entre las sábanas... Esas imágenes empezaron a excitarle más de lo debido, así que carraspeó.

—Entonces, nos vemos allí.

—Sí, mejor —convino Ruthie—. Y si vas a hablar con la tía Hetty, tienes que ir a verla por la tarde sin falta. Asegúrate de que está dispuesta a acompañarnos. No quedaría bien presentarnos en casa de lady Kellogg sin ella.

—Maldita sea... Está bien, buscaré un rato. —Se puso en pie y rodeó la mesa, besándolas en la frente. Ellas rieron, como siempre. Al llegar a Bethany, dudó. A ella sí que le apetecía besarla, con todas sus fuerzas, pero de una manera poco adecuada para el momento—. Espero que paséis todas un buen día.

—Gracias —replicaron. Por alguna razón, le encantó aquella imagen y decidió retenerla en su memoria: Bethany y sus hermanas, sentadas a la misma mesa, sonriéndose... Algo muy familiar.

Con ella en mente, James salió de la casa, pidió a Bullock que se ocupase personalmente de llevar a las muchachas, y se dirigió al Parlamento con el segundo cochero de Gysforth House. Tenía muchos asuntos por tratar a lo largo de ese día, entre ellos discutir otra vez, el Primer Ministro y él, con lord Dankworth, para tratar de solventar algunos de sus obstáculos a la creación de una policía moderna.

La sola idea de hablar con aquel hombre le agotaba. Llevaban demasiado tiempo en esa disputa, el suficiente como para imaginar que ambas partes estaban muy empeñadas en sus argumentos; al menos, esperaba que por fin ese día llegasen a alguna conclusión útil, para variar.

Sobre todo, porque esa vez tenía una carta en la manga: iba a preguntarle por lord Kennerath. Iba a tratar de enterarse de si estaba al tanto de esas salidas nocturnas a los peores tugurios de la ciudad. Quizá, incluso, compartían aquella clase de aficiones, aunque, para ser sincero, no veía capaz algo así a lord Dankworth. Lord Kennerath siempre había tenido aspecto de criatura degenerada, pero Dankworth, no. De hecho, era un esposo atento y un padre pendiente siempre de las necesidades de su familia, lo sabía bien.

En cualquier caso, pensaba perder con él buena parte del día pero, en el último momento, le llegó una nota de Dankworth en la que le pedía disculpas: su hija se encontraba enferma y no podría reunirse con él.

James no tuvo problemas en reorganizar sus horarios. Hasta le vino bien, porque así pudo plantearse pasarse por Brooks's y luego ir a casa de su tía Hetty a la hora del té, antes de volver a sus asuntos políticos.

## Capítulo 17

—¿Está lord Badfields? —preguntó James a Henson, en el club, nada más entrar. El jefe de camareros asintió.

—En el salón principal, lord Gysforth. Lleva dos noches alojándose aquí. —Carraspeó—. Me alegra que haya venido, Su Excelencia. Quizá pueda convencerle de que nos permita avisar a un médico, o al menos a su padre.

—¿Un médico? —le miró preocupado—. ¿Qué demonios ha ocurrido?

—Creo que es mejor que lo vea usted mismo... —Le hizo un gesto mostrándole el camino. James fue hacia el salón y vio a Arthur sentado en una silla junto a la ventana, tomando una copa. Tenía un ojo muy hinchado y diversas contusiones.

—¡Arthur! —exclamó, acercándose casi corriendo—. Pero ¿qué demonios? ¿Qué te ha pasado?

—Ah, Gysforth, gracias por tu interés —replicó Arthur, todo lo jovial que podía alguien mostrarse en esas condiciones—. No me ha ocurrido nada importante, en serio. Solo un pequeño contratiempo.

—Además de un carruaje desbocado que te ha pasado por encima, o esa impresión da. —Arthur rio entre dientes y se retorció de dolor—. ¿Qué ocurre? ¿Tienes algo roto?

—No.

—A ver. —Se acercó a palparle el brazo, que mantenía torcido de un modo extraño. Arthur ahogó un grito—. Creo que sí.

—No, no está roto, de verdad. Es solo que se me ha desencajado el hombro. Pero da igual.

—¿Cómo va a dar igual, hombre? ¿Llevas así desde la otra noche?

—Sí.

—Fue Thynne, ¿no es cierto? —Colocó una silla a su lado y se sentó. Hizo un gesto a un camarero para que le llevase algo para tomar—. Vas a explicármelo todo ahora mismo.

—Pues no tendría por qué. Es evidente, James, deberías sacar tú solo las conclusiones. Estropeamos uno de los negocios de Thynne, uno de los más prósperos, y se enfadó. Fin de la historia.

—O sea, le perseguiste. .

—Sí. O mejor dicho, no. En realidad, busqué su despacho y me colé dentro. Quería revisarlo antes de que ardiera todo. Pensé que habría huido con sus hombres, pero me descubrió registrando

su escritorio. Tuvimos unas palabras aunque, los que más hablaron, fueron sus matones.

—¿Estás loco! Podrían haberte matado.

—Sí, creo que esas intenciones tenían. Pero soy el marqués de Badfields, futuro duque de Manderland, además de un pez escurridizo.

—¿Y eso qué significa?

—Que conseguí tirarme por la ventana, lo que me provocó este pequeño problema. —James le miró con los ojos abiertos como platos. ¡Maldito temerario!—. Me pondré bien.

—¿Descubriste algo? Entre las cosas de Thynne.

La expresión de Arthur pareció congelarse.

—No.

«Miente», pensó James. O sea, que había encontrado algo, algo importante que, con toda probabilidad, le había acercado un poco más a aquel rey del Londres nocturno que andaba buscando con tanta desesperación. Y quién podía saber si, también, a su propia muerte.

James sintió una extraña sensación de impotencia. Desde el fallecimiento de su padre, todo había cambiado en su vida. Como duque de Gysforth, pocas eran las cosas que se le negaban. Ya no estaba acostumbrado a no tener el control, a enfrentarse a algo en lo que no pudiera influir de ningún modo.

Pero allí estaba Arthur... Avanzaba decidido hacia un precipicio y él no podía pararle, no podía salvarle de sí mismo, de su necesidad de buscar a Minerva, pese a cualquier riesgo que se le cruzase por delante.

Y James le quería. Le quería mucho, como a un hermano, igual que a Eddie.

Carraspeó.

—Tú sabes que si necesitas algo, puedes contar conmigo, ¿verdad, Arthur? Siempre. En cualquier momento y en cualquier lugar.

Los ojos de Arthur perdieron dureza. Asintió.

—Sí, lo sé. James, no es... No puedo hablar contigo de esto, de verdad, al menos de momento. Es cosa mía y prefiero que siga siendo así.

—Está bien —aceptó James. Qué remedio—. Pero sí me vas a permitir llamar a un médico.

—No es necesario...

—Sí lo es. Haré que le llamen ahora mismo o te daré de palmadas en ese hombro hasta que me supliques que lo haga.

—No, por Dios. —Arthur se estremeció—. Solo de pensarlo, me duele todo. Vale, hazlo. —Dejó la copa vacía en la mesa—. Creo que me vuelvo a la cama. Si viene ese médico, estaré arriba, en mi habitación de siempre.

—¿Por qué no vas a casa? Te diría de venir a la mía, pero en estos momentos está llena de mujeres dando gritos con entusiasmo, en plena temporada social. Me temo que, en pocos minutos, te dolería la cabeza además del brazo, pero, si decides arriesgarte, sabes que eres bienvenido.

—¿Tus hermanas han vuelto? —Rio como pudo—. Normal. Lo que me sorprende es que

aguantasen tanto con la tía Hetty, pobrecitas.

—Sí. Luego iré a hablar con mi tía, a ver si solucionamos las cosas, pero mis hermanas se quedarán en mi casa, que es donde deben estar. Igual que tú, en la tuya. ¿Qué dices? ¿Por qué no te animas y vuelves?

—¿Qué dices? Si mi padre me ve así, pensará que me he metido en una pelea de borrachos. Y, bueno, preferiría escuchar los gritos de tus hermanas mientras recibo unos cuantos martillazos. Y patadas. Y golpes en la cabeza con un palo de cricket. Y disparos a quemarropa...

—Siempre puedes contarle la verdad —le interrumpió, porque aquel majadero era capaz de seguir enumerando posibilidades durante horas. Al igual que le había pasado a él, Arthur no se llevaba bien con su padre. De no ser por Eddie, hubiesen llegado a la conclusión de que era algo habitual, que los padres debían ser siempre unas figuras lejanas, frías y dictatoriales, solo interesadas en que representaras bien el espíritu y la dignidad de la familia.

Pero el difunto padre de Eddie, el difunto marqués de Rutshore, coleccionista de arte y filántropo, fue siempre una bellísima persona, alguien tranquilo, amable y considerado. Arthur y él siempre envidiaron mucho a su amigo por tenerle.

Arthur agitó la cabeza.

—No. Si no puedo hablar de esto contigo, con él, menos. Empezaría a darme órdenes y yo empezaría a desobedecer, y el abismo que existe entre nosotros aumentaría más todavía, de ser posible, y se volvería en algo totalmente insalvable. —Suspiró—. Déjalo estar, Gysforth. Me encuentro bien aquí, lamiéndome mis heridas en mi rincón, en silencio. Ahora mismo, solo soy una bestia apaleada. Me duele todo.

No insistió, sabía que no iba a conseguir nada con ello. James pidió a Henson que llamase al médico y luego esperó abajo hasta saber que, ciertamente, no tenía nada grave, solo un buen número de contusiones y un hombro dislocado que ya habían vuelto a colocar. Lo único que necesitaba Badfields era descansar. Esa vez había tenido mucha suerte, la siguiente, a saber.

James decidió que no iba a dejar pasar más aquel tema. Salió de allí con la firme decisión de hablar con él muy seriamente en cuanto fuera posible.

Qué largo se le estaba haciendo el día. Llegó a casa de la tía Hetty justo a tiempo de tomar el té. Johnson, el mayordomo, un hombre extremadamente feo, le hizo pasar de inmediato. No estaba lady Forrest, que había ido a visitar a uno de sus hijos. Su tía Hetty se encontraba sola, sentada en el salón frente al té servido, pero con expresión compungida, un pañuelo en la mano y sin muchas ganas de comer. James se acercó y la besó en la mejilla.

—¿Cómo está usted, tía?

—¡Mal! —exclamó la anciana—. ¿No se nota? ¡Esas niñas horribles van a acabar conmigo! ¡Sobre todo Lettie!

—¿Lettie? —James arqueó una ceja, mientras se sentaba frente a ella, en un sillón—. ¡Pero si es un encanto!

—Sí, claro que sí, delante de ti, que les das todo lo que quieren. Pero es cabezota como ella

sola.

James suspiró. Dar vueltas carecía de sentido. Mejor afrontar cuanto antes el tema.

—Tía... sabe usted que le agradecemos mucho que se tome el trabajo de presentar a mis hermanas y acompañarlas en los actos sociales de la temporada, ¿verdad?

—Por supuesto. Pero eso no hay ni que agradecerlo. Es lo que debo hacer y lo hago encantada. Tú sabes bien que os quiero mucho.

—Sí, bien. Pero... hay ciertos límites que no debe traspasar y he venido a dejarlos claros. —La miró con lo que esperaba fuera amable severidad—. Lettie no va a comprometerse con lord Birdwhistle. De hecho, ninguna de mis hermanas va a ser casada contra su voluntad y menos con hombres que pudieran ser sus abuelos. Si tanto necesitan una esposa, que se busquen una de su edad.

—¡Gysforth! ¿Otra vez? Estás abordando el tema del matrimonio como si fuera un entretenimiento de salón.

—A veces lo parece.

—Pero no lo es. Creí que estábamos de acuerdo en que es algo muy serio, algo que no puede quedar en manos de jóvenes atolondradas con la cabeza llena de historias románticas. Lettie debería sentirse afortunada de que lord Birdwhistle se haya fijado en ella. Es un duque y es muy rico. Tiene grandes territorios por toda Inglaterra y está emparentado con los Waugh, con los que comparte intereses en la Compañía Unificada de Mercaderes Ingleses que Comercian con las Indias Orientales. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

—Sé perfectamente quién es lord Birdwhistle. Y le aseguro que tras tanto brillo, solo hay un pequeño cabrón sin escrúpulos dispuesto a saquear cualquier país ajeno que no se le pueda oponer.

—¡Gysforth!

—Es la verdad.

—Una verdad que no importa, para el caso. Aquí lo que cuenta es cómo se comporte con Lettie, y un duque inglés siempre es cortés con su esposa, siempre. —Sobre eso, James hubiese podido decir unas cuantas cosas, pero no quería romper la imagen bucólica que tenía la tía Hetty de John Keeling, su sobrino favorito—. Y, además, ese hombre es lo bastante mayor como para augurar que sea un matrimonio... breve. Imagina lo bien posicionada que quedaría algún día nuestra querida Lettie, como rica viuda de lord Birdwhistle.

—Creo que le interesa más ser la joven esposa de no sé qué muchacho, ahora no recuerdo a quién mencionaron. Posiblemente más pobre, pero sin faltarle un plato en la mesa o un vestido en el arcón, que de eso me ocupó yo mismo. Y, sobre todo, mucho más feliz. —Recordó lo que le había comentado Ruth—. Creo que come por puros nervios.

—Es una costumbre que le va a traer muchos disgustos.

—No es una costumbre, tía. Intentemos que nuestra Lettie sea feliz, estoy seguro de que se le pasarán todos los males.

Su tía agitó la cabeza.

—Eres tan testarudo como mi hermano. Me recuerdas mucho a él, ¿lo sabes?

—Sí, suele decírmelo.

—Está bien —aceptó, renuente—. Descartaré esa posibilidad, a menos que la propia Lettie me diga que desea que siga adelante con las negociaciones.

—Se lo agradezco. También quería hablarle del tema de la comida...

—En eso no puedo ayudar. No puedo consentir que esa niña se convierta en una pequeña bola. ¿Has visto lo que ha engordado últimamente? ¿Te das cuenta de que los caballeros las prefieren flacas y pálidas?

—Lo solucionaremos. Pero le ruego que no la presione. No la disguste. Solo conseguirá que se sienta mal.

—De acuerdo. No te preocupes, no volveré a decir nada. Está claro que no se sabe apreciar el esfuerzo. —Hizo un mohín, de un modo que le recordó mucho a las gemelas—. Y, ¿en cuanto a lo otro? ¿Vas a hacerte cargo de tus hermanas?

—Sí. Podrán quedarse en casa. Entiendo su postura, tía, pero entienda usted la de mis hermanas: se ven fuera de su hogar, echan de menos su casa. Y tenga en cuenta que tampoco es tan grave. Podemos solucionar todo si, cuando salgan, vienen a buscarla a usted y van todas juntas a las fiestas.

—También se solucionaría si fuera yo a vivir con vosotros a Gysforth House.

James sintió una punzada de horror. Si hacía algo así, Bethany quedaría definitivamente fuera de su alcance. Y eso por mencionar una de las consecuencias más graves. La vez que Lettie y Lizzie tuvieron la escarlatina y la tía Hetty se instaló con ellos más de un mes, Gysforth House se convirtió en un auténtico infierno. Controlaba las comidas, los horarios, cómo debían comportarse los criados... Las peleas con Simpson, Brown y Collins eran continuas. Solo se libraban Scrubbs y Bullock, que procuraban mantenerse lejos de su vista.

James adoraba a su tía Hetty, pero prefería que cada cual viviese en su casa.

—Sí, por supuesto —tuvo que contestar, sin embargo. La tensión de la voz no pudo ocultarla—. Puede usted venir cuando quiera, querida tía. Sabe que Gysforth House es su casa.

La tía Hetty se echó a reír.

—Respira tranquilo, sobrino, que no voy a hacerlo. Si a tus hermanas les cuesta estar en una casa que no es la propia, imagina lo que me pasa a mí, a mi edad, con todas las manías que he logrado reunir a lo largo de los años. No, me resulta muy desasosegante despertarme en otro sitio que no sea mi cama y rodeada de criados acostumbrados a llevar la casa de un modo... *diferente*, así que haremos como dices. ¿Estarás tú esta noche?

—Espero que sí, pero por si acaso prefiero quedar ya en la fiesta.

—Muy bien. Lady Forrest y yo iremos a recogerlas a Gysforth House e iremos todas juntas y luego os acompañaremos de vuelta a casa. Todo el tiempo que estén fuera, estarán bajo mi supervisión... aunque me limitaré a intentar concertarles matrimonios más de su gusto. ¡Está claro

que es todo lo que se me permite hacer por ellas!

—Se lo agradezco. Temía que se enfadase y no estaría bien que saliesen a ningún sitio sin la tutela de una dama de prestigio. —Lo de la tutela le recordó el tema de Bethany—. Por cierto, tengo una nueva pupila.

—¿Una nueva pupila? —La tía Hetty le observó con atención—. ¿En qué lío te has metido, Gysforth?

—Nada grave, no se preocupe. Es solo la prima de un joven conde que ha tenido... bueno, problemas con el juego. —Su tía puso la cara apropiada para esos temas. No le gustaba nada el modo en que los caballeros despilfarraban a veces auténticas fortunas. Normal—. Consideré que lo mejor era hablar con él y ocuparme legalmente de que la joven no sufriera daños.

—Pero ¿erais amigos? ¿Les conocías de algo? ¿Tenías alguna responsabilidad con ellos?

—Pues... no. —Sí, la verdad, sonaba absurdo. A lo largo de su vida de miembro de Brooks's o White's, había coincidido con muchos locos dispuestos a hundir a sus familias por el vicio de las apuestas, pero era la primera vez que intervenía. Claro que no podía decirle a la tía Hetty sus auténticas razones—. Fue un impulso.

—Oh, vaya. —Agitó la cabeza—. Siempre has sido demasiado blando para tu propio bien, Gysforth. A saber qué líos te puede traer algo así. ¿Cómo se llaman?

—Saxonshare. Frederick Howland, conde de Saxonshare, y su prima, lady Bethany Howland.

—Ah, sí, he oído hablar del joven Frederick, sí. Y conocí a su tío, era un buen hombre, aunque demasiado de campo, si tengo que decirte mi opinión. Pero me caía bien. En cierta ocasión hizo un gran favor al difunto Morton, así que, en realidad, sí que podría decirse que seguimos en deuda con él. —Se lo pensó un momento—. Por lo que dices, el muchacho le ha cogido gusto al juego. Una pena.

—Sí, es verdad.

—La jovencita, ni la conozco. ¿Qué edad tiene?

—Veintitrés, la misma que Ruthie.

La tía Hetty parpadeó.

—¿Y todavía no se ha casado? —Se llevó una mano al pecho—. Me temo lo peor. O es tremendamente fea o es tremendamente insoportable. Que viene a ser lo mismo en una dama, por cierto.

—No, no tiene que ver con nada de eso. Primero se vio obligada a atender a su padre, que estuvo muchos años enfermo...

—Ah, bueno. —La anciana asintió con alivio—. Pobre criatura. Cómo la entiendo. Yo tuve que cuidar de mi padre y luego de tres maridos. Una tarea muy dura, y más para alguien tan joven.

—Sí, ya lo imagino. Y ahora, aunque lleva algún tiempo en Londres, ni siquiera estaba aprovechando la temporada, precisamente por el despilfarro de su primo.

—¡Pero eso no puede ser! A su edad, no tiene tiempo que perder, o se quedará sin las mejores oportunidades. Es verdad que, ahora mismo, solo es la prima de un conde, alguien que tiene muy

poco que aportar... ¿Es guapa, al menos?

James no supo cómo reaccionar. Tardó un par de segundos de más en encogerse de hombros.

—No sabría decirle.

—Ya. —La tía Hetty le escrutó con curiosidad hasta que se vio obligado a cambiar de postura, incómodo. Por suerte, carraspeó y dejó pasar el asunto—. Bien, supongamos que es preciosa. De ser así, se le puede encontrar algo muy apropiado y que le ofrezca una buena vida.

—No sé si...

Los ojos de su tía brillaron por alguna idea repentina. James se echó a temblar.

—El segundo hijo del conde de Cocks, por ejemplo, sería ideal. Disfruta de mucho éxito entre las jovencitas, por esa apariencia de poeta sin futuro que tiene... bueno, diré en su favor que no se trata simplemente de apariencia, lo es, desde luego, un auténtico poeta sin futuro, pero, al menos, posee también una buena renta de su padre. Vivirá muy cómodamente durante toda su existencia, aunque no consiga formular jamás un buen ripio.

—Por favor, tía... —Frunció el ceño—. Además, creo recordar que mis hermanas han mencionado hoy mismo a ese joven... —Arqueó una ceja, al recordarlo—. ¿No es el que quiere visitar en casa a Lettie? ¿El «honorable» por el que se siente atraída?

—Oh, sí. ¡Imagínate! ¡Menuda locura, un segundo hijo con ínfulas de poetaastro para la hija de todo un duque! No, ni hablar, ni hablar. —Agitó una mano en el aire—. Será ideal para tu pupila.

—Bueno... —replicó James, sin querer seguir discutiendo, pero sin querer tampoco comprometerse a nada—. Ya veremos.

—Desde luego que sí. Déjalo en mis manos. —La tía Hetty se frotó la mandíbula, pensativa—. ¿Vas a pasar por Gysforth House en algún momento de la tarde?

James negó con la cabeza. De allí tenía que ir a dos reuniones.

—Me temo que no me va a ser posible, apenas saqué tiempo para venir a verla a usted.

—Bueno, no te preocupes, yo me encargo de organizarlo todo. Mandaré ahora mismo una nota para asegurarme de que lady Bethany esté preparada con tus hermanas cuando pasemos a buscarlas. Iremos todas juntas a casa de lady Kellogg y la presentaré como tu pupila, un compromiso de honor de la familia. Si es tan guapa como imagino, te aseguro yo que, en un par de meses, le habré conseguido un marido que le resuelva la vida y pueda cuidar de ella como es debido.

La idea no le hizo ninguna gracia a James, pero no se atrevió a decir nada.



## Capítulo 18

Bethany pasó el resto de la mañana y buena parte de la tarde con las hermanas Keeling, comprando por todo Londres lo que parecía un ajuar completo, y el más exquisito que hubiese podido imaginar.

En realidad, ella no eligió apenas nada. No tenía dinero, por lo que se sentía apurada ante tanta generosidad, y no tenía tampoco cabeza para pensar en esas tonterías. ¿Cómo preocuparse por el color del adorno de un sombrero, si no dejaba de darle vueltas a su situación? ¿De qué le iban a servir esos exquisitos guantes, si la metían en prisión por el asesinato de Freddy?

En vez de irse tranquilizando, con cada segundo que pasaba aumentaba su angustia, porque cada vez se encontraba más cerca del desenlace. Del desastre. Todavía se estremecía al recordar que Gysforth había estado a punto de ir ese día a la mansión Saxonshare, a buscar sus cosas. La fortuna le había concedido algo de tiempo, pero se le estaba terminando. Si no hacía algo, al día siguiente lo descubriría todo por sí mismo. No podía permitirlo. Tenía que decírselo antes de que se enterase.

Tenía que hacerlo sí o sí, o perdería más confianza todavía. Pero costaba. Esa mañana, poco antes del amanecer, se había despertado en sus brazos y había sido maravilloso. Le hubiera gustado seguir allí por siempre, soñar que estaban casados, que vivían lejos, juntos, y eran felices...

Bethany no quiso estropear el momento. Además, no era lugar para una conversación que podía derivar a saber dónde. Había hecho caso a la vocecilla que le dijo que fuese cauta: se había levantado, había recogido sus cosas y se había ido a su habitación. No le hubiese gustado nada que la descubriesen allí los criados.

Pensaba hablarlo durante el desayuno, quizá, a solas, pero en un terreno más apropiado; lamentablemente, Tully le dijo que habían llegado las hermanas de Gysforth, y cuando bajó ya se las encontró a todas en la salita.

Y también estaba él, claro.

Se sentía tan nerviosa que apenas se atrevió a mirarle a los ojos. ¿Y si encontraba frialdad o rechazo? ¿Indiferencia, quizá? ¿Se avergonzaría de lo ocurrido, con sus hermanas delante? ¿Qué pensaba de ella, una vez satisfecha la primera pasión? Posiblemente, que era una descarada, una fresca. O, peor, que la compra que hizo había salido más provechosa de lo que había pensado en

un primer momento, porque ni siquiera había tenido que ir a buscarla, la chica se le había arrojado a los brazos por sí misma, ardiendo como una tea.

«No seas boba», se dijo. Apenas le conocía, pero sabía que Gysforth no era así. Había ido al burdel a salvarla, aunque lo hubiese hecho de aquel modo tan poco apropiado, y lo menos que podía hacer era agradecerlo. Quizá, de haber estado a solas, el desayuno hubiese terminado con uno de esos besos que la volvían loca. O haciendo el amor sobre la mesa.

Pero, por suerte o por desgracia, se habían presentado sus hermanas.

Aunque no la hubiesen advertido, no hubiera tardado en deducir que todos eran parientes, se parecían mucho, sobre todo James con la hermana mayor, Ruth. Al igual que él, era morena y tenía aquellos increíbles ojos grises que a veces parecían estar hechos de plata líquida. Las otras dos eran rubias, y sus ojos, azules, de un tono zafiro intenso.

—Somos hijas de distinta madre —le explicó Lizzie, cuando lo mencionó, mientras le tomaban medidas en una modista—. James y Ruthie son hijos de la primera esposa de padre, que falleció al nacer ella. Y Lettie y yo somos hijas de la segunda esposa, que nos crió a todos, pero murió hace cuatro años.

—Lo siento.

—Gracias —replicó Ruthie, con una sombra de pena de verdad sentida—. Lady Evelyn era una mujer maravillosa, se lo aseguro. —¿Evelyn? ¿Dónde había oído ese nombre, hacía poco? La memoria de Bethany no tardó en volar hacia el momento vivido en Sleeping Oak. Gysforth le habló de la talla en el viejo roble, la inicial del nombre de su primer amor... ¿Se referiría a ella, a su madrastra? Algo le dijo que sí—. Aunque, cuando se casó con papá, James ya tenía diez años y yo cinco, lady Evelyn nunca hizo diferencias entre nosotros. Todos éramos sus hijos, todos los Keeling somos hermanos en igual medida, y así nos seguimos comportando. —Las gemelas asintieron con firmeza—. Todos, James incluido, la queríamos mucho.

—Es bonito, conseguir algo así —murmuró Bethany, lo que le reportó una sonrisa general de las hermanas Keeling.

A la hora del té, se plantearon tomarlo en algún lugar de moda, pero terminaron volviendo a Gysforth House. El duque no estaba y Bethany no pudo evitar sentir una nueva decepción. ¿Dónde se habría metido? ¡Pues sí que era un hombre ocupado! Se sentía cada vez más inquieta. ¿Y si a última hora decidía que sí que podía pasar por Saxonshare House? Debió decirse todo por la noche, o al amanecer, aprovechar aquel tiempo a solas que tuvieron, para confesarle lo ocurrido.

Ya no podía solucionar lo no hecho. Eso sí, de esa noche, no iba a pasar, de ningún modo.

Pero estaba claro que el destino se había aliado en su contra. Se encontraban tomando el té en el saloncito, el mismo en el que habían desayunado, cuando les llegó una nota de la tía Hetty en la que avisaba de que iría a buscarlas después de la cena, y que esperaba que lady Bethany acudiese con ellas a la fiesta.

—Eso es que James ya ha hablado con ella —dijo Ruth—. No estaba segura de si la tía Hetty decidiría llevarla hoy mismo, sin hablar antes con usted, pero ya ve, se ha dado prisa.

—¡Qué bien, lady Bethany! —exclamó encantada Lizzie—. ¡Verá lo mucho que se divierte!

No estaba muy segura de eso, dada su situación, pero no podía hacer nada de momento. Consideró la posibilidad de dar una excusa, pero negarse a ir con ellas resultaría extraño, además de descortés.

Se acostaron un rato, para estar descansadas durante la fiesta, algo que Bethany agradeció sinceramente, porque había dormido poco esa noche y se había levantado muy temprano. Cuando Tully la despertó, se bañó, se reunió con las hermanas de Gysforth en el dormitorio de las gemelas, que era el más grande, y se embarcaron en la preparación de la noche: peinados, vestidos, zapatos, guantes, joyería... Todo ello con la ayuda de un ejército de doncellas que habían aparecido de no se sabía dónde, como por arte de magia.

Al no haber tenido hermanas, y haber vivido tan retirada siempre, Bethany descubrió con sorpresa toda aquella diversión.

—¿Me dejas tu cinta azul, Ruthie?

—¿Alguien ha visto mi chal?

—Pruébate esta pluma, Lettie, combina muy bien con tu vestido.

—¡Tiene que llevar mis guantes, lady Bethany!

—¡Ay! Cada día me hacen más daño estos zapatos, pero... ¡son tan preciosos!

—¿En serio nadie ha visto mi chal?

El coche de la tía Hetty llegó puntual, con ella y lady Forrest en su interior. Era un vehículo lo bastante grande como para poder llevarlas a todas, de modo que las hermanas Keeling se dirigieron hacia él en fila y subieron con las cabezas bajas y actitudes humildes. Aun así, las dos ancianas las miraron con el ceño fruncido. La tía Hetty dio tres golpes con el bastón y el coche se puso en marcha.

—Jovencitas, estoy muy decepcionada con todas vosotras —declaró entonces.

—Lo sentimos mucho, tía —dijo Ruthie, tratando de parecer avergonzada. Lettie y Lizzie miraban algo por la ventana. Bethany no logró saber qué, pero debía ser muy importante, porque las tenía absortas.

—Insistiría sobre la conveniencia de que volvierais a casa de no saber que se trata de una batalla perdida.

—¡Deberías insistir, Hetty! —exclamó lady Forrest, que parecía incluso más indignada que ella.

—¿Para qué? No merece la pena.

Ruthie suspiró.

—Agradecemos tus desvelos, tía Hetty, pero no podemos quedarnos allí. A Lettie le da miedo Johnson.

—No es verdad —protestó Lettie—. Es a Lizzie.

Lizzie abrió mucho los ojos.

—Es verdad. A mí me da miedo.

—Tonterías. Johnson solo es un mayordomo. Los mayordomos no existen a menos que se les necesite.

—No estoy muy segura de que eso sea cierto, tía Hetty —dijo Ruthie—. Sospecho que tienen vida propia, y todo. En cualquier caso, James está de acuerdo en que volvamos a casa.

—Lo sé, lo hemos hablado. Vuestro hermano es demasiado blando, insiste en que os quedaréis con él. A mí me parece poco oportuno, pero bueno —suspiró—, ¿qué importa lo que pueda decir una pobre anciana?

—¡Hetty, no te rindas! —dijo lady Forrest, con enfado—. ¡Esto es una vergüenza! Deberías imponerte sobre estas niñas y recordarle a tu sobrino cuál es el modo conveniente de hacer las cosas.

—No se crea, lady Forrest. —Lizzie, que adoraba a su hermano, la miró enojada—. Tanto James como nosotras hemos recibido una educación esmerada. Por ejemplo, sabemos cuándo no debemos meternos en asuntos ajenos. No como usted.

—¡Oh! —exclamó lady Forrest, horrorizada—. ¡Pero bueno!

—¡Elizabeth Evelyn Diana Rose! —exclamó la tía Hetty—. No hace falta ser desagradable, ni aunque se tenga razón. En cuanto a ti, Hermione —la interrumpió, antes de que su amiga pudiese pedir explicaciones por semejante frase—, lo mejor será que lo dejemos estar. Está claro que la juventud de hoy es distinta.

—Sin duda alguna —masculló lady Forrest.

Se hizo silencio incómodo. En vista de que sus sobrinas no decían nada, lady Morton miró a Bethany con interés.

—Y tú tienes que ser su joven pupila.

¿Pupila? ¿Así la había mencionado a su tía? Qué astuto. Era una buena excusa para su presencia allí. Bethany hizo una leve inclinación con la cabeza.

—Encantada de conocerla, lady Morton.

—Mmm... ¿Cómo te llamabas? Me lo ha dicho, pero estoy demasiado mayor, no tardarás en descubrirlo.

—Soy lady Bethany, milady.

—Eso es. Bethany. Bonito nombre. —Cabeceó, como reflexionando—. Tengo entendido que eres hija del anterior lord Saxonshare.

—Así es, lady Morton.

—Estupendo. Buenas referencias. Le conocí, era muy amigo de mi querido lord Morton, y puedo asegurar que se trataba de un hombre extraordinario. Lamento mucho tu pérdida.

Tomada por sorpresa, Bethany sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Gracias, milady. Lo era.

—Pero bueno, niña... —Al darse cuenta de que se había emocionado, se inclinó hacia ella y le dio unas palmaditas amables en la rodilla—. Alegra esa cara, seguro que tu padre no querría que estuvieses tan triste. Ahora Gysforth se ocupa de ti y hemos de buscarte un pretendiente apropiado.

Es una suerte que seas una belleza. —Inclinó la cabeza, de un modo que le recordó a Thynne calculando su precio—. Quizá puedas aspirar hasta a un vizconde.

Ruthie giró los ojos en las órbitas, de un modo muy característico que ya empezaba a relacionar con ella. Lizzie y Lettie se echaron a reír. Bethany tuvo auténticas dificultades para mantenerse seria.

—¡Lady Ruth! —le recriminó lady Forrest—. Haga el favor de no hacer ese gesto, le hemos dicho mil veces que es impropio de una dama.

—Perdón, lady Forrest —dijo Ruthie—. He visto pasar a una conocida, lady Georgina Spencer. ¡Y qué espanto de vestido lleva!

La tía Hetty contuvo una sonrisa.

—No debes expresar tus opiniones de un modo tan abierto, Ruth.

—¿Y cómo debería hacerlo?

—Definitivamente, de ninguna manera, jovencita. Una auténtica dama inglesa debe transmitir la elegancia y la quietud de una figurita de porcelana. Su única expresión debe ser una sonrisa amable y... ¡Lettie! ¡No sonrías como una tonta!

—Lo lamento, tía. Intentaba parecer una auténtica dama inglesa.

Bethany se echó a reír. Aquel intercambio de pullas resultaba divertido, pero tras discutir durante otros diez minutos, todas las ocupantes del coche guardaron otra vez silencio, aunque ahora fue algo agradable.

El trayecto hasta la mansión de los marqueses de Kellogg duró poco más. Ya desde un par de calles antes, empezaron a sufrir las consecuencias del enorme atasco de carruajes que se había formado. Al final, decidieron bajar y seguir a pie la última manzana, arrulladas por las quejas de lady Forrest, que caminaba muy rígida con su bastón, mientras juraba que estaba muriendo por causa del reuma.

Para entonces, la fiesta ya estaba en pleno apogeo. La música se oía desde el exterior, a buena distancia. La casa estaba muy iluminada, incluso el jardín, por el que se movía una auténtica multitud, igual que en el camino de entrada.

—Ah, menos mal, aquí está vuestro hermano —dijo la tía Hetty, ya cerca de la puerta del edificio. Era cierto, Gysforth las había visto y esperaba en la escalinata, elegantísimo con su traje de etiqueta. Bethany y él intercambiaron una mirada intensa que no pasó desapercibida a la anciana.

Al darse cuenta, Bethany se ruborizó y miró para otro lado.

—Tía Hetty, lady Forrest, hermanitas... —saludó Gysforth. Sonrió—. Lady Bethany.

—Gysforth, querido, intenta poner un poco de sentido común en las cabecitas de tus hermanas.

—Lo intentaré, tía Hetty. —Se volvió hacia ellas, con burlona severidad—. A ver, jovencitas, ¿acaso no os estáis portando bien?

Ruthie alzó una ceja.

—Por supuesto que no. Somos tontas y atolondradas, ¿qué esperas de nuestra naturaleza

femenina?

—¡Lady Ruth! —exclamó lady Forrest—. ¡La ironía es algo muy feo en una dama!

James se echó a reír.

—No crea, lady Forrest, yo la encuentro deliciosa, porque indica inteligencia. Pero, venga, Ruthie, en eso no puedes engañarme. —Le pasó un brazo por los hombros y la besó en la mejilla—. Sé que tú eres sensata. —Miró a las gemelas—. Y vosotras, preciosas, pero esta noche más que nunca.

Lizzie y Lettie rieron y dieron palmas encantadas. Bethany, en su rincón, no pudo por menos que sonreír con nostalgia por algo que nunca tuvo. ¡Era tan bonito ver cómo se querían aquellos hermanos!

—Está bien, me rindo —dijo la tía Hetty, que tenía aspecto cansado—. Gysforth, ayúdanos, por favor. Abre camino para lady Forrest y para mí, y búscanos unas sillas.

—Por supuesto. —Le ofreció el brazo, galante—. Venga conmigo.

Gysforth entró con su tía, seguido de lady Forrest, sus hermanas y de Bethany. Esta iba la última, caminando lentamente, tan fascinada por cuanto veía, que casi se perdió en un par de ocasiones. No era para menos. Aunque recordaba muchas fiestas celebradas en Saxonshare Manor o en otras mansiones de Mauve Meadow, nunca había visto una como esa. No dejaba de volver el rostro para todos lados, sorprendida y admirada por mil detalles.

La entrada y toda la fachada delantera estaba profusamente iluminada por una multitud de lámparas pequeñas, como burbujas mágicas que flotaran en la espesura, y la transición entre el exterior y el interior, entre el jardín y el vestíbulo, resultaba incierta, porque la habían decorado como si fuese una gruta natural llena de vegetación, con gran abundancia de flores.

La temática de la fiesta, como ya le habían comentado las hermanas Keeling, era «La primavera» y en la casa no había un solo adorno de que no se hubiese pensado cuidadosamente, desde las ramas de los árboles utilizadas para decorar paredes y techos hasta los grandes ramos de flores situados por todas partes, pasando por la fuente con peces de colores que se había instalado en el centro del gran vestíbulo.

En el salón de baile, también ambientado en el tema, pero de un modo más ligero, las parejas daban vueltas al ritmo de la música y una multitud se hacinaba en los laterales y en las balconadas que daban hacia el jardín, cuyas puertas estaban abiertas de par en par, mientras un auténtico ejército de camareros se ocupaba de pasar entre los invitados, ofreciendo diversas bebidas.

Gysforth llevó a su tía hasta un rincón donde había varias sillas tapizadas con un terciopelo del color del vino, y la ayudó a sentarse. También se mostró solícito con lady Forrest, aunque de otro modo.

—¿Podemos tomar champán? —preguntó Lettie. James hizo una mueca.

—No sé si le parecerá bien a la tía Hetty. Lo que diga ella.

—Es elegante que una dama beba champán —convino la anciana. Alzó un dedo, para interrumpir el entusiasmo de las gemelas—. Pero solo una copa. Dos, sería totalmente

inapropiado.

—¡Bien! —exclamó Lizzie, dando saltitos.

—Pero si no te gusta el champán —le dijo Ruthie.

—¡Bueno, pero es elegante!

—Mirad. —James señaló en una dirección—. Las hijas de lord Whitethorn. Seguro que os apetece charlar con ellas. —Las gemelas, que habían ido al internado con las dos hijas menores de lord Whitethorn, se fueron encantadas. Ruthie dudó—. ¿No vas con ellas?

—No. Ronnie Whitethorn está un poco pesado últimamente. —Se refería al hijo del marqués. Miró a su alrededor—. Creo que iré a... a dar una vuelta.

—¿Cómo? ¿Sola? —exclamó lady Forrest—. ¡No será cierto!

—¿Qué problema hay? Solo voy a...

—Sé perfectamente a lo que vas, a esconderte por ahí, y no voy a consentirlo —la cortó su tía—. Si no quieres bailar ni quieres hablar con nadie, muy bien, de acuerdo, pero siéntate aquí a mi lado, bien a la vista.

—Tiene usted ya una edad —añadió lady Forrest—. ¿Cuántas veces hay que repetirle que si no encuentra marido de una vez, va a quedarse solterona?

Ruth rio.

—Justo lo que quiero, señoras. —Se agachó para besar la mejilla de su tía—. Iré a la biblioteca. Dudo que vaya nadie por allí en toda la noche. Con suerte, encontraré papel y pluma, y podré ponerme a escribir, así me entretendré. Cuando vayáis a iros, avisadme —añadió mientras se iba.

—¡Estas muchachas de hoy en día! —Lady Forrest agitó la cabeza.

—¿De verdad no vas a hacer nada? —le preguntó la tía a Gysforth.

—Sí. —Él se inclinó ante Bethany—. Bailar, si es que esta hermosa dama me acepta.

Ella sonrió.

—Por supuesto, milord.

—Gysforth... —Tía Henrietta dudó—. Vale, está bien. No es mala idea que la vean bailar contigo, así la estarás poniendo bajo tu protección. Pero luego quiero que la traigas aquí, conmigo, y que vayas a invitar a la hija del duque de Wallard-Stoneport. A la mayor, lady Eve. Es más fea y bastante estúpida, ya lo sé, pero te repito que es la mayor.

—Ya veremos... —murmuró Gysforth, evasivo, mientras guiaba a Bethany hacia la zona de baile.

Sin más preámbulos, la enlazó entre sus brazos y la condujo por el salón, dando vueltas con elegancia. Bethany se dejó llevar, sintiéndose ligera como una pluma, casi mareada por la marea de percepciones que le llegaban de continuo.

Casi todas venían de Gysforth.

Gysforth, que bailaba muy bien, que se movía en la música como si fluyera con cada acorde, como si hubiese nacido para formar parte de ese movimiento continuo. Bethany se sentía flotar con

él en aquella cadena interminable de notas, envuelta en su perfume, un aroma masculino con regusto a limón. Notaba el calor de su cuerpo, la cercanía de su piel, a través de la ropa, en un tormento delicioso.

—¿Qué ocurre, Bethany? —le preguntó él, de pronto—. Estás tensa.

Bethany sonrió con desmayo.

—Un poco.

—¿Por qué?

—Por la situación, supongo...

Si preguntaba que qué situación, se moriría. Sería quitar importancia a todo aquello, a lo que estaba pasando entre ellos. Pero no lo hizo. Apretó más fuerte la mano con la que sujetaba la suya, como reafirmando el vínculo.

—Llevo todo el maldito día queriendo hablar contigo a solas —susurró. Ella tragó saliva.

—Y yo contigo.

—¿De verdad? —Eso pareció alegrarle—. ¿Por qué no me mirabas esta mañana?

Bethany se ruborizó.

—Porque... porque no sabía cómo hacerlo. Ni lo qué me iba a encontrar.

—¿Qué iba a ser? Bethany, lo que te dije anoche, es cierto. Te quiero. Te deseo, de continuo. No sabes lo que me cuesta no tocarte. —Su mano bajó por la parte de atrás de su cintura hasta llegar a una posición casi indecente. No presionaba, no la atraía, pero Bethany sentía su cuerpo tenso por la necesidad de hacerlo.

—Por favor... —susurró. La mano no siguió avanzando, pero tampoco retrocedió. Gysforth hizo una mueca.

—Si no fuera porque sé que esta noche vas a volver a mi casa y a mi cama, te invitaría a perdernos ahora mismo por alguna habitación de este palacio.

Bethany se echó a reír.

—Qué cosas dices. Sería exponerse a un escándalo.

—Ni te imaginas la cantidad de damas y caballeros que ahora mismo se divierten discretamente por ahí. Pero tienes razón, nunca te obligaría a eso, ni a nada. Creo que ha quedado claro.

Sí, claro que sí. Gysforth era un hombre maravilloso. La había comprado, pero solo para salvarla. La mantenía en su casa, pero estaba segura de que, a pesar de todo, no ejercería jamás ningún extraño derecho de amo, en el caso de que ella se empeñase en marcharse. Y había sido Bethany quien había iniciado la escena en la que acabaron entregándose el uno al otro. Algo le decía que, aunque la hubiese instalado en esa habitación, tan cerca, a su alcance, difícilmente hubiese ido él a buscarla, simplemente por respeto.

—Sí, supongo que sí —susurró. Él sonrió.

—Estás preciosa y yo te quiero, y hay música esta noche, Beth. Somos jóvenes y estamos llenos de pasión. ¿Qué más podemos pedir, ahora mismo? Dejémonos llevar. Ya pensaremos en el futuro, cuando llegue el momento.



Ella parpadeó, sintiéndose a punto de estallar de pura desesperación. Aquel podía haber sido el momento más feliz de su vida, pero la pena y la culpa la seguían acosando, empañándolo todo. Tenía que contárselo. Tenía que decírselo cuanto antes, ya. No podía soportarlo más.

—He matado a Saxonshare.

Tuvo la sensación de que había sido su cuerpo el que había hablado por su cuenta, tratando de liberarse. La frase la soltaron sus labios y ella la escuchó desde fuera, con unos oídos que no eran los suyos.

Gysforth se detuvo bruscamente, mirándola atónito.

—¿Qué? ¿Cómo...?

—¡Tuve que defenderme! —explicó. Las otras parejas pasaban muy cerca, una hasta les empujó sin querer, pero no hicieron caso—. Él... él intentó violarme. Yo me defendí y...

Guardó silencio, más asombrada incluso que él, cuando, de pronto, sus ojos se toparon con la figura de Freddy, al otro lado de la sala.

De haberle visto solo, quizá hubiese pensado que se trataba de su fantasma, que se le estaba apareciendo para atormentarla por su asesinato y su silencio. Si además hubiese estado mirándola, pálido, ya le hubiese arrancado un buen grito. Pero, por suerte, no fue así.

Freddy parecía de lo más vivo, y muy patético. Llevaba aquel traje que tan bien le sentaba, pero estaba desaliñado y muy nervioso, además de evidentemente borracho, mientras intentaba hablar con dos jovencitas y sus madres. Una de ellas hacía gestos a un caballero, para que fuese a ayudarlas.

—Pero ¿qué pasó? —seguía preguntando Gysforth, que le tenía a su espalda—. ¿Cuándo ha ocurrido? ¡Bethany! —La cogió por los brazos y la sacudió, sin importarle las miradas que estaban atrayendo, allí quietos, de pie entre todas las parejas que pasaban bailando—. ¡Responde! ¡Esto es muy grave! ¿Qué has hecho?

—Yo... no... —Nada, no conseguía salir de su asombro. Pero no se confundía, no. ¡Era él! ¡Freddy estaba vivo!

Al darse cuenta de que estaba trastornada por algo, Gysforth se giró, para comprobar qué miraba. Vio también a Freddy, discutiendo con el caballero.

—Pero... ¿tu primo no es aquel de allí? —preguntó, desconcertado.

—Sí... No lo entiendo. —Nada, que no sabía ni cómo reaccionar—. ¡Te juro que le maté, James, te lo juro! Le abrí la cabeza con la botella de agua de mi mesilla. ¡Por eso huí, fue cuando me atrapó esa gente!

Gysforth puso cara de comprensión.

—Ah, entiendo. Sí, ya imaginé que fuiste tú la que le hizo esa brecha, además de arañarle la cara. No puedo decir que lo lamente. Pero ¿estás diciendo en serio que Saxonshare intentó violarte?

—Sí, claro que sí. ¡No bromearía con algo semejante! Quería hacerlo para obligarme a casarme con él.

Él frunció el ceño.

—¿Por qué querría hacer eso? No lo entiendo. ¿Acaso te ama?

—¡No! No, claro que no. Pero era el modo de conseguir un dinero que me dejó mi padre, y que espera en el banco para cuando sea mayor de edad o me case.

—Ah... Sí, comprendo.

—Y tú, ¿cómo lo sabes? Lo de la brecha, lo de que me defendí...

—Le vi los arañazos el día en que nos reunimos para firmar los documentos de tu tutela. Además, llevaba un vendaje en la cabeza.

—¿Mi tutela? —preguntó, cada vez más atónita.

—Claro. Ahora soy tu tutor, Bethany, ya lo sabes. Fue la condición que puse para solucionar su problema económico. ¿Por qué crees que te llevé a mi casa? De otro modo, te hubiese devuelto a la de tu primo. —Bethany se llevó una mano a la boca. ¡Fue por eso! De pronto, todo cobró sentido. No la retenía con él porque la hubiese comprado en aquel tugurio, sino porque era de verdad su pupila y se consideraba responsable de su seguridad—. Por Dios, creí que lo sabías.

—No...

—Pero, no lo entiendo. Él me dijo que te lo había contado, y que por eso habías huido de su casa, que no querías ser mi pupila, aunque eso no llegué a creerlo. —Volvió a mirar a Freddy, pero ahora con el ceño fruncido—. Valiente bellaco. Está claro que me mintió.

—No me lo dijo. Y no le maté... ¡Oh, Dios mío, no le maté! —susurró Bethany, pensando en el miedo que había pasado, en su huida, en la vieja bizca y el jefe de aquellos maleantes. En la subasta. En su entrega a James, pensando que debía ganarlo para su causa, para que la protegiera—. ¡Pero te juro que tengo unas ganas inmensas de matarlo ahora mismo!

Intentó ir hacia Freddy, pero Gysforth la contuvo.

—Perdona que me inmiscuya, cariño, pero mejor que dejemos los crímenes sangrientos para otra ocasión. —Lanzó un vistazo alrededor y ella le imitó. Se topó con muchas miradas de censura, entre ellas las de lady Forrest y la propia tía Hetty, desde sus sillas. Parados allí, estaban llamando mucho la atención—. No te aconsejo que montes una escena aquí.

—No puedo irme sin más, James.

Él escrutó sus pupilas, como si quisiera valorar exactamente cómo se sentía y qué necesitaba. Terminó asintiendo.

—¿Quieres hablar con Saxonshare?

—Sí, por favor.

—Muy bien, yo te escoltaré, pero con calma, por favor. Recuerda en todo momento dónde estamos: en un maldito escenario. Nos mira todo el mundo. —Se echó a reír, como si le hubiese contado algo muy gracioso y le cedió el paso en dirección al punto en el que estaba su primo—. Camina con tranquilidad, con indiferencia, como si no pasara nada.

Ella obedeció. Por muy enfadada que estuviese, por mucho que le hubiese alterado todo aquel asunto, sabía que James tenía razón. No necesitaba estrangular a Freddy allí mismo. Podía

conformarse con echarle un buen rapapolvo.

Al verles venir, Freddy dejó de discutir con el hombre, se apartó unos pasos y se puso en guardia.

—Bethany, ¿se puede dónde estabas? —tuvo el valor de preguntar. Todavía mostraba las marcas de sus uñas en la mejilla y una venda en la cabeza.

—¿Que dónde estaba, desalmado? —preguntó ella, indignada. Toda la pena que había sentido al creerle muerto, no por él, sino por el niño que había sido, se había disipado como por arte de magia. Tenía ganas de gritar—. ¡Canalla, más que canalla! ¿De verdad te importa?

—Baja la voz —le recomendó Gysforth. Iba a hacer caso del consejo, pero Freddy se le adelantó.

—¿Todavía te atreves a insultarme? —dijo, enfadado—. Debería denunciarte. ¡Casi me matas!

—O yo a ti. ¡Trataste de violarme!

—Tonterías. No intenté nada que no estuvieras deseando que...

Gysforth adelantó una mano y sujetó a Freddy por la solapa de la chaqueta. No tiró, ni fue un movimiento agresivo, simplemente dio la impresión de querer colocar bien algún pliegue. Pero el mensaje quedó claro y Freddy le miró con miedo.

—Tenga cuidado con lo que va a decir, lord Saxonshare —susurró James, con una sonrisa—. De verdad, hágalo, o tendré que darle un puñetazo aquí mismo. Y luego retiraré la generosa renta que tiene estipulada.

—¿Qué renta? —preguntó Bethany.

—¡No puede hacer eso! —exclamó Freddy. Gysforth arqueó una ceja.

—¿De verdad? ¿Quién lo dice? Hágame enfadar y estará en Fleet antes de darse cuenta de lo que ha ocurrido. —Freddy se mordió la lengua—. Bethany, ¿has terminado? Deberíamos volver con mi tía.

Ella asintió.

—Mañana sin falta iré a verte, procura estar en casa a mediodía —le dijo a Freddy—. O mejor dicho, procura levantarte de la maldita cama para esa hora. Tenemos que solucionar algunas cosas.

Su primo estaba muy pálido y no dio muestras de ir a contestar, así que se desentendió de él y se alejaron de allí. Gysforth la escoltó por todo el salón.

—¿Qué cosas? —le preguntó, antes de llegar a la posición de la tía Hetty y lady Forrest.

—Las joyas de mi madre. Quiero recuperarlas.

Él puso mala cara.

—Bethany, no te hagas ilusiones. ¿Joyas? Dudo que las siga conservando.

—¿Cómo que no? No son tuyas, James, solo las tiene en custodia.

—¿Y qué? Si las tenía a mano, las habrá vendido por ahí o las habrá apostado directamente. ¿Es que no le conoces? Ha sido capaz de todo por mantener su vicio. Incluso llegó a intentar violarte.

Sí, eso era verdad. ¿Habría sido capaz? No quería ni pensarlo.

—Oh, por favor...

—No te preocupes. Si ha ocurrido, estarán por ahí. Hazme una relación y trataré de recuperarlas lo antes posible.

Bethany sonrió.

—Gracias, James.

—De nada. Otra cosa, ni se te ocurra ir a verle sola. Si esperas a la tarde, quizá pueda escaparme un rato para acompañarte.

—Prefiero ir por la mañana. Sé que estará en casa.

—Por la mañana, me será imposible. Tengo sesión en el Parlamento, y no puedo faltar. —Meditó un momento, con expresión sombría—. Dile a Ruthie que te acompañe, al menos ella. Y, si no, que sea alguna doncella, incluso dos, mejor. Pero, por lo que más quieras, no vayas sola.

—No te preocupes, sé arreglármelas.

—No lo dudo. Pero haz lo que te digo.

—¡Lady Bethany, por fin la encuentro! —exclamó Lizzie apareciendo de pronto a su lado—. ¡Venga a conocer a unas amigas!

Bethany sonrió.

—Estaré encantada, pero solo si me tuteáis, tus hermanas y tú.

Lizzie la cogió de la mano, encantada.

—¡Pues claro que sí! ¡Hasta puedes ser una hermana Keeling más. —No quería. Prefería ser una Keeling, pero de otro modo. Al darse cuenta de lo que había pensado, Bethany perdió la sonrisa, pero ni James ni Lizzie se dieron cuenta de su turbación—. Vamos, ven. El hermano de lady Helen es de lo más interesante, y será vizconde algún día. ¡Tía Hetty dijo que podías aspirar a un vizconde! ¡Igual este te gusta! —Gysforth arqueó una ceja. ¿Estaba celoso? Bethany hubiera jurado que sí—. James, dice tía Hetty que te recuerde lo de lady Eve. La hija odiosa de lord Wallard-Stoneport, ¿eh? No la otra.

Él giró los ojos en las órbitas exactamente igual que hacía Ruthie.

—¡Dame paciencia, Señor! —exclamó, haciendo reír a su hermana—. En fin, será mejor que le siga un rato la corriente. —Acarició la mejilla de Lizzie y sonrió a Bethany—. Divertíos, luego hablamos. —Su mirada se intensificó, se volvió más íntima, aprovechando que Lizzie había visto a alguien y estaba saludando con la mano de un modo que no hubiera gustado nada a lady Forrest—. Todo se solucionará, te lo prometo.

Ella le vio alejarse, hasta perderlo entre la multitud.

En ese momento supo ya, definitivamente, que estaba enamorada.

## Capítulo 19

James ayudó a sus hermanas y a Bethany a bajar del coche, se despidieron de la tía Hetty y entraron en la casa. El señor Simpson, con cara de sueño, les esperaba en el vestíbulo.

—¿Tomarán algo los señores antes de retirarse?

—No, gracias, Simpson —contestó James—. Ni se le ocurra despertar a nadie. No se preocupe, cualquier cosa que necesitemos, lo prepararemos nosotros mismos.

—Discúlpeme, milord, pero sabe que a la señora Collins no le gusta que anden en su cocina.

«Santa paciencia», pensó James. Necesitaba mucha, a lo largo del día, para lidiar con tanto inconveniente.

—Pues será nuestro pequeño secreto, ¿qué le parece? —Le dio unos golpecitos en el hombro. Simpson miró su mano de reojo, como incrédulo por aquella confianza—. Ande, váyase a dormir, por favor. Y vosotras también, venga —añadió a su escolta femenina, en las escaleras. Todas rieron, sobre todo Lizzie, que había bebido una segunda copa de champán a escondidas. James no creía que su borrachera fuera real, pero seguro que ella sí que lo pensaba.

—¡Ha sido una noche maravillosa! —exclamó la muchacha, dando vueltas sobre sí misma mientras subía las escaleras, las largas faldas del bonito vestido rosa ondeando a su alrededor, sobre la crinolina—. ¡Thomas Rand me ha mirado! ¡Y va a ser marqués! ¡Tiene un castillo enorme!

—Qué bien —murmuró Ruthie, meditabunda.

—Ni siquiera escuchas —le dijo Lettie—. ¿En qué piensas?

—En una historia que he empezado a escribir durante la fiesta, relacionada con el juego del otro día, en la mansión de los Waugh, ¿recordáis?

—Oh, sí, fue muy divertido —asintió Lizzie—. ¿Por qué te fuiste, tonta?

—Porque entonces no tenía ganas de juegos. Pero, quién sabe, quizá el hombre que me tocó en suerte, y al que no llegué a conocer, hubiese podido ser el gran amor de mi vida.

—¡Eso es muy bonito, Ruthie! —exclamó Lizzie, arrebolada—. ¡Qué bien escribes!

—Bueno, para ser exactos, todavía no lo he escrito. Solo lo tengo en mente.

—Es un buen punto de partida para una historia romántica —convino Bethany con una sonrisa—. Solo espero que tu protagonista pueda llegar a conocerle, en algún momento.

—Sí, yo también, aunque aún no sé cómo. Tengo muchas ideas bullendo en mi cabeza ahora

mismo. Creo que voy a seguir tomando notas antes de dormir, si es que consigo mantenerme despierta. —Enfiló directamente hasta la puerta de su dormitorio—. Buenas noches.

—Buenas noches. —Las gemelas se metieron en el suyo. Bethany y James se quedaron en el pasillo, cada cual frente a su puerta. Volvieron las cabezas hacia atrás y se miraron.

—Buenas noches, lady Bethany —dijo él. Bethany sonrió.

—Buenas noches, lord Gysforth.

James entró en su dormitorio con varios grados de más en su temperatura corporal y una sonrisa absurda dibujada en los labios. La perdió al ver a Scrubbs, que dormitaba en una silla. El ruido de sus pasos le despejó con un sobresalto y se puso en pie de inmediato.

—Buenas noches, lord Gysforth —dijo, estirándose la chaqueta y comprobando que el cabello cubría bien las zonas de calva. Al notar que su voz sonaba ronca, carraspeó—. ¿Se ha divertido?

—Mucho más de lo que esperaba, por cierto. —James fue a quitarse la chaqueta por sí mismo, pero tuvo que dejar que terminara de hacerlo él—. Por favor, señor Scrubbs, me mortifica que cada noche se empeñe en quedarse levantado hasta mi vuelta. Váyase a dormir, por favor. Es muy tarde.

—Oh, no es problema. Y tengo que ayudarle, milord.

No era algo que le apeteciese, y por varias razones, la más importante de todas, que aquella despedida con Bethany, sabiendo lo que ambos pensaban hacer en cuanto se apagasen las luces, le habían provocado una buena erección, algo que el señor Scrubbs encontraría, como poco, inconveniente.

Pero, si le decía que su ayuda no era necesaria, le estaría negando la utilidad de su empleo, y eso le haría mucho daño. De modo que James suspiró y se resignó a que el ayuda de cámara le ayudase a desnudarse. Se puso el pijama, intentando disimular lo excitado que se sentía y le despidió en cuanto pudo.

James se sentó a los pies de la cama, esperando oír el sonido sordo de la llamada de Bethany, como la noche anterior. Pero pasaron diez minutos y nada.

¿No iba a ir? ¿De verdad iba a atormentarle de semejante modo?

Se levantó y se dirigió a la puerta de comunicación entre los dormitorios. Llamó con suavidad.

—¿Bethany?

—¿Sí? —La voz de la joven le llegó amortiguada por la distancia, seguramente estaba en la cama, pero se movió, porque luego sonó mucho más cerca, al otro lado—. ¿James?

—¿No vienes?

—Está cerrado. Pensé que... Bueno, que vendrías tú.

James comprobó la manilla. Ciertamente, la puerta estaba cerrada. Qué raro... Él la había dejado abierta.

—Espera un momento.

Fue a buscar la llave, pero tampoco estaba en su sitio habitual, un cajón del pequeño mueble de madera de caoba que había allí al lado. James parpadeó sorprendido. Pero ¿dónde diablos la

habían puesto? Miró por el suelo, por si se había caído de la cerradura o algo por el estilo, pero nada. Definitivamente, no estaba, lo que significaba que alguien la había cogido.

¿Y quién se habría atrevido a hacer algo así?

Miró hacia atrás, hacia la silla en la que había dormitado su ayuda de cámara. ¿Scrubbs? Quizá. Sí, posiblemente. Al fin y al cabo, fue el primero en darse cuenta de lo que había pasado entre Bethany y él. Scrubbs era demasiado discreto como para decirle nada a su joven señor sobre un tema tan delicado, pero también lo bastante osado como para tratar de impedir que algo semejante volviera a suceder en Gysforth House, nunca más.

«Y, ahora, ¿qué?», se dijo, enfadado. No pensaba quedarse allí y acostarse en su cama solitaria como un buen muchacho, con su enorme erección como única compañera. Si Scrubbs, o quien fuera, no quería que usase esa puerta, utilizaría otra. ¡Sería por puertas, en esa casa!

Se puso el batín y salió sigilosamente al pasillo. La mansión estaba en silencio y casi en completa penumbra, con solo algunas velas aquí y allá. Llamó apenas a la puerta de Bethany y, cuando oyó el murmullo de su voz, abrió.

Al otro lado, se encontró con una visión que solo había imaginado en sus sueños más eróticos.

Bethany estaba tumbada en la cama, de lado, con el cabello dorado extendido por la almohada. El lazo que cerraba el camisón estaba suelto, dejando ver con claridad el inicio de sus senos. El borde, algo subido, mostraba las preciosas piernas, dobladas de un modo sugerente.

—Ya pensé que no venía, lord Gysforth —le dijo, coqueta.

Él inspiró hondo.

—Nada ni nadie me hubiese impedido hacerlo. —Entró y cerró la puerta a su espalda. Fue hacia ella, intentando controlarse—. Perdona, pero me temo que ha habido un pequeño contratiempo. Creo que sufro de un motín en mi propia casa.

—¿En serio? —Bethany se incorporó hasta estar de rodillas y se arqueó para alcanzar sus labios. James le desnudó los hombros. El camisón cayó flojo, dejándola desnuda, y él cubrió sus senos con las manos. La sintió jadear en su boca, mientras tanteaba el primer beso—. Eso te pasa por ser tan complaciente como amo.

James se echó a reír.

—¿Lo soy?

—Mucho. —Bethany empezó a soltarle los botones del pijama—. Y ahora te toca complacerme a mí.

Él profundizó el beso mientras ella le ayudaba a librarse de la chaqueta, y luego del pantalón, con un único movimiento brusco. James se acostó a su lado y rodaron por la cama, hasta quedar sobre Bethany, siempre las bocas unidas, siempre las manos intentando abarcar más y más piel.

—Beth... —susurró—. Bethany...

La besó en el cuello, en los pechos, lamió sus pezones, deseando aprenderse por siempre sus formas, su olor, su tacto. Se lo tomó con calma, porque tenían todo el resto de la noche para ellos, un tiempo inmenso, en el que no existía nada más, ninguna otra cosa. Solo cuando la sintió bien

dispuesta, húmeda y excitada hasta el límite, la penetró poco a poco.

Bethany sollozó de placer. James la retuvo en el sitio y empezó a empujar en embestidas largas y lentas, muy lentas al principio, pese a que era un esfuerzo sobrehumano el lograr mantener el control; más rápidas a medida que sentía cómo la muchacha se acercaba al orgasmo.

Trató de no hacerlo, pero se coló en su mente la idea de que allí mismo habían hecho el amor tantas veces su padre y Evelyn. La hermosa y alegre Evelyn. La triste Evelyn del final de sus días.

—Evelyn...

Se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta cuando la sintió tensarse en sus brazos. Bethany se echó hacia atrás y le miró con horror.

James se apresuró a intentar disculparse:

—Perdona, no quise...

—¿Qué has dicho? ¿En quién estás pensando, James?

—En nadie. Perdona. —Intentó calmarla—. Ha sido sin querer, un error...

—No me toques. —Bethany se puso en pie. Desnuda, le miró, entre dolida y enfadada—. Sé quién es Evelyn, tus hermanas me lo dijeron. Era tu madrastra. —Hizo un gesto, abarcando el dormitorio—. ¿Esto, todo esto es por ella?

—¿Qué? ¡No!

—Fue tu primer amor, tú mismo me lo dijiste. Tallaste su inicial en el roble de Sleeping Oak. La primera mujer que te robó el corazón.

—Sí, pero no era más que un niño, un crío necesitado de un poco de cariño, y ella supo dármelo. ¡Por favor, Bethany, no confundas las cosas! Yo tenía nueve años cuando mi padre, ese gran hombre que jamás me llamó por mi nombre de pila, la trajo a casa. Ella acababa de cumplir los veinte. Era... —Necesitó tragar saliva para poder retomar la frase—. Era preciosa. Encantadora. Maravillosa. Me enamoré, sí, pero solo como se puede enamorar un niño de esa edad. Por Dios, la adoraba, la sigo adorando. —Se llevó una mano al corazón—. Porque, amor mío, si hubo algo luminoso en mi infancia, se lo debo por completo a mi abuelo y a ella.

Bethany parpadeó, algo apaciguada. Incluso conmovida.

—¿Me parezco a ella?

—Sí. —Al pensar en ello, se dio cuenta de que, quizá, eso influyó en la profunda fascinación que le había provocado aquella mujer, desde el principio—. Enormemente, lo reconozco. Quizá eso me deslumbró al conocerte, lo mucho que te parecías a Evelyn. Pero a diferencia de ella, tú puedes ser mía. —Tendió la mano en su dirección—. Eres mía.

Ella negó con la cabeza.

—No soy Evelyn. No quiero ser Evelyn, James, ni siquiera en tus fantasías.

—Eres Bethany. Mi Beth. Jamás lo olvido. Te lo juro.

La vio avanzar hacia la cama. Se subió, a cuatro patas, y se inclinó hacia él hasta que sus rostros estuvieron a punto de tocarse. James se sobresaltó cuando, también, notó cómo abarcaba su verga con la mano. Su cuerpo respondió al momento, endureciéndose, empezando a crecer otra



vez.

—Repite mi nombre —ordenó ella, con la larga melena cayendo libre sobre uno de sus hombros. Era más rubio que el de Evelyn, más largo y ondulado. Sus ojos eran de un azul más claro. ¡Se parecía tanto! ¡Y había tantas diferencias!—. Vamos, James Keeling, duque de Gysforth. Repite mi nombre.

—Bethany. Bethany. Bethany...

Arrastrado por aquel impulso salvaje, la cogió por la cintura y la derribó sobre la cama y la penetró de un solo impulso. Bethany gritó, y él también, moviendo las caderas una y otra vez, incapaz de contenerse. El placer les azotó como el golpe de una ola repentina, pero una ola de tempestad, de tormenta, algo bestial y salvaje. Empujó y empujó, y no tuvo más pensamientos que el deseo de estar por siempre haciéndole el amor a esa mujer que se retorció entre sus brazos.

Cuando vio que se tensaba por un orgasmo abrumador, él también se dejó llevar.

—Bethany... ¡Bethany!

Subió y subió arrastrado en una espiral, convencido de que nunca jamás había sentido tanto placer. Si moría, ¿qué podía importarle ya? Nada en absoluto, tras haber sentido algo tan maravilloso.

Cuando se dejó caer, agotado, sobre el pecho de Bethany, estaba sudoroso y jadeante.

—Bethany... —repitió, en un susurro.

—Espero que tus hermanas no nos hayan oído —replicó ella, casi sin aliento.

—Yo también.

La oyó suspirar.

—¿Qué va a ser de nosotros, James?

Buena pregunta. Ahora fue el rostro de la tía Hetty el que se coló en su mente. Le miraba con el ceño fruncido, como cuando estaban bailando en la fiesta de lady Kellogg.

—Lo que nosotros decidamos —respondió, porque así quería que fuese.

## Capítulo 20

Lo siguiente que supo, fue que le agitaban.

—¡James! ¡James! —Era Bethany. Por la ventana entraba luz. Ya se había hecho de día—. Tienes que irte. Vendrán en cualquier momento a despertarme.

—Está bien, está bien... —Adormilado, se puso los pantalones del pijama, hizo una bola con la chaqueta y el batín, y se levantó. Volvió sobre sí mismo para besarla—. Podría esconderme bajo la cama...

Bethany rio.

—No seas tonto. Anda, vete. Nos vemos en el desayuno.

James salió al pasillo. Estaba cerrando la puerta de la habitación, intentando no hacer ruido, cuando se abrió de pronto la de las gemelas y salió Lettie, en bata y con el pelo recogido en una multitud de lazos, para mantener los rizos.

Al verle, su hermana abrió los ojos como platos.

—¡Oh, perdón! Yo iba... Yo tenía hambre... ¡Ay, madre! —terminó, y volvió a meterse en su dormitorio.

—¡Lettie! —llamó James, pero fue inútil, ya había desaparecido, como si nunca hubiese estado allí—. Oh, por todos los demonios...

La puerta de Bethany se abrió al momento. Apareció con el camisón a medio atar. Lo que le faltaba.

—¿Qué ha pasado?

—Lettie. —Volvió a entrar en el dormitorio para hablar con más discreción—. En una de sus excursiones a la cocina. Me ha visto salir de aquí medio desnudo.

Bethany se llevó las manos a la cara.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué vergüenza!

James agitó la cabeza. De pronto, todo le pareció absurdo, casi ridículo. Se echó a reír.

—No te preocupes.

—¿Cómo no me voy a preocupar? —Se mordió los labios—. ¿Tú crees que se lo contará a las otras?

—Desde luego. Pero ellas no se lo contarán a nadie más. —La acorraló contra la pared y la besó, mientras aprovechaba el gran escote del camisón para pasar una mano por sus pechos—.

¿Seguro que no tenemos tiempo, lady Bethany? Ahora que ya vamos a ser motivo de escándalo para las hermanas Keeling, deberíamos hacer algo de verdad indecente.

—No seas tonto, debes irte. —Le devolvió el beso, pero apartó sus manos y empezó a empujarle—. Tenemos que comportarnos, que una cosa es que lo sepan y otra que nos pasemos de la raya. —En el último momento, le acarició la mejilla con una sonrisa—. Gracias, James.

—¿Por qué? debería ser yo quien agradeciera.

—Me rescataste. Me salvaste. Me trajiste aquí y me cuidaste. Y me estás dando un futuro.

—No es nada. Ojalá pudiera... —Agitó la cabeza. No quería estropear el momento con sus problemas—. Nos vemos en el desayuno.

La besó por última vez y volvió a su dormitorio. Allí, se lavó y se arregló por su cuenta y, cuando llegó Scrubbs, estaba esperando sentado en una silla.

—¿Milord? —dijo el ayuda de cámara, mirándole sorprendido—. Veo que hoy ha madrugado mucho.

—Sí. Bastante.

—Y veo que ha escogido su atuendo por sí mismo. Póngase en pie, por favor. —James lo hizo. Scrubbs giró a su alrededor—. Buena elección, aunque si me permite, cambiaremos esa corbata por una de tono...

—No, déjelo, Scrubbs, iré bien así hoy. Si sigo aquí es porque quiero hablar con usted.

—Por supuesto, milord —replicó el hombre, aunque ya no pudo evitar mostrar su nerviosismo.

—No voy a entrar en detalles, pero ambos sabemos a lo que me refiero. Bajaré al despacho a trabajar un poco. Luego desayunaré y subiré a coger... da igual, alguna cosa que se me haya olvidado. Y cuando así sea, encontraré en este dormitorio todo lo habitual, en el sitio de siempre. Todo. ¿Está claro?

Scrubbs apretó los labios.

—Milord, no...

—No, Scrubbs, por favor. Ni usted ni yo queremos hablar del asunto más de lo necesario, se lo aseguro, pero ambos sabemos a qué me estoy refiriendo. —Scrubbs enrojeció—. No tengo nada más que decir, excepto que si las cosas no están como deberían a mi vuelta, tendré que tomar medidas que me pesarán enormemente, pero no habrá más remedio.

—No sé si le entiendo, milord.

—Me explicaré mejor, entonces: si, cuando vuelva, lo que falta no está en su sitio, me veré obligado a prescindir de sus valiosos servicios como ayuda de cámara. —Scrubbs estaba tan pálido como un muerto—. Como puede comprobar, de verme obligado a ello, podría llegar a arreglármelas sin usted. A excepción de la corbata, no he hecho un mal trabajo, por mí mismo.

Se dirigió a la puerta y salió, cerrando sin ruido. Qué situación más desagradable. No deseaba por nada del mundo tener que prescindir de Scrubbs, aunque a veces resultase irritante tener a alguien sujetándote los calzones, era quien mejor conocía su armario y tenía un gusto exquisito a la hora de combinar complementos. Además, le apreciaba. Como casi todo el servicio en la casa,

eran gente leal, que llevaban años con la familia y se sentían parte de ella.

Por eso había hecho Scrubbs lo que había hecho, no lo ignoraba.

Bajó al despacho y trató de leer la copia de uno de los proyectos de ley que se votarían en breve. No había conseguido avanzar demasiado cuando llamaron a la puerta.

—Adelante.

Se asomó el señor Simpson.

—¿Da usted su permiso, milord? ¿Tiene unos minutos?

—Por supuesto. Pase.

Simpson miró para atrás, por lo que, antes de ver a la señora Brown y al propio Scrubbs, ya sabía que no estaba solo. Pasaron los tres y se pusieron en fila ante el escritorio. El ama de llaves y el ayuda de cámara eran los más compungidos. Del señor Simpson, como siempre, no hubiese sabido decir en qué estaba pensando.

—Milord, si me... si nos permite...

James dejó los papeles y se recostó en la silla.

—Adelante, señor Simpson, por supuesto.

—Queríamos decirle que, el pequeño incidente ocurrido en su dormitorio, no ha sido cosa del señor Scrubbs. —Quizá esperaba que James dijera algo, pero este se limitó a arquear una ceja—. Él, la señora Brown y yo nos reunimos para valorar la... bueno, la situación, y pensamos que lo mejor era evitar... complicaciones mayores.

En definitiva, que habían considerado que si cerraban la puerta de comunicación entre los dormitorios y se llevaban la llave, todo se solucionaría, porque estaban acostumbrados a que él se comportara como un niño bueno.

—Comprendo. Estoy seguro de que hicieron lo que consideraron mejor para todos nosotros.

—¡Oh, por supuesto, milord! —exclamó la señora Brown, frotándose nerviosa las manos.

—Lo sé, señora Brown, no se preocupe. Ustedes han sido el pilar de esta casa desde hace tanto tiempo que, sinceramente, creo que se hundiría sobre sí misma sin su presencia. La familia Gysforth les debe mucho, yo les debo mucho. Me han visto crecer y me ayudaron en innumerables momentos. —Por primera vez vio algo en los ojos de Simpson, una emoción. Supuso que se estaría acordando de las veces que le había abrazado, consolándole, después de que su padre le azotase con la vara—. Espero que sepan que les tengo en gran estima.

—Gracias, milord.

—Pero también deben entender que ya no soy aquel niño. Ahora soy el duque de Gysforth y tomo mis propias decisiones en mi casa. Si tienen algo que decir sobre lo que sea, me lo dicen y yo lo valoraré, pero no actúen a mis espaldas como si volviese a tener diez años. No me gusta nada.

Los tres criados se miraron entre ellos.

—Quizá le debemos una disculpa por no haber abordado este asunto de un modo directo, milord —siguió el señor Simpson—. Pero tenga en cuenta que es un tema que nos... abochorna

enormemente. Sabemos lo que ha pasado. Y no es...

—Vuelve a cometer el error de tratarme como un niño, señor Simpson —le cortó James con voz fría—. Lo único que importa aquí es que, de ser yo mi padre, jamás se hubiesen atrevido a actuar de semejante manera.

Simpson carraspeó, culpable.

—No, milord. No nos hubiésemos atrevido. Pero él tampoco hubiese hecho nunca algo así.

—No, claro. —No pudo evitarlo, tuvo que añadir, arrastrado por el rencor y la rabia—: Él solo abría esa puerta para atormentar a la pobre lady Evelyn. Y eso era algo que podía permitirse.

El mayordomo enrojeció. La señora Brown se llevó las manos a la boca. Scrubbs miraba al suelo con ojos brillantes.

—Son asuntos de matrimonio —dijo torpemente Simpson.

James frunció el ceño y se puso repentinamente en pie, provocándoles un sobresalto general.

—El matrimonio nunca debería justificar ciertas cosas. No haga que me enfade más, por favor.

El mayordomo hizo una mueca.

—Está bien, milord. No pretendía justificarlo. Pero ya no estamos en aquellos tiempos ni juzgamos el comportamiento de su padre.

—No, claro que no. Están juzgando el mío. Y no lo voy a consentir. Lady Bethany está donde debe estar y ustedes tres cumplirán sus tareas sin inmiscuirse de ninguna forma.

El señor Simpson irguió mucho la espalda.

—Por supuesto, milord. Pero siempre que usted tenga muy claro que, si esto se sabe, será un escándalo.

—¡Y esa pobre niña! —exclamó la señora Brown, dando un paso al frente—. ¿Qué será de ella después? ¿Ha pensado en eso, milord?

James parpadeó, pillado en falta.

—No se preocupe, señora Brown. Yo me hago responsable de su futuro.

—Es una dama. ¿Qué va a hacer? ¿Convertirla en su amante?

—Ya es su amante —puntualizó el señor Simpson.

James dio un golpe en la mesa con el puño cerrado.

—Desconozco la razón por la que estamos hablando de este asunto, señores, pero se terminó. Como le he dicho al señor Scrubbs, espero que todo esté en su sitio cuando vuelva. Y ni una palabra más. Nada de esto les concierne. Es algo que solo nos importa a lady Bethany y a mí. Se lo advierto muy seriamente, señor Simpson —añadió, al ver que el mayordomo iba a protestar—. El próximo que diga algo o haga algo al respecto, será despedido de forma inmediata.

Simpson palideció.

—No será capaz.

—Ya lo creo que sí. No soy un monstruo, no les echaré a la calle. En retribución a los muchos años de servicio a la familia Gysforth, les entregaré una bonita casa a cada uno, allí donde más les guste vivir, y me ocuparé de que tengan todas las necesidades cubiertas, con una renta anual de mil

libras, gastos médicos aparte. Pero se irán de aquí, porque habrán demostrado que no me respetan como señor de esta casa.

Los tres volvieron a intercambiar una mirada, pero esta vez era de derrota.

—Es usted muy generoso, milord —dijo la señora Brown. Su hermana mayor estaba muy enferma y James estaba pagando todos sus gastos desde hacía tiempo—. Siempre lo ha sido.

—Ustedes son parte de esta casa. Parte de la familia Gysforth. Pero no vuelvan a hacer algo así. No olviden quién es el duque ahora.

Simpson asintió.

—Por supuesto, milord. Disculpe nuestra torpeza. No volveremos a inmiscuirnos en sus asuntos.

La idea, curiosamente, le llenó de tristeza. De alguna forma, en ese momento se estaba cruzando una línea en Gysforth House. El joven señor dejaba de ser el niño criado un poco por todos y se estaba convirtiendo en el señor a secas, el amo, el que decidía las cosas.

Asintió.

—Gracias. Les prometo que yo trataré de reflexionar sobre todo lo dicho. Aunque no lo parezca, por lo ocurrido, saben que me importa mucho el buen nombre de esta casa. Es solo que...

«Me he enamorado». La frase se le atascó en la garganta y quedó sin terminar, pero posiblemente todos sintieron las palabras en su interior. La señora Brown pareció a punto de echarse a llorar y Scrubbs y Simpson perdieron beligerancia. Hasta hubo algo de ternura en el modo en el que le miraron. Saludaron con una inclinación y salieron en silencio.

Cuando, antes de partir para el Parlamento, pasó por su dormitorio, la llave de la puerta de comunicación entre los dormitorios de los duques, estaba en el lugar de siempre.

## Capítulo 21

Bethany bajó del coche y contempló la fachada de Saxonshare House. Jamás había tenido un aspecto tan descuidado, ni siquiera a su llegada de Mauve Meadow, cuando llevaba años cerrada. Su padre siempre había tenido un servicio mínimo en la ciudad, un matrimonio y su hija, que se ocupaban del mantenimiento, la limpieza general y la atención al jardín, pero con el cambio radical de Freddy fueron los primeros en ser despedidos.

Por eso, el jardín parecía camino de convertirse en un zarzal salvaje y los cristales de las ventanas estaban tan sucios que apenas lograban verse las cortinas del interior. Por suerte, supuso, porque seguro que estaban igual de indecentes.

—Qué desastre —dijo, mientras Ruthie liberaba el volante del vestido que se le había atorado en un lateral del coche, al bajar, y se colocaba a su lado.

—Bah, no es tan terrible —le contestó, con una sonrisa—. La casa es preciosa, de verdad, se le puede sacar mucho partido. La señora Brown lo pondría todo en orden en un segundo, con media docena de criadas.

—¡Sí pero yo no dispongo de medios ni para contratar una sola!

—Vamos, Bethany... Sabes que solo tienes que decirlo, y James se ocupará de todo.

—Sí, bueno... —No quería seguir siendo una carga. Aunque la familia Gysforth tuviera más dinero del que podría gastar en mil vidas, le desagradaba la idea de estar siempre en deuda. ¡Toda la ropa y los sombreros, guantes y zapatos que le había comprado! A eso había que añadir que ya le debía mil libras, de la subasta. Esas, quería devolvérselas en cualquier caso, pero a saber cómo iba a conseguirlas, porque Freddy estaría sin blanca. Contenta quedaría si pudiera recuperar esas joyas sin demasiados problemas—. Vamos a...

—Espera. —Ruthie le apoyó una mano en el antebrazo—. Bethany... ¿te importa que mientras atiendes tus asuntos, vaya a hacer unas compras?

—¿Compras? ¿Sola? —Las preguntas surgieron casi por su cuenta, de pura sorpresa. Recordó las advertencias de James, su insistencia en que fuese acompañada a ver a su primo. «Tonterías», se dijo. Era muy capaz de lidiar con Freddy sin ayuda, siempre lo había hecho—. Pero ¿estás segura? Quizá deberías llevarte el coche y luego volver a buscarme.

—No, no. Cogeré uno de alquiler, si lo necesito. Busco... busco una librería. —Había evitado sus ojos, así que supuso que era mentira—. Quiero ver si encuentro un libro que me interesa, y de

paso compraré algo de papel, unos plumines... Nada importante, pero así aprovecho la salida. Me reuniré contigo en el Sophie's. —Se refería al salón de té en el que habían quedado con las gemelas, uno de los lugares de moda del momento—. Estaré allí a la hora, sin falta.

Bethany la miró con atención, segura de que Ruthie ocultaba algo. Era obvio que quería hacer lo que fuera por su cuenta, sin acompañante, y había aprovechado la oportunidad que le procuraba esa salida. Pero, ¿qué derecho tenía ella a interponerse? Ninguno. Ambas eran de la misma edad y, de estar haciendo alguna algo indecoroso, era precisamente ella, acostándose con Gysforth, siendo su amante.

—Bien. Pero ten cuidado, por favor, ¿vale? —Apoyó suavemente una mano en su brazo—. Y si necesitas algo, ya sabes que puedes contar conmigo siempre, Ruthie, para lo que sea.

Ruthie parpadeó. Asintió.

—Sí, tranquila. —Sonrió—. Gracias, Bethany.

—¿Por qué?

—Por preocuparte por mí, pero respetando mis deseos. No te creas que es algo tan habitual en mi vida. —Le dio un beso en la mejilla—. Nos vemos en el salón de té.

Sin más, se giró y enfiló calle abajo. Bethany intercambió una mirada con Bullock. El hombre agitó la cabeza y mordisqueó la pipa que llevaba en la boca con un gesto de contrariedad.

Qué curiosos eran los criados de Gysforth House. Siempre actuaban como si fueran los padres de sus señores.

Bethany suspiró y entró en la casa. No había dado ni dos pasos por el vestíbulo cuando salió Claire por el pasillo de la servidumbre. Iba armada con un atizador que se le cayó por el sobresalto, provocando un fuerte ruido metálico sobre el suelo de baldosas desnudas.

—¡Lady Bethany! —Se llevó una mano al pecho—. ¡Menos mal! ¡Oí ruidos y me asusté! ¡Últimamente solo vienen hombres horribles, y hasta se meten ya en la casa amenazando para que les paguemos!—Hizo una inclinación nerviosa. Estaba más delgada y despeinada, con la ropa sucia y los ojos muy rojos, como si hubiese estado llorando durante horas, incluso días. De hecho, en esos momentos sollozó y se arrojó a sus pies. Le cogió las manos y empezó a besarlas—. ¡Oh, milady! ¡Cómo me alegro de verla! ¡Me preguntaba dónde estaría!

—¡Claire, por favor, levanta! —La doncella se resistió. Casi tuvo que tirar de ella hacia arriba, para que se pusiese otra vez en pie—. No lo entiendo. ¿No os ha dicho nada mi primo? Le vi anoche.

—Apenas me lo he cruzado esta mañana, cuando llegó. Además, lord Saxonshare no suele hablar más que para dar alguna orden.

—Ese maldito... —Bethany frunció el ceño—. ¿Os ha pagado?

—No, milady. Nada.

—Me juró que lo haría. Claro que, ni yo misma le creí. —La miró, avergonzada—. Perdóname, Claire. Sabes tan bien como yo que mi padre nunca hubiese permitido esta situación.

—Lo sé, milady. Milord era un santo. Siempre se preocupó mucho de todos nosotros.



—Así es. Y yo haré lo mismo, mientras me sea posible. Te juro que, aunque haya que esperar a que sea mayor de edad, os pagaré con creces todo lo que os debe mi familia.

—Gracias, milady. Pero no podemos esperar años, tiene que ayudarnos ahora.

—¿Ahora? —Bethany titubeó—. Desde luego, pero... Después de lo que me dijiste la última vez que hablamos, pensé que estaríais ya buscando otros empleos. De hecho, lo único que me sorprende de todo esto, es que sigáis aquí.

Claire se limpió las lágrimas de las mejillas.

—Milady, mi padre se ha puesto enfermo, muy enfermo...

—¿Qué? ¿Qué le pasa?

—No lo sé, no deja de toser y tiene fiebre, pero no tenemos dinero para un médico y no podemos ir a ningún otro lado. Milord me dijo que podía pagar nuestro alojamiento con mi trabajo, pero no nos da nada, por lo que ahora, además de ocuparme de todo aquí, me traigo ropa para lavar de otras casas, porque si no, no podríamos ni comer.

Bethany se llevó una mano a la frente.

—Oh, dios mío, Claire... —Arrastrada por un impulso, la abrazó por los hombros, estrechándola contra su pecho—. Qué situación espantosa has tenido que soportar.

—No se preocupe, milady. Eso ya ha pasado y ahora está usted aquí. —La miró, esperanzada—. Porque va a ayudarnos, ¿verdad?

Claire tenía razón. Debía hacerlo, eran responsabilidad suya. Y solo se le ocurría llevarlos a Gysforth House con ella, no había otra alternativa. Solo esperaba que James estuviese de acuerdo con semejante decisión. Imaginaba que sí.

—¿Tu padre puede salir a la calle?

—Sí, bueno, está bastante débil, pero podría hacer un esfuerzo.

—Pues prepara vuestras cosas porque os venís conmigo, en cuanto termine de hablar con mi primo.

Claire la miró sorprendida.

—¿Adónde vamos?

—A casa de lord Gysforth. Allí estoy viviendo ahora, es mi tutor, y estoy segura de que seréis muy bien recibidos.

Por primera vez, los ojos de Claire brillaron por una nueva ilusión.

—¡Oh, milady! ¡Qué alegría! ¡Gracias, gracias!

—No me las des a mí. Hazlo con lord Gysforth cuando lleguemos. —Miró con pena el vestíbulo y la escalera, en los que ya no quedaban objetos de valor. Ni siquiera las alfombras—. ¿Mi primo, sigue durmiendo?

—Sí, milady.

—Bien. Despiértale y dile que le espero en el despacho —añadió, encaminándose hacia allí.

Bethany entró, cogió la llave de la caja fuerte del compartimento secreto del escritorio, apartó el cuadro que la cubría y la abrió. En otros tiempos, dentro solía haber papeles diversos, una

buena cantidad de dinero en efectivo y el joyero de su madre; ya solo quedaban algunos pagarés en blanco y las pólizas de los seguros de vida que tenían Freddy y ella en *The Equitable Life Assurance Society*.

Cuando su padre se hizo la suya, la que había servido para apuntalar el futuro de Bethany con una buena cantidad en el banco, también hizo otras para su sobrino y para su hija. Una extravagancia que Bethany siempre consideró absurda. Bien sabía el cielo que ella no necesitaba un seguro para nada, y menos en esos momentos. ¿A quién iba a dejarle el dinero, a Freddy? Pues estaba arreglada... Lo raro era que no hubiese intentado algo, para cobrar ese dinero.

Sintió un escalofrío al pensarlo. No, qué cosas se le ocurrían. Freddy podía haber perdido el juicio, haber intentado incluso violarla para obligarla a un matrimonio que no quería, pero de ahí a tratar de asesinarla...

De hecho, aquellas pólizas seguramente se habrían perdido a esas alturas, porque no veía a Freddy preocupado por pagar el dinero para mantenerlas, cuando le estaban acosando los acreedores por miles. Bethany las miró con indiferencia y volvió a dejarlas en su sitio.

En la caja fuerte no había nada más, a excepción de mucho polvo. Se temía lo peor, tal como se lo había advertido Gysforth, pero ponerse nerviosa no solucionaría nada. Cogió los documentos de pago y rellenó uno por mil libras. Para cuando por fin llegó Freddy, la tinta estaba bien seca.

—Ya era hora —le dijo, enfadada, pero también triste e impotente. ¡Qué mal aspecto tenía! Ojeroso, pálido, sin afeitarse, despeinado... Olía fatal y la ropa arrugada indicaba que había dormido con ella puesta. Bethany pensó en su tío Michael, el padre de Freddy, un hombre amable y cariñoso que hubiese sufrido mucho de poder ver cómo había terminado su hijo. Y ella, que era su prima, su única familia, no podía salvarle. Ya había asumido que resultaba imposible.

—¿Qué quieres?

Bethany señaló con un dedo el pagaré que esperaba en la mesa.

—Que firmes ahí.

Freddy se acercó tambaleándose y lo miró.

—¿Estás loca? —preguntó entonces, abriendo los ojos como platos—. ¿Mil libras? ¿Y esto por qué?

—Es lo que le debo a Gysforth por un problema que tuve al escapar de aquí. Y si escapé de aquí fue por tu culpa.

—¡Eso no es...!

—Si vas a decir que exagero o que yo te provoqué, o cualquiera de tus majaderías de turno, te juro que terminaré lo que empecé el otro día y te romperé la cabeza con lo primero que encuentre. Me darás el dinero —añadió, terminante—. Y me darás las joyas de mi madre. —Señaló hacia la caja fuerte—. Ahí no están. Tráelas de inmediato.

Freddy temblaba. Se lamió los labios, nervioso.

—No sé de dónde sacas siempre que tengo que obedecerte.

—Porque soy mayor que tú —le replicó, como cuando eran pequeños—. Dámelas ahora mismo,

Freddy, o haré que lord Gysforth te interponga un pleito para recuperarlas.

—¡Ja! No me asustas. Ni él ni tú queréis un escándalo.

—Ni tú tampoco. —Entrecerró los ojos—. ¿Qué hacías ayer en la fiesta? ¿Buscar una pobre tonta a la que sangrar, no?

—¡No! Bueno, sí, estoy pensando en casarme, ya va siendo hora. —Hizo caso omiso del modo en que ella le arqueó una ceja—. Pero se ha debido correr la voz de que estoy arruinado y tengo problemas, porque todo el mundo me rehúye. —La miró, suplicante—. ¿Tú no podrías ayudarme?

—¿Para qué? Tengo entendido que lord Gysforth te paga una renta más que generosa. Con ella podrías vivir aquí como un caballero y...

—Pero ¿qué dices? ¡Con eso no tengo ni para empezar a pagar los intereses de mis deudas!

Los intereses de sus deudas... A saber con qué gente se había empeñado ese tonto. Individuos como Thynne, capaces de convertir a los demás en mercancías, o incluso de matarles, si convenía a sus intereses.

Bethany inspiró profundamente. Tenía que intentarlo, aunque solo fuera una vez más. Por otros tiempos. Por el niño que creía en las hadas y las buscaba, pese al miedo, agarrado con fuerza de su mano.

—No debería, después de lo que hiciste, pero creo que podría convencer a James para que se ocupe de esas deudas —le dijo—. O al menos, a negociar en tu nombre una demora en el pago. Pero para eso, tendría que estar segura de que vas a dejar definitivamente el juego. Nada más. *Nunca más.*

Oír hablar de abandonar el juego le perturbó, como siempre. La miró con ojos entrecerrados.

—James, ¿eh? —¿Le había llamado por su nombre de pila? No se había dado cuenta. Bethany hizo una mueca, pillada en falta—. ¿Qué relación te une a Gysforth, Bethany? Eso de que quisiera ser tu tutor... No me creo que fuera algo inocente. ¿Eres su amante?

Bethany no pudo evitar ruborizarse.

—Eso no te importa.

Él abrió mucho los ojos.

—¡Lo eres! Si el pobre tío levantase la cabeza...

—¡Cállate! ¡No te atrevas a ir por ese camino! Si estoy así es en buena medida por tu culpa. ¿Y cómo osas hablarme de semejante modo cuando, además, te estoy ofreciendo mi ayuda, maldito desagradecido?

Freddy se mordió los labios.

—Es verdad, es verdad. Perdóname, últimamente no sé lo que me ocurre. —Se pasó las manos por la chaqueta, como intentando planchar sus arrugas—. Yo... La única forma de salir de este agujero en el que estoy metido por pura mala suerte, es ganar una gran cantidad, de golpe. No migajas de vez en cuando ni lograr demoras para pagos, ni tonterías así.

—Eso no...

—¡Bethany! Si tú no le dices a tu... a tu amigo que me dé de golpe diez mil libras, tendré que

seguir jugando. ¿Lo entiendes? ¿Te entra en la cabeza? Esa es mi única posibilidad.

¡Diez mil libras! Estaba completamente loco.

—Entonces, te hundirás más todavía.

—Nunca has confiado en mí, nunca me has apoyado —replicó, rencoroso—. Crees que soy «Freddy, el tonto», el que no se merecía heredarlo todo en tu lugar. El que acabará en la cárcel por deudas. ¡Pues no será así! ¡Te lo demostraré! ¡Mi suerte está a punto de cambiar, lo presiento!

Bethany le miró con pena.

—No has sido tú mismo desde la maldita noche que decidiste pasarte por Brooks's a solicitar que se te mantuviese como miembro en el lugar de mi padre. Algo te ocurre. No sé de qué se trata, pero es como una enfermedad, por eso he tenido más paciencia de la debida. Pero se acabó, Freddy. Si quieres que *lord Gysforth* —dijo el hombre formal con toda intención— te ayude con esas deudas, tendrás que aceptar condiciones. Posiblemente, se te pueda ingresar en algún sitio, algún lugar de reposo donde te ayuden a superar ese vicio que tienes.

—¿Qué? ¡No voy a ir a ningún lado! ¡No estoy loco!

—No he dicho eso —replicó, aunque pensándolo bien, quizá sí que sufría de alguna demencia. Que hubiese intentado violarla no podía responder a ninguna otra cosa. Era algo impensable en el Freddy de siempre.

—¿Entonces por qué quieres encerrarme, como si fuera el rey George? —se refería a George III, el padre del rey del momento, que había muerto loco, por alguna causa desconocida—. No voy a ir a ningún lado.

—Freddy...

—¡He dicho que no!

—Muy bien. —Tenía que aceptar la situación. Lo había intentado. No podía hacer más—. Pues yo ya he renunciado a intentar ayudarte, Freddy. Firma el pagaré y dame mis joyas.

Su primo la miró consternado y se echó a llorar.

—No. —Se cubrió el rostro con las manos—. No puedo firmar. No tengo dinero en el banco. No tengo nada. Ya te he dicho que el dinero que me da Gysforth apenas llega para pagar los intereses de antiguas deudas.

Bethany inspiró profundamente. Bueno, qué se le iba a hacer. Tendría que buscar el dinero en otro lado.

—¿Dónde están mis joyas?

—Yo... —Dejó caer los brazos con un gesto de derrota, los hombros también hundidos—. Tuve que venderlas, Bethy...

Le abofeteó. Freddy no replicó, se limitó a quedarse allí, con expresión miserable. Bethany apretó los puños y trató de controlar su respiración, de mantener la calma, o empezaría a gritar y no se detendría hasta haber reducido a escombros todo Londres.

—Tío Michael estaría avergonzado de ti —susurró.

—Bethy...

—¡No me llames así, nunca más! —Sentía que algo oprimía su pecho. Le costaba respirar. Necesitaba salir de allí, cuanto antes—. No me dirijas la palabra, ni siquiera pienses en mí. Entre tú y yo ya no hay nada. Ninguna relación.

—Pero, Bethany...

Ella negó con la cabeza.

—No eres mi primo. Ya no tengo familia.

Salió de allí hecha una furia y esperó fuera a que Claire y su padre terminaran de recoger sus pocas cosas. Entonces, entre ella y Bullock les ayudaron a subir al coche y los llevaron a Gysforth House.

Como imaginaba, cuando entraron en la casa, el señor Simpson les miró con cautela. Sobre todo a Briggs, que no dejaba de toser y tenía muy mala cara. Bethany había empezado a temer que tuviera una pulmonía o algo más grave. ¿Tisis? Esperaba que no. De ser así, quizá James pensara que meterlos en Gysforth House no había sido una idea demasiado buena, no le haría gracia que pusiera en peligro a los suyos.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer en ese momento? No iba a meterlo en cualquier tugurio como un perro sarnoso a evitar. Si estaba enfermo, habría que tomar precauciones y llamar al médico, sin más.

—Eh... ¿Lady Bethany? —dijo Simpson, al verla entrar seguida de Claire, que llevaba a su padre con la ayuda de uno de los criados.

—¿Está lord Gysforth en casa, señor Simpson? —contraatacó ella, antes de que al mayordomo le diese tiempo de concretar más sus preguntas.

—No, milady. Todavía no ha vuelto.

«Maldita sea». Bethany dudó, pero sabía que no había alternativas. Briggs necesitaba volver a meterse en cama cuanto antes. No le quedaba más remedio que dar a Simpson más razones para detestarla.

—Oh. Pues el señor y la señorita Briggs necesitan un lugar en el que quedarse unos días, de modo que le rogaría que les buscara un par de habitaciones.

—¿Habitaciones? ¿Aquí? —El pobre Simpson enrojeció sin poder evitarlo—. ¿Lo sabe lord Gysforth?

—Claro que no. Pensaba decírselo ahora, por eso he preguntado por él, pero como no ha llegado, eso tendrá que esperar.

Simpson carraspeó, todavía tieso, cerrando el paso a las escaleras con su enorme cuerpo.

—Entonces, ¿son sus... sus *invitados*, milady?

No lo había pensado, pero realmente, sí lo eran. Briggs y Claire ya no trabajaban para ella, pero sí la habían servido mucho tiempo y, además, estaba en deuda con ellos. Se merecían ser tratados como señores.

—Sí.

—¡No! —la corrigió Claire al momento, horrorizada—. ¡Por favor, milady! Pero ¿qué dice?

Nosotros no somos gentes finas, somos lo que somos y nuestro lugar no está arriba. Nos arreglaremos perfectamente en la zona del servicio. —Como la conocía, al verla fruncir el ceño testaruda, añadió—: Milady, por favor.

—Oh, está bien. ¿Puede ocuparse de todo hasta que yo vuelva? —preguntó a Simpson, que seguramente iba a responder que no, con alguna excusa más o menos elaborada. Pero, fue más rápida. Se inclinó hacia él, para susurrarle—: Señor Simpson, el señor Briggs está enfermo, no sabemos qué tiene.

—¿Qué? —Simpson se apartó bruscamente, como si fuese ella la posible contagiosa, y la miró horrorizado. De no haberse tratado de un asunto tan serio, se hubiese echado a reír—. ¡Milady! No me parece apropiado que...

—¡Intente que no se les acerque nadie más hasta que le vea un médico! —Bethany inició una rápida retirada. Si estaba ella allí, Simpson discutiría y quizá hasta los echara a la calle. Si se iba, ante la duda, buscaría ese alojamiento para Briggs y Claire, aunque esperase que solo fuera necesario de forma temporal—. ¡Lo siento! ¡He quedado con las hermanas Keeling para tomar el té y ya llego tarde!

Bethany salió a toda velocidad. Bajó la escalinata de Gysforth House, subió al coche que Bullock había mantenido esperando y fue hasta el salón de té.

## Capítulo 22

Bethany abrió la puerta de cristal del salón de té en el que había quedado con las hermanas Keeling, un lugar nuevo, situado en Trafalgar Square.

Era un local precioso, muy elegante, que ya desde la calle olía a pastas de anís y caramelo. Mientras sonaba la campanita, echó un vistazo alrededor. Tal como había prometido, Ruthie ya estaba allí. Ella y las gemelas la saludaron desde su mesa.

—Lo siento, tuve un pequeño percance y me vi obligada a volver a pasar por Gysforth House —les explicó, sentándose con ellas—. He dejado allí al señor Briggs y su hija Claire, mi antiguo servicio. Espero que a vuestro hermano no le importe.

—¡Seguro que no! —exclamó Lettie, con evidente picardía. Bethany se ruborizó. Lettie no había dicho nada durante el desayuno, pero por las expresiones de Lizzie y Ruthie, a esas alturas ya estaban al tanto de lo sucedido de madrugada, en el pasillo. Algo que quedó mucho más claro cuando Lizzie se inclinó hacia ella.

—¿Eres la amante de James? ¿En serio?

Bethany miró con censura a Lettie, pero la muchacha se limitó a sonreír, angelical. Claro, como si hubiese podido callarse algo así.

—No creo que sea un tema que deba... —empezó. Nada, ni caso.

—¡Qué escándalo! —exclamó Lettie, dando palmaditas con entusiasmo.

—¡Qué genial! —añadió Lizzie, con el mismo gesto—. ¿Vais a casaros? ¡Dinos que sí, por favor! ¡La alternativa es la hija idiota de Wallard-Stoneport!

—Y fea —aportó Lettie—. Aunque eso solo le importaría a James, creo.

Ruthie frunció ligeramente el ceño.

—Vosotras dos, a ver si os tomáis esto en serio. —Se volvió hacia Bethany—. Entonces, es verdad... —Bethany siguió sin responder, pero Ruthie debió leer la respuesta en sus ojos. Carraspeó suavemente—. Pero ¿cómo ocurrió? Entiéndelo, Bethany, nosotras no os vamos a juzgar. James es nuestro hermano y los Keeling somos una familia unida. —Adelantó una mano y la cerró—. Los dedos de un puño.

—Eso decía mamá —asintió Lizzie, a la vez nostálgica y decidida.

—Jamás nos traicionamos, jamás nos juzgamos —aseguró Ruthie.

—La tía Hetty no cuenta —le advirtió Lettie—. Claro que ya casi no es Keeling, de ser tantas

veces lady de otras cosas.

—¡Lettie! —exclamó Ruth.

—¿Qué? ¡Es verdad! Se pasa el día juzgándonos. Debe ser por eso y...

—Da igual —cortó su hermana mayor, empezando a enfadarse. Mantuvo los ojos fijos en ella hasta que estuvo segura de que no seguiría despotricando sobre su tía y volvió a centrarse en Bethany—. La cuestión es que nos agradas mucho, Bethany. Y creemos que debes ser muy importante para James, de otro modo no hubiera dado este paso tan... tan poco apropiado. Por eso nos gustaría que nos contaras qué sucedió, cómo os conocisteis y cómo es que terminaste en el dormitorio de la duquesa.

Bethany dudó, pero tenían razón. Aquellas muchachas habían sido sus amigas, la habían apoyado y, por lo visto, iban a seguir haciéndolo pese a todo. Lo menos que podía hacer era confiar en ellas, de modo que empezó a hablar.

Les contó a grandes rasgos la situación en la que había vivido desde hacía varios meses y con mayor detalle lo había pasado desde la noche en que Freddy la agredió y ella tuvo que huir. Subasta incluida.

Si antes estaban revueltas, en ese momento ya la miraron atónitas.

—¿Así que, James te compró? —preguntó Lizzie, entusiasmada.

Bethany asintió.

—Por mil libras esterlinas.

—¿Qué barbaridad! —Ruthie agitó la cabeza—. Si la tía Hetty llegara a enterarse...

—Se desmayaría. Lo sé.

—¡Pero es tan romántico! —exclamó Lettie—. ¡Porque estoy segura de que James está enamorado de ti!

Bethany la miró sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque, de otro modo, no habría hecho algo así, claro está —fue Ruthie la que contestó—. Mi hermano podría salvar a una muchacha en esas circunstancias, desde luego, pero te aseguro que no se convertiría en su tutor ni la llevaría a casa ni, mucho menos, la instalaría en la habitación de la duquesa. Todos sabemos que no es apropiado, James incluido.

—Por eso no se lo ha mencionado a la vieja Hetty —asintió Lettie.

—No la llares así —protestó Lizzie—. A pesar de todo, no se lo merece.

Lettie le frunció el ceño pero tampoco insistió. Cogió otra pasta, con aire triste, y se la comió casi de un bocado. No la había tragado cuando ya tenía en la mano una más. Bethany tomó nota de que debería hablar con James sobre esa animadversión que tenía Lettie por su tía. Era mejor cortar el asunto de inmediato, antes de que se enquistase definitivamente.

O antes de que la pobre niña engordase demasiado. Daba la impresión de comer para intentar superar su angustia.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —le preguntó Ruthie de pronto, trayéndola otra vez de vuelta a la



realidad.

—Oh, la verdad, no lo sé. Estaba intentando reunir el dinero para pagarle.

—Vamos, Bethany, él no querría eso.

—Pero yo sí. Necesito que estemos... no sé, en paz.

—Deberías hablarlo con él. Ahora es tu tutor.

—Sí, lo sé. —Pensó hablarles de la curiosa confusión que la llevó a suponer que la había llevado a casa porque la había comprado en la subasta, mientras que él hablaba pensando en esa tutela, pero prefirió no entrar demasiado en el asunto.

—Bueno, vamos a casa. ¡Que tenemos que descansar un rato! —dijo Lizzie—. ¡Hoy es miércoles! —Empezó a dar palmas y Lettie se le unió—. ¡Esta noche tenemos que ir a Almack's!

—Y mañana hemos de acudir a tres fiestas —suspiró Ruthie, con resignación. Bethany la miró con las cejas arqueadas.

—¿Tres?

—Qué poco conoces la temporada —rio Lettie—. Sí, a veces tenemos que ir corriendo de un lado a otro, porque se celebran varias a la vez, y es importante quedar bien con todo el mundo.

—Suenan agotador.

—Lo es. Por eso tenemos que dormir una siesta.

Con esa idea volvieron a la casa. Gysforth todavía no había regresado, pero Claire y su padre habían sido instalados en dos habitaciones en la zona de los criados. El señor Briggs tenía bastante fiebre, así que el señor Simpson había hecho llamar al médico habitual de Gysforth House, que había diagnosticado una pulmonía. Ya le había puesto un tratamiento.

—El médico ha dicho que se pondrá bien en pocos días, si guarda reposo—le dijo Claire en un susurro, junto a la cama donde dormía el enfermo—. ¡Y le han dado un caldo de pollo riquísimo! —Bethany sonrió. El milagroso caldo de pollo de la señora Collins—. También me han dado de comer a mí, que llevaba días sin apenas probar bocado. No tengo palabras para agradecerse, milady

—No tiene importancia.

—¿Quiere que suba luego y la ayude a prepararse?

Le encantaría, porque Claire había crecido con ella y sabía lo que le gustaba y cómo, incluso mejor que la eficiente Tully. Pero no podía pagarle un sueldo y además su padre estaba enfermo.

—No, no te preocupes. Quizá más adelante. Ahora tienes que atender al señor Briggs. En estos momentos, él es lo único que importa.

Claire sonrió y Bethany volvió arriba. Se acostó, aunque le pidió a Tully que la despertara en cuanto llegase Gysforth, sin importar la hora que fuese. Por suerte para ella, cuando la doncella la despertó, apenas quedaban diez minutos para tener que levantarse en cualquier caso.

—El coche de milord se acerca por la calle —le susurró Tully.

Bethany se levantó, se vistió a todo correr y bajó, con el pelo recogido en una larga coleta trenzada. Justo llegaba al vestíbulo cuando se abrió la puerta y entró Gysforth.

¿Sentiría siempre toda esa alegría al verle? ¿Y él? ¿Se le iluminaría la mirada de esa forma, por muchos años que pasasen? Estaban enamorados; ambos lo sabían, pero, de no haber sido así, lo hubiesen comprendido en ese instante de absoluta comunión.

Se sonrieron de una forma íntima, plena y cálida, que tuvieron que interrumpir cuando, de pronto, el señor Simpson salió por la puerta de servicio.

—Milord, buenas noches.

—Buenas noches, señor Simpson. —Permitió que el mayordomo cogiera sus cosas—. ¿Todo bien por aquí?

—Sí, milord. Todo en orden. —Se puso muy tieso para soltar lo siguiente—: Me he permitido acomodar a los invitados de lady Bethany. Espero haber actuado correctamente.

James la miró sorprendido.

—¿Invitados?

Bethany frunció el ceño.

—Gracias, señor Simpson, yo le explicaré la situación, si no le importa.

—Por supuesto que no, milady. —Un gesto rotundo de cabeza—. Lo considero muy apropiado.

Ella esperó a que se alejase antes de soltar un bufido.

—¡Qué hombre odioso! Creo que nunca vamos a congeniar.

—Dale tiempo —dijo James, aunque siguió al mayordomo con una mirada pensativa hasta que le vio desaparecer hacia las dependencias del servicio—. Lo que pasa es que es muy tradicional y está molesto con nosotros.

—No debería meterse en lo que hagas.

—Bethany, cariño, debes entender que Simpson lleva con nosotros desde los tiempos en que mi padre era de mi edad. Es una institución en la familia. Me consolaba de pequeño, me llevaba de paseo, me reñía cuando me portaba mal. ¡Hasta me enseñó a dibujar un ocho sin que se me torciera! —Sonrió—. Los criados de Gysforth House no son solo eso, criados. Algunos de ellos son parte de la familia.

Bethany asintió.

—Me alegra saberlo. Así creo que entenderás mejor mi problema y por qué he traído a esos... invitados. Son el señor Briggs, el mayordomo de mi padre, y su hija Claire, que siempre ha sido mi doncella. A ella ya la conoces, de hecho. Me acompañó a Sleeping Oak el día en que nos conocimos.

—Sí, la recuerdo. Intentó evitar que cometieras la locura de subir a la barca a solas conmigo.

Bethany sonrió al ver que lo recordaba bien.

—Rencoroso —le dijo. Él rio con la pulla—. El caso es que hace meses que no cobran su sueldo, y ni siquiera tenían dónde ir. Briggs está enfermo, tiene una pulmonía. No podía dejarlos en casa de Freddy.

—No, claro. Has hecho bien.

—¿De verdad no te importa?

—Claro que no, Bethany. —Alzó la mano, recogió uno de sus rizos y lo colocó con cuidado detrás de su oreja, en un gesto lleno de afecto—. En lo que a mí respecta, cariño, esta es tu casa. Puedes disponer de ella como lo haría yo, o cualquiera de mis hermanas.

Bethany miró a los lados para comprobar que no había nadie a la vista, le rodeó el cuello con los brazos y se puso de puntillas para besarle. Él recibió con agrado la muestra de cariño.

—Beth... Beth... —La cogió por la cintura y dio vueltas con ella—. Qué ganas tenía de volver a casa, para verte aquí. —La besó en el cuello—. Me vuelves loco.

—No, no... Quieto. Tendrás que esperar a la noche. Ahora tengo que reunirme con tus hermanas para empezar a prepararnos. —Movi6 las caderas, insinuante—. Tenemos que estar guapas para encontrar marido.

Había intentado hacer una broma, pero quedó claro que no le hizo gracia. Se miraron a los ojos.

—Sí, por supuesto —gruñó él.

—Vamos, James, solo intentaba ser graciosa. Pero no te importa, ¿verdad? —Se separó y retrocedió un paso, manteniéndole la mirada—. No puede importarte. Sabes tan bien como yo que tú y yo no tenemos futuro juntos en ese aspecto.

—Pero podríamos tenerlo en otro.

Le miró sorprendida.

—¿A qué te refieres?

Gysforth la cogió de la mano y la llevó hasta un despacho que no conocía. Había algunos papeles, pero no muchos. Seguramente, trabajaba allí de vez en cuando, con sus asuntos políticos. O quizá era Ruth la que lo usaba para escribir sus historias. Esa mañana, Bethany había tenido oportunidad de leer un par de sus relatos y era una buena escritora, con talento y estilo.

—He estado pensando... —dijo James, nada más entrar y cerrar la puerta. Ella se detuvo en el centro, intrigada—. Bethany, nos queremos, así que tenemos que pensar en cómo continuar con nuestra relación, pese a todo. ¿O acaso no lo deseas?

El corazón de Bethany empezó a latir más deprisa. ¿Iba a hacerlo? ¿Iba a proponerle luchar por casarse y fundar un hogar? ¡Qué momento perfecto! Le diría que sí, que sí, mil veces sí, y lucharía a su lado, hombro con hombro, contra todo Londres, contra todo el imperio británico de ser necesario.

—Sabes que no hay nada que desee más que estar siempre contigo, James. Te quiero.

Él asintió, pero Bethany empezó a desconfiar de que fuera a decirle lo que esperaba. Estaba demasiado serio.

—Entonces, esta es la solución: podría instalarte en una casa y visitarte allí diariamente. Tengo una en Center Street que te encantaría, y podría mantenerte como si fueras una reina. Además, tendrías tu propio carruaje, criados, cuenta abierta en todos los comercios de Londres... Por supuesto, no pondría límite a tus gastos.

Bethany no supo qué replicar. Tampoco supo definir cómo se sentía. Extraña, sin duda.

—¿Y cuando te cases?

—¿Qué importa eso? —Intentó parecer indiferente, quitarle importancia, pero ni él mismo lo creía, seguro—. No tendrían por qué cambiar las cosas.

Bethany palideció.

—Por favor, James, no vuelvas a ofenderme así.

Él apretó los labios. Se lo pensó un momento, agitando la cabeza.

—No he pretendido hacerlo —dijo, finalmente—. Tú lo sabes.

—Eso trato de creer. Pero quieres convertirme en tu amante...

Él arqueó una ceja.

—Ya eres mi amante, Bethany.

—Vale. Pues en tu mantenida. —Gysforth no dijo nada, pero ella se apresuró a añadirlo—. Vale, sí, ya sé que ahora mismo también me estás manteniendo. A mí, a Claire, al señor Briggs... Pero solo es temporal y pienso pagártelo, como voy a pagarte las mil libras que te debo.

James la miró perplejo.

—¿Qué mil libras?

—Las de la subasta. Las que pujaste por mí.

—Ah, eso. —Lanzó una risa seca—. No es necesario, amor mío. En realidad, ni siquiera llegué a pagarlas. ¿No lo recuerdas? Justo entonces llegó la Guardia y pudimos rescatarte.

—Oh. —Aquello suponía un alivio enorme pero, por alguna causa, también una pequeña decepción. La idea de que la hubiese comprado la había excitado mucho, aunque jamás lo admitiría en voz alta—. Bueno, da igual. Te pagaré lo que sea que gastemos aquí y...

—Sabes que no lo voy a admitir —la cortó él, con voz fría—. Y menos, si viene de algún posible marido tuyo.

—No, no pienso buscar marido en esta absurda temporada ni en ninguna otra. Lo que voy a hacer es buscarme un empleo, posiblemente de institutriz.

Eso sí que le tomó por sorpresa.

—¿De institutriz?

—Sí. Es algo que ya había empezado a valorar cuando vivía con Freddy. Solo te pido que nos dejes estar aquí mientras nos organizamos.

Él puso las manos a la espalda, como si fuese un militar dando sus órdenes. Casi parecía querer imponer alguna clase de autoridad.

—No digas tonterías, Beth. No vas a ser institutriz.

—¿Por qué no? —No le contestó. Bethany frunció el ceño—. Perdona, pero eso lo decidiré yo.

—Bueno, si me veo obligado a ello, ya hablaremos de todo esto cuando seas mayor de edad. Hasta entonces, lo siento, pero no vas a trabajar.

—¡James! —exclamó sorprendida.

—¿Qué? No estoy diciendo nada fuera de lugar, al contrario. Soy tu tutor, tengo que protegerte del mundo que está ahí afuera y hasta de ti misma. No voy a permitir que vayas a casa de nadie a que te miren por encima del hombro, te humillen o vete a saber qué más puede ocurrir. Por lo que

yo sé, no serías la primera institutriz en ser violada por el señor de la casa.

—¡James! —Esta vez, sonó escandalizada.

—Solo digo la verdad, de modo que no te daré mi permiso. Yo me ocuparé de lo que necesites.

—De pronto, perdió fuerza y la miró con apremio—. Por favor, Beth, deja que haga esto por ti. Por lo menos, esto.

Bethany suspiró, sintiéndose derrotada. Y agradecida. Si Gysforth se ocupaba de ella hasta la mayoría de edad, luego tendría la vida resuelta por sí misma, gracias al dinero de su padre. Le estaba evitando tener que pasar por mil situaciones desagradables, seguro. Y ella podría devolverle el favor de muchas otras maneras. Sería una acompañante para sus hermanas y para su tía, e intentaría aportar todo lo posible a la armonía del hogar de Gysforth House.

Pero no se acostaría con él por eso. Eso lo haría, simplemente, porque lo deseaba con todas sus fuerzas.

—Muy bien. Disfrutemos entonces, del tiempo que tenemos —le dijo—. Conociendo los planes de tu tía, con esa tal lady Eve, no será mucho.

James parpadeó.

—Beth...

—No, James, por favor. Dejemos así las cosas. —Él titubeó, pero terminó asintiendo—. Ahora voy a reunirme con tus hermanas. —Extendió una mano y le acarició la mejilla—. Pero, esta noche, iré a tu dormitorio.

Gysforth sonrió apenas. Se quedó allí, mirándola fijamente. Bethany volvió al vestíbulo y subió. Desde el rellano en el que se bifurcaba la escalera, ya se oían las risas de las hermanas Keeling, embarcadas en la preparación de una nueva noche de la loca temporada londinense.

## Capítulo 23

Podría acostumbrarse a esa vida.

Tres semanas después, James se sentía absolutamente feliz. Las jornadas seguían resultando agotadoras, sobre todo si le sumabas las fiestas nocturnas y las largas noches de amor con Bethany, pero todo ello merecía la pena. Ni siquiera se notaba cansado, al contrario: en realidad, bullía de energía. Era como si el amor fuese un combustible inagotable que llenara continuamente sus venas.

—¿Qué vais a hacer hoy? —preguntó en general, con una sonrisa, en la mesa del desayuno. Tenía a Bethany sentada en la otra cabecera, a Ruthie a su derecha y a las gemelas a la izquierda. Una disposición que se había hecho habitual y que le inspiraba una maravillosa sensación de familia.

—Nosotras tenemos una fiesta de cumpleaños por la tarde —dijo Lizzie, ya que Lettie tenía la boca llena y masticaba a dos carrillos.

—Lettie, una dama nunca se mete a la vez tanta comida en la boca, deberías saberlo. —La riñó Ruthie—. Y podéis ir a comprar el regalo, pero a mediodía os quiero aquí para las clases, como siempre.

Las gemelas pusieron mala cara.

—Hace un día estupendo —protestó Lizzie—. ¡Ya podíamos dejarlo para mañana! ¡Nadie se iba a enterar!

—Ni hablar. No tenéis institutriz, pero yo me ocupo de vuestra educación. Ese era el acuerdo. —Luego miró a James—. Creo que hoy no saldré. Voy a escribir un rato y quizá ayude al señor Speechley a ordenar tus papeles, hasta que vuelvan las gemelas.

James se la quedó mirando un segundo y ella hizo como si no se hubiera dado cuenta. Bethany, al otro lado de la mesa, negó apenas con la cabeza. Sí, sabía que tenía razón, que no debía meterse. Él mismo se lo había repetido muchas veces, desde que lo habló con su tía. Y George le parecía un gran hombre...

Pero, la realidad, era que, si las cosas continuaban así, tendría que hacer algo.

Las gemelas salieron a comprar un regalo a su amiga y Ruthie se fue al despacho. Bethany y él se quedaron solos, con el mayordomo y un criado.

—Déjenos solos un momento, señor Simpson, por favor —le pidió Bethany. El mayordomo la

miró sorprendido y consultó con su señor, que asintió ligeramente. Cuando salió, seguido del joven criado, ella abordó directamente el tema—. ¿Tienes pensado hacer algo con respecto a Ruthie?

—Si te digo la verdad, no lo sé. Me resulta muy desagradable todo ese asunto. Hace algunas semanas lo hablé con la tía Hetty y le dejé claro que no me interesaría. De hecho, de ser por mí, bendeciría semejante unión. George me parece un joven estupendo, bien educado y trabajador, alguien ideal para Ruth.

—¿Pero? —dijo ella, ya que no añadía nada. James se limpió los dedos con la servilleta y la dejó junto al plato.

—Cariño, temo que Ruth sea demasiado joven para darse cuenta de lo que supondría semejante descenso social. Es hija de un duque, ha vivido siempre al más alto nivel, tanto de lujos como de consideración general. George heredará el título de baronet, pero ni siquiera forma parte de la nobleza, es solo algo honorífico.

—Esa es la palabra, «honorífico», James. George se lo ha ganado, no como todos esos nobles tan estirados que se pondrán a criticar.

—Bueno, para ser exactos, entonces George tampoco se lo habrá ganado, sino su padre.

Bethany se mordió los labios.

—Vale, sí, tienes razón. Pero, aun así, sería injusto entrometerse. Ambos son adultos. Si se enamoran y desean iniciar algo juntos, deberían poder decidir con toda libertad.

—¿En serio? ¿Tú crees? —Hizo una mueca—. Que yo sepa, nosotros no tenemos esa opción.

—Sí la tenemos, James, claro que la tenemos. Otra cosa es que decidamos aprovecharla. O que nos atrevamos a hacerlo.

Se miraron fijamente.

—No estás diciendo lo que creo que estás diciendo —afirmó él. Pero seguramente sí que lo hacía. Quería que ignorase todas sus responsabilidades y se casase con ella—. Ah, demonios, deja que piense. —Se frotó la sien, impaciente—. Tiene que haber una solución.

—Espero que no repitas tu última propuesta.

—¿Por qué no, Bethany? ¿Qué diferencia habría entre eso y lo que estamos viviendo? Y algo así lo arreglaría todo. Podríamos ser muy discretos, como lo hemos sido hasta ahora.

—Claro que lo seremos, más me vale. Cada día me recuerdo que esto no debería estar pasando, de ninguna manera. Pero, la vida es así, y he aprendido a aceptarla como viene. —Le lanzó una mirada directa—. Yo te quiero, James, lo sabes. De modo que, mientras estés soltero, podremos seguir viéndonos. Podremos seguir acostándonos. Seguir como hasta ahora.

—¿Y después?

Bethany agitó la cabeza. Parecía muy dolida.

—Ya te lo dije. Si de verdad crees que voy a compartirte con otra mujer, siquiera por unos segundos, es que no me conoces.

—No hablas en serio. —Bufó, deduciendo por la expresión de la muchacha que sí, que lo decía

convencida—. Por favor, Bethany. ¿Cuántas veces vamos a discutir sobre esto?

—Las que sean necesarias. No sé por qué pretendes que sea de otro modo. ¿Acaso me compartirías tú con un hombre?

James titubeó. Ni había pensado en semejante posibilidad. Desde el momento en que dijo que no buscaría marido en la temporada, había apartado aquellos miedos.

—Eso no viene al caso. Tú no necesitas casarte.

—¿Y tú sí?

—Por supuesto. He de darle un heredero al título.

—Ya. Y yo quiero tener hijos. No uno, y por semejante... semejante *causa* —lo dijo como si le pareciera una razón repugnante—, sino simplemente porque lo deseo de corazón. Quiero sentirlos en mi interior, notar cómo nacen, verlos crecer, reír, ser felices. No tendrán un título, pero sí el amor incondicional de su madre. Y si tú no te casas conmigo, ni quieres ser su padre, tarde o temprano, sí, tendré que casarme con otro hombre.

James hizo una mueca. Maldita fuera. Sabía que tenía razón. Pero la sola idea de imaginarla con otro, le sacaba de quicio.

—Beth...

—No, James. No hay nada más que hablar. Yo tendré que aceptar lo que decidas, pero tú también debes tener muy en cuenta que, en el mismo momento en que te comprometas con alguien, estarás rompiendo conmigo.

—A ver, no te pongas terca. Puedo entender que te indigne la situación, pero no deberías tomártelo tan a pecho. Un matrimonio no es más que un negocio, lo sabes tan bien como yo. Eres hija de un conde, seguramente has sido educada en esa idea, y sabiendo que, en cualquier momento, podían concertar tu matrimonio con alguien que ni siquiera te gustase.

—Pues no. Mi padre me quería, por lo que me dijo que debía buscar un marido adecuado, desde luego, pero no que fuera todo un negocio. Estoy segura de que me hubiese dejado elegir con total libertad, incluso aunque hubiese elegido un plebeyo, siempre que fuera un buen hombre.

James contuvo una mueca llena de amargura. Le hubiese gustado decir lo mismo, pero le resultaba imposible. Para su padre, la felicidad de sus hijos no había sido una prioridad, solo la gloria de su país y el cuidado del legado depositado sobre sus hombros. Desde su perspectiva de noble muy ocupado con asuntos trascendentales, las personas no importaban, solo los títulos.

—Yo no tengo esa libertad, Bethany. No puedo pensar solo en mí. —Por su mente pasaron sus hermanas, las consecuencias que sufrirían de no casarse él de un modo apropiado. Como poco, a su vez tendrían menos posibilidades de conseguir unos matrimonios convenientes, pero la familia Gysforth en general perdería una oportunidad de oro de encumbrarse más todavía en el poder—. No puedo ser tan egoísta.

Bethany se ruborizó.

—No importa, perdóname, por supuesto, solo es una cuestión de egoísmo. —Se puso en pie—. Será mejor que me vaya.



No impidió su marcha. Solo pensó que ya no era tan feliz como al inicio del desayuno. Maldita fuera. ¿Por qué no aceptaba su propuesta? Todo se simplificaría mucho. Pero estaba claro que no iba a acceder.

Salió temprano para el Parlamento, donde hubo sesión toda la mañana, aunque hizo poco caso a lo que se dijo. Tampoco le importaba demasiado. Ni siquiera se detuvo a hablar con lord Dankworth, al encontrárselo por los pasillos. Dankworth se detuvo, le saludó educadamente y trató de iniciar una conversación, pero James se despidió abruptamente, alegando un fuerte dolor de cabeza. Y eso que era él quien solía perseguirle para ver si lograban acercar posturas. Pero no era el día adecuado.

—Si te encuentras mal, ¿por qué no te vas a casa, muchacho? —le sugirió en un aparte lord Manderland, el padre de Arthur. Richard Ravenscroft, duque de Manderland, se había casado muy joven y en esos momentos no era muy mayor, pero la desaparición de Minerva había hecho estragos en él. En los últimos años se había convertido en un anciano con el pelo blanco y el cuerpo encogido. Cada vez que le veía, James sentía una profunda lástima.

—No se preocupe, milord. Es solo que no he dormido bien. —El otro asintió y saludó para marcharse, pero, en el último momento, James decidió preguntarle—. ¿Cómo está Badfields? Hace días que no le veo.

El duque de Manderland torció el gesto.

—Como siempre, convertido en un auténtico crápula. Se pasa las noches de juerga y las mañanas durmiendo. Ahora se ha ido a Bath, ¿puedes creértelo? ¡Dice que necesita descansar! No sé de qué. —Bufó—. De hacer algo útil, no será.

—No diga eso. Badfields... se siente muy culpable, ¿sabe? No ha superado lo ocurrido con lady Minerva.

No debió mencionarla. Notó cómo lord Manderland se retiraba hacia algún lugar profundo de su interior, aunque no se moviese del sitio.

—Ninguno lo hemos hecho, pero no por eso dejamos de comportarnos de un modo correcto. —Hizo un gesto cortés con la cabeza—. Discúlpame, Gysforth. Debo irme, me esperan.

—Sí, por supuesto... —replicó, aunque quizá no le oyó, porque ya se estaba alejando. Qué familias más complicadas tenían Badfields y él. Menos mal que Rutshore le daba un poco de normalidad al trío de amigos. Aunque sus padres habían muerto siendo él un muchacho, y había vivido desde entonces con sus abuelos maternos, al menos todos se habían querido y había sido una familia feliz.

Gysforth recordaba mucho a su padre, Ethan Truswell. Fue un estudioso, como Eddie, interesado en la historia europea, lo que le había llevado a viajar por todo el continente. Siempre que llegaba a Londres, los llevaba a los tres a algún sitio, les invitaba a lo que quisieran tomar, les daba sus regalos, traídos de los sitios más lejanos, y les contaba mil historias.

El joven James que era entonces hubiera dado un brazo por cambiar la realidad y hacer que aquel hombre amable y divertido fuese también su padre.

Así había salido Edward: tranquilo, previsible y más interesado en el pasado que en el presente o en el futuro. El día anterior le había mandado una carta desde París. Estaba fascinado por la antigua escritura egipcia, y por los adelantos que estaba realizando un francés llamado Champollion para descifrarla. Decía que seguramente se quedaría por allí algún tiempo más, así que les pedía paciencia porque quizá llevase a cabo su parte de la apuesta en verano. O terminaría pagando, y solucionado.

«Qué loco», pensó, porque ya no consideraba el juego de Arthur como un entretenimiento absurdo, sino como una auténtica oportunidad del destino. A pesar de todo, él solo lamentaba que aquel encuentro en el Támesis se hubiese producido tan tarde en su vida. De haber conocido a Bethany cuando todavía era la hija del conde de Saxonshare, las cosas hubiesen sido muy distintas.

Pero, lamentablemente, eran como eran.

## Capítulo 24

**A**l volver a la mansión, James se metió directamente en su despacho, pidiendo que no le molestaran por ninguna causa. Alegó que tenía que trabajar, algo que, aunque fuera verdad, sabía que no iba a poder hacer.

Tomó el té solo. Supo que sus hermanas estaban en casa porque oyó sus risas y se preguntó si estaría Bethany con ellas. Seguramente sí, y él ardía de deseos de subir y abrazarla, de pedirle perdón y de asegurarle que se le había ocurrido una idea estúpida para solucionar lo suyo; pero no era cierto y no se decidió a salir.

Simplemente estuvo sentado frente a la chimenea, observando las llamas y pensando.

Hubiera estado así hasta la hora en la que tendría que prepararse para la salida nocturna o hasta el fin del mundo, lo que llegase primero, pero de pronto llamaron a la puerta. Rápidamente, se levantó, fue al escritorio, cogió unos papeles y simuló estar leyendo.

—Adelante. —Era su secretario—. George, creí haber dejado claro que no quería que nadie me molestase.

—Lo sé, milord, pero me temo que debo consultarle. Está aquí lord Saxonshare, el primo de lady Bethany, que insiste en verle. No ha querido que la avise a ella, dice que quiere hablar directamente con usted.

¿Freddy? Qué infierno de hombre. Con el día que tenía, lo último que le apetecía era tener que hablar con él, pero supuso que era mejor recibirle, o aquel canalla podía cambiar de idea y tratar de ponerse en contacto con Bethany. Y James no quería que volviese a acercarse a ella.

—De acuerdo. Hazle pasar.

Segundos después, entraba Saxonshare, con un aspecto realmente lamentable. Ya nadie debía lavarle o plancharle la ropa, por lo que daba la impresión de que había decidido dejar de peinarse, para llevar el pelo acorde con el desaliño general. Tampoco se afeitaba, aunque no había logrado una gran barba, solo algunos pelillos sueltos.

—Gracias por recibirme —dijo, con una voz ligeramente alterada por los nervios.

—No hay de qué. Sentía curiosidad por saber qué podría haberle traído aquí. No se siente —añadió, al ver que se dirigía hacia una silla—. Ni se le ocurra. Le he dejado entrar, pero tenga muy claro que no es bienvenido en esta casa. Supongo que no es necesario que le explique las razones.

Freddy le clavó aquellos ojos que tanto se parecían a los de Bethany, excepto en el brillo enajenado que mostraban.

—Sí, supongo... Yo no quise... Yo no...

—Un momento. —No quería escuchar ni sus excusas ni mucho menos una petulancia al respecto. James le dejó allí, de pie, y simuló terminar de tomar unas notas durante un par de minutos. Luego, colocó la pluma en su sitio y se centró en él—. Qué es lo que quiere.

Freddy tragó saliva.

—Necesito dinero.

—¿En serio? —Rio—. Le permito seguir viviendo en la mansión Saxonshare, le paso una renta de seis mil libras y ¿todavía necesita más dinero?

—No puedo... Con ese dinero apenas puedo pagar los intereses de algunas de mis deudas. — Se tiró nervioso de las solapas del abrigo—. Cometí el error de pedir prestado.

—¿A quién?

—Me lo recomendaron en un tugurio. Se llama Thynne.

James se tensó. Eso sí podía ser un problema.

—Thynne. Vaya por Dios.

—¿Le conoce?

—Algo. Lo suficiente.

—Pues, de ser así, ya sabe que no se anda con rodeos. Le debo mucho dinero y dice que se le ha acabado la paciencia: o le pago o me matará. Pretende dar un ejemplo conmigo.

—Sí, suele ocurrir. —Repiqueteó los dedos sobre la mesa—. ¿No es suficiente con seis mil libras? ¿En serio?

—Tenía que jugar, para salir de este atolladero. Y no puedo jugar y vivir con esa cantidad. Con seis mil libras anuales no me llega para todo. ¡Ahora ni siquiera tengo servicio! Bethany vino a casa y se los llevó. ¿Cómo voy a mantener la casa en condiciones o mis camisas limpias?

Lo dijo casi indignado, como si tuviera todo el derecho a semejantes protestas. James bufó.

—Eres un imbécil.

Tomado por sorpresa, Saxonshare arqueó ambas cejas.

—¿Qué?

—Que eres un imbécil. —Esta vez, el muchacho lo oyó con total claridad y guardó silencio, aunque le miró con amargura, como si supiera que era cierto—. Te estoy dando una oportunidad de oro para salir adelante y la estás desperdiciando. De verdad que vas a conseguir terminar muerto.

Saxonshare se estremeció.

—Haré lo que quiera, lo que quiera, pero por favor, sálveme de Thynne.

Bethany hablaba poco de su primo, pero James sabía cuánto sufría al verle así, destruido por aquella inclinación malsana. «Es una enfermedad», le había dicho. Quizá lo fuera, y no un simple vicio, quizá el asunto fuera más complejo de lo que parecía a simple vista. Pero, tras lo ocurrido,

tras aquel intento de violación, a James no le hubiese importado echarle a patadas, fuera cual fuese el caso. Había líneas que ningún hombre debía cruzar.

Si decidió ayudarle otra vez, fue por ella.

—¿Cuánto le debes?

—Cincuenta mil libras.

—¿Qué? —Le fulminó con la mirada—. Ahora eres tú el que piensa que el imbécil soy yo.

Freddy enrojeció.

—No, yo...

—No tengo ganas de escuchar mentiras. —Le estudió hasta que consiguió que apartase la mirada—. Vamos a hacer una cosa. Me pondré en contacto con Thynne. Si de verdad le debes esa cantidad, se lo pagaré, pero a cambio de que hagas exactamente lo que yo te diga.

—Bueno... —Titubeó—. He dicho una cantidad aproximada. Quizá es algo menos.

—Sí, ya me lo imagino. En todo caso, puesto que es una cuestión de vida o muerte, pagando la cantidad que sea, estaré comprando tu vida. ¿Estamos de acuerdo en eso?

Ahora le miró asustado.

—Supongo...

—Con un «supongo» no me vale. Necesito que aceptes, porque, antes de pagar, haré que lleven a cabo los pasos necesarios para que seas incapacitado y quedes también bajo mi tutela, como Bethany.

—¿Qué? ¿Bajo su tutela? ¿Pero, qué pretende?

—Oh, te lo diré, no hay problema. No estás bien, Saxonshare. En serio, no estás bien. Algo te consume, te enloquece, en cuanto tienes una baraja o unos dados cerca. Por eso, tengo toda la intención de someterte a un tratamiento con el que tratarán de curarte.

—¿Qué? ¿En un manicomio?

—No. Tú tendrás suerte y será en alguna casa de reposo, quizá incluso solo con los médicos y los criados. Un lugar cómodo, con todos los lujos.

—¡Me da igual! ¡No voy a permitir que me encierre en ningún lado!

James se encogió de hombros.

—Entonces, no voy a pagar nada.

—¡Pero me matarán!

—Posiblemente. En tu mano está impedirlo.

Freddy apretó los puños.

—¡Es usted un canalla, Gysforth! —gritó, perdiendo los estribos. Tenía los ojos desencajados—. Ha convertido a mi prima en su amante, en una mujerzuela sin futuro. Suerte tendrá si consigue un marido de cualquier clase. ¡Ha afrentado a mi familia! ¡Me debe ese dinero, como compensación!

James parpadeó un par de veces, arrastró la silla hacia atrás y se puso en pie. Saxonshare, con cara de susto, retrocedió un paso.

—Si vuelves a insultar a tu prima —le dijo James, con una tranquilidad que chocaba completamente con la agitación del otro—, seré yo quien te arranque la cabeza del cuerpo.

—No la he insultado. No quería. ¡Pero es verdad que es su amante!

—Algo que debería alegrarte porque, gracias a eso, estás en este despacho y te ofrezco mi ayuda. Pero todo tiene un precio, Freddy. Ya has oído el mío. Vuelve cuando estés dispuesto a firmar y me ocuparé de que no sea Thynne el que te mate, no ahora, al menos. Pero quedarás bajo mi tutela.

Saxonshare se giró muy enfadado y se marchó dando un portazo. James se quedó mirando la puerta durante largos minutos. Esperaba haberse librado de él para siempre, pero lo dudaba. En todo caso, no estaría de más avisar a sir John de lo que ocurría con Thynne. A pesar de lo que había hecho, tampoco deseaba que Freddy apareciera una mañana flotando en el Támesis.

Tocó la campanilla del escritorio y al cabo de un momento llegó George.

—¿Milord?

—Quiero que mandes a alguien a hablar con Thynne.

Su secretario le miró sorprendido.

—¿Con el hombre de Whitechapel, su excelencia?

—Eso es. Seguro que hay algún modo de contactar con él. Quiero que le preguntéis por las deudas que tiene lord Saxonshare con él. De haberlas, paga si son diez mil libras o menos. Si es más, ven a consultarme. Avisa a mis abogados, mañana quiero que vengan, vamos a redactar unos documentos... aunque no creo que sirvan de nada. —Dudaba de que Freddy llegara a firmarlos, pero a saber. Quizá si veía la muerte cerca, se animase—. Y voy a escribir ahora mismo una nota para sir John Middleton. Esa quiero que se la lleves tú en persona y que le digas que le ruego que le preste toda la atención posible.

—Así se hará, milord.

George hizo una inclinación y dio media vuelta para irse, pero le detuvo.

—Una última cosa.

—¿Sí, milord?

—Si en el futuro viene ese hombre y no estoy, no le recibáis. Si estoy, preguntadme. Y si llegan mensajes de lord Saxonshare para lady Bethany, pásamelos a mí primero. No quiero que la moleste con tonterías, ni que la presione para que le dé un dinero que va a derrochar a los dos minutos en las mesas de juego.

—Entiendo, milord. Por supuesto.

No le gustaba la idea de actuar a espaldas de Bethany, pero se dijo que lo hacía por ella. A pesar de todo quería a su primo, podía verlo en su rostro cuando hablaban del tema, y todavía no había aceptado que era un caso perdido, que no podía hacerse nada por él, si él mismo no ponía algo de su parte. Debía cortar aquella relación o terminaría arrastrándola al infierno con él.

Esperó hasta que imaginó que sus hermanas y Bethany estaban acostadas, durmiendo sus siestas, y subió a su dormitorio. La puerta que comunicaba con la habitación de la duquesa estaba abierta.

Cruzó el umbral y encontró a Bethany en la cama, en camisón.

—Me preguntaba si vendrías —dijo. Él entró, se quitó la chaqueta mientras iba a la puerta del dormitorio para echar el pestillo y la dejó caer en el diván.

—¿Qué tal el día?

Bethany se encogió de hombros.

—Como siempre. Te juro que me aburro mucho sin nada que hacer. En Mauve Meadow, al menos, estaba encargada de llevar la casa.

—Eso también puedes hacerlo aquí.

—Dios me libre. La señora Brown y el señor Simpson ya me tienen suficiente antipatía. Si me pongo a darles órdenes y a decirles cómo deben hacer las cosas, será ya la guerra abierta.

James se echó a reír.

—Lo siento. Estoy seguro de que no te tienen antipatía pero supongo que no sería apropiado. Quizá deba hacer algo para animarte.

—No sería mala idea. —Bethany apartó las sábanas, alzó una pierna y apoyó el pie en su cintura. Luego llevó el otro, sin importarle que el camisón se le subiese lo suficiente como para mostrar su pubis desnudo. James sintió que se enardecía, sobre todo cuando ese segundo pie se apoyó directamente sobre su miembro, que vibró atrapado en los pantalones—. A este paso, yo también me pondré a escribir historias románticas, como Ruthie.

—Ah, sí. —Acarició sus pies y le levantó el izquierdo, para mordisquearle los dedos—. Siempre le ha gustado escribir. Y no lo hace nada mal.

—En absoluto. Deberías ayudarla a publicar. Podría ser una nueva Jane Austen.

—Quizá lo haga. —Empezó a soltarse el pantalón, con los pies de Bethany ahora apoyados en su pecho—. Pero no es de ella de quien quiero hablar. Ni de literatura.

—Caramba, lord Gysforth. ¿Y de qué desea hablar?

—De amantes. —La sintió tensarse, pero no permitió que se apartase—. Quieta. —ordenó. Ella le frunció el ceño—. No me mires así. He estado dándole vueltas todo el día y voy a explicarte por qué vas a aceptar.

—Ah. ¿Es que voy a aceptar?

—No lo dudes. —Le separó las piernas y apoyó una rodilla en el borde de la cama, para colocarse en posición. Poco a poco, se dejó caer hacia delante. Cuando empezó a entrar en ella, Bethany se estremeció—. Y lo harás de buen grado, porque una amante es alguien muy especial.

—¿De verdad?

—Sí. A diferencia de la esposa, es la persona a la que has escogido amar. La persona que te excita, que te llena, como yo te estoy llenando ahora. No te engañes, Bethany. No es una cuestión sobre la que puedas decidir, porque me amas, y no me vas a dejar, nunca.

Ella se estremeció.

—Oh, por favor...

—Dilo. —Llevó las manos hacia delante, arrastrando el camisón, hasta abarcar sus pechos—.

Di que no me vas a dejar nunca.

Bethany se mordió los labios.

—Estás haciendo trampas.

—Por supuesto que sí. Haré lo que tenga que hacer, lo que sea, para retenerla a mi lado, lady Bethany. Porque ya va siendo hora de que dejemos algunas cosas claras. —Se inclinó sobre ella y la besó, con fuerza, sintiéndose arrebatado por un millón de emociones intensas—. Vamos, dílo. ¡Dílo! Eres mía.

—No seas injusto —gimió—. No puedes hacerme esto.

—¿Que no puedo? Sabes tan bien como yo que jamás podrá haber otro hombre aquí. —Empujó con las caderas, para dejar claro a lo que se refería—. Nunca, jamás, podrás volver a sentir lo que estás sintiendo ahora, con ningún otro. Dílo, Bethany. Reconócelo.

—Yo... ¡Está bien! ¡Sí!

James se detuvo. Sonrió.

—Sí, ¿qué?

—¡Soy tuya! ¡Por favor sigue!

—Claro que eres mía. No lo olvides.

Ella le agarró por la camisa, y le dio un buen tirón.

—¿A qué viene esa sonrisa? ¿De verdad crees que has ganado alguna clase de pelea? Sí, yo soy tuya, es verdad. Pero también lo es que tú eres mío, Gysforth. Mío por siempre y para siempre. —Le acarició la mejilla—. Mírame bien y recuérdalo, porque de ello depende nuestra felicidad.

Sí, lo era, maldita fuera. Lo era, desde aquellos rizados de cabello brillante extendidos por la colcha hasta los pies que en ese momento entrecruzó a su espalda, encerrándole entre sus piernas. Era suyo, por completo, y no podría vivir la mentira de un matrimonio de conveniencia.

James la besó, arremetiendo tanta fuerza que se movieron sobre el colchón. Siguió así, una y otra vez, una y otra vez, en largas embestidas, intensas, intentando dejar marca en ella, en el recuerdo de aquel placer abrumador que estaban sintiendo, que solo podían sentir cuando estaban juntos.

Cuando ella se convulsionó por un fuerte orgasmo, apretando los labios para no lanzar un grito, él también se dejó llevar.



## Capítulo 25

Otra fiesta, como todas.

Bethany llevaba poco tiempo inmersa en aquel espectáculo social que era la temporada, apenas un mes, y la suntuosidad de algunas de sus fiestas la había asombrado en un principio, pero empezaba a aburrirse mortalmente de todo. Noche tras noche, siempre contemplaba lo mismo: gentes que no le interesaban en absoluto se ponían sus mejores galas y se reunían para poder mercaderar con sus hijas e hijos.

Cada vez echaba más de menos Mauve Meadow. Prefería con mucho las reuniones tranquilas del campo, cuando unos pocos conocidos, personas que se apreciaban de verdad, comentaban algún libro o tocaban algunas piezas de música y cantaban juntos. ¡En Londres era todo tan distinto! Las luces, la elegancia, la música maravillosa... Todo aquello que la había fascinado al principio, ocultaba un corazón podrido.

O así lo veía ella, al sentirse fuera, rechazada. Al no poder tener a James.

Sí, sabía que era eso. No podía disfrutar del momento porque ella no reunía los requisitos necesarios para conseguir lo que deseaba, y nada de allí le interesaba, porque ya había entregado su cuerpo y su corazón a James. Por eso prefería quedarse apartada, con la tía Hetty y lady Forrest, e incluso esconderse, con Ruthie.

Aun así, las dos ancianas acompañantes hacían auténticos esfuerzos por «situarla bien», tal como lo describían. Cada noche, le presentaban hombres de todas las edades y apariencias. Eran tantos que a Bethany le costaba retener los nombres, aunque tampoco importaba mucho porque, la mayor parte, no se mantenía muy cerca de ella cuando sabían quién era, una lady sin más fortuna que ser la pupila de Gysforth. Solo la rondaba algún que otro individuo suelto, con unas intenciones bastante claras y que definitivamente no tenían nada que ver con el matrimonio.

Bethany suspiró, pensando que estaba siendo injusta. Seguramente ahí, entre la multitud, habría alguien con quien sería capaz de conversar de cualquier tema y hasta hacerse muy amigos. Incluso, quizá, otro hombre del que pudiera llegar a enamorarse...

Pero lo dudaba muchísimo. Al menos, eso último.

—¿Estás bien? —le susurró James, mientras le tendía una copa. Ella asintió. Recordó lo que habían vivido esa tarde, esa intimidad única que compartían en secreto y no pudo evitar sonreír y ruborizarse.

Para su desgracia, la tía Hetty y lady Forrest estaban al acecho.

—Lord Gysforth, no debería mostrarse tan solícito con lady Bethany —dijo, de inmediato, lady Forrest—. Está evitando que otros jóvenes se animen a cortejarla. Y usted no va a hacerlo, por supuesto.

Lo dijo con tal rotundidad que James frunció el ceño. Seguramente para evitar contestar de mal talante, miró para la pista de baile. Pero no le sirvió de mucho.

—Hablando de eso... —empezó la tía Hetty, aunque a continuación miró a lo lejos y se llevó una mano a la mejilla—. ¡Oh, mira, Hermione! ¡Tu nieta, Roselyn, está hablando con lord Abbotyen! ¡Qué ideal! Pero ¿no deberías ir a decirles que se separen un poco?

—¡Oh! —Lady Forrest miró, ya horrorizada antes de ver nada. Roselyn y el joven Abbotyen estaban a dos pasos de distancia, nada escandaloso, pero por supuesto decidió aprovechar la oportunidad de intervenir en vidas ajenas—. No, por supuesto, Hetty. Gracias por avisar, voy ahora mismo.

En cuanto se alejó, la tía Hetty agitó la cabeza.

—Es una mujer tan simple... En fin. —Les miró a ellos—. Han llegado a mis oídos ciertos rumores maledicentes...

—¿Cuáles, tía Hetty? —preguntó Lizzie, muy interesada. Un poco más allá, Lettie puso la oreja.

—Nada que deba saber una jovencita, algo que también cuenta para tu hermana. Venga, aprovechad para ir a dar una vuelta y que se os vea bien, pero permaneced siempre al alcance de mi vista. Ruthie, ve con ellas.

—¿Qué? —protestó Ruth—. Ni hablar. Yo no soy una jovencita ni quiero ser vista.

—Ruth, ve con ellas —insistió tía Hetty con mayor fuerza, y le lanzó la «mirada Keeling», que debía tener poderes, sobre todo cuando la usaba la vieja matriarca. Ruthie afirmó la mandíbula pero obedeció. Cuando se quedaron a solas, la anciana miró a Gysforth y a Bethany, mientras jugaba a golpear una mano con el abanico que sostenía con la otra—. Me han dicho que lady Bethany está acomodada en la habitación de la duquesa —añadió, en tono más bajo, lo justo para que oyeran ellos, pero nadie más—. Quiero saber si eso es cierto.

Bethany se ruborizó. ¿Cómo se había enterado? ¿Habría sido alguna de las hermanas de James? Pero no, imposible. Los Keeling eran un puño bien cerrado.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó Gysforth, frunciendo el ceño.

—Eso no importa. Pero te recuerdo, mi querido sobrino, que en una casa de bien hay mucha gente que no forma parte de la familia. Hay que mantener la compostura, siempre y en todo momento.

—Los criados, claro —decidió él, y bufó—. ¡Maldita sea! ¡Voy a despedirlos a todos!

—Te cuidarás mucho de hacerlo. No sé quién habrá sido, imagino que alguna doncella nueva y con la lengua demasiado larga, da igual. El caso es que ya van dos veces que se me acercan distintas damas a informarme «con la mejor intención» de que eso es lo que se rumorea: que has instalado a tu amante en casa, bajo tu propio techo, mezclándola con tus hermanas. Dime, ¿es eso

cierto?

James parecía haberse convertido en una estatua. Ni siquiera respiraba.

—Amo a lady Bethany —declaró por fin, y logró que Bethany le mirase eufórica. Ella sí que se sentía llena de amor.

Los ojos de su tía titilaron.

—No es eso lo que te he preguntado, James. Ya me imagino que, de hacer algo así, es porque has usado el corazón y no la cabeza. Pero te darás cuenta de que, lo que ha ocurrido, es algo que no puede seguir ocurriendo.

Él se resistió, pero terminó respondiendo:

—Lo sé.

—Bien. ¿Lady Bethany está de verdad bajo tu custodia? ¿Es legalmente tu pupila?

—Sí. Su primo me transfirió la tutela, mis abogados se ocuparon de todo.

—De acuerdo. Entonces, de aquí irá a mi casa. Se alojará conmigo hasta que solucionemos su futuro, ya sea buscándole un esposo o cualquier otra posibilidad aceptable.

—Tía...

—No, Gysforth —le interrumpió, y él no se atrevió a insistir—. En este asunto no puedes inmiscuirte más, a menos que decidas montar un escándalo. Sabes tan bien como yo que, lo que ahora es solo un rumor soterrado, sería una realidad a voces si anuncias que quieres casarte con ella. Y no lo vas a hacer.

—¿Por qué no?

—Porque tienes una reputación que mantener. ¿Qué pensarían tus enemigos, incluso tus partidarios en el Parlamento, ante algo así? ¡No solo has convertido a tu pupila en tu amante, sino que la has metido en casa, en la habitación que hubiese debido ocupar tu esposa! ¡Has hecho que tus hermanas convivieran con ella! ¿Quién iba a confiar en alguien capaz de hacer eso? Sabes tan bien como yo que todo eso te podría desprestigiar, y tus posibilidades políticas se verían considerablemente reducidas.

—Sí, lo sé —admitió él.

—Eso por no hablar de que tienes una familia ante la que debes responder. No puedes perjudicar los futuros de tus hermanas solo por una pasión... sea pasajera o no. —Agitó la cabeza—. Vamos, querido, yo sé que la quieres, solo hace falta verte la cara que estás poniendo ahora mismo. Pero, a estas alturas, deberías ser un experto en el arte de disimular tus sentimientos.

—¿Lo dice porque soy el maldito duque de Gysforth?

—No, por supuesto que no. Lo digo porque eres inglés. Nosotros no somos como el resto del mundo. Somos elegantes, sabemos contenernos. —Quizá para apoyar la idea, James la miró inexpresivo. La tía Hetty se volvió hacia ella—. Ahora, mi querida niña, te voy a presentar a unas personas. Se trata de los vizcondes Cortland y su hijo, un muchacho de aspecto aceptable y excelente linaje, pero cuya familia está pasando por una pequeña crisis económica. Creo que puede convenirles una relación contigo, ya que cuentas con el respaldo de Gysforth. Estás de

acuerdo, ¿no es cierto, sobrino?

James esquivó la mirada de Bethany.

—Sí, tía. Por supuesto.

—Perfecto. ¿Vamos?

—Sí... —dijo ella, todavía con las pupilas fijas en James. Él parecía culpable, pero decidido a no intervenir. Bethany apretó los labios. Antes se había sentido eufórica y rebosante de amor. Ahora, en la misma medida, estaba decepcionada. No quería echarse a llorar, así que irguió los hombros, dio la espalda a Gysforth y sonrió a la tía Hetty—. Veamos cómo es el honorable hijo del vizconde.

No resultó ser tan malo, pero a los diez minutos de charla le había quedado claro que Bernard Lambert, el futuro vizconde Cortland, tampoco conquistaría nunca su corazón. Bajito, regordete y rubicundo, hubiese podido pasar por alto su falta de atractivo físico de no ser por su falta de carácter. En el tiempo en que estuvieron juntos apenas pronunció un par de palabras, y ambas fueron para estar de acuerdo con su enérgica madre.

Pero, bueno, supuso que era un progreso, dentro de la rama familiar. El padre, de la misma constitución que su hijo y rasgos muy similares, ni siquiera dijo nada. Se limitó a asentir.

—¿Qué te han parecido? —le preguntó la tía Hetty, ya en el coche, de camino a su casa, tras dejar a lady Forrest y a las hermanas Keeling en sus respectivas casas.

Había sido difícil despedirse de Ruth, Lettie y Lizzie. Se sorprendieron y trataron de convencerla de que siguiera con ellas, aunque no insistieron mucho, seguramente porque imaginaban la causa de aquella decisión. Al final, habían prometido encargarse de enviar sus cosas con los criados a primera hora de la mañana y habían hablado de verse al día siguiente, en la siguiente fiesta. La tía Hetty podía ofrecerle lo imprescindible para esa primera noche.

—Encantadores —dijo ella, apática. La anciana se echó a reír.

—Vamos, niña, conmigo puedes ser sincera. Son abominables. Pero el caso es que, con lo ocurrido, tus posibilidades se han reducido mucho. Londres está lleno de rumores. Ahora mismo, ya no eres la pupila de Gysforth, con el lustre que hubiese podido darte algo así, sino simplemente su amante, en una historia más... indecorosa que romántica. —Suspiró—. No sé cómo lo vamos a arreglar.

Bethany miró por la ventana las silenciosas calles del Londres nocturno. Le importaba bien poco arreglar o no aquello, se sentía profundamente desgraciada. Después de la discusión con su tía, que ni llegó a eso, James se había sumido en un profundo mutismo. Se había mantenido lejos de ella, incluso había estado bailando con la tal lady Eve, y al salir se había despedido con frialdad, sin mirarla a los ojos.

No quería volver a verle. Tampoco quería saber nada de ningún hombre. Nadie volvería a romperle el corazón de esa manera.

—No me importa —dijo, en un susurro—. No quiero casarme, lady Morton.

La anciana agitó la cabeza.

—Llámame tía Hetty, bien sabe el cielo que te lo has ganado. Y ya imagino que no quieres casarte, sobre todo porque me consta que estás enamorada de Gysforth. —Bethany cerró los ojos, embargada por una ola de dolor—. Pero las cosas son así, no puedes casarte con él, niña. Y, hoy por hoy, el matrimonio es la única salida aceptable para una dama de nuestra posición.

—Yo ya no tengo esa posición.

—Claro que la tienes, querida. Eres la hija de un conde que era, además, un gran hombre. Eres una Saxonshare, aunque ese tonto de tu primo ostente ahora el título. Eres lady Bethany —concluyó—. Debes comportarte de acuerdo con el respeto debido a tu nombre y tus antepasados.

—Sí, de acuerdo. Pero también puedo buscar un trabajo. Quise ser institutriz, pero Gysforth no lo permitió.

La tía Hetty torció el gesto.

—Hizo bien. ¡Institutriz! ¡Qué ideas tienes! ¡Menuda tontería, tener que vivir de una forma miserable, siempre con la cabeza baja, aguantando lo que dicen viejas grullas como yo!

—¡Lady Morton!

—Te he dicho que me llames tía Hetty. Y no sé por qué te escandalizas, es la pura verdad, soy una vieja grulla. Conseguí que mis sobrinas salieran despavoridas de mi casa. —Gruñó, quizá enfadada consigo misma—. No las entiendo y solo espero que James sepa lidiar con ellas. Supongo que, el que hayan vivido tantos años sin una figura de autoridad en esa casa, las ha vuelto un tanto... traviesas.

A pesar de lo mal que se sentía, Bethany sonrió.

—Quizá debería decirles cuánto las quiere.

Lady Morton la miró de un modo extraño, pero ya estaban llegando a la casa y dejaron la conversación. Bethany observó la fachada del edificio. Era realmente bonito, bastante más pequeño que Gysforth House, pero muy coqueto y con un jardín encantador. A Bethany le hubiese gustado verla bien de inmediato, tanto por fuera como por dentro pero, como era muy tarde, decidieron que ya se la enseñarían al día siguiente.

Al fin y al cabo, iba a vivir allí durante algún tiempo. Lo sintió como un escondite, un refugio en el que poder lamer sus heridas y recuperarse.

Se despidieron en el pasillo y una doncella de mediana edad llamada Mery la condujo a un dormitorio amplio, de tonos cremas y rosas, muy femenino. Se desvistió con su ayuda, se puso un camisón prestado y se acostó.

No quería pensar en Gysforth. No iba a llorar por él. Se sentía tan traicionada que hubiese deseado poder arrancarse de raíz la memoria y el corazón.

Creyó que no podría dormir, pero descansó profundamente.

No soñó con nada.

## Capítulo 26

—¿Por qué no ha venido Bethany con nosotros? —preguntó Ruthie, al entrar en la casa. El señor Simpson sostenía su lámpara y trató de dar las buenas noches, como siempre, pero no le hicieron caso.

—Adivina —masculló James, demasiado enojado como para ser razonable. Ni siquiera se quitó el abrigo, ignorando el gesto del mayordomo. Se volvió hacia ellas y las increpó—. Creía que éramos una familia en la que unos guardamos los secretos de los otros.

Ruthie arqueó una ceja.

—¿Por qué dices eso?

—¿Quién ha dicho por ahí que Bethany estaba en la habitación de la duquesa?

El señor Simpson se mantuvo impertérrito. Sus tres hermanas le miraron de tal modo que no tuvo dudas sobre lo que ya imaginaba: no habían sido ellas, sino los criados. No los de siempre, pero últimamente había visto algunas caras nuevas, sobre todo entre las doncellas.

—¡Nosotras no fuimos! —exclamó Lizzie.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lettie.

—Lo obvio —dijo Ruthie—. La tía Hetty se ha enterado y ha tomado medidas.

—Pues sí. —Los hombros de James se hundieron—. Bethany se va a quedar en su casa... una temporada.

El rostro del señor Simpson pareció cobrar nueva vida.

—Una gran noticia, milord.

—Simpson... —dijo él, en tono de advertencia. No estaba con ánimos de soportar sus críticas.

—Pues entonces, ya no volverá —dijo Lettie, apesadumbrada—. Se quedará allí hasta que la tía Hetty le encuentre marido, supongo. Uno horrible. Viejo y gordo. Y repugnante. Eso sí, con título y muy rico.

—Oh, pobrecilla —se lamentó Lizzie. Miró a su hermano—. ¿Y no vas a hacer nada?

Él hizo una mueca.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Qué buena pregunta, James. —Ruthie parecía de pronto muy adulta—. Quizá se te ocurra también una buena respuesta.

Él inspiró profundamente. Y eso, ¿qué significaba? ¿Acaso querían que se casase con Bethany?

¡Si precisamente se estaba sacrificando por ellas! Fue a decírselo, pero prefirió callar. Sabía lo que ocurriría, de hacerlo: insistirían en que siguiera los impulsos de su corazón, que se ajustara como ellas al juramento que habían hecho, y él no podía seguir semejante consejo. Demasiadas cosas dependían de que actuase con cabeza en el tema de su matrimonio.

Sus hermanas le dieron las buenas noches y subieron escaleras arriba, en una fila de ceños fruncidos, bocas torcidas y sedas de distintos colores. James se quedó allí de pie, removiéndose inquieto sobre sí mismo. Pensó dejarlo estar, pero desde el principio supo que no iba a poder contenerse. En las condiciones en las que estaba, no podría pegar ojo.

—Señor Simpson, por favor, venga un momento —le dijo al mayordomo. El hombre se sobresaltó.

—Por supuesto, milord.

James le llevó a su despacho. Esperó a que encendiera una lámpara, se quitó por sí mismo el abrigo, dejó el sombrero y el bastón en una butaca, y se sentó tras el escritorio. Decidió abordar el tema sin rodeos.

—Usted sabe, señor Simpson, que valoro ante todo la lealtad.

¿Le miró dolido? Quizá. Cautó, sin duda.

—Así es, milord.

—Bien. Como acaba de oír, alguien de esta casa ha extendido rumores acerca de lady Bethany y de mí.

El mayordomo puso mala cara.

—Si me permite, milord, ya le advertí que alojarla en la habitación de la duquesa no era una idea... feliz.

—No, no era feliz. Ni siquiera alegre, ya lo sé. —El señor Simpson no sonrió por la ligera broma. Quizá ni la entendió—. Pero no es eso lo que importa ahora. ¿Sabe quién puede haber sido? El que se ha ido de la lengua, me refiero.

Simpson apenas dudó un momento.

—El personal de siempre es de toda confianza, milord, Su Excelencia lo sabe bien. —Hizo una mueca—. Pero hay un par de doncellas nuevas. Desde que están sus hermanas, además de lady Bethany, hubo que contratar algunas. Diría que tiene que haber sido necesariamente una de ellas.

James asintió.

—Despídalas. Contrate en su lugar a la muchacha que vino con lady Bethany... No recuerdo su nombre.

El mayordomo asintió.

—La señorita Briggs, Claire Briggs. Muy bien, milord. Tengo que decirle que es un acierto. La señorita Briggs ha estado ayudando en la casa estos días...

—¿Ha ayudado? —Le miró indignado—. ¡Simpson! Le recuerdo que estaba en Gysforth House de invitada.

—Lo sé, milord, y traté de impedirlo, se lo juro, pero créame, ha sido muy difícil conseguir que

se estuviera quieta. Gracias a eso, no puedo decir más que cosas buenas de ella. Ha demostrado ser muy trabajadora y eficaz, además de una buena hija. El señor Briggs se encuentra mucho mejor. El doctor dijo que pronto estará en condiciones de volver a la vida normal.

—Me alegra saberlo.

—Cuando eso ocurra, quizá le parezca bien que le busquemos algún empleo. En esta casa no es necesario un segundo mayordomo. —Le miró con intención—. Al menos espero que esté de acuerdo conmigo en ello.

—No, desde luego que no.

—Estupendo, milord. Sin embargo, los marqueses de Ainsworth, nuestros vecinos inmediatos, tienen su mayordomo a punto de retirarse, porque es ya muy mayor. Si no le parece mal, lord Gysforth, me gustaría utilizar nuestras referencias para recomendarles al señor Briggs. Sería lo ideal, así su hija y él podrían mantener un contacto diario, estando tan cerca.

—Perfecto. Bien pensado, muy bien pensado, señor Simpson. Actúe como mejor le parezca, gracias. —Al menos, algo salía como era debido, en todo aquello. Seguro que a Bethany le alegraría saber que le había conseguido un buen trabajo a aquella chica y a su padre—. Bien. Eso es todo y ya es muy tarde. Vaya a descansar.

El señor Simpson saludó y se dirigió a la puerta, pero se detuvo a pocos pasos del umbral. Se volvió hacia él.

—Si me permite, milord... Gracias por creer en mi inocencia. Y hablo también en nombre de la señora Brown, la señora Collins, el señor Scrubbs y el señor Bullock. Todos agradecemos su confianza.

James le miró sorprendido. Agitó una mano en el aire.

—No tiene por qué darlas, hombre. Sé que ustedes nunca harían algo así. Desde el principio imaginé que podía ser por culpa de alguna nueva doncella.

—Sí, pero también le consta que no he simpatizado nunca con lady Bethany.

—Ahora que lo dice, ya podría haber sido algo más amable, sí.

—Lo lamento, milord. No tengo nada contra ella, faltaría más, es una dama encantadora, pero su situación irregular me resultaba sumamente incómoda.

—Lo entiendo. Puede estar tranquilo. A partir de ahora se alojará con lady Morton.

El señor Simpson asintió.

—Lo he oído y, créame, milord: es lo mejor para todos. Las cosas bien hechas, bien acaban.

James bufó interiormente.

—Gracias por el consejo.

—Buenas noches, milord.

Solo cuando Simpson hubo salido vio la carta sobre la mesa, a un lado. Estaba dirigida a Bethany. No tenía remitente. Se levantó y se dirigió a la puerta. El mayordomo todavía no había entrado en el pasillo de servicio.

—¡Señor Simpson! Perdona un momento. ¿Quién ha traído esta carta?



—Oh, sí, milord, la olvidé. Fue un muchacho, a última hora, ustedes ya habían salido para la fiesta. De hecho, el señor Speechley estaba preparándose para volver a su casa y dijo que la dejásemos en su mesa, que usted se ocuparía de todo. Pero, ahora que lo pienso, con los últimos cambios, quizá deberíamos mandarla a la mansión de lady Morton.

—Sí. No se preocupe, yo mismo lo haré. Y si llegan más cartas para ella, me las pasan a mí.

Tal como le miró el mayordomo, seguro que pensó que iba a utilizar la carta de excusa para poder volver a ver a Bethany. Pero, como se sentía contento porque ya no estaba en la casa, no hizo mayor comentario al respecto.

—Como desee, milord. Buenas noches.

James volvió al despacho. El sobre casi quemaba en sus dedos. Tenía un mal presagio, pésimo. Finalmente, lo abrió.

Querida Bethy:

Sé que no me he portado bien contigo, y lo siento mucho, no sabes cuánto, pero ¿puedes ayudarme? Estoy desesperado.

Por favor, te lo ruego, ven a verme cuanto antes. Es muy grave. ¡Mi vida depende de ello!

Freddy.

Pd: No le digas nada a Gysforth. Seguro que intenta disuadirte.

«Pequeño canalla rastrero», pensó. Exactamente, era lo que se temía. Como no había podido sacarle el dinero a él, iba a intentar presionarle a través de Bethany. Aquel majadero... ¿En qué pretendía meterla? Pues no pensaba tolerarlo. Hizo una bola con la carta y la lanzó a la chimenea.

El papel se consumió en pocos segundos. Asunto solucionado.

## Capítulo 27

U nos días después, mientras Bethany desayunaba con la tía Hetty y lady Forrest, llegaron las hermanas Keeling al completo.

El mayordomo, el pobre señor Johnson de las orejas grandes, los dientes torcidos y la nariz enorme, las hizo pasar de inmediato. Las tres muchachas entraron muy serias y en formación casi militar, hasta colocarse en fila frente a la mesa.

Lady Forrest frunció el ceño, pero la tía Hetty las miró divertida.

—Buenos días, niñas.

—Buenos días, lady Forrest, tía Hetty... —respondieron todas, a coro, haciendo una inclinación similar. Siguió Lettie—. Venimos a ver a Beth. ¡Y a ustedes! —añadió al recibir un codazo de Lizzie. Pero el daño ya estaba hecho. Durante un segundo, la tía Hetty la miró dolida. Luego, se cubrió con su máscara habitual.

Fue lady Forrest la que contestó:

—No te preocupes, Lettie querida, tu tía se hace cargo de que, de ser por ti, no volverías a verla nunca más.

—Eso no es cierto —replicó la muchacha, algo abochornada.

—Claro que sí. Estás más cómoda allí donde nadie te dice que, si sigues comiendo de ese modo atroz, dentro de poco no habrá unas gemelas Keeling, sino la Keeling esbelta y la... bueno, la *gordita*.

—¡Lady Forrest! —exclamó Bethany, mortificada por la expresión de dolor de Lettie—. No es necesario ser cruel.

—La crueldad está poco valorada en estos tiempos, pero a veces es necesaria, querida, porque hay cosas que, o se atajan de inmediato o luego tienen mala solución. ¿No es cierto, Hetty? —Esta vez, lady Morton abrió la boca para hablar, pero la otra no le dio opción—. A ver, niñas, ¿cómo es lady Eve Wallard-Stoneport? —preguntó, frunciendo el ceño acusadoramente. No dejó que contestaran—. ¡Ajá! Delicada. Delgadísima. Palidísima.

—Y feísima —añadió Ruth.

—¡Oh, eso no es verdad! —Como le clavaron varias cejas arqueadas, lady Forrest reuló—. En cualquier caso, no es culpa suya. Todos tenemos que aceptar la nariz que nos toca. Y los ojos. Y la boca... —siguió enumerando, porque no quedaba otro remedio, tan poco agraciada era la

muchacha en sí. Bufó—. Bueno, bien, lady Eve no es guapa. Pero es delgadísima. Y palidísima.

—Solo por los polvos que se da, que me lo han dicho —aseguró Lizzie.

—¡Alguien como ella no cometería semejante ordinariez! ¡Y no me cambies de tema! —Hizo un gesto hacia Lettie—. Una niña que, al mirarla, hace pensar en un lechón sonrosado, solo porque no es capaz de dejar de atiborrarse con todo, no puede atraer a nadie. —Le frunció el ceño más todavía—. Te aseguro que no te gustará ser conocida como lady *Gordita* Keeling.

—¡Lady Forrest! —exclamó Ruthie, enfadada. Miró a su tía en busca de ayuda, pero lady Morton tenía los ojos clavados en su taza de té.

—¡Pues me da lo mismo! —gritó Lettie. Dio un paso al frente, temblando de pies a cabeza de pura indignación, con los puños muy prietos—. Merecerá la pena ponerme inmensamente gorda si así consigo librarme de los viejos horribles a los que ustedes dos pretenden entregarme como si fuera una... una... ¡una salchicha! —Bethany parpadeó, igual que Ruthie y Lizzie, todas tratando de imaginar la razón de semejante comparación. Debió darse cuenta, porque se encogió de hombros—. Tirándosela a los perros, se entiende.

—Claro que sí —afirmó lady Forrest—. Se entiende perfectamente, jovencita. Una forma muy poética de expresarlo, que dice mucho de la educación que os está procurando vuestro hermano. Ah, perdón, que desde la señorita Mayer os riñó, no ha querido poneros otra institutriz.

—Le recuerdo que la señorita Mayer tuvo la desfachatez de pegarles a Lizzie y a Lettie con una vara, lady Forrest —protestó Ruthie.

—Tonterías. ¡Ni que les hubiera roto algo! Sabes tan bien como yo que no fue nada, y que las institutrices han usado la vara para enderezar a las niñas desde que el mundo es mundo, y aquí seguimos. Ya lo dice el refrán: «la letra, con sangre entra».

Ruthie se indignó aunque, en su caso, no hubo furia evidente. Sus ojos relampaguearon y habló con voz helada.

—Ese refrán se refiere a que hay que esforzarse para conseguir aprender, no a que haya que pegar a otros para enseñarles. Y le aseguro, lady Forrest, que mis hermanas no tienen por qué consentir que venga nadie a humillarlas por pura maldad, por no hablar de que, a día de hoy, son unas jóvenes muy cultas.

—¿Ah, sí?

—Sí —replicó, rotunda—. Le recuerdo que, para cuando ocurrió eso con la execrable señorita Mayer, yo ya sabía la suficiente literatura y las matemáticas necesarias. Desde entonces, les he enseñado cada día, sin faltar ni uno, excepto domingos.

—Es verdad —replicó lady Forrest, que la había escuchado con expresión desdeñosa—. Deben ser muy instructivas las novelas de la señorita Austen, porque creo que es lo único que lees hoy en día. Eso me dijo tu tía. Y te diré que...

—Basta. —La tía Hetty habló en un tono normal, pero su voz resonó con fuerza, silenciando la disputa—. Haz el favor de callarte de una vez, Hermione. Estoy harta, no quiero oírte ni una sola palabra envenenada más. —Su cuñada se quedó tan sorprendida que obedeció. Pasaron varios

segundos y seguía sin reaccionar—. Y, si no te importa, te agradecería que te fueras de mi casa, ahora mismo. Mis sobrinas y yo tenemos que hablar. En familia, para variar.

—Pero... pero Hetty... ¿qué dices? —preguntó la otra, atónita—. Van a venir las Damas...

—Les presentaré tus excusas, no te preocupes. Sabes tan bien como yo que no van a echarme de menos, ni a ti ni a tus lamentables aportaciones, porque siempre has sido muy tacaña. Pero, ahora, debes irte.

—Hetty, ¿me estás echando de tu casa, en serio?

—Has insultado a mis sobrinas. Has hablado mal de mi sobrino y cuestionado sus decisiones. Y, sobre todo, me has aburrido a mí, hasta el límite. Sí. Me parece que sí. Te estoy echando. Largo de aquí.

—¡Qué desfachatez! —Lady Forrest apretó los labios—. ¡Si no fuera por la memoria del querido Bridgeport y de todos los años de amistad que nos unen...!

No terminó la frase, a saber qué tendría en mente. Se puso en pie muy rígida y salió por la puerta. En el silencio que se hizo entonces, las gemelas miraron atónitas a su tía y Ruthie sonrió.

—Bien hecho, tía Hetty. Ya era hora.

Lady Morton suspiró.

—Sí, bueno... Es una pena. Siempre quise tener una amiga especial, algo como una hermana, y tuve que conformarme con ella.

—Nunca entenderé por qué la aguanta.

—Porque le prometí a Bridgeport, en su lecho de muerte, que me ocuparía de Hermione, siempre. —El duque de Bridgeport fue el primer marido de la tía Hetty, hermano mayor de lady Forrest—. Él sabía bien cómo era su hermana y que, si no tenía cuidado, se quedaría sola. Sus hijos no la quieren y sus nietos no la soportan. Por lo tanto, cumpliré mi palabra. Mañana iré a visitarla, dejaré que suelte su enojo, le advertiré que no quiero que os moleste más y volveremos a la normalidad. No hagas eso —añadió, cuando Ruthie giró los ojos en las órbitas—. Sabes que no me gusta nada, no es propio de una dama.

—Perdón, tía Hetty. Es que me pareció ver pasar una mosca.

—¿En mi casa? No se atrevería. —Las jóvenes la miraron algo sorprendidas y se echaron a reír—. Lettie, te pido disculpas si te he molestado con mi insistencia. —Eso las sorprendió más todavía—. Tu hermano y yo ya lo hablamos en su momento: como tus hermanas, tendrás absoluta libertad para elegir esposo. —Arrugó el ceño—. Si te digo la verdad, no creo que sea muy inteligente dejar tal tarea en manos inexpertas, pero qué se le va a hacer. Está claro que lord Birdwhistle no era lo que te convenía.

—Gracias, tía.

—Eso sí, tenemos que hacer algo con esa propensión que tienes a comer. No debes engordar más. No es el... ideal de una dama joven y atractiva.

Lettie le lanzó una mirada extraña.

—No, tía.

—Y, vosotras... tened un poco de paciencia. Lady Forrest y yo somos viejas y nos cuesta aceptar estos tiempos nuevos. —La anciana se puso en pie y avanzó con el bastón hacia la puerta—. Os dejo solas, que no tardarán en llegar las Damas de la Caridad Cristiana para nuestra reunión semanal y debo comprobar que está todo listo. ¡Bien sabe Dios que esas mujeres son muy poco caritativas a la hora de criticar! Señor Johnson, por favor, sirva a mis sobrinas un desayuno en condiciones. A saber qué pueden tomar en Gysforth House, sin la debida supervisión.

—La señora Collins es una cocinera excelente y se ocupa del menor detalle, tía Hetty —dijo Ruthie, muy tiesa.

—Ya, bueno. Desayunad, anda. Y tú, haz un esfuerzo por controlarte, Lettie. Lady Forrest puede haberse equivocado en las formas, pero no en el fondo. —La señaló con el bastón—. Recuérdalo.

—Os juro que a veces le tiraría algo a la cabeza —dijo Ruth cuando se quedaron a solas. Lettie no dijo nada, ni se movió, solo miró fijamente el suelo, o las punteras de sus zapatos, a saber qué. Su hermana mayor le pasó un brazo por los hombros—. ¿Estás bien, cariño?

—Sí. No. ¿Crees que tienen razón? ¡No puedo evitarlo, Ruthie! Últimamente estoy muy nerviosa y comer... no sé, comer me calma.

—¡No es verdad, no le hagas caso! —le dijo Lizzie abrazándola por el otro lado—. Además, somos gemelas. Seremos siempre idénticas.

Lettie se mordió los labios, insegura.

—Ya no me valen tus vestidos, Lizzie...

—Eso es porque... porque... —Miró a su hermana mayor, buscando ayuda. Ruthie agitó la cabeza.

—Ya hablaremos de eso. No te preocupes. Vamos, siéntate y toma un té.

—¿Puedo coger una pasta de...?

—¡No! —exclamaron sus dos hermanas. Siguió Ruthie, más calmada—. Solo el té, Lettie. Ya has desayunado de sobra en casa.

Se sentaron a la mesa, con pocos ánimos. Bethany agitó la cabeza.

—Siento lo ocurrido. De lady Forrest puedo entenderlo todo, pero no de vuestra tía. Lady Morton siempre se porta muy amable conmigo.

—Porque no eres una Keeling —le explicó Ruth—. No tienes que estar a la altura de sus dichosas expectativas.

Bethany no estaba segura de eso, pero decidió no discutir.

—Es una pena. Deberíais encontrar el modo de conciliar posturas. Seguro que es posible, tiene mucho sentido del humor. —La miraron sorprendidas. Mejor cambiar de tema—. En fin, gracias por venir a verme.

—Teníamos que hacerlo. Es injusto lo que ha pasado —dijo Ruthie.

—Bueno, injusto, injusto... —Al fin y al cabo, Gysforth y ella eran culpables de haberse comportado de un modo poco propio. Lo raro era que hubiesen podido hacerlo durante tanto tiempo—. No diría tanto. Pero ha sido desagradable.

—James nos regañó —dijo Lettie, apurada—. Pero te juramos que nosotras no fuimos. Yo solo se lo conté a Ruthie y a Lizzie. Y ellas jamás se lo dirían a nadie.

Bethany extendió un brazo hacia ella y le acarició la mano.

—Ya lo sé, cariño, no os preocupéis.

—Es que... No podemos permitirlo, Bethany —aseguró Ruthie, muy seria—. Sabemos lo durísimo que es estar aquí, con la tía Hetty. Por eso, estamos decididas a pasar contigo este calvario. —Se miraron y asintieron—. Venimos dispuestas a establecernos otra vez aquí, contigo.

—Aunque, con lo que ha pasado, se me han quitado las pocas ganas que tenía, por completo —añadió Lettie. Resopló—. Pero, por ti, lo haré.

—¿Qué? —Bethany se sintió sobrecogida por una oleada de amor, amor sincero, de un tipo que no había experimentado nunca antes. Había crecido sin saber la maravilla de lo que era compartir penas y alegrías con una hermana, pero ahora tenía tres. A pesar de todo lo que le había ocurrido últimamente, no podía quejarse, la vida siempre le hacía regalos—. No, por favor, no puedo pedirlos eso. Os adoro por proponerlo, pero no voy a aceptar.

—Pero ¿no estarás muy sola? —preguntó Lizzie.

—Lady Morton es capaz de llenar por sí sola cualquier habitación. —Todas rieron. Bethany las miró pensativa—. En realidad, no sería mala idea que os quedarais porque creo de verdad que vuestra tía os quiere mucho, y que todo es cuestión de sentarse un día y hablar las cosas con calma. Pero es algo que tiene que salir de vosotras, no por hacerme a mí un favor.

Lettie hizo un gesto, incrédula.

—¿Hablar con ella? ¿Para qué? Por mí, ojalá se cayera en un agujero sin fondo y desapareciera por siempre.

Lizzie la miró compungida.

—No digas eso, Lettie.

—¿Por qué no? Es la verdad. —Apretó los puños—. Hoy ha estado más amable y ha decidido no insistir con el desagradable asunto de lord Birdwhistle, pero dudo que deje de intentar entrometerse. ¡Y, además, ya es demasiado tarde, a estas alturas ha estropeado por completo mi relación con David!

—¿David? —preguntó Bethany.

—Sí. El honorable David Beckett, segundo hijo de los condes de Cocks —le explicó Ruthie.

—Lettie está totalmente loca por él —añadió Lizzie—. ¡Y él por ella, mucho! ¡Le escribe unos poemas preciosos! ¡Es tan romántico! Lettie, ¿cómo era aquel...? El que empezaba:

Cómo pasan las horas a tu lado,  
que parecen volar con tanta prisa,  
como dura en un niño la sonrisa,  
como agua resbalando en un tejado...

—No sé. Yo tampoco recuerdo cómo seguía. —Los ojos de Lettie se llenaron de lágrimas—. Y

la tía Hetty lo quemó.

—Bueno... —Lizzie buscó algo con lo que consolar a su hermana—: En realidad, no era tan bueno. Nunca he creído que fuera apropiado plantear que la sonrisa de un niño dura poco. ¡Un niño debería sonreír siempre!

—Es que no decía eso —protestó Lettie, defendiendo a su poeta—. Decía «surge», porque los niños son de sonrisa rápida. *Como surge en un niño la sonrisa, como agua resbalando en un tejado...*

—Ah... —Lizzie dudó un momento, pero si había una Keeling entusiasta, esa era ella—. Pues aun así, podría haber rimado de otro modo y...

—¡Oh, por favor, Lizzie! —le pidió su gemela—. Déjalo estar. Desde que la tía habló con su padre, todo se estropeó. ¡David ni siquiera me mira en las fiestas en las que coincidimos! ¡La odio con todas mis fuerzas!

—La verdad, Lettie, no creo que la tía Hetty se diera cuenta de cómo estaban las cosas realmente —dijo Ruthie.

—¿No? Yo te diré cómo eran: ¡alejó a David y quiso comprometerme con un viejo repugnante! —Lettie apretó los puños—. Cuando me negué a seguir su juego, me dijo unas cosas horribles sobre mi deber y mi egoísmo. No, de verdad, no creo que me quiera.

Bethany sintió una profunda lástima. Empezaba a entender la situación.

—Solo buscaba asegurar tu futuro... —dijo, tratando de contemporizar.

Lettie la fulminó con la mirada. De pronto no parecía una niña, sino una mujer decidida y fuerte.

—No repitas sus frases, por favor, Beth. Eso es mentira. Solo buscaba mejorar su propia posición a través de mi sacrificio, metiéndome en la cama de un viejo asqueroso, como si fuera una... bueno, una, ya sabéis.

—¡Oh, Lettie! —exclamó Lizzie, escandalizada—. ¡No es lo mismo! ¡Lord Birdwhistle quiere casarse contigo!

—¿Y qué? No deja de ser lo mismo. Y encima, la tía Hetty tuvo el valor de llamarme niña mimada y egoísta. La odio.

Era mejor dejarlo estar. Lettie se sentía demasiado herida.

—Pues, con más razón, no podéis quedaros —decidió—. No ahora, ni así. Os lo agradezco mucho, pero es mejor que estéis con James. —Ella indagaría por su cuenta. Le preguntaría por aquel asunto a la tía Hetty, en un momento que considerase oportuno, y trataría de hacerle entender que no estaba siguiendo el camino correcto para llegar al corazón de Lettie—. Además, nos vamos a ver cada día. Os recuerdo que a mí también quieren buscarme un marido.

Puso tal cara de circunstancias que hasta Lettie soltó una risita.

—Por cierto, ayer llegó esta nota para ti —dijo Lizzie, intentando cambiar de tema. Sacó un sobre de su bolsito y se lo tendió. Bethany lo cogió intrigada. Reconoció la letra de Freddy al momento.

Querida Bethy:

¿Por qué no vienes a verme? ¿Por qué no respondes a mis cartas? Te juro que necesito tu ayuda, estoy desesperado. ¿Acaso se lo dijiste a Gysforth? ¿No te das cuenta de que ese hombre es una mala influencia, que yo soy toda la familia que te queda?

Por favor, ¡ven a casa!

Freddy.

Bethany parpadeó sorprendida.

—¿Han llegado otras cartas para mí?

—No, que nosotras sepamos —respondió Ruthie—. Esta me la dio un muchacho ayer por la tarde, cuando estaba en el jardín de casa. Como íbamos a venir, la guardé para dártela. Pero podemos preguntarle a James. Le suelen entregar toda la correspondencia, y él se encarga de repartirla, con el señor Speechley.

Claro, eso había sido. Freddy mandaba sus cartas y James las interceptaba y las rompía. Aunque no quisiera ver a su primo, se sintió un poco irritada. Hubiese preferido que le preguntase su opinión. O que se las diese, para que decidiera por sí misma. Pero no, ni siquiera había ido a verla, en todo ese tiempo. Puesto que tampoco había acudido a las fiestas, no habían tenido oportunidad de coincidir.

Parecía habérselo tragado la tierra.

«No seré yo quien vaya a buscarte», le dijo mentalmente. Le hubiera gustado poder decir también que zanjaba por completo aquel asunto, pero sabía que siempre estaría enamorada de Gysforth.

Charló un rato más con las hermanas Keeling. Cuando se fueron, aliviadas por haber podido evitar su sacrificio, Bethany subió a su dormitorio y se preparó para salir. Se puso un sombrero, y cogió la chaqueta, los guantes y el bolsito. Pensaba irse sin decirle nada a nadie, pero, al bajar, se cruzó con lady Morton, que estaba cruzando el vestíbulo mientras daba órdenes a los criados.

—¿Adónde vas, querida? —le preguntó la mujer, con curiosidad.

—A hacer un recado, tía Hetty.

—No sin una doncella, espero.

Bethany titubeó, pero solo un segundo. De haberse tratado de Claire, hasta lo hubiera agradecido, porque no le apetecía ir sola. Pero iba a encontrarse con ese extraño en el que se había convertido su primo. No tenía ninguna gana de acudir a semejante cita acompañada de una desconocida, y menos si se trataba de una de las criadas de lady Morton. Ninguna de ellas bajaba de los cuarenta años, aunque eso hubiera podido ignorarlo y hacer buenas migas. Lo realmente grave era que no sonreían nunca, lo que la hacía sentir incómoda.

Pero no tenía sentido discutir, así que decidió tomar un atajo.

—Por supuesto. Ya le he dicho a Mery que vamos a salir. La esperaré en la puerta. —Sonrió y la besó en la mejilla. La anciana abrió los ojos como platos; luego, sonrió—. Gracias por preocuparse por mí, tía Hetty.

—No hay de qué, querida. —Se volvió rápidamente hacia su mayordomo, que también estaba



ayudando a redecorar las estancias que iban a ver las visitantes—. No, no, por favor, señor Johnson, llévese ahora mismo ese jarrón y traiga el chino. ¡No quiero que las Damas de la Caridad Cristiana piensen que vivimos en la indigencia!

En cuanto la vio desaparecer por el pasillo hacia el salón, inmersa en su vorágine ornamental, Bethany se puso los guantes y salió a la calle. Caminó dos manzanas antes de poder coger un coche hasta Saxonshare House. Una vez allí, llamó a la puerta, pero nadie abrió, así que usó su llave.

Arrugó la nariz. Allí dentro olía a aire viciado, a polvo, y daba una profunda sensación de abandono. Bethany se estremeció y caminó por la casa, casi conteniendo las lágrimas. Aunque no había vivido mucho allí, solo esporádicamente de niña, y aquella etapa de adulta que mejor prefería olvidar, le tenía cariño a aquel sitio. Además, así debía estar también Saxonshare Manor, si es que no había sido embargado o vendido, o desmantelado de cualquier manera, que ya se esperaba cualquier cosa de Freddy. ¡Qué lástima!

Subió al primer piso. Su habitación estaba revuelta, como saqueada con violencia. Faltaban muchas cosas por todos lados. Ropa, zapatos, algunas joyas menores, objetos de decoración, libros... Supuso que Freddy habría ido rebuscando por toda la casa para poder jugarse cuanto se iba encontrando por el camino. Pobre demonio. Qué bajo había caído.

¿Y su primo? ¿Dónde estaba? Empezaba a pensar que no se encontraba en la casa cuando, al girarse, le vio a su espalda.

—¿Freddy? ¿Qué ocurre? Esta mañana he recibido tu nota. —Él se limitó a mirarla. Casi parecía un espectro. Ojos hinchados y brillantes, desenfocados como los de un loco; mejillas hundidas; piel pálida, enfermiza; ropa arrugada y sucia... Con un movimiento determinado, cerró la puerta a su espalda—. ¿Qué ocurre? Me estás asustando.

—Yo no quería esto —dijo él. Bethany empezó a tener miedo. No debió ir sola, pensó de pronto. Tenía que haberle hecho caso a James, y a la tía Hetty—. Te lo juro, no quería...

—¿El qué? —Dio un paso atrás, para retroceder y quizá, con suerte, mantener las distancias, aunque fuera por poco tiempo; pero él fue más rápido.

Bethany recibió el puñetazo en la mejilla y perdió el conocimiento.

## Capítulo 28

James llevaba más de una semana luchando contra sí mismo y sabía que había perdido el combate. Por completo.

No había ido a ver a Bethany, no le había mandado notas, ni había propiciado encuentros. No había acudido a las fiestas en las que sabía que iba a estar ella y no se perdía ninguna en la que fuese a estar lady Eve. Bailaba con ella, charlaba con su padre, intentaba llevar la vida normal que tendría alguien de su posición antes de plantear un compromiso...

Casi consiguió creer que podría reconducir su vida en el camino que convenía a sus intereses políticos y sociales, y el que quería la tía Hetty. Casi.

Pero había llegado el momento de asumir que le resultaba imposible. Cada segundo que pasaba, tenía a Bethany en mente. Veía su sonrisa en otras bocas, su mirada en otros ojos. Y la echaba de menos, siempre.

Por eso, ese día, canceló todos los asuntos que tenía por la tarde, avisó a sus hermanas de que iría a tomar el té a casa, y mandó una nota a la de la tía Hetty, para que ella y Bethany estuvieran también presentes. Mejor hablarlo todo a la vez, con todas las mujeres de su vida juntas.

Pero, para su sorpresa, no estaban ni su tía ni Bethany.

—La tía Hetty ha mandado una nota diciendo que tiene invitadas, las Damas de la Caridad Cristiana —le explicó Ruthie—. De hecho, nos lo comentó esta mañana. Lo siento, hermano, pero le va a ser imposible venir.

—¿Y Bethany?

Su hermana hizo una mueca.

—Al parecer, salió poco después de irnos nosotras, y sin acompañante. Dijo que iba a hacer un recado, pero para cuando llegó tu nota, no había vuelto. Hemos dejado dicho que venga en cuanto pueda.

James arqueó una ceja.

—¿Salió sola? ¿Qué recado era ese?

—La tía no lo sabe. Está enfadada, porque Bethany le dijo que iba a llevarse con ella a Mery, su doncella, y luego resultó ser mentira. Se fue sola.

—Es pronto —les recordó Lizzie, intentando quitar hierro al asunto—. Puede que llegue en cualquier momento.

Ruth asintió.

—Eso es. ¿Por qué no vas contándonos de qué va todo esto, hermano?

¿Por qué no? Así, de haber alguna oposición, que lo dudaba no estando la tía Hetty, quedaría reducida a cenizas antes de que llegase Bethany, y luego podrían dedicarse a felicitarla, sin más.

Tomó aire y sonrió.

—Voy a pedirle a Bethany que se case conmigo.

Como imaginaba, sus hermanas estallaron en vítores y aplausos.

—Menos mal que has entrado en razón —dijo Ruth, con una amplia sonrisa.

—¡Oh, qué bien! —exclamó Lizzie—. ¿Cuándo? ¿Cuándo? ¿Cuándo?

—Hoy mismo —respondió James, divertido—. En cuanto llegue.

Lizzie lanzó una carcajada.

—¡No, digo casaros! —James rio con ella—. ¿Cuándo?

—Bueno, eso lo decidiremos entre todos, ¿no? Seguro que Bethany os pregunta también vuestra opinión al respecto. —Tomó un sorbo de té, satisfecho de cómo iba la cosa—. Por mi parte, prometo que no va a haber compromiso más importante en mi vida, así que... Señalaremos esa fecha y para mí será sagrada. Lo juro. Ningún asunto político va a poder hacerle sombra.

—Eso quiero verlo —replicó Ruthie, aunque sonreía feliz.

—¿Y qué harás cuando la tía Hetty ponga el grito en el cielo? —preguntó Lettie—. Porque lo hará, lo sabes, ¿verdad?

—Sí, claro que lo sé. Esperaba verla hoy y calmarla, porque le va a dar más de un vahído, alguno incluso auténtico. Pero voy a casarme con Bethany se ponga como se ponga, estoy totalmente decidido. Espero contar con su bendición pero, de no ser así, tendré que vivir con ello.

—Claro que sí. Lo que importa es que va a haber boda —dijo Lettie, y suspiró con aire romántico—. Yo espero que sea en verano. Que haya mucho sol.

—Pues yo prefiero la primavera —intervino Lettie—. Con montones de flores por todos lados.

Ruthie chasqueó la lengua.

—Me toca otoño, entonces. —Las tres rieron, y James con ellas—. Va a ser divertido prepararlo todo. ¡El vestido de novia!

—¡Y los nuestros!

James las dejó hablar, sintiéndose muy feliz. Escuchó sus mil planes mientras tomaban el té. Hasta se permitió luego una copa de licor para celebrar lo bien que iban las cosas. Casi no podía creer que estaba a punto de conseguir cuanto quería, el empeño más importante de cuantos había abordado en su vida: casarse con Bethany.

Tenía que llevarla a Sleeping Oak tras la boda. Podrían pasar allí unos días, tranquilos, a solas. Iba a ser un tiempo maravilloso.

—Da igual cómo queráis poner ese frunce —aseguró Ruthie. James salió de su ensueño, en el que se había visto otra vez con Bethany en su barca por el Támesis. ¿De qué estaban discutiendo? Ah, sí. Hablaban del vestido de novia. Estaban ideando un diseño, al parecer—. Será Bethany

quien decida. Yo creo que...

—Hablando de Bethany... —la interrumpió James. Consultó el reloj. A ese paso tendría que irse sin haberla visto—. Maldita sea. ¿Adónde habrá ido? —Las miró—. ¿A qué hora decís que salió de casa de la tía Hetty?

—En su nota, la tía Hetty dijo que poco después de irnos nosotras. Serían las diez y media...

—Quizá las once.

James abrió mucho los ojos

—¿Desde entonces está desaparecida? ¿Y nadie se ha preocupado?

—¿Deberíamos? ¿Qué pasa?

—No lo sé. Pero precisamente, eso es parte del problema. Lleva muchas horas fuera de casa, sin que nadie sepa nada de ella. —Recordó el asunto de Thynne, lo terrible que fue todo aquello. No podía imaginar que se estuviese repitiendo—. Estoy tentado de llamar a la Guardia.

—No exageres —dijo Ruthie—. Se habrá entretenido con algo.

—Puede que el recado fuera por la carta —aventuró Lizzie, mirando a sus hermanas. James arqueó una ceja.

—¿Qué carta?

—Una, que le mandó su primo, lord Saxonshare. Me la dio ayer un mensajero y se la llevamos esta mañana, al ir a casa de la tía Hetty. Se sorprendió mucho y preguntó si habían llegado otras, antes y...

—¿Una nota de lord Saxonshare? —preguntó James, alarmado—. Oh, Dios... ¿Qué decía?

Sus tres hermanas se miraron con desconcierto.

—Eso no lo sabemos, no nos lo dijo, aunque sí es verdad que se alteró mucho al leerla —replicó Ruthie—. Preguntó eso, que si habían llegado otras cartas antes. No supimos qué decirle, excepto que te preguntase a ti, que tú te ocupas de la correspondencia, con la ayuda del señor Speechley.

«Maldita sea», se dijo James, seguro de que Bethany había llegado a las conclusiones correctas.

—Intentaba evitar que se pusiera en contacto con ella. Ese hombre está desesperado. Ya la atacó una vez, no tiene escrúpulos, puede cometer cualquier locura. Oh, maldición... —murmuró, mientras se ponía rápidamente en pie y se dirigía a la puerta.

No se detuvo a contestar las llamadas de sus hermanas, que le pedían que les explicase lo que estaba pasando. Salió por la parte de atrás de la casa, pidió al chico de la caballeriza que le ensillase de inmediato un caballo y partió lo más rápido que pudo hacia Saxonshare House, atravesando el centro de Londres de una forma temeraria, a todo galope.

Al llegar, saltó al suelo y llamó a la puerta con fuerza, sin importarle montar un escándalo en aquel barrio tan elegante y tranquilo. Como Saxonshare no parecía por la labor de contestar, tuvo que añadir unas cuantas voces, jurando que cortarían su asignación, para conseguir que le abriese, aunque solo fuera un resquicio.

Le miró con ojos vidriosos desde el poco espacio que dejaba la puerta entreabierta.

—¿Qué demonios quieres, Gysforth? —le preguntó. O mucho se equivocaba, o estaba bastante borracho—. ¡No eres bienvenido aquí! Que yo sepa, tú y yo no tenemos nada que decirnos sin que estén presentes nuestros abogados.

«Mentecato», pensó, pero optó por ir a lo importante.

—¿Dónde está Bethany?

—Tú sabrás. Solo tienes que seguir el rastro de los rumores. —Hizo un gesto algo payaso, inclinando la cabeza a un lado—. ¿Los oyes? ¡Cada vez se habla más de vosotros! Así que querías ser su tutor, ¿eh, canalla? —añadió, lleno de veneno—. En realidad, solo querías acostarte con ella. Admítelo, cabrón. —Se echó a reír y trató de cerrar—. Anda, lárgat...

—Calla de una vez, imbécil. —James puso una mano en la puerta y empujó con fuerza, lanzándole hacia atrás. Abrió del todo y entró en un vestíbulo de lo que parecía una casa deshabitada. Por no haber, no tenía ni lámparas ni alfombras. Supuso que lo habría vendido todo. Qué lamentable.

—¿Qué haces? —preguntó Saxonshare—. ¿Cómo te atreves?

—¿Dónde está Bethany? —Decidió echarse un farol, algo en lo que era mucho mejor que aquel mequetrefe—. Sé que ha venido aquí, me lo dijo, así que guárdate mucho de mentirme. —Avanzó otro paso hacia él, que retrocedió, manteniendo la distancia—. Dímelo o juro por Dios que te parto la cara y luego llamo a la Guardia.

—¡No me pegues! ¡No! —gritó el otro, ocultando el rostro entre los brazos—. ¡Está arriba, en su cuarto! ¡De verdad! —Chilló, cuando James hizo amago de golpearle—. Pero te aconsejo que te vayas de aquí mientras puedas.

James quería preguntarle a qué venía semejante advertencia, pero le urgía más saber cómo se encontraba Bethany. Sin pensarlo dos veces, subió corriendo y avanzó por el pasillo del primer piso abriendo de golpe puertas a un lado y a otro. No tardó en dar con el dormitorio de la muchacha.

Bethany estaba en la cama, con las muñecas atadas a la cabecera. Tenía los ojos cerrados, como si estuviese inconsciente, o dormida.

O muerta.

—¡Bethany! Oh, cariño... —Se lanzó hacia ella y comprobó su estado. Tenía pulso, regular. Le dio palmaditas en las mejillas, llamándola. Al cabo de un par de segundos, la joven empezó a rebullir y parpadeó. Empezó a desatarla—. Menos mal. ¿Estás bien?

Ella frunció el ceño, aturdida.

—¿Qué... qué ha pasado?

—Tu primo ha perdido totalmente la razón. No sé en qué anda...

—En un asunto de negocios —dijo una voz a su espalda.

James se giró de un salto. En el umbral, había dos hombres, y reconoció al más grande. Era Jeremiah, el matón de Thynne. Por alguna causa que no logró adivinar, llevaba un cubo con agua y

un trapo, como si se dispusiese a limpiar algo. El otro usaba gafas de montura redonda y tenía aspecto de galeno.

Los dos individuos entraron en el dormitorio. El de las gafas miró a Bethany.

—¿Por qué sigue viva, Saxonshare?

Freddy, en el umbral de la puerta, se estremeció y abrió los ojos como platos.

—¿Qué dice? ¡No voy a hacerlo yo!

—Oh, vaya, qué inconveniente. ¿De verdad?

—¿Qué significa esto? —preguntó James, con el ceño fruncido—. ¿Quién es usted?

El individuo de las gafas se volvió hacia él.

—Ya que lo pregunta, soy el doctor Culpepper. ¿Y usted?

—Es el duque de Gysforth —dijo Saxonshare.

—Es el que provocó el incidente en el «Red Pussy», doctor —añadió Jeremiah, con una voz profunda que encajaba bien con su corpachón—. A Thynne le encantaría que le llevásemos su cabeza.

—Ah, caramba. —El doctor Culpepper se echó a reír—. De haber sabido que estaría aquí alguien tan importante, hubiésemos venido con nuestros mejores trajes. —Como nadie pareció encontrar graciosa su broma, hizo una mueca, se quitó las gafas y empezó a limpiarlas con un pañuelo medianamente sucio—. Lamentablemente, necesitamos a la chica. Bueno, nosotros, no. Saxonshare.

—¿Para qué?

El doctor sonrió a Saxonshare.

—¿Se lo contamos?

—No, no...

—Sí, hombre, claro que sí. Le va a encantar la historia. —Volvió a fijarse en James—. Resulta que hay un seguro de vida en *The Equitable Life Assurance Society*. —James arqueó ambas cejas, alerta. Allí tenía también una póliza él, en beneficio de sus hermanas. Cuando tuvo que asumir su tutela decidió añadir aquella aportación propia a su seguridad. Siempre convenía ser precavido, por lo que pudiese ocurrir—. Está a punto de vencer el último pago y aquí nuestro amigo no tiene para seguir manteniéndola, o sea, que se perderá. —Se encogió de hombros—. Convendrá conmigo en que sería una lástima no aprovecharlo.

—Lo comprendo. Supongo que es una cantidad importante.

—Desde luego. Son veinte mil libras: no lo suficiente como para pagar todas sus deudas con Thynne, pero sí lo bastante como para ganar algo de tiempo. Además, al parecer hay otra cantidad en el banco, supuestamente para cuando la joven llegase a la mayoría de edad, que, con su muerte, pasaría a Saxonshare. Otras veinticinco mil libras. —Silbó—. Con eso, se saldará el resto y dejaremos que Saxonshare siga formando parte del mundo de los vivos. Hasta le prestaremos algo, para que pueda volver a jugar.

—Un buen plan —reconoció James, sarcástico—. Pero no creo que el asesinato cuente como

causa de muerte en esa póliza.

—No, claro que no. Por eso tiene que parecer que ha ocurrido un accidente, hombre. Recogeremos un poco por aquí, pondremos... —Cogió una silla, la llevó cerca de la ventana y la dejó tumbada de lado—. Sí, aquí, esta silla para que parezca que se cayó mientras limpiaba la ventana, con el cubo de agua y el trapo. —Hizo un gesto y Jeremiah lo dejó en el suelo, al lado—. Perfecto, eso es. —Culpepper sonrió—. Ahora, pregúntame por qué te lo estoy contando, milord.

«Idiota», pensó James.

—No es necesario. No esperas que salga de aquí.

Culpepper rio.

—Al final, va a ser que sois listos y todo, en la aristocracia.

—Algunos no somos tan diferentes de los tipos listos de la calle, no.

—Bien. —El doctor sacó una pistola y le apuntó—. Pues, hechas las aclaraciones, apártate de la chica. ¡Vamos!

—Hazlo, James —exclamó Bethany, asustada—. Por favor.

Sí, era lo más sensato, al menos de momento. Obedeció, con las manos en alto, a la espera de una oportunidad. El doctor hizo un gesto al su compañero.

—Cógela. —Jeremiah avanzó, agarró por un brazo a Bethany y la levantó de la cama de un tirón—. Vamos a movernos todos con cuidado. Tú, principito, hacia allí. —Indicó la dirección con unos movimientos del cañón de la pistola. James empezó a caminar lentamente, seguro de que, si cometía un error, sería el último—. Y tú, Jeremiah, tira a la chica por la ventana.

—¡No, espera! —ordenó James. Dio un paso al frente, pero el otro le apuntó con mayor determinación. A esa distancia, a bocajarro, lo único que conseguiría sería recibir un tiro mortal. Bethany empezó a forcejear mientras el matón la arrastraba al gran ventanal del dormitorio—. Has dicho que esto es un asunto de negocios: negociemos pues. Dime cuánto quieres.

Culpepper arqueó las cejas.

—¿Intentas comprarme?

—Es evidente que sí. Y dudo que tú te guíes por otra norma que no sea la de hacer dinero, cuanto más mejor, así que dime cuál es tu precio y acabemos. No te voy a escatimar ni un penique.

El otro le estudió pensativo un par de segundos y chasqueó la lengua, contrariado.

—Una lástima. Me interesaría, de no ser porque en el otro lado de la balanza está Thynne, un individuo muy poderoso que raramente olvida una afrenta, y que nos mataría sin dejarnos disfrutar de lo conseguido. —Hizo un gesto hacia Jeremiah, animándole a seguir—. Me temo que no podemos llegar a un acuerdo.

—¡James! —gritó ella, viéndose arrastrada. James perdió gran parte de su seguridad.

—¡Espera! ¡Alto! ¡No puedes desperdiciar así una ocasión tan buena! ¡Yo tengo más recursos que Thynne y todos sus amigos juntos!

—No apostaría yo por ello, amigo.

—¡Alto! ¡Suéltala! ¡Te digo que la sueltes!

El doctor lanzó una carcajada.

—Lo hará en un momento, cuando esté al otro lado del alféizar. Eso sí, me temo que va a ser un proceso lento. Estamos en un primer piso y sospecho que no hay bastante altura como para que se mate con la caída, así que tú —le dijo a Freddy—, ve bajando ya y, si tras el golpe sigue con vida, coges una piedra y rematas la tarea.

James apretó los puños.

—¡Maldito hijo de puta!

—Sí, bueno. A mí también me gusta la moza, es muy guapa la condenada, pero ya te he dicho que, aunque no pueda aceptar tu oferta, se trata de una cuestión de negocios. Lamentablemente, vale más muerta que viva. —Hizo un gesto a Jeremiah—. ¿A qué esperas? ¡Tírala de una vez!

—¡No! ¡No! —gritó Bethany, forcejeando y pataleando con todas sus fuerzas. Resultó inútil. La zarandeó, terminando de destrozarse su moño y la larga trenza rubia se soltó sobre su espalda—. ¡Por favor!

—¡Acaba ya! —ordenó el jefe, enfadado. Miró a Freddy—. ¡Y tú, imbécil, baja de una vez!

—No, por favor... —Freddy no dejaba de temblar—. Por favor...

—¿Ahora te lamentas, cobarde? ¡Eres tú quien la ha condenado a muerte! ¡Son tus manos las que la van a arrojar por esa ventana, la tengas que rematar abajo o no! —Freddy le miró horrorizado—. ¡Muévete, te digo!

James no desaprovechó la oportunidad. Se lanzó al frente, cogió la mano armada por la muñeca y la apartó a un lado. El disparo resonó con fuerza y destrozó parte de la escayola del techo. A partir de ahí, la cosa se complicó. James había pensado resolver el asunto rápidamente, pero, pese a su apariencia de hombre de ciencia, el doctor resultó ser un individuo duro, acostumbrado a la pelea callejera.

El rufián trató de liberarse de un tirón y, al no poder hacerlo, le dio un fuerte cabezazo, tan brutal que casi consiguió aturdirle, pero James no podía permitirse ese lujo. Apretó los dientes, alejando la oscuridad que quería tragárselo y empujó con un grito de rabia. Puso tanta fuerza en el empeño que consiguió mover a su adversario hasta hacerle chocar de espaldas contra la pared.

—¡Saxonshare, muévete! —gritó el hombre con más fuerza—. ¡Vamos, tirad a esa puta de una vez!

Aterrado, vio que Freddy reaccionaba por fin y corría hacia Bethany y el matón de Thynne, que ya casi la tenía asomada al alféizar.

—¡No! —Se llevó un golpe. Si soltaba a aquel canalla, estaba muerto. Si no lo soltaba, la matarían a ella—. ¡Saxonshare! ¡No lo hagas, por el amor de Dios! ¡Es tu prima!

Iba a soltarlo. Iba a dejarle libre y a correr hacia la ventana, y morir con ella de ser necesario, si no podía salvarla. Todo le daba igual. Fue una sensación extraña, una revelación: sin aquella mujer, nada le importaba en la vida. El mundo no sería más que un decorado absurdo con una sucesión de gentes que jamás conseguirían hacerle vibrar de la misma manera.



Pero, entonces, Saxonshare hizo algo inesperado. Sujetó a su prima mientras daba un fuerte puñetazo al matón. Luego, aprovechando que estaba aturdido, le empujó con todas sus fuerzas hacia la ventana, haciéndole perder el equilibrio. El hombre reaccionó en el último momento y se aferró a él, medio colgado sobre el vacío. Ambos forcejearon en el alféizar.

—¡Freddy! —exclamó Bethany, y acudió a ayudarlo.

—¡Aparta! —gritó él, pero Jeremiah consiguió agarrarla por un brazo. Freddy se echó sobre él y le mordió con saña en la muñeca hasta que la soltó. Bethany salió disparada hacia atrás y cayó sentada en el suelo y él contuvo a Jeremiah, que quería volver a entrar y era mucho más fuerte. Quedó claro que no podría impedirlo por mucho tiempo. Miró a su prima. Tenía la boca manchada con la sangre del matón—. Perdón, Bethy. Perdón. Perdóname.

—Freddy... —Debió darse cuenta de lo mismo que percibió James, porque alzó una mano en su dirección.

Saxonshare agitó apenas la cabeza, apretó los dientes y empujó con todas sus fuerzas, usando el propio peso de su cuerpo para terminar de arrojar a Jeremiah por la ventana. Como el hombre se había agarrado a él, se vio también arrastrado en el movimiento, y no pudo hacer nada por impedirlo.

De hecho, tampoco lo impidió.

Los dos cayeron al vacío.

—¡Freddy! —gritó Bethany.

—Mierda —gruñó Culpepper.

—Tu negocio acaba de irse por la ventana —le dijo James—. ¿No te ríes ahora?

—Muy gracioso, Gysforth. Esto no va a gustarle nada a Thynne. Ya tendrás noticias nuestras. — Se soltó bruscamente, le golpeó en la cara con la pistola y optó por intentar escapar, pero él no estaba por la labor de permitirlo. Intercambiando golpes, llegaron hasta la escalera.

Allí, el hombre logró coger por fin algo de distancia y le apuntó con el arma.

—¡Maldito loco! ¡No quería matarte sin consultarlo antes con Thynne, pero tú te lo has buscado! ¡Vete al infierno!

La detonación fue tan inmediata que James apenas tuvo tiempo de llevarse la mano al pecho, al corazón, donde debía impactar el proyectil. No podía fallar: a esa distancia, la bala le abriría el pecho y le reventaría por dentro.

Estaba muerto.

Atónito, se palpó, sin encontrar nada. La tela del chaleco no estaba rota, ni manchada de sangre. No sentía dolor, a excepción del latido estruendoso de su pulso, que casi llegaba a hacer daño. El hombre, frente a él, se había quedado muy quieto. Miraba al frente, pero ya no parecía verle. Se le aflojaron las piernas y cayó de rodillas. Tras un último tambaleo, se derrumbó de lado.

—¡Oh, James, James! —exclamó Bethany, apareciendo de pronto para lanzarse en sus brazos—. ¿Estás bien?

—Sí... —No sabía ni cómo lograba mantenerse en pie. Tras la tensión y el susto del disparo, le

temblaban las piernas—. ¿Y tú?

—Perfectamente. —Se estrechó contra él como si quisiera fundirse con su pecho—. Gracias a ti.

James la abrazó. ¿Qué había pasado? Lo comprendió al momento, al ver tres figuras abajo, en la puerta de entrada. Una era George Speechley; las otras dos, parecían hombres de la Guardia. Iban armados.

—¿Está bien, milord? —preguntó George, subiendo a toda velocidad.

—Sí. Gracias, George. Parece que me has salvado la vida.

—Ha sido el señor Carter. —Señaló a uno de sus dos acompañantes. El hombre estaba pálido, pero determinado.

—Tuve que disparar, milord. Daba la impresión de que ese hombre estaba dispuesto a matarle.

—Se lo aseguro: lo hubiera hecho.

Bethany le soltó y regresó corriendo al dormitorio. El grupo de hombres fue detrás. La muchacha se dirigió directamente a la ventana y se asomó. Se llevó una mano a la boca.

Abajo, los cuerpos de Freddy y el matón estaban quietos sobre la franja de losas de piedra gris que bordeaba todo el edificio, rodeados de un charco de sangre.

Bethany volvió a ir hacia la puerta.

—¡Beth, espera! —llamó él, pero no le hizo caso, así que la siguió. Bajó corriendo hasta el primer piso y fue por la puerta trasera hacia el jardín. Cuando llegó, se arrodilló junto a su primo, sin importarle la sangre, y lloró, aparentemente sin saber qué hacer.

—Bethy... —susurró Freddy de pronto. Bethany se inclinó sobre él.

—¡Estoy aquí, estoy aquí, Freddy! Estoy contigo.

—Perdón. Perdóname, Bethy, por todo. No sé qué me pasó... Te lo juro, no quería, me angustiaba, pero no podía parar, y cada vez estaba más hundido, más desesperado...

—No te preocupes, todo se arreglará —mintió ella, entre sollozos—. Te pondrás bien. —Apoyó la cabeza de Freddy en su regazo y le acunó—. Volveremos a Mauve Meadow, a Saxonshare Manor. Volveremos a ser los de siempre... Los niños que buscaban hadas en el bosque.

—Me gustaba mucho ir. Yo te adoraba, Bethy. De verdad.

—Lo sé. Lo sé, cariño.

Él jadeó y sus labios se mancharon de sangre, esta vez propia.

—¿De verdad crees que mi padre... se avergonzaría de mí?

A saber qué hubiese contestado Bethany, pero no le dio tiempo. Los ojos de Saxonshare se quedaron sin vida. Bethany se encogió sobre sí misma, entre sollozos, y James se arrodilló a su lado para abrazarla.

## Capítulo 29

La boda del duque de Gysforth con lady Bethany Howland se celebró en la abadía de Westminster a finales de verano.

Según contó *The Times* en la extensa crónica social que publicó al día siguiente, firmada por un tal Zackary Clemens, el tiempo acompañó con un clima espléndido y acudió a ella todo el Londres elegante, ataviado con sus mejores galas. También asistió el rey, por supuesto, aunque George IV se retiró pronto, en cuanto lo permitieron las circunstancias.

El periódico no daba explicaciones al respecto, pero no eran necesarias. Nadie ignoraba la poca simpatía mutua que sentían él y el novio.

Tras la ceremonia religiosa, hubo recepción con distintos entretenimientos en los jardines de Gysforth House y luego una cena, preparada por la señora Collins y servida por un regimiento de criados, muchos de ellos contratados para la ocasión pero bien vigilados por el señor Simpson.

En realidad, tanto Collins como Simpson habían sido invitados formalmente a la boda, al igual que el resto del servicio veterano de la casa, pero recibieron la noticia con escándalo y ninguno de ellos había considerado adecuado aceptar.

Ni siquiera la propuesta de Bethany de ofrecerles algo discreto, una mesa propia separada por un biombo del resto de los invitados, pudo convencerles.

—¡Oh, no, no, eso sería totalmente inapropiado, milord, milady! —les contestó Simpson, en nombre del resto—. Nosotros tendremos nuestra propia celebración abajo. No se preocupen, no nos faltará de nada.

—Pero, señor Simpson, ustedes... —James se calló, pero Bethany supo qué estaba pensando: que en el gran comedor de Gysforth House iba a haber mucha gente a la que apenas conocía, y otra a la que detestaba. Le hubiese gustado tener a su lado a los que quería, y que de verdad sabía que le apreciaban, pero hasta él se daba cuenta de que no podía ser. Asintió, dándose por vencido—. Como deseen, por supuesto.

El señor Simpson pareció aliviado.

—Además, saben tan bien como yo que, si no nos ocupamos nosotros de que todo se haga como es debido, puede ocurrir cualquier desastre. —Sonrió, incluso a Bethany, que le devolvió la sonrisa encantada. Por fin habían empezado a congeniar—. Pero agradecemos enormemente el detalle. Y no duden de que brindaremos por su felicidad, abajo, en la cocina. —Miró con picardía

a James—. Con unas botellas del mejor champán.

James se echó a reír.

—Por supuesto, señor Simpson. Las que necesiten.

Después de cenar, tras el vals lento con el que James y ella abrieron el baile, Bethany subió a cambiarse de ropa y ponerse algo más cómodo. El vestido que había diseñado para la boda, con la ayuda de las hermanas Keeling, era realmente precioso, pero agotador: con todo el cuerpo cubierto por un entramado de perlas y diminutos diamantes, llevaba capas y capas de sedas y tules sobre varias enaguas de encajes y una crinolina especialmente voluminosa. Por elegante que fuera, y por mucho que le gustase, estaba deseando ponerse algo más sencillo.

Ruthie, Lizzie y Lettie subieron con ella, para ayudarla, y aprovecharon para comentar detalles del convite. Estaban riendo a carcajadas en el dormitorio de la duquesa, cuando se abrió la puerta.

Era la tía Hetty.

—¿Tienes un momento, Bethany, querida? —preguntó, en el silencio tenso que se produjo.

—Claro, por supuesto, tía Hetty. —Miró a las chicas, sin saber si debía pedirles que se fueran o mejor que se quedasen. Decidió dejarlo a su gusto—. Pase, por favor.

—Nosotras nos vamos —anunció Lettie, algo seca—. ¡Tenemos... tenemos cosas que hacer!

—¡Muchas cosas! —la apoyó Lizzie, con cara de querer mencionar al menos una de ellas, pero como no se le ocurrió nada, salió corriendo detrás. Ruthie guardó silencio. Se limitó a girar discretamente los ojos, antes de cerrar la puerta, para que solo Bethany la viese. No pudo evitar una sonrisa.

—No tienen nada que hacer, todas lo sabemos —murmuró la tía Hetty, apoyada en su bastón—. Excepto divertirse, claro. —Alzó una mano—. No creas que se lo reprocho, no. ¡En absoluto! Son jóvenes y esto es una fiesta.

—¿Quiere sentarse un poco, tía Hetty? —invitó ella, señalando uno de los sillones—. Parece cansada.

—Lo estoy, lo estoy. —Fue hacia allí y tomó asiento. Miró el almohadón que había a su derecha y lo recolocó de otro modo—. Son cosas de la edad, querida. A mis años, hay días buenos y días malos. Lo mejor es olvidar los malos, aprovechar los buenos y seguir adelante. No lo olvides.

—No lo haré. Espero que este haya sido uno de esos días buenos.

Lady Morton sonrió.

—De los mejores días de mi vida, niña.

Bethany se sentó a su lado y apoyó una mano sobre las que la anciana tenía cruzadas en el pomo del bastón.

—Gracias por venir, tía Hetty. Se lo digo de verdad, de todo corazón. Me ha hecho realmente feliz.

La anciana la miró sorprendida.

—Bueno, como comprenderás, no podía faltar a la boda de mi único sobrino varón, el heredero del título. Hubiese sido muy poco apropiado. —Rio, al ver su expresión—. Pero no pongas esa

cara. Admito que, además, quería venir.

—¿Seguro? —Bethany se mordisqueó el labio inferior—. Sé que se siente decepcionada por la elección de James.

—¿Decepcionada? ¿Yo? ¡No! ¡No, Bethany, cariño! ¿Cómo podría ser? Tú me gustaste desde el primer momento. —Hizo una mueca—. A pesar de que me has soltado alguna que otra mentirijilla...

Lo de la doncella, Mary, para irse sola a Saxonshare House, claro. Bethany se sintió mortificada.

—Lo siento. Lamento mucho haber mentido aquel día, tía Hetty. Sé que no debí hacerlo, que estuvo muy mal, pero tiene que hacerse cargo, me encontraba en una situación muy difícil.

La anciana frunció el ceño.

—Sí, claro. Ese primo tuyo... —rumió lo que fuera, pero no debió llegar a ninguna conclusión, porque descartó aquellas ideas y siguió con lo suyo—. Me gustaste. Me gustas. Eres una joven cariñosa y de buen corazón. De poder elegir libremente, no dudes de que te hubiese escogido a ti como compañera de James en ese mismo instante.

—¿En serio?

—Totalmente, querida. —Se encogió de hombros—. Por lo tanto, supongo que todo está bien así.

Bethany la miró con tristeza. Apenas habían visto a la tía Hetty desde que James y ella se reunieron con ella para informarle de que iban a contraer matrimonio, y eso que había permanecido alojada en su casa, como indicaban las buenas costumbres, durante los meses que tardaron en preparar la boda. De hecho, allí se había celebrado la fiesta del anuncio del compromiso y de allí había salido para casarse.

El día en que le dijeron que iban a casarse, poco después del funeral de Freddy, no se opuso. Les felicitó algo fría y se marchó del salón, alegando que estaba muy ocupada. Luego, durante todo ese tiempo, tanto James como Bethany habían intentado recuperar una relación normal con ella, pero la tía Hetty hizo lo imposible por evitarles. Habían llegado a pensar que estaba muy enfadada con ellos.

—Tía Hetty... —Carraspeó—. Me hubiera gustado contar con su ayuda, para los detalles de la boda. Sus consejos nos hubieran sido de gran utilidad.

Lady Morton le sonrió con cariño.

—¿Lo ves? Eres un auténtico encanto, niña. James tiene mucha suerte. Pero no, he hecho bien en mantenerme al margen. —Agitó una mano en el aire, como espantando la posibilidad—. Ambas sabemos que os hubiera vuelto locas, que hubiésemos estado de acuerdo en pocas cosas y que hubiese puesto a las niñas de pésimo humor, algo muy feo en unas damas jovencitas como ellas. Además, me ha venido bien recapacitar. Y he llegado a una muy buena conclusión.

—¿Cuál? —preguntó Bethany, puesto que parecía estar esperando a que lo hiciese.

—Que, quizá, a veces exigimos más en este tema del matrimonio porque, si ves que otros no se

sacrifican también llegado el momento, tu propio sacrificio pierde todo sentido.

—¿A qué se refiere? —La respuesta se le ocurrió por sí misma—. Usted amaba a alguien, ¿verdad, tía Hetty? Estuvo enamorada de alguien, y renunció a él por su familia.

La anciana agitó la cabeza.

—Supongo que eran otras épocas. Ya ves, Lettie me ha plantado cara, y la admiro por ello. Yo no tuve el valor suficiente como para dar el paso. Además, me consta que mis padres nunca lo hubiesen permitido y, en mis tiempos, se respetaba puntillosamente la voluntad de nuestros mayores.

Bethany asintió.

—Lo siento muchísimo. ¿Quién era? ¿Cómo pasó? Me encantaría escuchar esa historia.

—No, no es momento de hablar de ello. Ni de lamentarse. A pesar de todo, no puedo quejarme, no sería justo. Otros hombres me amaron mucho y me dieron una buena vida.

—Debió ser maravilloso.

—Desde luego. A lo largo de los años he tenido mis victorias y mis derrotas, y todas las he disfrutado. —Hizo presión en el bastón—. Y, a mi edad, ya me ves. Aquí sigo, firme, en el campo de batalla.

Bethany la miró con cariño.

—Es usted única, tía Hetty. Espero ser igual a su edad.

La anciana asintió y le dedicó una sonrisa.

—Sigo pensando que un matrimonio debe... debe ser «conveniente», pero supongo que puede serlo de muchos modos distintos. Sé que tú vas a hacer feliz a James. Eso es importante. De hecho, lo más importante.

—Gracias, tía Hetty.

—No, niña, en absoluto. Gracias a ti. —Suspiró y retomó el aire ligero de otras ocasiones—: Pero es una pena que, además de belleza, simpatía y buen corazón, no tengas una fortuna que traer a la familia. Y también que tu pobre padre muriese demasiado pronto, con lo que se perdió el título de conde de Saxonshare para los hijos de James. Bueno, y ya puestos, que tu primo fuese ese absoluto desastre que ha dado tanto y tanto que hablar...

Bethany contuvo las ganas de girar los ojos como Ruthie.

—Una pena, sí. Supongo que no se puede tener todo.

Lady Morton se echó a reír.

—En realidad, sí, jovencita. ¡Hay que aspirar a todo y más, y no conformarse con menos! Ya lo iremos comentando con el tiempo, porque tú también tienes mucho que aprender, no solo yo.

Bethany secundó su risa.

—Seguro que sí. Y lo haré encantada, tía Hetty. Espero pasar mucho tiempo con usted.

—Me alegra saberlo. Yo también disfruto mucho de tu compañía. Y ten en cuenta, además, que ahora tendrás que ayudarme a situar bien a las hermanas de James. ¡Esas jovencitas me tienen muy preocupada! Debemos encontrarles tres buenos maridos cuanto antes, Bethany.

—¿Encontrarles marido? —preguntó ella, arqueando ambas cejas—. ¿Yo?

—¡Claro que sí! Ahora eres una Keeling, parte de la familia, la esposa de su hermano mayor. Seguro que a ti te hacen más caso que a la vieja grulla de su tía Hetty. —Lady Morton le dio un par de palmaditas en la mano—. Verás qué bien lo pasamos, sobrina.

Bethany se echó a reír.

—Seguro que sí, tía Hetty.

## Epílogo

El lugar seguía siendo precioso.

Lady Bethany, duquesa de Gysforth desde hacía ya tres meses, sonrió al salir de la casita de Sleeping Oak y ocultó con la mano un bostezo mientras contemplaba el resplandor del Támesis bajo la luz de la mañana. ¡Qué bien había descansado! Allí, lejos del bullicioso Londres, había una calma maravillosa, y el aire siempre olía a esa mezcla soberbia de bosque y río.

«Un lugar fuera del tiempo y a un paso de la magia», había dicho el abuelo de James. Qué gran verdad.

Caminó hacia el pequeño atracadero de la casa, en el que se movían incansables sus dos barcas, y luego siguió por la orilla. Al pasar junto a unos rosales salvajes, cogió una flor y empezó a ponérsela en el pelo. ¡Cómo se alegraba de estar allí! Le había costado un esfuerzo enorme, porque su marido era un hombre muy ocupado, con todos aquellos asuntos de leyes y proyectos sociales, pero al final había logrado convencerle de ir a pasar un par de días a solas, lejos de todo y de todos.

Era el sitio perfecto para decirle que esperaban un hijo.

—¿James? —llamó, mirando alrededor—. ¿James?

¿Dónde se habría metido? No tardó en llegarle la respuesta.

—¡Aquí!

Sorprendida, Bethany volvió sobre sus pasos, cruzó la parte delantera de la casa y se dirigió a la trasera, por el otro lado. Era el lugar donde se levantaba el gran roble, entre cuyas raíces estaban las lápidas de los abuelos Keeling.

Por fin le vio. James se encontraba allí, casi trepando por el grueso tronco, con aire misterioso, en mangas de camisa y con el pelo revuelto. ¡Estaba tan guapo! Pero su amor por él iba ya mucho más allá de su físico. James Keeling la había salvado en un momento trágico de su vida. Luego, se había casado con ella, la había amado como nunca hubiese creído posible, y había vuelto a comprar todo lo que le había robado su primo, incluso las joyas de su madre, que fueron muy difíciles de localizar, dispersas por toda Inglaterra.

¡Y Saxonshare Manor! Fue muy duro descubrir que Freddy también se lo había jugado a las cartas y lo había perdido. De hecho, fue algo que ocurrió muy al principio de su estancia en Londres, inmediatamente después de su llegada a la ciudad, y se lo había callado. Bethany suponía



que no se atrevía a decírselo.

Pero por eso no había querido dejarla volver a Mauve Meadow, aunque fuera sola, tal y como le suplicaba cada poco. No podía, claro. Saxonshare Manor había pasado a ser una más de las posesiones de un barón que jamás había puesto un pie allí y no tenía mayor interés en la propiedad.

¡Qué impotencia, qué frustración había sentido Bethany al enterarse! Y menos mal que James había podido solucionarlo sin mayores contratiempos. De no haber sido así, aunque le había perdonado en el momento de su muerte, hubiese vuelto a maldecir a su primo, una y otra vez.

Pero, por suerte, Saxonshare Manor volvía a ser suyo, ahora para siempre, porque ya no estaba vinculado al título, al haberlo transferido el conde en persona. Ahora era una de las muchas propiedades de lord Gysforth y su esposa.

¿Y qué diablos hacía esos momentos el muy noble duque? James tenía una navaja en la mano y trabajaba sobre algo tallado tiempo atrás.

La *E* de Evelyn, seguramente.

No pudo evitar sentir una punzada de pánico. ¿Estaba marcándola más, para que no desapareciese con el tiempo? Al fin y al cabo, ¿quién podía luchar contra el recuerdo de un primer amor?

Pero cuando James se apartó a un lado, con aire más que satisfecho, Bethany se llevó una sorpresa. En el tronco había una única letra.

Una *B*

—¿Qué es eso? —preguntó, sorprendida, aunque lo comprendió al momento, sin necesidad de explicaciones. Su marido había tallado la corteza, uniendo los extremos de la vieja *E*, hasta convertirla en una *B*.

James sonrió.

—Es la inicial de la última mujer que me robó el corazón.

## Una mañana en el Támesis



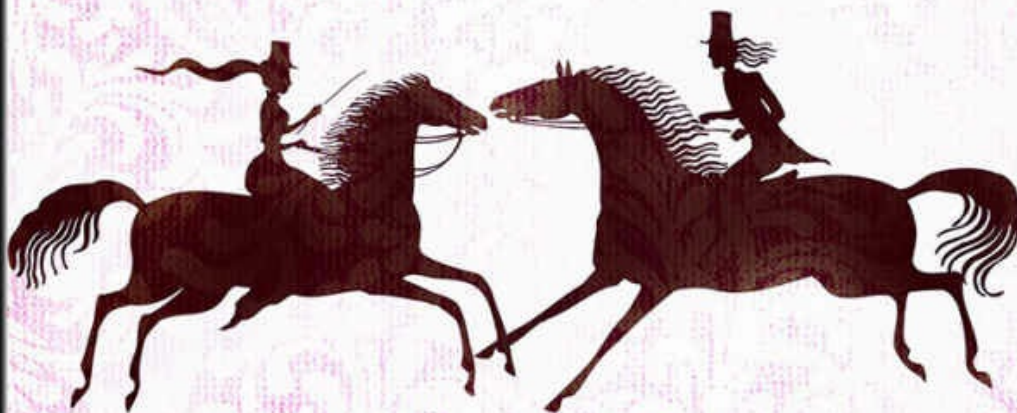
James Keeling, duque de Gysforth, ha hecho una apuesta con sus amigos, en Brooks's: dará un paseo matinal en barca por el Támesis con una dama totalmente desconocida, alguien a quien no haya visto jamás, y con la que no haya hablado nunca. Algo que parece imposible de cumplir hasta que, durante una partida de cartas, coincide con un muchacho consumido por el ansia del juego, el nuevo y flamante conde de Saxonshare.

Lady Bethany Howland, hija del antiguo conde de Saxonshare, sabe que está abocada a la ruina más completa. Su primo y tutor está dilapidando la fortuna familiar con su enfermiza afición al juego y la mala vida, y ella no tiene modo de impedirlo. Atrapada por los convencionalismos de la sociedad en la que vive, su única ilusión es el romántico enamoramiento que siente por el duque de Gysforth, al que solo ha visto de lejos. El hombre que, una mañana en el Támesis, le romperá el corazón.

Selección RNR

*Dulce enemistad*

Dulce Londres 1



EVA BENAVIDEZ



Romance Histórico

*No matarás.*  
Éxodo 20:13

*Inglaterra, 1815*  
*Londres, suburbios*

Sus pasos urgentes resonaban en las frías baldosas; había perdido su sombrero hacía rato. El sudor resbalaba por la frente y por el cuello mientras corría intentando sortear desperdicios, animales famélicos y bultos humanos, los cuales habitaban los apestosos callejones. Desesperado, dobló en una esquina; su pie pisó algo viscoso y por poco cae de bruces. Sin importar el dolor, siguió avanzando. En el fondo sabía que era inútil escapar; no importaba cuánto corriera o dónde se escondiera: lo encontraría. Y cuando eso ocurriera...

El terror lo invadió; tropezó y cayó con un golpe seco. Jadeando, intentó levantarse, pero las piernas no le respondían. Lágrimas de impotencia y de terror nublaron su vista; no podía más, no podía seguir. De repente, un escalofrío le subió por la espalda y los vellos de la nuca se le erizaron. Lentamente, giró su cabeza; entonces, lo vio. A solo unos pasos estaba su verdugo. Las piernas, separadas e inmóviles. Las sombras lo envolvían y el silencio lo rodeaba. No escuchaba murmullos provenientes de las tabernas ni de los antros; ni tampoco ladridos de perros furiosos. Extrañamente, oía un llanto desesperado; cayó en cuenta de que era el suyo.

Sin decir palabra, el hombre comenzó a acercarse. A cada paso, él sentía su corazón estallando dentro de su pecho. Nunca pensó que su vida acabaría así: muriendo en un callejón lleno de mugre y hedor. El desconocido siguió avanzando; la luz de la luna iluminó su rostro por un instante. Lo miraban unos ojos oscuros y fríos que no había visto antes. No reflejaban nada: ninguna emoción ni atisbo de pensamiento; ni siquiera parecía estar agitado por la carrera. Lo asombró descubrir que su perseguidor aparentaba al menos ser un caballero, pero uno como jamás había visto, uno sin alma. Un demonio.

La sangre se le congeló en las venas; el caballero levantó su mano derecha y apuntó su arma hacia él. Quiso gritar, pero su boca no emitió sonido. Intentó levantarse, tal vez podría convencerlo de alguna manera. Frenético, metió las manos en los bolsillos. Él tenía mucho dinero, seguramente podría... La fuerte explosión resonó en las paredes y, un segundo después, cayó en la oscuridad.

## Capítulo 1

*Raíz de todos los males es el amor al dinero.*

1° Timoteo 6:10

*No mires su apariencia;  
pues el simple hombre mira lo que está  
delante de sus ojos, pero Dios mira el corazón.*

1° Samuel 17:6

Nicholas Bladeston, noveno duque de Stanton, dejó suavemente el periódico sobre la mesa de desayuno, pensativo.

Hace un tiempo, su naturaleza curiosa había captado una serie de hechos: asesinatos de hombres pertenecientes al mundo elegante, precisamente. Las víctimas fueron halladas en diferentes callejones de los peores bajos fondos de Londres. Pero lo más curioso era que todos habían muerto de una misma manera: de un único y certero disparo. Las autoridades, al parecer, pensaban que existían indicios suficientes para creer que se trataban de hechos aislados. Pero él no estaba de acuerdo; demasiadas coincidencias y muchos abismos en las investigaciones de cada hecho alimentaban sus dudas. Sin contar que ninguno de los muertos frecuentaba los lugares donde habían sido hallados sus cuerpos; no había testigos ni más pistas, todo era muy turbio y él estaba seguro de que las autoridades callaban algo.

Como los asesinatos continuaban, Nicholas decidió ponerse en contacto con una persona de confianza del rey y averiguar si sus sospechas eran certeras. Lo que descubrió lo dejó de una pieza. No solo era atinada su conjetura de la conexión entre las muertes, sino que todas las víctimas estaban, de alguna manera, involucradas en el contrabando que acaecía entre Francia e Inglaterra. El mismo incluía tanto armas como mercancías y el negocio más peligroso: la venta de información.

Por lo que, de inmediato, concertó una cita con el ministro de guerra; antes había trabajado para él pasando información y datos útiles. El ministro le confió que estaban tras una pista de espionaje y posible traición al rey Jorge. Además, al parecer, alguien se había percatado de esto y el cabecilla de la organización intentaba cubrir su rastro eliminando sus miembros más expuestos.

La seguridad británica tenía la certeza de que el asesino y posible traidor era un noble; alguien

ubicado en el corazón de la nobleza, con las mejores conexiones, lo que le permitía ir siempre un paso adelante. Por esto, se le encomendó ponerse a disposición de la corona y usar el acceso y los beneficios que su título de duque le otorgaban para intentar desenmascarar al traidor y descubrir sus planes.

La puerta del comedor se abrió y aparecieron su madre —la duquesa— y su hermana menor. No parecían tener secuelas de haber regresado a altas horas de la noche, luego de haber asistido a otro interminable baile. Su hermana, que acababa de ser presentada en sociedad y que —por lo que había escuchado— ya causaba sensación entre la población masculina, lo miró y arqueó una dorada ceja.

—¿Jugando al detective otra vez, hermanito? —La risa le bailaba en los ojos.

—Buenos días, madre —dijo Nicholas poniéndose de pie—. Estás radiante como siempre, hermana —dijo, haciendo una inclinación con la cabeza.

Su hermana le sacó la lengua juguetonamente y luego tomó un plato para ella y para su madre. Con una sonrisa, Nicholas volvió a sentarse. «Para ser tan delgada, mi hermana tiene un considerable apetito», pensó mientras la observaba servirse. Seguramente las viejas matronas de la alta sociedad se escandalizarían de que personas de su rango se sirvieran la comida sin llamar a los lacayos. Pero desde que tenía memoria era así. Su padre, el antiguo duque, no les había dado una educación muy ortodoxa. A duque le gustaba desayunar en familia y que se sirvieran ellos mismos. Incluso les enseñó a montar sin silla. Él mismo se ocupó de enseñarles a escribir, leer, pescar, nadar y hasta manejar un carruaje. Su prematura muerte los había destrozado. Su ausencia todavía le dolía. Sacudió la cabeza; debería aprender de su madre, que lo recordaba con alegría y risa. Ella le tocó el brazo, como sacándolo de sus melancólicos pensamientos.

—Hijo, ¿estás bien? Llevo horas hablándote y tú solo me miras como un pez moribundo. —«La exageración, evidentemente, es un rasgo familiar», pensó Nick.

—Lo siento, siempre me agradó la vida marina, ya sabes —dijo sonriendo.

La risa de Clarissa resonó en la habitación; su madre la fulminó con la mirada y luego le pellizcó el brazo. Su sonrisa se transformó en una mueca dolorida. Se quejó en voz alta y murmuró:

—Perdona, madre, ¿decías?

—Te contaba del gran baile que se celebrará esta noche. Será el acontecimiento de la temporada; todo aquel que se considera alguien asistirá.

Nicholas sabía a dónde quería llegar. A sus veintiocho años ya era experto en eludir tediosas fiestas, donde estaría rodeado de vírgenes ruborizadas, debutantes vestidas de blanco y, lo peor, madres y damas de compañía ávidas de cazar un título. Eso sin contar a los caballeros deseosos de congraciarse con él, con obvias intenciones de acceder a su abultado bolsillo. La sola visión lo aterraba; podía pasar del gran acontecimiento. Miró a su madre, que lo observaba expectante, mientras su hermana parecía adivinar sus pensamientos.

—Por supuesto, madre, que puedes asistir. Si quieres algún accesorio para tu vestuario, no

tienes más que decir... —Ella lo interrumpió con un ademán.

—¡Oh, por favor! ¿Olvidas que te di la vida? —dijo con un gesto dramático—. ¿Que yo misma tejí tus primeros pantaloncitos? —Nick no pudo evitar ruborizarse, sabiendo que eso divertía mucho a Clarissa. Su madre continuó: —Sé que intentas eludirme otra vez, pero ¡no lo lograrás, Nicholas!

Nick conocía esa mirada. Honoria había activado su lado casamentero. Suspiró presintiendo la derrota.

—Madre, esta noche tengo planes, y esos sí que no puedo eludirlos.

—Planes que seguramente involucran a alguna dama de dudosa reputación —intervino sonriente su hermana.

—¡Clarissa! —exclamó su madre horrorizada, ahogándose con el té—. No comprendo esa inclinación tuya de decir las cosas más escandalosas. Yo a tu edad jamás me hubiera comportado así.

—Lo siento, disculpa, madre —dijo ella a la que no se la veía en absoluto arrepentida.

—Como decía, hijo —prosiguió Honoria—, tú prometiste asistir a, por lo menos, dos bailes esta temporada —dijo levantando dos dedos—. Y hasta el momento esto no sucedió.

—En otra oportunidad, sin duda pod... —Ella se negó a escucharlo y continuó.

—Y como sé que eres un hombre honorable... y confiable, harás honor a tu palabra. —Hizo una pausa—. No me equivoco, ¿verdad?

Nicholas esperaba la llegada del *lord*, al cual le habían encomendado investigar. Su objetivo era hacer un primer acercamiento y estudiar sus reacciones cuando fuera abordado el tema de los asesinatos. Decenas de caballeros ingresaban y ocupaban sus asientos.

De repente, su mirada se detuvo en un hombre extrañamente peculiar. Su actitud furtiva denotaba nerviosismo. Era extremadamente menudo, al punto de parecer un niño. Luego de ver alrededor, se sentó a un costado. El sombrero le cubría toda la frente, pero no ocultaba su piel cremosa. *Un momento, ¿piel cremosa?*

Su estudio sobre el joven se intensificó. La vestimenta era de buena calidad; su mirada descendió hasta sus pies y, al ver su calzado, sintió una mezcla de sorpresa, diversión y horror. ¡Eran muy femeninos! Se frotó los ojos para aclarar la vista y miró nuevamente. No, no se equivocaba: ese calzado era de dama. Sin ir más lejos, su hermana usaba unos similares. Rápidamente, su mente llegó a la conclusión obvia. *El supuesto caballero, era una... una...* Sus labios se abrieron en una sonrisa de fascinación y clara diversión. Sin quitarle la vista, reprimió la risa. De pronto tenía una nueva misión y un nuevo objetivo. Y este reciente misterio era mucho más divertido, agradable y, definitivamente, más tentador.

¿Puede un hombre que se aprecia negarse o, siquiera, resistirse? ¡¡Imposible! «Que comience la función», pensó, haciendo una reverencia a su público imaginario.

## Capítulo 2

*He aquí que tú eres hermosa, amiga mía.  
He aquí eres bella; tus ojos son como palomas.*

Cantares 1:15

*¡Levanta la voz!, habla a favor de los pobres e indefensos  
y asegúrate de que se les haga justicia.*

Proverbios 31:9

Nicholas continuaba mirando a la misteriosa joven. Solo podía ver la punta de su sombrero. Parecía estar enfrascada en sus pensamientos, o tal vez trataba de pasar inadvertida.

Por más de que lo intentara, no lograba entender qué pretendía la joven. Porque si se basaba en su contextura o en lo que dejaba ver su grande abrigo, no debía ser más que una niña. Su apariencia muy menuda denotaba ¿quince años?, ¿tal vez dieciséis? Sin embargo, a esa edad, muchas damas ya habían sido presentadas en sociedad y eran entregadas en matrimonio. Sin ir más lejos, su hermana, con dieciocho años, era toda una mujer, aunque él odiara admitirlo. ¿Qué estaría intentando lograr ella? ¿Qué la habría llevado a cometer semejante locura y tomar tanto riesgo? Muchos interrogantes a los que no estaba ni cerca de responder.

Los magistrados *lord* Seinfeld y *lord* Walker ingresaron y tomaron su lugar en el centro y dieron comienzo a la reunión. *Lord* Simmons tomó primero la palabra, proponiendo la extradición de los desocupados como la solución más viable. Nicholas miró a la joven por el rabillo del ojo y se dio un festín con sus múltiples expresiones. Sus ojos se abrían un poco más con cada palabra que decía el rechoncho de Simmons; apretaba las manos en puños y se removía en la silla. Estaba tan furiosa que había olvidado lo de pasar desapercibida.

Siendo sincero, él no podía culparla por su reacción. Esa propuesta era lo más idiota que oía en mucho tiempo. En otro momento, él hubiera intervenido dejando clara su opinión al respecto. Pero él no estaba allí para eso, sino para observar a los caballeros; y eso haría. No quiso escuchar al tipo molesto que vivía en su mente, que insistía en hacerle ver que solo había observado a una persona.

*Lord* Thompson se puso de pie, apoyando la propuesta de Simmons. El desagradable hombre era conocido por su actitud arrogante y pomposa: no perdía ocasión de imponer su supuesta



superioridad. Proponía ir más allá y desalojar a todo aquel que —Dios no quisiera— osara ser pobre y desterrarlo cual delincuente.

La muchacha se levantó como un resorte al escuchar eso; parecía que había mandado al diablo la discreción, lo cual denotaba que su actitud, antes cabizbaja, no era más que una mera pose. Habló disimulando la voz hasta lograr un tono masculino bastante aceptable. Por supuesto, *lord* Thompson no se dejaría desafiar y no perdió tiempo para humillarla.

Esperó ver a la niña sentarse abatida, pero ella lo sorprendió levantando la barbilla y redoblando la apuesta. Y lo que dijo lo asombró aún más; claramente había ido preparada a esa reunión. Su argumento dejaba entrever una gran inteligencia, muy admirable, pero no por eso menos audaz y peligrosa. Su actitud ciertamente no era la de una niña; tal vez su teoría era errada. Y su apariencia, tan frágil como pequeña, escondía a una joven madura. *Hum... a cada segundo su interés crecía.*

Los ojos de *lord* Thompson estaban inyectados de odio; la muchacha lo había dejado en ridículo, por lo que era obvia su intención de hacerle pagar. Sin darse cuenta, se encontró defendiéndola.

—Su señoría, concuerdo con el joven. Para tomar una decisión así, antes se deberían tener en cuenta los factores negativos —intervino mandando a callar a su Nick interior, que le gritaba: «¡¿Qué demonios haces?! ¿No era la estrategia mantenerse al margen y pasar inadvertido?»

Mientras hablaba, sentía la vista de la joven clavada sobre él, quemándolo. Cuando acabó su exposición, no pudo evitar girar hacia ella y atrapar su mirada. Algo en su pecho se contrajo; ella estaba con la boca abierta, observándolo fijamente. A esa distancia, pudo vislumbrar cómo sus ojos se abrían como platos cuando se dio cuenta de que había sido descubierta in fraganti. Ella cerró la boca, pero no apartó la mirada de la suya. Levantó la mano, nerviosa, y bajó su sombrero para intentar ocultar su rostro. Pero era tarde: sintió una corriente eléctrica recorrer su cuerpo, y se ahogó en los ojos más preciosos que jamás había visto, los cuales le devolvían el escrutinio repletos de temor e inquietud, acompañados por un rubor intensamente delator que teñía sus mejillas.

De repente, Nicholas se vio sumergido en un mundo mágico, algo invisible; una fuerza superior le impedía despegar la vista de ella. Perdió la noción del tiempo; tal vez solo habían pasado segundos. Pero era suficiente para llegar a la absoluta certeza de que tenía frente a él no a un muchacho ni a una niña, sino a una preciosa y, más que tentadora, misteriosa mujer.

*Lady* Elizabeth Albright se apretó contra la pared al escuchar pasos aproximándose. Estos se hacían cada vez más fuertes; rogó en silencio no ser descubierta. «Si alguien logra verme, no sabría qué hacer», maldijo entre dientes.

Por lo menos, se había puesto su abrigada capa negra. Debajo llevaba unas calzas de igual color, robadas del dormitorio de su hermano. Aunque le quedaban grandes, lo solucionó

rápidamente con una cuerda. Se calzó sus zapatos más cómodos y, con una última mirada al espejo, satisfecha, salió. Después de un momento el sonido se perdió, por lo que, aliviada, prosiguió la marcha.

Tendría que haber traído algo para defenderse, aunque sea un palillo; podría asestar un buen golpe, y salir corriendo. Sonrió imaginando la inverosímil escena. Un mechón se escapó del firme rodete que tenía atado sobre la nuca y se posó sobre su ojo derecho. Molesta, alzó el brazo para apartarlo; cuando oyó voces, se congeló. Dos caballeros acababan de doblar la esquina y venían en su dirección. Afortunadamente, estaban enfrascados en una charla sobre política. Aterrorizada, Lizzy se pegó contra un muro; la humedad le traspasó hasta la camisola. Hizo una mueca, tratando de ignorar el aroma nada grato que despedía la pared.

—Milord, en mi opinión, los asesinatos tienen que ver con el número de pobres, que crece notablemente; cada vez son más los indigentes que invaden nuestros espacios —dijo un caballero alto y delgado.

—No puedo negarlo, Miller. Sin embargo, esos pobres son nuestra servidumbre; no logro imaginar...

Los caballeros pasaron delante de ella sin percatarse de su presencia. Las voces se alejaron. Lizzy sintió ganas de abalanzarse sobre ellos y hacerles entender lo egoístas que eran. Pero se contuvo; eso iba a tratar de hacer cuando llegara al salón de reunión. Obviamente, de manera civilizada. Hace unos días buscaba un libro en el escritorio de su padre, cuando vio una carta. En ella, se invitaba al marqués a una reunión para tratar la problemática de los misteriosos asesinatos; sabía que su padre no asistiría y decidió ocupar su lugar.

Luego de darles tiempo a los hombres para que se alejaran, reanudó su camino. El salón no debía quedar muy lejos, aunque podría equivocarse ya que nunca había hecho ese trayecto a pie, y menos sola. A su mente vino el recuerdo de las largas caminatas que hacía cada mañana en la pequeña aldea de Francia, en la que había pasado su adolescencia. Sacudió la cabeza, desechando esos pensamientos. Era mejor hacerse rápido a la idea de que esos tiempos ya no volverían y que sus días de libertad habían acabado. Debía resignarse a su destino y padecer otra temporada de bailes, esperando que algún *lord* la escoja entre las candidatas, que se ofrecían cual mercancía.

Tras unos minutos de caminata, al final de la calle divisó el edificio donde se llevaría a cabo la reunión. Debía tener cuidado porque muchos caballeros llegaban a pie. Ajustó el sombrero sobre su cabeza para ocultar su cabello. Apresurando el paso, Lizzy se mezcló con los hombres que ingresaban. Nerviosa, entró aliviada de que nadie se percatara de su disfraz.

En el interior, había tres filas de asientos forrados en terciopelo que formaban un círculo, y en el centro, dos sillas un tanto más altas que las demás. Se apresuró a sentarse a un costado, donde no llamara la atención. Pasó la mirada por las sillas que estaban ocupadas y luego se enfrascó en sus pensamientos.

Lizzy empezaba a impacientarse, cuando entraron dos hombres que se ubicaron en las sillas del centro. Todos los presentes tomaron asiento y se hizo silencio. El caballero de semblante severo

habló primero.

—Estimados caballeros, expresamos nuestra gratitud por asistir a esta junta.

—Ciertamente, fuisteis citados con tanta prisa ya que es nuestra intención solucionar el conflicto que nos preocupa sobremedida —intervino el caballero sentado a su lado.

—Milord, esperamos que la resolución del mismo se determine hoy. Debido a esto, en función de representante de la mayoría de los caballeros presentes, tengo intención de expresar nuestras opiniones —interrumpió poniéndose de pie un caballero ubicado al medio.

—Adelante, *lord* Simmons.

—En vista de que el número de plebeyos crece, creo que se debería extraditar a los que no tienen oficio ni una ocupación respetable.

Lizzy no podía creer lo que oía: sentía que la furia se le salía hasta por las orejas mientras observaba a casi todos los presentes asentir ante aquel ridículo comentario. Un caballero sentado delante de ella se levantó para hablar.

—Expreso mi apoyo a esta propuesta, ya que disminuiría notablemente el número de bandidos y holgazanes. Más aún, sugiero que los asentamientos más cercanos sean desalojados.

Un susurro de aprobación recorrió la sala. Ante aquello, Lizzy no pudo reprimir su genio. Se puso de pie tan rápido que sobresaltó a los caballeros que estaban a su lado.

—Disculpad, milord... —dijo, enronqueciendo su voz—, pero creo que no favorecería a nuestra causa.

El caballero que había hablado antes se giró y la miró con arrogancia.

—No es mi intención ofenderlo... —En su mirada se veía claramente que esa era su intención—. Pero cualquiera puede darse cuenta de que es usted un *muchachito*; no creo que conozca a fondo la situación de la ciudad. —Los demás asistentes rieron entre dientes.

—Puede que así sea, milord —contestó, nada intimidada—, pero si erradicáis a los pobres, ¿cree, milord, que los sirvientes seguirán a nuestro servicio? Después de todo, son su familia y amigos; muchos se irán con ellos —apuntó la muchacha, sabiendo que esa terrible posibilidad importaría, más que nada, a aquellos nobles egoístas—. ¿No pensó que ya no tendrá el periódico por las mañanas, o la leche, o alguien que le envíe sus recados?

Los nobles se miraron preocupados y empezaron a asentir. El caballero la miró echando odio por sus ojos. Iba a contestarle, cuando un hombre joven, sentado en la primera fila, a su derecha, se levantó y lo interrumpió.

—Su señoría, concuerdo con el joven —dijo, ignorando al arrogante, que enrojeció y se sentó, furioso—. Para tomar una decisión tan importante, se deberían considerar los factores negativos.

Ella lo miró maravillada; nunca había visto a un hombre tan hermoso. Todos hicieron silencio, escuchándolo con respeto. Tenía un porte elegante y masculino; se lo percibía relajado, pero firme a la vez. Todo en él denotaba autoridad: su cabello, negro como la noche, era muy corto detrás y un poco más largo delante; su cara era extremadamente varonil, de mandíbula cuadrada y nariz patricia y estaba perfectamente enmarcada por unos ojos color azul zafiro.

El caballero seguía hablando, pero Lizzy estaba tan absorta observándolo que no se percató del momento en que él se detuvo. De repente, sus miradas se encontraron e inmediatamente sintió una punzada de temor, o tal vez de inquietud. Aquellos ojos, casi diabólicos, parecían penetrar hasta su alma, como si estuvieran viendo hasta el último rincón y descubriendo uno a uno sus secretos. A pesar de que los separaban varias hileras de sillas, fue tal su impresión que se reprimió para no girar y salir corriendo despavorida. Aunque pudiera intentarlo, Lizzy estaba anclada en el lugar. Se sentía presa del momento; tal vez fueron solo unos segundos, que parecieron horas.

*¿Qué le sucedía?* Aquello parecía irreal, sin embargo, era tan real como la certeza de que su disfraz había sido descubierto.

## Capítulo 3

*He aquí que tú eres hermoso, amado mío,  
y dulce.*

Cantares 1:16

*¡En esta vida nada tiene sentido! ¡Todo es vanidad,  
todo es una absurda ilusión!*

Eclesiastés 1:2

Lizzy contuvo el aliento, a la espera de que el caballero descubriera su disfraz delante de todos. Pero no se movió; solo levantó la barbilla y lo miró desafiante. *¿Acaso se había vuelto loca?* No era momento de sacar a relucir su lado temerario y tozudo. Eso le decía, o más bien le gritaba, su yo sensato y con sentido de supervivencia. Pero, como siempre, se imponía su yo diabólico, obligándole a seguir sus impulsos más alocados.

Él... seguía mirándola, con una expresión *¿divertida?, ¿no horrorizada, enojada, escandalizada u ofendida?* No lo pudo averiguar porque él rompió el contacto dándole la espalda. ¡Y qué espalda! Lizzy se sentó, aliviada por el momento. Él se dirigía a los hombres del centro.

—Creo que los asesinatos no se resolverán ni terminarán extraditando a nadie. Lo que se debería hacer es fomentar la vigilancia en las calles, sobre todo por las noches; los que se encargan de nuestra seguridad no cuentan con la capacitación ni con los insumos necesarios, menos con herramientas adecuadas, lo que obviamente repercute en sus pobres desempeños.

Dicho esto se sentó. Toda la concurrencia comenzó a hablar al mismo tiempo. Pero Lizzy estaba con la boca abierta, sorprendida con su breve discurso, porque era realmente algo que ella hubiera dicho. Algo brillante y no estúpido, banal o carente de sentido, como lo que venía escuchando. El joven, al parecer, sintió su mirada y se volvió hacia ella. Entonces, el tiempo pareció detenerse y observarlos a ellos dos. Ella no podía despegar sus ojos de los de él. A lo lejos escuchó al caballero del medio —el de rostro severo— pidiendo orden. Decía que llevaría sus propuestas ante el magistrado, y luego dio por terminada la reunión. Todos se levantaron.

De repente, Lizzy perdió el aliento. *¡Oh, se iba a desmayar! Un momento, ella nunca se había desmayado. ¡Nunca! Ni siquiera cuando Rob, el hijo del jefe del establo, mató a esa asquerosa*

*serpiente...Oh, ¡ya estaba divagando otra vez!* Siempre lo hacía cuando se sentía nerviosa o estresada. Se dio un golpe mental.

*¡El caballero de los ojos azules, al parecer, venía hacia ella!* Caminaba con desenvoltura, los hombros hacia atrás, la espalda recta. Su corazón se paró y luego volvió a latir aceleradamente. Sin pensarlo, se levantó con tal rapidez que tumbó el pesado banco. Él detuvo su marcha y arqueó una ceja. Era su turno de mirarla desafiante. *¡Maldición!* Lizzy sopesó sus opciones frenéticamente y dejó a sus *yoes* internos discutiendo la conveniencia de dejar salir su lado sensato o alocado. Y rápidamente hizo lo impensado...: echó a correr.

El salón de reunión era un caos. A lo lejos, Nicholas escuchó que el magistrado daba por terminado el debate. Pero él seguía sentado allí, mirando a la misteriosa joven. Cuando todos los caballeros comenzaron a desalojar el lugar, decidió que era el momento para acercarse a ella. Empezó a avanzar lentamente: no quería asustarla. Sentía su corazón bombear más rápido con cada paso que daba. La joven se removió en su asiento al verlo aproximarse. De repente, pareció darse cuenta de la poca distancia que los separaba y, como despertando de un sueño, se sobresaltó mirando a su alrededor, luego a él y se puso de pie tumbando el banco.

Él detuvo su marcha observando a su presa, cual felino. Se estaba divirtiendo muchísimo con las reacciones de la dama, que estaba pálida y lo miraba alarmada. No entendía el porqué de su nerviosismo; él no iba a denunciarla. Su reputación quedaría destruida si se sabía que se había colado a una reunión para caballeros y encima, disfrazada. Él seguía detenido, mirándola. Recordó cómo lo había desafiado hace unos momentos y decidió que le vendría bien un poco de su propia medicina. Lentamente, arqueó una ceja devolviendo el desafío. Pero ella no reaccionó como él esperaba; Nicholas creyó que lo miraría desafiante, suplicante, o tal vez diciéndole: *touché*. Pero no: ella entró en pánico, como una liebre acorralada a punto de ser devorada por un temible león que, al encontrarse indefensa, corre por su vida. Él no daba crédito a sus ojos. La muchacha había salido como alma que lleva el diablo, chocando con los caballeros que salían charlando amigablemente y empujando a los que se interponían en su huida.

Por un momento la sorpresa lo dejó petrificado; luego, salió tras ella. Pero era demasiado tarde: había perdido valiosos segundos. Cuando llegó a la calle, no la vio por ningún lado. Caía una suave lluvia que lo empapaba. Sin saber por qué, se sentía profundamente decepcionado. Su lacayo se acercó.

—Su excelencia, ¿le traigo el carruaje?

Él lo observó durante un momento sin entender: su mente todavía estaba con la joven de ojos violetas. El lacayo lo miró extrañado; no era normal que su señoría actuara raro. Él salió de su ensoñación.

—Sí, Peter.

Al momento llegó el cochero manejando el carruaje. Peter le abrió la puerta; él entró y se acomodó en el mullido asiento. El carruaje se puso en marcha; Nick miró una última vez por la ventanilla. *¿Quién sería ella?* Porque estaba seguro de que se trataba de *ella*; ningún hombre

podía ser portador de unos ojos tan preciosos. Desde la distancia, había podido distinguir su color y apreciar el largo espesor de sus pestañas. Además, por si pudiera albergar alguna duda, cada una de sus reacciones la habían delatado; sonrió al recordarlo. Su rostro era un libro abierto, más bien, el más dulce de los poemas jamás leído. Y la manera tan inocente y cándida en la que había actuado bajo su mirada le decía mucho más sobre ella.

El carruaje avanzaba por las calles; Nicholas seguía recostado con los ojos cerrados, inmerso en sus cavilaciones.

—¡Maldición! —exclamó en voz alta. *¿Cómo daría con ella? ¿Por dónde comenzaría a buscarla?*

De repente, tenía muchas incógnitas sin responder, pero una certeza: removería todo Londres, si era necesario, hasta encontrarla. Abrió los ojos y se enderezó; sintiendo una nueva emoción, frunció el ceño. No podía explicarlo, pero algo comenzaba a despertarse en su interior; algo de lo que no había sido consciente hasta ese día. Un nuevo vacío crecía en él y sospechaba que solo una cosa podría llenarlo —una sonrisa se extendió lentamente por su rostro—: un ángel de ojos violetas y piel de marfil; un ángel hecho a su medida.

Sentada ante el espejo del tocador, Lizzy examinaba su imagen con aire aburrido.

—Ya es suficiente, Celeste... —dijo quejosa—. Hace una hora me estás acicalando: se me caerá el cabello de tanto estirarlo.

La doncella la miró divertida; era la única señorita que conocía a la que no le importaba su imagen. Como si no fuese consciente de su gran belleza, sí que estaba hermosa esa noche, por cierto.

—Disculpe, milady, es que me entusiasmo demasiado. ¡Se ve tan encantadora esta noche! —dijo soñadora. Lizzy la miró con expresión triste.

—Es que no quiero estar encantadora; mi único deseo es quedarme en casa.

—¿Y desperdiciará así una velada tan linda?

—Podría leer o jugar al ajedrez con el señor John —dijo Lizzy esperanzada.

—Pero tiene que divertirse y conocer gente como usted, milady. El señor John es un mayordomo; su padre se enojaría mucho si descubriese sus intenciones. —Lizzy soltó un bufido nada apropiado en una dama.

Hacía poco había regresado a Londres para ser presentada en sociedad. Aunque tenía diecinueve años, su debut se había pospuesto dos años cuando había caído enferma. La temporada recién comenzaba y ella ya se había aburrido de las fiestas y de los estirados nobles; prefería la compañía de los sirvientes. Iba a discutir con Celeste, pero un golpe en la puerta la interrumpió; la doncella se apresuró a abrir.

—Gracias, Celeste —dijo su hermano entrando con una sonrisa. La doncella hizo una reverencia y salió con un rubor muy delatador en las mejillas.

Lizzy se levantó de un salto y se arrojó a los brazos del alto joven, que por poco cae de la sorpresa; él le devolvió el abrazo esperado por tanto tiempo.

—¡Eh, ángel!, con cuidado.

—Sebastien, no sabía que habías regresado —dijo ella separándose, mirándolo ceñuda—. Padre no me dijo nada.

—Decidí volver antes y darles una sorpresa —respondió él tranquilizándola—. Pero estás más alta, ¿o me parece? —bromeó él.

Ella golpeó su brazo, pues siempre había sido de poca estatura, cosa que le molestaba sobremanera; era muy difícil ir por el mundo siendo tan pequeña.

—¡Y tú estás más llenito, si es eso posible! —Por supuesto era mentira; el condenado estaba más que apuesto.

Tenía el cabello rubio muy corto y vestía pantalón y saco gris; debajo llevaba chaleco, camisa blanca y botas negras. Estaba muy elegante y musculoso; él le mostró su encantadora sonrisa, por la que seguro muchas damas se desmayaban a su alrededor. Sus ojos violetas, idénticos a los de ella, la miraron fingiendo estar ofendido.

—No confundas grasa con músculos, querida. Y detesto decir esto, pero padre nos está esperando abajo, y ya sabes cómo se pone cuando lo hacen esperar.

Lizzy, haciendo una mueca, tomó su ridículo y aceptó el brazo que su hermano le ofrecía.

El carruaje se detuvo frente a una elegante casa de tres pisos, por la que se veía brillar velas encendidas en cada habitación. Su hermano descendió y luego lo hizo su padre, extendiendo su mano para que ella bajara. William Albright, marqués de Arden, era un hombre serio y callado. Aunque siempre les había dado todo, nunca les demostró afecto. Cuando su esposa falleció al dar a luz a Lizzy, él sepultó su alegría con ella. Mandó a la pequeña bebé a Francia a vivir con su abuela materna; a su hijo, a un internado, y desde entonces dedicaba su vida a su trabajo en el Parlamento y como consejero del rey. Ella había heredado su cabello castaño dorado y Sebastián, su apostura y sus rasgos; aunque ambos hermanos compartían el color de ojos de su madre. La contextura de su padre era grande como la del hijo, pero carecía de su sonrisa; por el contrario, mantenía siempre una expresión solemne y una mirada severa en sus fríos ojos grises.

Al llegar a las puertas los esperaban los anfitriones, *lord* y *lady* Preston, duques de Malloren, quienes los saludaron con cordialidad, y siguieron su camino. Luego de ser anunciados, hicieron su entrada al salón. Lo primero que vio Lizzy fue la gran pista de baile, decorada como un bosque, rodeada por paredes adornadas con cortinas de gaza, donde se apoyaban sillas que ya habían sido ocupadas por matronas y carabinas. En un extremo del salón estaba ubicada la orquesta; en el otro extremo, una puerta abierta dejaba ver una habitación donde se habían dispuesto bebidas, y más allá se veía el gran comedor, donde se serviría la cena. Todas las habitaciones estaban atestadas de damas vestidas con exquisitas telas, que se abanicaban intentando aliviar el calor, y elegantes



caballeros que les acercaban refrigerios a sus acompañantes. Parecía que nadie se había querido perder el baile de los duques. Su padre soltó su brazo para ir hacia la sala de juegos, y la dejó en compañía de su hermano.

—¿Algo para beber, hermanita? —preguntó él sonriente.

—Sí, gracias. Este lugar está tan abarrotado que creo que me voy a desmayar.

—¿No es algo a lo que ya tendrías que estar acostumbrada?

—Hum... —gruñó ella—, nunca me acostumbraré.

—Nada que un buen vaso de ponche no solucione —dijo él mirándola divertido.

—Adelante, si es que logras llegar a la mesa entre esta multitud.

—Sonríe, ángel. La noche es joven; ahora regreso —dijo él y se marchó. Con un suspiro resignado, Lizzy se preparó para resistir otra noche más de aburrida cháchara social.

## Capítulo 4

*El bálsamo y el perfume alegran el corazón; el buen  
consejo del amigo alegra el alma.*

Proverbios 27:9

*Se han mostrado las flores en la tierra,  
el tiempo de la canción ha venido.*

Cantares 2:12

—Su excelencia, *lord* Nicholas Bladeston, noveno duque de Stanton.

—*Lady* Honoria Bladeston, duquesa de Stanton.

—*Lady* Clarissa Bladeston.

Luego de ser anunciados, Nick ingresó al baile de los duques de Malloren llevando en cada brazo a su madre y a su hermana. Toda cabeza dentro de ese salón se giró a mirarlos. De inmediato se extendieron los murmullos por cada habitación. Nicholas avanzaba escuchando a las damas cuchichear...: «¡Oh, Dios mío, el duque está aquí!»; a los caballeros...: «Pobre Stanton, lo que le espera», y a las madres desesperadas...: «Hija, enderézate, se acerca el duque. ¡Ponte en su campo de visión, niña!». Justamente esto es lo que había querido evitar; se sentía como un pedazo de carne expuesto a la venta. Suspiró para sus adentros mirando a la culpable de que estuviera padeciendo esa tortura: su madre, que caminaba muy sonriente saludando con la cabeza a sus conocidos. Cuando encontró un espacio libre en el atestado salón, se detuvo y soltó a sus acompañantes.

—Espero consideres como cumplida mi promesa, madre, porque nada volverá a arrastrarme a un lugar como este en mucho tiempo —dijo Nicholas viéndola severamente.

—Sí, hijo, por supuesto. Aunque quién te dice y encuentres esta noche a una hermosa jovencita que te motive a volver muy pronto. —Su hermana se rio al ver la cara de espanto del duque.

—No lo creo, madre. Ninguna belleza es suficiente para hacer que siquiera considere pasar por esto nuevamente —replicó él viendo cómo avanzaba hacia ellos una vieja matrona arrastrando a sus dos hijas detrás.

—Nunca digas nunca, hermanito —dijo Clarissa moviendo las cejas—. Madre, veo que esta mañana no exagerabas cuando dijiste que todo el mundo vendría al baile —continuó su hermana

divertida.

Nicholas vio que la vieja dama casi llegaba hasta ellos, así que se apresuró a huir.

—Si me disculpan, las dejo un momento.

Sin esperar respuesta, Nick escapó. Estaba ansioso por reunirse con su mejor amigo, Steven. Habían acordado verse allí para comentar sus avances en la búsqueda del traidor, al que se les había encomendado descubrir. Buscó con la mirada a su amigo por el salón y, casi al acto, lo vio rodeado de damas, que reían de algo que el descarado les decía.

—Buenas noches, mis *ladies*. —Saludó a las damas, que lo miraron boquiabiertas—. Lamento interrumpir, pero se necesita la presencia de este petimetre un momento. —Y tras efectuar una inclinación con la cabeza, dio media vuelta.

Luego de un momento, Steven lo siguió. Ya fuera del salón, se detuvo en el jardín y vio venir a su amigo con expresión ofendida.

—¿Qué te sucede, Bladeston? A ti no te cuesta conseguir compañía femenina, pero ten misericordia de nosotros, los menos afortunados.

—¡Sí, claro! Olvidé que solo eres un pobre conde, heredero de unas muy humildes cuatro mil quinientas yardas de tierra y cuatro propiedades. No llegas ni de cerca a mis diez mil ni a mis nueve propiedades —dijo Nick irónico.

—¿Qué cínico te has vuelto, viejo amigo! No todo se trata de dinero, ¿Qué hay de mi falta de apostura, carisma, simpatía? —enumeró Steven poniendo la mano en su pecho.

Nick meneó la cabeza: se negaba a discutir sobre la rubia apariencia o la encantadora personalidad de su amigo, que por cierto eran bastante alabadas en cada salón y gacetilla de sociedad de Londres. Lo miró severo, aunque —muy a su pesar— divertido por sus ocurrencias. Se conocían desde la niñez; primero fueron vecinos y camaradas en los juegos de infancia; después, compañeros de estudios en Eton; pero lo que más afianzó su amistad fue luchar y sobrevivir juntos en la temible batalla de Waterloo. Por eso, cuando le encomendaron esta nueva misión, no dudó en pedir su ayuda.

—¿Qué descubriste? —inquirió cambiando de tema. Steven se puso serio al instante.

—No mucho, solo rumores de que William Albright, marqués de Arden, ha estado manteniendo asiduamente reuniones sospechosas con un francés. —Nicholas se tensó.

—¿De quién se trata?

—De un tal Fermín de Moine, conde de Mousse.

—¡Ese mal nacido! —exclamó Nick.

Ambos conocían a ese bastardo —de madre inglesa y padre francés—; durante la guerra, él había aprovechado sus conexiones para vender información, como ubicaciones, estrategias, nombres, etc. Al finalizar esta, Moine había huido como la rata que era. Steven continuó:

—Es preciso averiguar qué tiene que ver Arden en todo esto.

—¿Cómo nos acercaremos a él? Sé de buena fuente que es muy severo y desconfía de la gente en general —respondió el duque frunciendo el ceño.

Steven asintió; ambos se quedaron en silencio cavilando, para luego descartar distintas posibilidades. De repente, a Steven se le iluminó la mirada.

—¡Ya sé! —Nick se irguió ansioso.

—¿Qué?

—¡Ja, sí! ¡Soy un genio! —exclamó el otro haciendo un pequeño baile en su lugar. Nick puso los ojos en blanco.

—Dime de una vez lo que se te ocurrió.

—El marqués de Arden tiene una hija en edad casadera. —Steven sonrió angelicalmente. Nick lo observó sin comprender.

—¿Y? —Su amigo solo lo miró moviendo las cejas hacia él—. Steven, ¿y eso qué tiene que ver? —El otro asintió esbozando una sonrisa maliciosa—. ¡Ahh, no! No pensarás que yo...

—Claro que sí, piénsalo. Es el plan perfecto: ¡tú fingirás cortejarla! —dijo señalándolo.

—¡De ninguna manera! —estalló el duque—. Olvídalo. No estoy dispuesto ni por el rey ni por nadie a soportar a una tonta jovencita, de seguro feúcha e insulsa, con una risa tonta y con cerebro más hueco que el de mi perro.

—Pero así podrás acercarte al padre —dijo Steven persuasivo— y tendrás la excusa perfecta para merodear por su casa, ¡piénsalo!

—¡No, rotundamente no! —Nick negó con la cabeza.

Steve Hamilton, sexto conde de Baltimore, encontraba muy divertida la actitud de su viejo amigo, el muy ilustre duque de Stanton. Había planteado —más como broma que otra cosa— la estrategia de Nicholas fingiendo cortejar a la —hasta ahora— desconocida hija del marqués de Arden. Pero al ver la actitud tozuda que había tomado su mejor amigo, decidió divertirse a su costa y lograr que él acceda a su plan. Después de todo, la temporada recién comenzaba y él ya se estaba muriendo del aburrimiento. Por supuesto, Nick no tendría que enterarse, pues no era famoso por tener un carácter amable o una personalidad paciente y divertida.

En ese momento se encontraban en un balcón que daba al jardín, el cual permitía más intimidad para hablar. Nick lo miraba ceñudo y, con sus brazos cruzados, negaba con la cabeza.

—Entiendo tu negativa, viejo amigo. Pero tal vez te apresuras a descartar la buena posibilidad de acercarnos a nuestro objetivo —dijo Steve ocultando una sonrisa.

—¡Sí, claro!, ya que has tenido esta idea tan... *brillante*, ¿por lo menos has conocido a dicha dama? —replicó Nick, que ya estaba llegando al límite de su paciencia. Su amigo lo pensó.

—No, solo sé que tiene diecinueve años, que estuvo en el exterior por un tiempo y que acaba de regresar para hacer su presentación en sociedad esta temporada. —Se encogió de hombros—. Eso me dijeron mis hermanas; ya sabes que le huyo como a la peste a estos bailes, así que no he coincidido con ella.

Nick gruñó. *¿Diecinueve años?* Debía ser muy poco agraciada para que su padre —siendo tan orgulloso— la hubiera mantenido escondida, retrasando tanto su presentación.

—Hasta puede que traiga los dientes deformes y que sea bizca. —Su amigo se rio y Nick le dio

un puñetazo en el hombro—. ¿Por qué no lo haces tú? ¡Ya que fue tu idea!

—¡Ay, no! Recuerda que dijiste que no me entrometiera en la misión, que tú ibas a hacer lo difícil; mi trabajo era solo averiguar. Además, el conquistador de mujeres eres tú. —Se burló Steven.

Nicholas se giró hacia el jardín mientras meditaba sobre la idea de Steve; no podía dejar de admitir que era una buena posibilidad para avanzar en su investigación. Porque, hasta ahora, no había descubierto nada que le sirviera sobre el marqués, y él no se había presentado a la reunión organizada por los magistrados.

—De acuerdo, lo pensaré. —Aunque ya veía que no hallaría otra alternativa mejor; *el condenado tenía razón*.

—Pues te dejo para que medites —dijo Steve viendo el gesto adusto de Nick y presintiendo la victoria.

El duque solo le contestó asintiendo con la cabeza y Steve, haciendo una reverencia burlona, se volvió y regresó al interior.

Elizabeth sentía que se estaba ahogando: no soportaba más el ambiente sofocado del salón. La gente la apretujaba sin cesar y sus pies estaban agotados, aunque no tanto como su paciencia. Estaba cansada de bailar con jovencitos presumidos y fingir que le interesaba conversar sobre el tiempo, el tocado de Miss Tizzy o el atrevido escote de *lady Stark*. Se disculpó con el grupo en el que se encontraba y se dirigió a los ventanales abiertos que estaban al fondo del salón. Cuando pudo llegar, a través del atestado lugar, salió al exterior; la casa era muy bonita y el jardín era precioso. Pasando las puertas se extendía una amplia escalinata, la cual llevaba a un largo camino de piedra, rodeado por diferentes tipos de flores. Varias personas paseaban admirando su belleza.

Lizzy buscó con la mirada algún lugar menos concurrido, para evitar otra conversación banal. A su derecha había otra puerta que, al parecer, daba a un balcón privado. «Ah, un poco de intimidad», pensó, aliviada. Se dirigió hacia allí. La puerta estaba algo trabada; logró abrirla un poco. Espió en su interior: parecía desierto. Forcejeó un poco para abrirla más y entró.

Nicholas seguía en el balcón, sumido en sus pensamientos. Estaba por regresar, cuando vio una cabeza castaña asomarse. Sin saber por qué, retrocedió hasta quedar oculto tras una cortina de hojas que subían por la pared del jardín hacia el techo. Quien fuera a ingresar estaba haciendo bastante alboroto. Tuvo que reprimir la risa. La puerta se abrió un poco más y pudo ver a una muchacha que forcejeaba con esta mientras refunfuñaba sobre su corta estatura. Pero la risa se ahogó en su garganta cuando ella logró entrar y pudo verlo. Tragó saliva, *¡qué mujer más hermosa!*

Parecía una visión: sin duda tenía que ser un ángel. Parpadeó y volvió a mirar. No, era real. La

joven lanzó un suspiro, luego miró el cielo y sonrió de tal forma que Nick sintió un escalofrío subir por su espalda. *Vaya, qué sonrisa tan maravillosa tenía.* Era muy pequeña; no debía llegarle ni a los hombros. Su contextura era menuda; su cuello, frágil; y sus hombros, pequeños. Del cabello abundante, recogido en lo alto de la cabeza, caían unos bucles color castaño claro rozándole el cuello.

Ella avanzó un poco y él pudo apreciar su bello rostro: nariz pequeña y respingona, labios carnosos y dientes perfectos. Pero lo que destacaba en su cara eran unos enormes ojos, de un color que a esa distancia no lograba distinguir. Ella caminó hasta la baranda del balcón; una suave brisa levantó la orilla de su vestido, que rozaba el suelo. Este era de mangas de gasa abullonadas; el corpiño apretado de raso era color marfil —al igual que el resto del vestido, que se abría a su alrededor— y sobre la falda, una suave gasa dorada, igual a la de las mangas.

Nick sintió que su respiración se agitaba al ver su esbelta figura: era una visión color oro. Ella, de espaldas a él, comenzó a moverse al son de la melodía de un vals. Nick tragó saliva y, en un impulso, dio un paso hacia ella.

Cuando Lizzy logró entrar al balcón, miró a su alrededor; la mitad del lugar estaba mal iluminado, pero no corría peligro alguno ya que estaba sola. Soltó un suspiro de alivio; su mirada fue hacia el cielo que, sorprendentemente, esa noche estaba muy despejado y podía ver cientos de estrellas. Sonrió al recordar las miles de noches que había pasado en su aldea, en Francia, acostada en el jardín, contando cada estrella e imaginando a su madre en cada una.

Caminó hacia la baranda, miró hacia abajo y pudo ver que el camino empedrado terminaba en una hermosa fuente de piedra que combinaba con el romántico paisaje; en la parte más alta de su figura, un regordete Cupido lanzaba una flecha y de la punta caía un gran chorro de agua. El rostro de la estatua tenía una expresión pícaro, y Lizzy se percató de que estaba hecha de tal forma que la flecha parecía apuntar directo hacia ella.

Se estremeció, parecía que la calurosa noche le provocaba un raro humor. Una suave brisa la distrajo de esos pensamientos, trayendo la melodía de una dulce canción que se tocaba en el salón. Cerró los ojos y dejó que su cuerpo siguiera la música. Le encantaba bailar y adoraba el vals, aunque todavía no la habían autorizado a bailar uno. Giró sobre sí misma y, de repente, chocó contra algo duro como el hierro, y su cara quedó enterrada en un pecho vestido de negro. El impulso le hizo perder el equilibrio y casi cae hacia atrás. Pero unas fuertes manos tomaron sus hombros impidiendo que cayera; se vio atrapada contra aquel pecho. Atemorizada, pisó fuerte su pie; él soltó un alarido de dolor y le soltó un hombro para sostener su pie. Sin perder el tiempo, le clavó una rodilla en la entrepierna, pero él logró esquivarla soltándole el otro hombro; Lizzy lo rodeó para salir corriendo.

Nicholas no lo podía creer. La dulce aparición, el ángel dorado, era una furia salvaje. Con un alarido se tocó el pie, *¡lo acababa de pisar!* Casi no tuvo tiempo de esquivar una rodilla que pretendía atacar su parte más sensible.

—¿Qué rayos le sucede? —Soltó al pequeño demonio y ella de inmediato intentó pasar por su lado para salir corriendo. *¡Maldita sea!* En dos pasos la alcanzó. Enfurecido, la tomó del brazo y la volvió hacia él.

La joven clavó los pies y trató de golpearlo con sus pequeños puños.

—¡Deténgase! ¿Qué *diablos* le sucede...? —Las palabras murieron en sus labios al ver sus ojos.

Eran del más profundo violeta. Nick los había visto antes. *¿Cómo olvidar esos ojos que lo perseguían hasta en sus sueños?* Unos ojos que había buscado en cada rostro, que lo habían hechizado impidiéndole olvidarlos. Y cuando ya había perdido la esperanza de hallarlos, los encontraba mirándolo fijamente.

## Capítulo 5

*¡Oh, si él me besara con besos de su boca!  
Porque mejores son tus amores que el vino.*

Cantares 1:2

*Dios mío, ponlos como torbellinos,  
como hojas delante del viento.*

Salmos 83:13

Lizzy seguía forcejeando con el que creía su atacante. Le oyó soltar varios improperios y pedirle que se detuviera. Él aprisionó sus brazos para impedir que lo siguiera golpeando; ella levantó su mirada y se quedó paralizada. Por unos segundos nadie se movió; solo se miraron en silencio, escuchando sus respiraciones agitadas por la enfurecida lucha.

*¡Oh, por Dios! Era el lord ojos azules, del salón de reunión. Nunca pensó volver a verlo, aunque mentiría si no admitiese que lo había imaginado más de una vez, cual príncipe azul, montado en su corcel blanco, irrumpiendo para rescatarla de su insípida existencia, llevándola al reino de las emocionantes aventuras. Otra vez se había quedado ensimismada; sopapo mental. Él seguía mirándola fijamente; sus ojos le recorrían el rostro, sin perderse un solo detalle.*

—¡Suélteme! —le exigió Lizzy, sintiendo su furia renacer. Estaba a punto de inventar una historia cuando cayó en la cuenta de que él no podía reconocerla. Aunque estaba segura de que, cuando se vieron por primera vez, él se había percatado de que era una mujer, el disfraz masculino ocultaba sus rasgos.

El patán ni siquiera contestó; se limitó a soltarle lentamente el brazo. Lizzy se apresuró a esbozar una expresión neutra, como si mirara a un desconocido. El caballero seguía pegado a ella esperando, al parecer, que ella fuera la que diera el primer paso. Ella empezó a ponerse muy nerviosa bajo su intenso escrutinio y, sin saber cómo actuar, hizo lo primero que se le ocurrió: lo atacó.

—¿Qué pretende, milord? Si es que se lo puede llamar así. —Él permaneció en silencio, lo que la enfureció aún más—. ¿Cómo se atreve a manosearme y acorralarme tan vilmente? —le espetó furiosa.

Nick sintió su enojo elevándose a alturas recónditas. *Pero qué diablos, ¡qué muchacha*



*descarada!*

—Disculpe, pero lo mismo podría decir de usted, milady —dijo él irónico—. Además, usted me atacó.

—¡Yo solo me defendí! *Usted* apareció de repente y se lanzó encima —contestó ella, sin creer el descaro de aquel tipejo.

—Lamento tener que contradecirla, pero me encontraba aquí muy tranquilo hasta que usted se apareció. Y le ruego me diga en qué momento me lancé sobre usted, cuando solo me limité a observarla —dijo él cruzando los brazos.

—¡Aaah! Ahora comprendo; es usted esa clase de perverso que disfruta espiando damas indefensas —le espetó Lizzy, pero por dentro se encogió al ver cómo el rostro del caballero había pasado de colorado a pálido, para terminar poniéndose blanco. Otra vez la había poseído su lado impulsivo.

Nicholas se quedó atónito; jamás, nadie, *nunca* le había dicho algo remotamente similar. Y menos una mocosidad; si apenas se atrevían a mirarlo a la cara. Cerró las manos en apretados puños para evitar saltar sobre ella y ahorcarla.

—¡Es usted una impertinente! Por lo poco que he visto, no podría calificarla como indefensa. Y lo de dama... no me atrevería a asegurarle, pues parece que no le han enseñado educación alguna. —Nick se arrepintió nada más decirlo. ¿Qué *demonios* le sucedía? Él, que nunca había dedicado más de dos palabras a una dama soltera, se encontraba teniendo una acalorada discusión con una. Ella se había puesto pálida. Se sintió culpable, pero al ver cómo se enderezaba y alzaba aún más la barbilla, sintió su enojo renacer.

«¿Niña? ¡Niña!», pensó Lizzy furiosa. Cerrándole la puerta en la cara a la Lizzy sensata —que había irrumpido hace unos momentos pidiéndole sensatez—, se envaró y lo encaró.

—Soy bastante mayor como para no reconocer a un malintencionado cuando lo veo y le aseguro que no le tengo miedo.

Nick se sintió tan furioso que no supo qué decir. La miró, pegada a él, con la barbilla levantada y los puños cerrados, y el pecho agitado rozaba el suyo. Su furia se evaporó, dándole paso a la más inoportuna excitación. Su último comentario le había sonado a desafío, y nada le gustaba más que eso. Chasqueando la lengua y negando con la cabeza, respondió:

—Pues, no puedo dejar de advertirle que comete usted una insensatez al no sentirse atemorizada ante mi persona; debería saber que mi reputación me precede. Lo que me da la certeza de que me temerá cuando compruebe que damitas como usted no son para mí más que un dulce bocado *muy* fácil y no por eso, menos placentero de comer.

Lizzy por poco se desmaya al ver su mutación. Había pasado de parecer un oso furioso a un peligroso leopardo acechando a su presa. Su voz era ahora un sonido aterciopelado y sus ojos azules se habían oscurecido. Se estremeció al caer en cuenta de que solo separaba sus cuerpos la tela de sus ropas. Pero su lado temerario no la dejó retroceder ni un paso y menos cuando vio cómo una sonrisa perezosa y arrogante se extendía por su rostro, redoblando el desafío.

*¡Ja! ¿Príncipe azul había pensado? Más ingenua y tonta no podía ser, si no era más que un asno rosado, ni a sapo llegaba. Encima de perverso, era arrogante, cínico, petulante...* Lizzy vio todo rojo y le gritó con todas sus fuerzas:

—¡Es usted un perverso, arrogante, y el más engreído cerdo que tuve la des... —Nicholas la tomó de la barbilla y cubrió su boca con sus labios.

Sabía que estaba completamente loco, pero ella, enojada, se veía tan preciosa. Le brillaban los ojos y respiraba tan agitada que él casi no la oía, distraído por lo que dejaba ver su escote. Estaba tan tentadora que le fue imposible retener su deseo un segundo más. Sabía que estaba haciendo añicos y saltando sobre su título de «caballero», pero le importaba un comino. *¡No podía resistirse a probar tan delicioso bocado y no lo haría!*

Elizabeth se llevó tal sorpresa que no pudo moverse cuando Ojos Azules la besó de imprevisto. Si eso podía calificarse como beso... pues era más bien un ataque sin tregua a todos sus sentidos. Ya la habían besado antes, pero nada la había preparado para esto. Él seguía besándola, devorándola con su boca; primero el labio superior y luego el otro.

Todo pensamiento voló de la mente de Lizzy, y él pareció percibir el cambio, porque sus labios comenzaron a acariciar los suyos más suave y sensualmente. La tomó de ambos brazos y fue como si la absorbiera. Sin dejar de besarla, sus manos bajaron por sus brazos hasta posarse en su cintura, elevándola aún más hacia él. Lizzy ahogó una exclamación y él aprovechó para tocar con su lengua el interior de su boca. Ella se sobresaltó y un escalofrío la recorrió entera. Su aliento era tan cálido; sentía cómo algo se iba incendiando en su interior. Gimió y, poniéndose de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos buscando más de ese calor.

Nick se sintió morir cuando, con una exclamación, ella se rindió totalmente a él. Gimió en su boca sin poder evitarlo; ella era, sin duda, lo más dulce que había probado en su vida. Cuando la lengua de ella tocó la suya, sintió enloquecer: estaba perdiendo el control. Si no paraba, la iba a tumbar en el mismo suelo que pisaban. Con un gruñido de frustración, separó su boca de la de ella. Lizzy reaccionó como si la hubieran expulsado de una patada del paraíso. Lo miró agitada, con los ojos tan oscuros que parecían negros, fijos en su boca. De repente volvió a la realidad y fue consciente de que seguía pegada a él. Bruscamente se soltó.

—Milady, lo siento... —Empezó a decir él viendo su expresión, pero ella lo interrumpió.

—¡Cómo se atreve! —espetó roja.

Levantó una mano y le asestó tal bofetada que vio cómo su cabeza se giró hacia un costado.

—¡No vuelva a tocarme, perverso!

Luego, tomando la orilla del vestido, lo rodeó y salió corriendo. Nick se quedó mudo; en su cara se fue formando una sonrisa tonta. Caminó hasta la baranda del balcón y miró hacia abajo. Una fuente ocupaba el centro del jardín; en la parte de arriba, la estatua de un regordete Cupido apuntaba su flecha hacia él. Nick abrió los brazos y simuló recibir su flechazo. Nada más oportuno para describir las tumultuosas emociones en su interior. Se giró apoyándose en la baranda, miró hacia la puerta por la que el ángel de ojos violetas había huido. *¡Vaya, qué mujer más*

*apasionada!* Nunca había conocido una así; ninguna antes lo había enfrentado de esa manera ni respondido a sus besos con tanta intensidad. Recordó cómo ella le había correspondido y sintió la excitación renacer. Su beso fue más embriagador que el mejor vino. Parecía haberse granjeado una nueva enemiga, la cual le prometía una *dulce enemistad*. Si alguien hubiera visto al orgulloso y siempre serio duque de Stanton con una sonrisa soñadora, tocando su mejilla marcada por varios dedos, no se lo hubiera creído ni en un millón de años.

*¡Cerdo, cretino, bestia, animal, sapo asqueroso! ¿Qué se ha creído? Dandi presumido, aprovechador, pervertido, maleducado, imperti...* Lizzy no podía estar más furiosa: maldecía en inglés, francés y hasta en italiano. Luego de huir de ese bellaco disfrazado de apuesto príncipe, caminaba entre los arbustos por un lateral de la mansión, buscando alguna puerta que le permitiera ingresar a la casa sin ser vista. Necesitaba encontrar el tocador para adecentarse y calmarse, antes de volver al salón de baile. Nadie la podía ver en su actual estado; no necesitaba testigos involuntarios de su descontrol emocional. No podía tener peor suerte: nunca imaginó que vería de nuevo al caballero de ojos azules. Ahora se sentía estúpida al recordar cómo, tontamente, había estado pensando en él. No pudo olvidar su mirada ni su sonrisa ni la manera como la había defendido. Y como una ingenua lo había buscado entre la gente, esperando encontrarlo en el salón, en el parque o cuando paseaba en calesa. Y hasta se había humillado agudizando el oído cuando escuchaba su nombre en alguna conversación. Así se había enterado de que era duque, hijo de una de las familias más antiguas e influyentes de Inglaterra. Su linaje era intachable; su sangre, no solo noble, sino real. Todos lo llamaban por su título: *lord* Stanton. Los conocidos más cercanos, por su apellido: Bladeston; y sus pocos amigos y familia, por su nombre: Nicholas.

Su ilusión no tardó en evaporarse cuando oyó lo más comentado —y que, al parecer, él se había ganado a pulso dicha reputación—: que no le faltaba compañía femenina, aunque no fueran damas, en el sentido más estricto. Parecía que el hombre que había confundido con un príncipe encantador no era más que otro mujeriego empedernido.

El duque vivía con su madre, la duquesa viuda, y con su hermana menor. Además, tenía un hermano, que estaba de viaje. Pero lo que más se repetía una y otra vez era que el duque no había tomado esposa aún, por lo que continuaba disponible. Cada temporada, toda señorita en edad casadera, debutante o solterona, elaboraba sus estrategia de conquista; poco parecía impórtales su reputación. Pero pronto se rendían, ya que el duque no frecuentaba ningún evento.

Todas menos Lizzy, quien hacía mucho había decidido nunca casarse. Y ninguna cara bonita o título le haría desistir de su propósito. Con esa firme idea, logró dejar de pensar en él; ya no lo buscaba por ningún lado y se negaba rotundamente a escuchar un chismorreo más sobre él. Sin embargo, su resolución se esfumó cuando lo que pensó que sería otra monótona y aburrida noche de baile se había transformado en lo *más... más... más...* No sabía cómo describir lo que experimentó esa noche. Su momento de paz y soledad había sido abruptamente interrumpido por ese torbellino de hombre.

¿Pero qué decía? ¿Hombre? «¡Demonio!», siseó levantando los brazos al cielo como una

lunática. ¿Qué hacía allí? Ella, que se creía segura porque el duque no se aparecería en ningún baile, se dio de bruces con el soltero más codiciado cuando menos lo esperaba. Porque, ciertamente, lo que sintió cuando él la besó no era humano. Había pasado de la sorpresa al desconcierto absoluto —para sentir total pánico y luego, furia ciega— y terminó sintiendo cómo literalmente su alma abandonaba su cuerpo y era arrastrada por una fuerza superior, como una hoja es acarreada por el viento en una furiosa tormenta.

Claramente jamás había experimentado nada remotamente parecido: una emoción que podría definir como movilizante, inquietante, reveladora, emocionante, apasionante, excitante... Justo a tiempo, una piedra la hizo aterrizar, cual larga era en el suelo, interrumpiendo así el camino sin retorno que había tomado su mente. «¿Emocionante? Más bien aterradora y absolutamente perturbadora», se dijo a sí misma mientras se ponía de pie. Al fin encontró la dichosa puerta y, rogando no encontrarse del otro lado con algún invitado o sirviente, abrió la puerta y entró.

Si alguien hubiera visto a la siempre encantadora, impecable, elegante y bella *lady* Albright escabullirse en la casa con el peinado desecho, con el cabello repleto de hojas, parcialmente suelto —y que le tapaba la mitad del rostro manchado de barro—, y con una expresión asesina, no se lo hubiera creído ni en un millón de años.

## Capítulo 6

*¿Quién es ésta que se muestra como el alba?,  
Hermosa como la luna, esclarecida como el sol.*

Cantares 6:10

*Pero evita las cuestiones necias, contenciones  
y discusiones; porque son vanas y sin provecho.*

Tito 3:9

Cuando Nicholas regresó al salón de baile, no vio por ningún lado al ángel de ojos violetas. Esperaba que no hubiera huido otra vez, porque seguía sin saber nada de ella. Si desaparecía, no podría ubicarla; ni siquiera conocía su nombre.

No sabía qué demonios se había apoderado de él para abordarla de aquella manera. Él, que era conocido por su vasta experiencia en seducción, con un solo roce de esa boca había olvidado hasta su propio apellido. Pero no lo lamentaba; no podría arrepentirse de su arrebato aunque lo torturan para ello. *Rayos, ese beso era lo mejor que le sucedía en mucho, mucho tiempo.* Si no lograba verla se marcharía, pues solo ella podía retenerlo en aquel asfixiante lugar. Justo a tiempo apareció su amigo Steve con una copa para él.

—Su excelencia, una copa para refrescarse —le dijo fingiendo un tono servicial.

—Gracias, la necesitaba —agradeció Nicholas estirando un poco el cuello de su camisa.

—Parece que buscas a alguien, ¿se puede saber quién es la afortunada?

Nicholas de inmediato cesó su búsqueda y miró molesto a su amigo.

—No existe tal afortunada, solo intentaba localizar a mi hermana —mintió con su habitual cara inexpresiva.

—Sí, claro, tu hermana —respondió Steve irónico.

—Así es. —Volvió a afirmar Nicholas apretando la mandíbula.

—Pues no quiero importunarte, pero me parece extraño que barrieras sin cesar el salón con esa mirada furibunda —dijo Steve más divertido a cada segundo.

—¿Y me dirás qué es lo extraño? —respondió Nicholas resignado a seguirle el juego.

—Bueno, tal vez el hecho de que tu hermana esté justo frente a nosotros. —Steve reprimió la risa a duras penas al ver la cara de su amigo.

Nicholas levantó la vista y vio a su hermana mirándolos divertida. Ella le hizo una encantadora reverencia y continuó su charla con el grupo de muchachas, que también los veían embobadas. Era increíble que no se hubiese percatado antes de que ella estuviera a solo unos pasos.

—Sí, amigo. Estuvo allí toooodo el tiempo —dijo Steve añadiendo leña fuego.

Nicholas maldijo interiormente: esa mujer iba a acabar con su reputación y de paso, a arrasar con su amor propio. Y lo peor era que ella ni lo sabía. «Pero no tardaría en enterarse», se prometió Nick.

Steve carraspeó para regresarlo a la realidad. Algo extraño pasaba con su amigo esa noche. Nick no parecía ser el mismo: estaba muy distraído y excesivamente pensativo. *¡Si ni siquiera le había contestado a las pullas que le lanzaba!*

—Bien, ya que mi compañía no parece ser lo suficientemente interesante para ti... —prosiguió irónico—, te diré que mientras tú «paseabas» por el jardín, yo estuve recaudando información útil para nuestra misión. —Nick se enderezó, atento.

—¿Algo sobre el marqués? —le preguntó.

—Más que eso, amigo. El marqués, después de varios meses sin apariciones públicas, ha salido de su madriguera —dijo Steve dejando su copa y la de Nick sobre la bandeja de un lacayo.

—Bien, por fin. ¿Dónde se dejó ver? —respondió Nick mirando fijamente a su amigo.

—Esa es la mejor parte. El marqués está aquí mismo; hace solo un momento lo crucé. Estaba en la sala de juegos con su heredero, el joven Albright.

Nick frunció el ceño pensando en cómo acercarse; era una oportunidad única y no la podían desaprovechar.

—Pero eso no es todo: su hija también está aquí... Aunque aún no la he visto —prosiguió Steve con una mirada traviesa.

—¿Entonces cómo sabes que ha venido? —preguntó Nicholas escéptico.

—Porque después de haberte dejado en el jardín, fui interceptado por la anfitriona, *lady* Malloren, la cual prácticamente me obligó a ser el compañero del primer baile de *lady* Albright. Nick intentó no reír al ver la expresión enfurruñada de su amigo.

—Bueno, al parecer el destino tomó la decisión por nosotros —dijo serio, aunque por dentro estaba muy divertido.

—¿De qué decisión hablas? —le dijo el otro, que lo miraba confundido.

—A la de quién de nosotros va a sacrificarse por la misión. —Nick le dio una palmada amistosa en el hombro.

—¿Te refieres a mi propuesta sobre cortejar a la hija de Arden? —respondió pálido su amigo.

—Pues claro, viejo amigo, ¿a qué más? Parece que la suerte, el destino o la providencia, llámalo como quieras, ha decidido que tú seas el afortunado infeliz pretendiente de nuestra insípida *lady* Albright —dijo Nick señalándolo y riendo finalmente al ver la cara de espanto de

Steven.

—Mientras tanto, yo esperaré a que termine el primer baile y durante la cena intentaré aproximarme al marqués —prosiguió el duque fingiendo no ver lo molesto que estaba su amigo.

—¿Y puedo saber cómo piensas llegar a él? —dijo resignado Steven.

—Ah, eso es fácil. Por la cercanía de nuestros títulos, seguramente nos tocará sentarnos muy cerca, junto al anfitrión. Steven asintió mientras miraba cómo la orquesta se preparaba para el primer baile. Después de todo, esta noche su amigo era el único duque presente, y el marqués era quien seguía en el escalafón.

—Una vez allí, esperaré el momento oportuno y sacaré el tema de los asesin... —Nick dejó de hablar abruptamente. Steve miró a su amigo para ver qué había interrumpido su diálogo y lo encontró con la boca abierta, mirando algo detrás de él. Se giró y en un principio no entendió a qué se debía la reacción de Nick; después de todo, él ya conocía al marqués de Arden. Pero cuando este se movió para escuchar un comentario de la anfitriona, lo que vio lo dejó tan de piedra como a su amigo.

La mujer que sonreía alegremente a *lord* Albright, el hijo de Arden, era toda una aparición. Su belleza era tal que todos los hombres, y diría mujeres, la miraban boquiabiertos. Era evidente que, aunque no eran parecidos, Albright era su hermano. Por lo tanto, ella era... Esto comenzaba a ponerse bueno. Volvió la vista hacia su amigo, que seguía mirando a la joven fijamente.

—Bueno, lamento interrumpir nuestra agradable charla, pero el destino me recla... —La expresión asesina con la que Nick lo fulminó lo dejó callado.

—Olvidalo, ella es mía. No la mires, no le hables y ni siquiera intentes acercarte —le dijo con voz grave y amenazante, y con los ojos azules más fríos que nunca había visto. Steven arqueó ambas cejas sorprendido: no supo qué contestar. Nicholas ignoró el gesto de su amigo y con un ademán le pidió que lo siguiera.

No apartó la mirada de su presa mientras cruzaba el salón directo hacia ella. Si en la oscuridad del balcón le había parecido hermosa, a la luz de la iluminada estancia era lo más bello y sublime que había visto nunca. *Diablos*, era tan bella que dolía mirarla, y *¡malditos todos los canallas que no dejan de babear por ella!* Si no estuviera tan excitado, se reiría como un lunático ante la ironía del destino. Él estaba buscándola por todo Londres, y resultó ser la hija del sospechoso de traición al que debía investigar.

«Maldición, maldición, y mil veces maldición. No importa», pensó mientras caminaba los últimos pasos que los separaban. Ya no había marcha atrás; desde el día en que sus miradas se habían encontrado por primera vez en aquel salón de reunión, su destino estaba sellado. Más aún, si cabía alguna duda, su íntimo encuentro en el balcón daba por zanjada la cuestión. Por lo tanto, ninguna investigación, traición, padre, ni el maldito futuro de Inglaterra podían cambiar ese hecho. Ella era suya, y ya iba siendo hora de que el ángel de ojos violetas se enterara.

Llegó hasta su grupo y se detuvo justo a su lado. Ella no se había percatado de su presencia, pero al ver el rostro sorprendido de su hermano, se giró y se quedó sin aliento. «¡Perfecto! Ya me

he cansado de parecer el único afectado aquí», pensó Nick con una sonrisa de satisfacción.

—Buenas noches, milady, creo que este es mi baile.

*Lady Elizabeth* estaba escuchando la cháchara social entre su padre y la anfitriona: *lady Malloren* le decía que había conseguido una pareja a su encantadora hija para el primer baile de la noche. Por lo tanto, su huida al jardín para evitar llenar su carné había sido en vano. Suspiró para sus adentros; por lo menos solo le habían comprometido el baile previo a la cena. Luego de esta, y antes que empezara el baile propiamente dicho, buscaría alguna excusa y volvería a casa —aunque estaba feliz por tener a su querido hermano para amenizar la velada—. *Sebastián* la miró sonriente cuando ella rodó los ojos al escuchar que la habían emparejado sin su consentimiento.

—No es para tanto, ángel. Después de todo, no deberías apurarte a sacar conclusiones cuando todavía no conoces al caballero en cuestión —le dijo mirándola divertido.

—Ni falta me hace: todos los caballeros son cuasi hermanos separados al nacer. Solo saben hablar de caballos; de sus propiedades, que —sabe Dios porqué— suponen es mi sueño conocer; de sus pañuelos, que no podrían importarme menos; y finalmente, el tema más trascendente: el tiempo —se quejó *Lizzy* con una mueca de hastío. *Sebastián* casi escupió su bebida al intentar reprimir la risa. Su hermana estaba más aburrida de lo que había creído; menos mal que su padre se hallaba muy enfrascado en su conversación como para oírla.

—No puede ser tan malo, hermanita. No me harás creer que ninguno de ellos te ha dedicado algún lindo cumplido —comentó él observando su cara de espanto.

—¡Ah, no, no, no! Juro que moriré si escucho otro florido poema dedicado a mi belleza —contestó *Lizzy* negando con la cabeza. Su hermano la miró; aunque el comentario pudiera sonar vanidoso en la boca de cualquiera, no era así en *Lizzy*, pues él sabía lo poco que ella disfrutaba cuando era halagada y lo mucho que odiaba ser el centro de atención.

—Me dejas sorprendido, hermana; creí que eras una joven ávida de elogios y de dulces odas dedicadas a tu presencia —dijo simulando estar escandalizado—. Palabras como «Oh, dulce joven, sus ojos son como rosas brillantes; sus labios, como la más cara seda, y sus cabellos... ¡Ooh, sus cabellos! Como el suave pelaje del caballo más valioso» —recitó él, con una mano en el corazón y observándola con adoración. *Lizzy*, a su pesar, no pudo continuar con su pose malhumorada y sonrió de verdad por primera vez en esa noche. Dio un golpe disimulado a su hermano para frenar sus locas ocurrencias; él la esquivó riendo. Iba a contestarle, cuando *Lizzy* vio que sus ojos se desviaban sorprendidos hacia su costado. *Elizabeth* se giró para ver qué suscitaba dicha reacción en su hermano y, cuando levantó la vista, quedó sin aliento.

—Buenas noches, milady, creo que este es mi baile —habló el duque de *Stanton* mirándola fijamente. *Lizzy* respiró profundamente intentando recuperar el aire perdido. Sus fosas nasales se llenaron de su masculina colonia; él se había detenido muy cerca de ella, más de lo debido. Se tensó: su cercanía daba a entender por lo menos cierta confianza y conocimiento entre ellos, que ella no le había dado.



—Lo siento, su excelencia, pero no hemos sido presentados —contestó Lizzy levantando la barbilla con altivez. Él no despegó la mirada y arqueó una ceja amenazante. Parecía decirle: «¿Ah, sí?». Todos los presentes, incluido un caballero rubio que había llegado con aquel presumido, eran testigos del intercambio tenso de la pareja.

—Oh, eso no es problema, *lady* Albright. Será un placer hacer las debidas presentaciones —intervino algo incómoda *lady* Malloren.

—Agradeceríamos tan noble gesto, milady —dijo sonriente el rubio amigo del duque.

—Bien, creo que ya conocéis a *lord* Albright, marqués de Arden. Y a su hijo recién llegado de Londres, *lord* Albright, conde de Gauss. —Padre e hijo inclinaron su cabeza—. Y esta encantadora joven es *lady* Elizabeth Albright, hija del marqués —dijo *lady* Malloren apuntando con la cabeza a Lizzy. Hizo una graciosa reverencia, aunque su sonrisa era tensa y fingida.

—Y estos caballeros son *lord* Bladeston, duque de Stanton —continuó señalando al joven, que no dejaba de mirar a Lizzy—, y *lord* Hamilton, conde de Baltimore —finalizó *lady* Malloren, haciendo referencia al caballero rubio.

Este último se adelantó un paso y besó su mano esbozando una encantadora sonrisa.

—Es un placer conocerla, milady —le dijo sin soltar su mano. Lizzy observó sus ojos verdes y no pudo evitar sonreírle también. El duque gruñó y le arrebató su mano al conde, aunque nadie se percató de ello, pues Baltimore los tapaba parcialmente con su cuerpo. Él, divertido con la actitud inusitadamente posesiva de Nick, volvió a su lugar.

—Concuerdo con mi amigo: conocerla es un verdadero placer —dijo el duque besando su mano y viéndola intensamente. Lizzy lo fulminó con la mirada y apartó la mano.

—Lamento disentir con usted, milord —contestó ella sarcásticamente.

Se habían unido al grupo la duquesa viuda de Stanton y su hija, por lo que nadie alcanzó a escuchar su réplica, pues se estaban haciendo las presentaciones. El duque elevó ambas cejas y le sonrió mordazmente.

—Tiene usted razón, me corrijo: es un placer coincidir nuevamente y en tan poco tiempo. Aunque las circunstancias no sean las mismas, para mi pesar —contraatacó en un grave murmullo que solo ella pudo oír.

Lizzy sofocó un grito, *¡no podía creer su descaro!* El muy cerdo se atrevía a sacar a colación su encuentro en el balcón.

—En eso sí puedo coincidir con usted. También me apena que las circunstancias no me permitan repetir mis acciones de nuestro primer encuentro —respondió Lizzy sonriendo satisfecha al ver sus ojos brillando con furia.

—Pensaba que mi respuesta a su poco amable comportamiento le había dejado en claro que no soportaré ese destrato —dijo Nick molesto al recordar, todavía sorprendido, los golpes que le había propinado esa delicada joven.

—Pues no me ha dejado nada en claro, y veo que no me equivoqué al decir que usted no es un caballero —rebatió Lizzy con la barbilla alzada. Aquel truhan podía ser más apuesto que el

mismo diablo, pero no lograría intimidarla.

La música comenzó a sonar con los compases de un vals, interrumpiendo su tenso duelo de miradas. Elizabeth casi brincó en el lugar al escuchar la melodía, ya que a ella no se le había autorizado ese baile en particular. Miró al duque triunfalmente, no pudiendo ocultar su satisfacción.

—Lo siento, milord, pero no podré ser su pareja ya que no me ha sido autorizado el vals. — Nicholas tensó la mandíbula y reprimió una maldición. No solo se había dejado provocar por aquella muchacha —y perder así la oportunidad de encantarla peleando con ella como un chiquillo—, sino que también se quedaría con las ganas de estrecharla nuevamente entre sus brazos mientras bailaban. Nick suspiró frustrado; aquella joven realmente rompía sus esquemas. Su estupidez lo había hecho caer en una vana discusión, que no tenía ningún provecho.

Antes de que él pudiese responder, *lady* Malloren se dirigió a la joven.

—*Lady* Elizabeth, no he tenido ocasión de informarle que ha sido autorizada por mí y por su padre a bailar su primer vals y que le he concedido ese placer a *lord* Baltimore; espero no le moleste.

Lizzy quedó desconcertada pues, tras el pedido del duque, había dado por hecho que era el supuesto caballero con el que debería bailar.

—Estoy sorprendida, milady. Pero será un pla... —No pudo terminar ya que fue interrumpida por el duque.

—*Lady* Malloren, mi estimado amigo olvidó que ya había solicitado este baile a mi querida hermana. Por lo tanto, amablemente me ofrezco a ocupar su lugar; espero no tenga inconvenientes —anunció Nick ignorando los rostros sorprendidos de los nombrados.

Steven miraba a su amigo perplejo, sin creer su comportamiento. Pero al recibir un codazo disimulado de su parte, se apresuró a seguirle el juego.

—Por supuesto, ¿me haría el honor, *lady* Bladeston? —Clarissa aceptó la mano que Steven le había extendido y, con una última mirada a su hermano, que decía que aquello no se quedaría así, siguió a su amigo a la pista.

Nicholas se giró hacia su ángel sonriendo. En el rostro de ella podía apreciarse cierta confusión. Satisfecho consigo mismo, le ofreció su mano.

—*Lady* Elizabeth, la pista nos espera.

## Capítulo 7

*Cesó el gozo de nuestro corazón;  
nuestra danza se cambió en luto.*

Lamentaciones 5:15

*Vi un sueño que me espantó y, tendido en cama,  
las imaginaciones y visiones de mi cabeza me turbaron.*

Daniel 4:5

Elizabeth miró aturdida a *lord* Baltimore y a la hermana del duque alejarse hacia la pista de baile. Él seguía a su lado ofreciéndole la mano; sus ojos brillaban tanto que Lizzy podía ver su reflejo en ellos. Si con su habitual cara inexpresiva, el duque era endiabladamente apuesto, sonriendo era completamente demoleedor. Lizzy sintió su estómago contraerse y, sin despegar la vista de la suya, aceptó la mano.

La música ya había comenzado, pero al duque no pareció importarle. La guió hasta la pista; se detuvieron en un extremo y, sin perder más tiempo, tomaron la posición de arranque. Luego de hacer una reverencia, ella sintió cómo colocaba una palma en su cintura y, a pesar de que ambos tenían guantes, no pudo evitar estremecerse cuando la otra tomó su mano derecha cubriéndola. Él ejecutó el primer paso y Lizzy ubicó la mano libre sobre su hombro. Sentía su aliento rozándole la frente, pues la diferencia de altura era significativa.

De repente, se sentía intimidada por su cercanía, por su tamaño y sobre todo por el efecto que provocaba en ella. Él bailaba como si le fuera tan fácil como caminar: la guiaba con pericia y habilidad únicas. Sabía que la estaba observando fijamente. Estar tan cerca invariablemente le recordaba el momento íntimo que habían compartido en el jardín. Y algo le decía que a él también. Todo esto la ponía nerviosa: no podía verlo a la cara, ya que se sentía ridículamente tímida. Apenas podía creer lo que estaba sucediendo. Había ansiado tanto bailar el vals y, aunque estaba incómoda con todo aquello, en el fondo de su corazón debía reconocer que había imaginado muchas veces que sería así con él: siendo llevada por sus brazos, envueltos por la belleza de esa melodía. Sin embargo, su mente no dejaba de recordarle que aquello era un error, que no debía sucumbir ante el encanto de aquel seductor.

Nicholas estaba feliz de haber logrado su propósito; sabía que la joven amaba esa danza. Y él

había anhelado ser su compañero, desde que la había visto moverse al son de la música en el jardín. Pero no pudo evitar darse cuenta de que ella había dejado de gozar el momento: percibió cómo su cuerpo se endurecía, y su expresión parecía de luto.

—Así que... se llama Elizabeth. —Rompió el tenso momento iniciando la conversación.

—Sí, Elizabeth Alinne Albright —respondió ella sin levantar la vista.

—¿Alinne?, hermoso nombre. Me preguntaba cómo se llamaba y no lograba imaginarlo. Elizabeth es fuerte, decidido y con carácter. Alinne es bello, dulce y tentador; la describe a la perfección —dijo en un susurro Nick, y la vio estremecerse. Estaba muy tímida y tensa; él solo podía ver su frente y notar su cuerpo rígido. No podía culparla; tenerla así de cerca lo estaba matando. A duras penas se contenía para no abrazarla y pegarla a él. Sentir su respiración, la delicadeza de su mano —cubierta por la suya— y su esbelto cuerpo era un suplicio y una bendición a la vez. El vals era natural en ella, tanto que no parecía que fuera la primera vez que lo bailaba. Lo seguía con mucha facilidad y gracia. Le encantaba ser el primero en bailar con ella. Sería un recuerdo que, aunque ella quisiera, nunca podría borrar. *Quería ser el primero en muchas cosas de su vida, y también el único.*

—Y usted es *lord* Stanton; finalmente, más que caballero, es un duque —dijo ella, al fin, con un tono que sonó a reproche. No podía decirle que sabía quién era él, pues no la había reconocido disfrazada como el joven del salón de reunión.

—Así es, pero puedes llamarme Bladeston y tal vez yo, Elizabeth a ti —respondió él, ignorando el tono de su voz.

Ella negó con la cabeza y se puso aún más rígida.

—Lo siento, pero no puedo tomarme esa libertad y le ruego que usted tampoco lo haga.

—¿No cree que es tarde para poner ese límite? —dijo Nick perdiendo su actitud relajada.

Ella no contestó y bajó más la cabeza. Nick terminó por enfurecerse: su sugerencia había sido hecha para intentar que ella se relajara y pudiera sentirse cómoda con él, pero la joven no daba su brazo a torcer y pretendía ponerlo en su lugar colocando una barrera.

—Además, creo que pierde de vista un hecho muy importante —continuó él, apretando la mandíbula.

—Disculpe, no lo comprendo —dijo ella con tono vacilante.

—Aah, estoy para servirle. Usted dice que no puede tomarse la libertad de llamarme por mi apellido, pero parece que olvida que no hace más de una hora se permitió esa licencia, y más aún —terminó Nicholas en un tono cortante. La música continuaba y su ritmo se iba acelerando y tomando una velocidad vertiginosa. Las parejas giraban y se abarrotaban a su alrededor, pero Elizabeth en ese momento era ajena a todo aquello; solo podía atender el zumbido en sus oídos, que no daban crédito a lo que acababan de oír. Con una exclamación, levantó su cabeza y fulminó con su mirada al duque; atrás había quedado la Lizzy tímida y nerviosa.

Nicholas tenía una ceja arqueada y la mirada teñida en un gesto de claro desafío; al fin tenía toda su atención. Ella lo veía con enojo: tenía las mejillas arrojadas y la respiración agitada. El

vals iba *in crescendo*, subiendo en intensidad para llegar al final. Lizzy ejecutó un movimiento hacia atrás y le hizo perder el ritmo momentáneamente al duque; luego levantó un poco el pie y lo descargó con fuerza contra su espinilla.

Él no se había recuperado del raro vaivén que la joven había hecho, cuando sintió un agudo dolor en su pierna. Apretó los dientes para no soltar un grito y fue su turno de fulminarla con la mirada.

Lizzy vio su mueca de dolor y su posterior enfado; aprovechando eso, soltó su hombro dándole un empujón, e intentó girar para marcharse. Nick anticipó su intención y, apretando la mano que aún sostenía, le hizo dar una vuelta completa sobre sí misma, para terminar apretada contra su pecho.

—¡Suélteme, cretino!

—Ni lo sueñes, cariño. Nadie me deja plantado en plena pista.

Ambos se estudiaron, agitados y enfurecidos, pero un carraspeo nervioso los sacó de su burbuja. *Lord* Baltimore había guiado a su pareja, bailando hacia ellos, y miraba al duque con ojos desorbitados.

Nicholas fue rescatado de su locura, justo a tiempo, por su amigo; este carraspeó llamando su atención, y él casi rio por su gesto, que parecía decirle: «¿Qué demonios haces?». Nick aflojó la presión sobre la joven y retomó el control del baile. Ejecutaron los pasos finales sin mirarse. Por lo menos nadie —ni su hermana— parecía haberse percatado de su pequeña batalla. Y solo Steven había llegado a ver los movimientos ocultos por el vestido de la joven.

Nicholas continuó guiándola hasta que se detuvieron escuchando la nota final, que resonó por la habitación. Elizabeth se soltó bruscamente y, sin mirar al duque, dio media vuelta. Nick no estaba dispuesto a soportar tal desplante, así que en un paso la alcanzó y la tomó del brazo sin rozarla, tal como marcaba la etiqueta. Ella se dejó hacer, pues varias parejas que también abandonaban la pista los observaban curiosos.

—No saque las garras, gatita. Solo la llevaré hasta su hermano —le dijo en un grave susurro, mirando su perfil.

—Que le quede claro que hasta aquí soporté su descaro. No pienso tolerarlo más y le exijo que no vuelva a molestarme —le respondió Lizzy con otro susurro enfurecido.

Pronto llegaron a donde Sebastien los esperaba junto a otras personas. Su hermano la observó alerta; cuando vio sus mejillas coloradas y su expresión enojada, frunció el ceño, preocupado, y miró a su acompañante. Lizzy se soltó del duque, pues no quería que ellos se enfrentaran y se giró dando la espalda a su hermano, pero *lord* Stanton ni se inmutó; ignoró al joven y retuvo su mano un momento más para inclinarse sobre ella. Mirándola a los ojos profundamente, besó su mano y le dijo:

—Lamento no poder obedecer su pedido, milady, pero no puedo evitarlo. Tenga por seguro que nos volveremos a ver. —Terminó con un tono aterciopelado, que contenía una velada advertencia-.

Lizzy sofocó un grito cuando sintió que mordía suavemente su mano enguantada. Él sonrió y, mientras soltaba su mano, le escuchó decir: *Au revoir, douce Alinne*[1]. Y sin más, se alejó dejándola con la inquietante sensación de que era ella la que había sido abandonada finalmente.

*La melodía de un vals se oía a la distancia, como un eco resonando por cada rincón de la casa. Nicholas sentía que esa música lo atraía llamándolo en un suave susurro. Sus pies comenzaron a moverse sobre sí mismos... Podía verlos apresurarse, casi flotar. Pronto llegó al lugar donde se emitía aquel sonido, pero las grandes puertas de vidrio estaban cerradas; por más que lo intentara, no podía abrirlas. Su corazón martillaba en su pecho agitado; sus puños golpeaban las puertas, sin que estas se quebraran.*

*La música cesó de repente y él pudo oír un grito desesperado: —Nick, ayúdame... —Su piel se erizó; retrocedió tomando impulso y arremetió contra las puertas, preparándose para el violento impacto. Pero su cuerpo no las golpeó; solo pudo sentir el vacío y la oscuridad absoluta. Aquel llamado desesperado volvió a sonar; volteó hacia el lugar de donde provenía y la vio. Su rostro, demudado por el terror; su pelo, flotando a su alrededor, cubriéndole la espalda y cayendo como un manto sobre su blanco camión. Ella lo observó directamente, abrió los labios, pero su boca no emitió sonido.*

*De pronto, una mano enguantada la rodeó por la cintura, arrastrándola hacia atrás con violenta fuerza. Nick corrió desesperado y estiró los brazos hacia ella intentando alcanzarla pero, antes que sus dedos pudieran rozar su camión, la oscuridad la envolvió. Él cayó de rodillas gritando su nombre: —¡Elizabeth! —Su llamado desesperado retumbó llenando el vacío y el silencio que ella había dejado.*

Nicholas despertó sobresaltado por aquel inquietante sueño. Había sido tan real que todavía sentía su pulso acelerado y un sudor frío recorriendo su cuerpo. Unos gritos alarmados lo distrajerón de esos lúgubres pensamientos.

—*Lord Baltimore*, por favor, su excelencia no está disponible. *Lord Baltimore*, deténgase... —decía desesperado Smith.

—No se preocupe, Smith. Ya sé que su excelencia holgazanea a estas horas, como siempre —contestó Steven con tono divertido.

La puerta de su alcoba se abrió abruptamente y por ella entró su amigo, seguido de un muy agitado Smith.

—Lo siento, su excelencia, no pude detenerlo. —Su mayordomo se disculpó con tono impotente.

—No hay problema, Smith. Ya conoce las extravagantes actitudes de *lord Steven* —se burló Nicholas tranquilizando a su sirviente.

—¿Bajará usted a desayunar, su excelencia? —preguntó este soltando un suspiro.

—Sí, en un momento. Puede retirarse —lo despidió Nick. El mayordomo hizo una reverencia, luego se giró y, con una última mirada de reprobación hacia Steven, salió de la habitación.

Steven observó su retirada con su habitual sonrisa divertida y, a continuación, le tiró un rollo de papel, el cual aterrizó en su pecho desnudo. Él ignoró sus malos modales y, resignándose a dejar su confortable cama, se enderezó y tomó el rollo.

## EL ASESINO DE MAYFAIR SQUARE VUELVE A ATACAR

Aquel era el título del periódico que su amigo había traído.

—¡Maldición!, el magistrado no estará muy contento —exclamó Nick después de leer su contenido.

—Así es, y menos cuando se entere de lo poco que hemos averiguado sobre los sospechosos —le contestó Steven, mirándolo fijamente. Nick asintió y, reprimiendo maldiciones, se levantó y comenzó a asearse.

El asesino de Mayfair Square, como lo había apodado la prensa —por el hecho de que las víctimas pertenecían al mundo elegante— había regresado. Y más temerario que nunca, pues la vida que se había cobrado esta vez era de alguien muy importante e influyente en las altas esferas políticas y aristocráticas. Era necesario tomar medidas más drásticas; debían acelerar su investigación antes de que hubiese más muertes.

Steven observaba la tensión que se había apoderado de su amigo y decidió distraerlo un poco.

—Sentiría que traiciono nuestra ya legendaria amistad si no te dijera que anoche lograste sorprenderme, lo cual no tiene poco mérito —le dijo con tono travieso. Nick se detuvo en la acción de vestirse, sorprendido por el cambio de tema.

—Puede que se deba a la hora tan poco conveniente a la que has irrumpido, pero no logro comprenderte —adujo viendo al conde con los ojos en rendijas.

—Pues será un placer exponer con más claridad mi punto. —Chasqueó la lengua, aparentando seriedad. Nicholas se limitó a mirarlo, esperando a que continúe, a sabiendas que si no le prestaba atención, se pondría más insufrible.

—Anoche fuiste muy claro y explícito cuando me dijiste que de ninguna manera te someterías a la tortura de fingir un cortejo con la hija del marqués de Arden. —Comenzó Steven, con tono arrogante. Él se tensó, aunque era de esperar que su amigo sacara aquel tema. *Demonios, no quería hablar de ella*—. Recuerdo muy bien que no solo te negaste rotundamente a ello, sino que además calificaste a dicha dama como una solterona, feúcha, con una risa tonta, con el cerebro más hueco que tu perro, insulsa, poco agraciada, con los dientes deformes, tal vez bizca y para finalizar, insípida —continuó Steven enumerando cada característica con un dedo.

Nick se iba encogiendo por dentro con cada calificativo que su amigo sumaba a la lista. *¿Realmente él había dicho todo eso?* No sabía qué le había sucedido para hablar así de una dama. Steven lo observaba burlón y él no dijo nada, pues su actitud de anoche no tenía defensa. El

otro estalló en carcajadas al ver el rostro compungido del duque. Nick apretó los dientes, pues había comenzado a molestarse con sus pullas. Cruzó ambos brazos esperando a que terminara su discurso, que había ensayado seguramente.

—Y he aquí mi sorpresa cuando, al ver a la dama nombrada, no solo compruebo cuán equivocado estabas en tus conjeturas sobre su físico y su personalidad, sino que además me convierto en protagonista de una mala obra de teatro al ser tratado como un pretendiente que molesta al posesivo marido, para luego ser desplazado al puesto de espectador involuntario y relegado a bailar con un familiar, cual petimetre molesto. —Terminó, fingiendo un tono dramático.

Nick abrió los ojos al escuchar esto último y maldijo por dentro. Realmente anoche algo se había apoderado de él: había actuado como un completo lunático. *Lady Elizabeth* estaba terminando con su dominio propio y, de paso, arrasando con su cordura.

—Humm, no sé qué decir. Solo puedo ofrecerte una disculpa —dijo Nick avergonzado.

—Disculpas aceptadas. Y puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que ya no eres reticente a la idea de cortejar a la hija de Arden. Y que, por lo tanto, mi posibilidad de hacerlo ha sido anulada —conjeturó Steven, dando la estocada final. Nick olvidó su sentimiento de culpa y se puso serio de inmediato. Agarrando su chaqueta, salió de la habitación seguido de cerca por su amigo, que aún aguardaba su respuesta.

—Olvida esa posibilidad, *lady Elizabeth* es mi misión; por consiguiente, no es necesaria tu intervención —le dijo con su tono más cortante y severo, aunque sabía que Steven no se conformaría dejando el tema allí.

—Entonces, llevarás a cabo mi plan. ¿Fingirás el cortejo con *lady Albright*? —prosiguió incisivamente el conde.

Nick no lo tenía decidido aún, pero la noticia en el periódico lo había hecho por él. No quedaba otra alternativa, pues estaban estancados: la investigación no mostraba ningún avance. Anoche había logrado sentarse junto a Arden y sacar el tema de los asesinatos en varias ocasiones, pero el marqués no se había inmutado: no demostró ninguna reacción que hiciera sospechar alguna posible participación. De igual manera, investigar al marqués sería la excusa perfecta para volver a ver a su ángel dorado.

Pronto llegaron a las puertas del comedor; un lacayo las abrió y pudo ver que su madre y hermana ya se encontraban allí. Esto lo salvó de contestar a Steven su última pregunta. Su amigo entró tras él y se apresuró a saludar a las damas. Él se sentó a la cabecera y procedió a comer su desayuno, mientras su mente no dejaba de analizar la situación.

Por mucho que se negara, su Nick interior le obligaba a admitir que investigar a Arden había pasado a un segundo plano en su orden de prioridades. No obstante, no dejaba de ser el pretexto perfecto para sucumbir ante el impulso acuciante que sentía de acercarse a la hija. Aunque realmente no necesitaba uno, pues nada podría impedirle ir en su busca.

El duque, ensimismado, no se percató de que, mientras él pensaba, todos en la mesa miraban estupefactos la gran sonrisa que iluminaba su —hasta entonces— serio semblante.



## Capítulo 8

*Tiempo de amar y tiempo de aborrecer;  
tiempo de guerra y tiempo de paz.*

Eclesiastés 3:8

*He aquí, al borde del camino,  
¡y cuán leve es el susurro que de él he oído!*

Job 26:14

El sol estaba en pleno esplendor aquella tarde. Elizabeth suspiró, observando el lago y los grandes árboles que lo rodeaban. Era un día realmente precioso; lástima que estuviera desperdiciándolo allí sentada. Anhelaba tanto caminar hasta el lago y mojar sus dedos en sus frescas aguas. Pero no podía: la voz de la señorita Turner resonaba en su cabeza como si estuviera justo a su lado: «A una dama no se le permite pasear sola hacia ningún lugar...» y blablablá. Cómo había odiado esas clases de etiqueta para señoritas. Aquel lugar le recordaba a su aldea en Francia; sin embargo, no estaba allí y no era muy probable regresar.

A veces pensaba que nunca se acostumbraría a la vida en Inglaterra. Tantas reglas, tanto protocolo: todo era apariencias, superficialidad y vanidad. No había lugar para sentimientos, profundidad y sinceridad. Volvió a suspirar mirando a su alrededor: todos parecían estar pasando un gran momento en aquella merienda. Había sido obligada a asistir ya que su padre era pariente lejano de la anfitriona. *Lady Asthon* era para Lizzy una perla en aquella hastiada sociedad. La anciana podría parecer desagradable y arisca para muchos, pero para ella la sinceridad y la ausencia de fingimientos eran grandes virtudes.

—*¡Lady Elizabeth, qué piensa usted?* —La pregunta salió de los labios de una joven muy delgada, que podría haber sido bonita si no fuera por la extraña mueca que constantemente hacía con la boca, que le daba la apariencia de no tener dientes. Lizzy la observó sin saber qué contestar, pues había estado divagando en su mente, cosa que era muy común en ella, y más si la conversación la aburría en extremo, como era el caso.

—Eeh, realmente horroroso. —Probó, fingiendo una mueca de temor. Aunque no sabía sobre qué hablaban, solo había un tema recurrente: el asesino de Mayfair Square. Desde que había llegado a Inglaterra, no había dejado de oír sobre él y, desde que aquella mañana, los periódicos

habían publicado las novedades; el tema estaba en boca de todos.

—Concuerdo con usted, *lady* Elizabeth. Lo sucedido es terrible; no quiero imaginar lo que estará sintiendo *lady* Thompson —dijo una regordeta dama sentada a su lado, meneando su cabeza, adornada con un gran sombrero. Lizzy asintió; le había sorprendido la muerte de *lord* Thompson. A pesar de que solo lo había visto un par de veces y de que no había tenido una muy buena impresión sobre él, pues la había tratado muy mal en aquella reunión donde se coló disfrazada, el conde no merecía ser asesinado y menos de aquella terrible manera. La conversación siguió: las damas hacían conjeturas sobre la identidad del asesino y sobre la de la próxima víctima, lo que causaba que más de una se abanicara, entrando en pánico solo de hablarlo. *Lady* Carsely se desvaneció al oír que un sirviente había visto a una persona caminando a altas horas de la madrugada por las inmediaciones de su casa. Todas se apresuraron hacia ella, gritando alarmadas, abanicándola y pidiendo urgentemente sales a un lacayo.

—Buscaré a *lady* Asthon —dijo Lizzy, rodando los ojos ante aquella escena obviamente fingida. Por lo menos aprovecharía para estirar un poco las piernas; se levantó y giró para dirigirse a la casa, pero se quedó paralizada cuando vio venir hacia ella a *lady* Asthon tomada del brazo de... él.

El duque estaba allí. Caminaba muy erguido, guiando por el prado a la anciana, que arrastraba su bastón. Iba muy elegante: casaca y chaleco marrón oscuro, pantalones y camisa beis, y un elegante pañuelo de seda color bordó —al igual que su sombrero— coronaban su atuendo. Detrás de Lizzy se oyeron exclamaciones nerviosas. Dio vuelta la cabeza y vio a todas las damas sentadas nuevamente muy derechas, incluso la supuesta descompuesta, mirando embobadas al duque. ¡*Maldición!* ¿Qué hacía él allí? No tenía nada que hacer en una merienda de campo. Lizzy, que ya no podía volver a su lugar, pues se había alejado bastante, solo pudo esperar allí a que ellos llegaran.

Nicholas se esforzaba por aparentar despreocupación mientras caminaba con *lady* Asthon hacia su ángel. Por lo que había podido observar desde la casa, estaba bellísima. El amplio vestido de muselina verde agua y sus guantes color ocre hacían juego con su sombrero, decorado con una cinta verde.

Mientras desayunaba, por la mañana se había enterado del compromiso que tenían su madre y su hermana, y cuando supo dónde era tuvo la certeza de que ella iría también. Después de todo, *lady* Asthon era su tía, así que expresó su intención de acompañarlas y dejó anonadada a su familia. Luego se levantó y se marchó, dejando atrás sus expresiones sorprendidas. Estaba decidido a poner en marcha su plan: tendría a su ángel a como diera lugar, y de paso podría investigar al padre. Silenció a su Nick interior, que le advirtió lo peligroso que era aquello, que ella podría enterarse.

Su madre y Clarissa venían detrás de él tomadas del brazo de un *lord* Baltimore no muy contento, pero que llevaba la situación con resignada dignidad. Pronto estuvieron frente a ella y la suave brisa llevó su delicado perfume de rosas hasta él. Se detuvo y la miró divertido,

observando la clara incomodidad que intentaba disimular.

—*Lady Elizabeth*, mire a quién me ha traído el viento: le presento a *lord Stanton*. Es encantador, pero poco recomendado para una tierna jovencita como usted —dijo *lady Asthon* con la habitual sinceridad en su voz ronca. *Nicholas* rió al oírla, se quitó el sombrero y dio un paso hacia delante.

—No tema, *Margaret*, la señorita *Albright* y yo ya nos conocemos. —*Elizabeth* miró a su tía, esperando a que esta lo reprendiera por su atrevimiento al tutearla, pero su tía meneó su cabeza y la golpeó suavemente con su bastón. Atónita, *Elizabeth* no tuvo más opción y ofreció su mano; el duque la besó y dijo:

—Un placer coincidir nuevamente.

—Lo mismo digo —contestó ella con una sonrisa falsa, arrancando su mano de la suya. En ese momento se unieron a ellos la duquesa viuda, su hija y *lord Baltimore*. *Lizzy* saludó al trío. La duquesa le pareció una mujer muy agradable que, a pesar de ser madura, conservaba una belleza serena y elegante, con sus cabellos apenas marcados por las canas y sus ojos marrones llenos de vida. *Lady Clarissa* era la viva copia de su madre en plena juventud. Ambas eran tan rubias, sus cabellos eran casi blancos, pero la joven tenía los ojos color azul zafiro de su hermano; también su altura, pues le sacaba una cabeza. Esta miraba a *Lizzy* con franca curiosidad, y de inmediato le cayó bien. Y por último, estaba el simpático *lord Baltimore*; este —más alto que su amigo— se inclinó para besar su mano, y sus rubios cabellos despidieron destellos dorados. Sé enderezó y le guiñó un ojo; eran de un extraño verde muy profundo, pero su iris no era del mismo color, sino de un dorado como el de su cabello. Era muy apuesto, pero no le quitaba el aliento como el hombre que estaba a su lado y que seguía con el ceño fruncido su intercambio de sonrisas. El duque carraspeó y todos lo miraron:

—Si me permite, *lady Asthon*, me gustaría invitar a la señorita *Albright* a dar un paseo.

—Yo no debo permitirte nada, *Bladeston*. Pregúntaselo a la dama —declaró la anciana, desviando la atención hacia ella.

—*Lady Albright*, ¿me concede el placer? —inquirió el caballero y *Lizzy* se puso colorada de inmediato.

—Mmm, no sé. Justamente venía a buscar a *lady Margaret* porque una invitada se descompuso. —Trató de evadir la propuesta.

—Olvida eso, no pienso perder mi tiempo con las bobadas de *lady Carseliy*. Ve, muchacha, ve —autorizó haciendo un ademán de despedida. El duque le ofreció el brazo y ella apoyó su mano levemente. Comenzaron a caminar hacia el lago, pasando delante del grupo de mujeres, que los miraban cuchicheando. Un silencio tenso cayó sobre ambos.

—Una vista absolutamente encantadora, ¿no le parece? —comentó el duque, rompiendo el silencio.

*Lizzy* volvió su vista hacia él, quien tenía sus ojos posados en ella y no en el paisaje. Su traicionero corazón se disparó al ver la intensidad de su mirada.

—¿Qué pretende, milord? Porque, desde luego, no es casualidad encontrarlo repentinamente en cada lugar al que voy —dijo nerviosamente. Él apartó sus ojos de los de ella.

—Nada en particular, milady. Solo hum... estoy aquí —contestó vacilante. Volvió a mirarla—. ¿Tan repulsiva le es mi presencia? —Ella meditó su pregunta desviando la vista. No podía mentir: había anhelado verlo nuevamente, pero no se lo diría, *de ninguna manera*.

—No... no es eso. Solo que nuestros encuentros no han sido de los más cordiales. Y además, no sé cuál es su intención conmigo —respondió.

Nicholas se tensó de inmediato. *No lo sé. La mejor, no... la peor, hacerte mía, o tal vez sacarte de mi cabeza*. Si le decía aquello, sin duda la espantaría.

—Acepto que no comenzamos con el mejor pie, y tengo algo que proponerle, milady. —Habían llegado hasta el lago y el duque se detuvo. Le soltó el brazo y se giró hacia ella.

—¿Qué intenta decirme, milord? —Lo observó desconfiada, tratando de ignorar lo atractivo que se veía bajo el sol, con su cabello ébano al viento y los ojos chispeantes.

—¿Qué piensa sobre una tregua? —propuso él, con voz persuasiva.

—¿Una tregua? —rebatió dudosa.

—Así es. Un alto al fuego, un cese de hostilidades. No más intercambio de uhm... maltrato. —Terminó, mirándola expectante. Lizzy lo rodeó sin decir nada y, dándole la espalda, miró hacia el lago. Él la siguió y sintió su respiración muy cerca; sus vellos se erizaron por completo.

—¿Qué dice, milady? ¿Hacemos la paz? —ronroneó con voz seductora.

Elizabeth se estremeció y algo claudicó en su interior. *¿Por qué no?* No ganaría nada negando lo innegable: deseaba lo que le ofrecía. Irguió los hombros, resuelta, y comenzó a decir:

—Está bien, acep... —Un fuerte empujón la silenció y un grito de sorpresa salió de su boca. Escuchó al duque hablarle alarmado; un instante después, su cuerpo se sumergió en la helada agua del lago. Atónita, Lizzy cayó de cabeza; su trasero y sus piernas quedaron suspendidos en el aire. Por unos segundos, sintió cómo su boca se llenaba de barro y agua. No podía levantarse: tenía las faldas enrolladas en la cintura y el vestido le pesaba una tonelada. Unas fuertes manos la levantaron, elevándola hacia arriba sin el menor esfuerzo.

—¡Que le aspen! —soltó ella, escupiendo agua. El duque la miraba preocupado, pero su vista descendió por todo su cuerpo y se detuvo en sus calzones mojados. Una sonrisa enorme se dibujó en su rostro pero, al ver su expresión de furia, levantó ambas manos intentando explicarse. Lizzy, apretando los puños a los costados, exclamó:

—¿Paz? ¡Paz! Olvídelo, lo aborrezco. ¡Esto es la guerra!

Nicholas estaba resuelto a lograr aquella tregua con su ángel. Y pensando en esto, guió a la dama hasta la orilla del lago y, tomando valor, dio el primer paso en su plan. Se acercó a ella y con su voz más seductora le dijo:

—Entonces, ¿qué dice, milady? ¿Hacemos la paz?

Ella lo miró con gesto sorprendido y, dándole la espalda, miró hacia el lago. Nick dejó que la joven meditara su propuesta, pero no pudo evitar acortar la poca distancia que ella había impuesto entre ambos. Se acercó a su espalda y sus fosas nasales se inundaron de su aroma, excitando sus sentidos. Su respiración se alteró un poco y pudo sentir que ella se estremecía, lo que evidenciaba el efecto que su cercanía provocaba. No intentó decir nada para apurar su decisión: vio que ella se enderezaba y percibió su resolución. Inconscientemente, soltó el aire que su cuerpo había estado reteniendo y, a duras penas, logró refrenar una sonrisa satisfecha. Presentía la victoria. Ella comenzó a girarse, diciendo:

—Está bien, acep... —Nicholas no pudo escuchar lo que seguía a esa frase. Algo lo empujó por detrás y le hizo perder el equilibrio. Sin poder evitarlo, su cuerpo fue impulsado hacia adelante. Intentó hacer un movimiento para apartar a Elizabeth e impedir que cayera, pero ella, desprevenida, se desestabilizó.

—¡Cuidado! —le advirtió en un grito demasiado tarde. Atónito, la vio caer. Aterrizó gritando, y la parte superior de su cuerpo se hundió en el agua. Nick quedó paralizado: solo podía ver sus piernas y su trasero, embutido en unos calzones color natural. A pesar del momento, la vista era muy atractiva y le costaba no quedarse viendo fijamente. *Seguramente ya tendría un lugar exclusivamente reservado para él en el infierno.* Al ver que la joven no se movía, lo invadió el terror. Se apresuró hacia ella y la sacó del agua depositándola en la orilla.

La joven escupía agua airadamente, su sombrero se había caído hacia atrás, y tenía el cabello empapado. Su mirada descendió por su cuerpo: su ropa mojada se prendía a su torso como un guante y dejaba ver cada una de sus curvas; el vestido se le había enrollado en la cintura, por lo que sus piernas se traslucían completamente. La boca se le hizo agua, y por poco hace un charco a su alrededor. Sabía que sonreía como un bobo, pero verla así era demasiado para cualquier mortal. De repente, Elizabeth levantó la cabeza y enfocó su vista en él. Sus ojos estaban inyectados de furia, y Nick trató de explicarle que él no la había empujado, pero su grito furioso lo interrumpió.

—¿Paz? ¡Paz! Olvídelo, lo aborrezco. ¡Esto es la guerra!

Nicholas la miró incrédulo. *¡Qué demonios!* Aquello no era su culpa.

—¡Lady Albright! ¿Se encuentra usted bien? Yo lo... lo siento, no sé qué sucedió, alguien me empujó —argumentó Nick, intentando explicarse. Trataba en vano de mirarla a la cara, ya que sus ojos se desviaban involuntariamente hacia abajo.

—¡Sí, claro! —respondió ella con mordacidad. Siguió la dirección de su mirada y, sofocando un grito, bajó su vestido y se cruzó de brazos, tratando de cubrirse—. Si aquí solo estamos usted y... —Nuevamente fue interrumpida, pero esta vez por unas risas femeninas. Nicholas se giró y se sorprendió al ver a su espalda a Clarissa, acompañada de dos jóvenes a las que tenía registradas como amigas de ella.

—Clarissa, ¿qué sucedió? ¿Quién me empujó? —preguntó, mirando ceñudo a las otras dos, que continuaban riendo.

Su hermana parecía molesta. Miró a Elizabeth preocupada.

—*Lady* Albright, ¿se hizo daño?

—No, estoy bien, no se preocupe —contestó, pero su mirada estaba clavada en la joven morena parada junto a Nick. La bella dama se la devolvía con una sonrisa maliciosa.

—Prima, disculpa. Veníamos a saludarlos, pero tropecé con mi sombrilla y no tuve otra alternativa que sostenerme de *lord* Stanton para no caer. Naturalmente, fue un accidente —se excusó la joven, con voz compungida. Los hermanos esbozaron un gesto sorprendido al oírlo—.

—*Naturalmente*, por supuesto que sí —respondió Lizzy con los ojos entrecerrados.

—¿*Lady* Elizabeth es vuestra prima, Emily? —inquirió con abierta curiosidad la hermana del duque, mirando de una hacia la otra y percibiendo la tensión que entre ellas fluía.

—Oh, sí, tenemos prácticamente la misma edad, nos criamos juntas y tan unidas como hermanas, ¿no es cierto, Elizabeth? —explicó Emily sin dejar de observarla con fijeza. Una sonrisa fría adornaba su cara—. Por favor, les ruego me disculpen. Excelencia, espero pueda excusar mi torpeza, estoy muy avergonzada —dijo la joven, ejecutando una gran, aunque muy obvia, actuación. Miraba hacia abajo con las mejillas sonrosadas y con expresión triste: obvia para cualquier persona que no sea del sexo masculino, claro.

—Oh, no se altere, no ha sido nada —dijo el duque, tranquilizándola.

«¡Que no ha sido nada! —pensó Lizzy incrédula—. ¡Cómo no! Porque no has sido tú el que ha aterrizado de cabeza al agua. ¡Cretino!».

—Si me disculpan, debo retirarme. Ya que entenderán, no presento el mejor aspecto para compartir *taaan* agradable compañía —los cortó Lizzy disimulando su furia y esquivándolos con la cabeza erguida.

—Permítame acompañarla, *lady* Albright. —Se ofreció rápidamente el duque. Ella pasó por al lado de las jóvenes y él, saludándolas con una inclinación, la siguió. «Maldita sea, todo se arruinó», pensó frustrado—. Eh, no tenía conocimiento de que *lady* Asher fuese su prima —dijo Nick, tratando de romper hielo.

—Es sobrina de *lady* Asthon, hija de su hermano mayor. Aunque no es estrictamente mi prima, tenemos algún parentesco: *Lady* Margaret era la esposa del hermano de mi padre y eso nos convierte en primas políticas —contestó Lizzy luego de un momento, aún molesta y desconcertada por la presencia de su prima allí. No estaba al tanto de que Emily había regresado del campo. Lo último que había sabido de ella era que, tras interrumpir abruptamente su presentación en sociedad, Emily se había marchado a Sussex para dedicarse al cuidado de su padre enfermo.

Hicieron el resto del trayecto hasta la salida de la casa en silencio. Rodeándola por el exterior, salieron al camino de la entrada. Allí, un lacayo se les acercó y la joven pidió su carruaje. Nicholas lamentaba que su encuentro terminara de tan mala manera. La dama mantenía la vista al frente, mientras esperaban solos su transporte. Suspiró viendo su bello perfil y notó que ella tiritaba parada en su sitio.

—Tiene frío —le dijo, sacándose la chaqueta y poniéndosela sobre los hombros. Entonces, ella

se giró y clavó su mirada en la de él. Sus pestañas conservaban aún gotitas de agua. Nick estiró una mano y suavemente le quitó una. La joven se quedó muy quieta, dejándolo hacer. Su dedo descendió con delicadeza, acariciando su tersa mejilla, y terminó su trayecto en su labio superior. La dama se estremeció conteniendo la respiración; quiso hablar, pero él se lo impidió manteniendo su dedo en sus labios.

—Shh, solo escúcheme un momento —murmuró a la vez que, por el rabillo del ojo, veía que un lacayo esperaba sosteniendo abierta la puerta del carruaje—. Elizabeth, es tan hermosa, me ha cautivado de tal forma que, cuando estoy junto a usted, pierdo el control de mis propios pensamientos. Y cuando no está a mi lado, mi mente sigue a su merced, pues no puede pensar en nada que no sea en usted —susurró él con voz grave. Sus ojos azules, que la miraban intensamente, parecían llamas encendidas. La joven lo observaba con sus orbes violetas brillantes bien abiertos, estupefactos. Nick quitó el dedo y, sin darle tiempo, lo reemplazó con sus propios labios.

Lizzy no se recuperaba de su confesión cuando sintió que sus labios se posaron sobre ella y la besaron, en apenas un roce, muy tiernamente solo por un segundo; luego el duque la volteó hacia el carruaje. Ella se sorprendió de verlo allí y se sonrojó bajo la expresión socarrona que intentaba disimular el lacayo. Fue a decir algo, pero el duque se le adelantó. Sintió su aliento en su nuca.

—Mi propuesta sigue en pie. *Au revoir, douce Alinne.*<sup>[2]</sup> —Su voz fue solo un leve susurro; al girarse Elizabeth, él se había ido.

## Capítulo 9

*Mas a la caída del sol le sobrecogió el sueño,  
y he aquí que el temor de una grande oscuridad  
cayó sobre ella.*

Génesis 15:12

*Porque él vengará la sangre derramada,  
y tomará venganza de sus enemigos.*

Deuteronomio 32:43

Sally era una mujer acostumbrada a convivir con lo sórdido, lo bajo y lo pérfido. Sabía qué esperar de la vida. No perdía tiempo ni lágrimas pensando en porqués o imaginando una realidad diferente. La ecuación era simple: cada uno debía conformarse con lo que le tocaba y cumplir con el papel que le había sido asignado. No valía la pena soñar con lo imposible ni esperar milagros. No siempre lo había creído así pero, a temprana edad, los puños de su padre borracho se lo habían hecho entender.

Y por si le cabía alguna duda, el primer hombre al que fue vendida a sus nueve años se la quitó a palos. Ya había pasado una eternidad de eso, aunque nadie podría creer por su apariencia que solo tuviera veinte años. Se levantó muy despacio, intentando no despertar a aquel cerdo que roncaba su borrachera. Dios sabía que su cuerpo no soportaría un golpe más. Recogió la miseria que el malnacido le había pagado y, sin hacer ruido, salió del destartado cuarto.

La luz del sol le pegó fuerte en el rostro; cerró los ojos, lo que le hizo ver muchos puntitos blancos. No quería desmayarse, pues podría aparecer flotando en el Támesis. Realmente debería comer algo: su estómago crujió ante la idea. Se encaminó al callejón en donde habitualmente encontraba comida. La puerta trasera del club de mala muerte, donde conseguía sus clientes, estaba cerrada a estas horas; lo que era un alivio, pues no tenía ganas de soportar los manoseos de Jack, el matón de su jefe, para conservar sus ganancias.

Comenzó a escarbar en la basura, buscando su desayuno. Un bulto tapado parcialmente por unos trapos llamó su atención. Se acercó esperando encontrar algún borracho desmayado. Nunca venían mal los objetos de valor que les sacaba a esos desgraciados. Sus zapatos sobresalían; una sonrisa sin dientes se formó en su morado rostro cuando vio la calidad del calzado y el pantalón. Sin duda



era un riquillo: sería más fácil aún despojarlo. Corrió la tela lentamente... y su grito espantado resonó en cada callejón de ese perdido lugar.

Elizabeth despertó muy tarde aquella mañana, algo de lo más inusual en ella, pues le gustaba madrugar siempre. Luego de regresar de la merienda de campo, había subido directo a su cuarto; no quería explicar a su padre el motivo de su aspecto desastroso. Cenó en su allí y se acostó. Aunque le costó conciliar el sueño, en algún momento debió lógralo porque soñó que...

*Nadaba en un inmenso lago azul pero, cuando quería salir, el peso de su vestido se lo impedía. Este comenzaba a hundirla mientras ella, aterrorizada, pateaba en vano tratando de emerger. Y cuando su vista se tornaba negra y sentía sus pulmones reventar, una fuerte mano la arreaba sacándola del agua. Ella boqueaba buscando aire y escupiendo agua. Esa mano la soltaba y, entonces, Lizzy levantaba la vista y se encontraba con unos increíbles ojos azules mirándola. Quería agradecerle, pero él la sorprendía acariciando suavemente su rostro; ella se paralizaba ante aquel sutil roce. Creía que la besaría, pero el hombre volvía a sorprenderla, dándole la espalda y dirigiéndose a una joven morena. Al llegar junto a ella, la besaba con ardor. Luego ambos se volvían a mirarla y se reían de ella. Sus carcajadas se elevaban llenando todo el lugar; Lizzy, tiritando de frío, reprimía las lágrimas y pasaba corriendo por su lado. Aunque el sonido de sus risas la seguía como un eco, sentía unos pasos detrás de ella, persiguiéndola. El miedo la invadía provocando que corriese más rápido. Un susurro se repetía constantemente y la estremecía: —Eres hermosa, pienso en ti. —No reconocía aquella voz y, al voltear, solo vio oscuridad absoluta.*

*Había desaparecido el prado, el lago y la gente; miró hacia abajo y la desconcertó notar que ya no llevaba su vestido, sino un largo camisón blanco. Se giró para seguir huyendo. Pero de repente, una mano envuelta en un guante negro la agarró fuertemente por la cintura arrastrándola violentamente hacia atrás, sumergiéndola en la oscuridad. Quiso gritar, pero el intento murió en sus labios. Trató de luchar, mas irremediablemente la penumbra la envolvía. Y antes de perder la conciencia, escuchó nuevamente aquella voz. Ya no susurraba, sino que desesperada gritaba: —¡¡Elizabeth!!*

Entonces, despertó sobresaltada; todo estaba oscuro y en silencio. Solo podía oír el sonido de su corazón acelerado rebotando en su pecho. Después de eso, no pudo dormir más. Hasta que, cuando el sol despuntaba, la venció el cansancio.

Desperezándose se sentó en la cama; su vista pasó por el vestido todo embarrado y sucio que había usado ayer. Pero sus ojos se quedaron en la chaqueta marrón, que reposaba en la silla. Su corazón volvió a desbocarse solo de recordar la tarde de ayer. El comportamiento del duque la había desconcertado completamente. Sobre todo el del final, cuando le dijo todo aquello; su confesión la había dejado pasmada. Sin habla, nunca le habían dicho nada parecido, y menos con esa intensidad y pasión. No entendía la actitud del duque: a veces se mostraba caballeroso; otras

veces, agresivo e intimidante. Y en ocasiones, dulce, seductor, abierto y sincero. Él la desestabilizaba continuamente: le había pedido una tregua, un poco de paz en esta lucha en la que se habían sumergido desde que se conocieron. Y ella se había sentido muy tentada: sus dulces palabras, la suavidad de su caricia y la dulzura de ese beso la habían cautivado. No lo podía negar más: se sentía totalmente atraída por ese demonio de ojos azules. ¿Qué iba a hacer? No estaba segura de sus intenciones todavía y no debía olvidar la promesa que se había hecho a sí misma: nunca casarse ni dejar que un hombre se convirtiera en el dueño de su vida.

La puerta de su cuarto se abrió y por ella entró su doncella, trayendo una bandeja en los brazos. Lizzy frunció el ceño al ver su contenido: ¿solo una taza de té y dos tostadas? Con eso no saciaría al monstruo que vivía en su estómago. Su doncella rio al ver su expresión, dejó la bandeja en una mesita y se giró mirándola muy sonriente. Lizzy arqueó las cejas, enfurruñada.

—¿Se puede saber por qué estás tan alegre y a qué se debe ese desayuno que has traído? —preguntó con gesto escéptico.

—Milady, debe comer y tiene que vestirse pronto —dijo ella con tono urgente.

—¿Y por qué la prisa? —cuestionó curiosa.

La doncella le pasó la bandeja, acomodándola sobre su falda. Lizzy bebió un sorbo de su té, mientras esperaba su respuesta. Celeste se tomó ambas manos y las apretó muy emocionada.

—¡Ohhh, es taaan romántico! No se imagina, señorita. El duque de Stanton está aquí y quiere verla. —Terminó ella, mirándola con expresión soñadora. Dicho esto, se apresuró a ayudar a su señora que, después de haberse atragantado con el té, tosía incontrolablemente.

Sentado tras su escritorio, Nicholas miraba el sobre, que contenía una carta escrita por él mismo. Una misiva, que nunca imaginó tendría que escribir, estaba lista para ser despachada, pero no se decidía a hacerlo. Cerró los ojos mientras sentía una terrible náusea. Lo enfermaba el hecho de tener que ser el portador de tan nefastas noticias, pero no tenía opción. Era lo menos que podía hacer por su otrora gran amigo. *Se lo debía. ¡Maldición!*

—¡Dios! Cómo pudo pasar esto, ¿por qué a ti, Jason, por qué a ti?! —exclamó desesperado vaciando de golpe el contenido de su vaso y llenándolo nuevamente.

Se levantó de la silla, sintiendo todos los músculos del cuerpo ateridos. Desde que había recibido aquel funesto mensaje, se había encerrado en su despacho y dedicado a ahogar en alcohol su dolor. Tambaleándose caminó hasta la ventana; pronto amanecería. Pero ni la promesa de un nuevo día podía quitar la tristeza que sentía, y menos lograría olvidar la culpabilidad y los remordimientos que carcomían sin piedad su alma y su corazón.

Al volver de la merienda en casa de *lady* Asthon, lo recibió su mayordomo, como era habitual. Luego de recibir su capa y su sombrero empapados, este le comunicó que había llegado un mensaje del magistrado con cariz de urgencia. Él pidió que le prepararan todo para darse un baño, y luego se dirigió a su escritorio para revisar la misiva.

Cuando leyó las primeras líneas, sintió que todo el aire del cuerpo lo abandonaba. Sin dar crédito a sus ojos, sostuvo el papel entre sus temblorosas manos y repasó las líneas allí escritas, como si haciéndolo, su contenido podría llegar a cambiar.

*Su excelencia, lord Bladeston, duque de Stanton:*

*Lamento tener que informarle que he recibido una terrible noticia. Esta mañana, ha sido hallado por una prostituta el cuerpo sin vida de lord Lesterley. No sabemos con exactitud los detalles de su deceso, pero puedo afirmar que el conde fue asesinado. La policía asegura que se trata de una nueva víctima del asesinato de Mayfair Square. Reciba mis condolencias y, cuando usted crea conveniente, quisiera poder ponerlo al corriente de varias cuestiones que seguro serán de su interés.*

*Atte., magistrado John Seinfeld.*

Esa noche recibió al señor Seinfeld en su casa, acompañado de Steven, el cual se encontraba tan devastado como él mismo.

En un primer momento no entendió la actitud positiva del magistrado —claro que el muerto no significaba nada para él— pero, dado el hecho de que para ellos era como un hermano, su comportamiento era cuanto menos reprochable. No obstante, el hombre no tardó en aclarar sus dudas. Sin perder tiempo, sacó de su bolsillo un objeto envuelto en un paño blanco, lo desenvolvió y lo apoyó en el escritorio.

Steven y él miraron sin entender el anillo de hombre. A simple vista no se apreciaba nada peculiar o destacable en él. Podía verse su buena calidad: era de bronce y plata, tenía forma ovalada y representaba la imagen de un escudo familiar; lo que evidenciaba su procedencia noble.

—Este anillo fue encontrado en la escena del crimen y constituye nuestra primera pista, la cual ayudará a dilucidar la identidad del asesino —anunció el magistrado al ver sus gestos de desconcierto.

—¿Y cómo se llegó a la conclusión de que pertenecía al asesino y no que pudiera extraviársele a cualquier transeúnte? —intervino Steven.

—No tenemos duda alguna, *lord* Baltimore, ya que no fue hallado en el suelo, sino que *lord* Lesterley lo sostenía dentro de su mano cerrada, cuando nuestros agentes requisaron su cadáver —explicó el hombre.

—Lo que confirma que le pertenecía al hombre que lo asesinó —dijo Nicholas con tono lúgubre.

—Así es. Por supuesto también cabe la posibilidad de que fuera del conde. Por eso tenía la esperanza de que ustedes examinaran el grabado del mismo.

Nick se apresuró a tomarlo y lo acercó a una vela para poder verlo con detenimiento.

—Hummm... En principio no lo reconozco como de *lord* Lesterley. —Lo miró con atención y la sangre se le congeló en las venas.

Steven se puso junto a él cuando vio su repentina palidez.

—Oh, no, no, amigo. No saques conclusiones precipitadas; no sabemos a ciencia cierta cómo llegó a las manos de Jason. —Lo apremió Steven mirando también el grabado.

Nick observaba estupefacto el dibujo: representaba a un hermoso halcón levantando vuelo, sosteniendo una rosa en su pico. Totalmente pasmado, les dio la espalda y caminó hacia la chimenea sin ver nada. Si la noticia de la muerte del único verdadero amigo —aparte, claro, de Steven— que poseía le había abierto una tremenda herida letal y sangrante, lo que sostenía entre su puño cerrado significaba la estocada mortal que terminaba con la ilusión y la esperanza que habían comenzado a nacer en él desde que había conocido a Elizabeth. El magistrado carraspeó esperando a que aclararan el asunto. Steven, preocupado, se giró para deshacerse del hombre, pero la voz endurecida e irreconocible del duque lo interrumpió.

—No estoy seguro de reconocer el escudo, pero pronto le haré llegar novedades. Buenas noches, caballeros —los despidió sin mirarlos.

Steven arqueó ambas cejas al escuchar su mentira, pero no dijo nada. No era momento para tensar más la cuerda que sostenía la cordura de su amigo.

—Lo acompaño, magistrado —le dijo indicándole la salida al confundido hombre.

Cuando la puerta se cerró, Nicholas tomó una botella de *whisky* y un vaso, y procedió a beber uno tras otro toda la noche. Lo único que venía a su mente era la imagen de su amigo tal como lo recordaba: lleno de vida. Hacía poco había recibido una misiva suya, donde le contaba sobre su reciente boda y que pronto vendría a Londres a presentarle a su esposa. Él se sorprendió con la noticia, pues su amigo siempre había sido un acérrimo defensor de la soltería, pero lo entendió. Sabía que Jason no tenía más familia, y además estaba el hecho de que era un conde y necesitaba un heredero. Entonces, aparecía muerto cuando Nick ni siquiera estaba al corriente de que se encontraba ya en la ciudad. «¿Por qué no viniste a verme, amigo?», pensó desesperado. Eso ya no importaba. Lo real e importante era que, mientras él se dedicaba a su flirteo con *lady* Elizabeth, su amigo había sido asesinado. Jason, su hermano, a quien le debía estar vivo, pues le había salvado su miserable vida incontables veces en la guerra. ¿Y cómo se lo pagaba él? Siendo un malnacido traidor. Por esto, nunca podría perdonarse.

Viendo cómo el sol comenzaba a despuntar en el horizonte, sintió el dolor, el odio y la furia arder en su interior con mucha más fuerza. Faltaban unas horas, pero pronto tendría que encontrarse cara a cara con esa persona: la que le recordaba su traición. *Sí, le haría una visita, y así daría comienzo a su venganza...* No obstante, esta vez no perdería el tiempo en romances. Ya no habría lugar para risas, besos o caricias; menos para el amor, y ni siquiera para una amistad. La paz ya no era una opción; la guerra había comenzado cobrándose una víctima y la próxima no pertenecería a sus tropas.

En realidad sabía que *lady* Elizabeth no era la que había jalado el gatillo, y de seguro le era

ajeno todo este asunto. Sin embargo, culpable o inocente, se había convertido en el medio para lograr su objetivo: vengar la muerte de su amigo. Intentó ignorar la opresión que quemaba su pecho; con solo pensar que, tomada esta decisión, la perdería irremediablemente... Sintiendo su corazón romperse en añicos, se encaminó a su escritorio, abrió un cajón y depósito allí el anillo. Y luego lo cerró con un violento golpe. Salió de la habitación, todavía mareado, y subió a sus aposentos para cambiarse. Su mente era un torbellino y sus emociones, un caos. Se había deshecho del maldito anillo, pero no podía deshacerse de la terrible sensación que le producía saber que entre él y esa persona ya no quedaba nada. Todo acabó antes de siquiera comenzar: entre ellos solo podía haber una enemistad. Y aunque sus instintos y su corazón se negaran a entenderlo, su razonamiento y sentido del deber no le permitirían olvidar; ya que, al ver a ese halcón volando, supo que esto lo cambiaba todo, menos el hecho de que conocía, sin lugar a dudas, la identidad de su dueño.

Bajó del carruaje tomando aire, despacio, intentando serenarse. Luego se quedó observando la fachada de aquella mansión, subió la escalinata y, a pesar de estar prevenido, no por eso le afectó menos ver aquel escudo decorando la puerta. Cerró los ojos un momento para evitar mirarlo. A pesar de ser más grande, estar tallado en oro y de que se pudiera apreciar la rosa blanca brillando en el pico del animal; todo indicaba que era él mismo. El anillo solo era una réplica del blasón que representaba a aquella familia. El anillo era del marqués de Arden, de William Albright.

La puerta se abrió y, dando un paso adelante, Nicholas se anunció ante el flaco mayordomo que lo recibió.

—Buenos días, soy el duque de Stanton —dijo extendiendo su tarjeta de visita dorada—. Quisiera, por favor, ver a *lady* Albright.

## Capítulo 10

*Hasta que sople la brisa del día  
y huyan las sombras, vuelve,  
amado mío.*

Cantares 2:17

*Aun en la risa, puede tener dolor el corazón,  
y el final de la alegría puede ser la tristeza.*

Proverbios 14:13

Elizabeth se detuvo un momento frente a la puerta del salón de visitas. Echó un último vistazo a su imagen en el espejo: su doncella le había recogido el cabello en un sencillo moño, adornado por una cinta amarilla, que hacía juego con su vestido de muselina del mismo color. Tenía las mejillas muy sonrosadas, y la emoción la hacía sonreír como una boba. Se tomó un segundo más para calmar su pulso acelerado y, empujando suavemente la puerta, ingresó a la habitación.

Encontró al duque parado frente a la ventana: miraba hacia el exterior con las manos tomadas en la espalda. Como ya era costumbre, sintió un escalofrío subir por su espalda. Él vestía pantalón y casaca verde botella, camisa blanca, pañuelo y botas grises. Parecía estar muy ensimismado, aunque su postura era rígida.

Él pareció sentir su presencia, porque se giró enfrentándola. El choque con su mirada dejó perpleja a Lizzy. Él la miraba diferente, altivo y distante. No se acercó, sino que se limitó a hacer una inclinación con su cabeza.

—*Lady Elizabeth, buenos días.* —Desconcertada por su actitud y su trato impersonal —*¿ya no la tuteaba?*—, devolvió el saludo haciendo una reverencia.

El duque la recorrió con la vista, pasando por su cabello, por los volados del escote de su vestido y terminando en sus pies, enfundados en unas zapatillas color crema. Por un momento sus ojos azules volvieron a brillar con intensidad, pero rápidamente él carraspeó y se encaminó hacia los sillones.

Lizzy se quedó boquiabierta. «Qué rayos... ¡grosero! Bueno, cálmate, tal vez no tiene un buen día; pasaré por alto su falta de cortesía», se sosegó, siguiéndolo y tomando asiento frente a él.

—Bien, veo que tiene prisa, así que puede ir al grano, excelencia —dijo sin entender. Su voz

sonó ofendida, aunque intentó reprimirse.

—Humm.. así es —respondió él, incómodo, removiéndose un poco en su asiento—. La razón de mi visita es para hacerle una propuesta.

Elizabeth quedó estupefacta; seguro había abierto la boca y todo. Por un segundo su cerebro se puso a trabajar frenéticamente. Trató de disimular su reacción. ¿Había escuchado bien? ¿Dijo «propuesta»? ¡¡OH, POR DIOS!!, le iba a pedir su mano. Por eso estaba tan tenso; solo eran nervios, seguro—. ¿Pro... puesta? —inquirió con una sonrisa temblorosa.

—Así es —continuó él sin percatarse de su frenesí interior—. Como sabrá, la temporada recién comienza y, debido a mi posición y mi título, se espera que escoja esposa sin demora. Por eso quiero pedirle que usted sea mi prometida —exclamó el duque desviando su mirada.

Lizzy estaba pasmada *¿Esa era su manera de pedirle casamiento? No era una propuesta muy romántica que digamos*. Tampoco es que ella hubiese esperado una declaración tan rápido y menos pretendía que el duque irrumpiera en el salón montando un caballo blanco; pero, debido a cómo se habían dado las cosas entre ellos y a sus románticas palabras en su último encuentro, daba por descontado que tal vez traería un ramo de rosas y tomaría sus manos, o que al menos sus ojos mirarían su cara. Él no parecía muy contento; sin embargo, ella sabía que esto de las propuestas muy pocas veces era como en los libros. Sin ir más lejos, a una conocida se le habían declarado en un carruaje mientras bajaba. El novio solo le había dicho que esperaba poder pedir su mano a su padre. Y la joven aceptó muy feliz, aunque el caballero no se haya quedado a oír su respuesta. Por eso, no deb...

—*¿Lady Elizabeth?*, parece distraída. —El duque interrumpió las cavilaciones de la joven. Lizzy enfocó la mirada en él, y lo encontró viéndola algo preocupado. *¡Diablos!, otra vez estaba en las nubes. Sopapo mental*—. No, para nada, milord, solo creo que no llego a entenderlo del todo.

—Bien, trataré de ser claro. Mi madre y cercanos me están presionando para que me case pronto. Debido a esto me han escogido una candidata a ser mi prometida. —Ella esta vez abrió la boca, sin importarle lo que pensara. *¿Estaba prometido?*—. Pero de más está decirle que esto no es de mi agrado: he decidido no casarme, y nadie podrá obligarme a hacerlo. Tampoco pienso soportar la presencia de esa joven, a la que han decidido meterme a la fuerza. Por lo que he pensado que usted podría ser mi prometida. —Terminó el duque, serio pero expectante.

—Milord, sigo sin comprender. Si usted no quiere casarse, ¿cómo pretende que sea yo su prometida? —lo interrogó Lizzy más confundida a cada segundo.

—Bueno... hummm.. Es muy sencillo: con usted siendo mi prometida, ya no tendré que aguantar más presiones. Estaré tranquilo, por lo menos hasta que termine la temporada —explicó él con tono y expresión neutros.

—Así que, si no me equivoco, usted me está proponiendo que finjamos un compromiso —rebatía Lizzy. El color abandonaba su rostro con cada palabra del duque. Lo miró sintiendo que su corazón pendía de un hilo, esperando su respuesta.

—Yo... sí, necesito que finja ser mi prometida hasta que termine la temporada —confirmó *lord Stanton* luego de un momento, posando la vista detrás de la cabeza de ella.

«¡Maldito cobarde!», pensó *Lizzy*. Sintiendo cómo sus palabras ocasionaban que su corazón se desprendiera de ese hilo, se estrellaba y rompía en mil pedazos.

—Bueno, lamento no poder aceptar su encantadora propuesta —proclamó ella y obtuvo una mirada desconcertada del duque.

—Creí que usted también era contraria a la idea del matrimonio: eso me llevó a elegirla. No me diga, ¿pensó que le propondría casamiento de verdad? —preguntó con altivez.

La furia reemplazó rápidamente al dolor. *Engreído, cerdo pomposo, ¿qué se cree?* La joven se levantó, y el duque hizo lo mismo.

—Claro, ya le dije que nunca me casaré pero, a diferencia suya, no tengo título ni presión alguna; por lo tanto, no necesito de este trato. Y no existe razón alguna para soportarlo a usted el resto de la temporada. —Terminó, señalándolo con tono más altivo y frío.

El duque la miraba sorprendido arqueando ambas cejas. *Lizzy* se inclinó en una reverencia.

—Buenos días, milord, ya conoce la salida. —Dicho esto dio media vuelta y se dirigió a la puerta con los hombros y cabeza muy erguidos. Pero sus siguientes palabras clavaron sus pies en su sitio, deteniendo su retirada.

—Se equivoca, *lady Albright*. Tiene una presión y necesita tanto como yo de este trato. —Su voz le llegó como un murmullo bajo y peligroso. *Lizzy*, de espaldas, solo pudo sostenerse a la puerta cuando escuchó el susurro en su oído; el efecto de su cercanía y su aliento la hicieron estremecer. Pero el impacto de sus palabras ocasionaron que sintiera su alma caer al suelo—. Si no accede, no me quedará más remedio que informarle a su padre de su pequeña aventura de hace unos días —afirmó *Nicholas* y notó cómo ella se tensaba. Continuó hablándole con tono suave pero amenazante—. No creo le agrade saber que su pequeña gusta no solo de aparecerse en reuniones políticas, sino que lo hace enfundando su delicioso *cuerpecito* en ropa de hombre. —Ella sofocó una exclamación de sorpresa, alarma y enojo a la vez—. Siii..., milady, siempre lo supe. Reconocería estos ojos... y este cuerpo, entre miles de personas disfrazadas. Así que, está advertida; si es tan inteligente como creo, la veré esta noche en el baile. Y su actitud estará a tono con las circunstancias. —Dicho esto, le dio un pequeño beso justo en el punto que une su oreja con el cuello. *Lizzy* se erizó y cerró los ojos, sintiendo su corazón acelerarse. Los labios del hombre parecieron sonreír al decir sus últimas palabras—. *Vérifier, douce Alinne*. —Y al marcharse, dejó en el aire su perfume flotando como una estera.

*Elizabeth* caminó hasta la ventana y la abrió; de repente se sentía sofocada y sin aire. La brisa del día sopló sobre su rostro, aliviando su sofoco. Pero no pudo calmar el dolor que sentía y que cubría su alma como una sombra.



—Ohh, Nicholas, por favor, hijo. ¿Es demasiado pedir que por lo menos finjas estar pasándola aceptablemente bien? —Nick bufó mientras cazaba al vuelo una copa de la bandeja que un lacayo sostenía. Miró a su madre: con su vestido color azul oscuro estaba muy bella y elegante, aún con esa expresión de frustración y preocupación con la que lo observaba.

—Madre, sabes que detesto estas fiestas. Debería conformarte el hecho de que haya asistido; esperar más de mí sería perder tu tiempo —respondió mientras bebía.

—Pues si sigues con ese humor y ese gesto, lograrás que se acrecienten las habladurías —le advirtió la duquesa. Al oír esto Nicholas frunció más su ceño. Una amiga de su madre se acercó a ellos. Y luego de los saludos de cortesía, ambas se enfrascaron en una conversación y dejaron al duque libre para pensar.

Nick se apoyó levemente en una columna y observó a su hermana bailar muy sonriente junto a Steven, quien inclinaba su cabeza para escuchar algo que ella le decía. Clarissa estaba muy hermosa, aunque parecía nerviosa e incómoda: algo nada común en ella. No sabía qué le sucedía, pero por lo menos alguien estaba disfrutando de aquella estúpida fiesta.

En cuanto a él, estaba con un humor de los mil demonios y su sombría actitud tenía una sola razón de ser: ELLA no había asistido. Nada estaba saliendo como se había imaginado. Luego de visitarla, había dado por sentado que la joven tomaría nota de su advertencia y la acataría, pero había descubierto rápidamente cuán equivocado estaba.

Sin embargo, Nick comprendía a la perfección el mensaje que su ausencia quería transmitirle. Estaba más que claro: la había amenazado vilmente. Y la joven no solo no se amilanaba ante esto, sino que se atrevía a plantarle cara y a desafiar su orden de venir esta noche. Lo que decía un rotundo: «¡Vete al demonio, Bladeston!», por poco lograba imaginarla. Y él no podía más que darle la razón y admirar su valentía. Muy a su pesar sonrió divertido e indignado al mismo tiempo. Sabía que su comportamiento de esta mañana había sido despreciable y absolutamente miserable. Pero eran las cartas que le habían tocado jugar. Y su corazón sangraba desde entonces.

Cuando ella entró estaba hermosa y, al ver su rostro brillando de emoción y su expresión ilusionada y feliz, estuvo a punto de mandar al diablo su plan de venganza, la investigación y la maldita Europa entera. Después, recordó que nunca podría vivir con él mismo si no encontraba al asesino de su amigo. No podría perdonarse: terminaría odiándose y odiándola a ella. Así que procedió a romper su corazón, y algo se quebró dentro de él cuando vio cómo de a poco se borraba su sonrisa y sus ojos perdían ese brillo de esperanza y felicidad, para transformarse en confusión, desasosiego, decepción y terminar en angustia y dolor.

Se sentía el más vil de los hombres; definitivamente era un bastardo. La ironía era que, de igual modo, se odiaba y no se perdonaría lastimarla. Para concluir todo el asunto, la había amenazado para poder tenerla cerca. Y no solo con el objetivo de investigar al padre, sino para estar con ella. No debía engañarse: prefería la tortura de tenerla a su lado, sin poder estar con ella, que el suplicio que significaría perderla completamente. No podía perderla: la necesitaba. Aunque su ángel lo odiara, su compañía y su cercanía darían algo de consuelo a su corazón. *Siii, ya lo sé, soy*

*un desgraciado egoísta, pero no puedo evitarlo.*

La joven había puesto patas para arriba su plan, al dejarlo plantado y desairarlo. *Demonios, me las pagarás, Elizabeth.* La voz de Steven lo devolvió a la realidad, interrumpiendo sus tormentosos pensamientos.

—Ehh, holaaa, ¿alguna señal de vida allí dentro? —le decía su amigo dando golpecitos en el cráneo de Nick.

—Hoy no estoy para juegos. Te lo advierto, Steve —le dijo mientras apartaba su mano.

Steven levantó ambas manos en gesto pacífico.

—Está bien, veo que tu afamado genio Bladeston está en su punto máximo ahora. ¿Puede que se deba a la ausencia de determinada dama?

—No continúes por allí, ya te dije que nada pasa entre *lady* Elizabeth y yo. Bien sabes que ella es el medio para llegar al padre —negó él empezando a sulfurarse.

—Pues eso no me pareció en el baile de *lady* Malloren, y menos en la merienda de *lady* Ashton. Al contrario, parecía que no recordabas nada de la misión. ¿Te atreves a negarlo? —lo azuzó Steve con una sonrisa divertida. Nick gruñó exasperado.

—Suponiendo que te doy la razón, eso ya terminó. La muerte de Jason lo cambia todo —espetó Nicholas con tono sombrío. Steve hizo una mueca de incomodidad.

—Solo si te apresuras en sacar conclusiones. ¡Vamos, amigo!, todavía no puedes asegurar que *lord* Arden esté involucrado en los crímenes. No tenemos nada más que algunas reuniones con el traidor francés.

—Y el anillo, Steve, no lo olvides. Tenemos su anillo hallado en el cuerpo de Jason —lo cortó Nick. El silencio los abatió durante unos segundos.

—Entonces, ¿qué me dices de los rumores? *Lady* Albright y tú están en boca de todos —habló Steve desviando el tema.

—¿Ah, sí? —dijo Nick haciéndose el desentendido. Pues no quería que nadie sepa los detalles de su plan. Ni siquiera Steve, ya que seguramente lo reprobaría y lo tendría detrás de él dándole lata.

—Como si no lo supieses —bufó el rubio—. Los chismorreos circulan como la peste por doquier. Dicen que reapareciste en sociedad para concretar un compromiso con una joven escogida por tu familia. Pero, al estar ella cuidando en el campo de su padre enfermo, tú aprovechaste para andar detrás de la recién llegada *lady* Albright, la cual decidió conquistarte y espera pronto una propuesta de tu parte. Por lo que la tachan de descarada y desleal, pues quiere robarle el candidato a su encantadora prima, *lady* Asher —terminó Steven con un teatral ademán.

Nicholas escuchaba aburrido la diatriba de su amigo, pero se enderezó al oír ese nombre.

—¿*Lady* Asher?, ¿otra vez con eso? Ya le dije a mi madre que la joven no me interesa. También a Clarissa; por más amiga suya que sea y sin importar su sangre o belleza, no me casaré con ella —dijo el duque exasperado.

—Pues parece que nadie quiere oírte, y te lo advertí. Cuando *lady* Emily apareció, comenzó a

dejar caer que el motivo de su regreso era la certeza de que tú pedirías su mano en un futuro cercano —declaró su amigo señalándolo.

—¿Qué? Tamaño disparate. No logro imaginar cómo unos cuantos bailes y dos o tres palabras alcanzasen para llegar a esa absurda conclusión — dijo el duque incrédulo.

—Bueno, está el hecho de que nunca bailas con nadie y no hablas con ninguna dama que no sea familiar o mayor; jamás asistes a veladas, pero fuiste a la organizada en su honor y no solo le hablaste, sino que increíblemente bailaste dos veces con ella. Y para rematar, asististe a la merienda que *lady* Ashton organizó para darle la bienvenida en su segunda temporada, cosa de por sí, inaudita: verte a ti en un té de damas —lo acusó el conde enumerando con sus dedos.

—Pe... pero yo... yo solo hice todo eso por cortesía hacia *lady* Ashton, su tía. Y por insistencia de Clarissa y mi madre. ¡Maldición! —renegó Nick tirando de su pelo.

—Claro, sí. Pero eso no explica tu aparición en la merienda. Y recuerdo muy nítidamente que fue idea tuya asistir —le recordó su amigo muy divertido por su expresión atormentada—. Humm, aja, mejor no digas nada. Ya todos sabemos que es ahí donde entra la exquisita *lady* Elizabeth en esta ecuación.

—No..., no es así. Ni siquiera sabía que *lady* Emily estaría allí. ¡Diablos!, estoy acabado, muerto —vaticinó el duque negando con la cabeza.

—Así es. Perdona si no te compadezco; ya quisiese esa dulce muerte quien pudiera aspirar a tener no solo una, sino dos bellas como prometidas —declaró Steve riendo.

Todos en el salón se voltearon al escuchar la fuerte carcajada resonar. Y observaron la divertida escena que representaban *lord* Baltimore golpeando, mientras reía, la espalda del duque de Stanton quien, atragantado con su bebida, sonreía al conde.

## Capítulo 11

*Y habréis de oír rumores de guerra; ¡cuidado! No os alarméis,  
porque es necesario que todo esto suceda;  
pero aún no es el fin.*

Mateo 24:6

*Por tanto, todo lo que habéis dicho en la oscuridad será oído en la luz.  
Y todo lo que susurraste al oído  
será pregonado en las azoteas.*

Mateo 10:27

—**V**amos, hermanita, pon una sonrisa en esa linda carita. No podías seguir encerrada por más tiempo y menos, desaprovechar tan bella noche.

Lizzy miró la encantadora expresión de su hermano, y no pudo evitar sonreír.

—Está bien, tienes razón. Olvidaré mi mal humor y el hecho de que me hayas arrastrado fuera de casa, solo si me dices a dónde vamos —respondió Lizzy despegando la vista de la ventanilla del carruaje y clavándola en su hermano.

—Te lo diré, pero recuerda tu promesa: no puedes enojarte, eh —dijo él risueño.

—Oh, Sebastien, no me digas que lo hiciste, no hoy, no esta noche —respondió Lizzy negando con su cabeza.

—¿Me crees si te digo que no tuve elección? *Lady Ashton* insistió, y Padre aceptó por ti —se excusó en tono de ruego.

—Sí, no me digas. Justamente ahora no tengo ánimo para tolerar a la arpía de Emily —bufó Lizzy rodando los ojos.

—Bueno, pero yo estaré allí para protegerte de su maldad. Y seguramente, después del episodio del lago, sus ansias de crueldad habrán disminuido considerablemente —dijo Sebastien intentando calmarla.

—Oh, seguro, como si tú pudieras controlarla. Se detestan mutuamente; parece que te transformas cuando la ves. A veces hasta me llega a dar pena ver cómo intenta defenderse de tus ataques mortales —se lamentó mirándolo derrotada.

—Pues Emily no merece tu compasión, y siempre es ella la que comienza. Desde niña ha sido

una insufrible pesada —la cortó Sebastien cruzando sus brazos en el pecho.

—Eso no es cierto y lo sabes; hubo un tiempo en el que era de buenos sentimientos, noble, agradable, amistosa y feliz. Y en el que recuerdo tú estabas más que encantado con ella. Creo que la muerte de su madre la afectó en demasía —reflexionó Lizzy pesarosa.

—También lo recuerdo, pero esa joven ya no existe. Y lo que haya sucedido no es excusa para ser cruel, maliciosa y venenosa. Tú también perdiste a nuestra madre y eres un ángel —respondió él con tono duro.

—Tal vez pero, aun así, nunca he logrado entender qué la hizo cambiar. Y sobre todo por qué me odia tanto; es como si me culpara de algo —rebató ella.

—No te compliques tanto, hermanita. Su padre mimó a nuestra prima en demasía, lo que la convirtió en una egoísta malcriada —dijo él molesto.

Lizzy no contestó, pues seguía teniendo sus dudas, aunque su hermano no las compartiera. Sebas podría negarlo, pero ella sabía que su rivalidad con Emily iba más allá de una simple diferencia de caracteres. Soltó un suspiro triste. Realmente, cuando niños, habían sido un trío inseparable. Pero ahora ambos evitaban a Emily como a la peste. Ella había sido su mejor amiga, la hermana que nunca tuvo. Más bien, su única amiga, puesto que no había podido lograr nuevamente ese vínculo con nadie. Ese hecho lo hacía todo más difícil, ya que se sentía vulnerable ante ella, que conocía a la perfección sus puntos débiles e inseguridades.

—Lizzy, antes de que lleguemos, hay algo que debes saber —dijo su hermano distrayéndola de sus pensamientos.

Ella enfocó la vista en él, entrecerrando sus ojos.

—Dime, sabes que detesto ignorar algo.

—Bien..., bueno..., co... cómo decirte —vaciló nervioso.

—¡Solo suéltalo! ¿Le pasó algo a nuestro padre? Últimamente está más preocupado y tenso de lo normal —inquirió sorprendida por la actitud de él.

—¿Qué? No, no, no es eso. Tiene que ver contigo y ese duque —la cortó su hermano.

Lizzy palideció.

—¿Con el duque? ¿Te refieres a *lord* Stanton?

—¿A quién si no? Verás, hoy fui a mi club, como acostumbro, y en cuanto entré me asaltaron a comentarios.

—Oohh, sabes que esas cosas no me interesan en absoluto, Sebas —desechó Lizzy haciendo un ademán con la mano y recostándose hacia atrás nada elegante.

—Elizabeth, escucha, no eran simples comentarios. Son rumores, pero lo peligroso es que te involucran a ti —informó esperando su reacción.

—¿Queeee?, ¿a mí? ¿De qué estás hablando? —exclamó Lizzy enderezándose de golpe.

—Pues se corre el rumor de que el duque te... ¡Maldición!, ya llegamos —se interrumpió Sebastien al escuchar el carruaje detenerse.

—Sí, qué oportuno. Cumplamos con *lady* Asthon y regresemos a casa; no podré concéntrame

por la intriga —anunció ella al tiempo que bajaba, ayudada por su hermano.

Mientras caminaban, uniéndose a las demás personas que ingresaban al teatro, Lizzy intentaba mantener una fachada de tranquilidad; pero lo cierto era que por dentro era todo lo contrario. No quería pensar lo peor, no era posible que «Él» lo hubiera hecho. Pero ¿de qué rumores hablaba su hermano si no?

El duque la había amenazado con contar sobre su excursión vestida de hombre si no accedía a ser su falsa prometida. Y ella, luego de llorar su decepción aquella mañana, analizó la situación y llegó a la conclusión de que si *lord* Nicholas abría la boca, no sería el fin del mundo. Después de todo, lo máximo que podría ocurrir sería que, al quedar socialmente arruinada, nadie le pidiera casamiento. Entonces, ya no podrían obligarla a casarse, y así su padre furioso la enviaría de regreso a Francia. Y definitivamente eso no sería tan malo.

Por lo tanto, cuando llegó la hora de prepararse para el baile, al que él pretendía que fuese, se vistió con su mejor gala y al terminar se miró al espejo, hizo una reverencia y gritó: «¡Que le aspen, su excelencia!» Y luego rio como lunática; sí, se había vuelto loca de remate. Ya podrían ir reservándole una plaza para ella en Bedlam.

Mas en ese momento, ya no se sentía tan valiente porque, a menos que su hermano hablara de otra cosa, el duque no había recibido bien su desaire. «¡Aaah, demonio de hombre! ¿Por qué la molestaba?, ¿acaso era la única mujer de todo el apestoso Londres? Pero si abrió esa boca, ¡me las pagará! Oohh, sí, oírás más rumores, pero los de la guerra que iniciaré», pensó su Lizzy interior levantando un puño en alto.

Pronto alcanzaron la entrada; ella miró a su alrededor, pero no vio a *lady* Asthon ni a su prima entre las elegantes damas.

—Ven, hermana, creo que Margaret nos espera en su palco —dijo Sebas guiándola hacia los palcos privados.

Cuando llegaron los recibió la anciana con su acostumbrada expresión seria. A su lado estaba sentada su prima.

—Queridos, no pierdan tiempo en saludos: la función no tarda en comenzar —los apremió Margaret haciendo ademán para que se sienten.

Lizzy y su hermano se debatieron en silencio pues, como la anciana estaba sentada en un extremo y a su lado se encontraba Emily, solo quedaba un asiento junto a ella. Y ninguno quería tomarlo, pero ella fue más rápida y, sentándose detrás de su tía, procedió a saludarla. Sebastien, lanzándole una mirada mortal, se sentó junto a Emily, la cual veía hacia adelante ignorándolos a ambos.

La joven era muy hermosa, pero esa noche lo estaba aún más, con un vaporoso vestido ámbar. Aunque siempre tuviera una expresión amarga en el rostro, eso no le quitaba nada de belleza a sus rasgos. Lizzy vio que Sebastien no le quitaba la vista a su perfil, y sonrió cuando, luego de un momento donde la joven continuaba ignorándolo, su hermano tomaba aire furioso.

—¡Jovencita!, desiste de esa actitud y sé educada —la reprendió su tía.

—Oh, disculpa, tía, no me percaté de que ya habían llegado tus invitados —se excusó Emily fingiendo confusión, mientras bebía de su copa delicadamente.

—Sí, a otra con ese cuento; ni ciega podrías pasar de la presencia de ese apuesto rubio sentado a tu lado —declaró la anciana señalando a su hermano. Emily se atragantó con la bebida y Sebastien lanzó una fuerte carcajada que hizo voltear cabezas de los palcos de enfrente. Lizzy, meneando la cabeza, procedió a estudiar sin entusiasmo los palcos más cercanos y casi se cae de su silla, al colisionar su mirada con una azul.

El duque arqueó una ceja, y sus labios se abrieron en una perezosa sonrisa. Lizzy sintió un escalofrío, y se aferró fuertemente a su asiento. No podía despegar la vista de él ni de su actitud, que parecía advertirle *jaque otra vez*.

Él no dejaba de escrutarla penetrantemente; sus ojos descendieron de su rostro a su cuello, y más abajo. Ella se sonrojó y reprimió el impulso de retroceder y ocultarse; se sentía como un pez expuesto en una gran pecera. *¡Endiabladas casualidades! Llevaba días evitándolo y escondiéndose de este hombre, y se topa con él cuando ya había bajado la guardia.*

Lord Stanton volvió a centrar la vista en su cara y, haciendo una leve reverencia, le señaló el escenario. Lizzy, aún aturdida, siguió la dirección de su mano, y entonces las luces se apagaron y se abrió el telón.

—Que comience la función. —Oyó decir a *lady* Asthon, inauditamente entusiasmada.

A Elizabeth solo le tomó unos momentos abstraerse por completo y sumergirse en la trama de la obra representada. Desde que había regresado a Inglaterra, no había tenido ocasión de asistir al teatro, y ahora recordaba cuánto le gustaba. Esta noche la función era sobre *La tempestad*, de William Shakespeare, una obra cuyo tema principal era la venganza.

De alguna manera se sentía identificada con la protagonista femenina, ya que la vida de Miranda era por completo manipulada y dirigida por su padre Prospero. No pudo evitar sentir un escalofrío al ver el primer encuentro entre Miranda y Fernando. Ambos quedaban inmediatamente prendados el uno del otro y, con solo una mirada, Miranda entregaba su corazón a Fernando; lo que inexorablemente le hacía evocar su primer contacto con el duque.

Sin embargo, no se trataba de una simple historia de amor, pues los protagonistas debían luchar por mantenerse juntos. Su amor era puesto a prueba por la implacable sed de venganza de Prospero, quien al final aceptaría y bendeciría su unión, cuando comprendiera que era mejor el perdón que la venganza.

Cuando finalizó la obra, Elizabeth se sumó a la multitud de aplausos que retumbaron por el recinto. Realmente le impactaba la calidad de la interpretación de la obra: la combinación de misterio, muerte, traición, venganza, amor y romance resultaba absolutamente magnífica. Y no podía evitar pensar en las similitudes entre *lord* Bladeston y el príncipe Fernando.

El telón se cerró nuevamente, mientras las luces volvían a iluminar el teatro. Lizzy no pudo

contener el impulso de mirar hacia el palco del duque. Él no estaba; solo se encontraban *lord* Baltimore y *lady* Clarissa, la cual se abanicaba profusamente mientras le decía algo al conde. Decepcionada, se giró y se encontró con la mirada escéptica de su tía. La anciana se veía algo acalorada, por lo que Lizzy volteó hacia su hermano para que les buscara bebidas, pero no lo encontró.

—El bribón de tu hermano se retiró a mitad de la obra, aduciendo sentirse sofocado. ¿Puedes creerlo? Piensa que esta vieja nació ayer —le informó *lady* Asthon malhumorada. Aunque a la joven le pareció ver brillar sus ojos un tanto divertidos, todo lo contrario era la actitud de su prima, que seguía ignorándola y parecía estar más tensa y rígida que al principio—. Pero no te preocupes, volverás a casa con nosotras —continuó diciendo la anciana—. Ahora, ¿serías tan amable de ir por unos refrigerios? Realmente el ambiente aquí es sofocante —le solicitó la dama tomando su abanico.

Lizzy se apresuró a ponerse de pie, pues ya no soportaba la tensión que le producía la fría y silenciosa postura de Emily, quien esta noche parecía haber dejado en casa su colección de comentarios molestos y altivos a los que la tenía acostumbrada.

—Claro, tía, ahora regreso —dijo encaminándose a la puerta.

—No te demores, muchacha, no tardará en comenzar la presentación de una excelente soprano —le advirtió Margaret. Asintiendo, salió al pasillo, el cual estaba lleno de damas y caballeros. Algunos conversaban y otros se apresuraban hacia sus palcos.

Tratando de abrirse sitio entre la densa multitud, Elizabeth comenzó a caminar. No había dado muchos pasos cuando sintió una pesada mano agarrándola con fuerza por la cintura y arrastrándola hacia atrás. Aterrorizada, intentó gritar, pero de inmediato su boca fue cubierta por otra mano enguantada.

De repente se encontró en un palco en desuso; presa del pánico, agitó brazos y piernas intentado librarse, pero su cuerpo chocó fuerte contra un pecho duro, y el impacto le quitó el aliento.

—Sshhh... Quieta, *doulce Alinne*. No te haré daño; si prometes no gritar, quitaré mi mano —le dijo una voz grave masculina—. Asiente si lo harás —le pidió en un susurro en su oído.

De inmediato Lizzy dejó de luchar, pues reconocía aquella voz. Con el corazón y el pulso todavía acelerados, asintió con la cabeza y él la soltó. Furiosa, se giró enfrentándolo.

—¡Canalla, me ha dado un susto de muerte! —espetó dándole un empujón, que no movió al duque ni una pulgada.

—Lo siento, pero usted no me ha dejado opción —le respondió mirándola con expresión pícara.

Por un momento el brillo de sus ojos azules distrajo a Lizzy. Pero pronto se recuperó.

—¿Acaso se ha vuelto demente? ¿De qué habla? —cuestionó poniendo las manos en las caderas.

—Haces gala de una deplorable memoria, querida —dijo el duque negando con su cabeza—. ¿Tan pronto has olvidado que me dejaste plantado en un baile hace tres días? —inquirió con voz



reprobatoria.

—No, no lo he olvidado. Pero no puedo asumir la responsabilidad por ello. Yo no acepté ir con usted al baile —respondió Lizzy más enojada por su actitud provocativa.

—Entonces, ¿debo interpretar que no acatarás mi advertencia para hacerte pasar por mi prometida? —contestó él mirándola penetrantemente.

—Yo no lo llamaría advertencia, pues fue una vil amenaza. No obstante, no deja usted de superarse. Primero intenta coaccionarme, luego divulga rumores sobre mí, y ahora me arrastra a este lugar en contra de mi voluntad —le reclamó Lizzy con indignación.

—¿De qué habla?, yo no he divulgado ningún rumor —respondió Nick ofendido. Su cara mostraba una mueca desorientada.

—¿Aaah, no?, ¿no era esa justamente su amenaza, excelencia? —contestó ella mirándolo con repulsión y desconfianza.

—¿Por supuesto que no! Me insulta usted. Yo le dije que la descubriría con su padre, no que arruinaría su reputación —adujo el duque igual de furioso, volviendo al trato formal.

Lizzy cayó de inmediato en su error y trató de no encogerse al ver que él se enfurecía, pero su lengua tenía otros planes.

—Pues discúlpeme si no le creo. Sepa que haga lo que haga no pienso ceder a su péfido chantaje —le dijo fríamente.

El duque la miró pasmado, incrédulo y encolerizado al mismo tiempo. En ese momento, las luces del teatro volvieron a apagarse dejando el palco en penumbras. Lizzy se tensó y se giró hacia la salida, pero Nicholas la apresó fuertemente enterrándole la cara en su pecho.

—Ttttt... No tan rápido, ángel. Nuestro acto aún no termina. —Le oyó decir con voz ronca y peligrosa.

Lizzy se estremeció y tomó aire sintiendo el aroma de su esencia. Medio mareada, levantó su cabeza hacia él, pero no lograba distinguirlo en la oscuridad.

—¡Suélteme, milord! —le pidió para su consternación, con voz temblorosa. Él no contestó, pero Lizzy sintió que negaba con su cabeza y luego soltaba el aire con fuerza.

—¿Que pretende, milord? —preguntó respirando agitadamente.

—Esa pregunta no puedo responderla en este momento —contestó él con un gruñido bajo.

—Entonces, puede decirme qué es lo que quiere —dijo Lizzy cada vez más nerviosa.

El duque la contempló en silencio un instante y luego afianzó su abrazo. Elizabeth pudo sentir el corazón de él latiendo tan frenético como el suyo. Y a continuación le oyó decir con voz apremiante:

—Eso es sencillo: a ti. —Nicholas percibió la conmoción de Elizabeth al escuchar su inesperada confesión.

—¿Acaso se burla usted de mí? —balbuceó con voz temblorosa.

Su tono denotaba incredulidad, escepticismo y algo más que no logró discernir. *¡Maldición, por qué le había dicho que la quería!* Definitivamente estaba perdiendo la cordura. Pero él no tenía

tal sentimiento; solo era la pasión la que desbocaba su corazón y aceleraba su pulso. Nick cerró los ojos un momento, intentando reprimir su deseo de ella y refrenar el impetuoso caudal de emociones que recorrían su interior.

Después de días sin verla, había decidido cambiar de estrategia, ya que ella no respondía bien a la coacción y él no tenía verdadera intención de cumplir su chantaje. Por lo que, cuando la vio entrar al palco de su tía, sintió cómo su corazón dejaba de latir y, a duras penas, soportó la función, refrenándose de ir en su busca.

Sus brazos aún la abrazaban pegándola a su cuerpo, lo que no ayudaba en nada a reprimir sus más bajos instintos. Ambos respiraban agitados y, con cada inspiración, su dulce aroma lo envolvía enloqueciendo sus sentidos.

Lentamente la soltó y dio un paso hacia atrás poniendo un poco de distancia entre ellos. —*¿Qué rayos estás haciendo, Nick? Estás totalmente desbordado. Este no era el plan; la idea era descubrir a un asesino traidor y luego vengar la muerte de tu amigo. Y para ello debes olvidar toda atracción o idea romántica. Ella es la hija de tu enemigo, el medio para llegar a él. Nada más.* —Eso le gritaba su mente, pero su cuerpo y corazón no coincidían con ella.

Elizabeth bufó exasperada ante su silencio y, negando con la cabeza, se dirigió hacia la puerta rodeándolo.

—Antes que se vaya debo recordarle mi propuesta y las consecuencias que puede esperar si la rechaza —le dijo el duque deteniendo su marcha.

—Entonces, puede comenzar a perpetrar su vil amenaza porque yo nunca accederé a ser su falsa prometida —respondió ella de espaldas a él.

Nick apretó la mandíbula, molesto no tanto por su negativa, sino por su frío tono. Mientras sus miradas entrelazadas se enfrentaban —una, desdeñosa y airada; la otra, exigente y empeñada—, las notas de una nueva canción instrumental inundaron el lugar, anticipando el inminente comienzo de la próxima función de ópera.

Ante su evidente mutismo, Elizabeth se giró y se dirigió a la salida. Su cuerpo temblaba y su pulso corría desbocado como su corazón cuando la voz del duque se elevó sobre la melodía y sus palabras lograron paralizar su enfadada retirada, anclándola en el sitio con pasmadiza rapidez.

—*Sin duda allí va la diosa por la que suena esta música. Ten a bien decirme cómo debo proceder estando aquí. Mi primera súplica, aunque última, es: «¡Oh, maravilla!, ¿eres o no una muchacha?»*[3] —habló Nicholas, con tono febril.

—*Maravilla, ninguna, pero sí una muchacha*[4] —respondió Elizabeth de espaldas a él, después de unos segundos de silencio, donde solo atinó a respirar agitadamente.

—*Ah, si eres una doncella y a nadie has dado aún tu corazón, yo te haré reina del mí*[5]. — Siguió el duque acercándose, con cada palabra, hasta detenerse tan cerca que su aliento acariciaba su nuca.

—*Mis sentimientos son humildes, y ya no deseo ver a otro hombre más apuesto*[6] —recitó con voz ahogada Lizzy. Sus mejillas ardían y permanecía con los ojos fuertemente cerrados.

—*Como en un sueño, mi ánimo esta encadenado. La muerte, esta debilidad y las amenazas que ahora me someten no son una carga, mientras que una vez al día, desde mi cárcel pueda verte. Dispongan los libres del resto del mundo. En mi cárcel, ya tengo bastante espacio*[7] — continuó él, con su voz teñida de pesar y de anhelo al mismo tiempo, llevándolo de nuevo a ese lugar donde las contradicciones entre lo que él decía y lo que parecía desear terminaban por confundirlo.

—*Mi señor, me haces trampa*[8] —lo acusó ella sin poder camuflar su dolor. Y supo que el duque también lo percibió, pues por unos segundos nada salió de sus labios.

—*No, mi amor, no lo haría ni por todo el mundo*[9] —le contestó Nick, cerrando el poco espacio que los separaba; su voz, un susurro ardiente, acarició la piel detrás de su oreja y ocasionó que su vello se erizase y sus sentidos se alteraran.

Nicholas notó cómo su cercanía afectaba a la joven, quien parecía paralizada. Su esbelto cuerpo se había tensado y podía sentir sus inspiraciones agitadas. Lentamente levantó una mano y la puso en contacto con la estrecha cintura de la dama. Con ese único toque, su propio cuerpo reaccionó con voraz deseo. Sus dedos acariciaron con delicada pasión el contorno de su figura, hasta posarse en su cadera, donde su mano ejerció una posesiva presión que unió sus figuras como una sola.

Perdido en la vorágine de ferviente necesidad que su contacto le provocaba, casi pierde el equilibrio cuando la joven se alejó con abrupta velocidad.

—*Sí, y lo harías por ganar, mas yo lo llamaría juego limpio*[10] —rebatió ella con tono tenso y cortante, rompiendo con frialdad la cálida burbuja de intimidad en la que se habían sumergido.

Apretando los puños, Nicholas observó cómo ella levantaba la pesada cortina y salía del palco.

—Esto es una despedida, milord. Pues considero que ya no hay nada que decirnos, y espero no tener que volver a tratar con usted —continuó diciendo ella mirándolo altivamente.

Nick observó su rostro iluminado por la luz del pasillo, y le alegró ver sus mejillas ruborizadas; no estaba tan imperturbable y tranquila como quería aparentar.

—¿Eso es una amenaza, milady? —le preguntó arqueando una ceja arrogantemente.

—Tómelo como quiera, su excelencia —le contestó ella mirándolo de arriba a abajo. Para su pesar, el enojo de Nicholas se esfumó bajo ese desafiante escrutinio, que lo dejó alterado y excitado al mismo tiempo; por lo que no pudo evitar quedarse con la boca abierta contemplando su retirada. Ella arqueó a su vez su ceja y, mientras soltaba la cortina, le oyó decir: «Jaque al rey».

## Capítulo 12

*Vino y mosto dulces son, lo que quita el motivo  
y corazón.*

Oseas 4:11

*Yo os conjuro, oh hijas de Jerusalén,  
si encontráis a mi amado, ¿qué le habéis de decir?*

*Que estoy enferma de amor.*

Cantares 5:8

Más tarde, Nicholas se encontraba en su club tomando un vaso tras otro de *whisky*. Repantigado en un sillón, apoyó nuevamente el vaso vacío sobre la brillante mesa caoba, sin saber por qué se sentía desdichado y frustrado. Aunque, para ser sincero, sí conocía el motivo: era por ella... Sí, su ángel de ojos violetas era la razón de su congoja y abatimiento, pues lo había rechazado una vez más. Y eso, en sí mismo, resultaba todo una novedad.

Su negativa y desdén consistían un hecho inaudito; ya que, sin pecar de arrogante, podría asegurar que cualquier dama en su lugar hubiera llorado de gratitud ante su propuesta matrimonial. Pero ella no era cualquier dama: era diferente y única. No parecía estar suspirando por él ni se dejaba impresionar por su título o su riqueza. Ni siquiera aparentaba estar atraída por su atractivo físico. A diferencia del resto de la población femenina, no buscaba su atención ni pretendía impresionarlo. Tampoco intentaba fingir estar de acuerdo con él. Una sonrisa amarga se extendió por su rostro. Todo esto lo atraía y enloquecía a la vez. Su original y auténtica actitud hacia él le producía un efecto increíblemente devastador, cautivante y hechizante; lo que lo había llevado hasta allí. Realmente no se reconocía sentado bebiendo su pena, sintiéndose miserable y frustrado.

A pesar de esto, no podía dejar de advertir la divertida ironía. Después de años de sentirse hastiado, aburrido y cansado; de ver cómo bastaba una mirada suya para tener a cualquier mujer a sus pies; por primera vez alguien despertaba su interés lo suficiente como para pedir su mano. Y ella lo rechazaba sin contemplación alguna. «¡Al diablo!», pensó lúgubrementemente. Qué le importaba su desplante; ni que fuera una propuesta auténtica.

Decidido a terminar con su autocompasión, Nick levantó la cabeza para pedir la cuenta y largarse. Entonces vio, sentado varias mesas más adelante, al joven Albright. Parecía tan

derrotado como él: cabizbajo, miraba algo en su mano, mientras bebía de su copa. Después de un momento, el conde se puso en pie y, tambaleándose un poco, se encaminó hacia la salida. La mesa de Nick estaba junto a la puerta, así que se preparó para el indeseado encuentro.

—Aaaah..., mira a quién tenemos aquí —le dijo, con voz algo rasposa, el joven al verlo.

—Gauss... —lo saludó esperando que pasara de largo.

Pero él se detuvo y se sentó frente, observándolo penetrantemente, con esos ojos tan idénticos a los de ella. Nicholas sostuvo su mirada, la cual parecía sorprendentemente sobria y peligrosa.

—Hace unos días que buscaba ocasión para intercambiar unas palabras con usted, su excelencia —comenzó el conde con expresión muy seria.

Le sorprendió su seriedad, pues era sabido que el conde llevaba una vida disipada e irresponsable, dedicada a los placeres y a la diversión. No sabía si su hermana estaba al tanto de su reputación. Pero por lo menos, para él, era un desgraciado hedonista.

—Bien, no sé si es el contexto adecuado, pero mejor terminemos con esto —contestó Nicholas encogiéndose los hombros.

—Estoy de acuerdo. No sé cuál es el objetivo de su perverso juego, pero le advierto ahora y de una vez que lo termine y se mantenga alejado de Elizabeth —le respondió el joven con expresión tensa.

—No sé a qué se refiere, aunque confió en que no esté amenazándome —espetó Nick mirándolo indolente.

—Me refiero a que acabe de perseguir a mi hermana. No permitiré que la lastime ni que juegue con sus sentimientos —dijo a su vez Gauss.

Nicholas se tensó al oírlo —y en otras circunstancias le habría hecho lamentar sus palabras—, pero no podía negar del todo su veracidad pues, aunque no lo quisiera, sin duda su venganza lastimaría a Elizabeth. Miró al conde y admiró su valentía; claramente podía identificarse con él. Porque él mataría al que osara lastimar a Clarissa. No obstante, no podía darle la razón sin descubrir su plan, por lo que se esforzó por aparentar indiferencia.

—No creo haberlo hecho, milord, y no sé en qué basa su acusación —le dijo viendo cómo lo enojaba su respuesta.

—Tal vez en el hecho de que, gracias a usted, el nombre de mi hermana está en boca de todos. Y no olvidemos que ha demostrado interés por ella, cuando es *vox populi* su inminente compromiso con *lady* Emily —lo acusó él con voz dura.

—No puedo responsabilizarme de los cotilleos y rumores. Solo puedo decirle que no he mostrado ninguna inclinación de casarme con su hermosa prima —le respondió Nick evadiendo hablar de su hermana.

—Permítame no creerle. Con mi prima haga lo que quiera, pero no se atreva a acercarse nuevamente a mi hermana. No está sola y si sufre algún daño, me ocuparé de que pague por ello.

—Dicho esto se puso en pie.

Nick arqueó una ceja al oír su velada amenaza, mas no pudo responder, ya que el joven pasó

por su lado abandonando el lugar. «¡Maldita sea!, las cosas se enredan y complican más a cada momento», pensó mientras hacía lo propio y se dirigía a su carruaje. Trastabillando un poco, subió al coche y se sentó extendiendo sus piernas y recostando su cabeza en el respaldo del asiento.

Con la reciente intervención del conde de Gauss, no solo veía muy difícil, sino imposible, avanzar en su investigación y llegar hasta el marqués. Pero el posible fracaso de su misión, no era lo que escocía su alma ni le hacía sentir ese vacío en el estómago, sino el miedo de verse apartado completamente de la hija. Era hora de ir aceptándolo, ¿para qué seguir negándose lo obvio? Desde el primer momento en que la vio, se sintió intensamente atraído hacia ella. A medida que pasó el tiempo, la atracción dio lugar a una gran pasión. Y al conocerla más, ese sentimiento fue creciendo hasta convertirse en amor. Sus manos temblaron, al igual que su cuerpo, al caer en su nueva realidad; lo que comenzó como un juego prosiguió en un intento de venganza. Terminó con él total, absoluta e irremediablemente enamorado de *lady* Elizabeth. La cadena de maldiciones que lanzó logró que el habitual rostro inexpresivo de su cochero, James, se sonrojara escandalizado ante la sorprendente actitud del siempre comedido y correcto duque de Stanton.

Sentada junto a la ventana, Lizzy observaba al jardinero en jefe trabajar en el rosal. La primavera estaba en su esplendor: color y perfume por doquier. Pero a ella todo le parecía oscuro y gris. Decir que aquella estación y el clima no iban con su estado de ánimo estaba de más. Y el causante de su pesadumbre era obvio: ÉL.

Una semana había transcurrido desde su último encuentro. Al parecer, el duque había acatado al pie de la letra sus palabras. Ella le había dicho que no quería tener más trato con él y la había complacido, porque no volvió a saber nada. *Suspiró con tristeza*. Realmente quería convencerse de que era lo mejor. Pero algo en su interior se revelaba ante esa idea. Un golpe en la puerta de su habitación interrumpió sus melancólicos pensamientos.

—Adelante —dijo. Una doncella entró haciendo una reverencia.

—Milady, su padre solicita su presencia —dijo la rechoncha sirvienta de ojos castaños y dulce sonrisa.

—Deja los formalismos, Sara —la reprendió negando con la cabeza, y abandonó su alcoba seguida de la muchacha.

—Lo siento, señorita —dijo apenada.

—Está bien, no te preocupes. Solo que no me acostumbro a los protocolos ingleses, pero olvídale. ¿Mi padre se encuentra en su estudio? —preguntó Lizzy apiadándose de la ruborizada joven.

—Así es, señorita. La está esperando junto a su primo —respondió ella.

Lizzy interrumpió su marcha.

—¿*Lord* Mousse está aquí? —Al ver que la doncella asentía, juró para sus adentros. *¡Qué rayos!, no quería ver a ese detestable hombre. ¿Para qué querría hablar con ella? Bien sabe*

*que lo desprecio.*

Fermín de Moine era el peor ser humano que había tenido la desgracia de conocer, y eso que en su lista negra figuraban muchos personajes aborrecibles. Desafortunadamente era su primo —al menos por casamiento—, pues él era el hijastro del único hermano de su madre. Cuando su tío Gerard contrajo matrimonio con una joven viuda, aceptó también al hijo de esta como hijo suyo. Por lo que, al morir su tío sin haber engendrado hijos propios, Fermín se convirtió en conde de Mousse.

Lizzy había convivido con él un tiempo antes de ser enviada al cao con su abuela. Aunque más bien, la palabra para describir su estancia con él sería *padecido*, ya que debió soportar su trato malvado y cruel y, a medida en que fueron creciendo, su constante acoso y obsesión amorosa. Ella había rechazado sus propuestas matrimoniales incontables veces mientras vivió en Francia. Luego Fermín se marchó a la guerra y no volvió a saber de él, por lo que pudo respirar aliviada, libre de sus intentos de manoseo. Pero hace unos meses había reaparecido en sus vidas y extrañamente había comenzado un trato asiduo con su padre; cosa en demasía extraña, pues Lizzy no estaba al corriente de que el marqués lo conociera tan bien.

Sin embargo, tenía semanas de no dejarse ver por allí. Más específicamente, desde el regreso de su hermano, lo que ella había agradecido puesto que Sebastien lo detestaba profundamente. Su ausencia la había llevado a suponer de su retorno a Francia; al parecer estaba equivocada.

Al llegar a la puerta del estudio de su padre, se detuvo y tomó aire durante unos segundos. Luego llamó; la voz del marqués le permitió la entrada. Lo primero que vio fue el rostro —habitualmente inexpresivo— de su padre, levemente distinto. Parecía algo inquieto y nervioso. Este al verla se puso de pie, al igual que su primo. Se adentró en la habitación y se detuvo frente al escritorio de su padre.

—Es un placer volverte a ver, primita —lo saludó su primo con su irritante voz nasal.

—Buenos días, *lord* Mousse —respondió aceptando el beso en su mano y reprimiendo el impulso de limpiarla con su vestido.

Lizzy percibió cómo su saludo impersonal le molestaba, aunque lo disimuló tras una sonrisa falsa.

Él estaba como siempre: vestido completamente de negro, tenía el cabello colorado perfectamente peinado y la misma mirada cínica y cruel en esos ojos negros. Su padre le indicó que tomase asiento, y luego se sentó tras su gran escritorio de caoba. Elizabeth clavó la vista en él, ignorando deliberadamente a su desagradable primo.

—Bien, hija, es mejor ir directamente al grano —anunció William rompiendo el silencio.

—Dime, padre —respondió Lizzy comenzando a inquietarse ante su actitud.

—Te he llamado para informarte, cuanto antes, de que he decidido conceder tu mano en matrimonio a *lord* Mousse —continuó el marqués desviando un poco la vista hacia abajo.

Lizzy sintió el impacto de esas palabras como una puñalada directo al corazón. Se tomó con una mano el pecho, casi sintiendo el dolor. *No podía ser cierto, tenía que haber escuchado mal.*

—¿Qué has dicho, padre? —indagó con voz temblorosa y el rostro blanco.

—Lo que escuchaste, Elizabeth: te casarás con Moine. Él ha esperado mucho tiempo por ti y fue muy paciente al dejar que vinieras a Inglaterra y tuvieras tu presentación en sociedad —ordenó el marqués señalando al conde.

Lizzy se levantó con una exhalación, mirando la sonrisa satisfecha del conde y la expresión inflexible de su padre.

—¡No puede hacerme esto, padre! No soportaré si me entrega a él —exclamó Lizzy conteniendo las lágrimas.

—Harás lo que te diga, ya bastante flexible fui al permitir que llegaras soltera a esta edad. Te advertí que escogieras a un esposo. Ahora ya no tienes esa opción; esta noche se anunciará tu compromiso, y en una semana se celebrarán los esponsales —continuó diciendo su padre.

—¡No lo haré, nunca me casaré con este monstruo! —respondió incrédula Lizzy elevando la voz.

—¡Ya basta!, deja el drama. El conde será un buen marido —la reprendió él, perdiendo la paciencia.

—*Lady Elizabeth*, se angustia en vano. Ya hemos firmado el contrato matrimonial: el enlace es un hecho. Inmediatamente después del mismo, partiremos hacia Francia —dijo el conde con petulancia, tomando su mano entre las suyas.

—¡Suélteme!, no pienso ir con usted a ningún sitio —respondió soltándose de su agarre con un violento tirón.

—¡Suficiente! Termina este escándalo: te casarás. Es eso o te enviaré a un convento en Francia. Ya no toleraré tu impertinencia ni tu rebelde comportamiento —le exigió William con el rostro furioso. Ella miró a su padre unos segundos: su expresión dura e irritada dio a entender que era como decía. Él nunca había estado cuando lo necesitaba; solo la había soportado desde su nacimiento.

—Entonces, prepararé mi equipaje ahora mismo, puesto que prefiero entregarme a Dios que ser la esposa de esta escoria —declaró Lizzy tomando la falda de su vestido de muselina azul para salir corriendo de la habitación, antes de darles la satisfacción de verla llorar.

Corrió por el vestíbulo oyendo los gritos de advertencia de su padre. Pero no se detuvo, sino que continuó hacia la puerta de entrada. Estaba a unos pasos de llegar, cuando un fuerte tirón la hizo detenerse con brusquedad.

—¿A dónde crees que vas, prima? —preguntó en voz baja y amenazante Moine.

—¡Suéltame!, ¡no me toques! —le espetó Lizzy desencajada, tirando de su brazo para liberarse. Pero él la giró con violencia para estamparla contra la pared, lo que provocó que sus pulmones perdiesen el aire abruptamente.

—Tengo la impresión, prima, de que no has entendido quién da las órdenes ahora y quién obedece —le dijo cerniéndose sobre ella hasta pegarse a su cuerpo. Su otra mano subió por su estómago, rozó sus senos y se quedó sobre su cuello, donde comenzó a apretar obstruyendo su aire levemente, provocando que el miedo brillara en su mirada—. Así está mejor, preciosa. Sabes, mi



intención era casarme contigo al fin de la temporada para poder cortejarte con tranquilidad. Pero tú misma te encargaste de arruinar mis nobles intenciones y por eso me vi obligado a acelerar un poco este asunto. —Siguió mirándola fijamente; sus ojos mostraban una expresión de enojo y crueldad.

—Estás... loco..., Fermín —respondió con dificultad Lizzy, intentando absorber aire con desesperación, al tiempo que se debatía para soltarse.

—¿Loco, loco? No, *aucun ma petite*. Si hay algo que no soy es un demente; todo lo contrario. En realidad sé lo que quiero: acceder a las más altas esferas inglesas y sé lo que deseo: a ti, *mademoiselle*; y nada ni nadie puede impedirme obtenerlo. Si algo se atraviesa en mi camino, simplemente lo elimino. ¿Crees que no sé que te has dedicado a tontear con el imbécil duque de Stanton? Si no quieres que le suceda algo muy malo a ese arrogante entrometido, espero que te mantengas apartada de él. Tú, mi querida, serás mi esposa; serás mía y, entre más ágilmente lo comprendas, mejor —le advirtió el francés. Sus ojos negros destilaban maldad y un febril calor que le causó escalofríos de terror.

A continuación, su primo la liberó y dio un paso atrás. Elizabeth se separó de la pared y llevó una mano a su dolorida garganta. Sin perder tiempo, volteó hacia la puerta, pero la voz de Moine la detuvo una vez más.

—Una cosa más, querida. Si nuestra interesante conversación no disipó todas tus objeciones con respecto a nuestra inminente unión, espero recuerdes que, como conde de Mousse, tengo a mi merced a nuestra insufrible abuela: Margot está a mi cargo. Elizabeth; sabes que la detesto y si eso no te convence, siempre puedo infringir daño a tu detestable hermanito. Eso no me supondrá esfuerzo alguno, ya que hace años que deseo deshacerme de ese malnacido. Que pases buenos días, prometida. —Terminó el conde con una sonrisa cínica en su cara.

Lizzy se alejó tambaleante: sus pies se movieron con autonomía propia alejándose de allí, mientras su mente corría en un auténtico caos interior. Sabía que las lágrimas desbordaban sus ojos y sus mejillas, pero no le importaba quién pudiese ser testigo de su dolor.

Su mayordomo abrió los ojos sorprendido, pero al ver que no tenía intención de frenar, abrió la puerta para ella. Elizabeth bajó sin fijarse en los escalones y continuó huyendo por la acera y las calles, esquivando personas, carretas y carruajes. Finalmente, paró su huida desenfadada en el centro de Hyde Park. Bajando la velocidad, se internó tras la espesura de los árboles.

Su necesidad imperiosa de escapar llevó sus pies hasta ahí. A pesar de esto, sabía que no podría escapar del infierno que le aguardaba. Si no se casaba con su primo, podía afectar a su abuela o a su hermano. Pues detrás de la decisión arbitraria de su padre, pudo ver desesperación e intereses ocultos. Sin embargo, lo que le aterrorizaba más que nada era la vil amenaza que Fermín había hecho sobre el duque. Solo de imaginar que algo malo pudiese sucederle le retorció de temor las entrañas.

Cuando estuvo lejos de todo ojo indiscreto, cayó de rodillas y dio rienda suelta a su llanto. Lloraba por sentirse impotente, frustrada y maltratada. Lloraba por sentirse vulnerable y

desprotegida ante su padre y su primo. Lloraba por temor e incertidumbre ante su futuro. Lloraba porque se sentía muy sola y extrañaba a su madre más que nunca. Lloraba por ver sus sueños e ilusiones perdidos. Pero sobre todas las cosas, lloraba por él. Porque demasiado tarde había entendido cuán equivocada estaba.

Ella, que creía que proteger su corazón e independencia era lo más importante; ella, que creía ser la dueña de sus sentimientos y sus deseos; con una sola palabra de su padre, comprendió que solo se engañaba. Pues saber que él ya no sería su destino, que no formaría parte de su mañana, había impactado en su interior, como el mar contra la orilla, arrasando con todo a su paso, dejándola desnuda y expuesta ante la innegable realidad. El calor que irradiaba desde su interior y la quemaba por dentro solo podía definirse de una forma: como amor. Era una completa locura, pero al fin lo podía ver. Su necesidad de él crecía a cada segundo. Se sentía enferma de amor, necesitada de él, que era su medicina. Lo amaba con cada fibra de su ser desde el mismo segundo en que sus ojos se posaron en ella. Lo amaba irremediable, total y perpetuamente. Su alma y su corazón le pertenecerían siempre. Y él no se enteraría. Nicholas Bladeston jamás llegaría a saber que Elizabeth Albright lo amaba más que a su propia vida, más que a nada. A pesar de los peros, los contras o los tal vez, su corazón era suyo. Y el duque ni siquiera podría imaginarlo.

## Capítulo 13

*Alma mía, recobra tu calma; en mis ojos hay lágrimas,  
mis pies han caído. Porque me han arrancado el alma.*

Salmos 114:7

*Me envolvieron redes de muerte,  
me alcanzaron los lazos del abismo. Caí en tristeza y angustia.*

*Entonces invoqué su nombre, y dije:*

*“Señor sálvame”.*

Salmos 114:3-4.

Nicholas bajó del carruaje intentando disimular su mal humor. Con un suspiro contrariado se giró y ayudó a bajar a su madre, a su hermana y, por último, a *Lady Asher*. Ella le agradeció y le lanzó una seductora mirada con sus ojos color verde jade. Nicholas la ignoró y le ofreció su mano para caminar hasta la casa.

En la puerta los esperaba un muy elegante Steven. Él extendió un brazo a Honoria y otro a Clarissa, y muy sonriente las guio hacia dentro. Quedando un poco rezagados a Nick, no le quedó otra opción que soportar la presencia de *lady Emily*. No es que estar con ella fuese una tortura; la joven tenía una conversación inteligente y físicamente era magníficamente bella, pero representaba el intento de manipulación de su madre. Honoria no tenía mala intención y solo quería verlo establecido.

Sin embargo, esta vez se pasó de la raya imponiéndole la compañía de la dama y comprometiéndolo a ser su acompañante en aquel dichoso baile. No podía tolerar que su madre intentara manejar sus decisiones y acciones. Y tampoco estaba de humor para fingir no saber que *lady Emily* solo estaba interesada en él por ser un buen candidato y nada más.

—Es una noche preciosa, ¿no cree, su excelencia? —dijo la joven mientras se acercaban a la escalinata de la entrada, con tono coqueto.

—Así es, milady —concordó Nick, evitando continuar la charla. Ella se puso rígida, su sonrisa se tensó. Sin entender el motivo, Nicholas pudo percibir una extraña actitud en la joven: parecía desesperada por agradarle.

—*Lord Stanton*, ¿cree que... —comenzó a decir Emily cuando arribaban a las grandes puertas

de ingreso a la mansión, siendo interrumpida por el recibimiento de los duques de Malloren.

Luego de saludar a los anfitriones, ingresaron al salón de baile, el cual estaba a rebosar de gente bailando, bebiendo y conversando. Guiando a Emily por el lugar, localizó rápidamente el cabello dorado de Steven, por lo que se encaminó hacia allí.

La duquesa se encontraba conversando amigablemente con una matrona exageradamente ataviada. A su lado, Clarissa permanecía insólitamente callada mientras miraba a Steven, quien parecía estar flirteando descaradamente con la hija de la dama. «Qué diablos le sucede», pensó Nick observando las mejillas intensamente ruborizadas de su hermana menor. Cuando llegaron hasta ellos, dejó a Emily junto a su hermana. Entonces, vio la expresión tensa que ahora esbozaba Steven y olvidó el comportamiento de Clarissa. Clavó la vista en el conde transmitiéndole su pregunta; él le hizo una imperceptible seña, que le decía que algo no iba bien.

—*Lady Asher*, Clarissa, las dejamos un momento para ir en busca de refrigerios —dijo Nick apresurándose a buscar una excusa.

—Claro, excelencia, es usted muy amable —agradeció Emily ante el silencio de su hermana.

Con un asentimiento, Nick se separó de ellas, precediendo la marcha. Steve lo siguió hasta posicionarse a un costado de la mesa de bebidas, donde una gran planta les permitía ocultarse a la vista de los invitados. Nicholas se apoyó contra la pared, mirando hacia la pista de baile, donde las parejas giraban bailando una contradanza.

Y en ese instante la vio; el aire abandonó sus pulmones por el impacto que causó en él aquella preciosa imagen. Sus ojos la recorrieron entera, absorbiendo cada detalle. Su cabello, brillando bajo la luz de las velas, recogido parcialmente; su bello cuerpo, delineado por un elegante vestido de seda ámbar. Estaba absolutamente preciosa. Cada vez que posaba sus ojos en Elizabeth, se asombraba por su belleza. Ella lo había cautivado por completo, pero no solo por su aspecto físico, sino por sus múltiples cualidades y virtudes: la generosidad de su corazón, su preocupación por los demás, su alegre risa, su refrescante sinceridad, la pureza de sus pensamientos, su autenticidad —libre de fingimientos y artificios—, sus firmes opiniones, su tenaz carácter y sus grandes valores. Porque cuando estaba con ella, sus ojos lo veían a él y solo a él; no al duque ni al heredero ni al hombre rico y poderoso.

Y por supuesto también, por sus defectos: su voluble temperamento, su impaciencia, su testarudez, su costumbre de abstraerse y buscar soledad. Pero, sobre todo, por lo que le hacía sentir: felicidad, vida, esperanza y paz. Hizo una mueca, realmente su manera de observarla rayaba la obsesión. Parecía un sediento que encontró una rica bebida. Pero cuando ella giró, pudo ver que su rostro estaba muy pálido; sus bellos ojos, apagados y tristes. Aunque era obvio que intentaba disimularlo, a él no podía engañarlo. Se enderezó preocupado y sintió que Steve le ponía una mano en el hombro.

—Escucha, Nick, esto es lo que quería decirte: él está aquí, ha venido al baile con ella. Ni bien entré los vi junto a su padre y a su hermano —dijo él susurrando.

Nick frunció el ceño mirando a su amigo, sin entender, y luego a Elizabeth. Ella hacía una

reverencia a su compañero de baile, el cual estaba parcialmente tapado por los demás bailarines. Y fue en ese momento cuando pudo ver una pálida y delgada mano descender por su espalda, para terminar posicionándose posesivamente en la cintura de la joven. Nicholas se tensó y cada músculo de su cuerpo se puso en alerta. La pareja comenzó a abandonar la pista; pudo ver el rostro del hombre y lo que vio disparó la alarma, el odio y la furia por cada poro.

—¿Qué hace ese bastardo con mi mujer! —gruñó separándose de la pared, dispuesto a matarlo.

—Nick... Nick, tranquilízate. Es lo que he intentado decirte: ella vino con él. Justo al llegar, la amiga de tu madre le decía que él había vuelto a la ciudad. Al parecer, Moine es una especie de primo y vino a casarse —dijo Steve interponiéndose en su camino, tratando de calmarlo.

Al oír la palabra *casarse*, Nicholas se paralizó. «Oohh, Dios, no, que no sea cierto. No puede ser, no la puedo perder ahora», pensó sintiendo su corazón retumbar por el pánico. Apartó a su amigo a un costado, salió de su improvisado escondite y buscó con la vista a Elizabeth. Tenía que encontrarla: era necesario que ella supiera que la amaba, que era su ángel y su razón de ser.

Rápidamente, localizó a su hermano: el conde estaba conversando muy animado con una muy sonrojada Clarissa. *Demonios, eso no le gustaba nada*. Hasta lo que sabía, Gauss podía ser el asesino. Y en el mejor de los casos, era un mujeriego empedernido. Definitivamente, no quería a su hermanita cerca de él. Pero en ese momento no se podía ocupar de eso. Le lanzó una mirada a Steven, que enseguida captó su pedido, y se dirigió con paso lento pero decidido hacia la pareja.

Steven asintió ante el implícito pedido de su amigo y, viéndolo perderse entre los asistentes, se encaminó hacia donde se encontraba la pequeña Clarissa. Mientras se acercaba notó, no sin asombrarse, que la muchacha estaba muy hermosa. Y si se basaba en la escena que sus ojos presenciaban, no era el único hombre que se había percatado; el conde de Gauss parecía estar lanzando todo su arsenal de conquistador, a la vez que la miraba con evidente lujuria. *Maldito libertino*.

—¿Lady Clarissa!, por fin la encuentro. Oh, Gauss, buenas noches, no lo había visto. Me sorprende encontrarlo por aquí, no es usted asiduo de estas inocen... —mintió Steve interrumpiendo con impertinencia e interponiéndose con disimulo entre ellos.

—¿Qué quiere, *lord* Steven? —lo cortó Clarissa de mal modo, rodando los ojos con molestia.

—¿Saludar? —Probó el conde con una sonrisa angelical, mientras recibía una mirada fulminante de parte de la joven y una elevación de ceja de su acompañante—. Está bien, de acuerdo. He venido a buscarla porque su madre requiere su presencia —claudicó Steven, antes de que ella lo mandase a paseo, diciendo lo primero que se le ocurrió y componiendo un gesto inofensivo.

—¿Eso es una vil mentira! ¿Te ha enviado mi hermano, verdad? —exclamó ofendida y furiosa Clarissa, pero un: «Su atención por favor» proveniente del escenario, donde los músicos tocaban, salvó al conde de tener que responder su justificada réplica.

Aliviado, Nicholas siguió con la búsqueda de Elizabeth y su pareja. Barrió todo el salón, pero no halló rastro de ellos. A su cabeza vino el recuerdo de una apasionada Elizabeth en un balcón.

«Ohhh, si se atreve a tocarme un cabello, es hombre muerto», pensó enfureciéndose ante la sola idea. Giró para dirigirse a la terraza, cuando un alboroto llamó su atención. Todos los invitados miraban hacia el lugar donde se ubicaba la orquesta, susurrando y señalando.

Entonces, la vio y sus miradas se encontraron a la distancia. La de ella era vacía y sin brillo: aunque bajó su vista rápidamente a sus pies, estaba mortalmente pálida y sus dedos sostenían inertes una copa de champán. A su lado, *lord* Mousse y el marqués de Arden esperaban que los invitados se congregaran frente a ellos.

Nick observó los gestos arrogantes y presumidos de Moine, el rostro habitualmente serio de Arden y a la joven, que aparentaba tranquilidad. No sabía qué sucedía; dio un paso hacia ellos. Pero lo que escuchó a continuación lo detuvo en seco, helándole su sangre y dándole la sensación de que su alma era arrancada de su cuerpo.

—Su atención, por favor. Es un placer para mí comunicarles que *lady* Elizabeth Albright, hija del marqués de Arden, ha aceptado ser mi esposa.

Cuando Lizzy oyó las palabras que oficializaban su compromiso con Mousse, sintió ganas de vomitar. Su desagradable proximidad la enfermaba y encolerizaba al mismo tiempo. Sin embargo, mientras los vítores resonaban por el salón y su primo la presionaba para que bajara del improvisado escenario, Lizzy podía sentir la mirada del duque quemándola.

Ni bien había llegado al baile, buscó su rostro entre la multitud sin hallarlo. Y de algún modo supo que él no se encontraba allí. Eso la alivió de cierta forma, pues no quería verlo. Ya que de hacerlo, seguramente se derrumbaría a sus pies, le confesaría todo y cedería a su deseo de pedir su ayuda; lo que definitivamente sería un terrible error que siempre lamentaría.

Al llegar la hora de anunciar el compromiso, esa sensación que percibía cuando él estaba cerca regresó. Y estando parada frente a todos, levantó la vista y lo vio. Su rostro y sus ojos reflejaban diversas emociones: parecía preocupado, furioso, nervioso, ansioso, frenético y conmocionado.

Ella quiso correr hasta él, lanzarse a sus brazos y pedirle que jamás la soltase, y llamarlo y decirle: «Sálvame, Nick. Rescátame de este tormento, de mí misma y de todo». En su pecho, la esperanza pugnaba desesperadamente por salir, pero la realidad pesaba más sobre ella, hundiéndola hasta el fondo en su tristeza.

Entonces, Lizzy vio cómo sus ojos, esos hermosos luceros azules que, sin importar cuánto tiempo pasase o distancia hubiese, nunca podría olvidar. Se desviaban y miraban al conde y luego a su mano, que la sostenía posesivamente. Su semblante se demudó y se transformó en una fría máscara. Hasta ahí pudo soportar mirarlo, pues no fue capaz de sostener la vista en él por más tiempo.

Si es que pretendía mantenerse en pie y conservar por lo menos su dignidad. Ya que todo lo demás ya lo había perdido: la esperanza, la alegría y la felicidad, sus sueños, sus ilusiones y su futuro. Y lo más doloroso: le habían arrebatado el amor. La posibilidad de amar y ser amado se la habían quitado a él.

La mano huesuda del conde le presionó dolorosamente su costado, advirtiéndole que se

comportara y pusiera buena cara, tal y como esta mañana lo había hecho. A penas puso un pie en la casa, lo encontró aguardándola. Y sí tenía esperanzas de que aquel canalla pudiera haber cambiado, rápidamente las perdió cuando Moine le recordó muy cruelmente que se casara con él, o él se encargaría de dejar en la ruina a su amada abuela Margot. Y bien podría hacerlo, puesto que él era el cabeza de familia y Margot dependía de él, en todos los sentidos. Su vil amenaza pronto logró su objetivo. Margot, después de su hermano, era lo que más amaba en este mundo. No solo era su abuela, era mucho más que eso: había sido su madre, su guía, su todo. Y lo seguía siendo; nunca la arriesgaría.

Una vez abajo, muchos invitados se acercaban a felicitarlos. Lizzy recibía sus saludos evitando en todo momento mirar hacia donde sabía estaba el duque, y rogando en silencio que no se le acercara. Pero su ruego cayó en saco roto, porque al mismo tiempo que sintió cómo el agarre del conde se intensificaba, oyó su voz a solo un paso.

—*Lady Albright, lord Mousse.* Permítanme felicitarlos —dijo el duque, con tono seco. Los ojos de Lizzy volaron hacia él, mientras posaba su mano en la suya y le devolvía el saludo con una reverencia. Su rostro se mantenía inexpresivo, pero sus ojos lanzaban dardos. La mano de ella tembló en la suya; el duque, arqueando una ceja, la soltó y se enderezó.

—Gracias, su excelencia. La verdad es que no creo en mi buena suerte aún —anunció Mousse en tono pomposo mirando al duque.

—Qué coincidencia, justamente tampoco lo hago —respondió él mordaz. El francés lo miró intentando ocultar su furia y, apretando los dientes, se giró a saludar a las personas que seguían acercándose.

—Por favor, no lo hagas... Vete —le rogó Lizzy al duque en un susurro.

—¿Qué no quieres que haga, milady? ¿No quieres que arruine tu compromiso? ¿O tal vez que le cuente a tú prometido sobre nosotros? O ya sé, ¿que no te reproche tu engaño y el hecho de que hayas jugado conmigo? —indagó él en voz baja y tensa.

Elizabeth recibió sus palabras como una bofetada: sintió su mundo colisionar y derrumbarse y solo atinó a guardar silencio y rehuir su mirada.

—¿Así será pues? ¿No te defenderás? ¿Nada de lágrimas ni explicaciones? —continuó diciendo el duque con dolor y decepción. La voz del conde, despidiéndose de las personas que lo mantenían ocupado, interrumpió el tenso momento.

—Perfecto, hasta nunca, *lady Albright* —espetó Nicholas dedicándole una mirada despectiva. Sus últimas palabras terminaron de matar toda vida en su interior. Sintiendo desmayar, Lizzy levantó la vista a tiempo para observar la espalda del duque alejándose. Todo a su alrededor dio vueltas sin control, como si su cuerpo cayera en un profundo abismo. Justo a tiempo apareció su hermano que, apresurándose a sostenerla, impidió que se perdiera en él.

—¿Qué diablos sucede, Lizzy? —dijo Sebastien ignorando a su primo, que los miraba enojado —. Me ausento una semana y al volver me recibes con la noticia de que te casas con esta basura —siguió diciendo él.

—Yo que tú, cuidaría cómo te diriges a mí. Pronto tendré el control sobre tu hermana y no creo que te guste que ella pague gracias a tu insolente lengua —le dijo el conde con mirada cruel.

—¡Maldito bastardo...! ¡Si la tocas, te mataré! —escupió Sebastien intentando abalanzarse sobre el conde.

—¡No, por favor! Detente, Sebas —dijo Lizzy interponiéndose—. Cálmate, él tiene razón: no hay nada que puedas hacer. Padre ya firmó los papeles y el contrato. En una semana seré su esposa —lo frenó Lizzy con tono firme y sombrío. Sebastien reprimió las ganas de borrarle con un puño esa cara de satisfacción a ese maldito. Pero viendo la angustia de su hermana, se reprimió. El conde, notando que varios invitados comenzaban a percatarse de la discusión, les lanzó una mirada de advertencia, se alejó y los dejó solos.

—¡No, no! No puede ser. Algo se puede hacer. No permitiré que te casen con este malnacido. ¡Nuestro padre me oirá! —dijo enfurecido su hermano.

—No creo que lo haga. Me amenazó con encerrarme en un convento, cosa que aceptaría gustosa, pero no puedo, ya que Fermín me advirtió que si no acepto su propuesta, desampará a la abuela y le hará daño —respondió Lizzy derrotada.

—Aun así, no podemos quedarnos de brazos cruzados y resignarnos... —Sebastien interrumpió su acalorada respuesta, al ver el pequeño rostro de su hermana perder el poco color que conservaba. Siguió la dirección de su mirada para ver cómo el duque de Stanton abandonaba el salón, llevando del brazo a su prima Emily. En su semblante, apareció un gesto de abierto desprecio—. No te preocupes, ángel, tu duque no es tan necio como parece. Sabrá reconocer la codicia cuando es tan evidente y no morderá el anzuelo de esa arpía —dijo con mordacidad su hermano.

Elizabeth no estaba tan segura; el interés de su prima en Nicholas era obvio. Desde que esta había regresado del campo, no había cejado en su empeño de conquistarlo. En cada baile en el que habían coincidido, su prima se aseguraba de bailar con el duque; era vista en compañía de la hermana menor de él continuamente y el rumor de un inminente compromiso entre ellos era la comidilla de los nobles. Además, siendo ella ahora una mujer comprometida, no tenía derecho a esperar nada del duque. Si el decidiera comenzar un cortejo con Emily, no tendría otra opción que aceptarlo. Su razonamiento le instaba a hacerlo, mas su corazón se negaba gritando su oposición, y el dolor era tan lacerante que amenazaba con desquiciarla poco a poco.

Nicholas abandonó el salón de baile con la ira a flor de piel; sin detenerse a pensar demasiado, había solicitado la compañía de *lady* Asher, y se dirigían hacia los jardines de la mansión. Al salir a la gran terraza, la brisa nocturna acarició su piel calmando un poco su exaltación, pero no su frenesí emocional. *Lady* Emily le propuso acercarse al rosal de *lady* Malloren y él, con la mente vuelta un torbellino, la condujo hacia allí. Una vez estuvieron frente a las rozagantes rosas, soltó el brazo de la joven. Ella se colocó de cara a él y de pronto se percató de que se encontraban a solas y su posición los reguardaba de miradas indiscretas.

Nada le impedía acercarse a la dama —quien parecía mirarlo expectante— y, tal vez, besarla



hasta lograr estabilizar su mundo revolucionado. Decidido a hacerlo, se acercó a la muchacha y, notando su actitud complaciente, tomó su nuca y tiró de ella hasta quedar a un roce de sus gruesos labios. Y esperó, aguardó, se paralizó deseando sentir ese fuego recorriendo sus venas, ese frenesí de necesidad desbordante, aquel estremecimiento de sus sentidos, mas nada sucedió. La desesperación lo traspasó y la desolación quemó su pecho. *No era su boca, no eran sus brazos, no era ella.* Y nunca más lo sería; la traición de Elizabeth había terminado con todo, había destruido cada sueño y deseo resguardado en su maltrecho corazón. Aturdido y vulnerable, Nicholas quitó su mano del cuello de *lady Emily* y, musitando un: «Lo siento», se giró y abandonó el jardín velozmente. Por su mente pasó el pensamiento de que, en cierta manera, él también la había traicionado, no había sido sincero con ella y además había tratado de convertirla en el objeto de su estúpida venganza; pero aun así, saber que se entregaría a otro, que jamás sería suya, que la había perdido para siempre dolía, dolía demasiado.

## Capítulo 14

*En todo tiempo ama el amigo,  
y es como un hermano  
en tiempo de angustias.*

Proverbios 17:17

*Que el amor de la hermandad permanezca siempre.*

Hebreos 13:1

**S**i alguien pudiera verlo en aquel momento, apostaría lo que fuera a que no lo reconocería. Pero no podía importarle menos. Realmente, esta mañana había amanecido con un humor de perros, muy similar al talante habitual de su amigo el duque.

El carruaje frenó frente a la mansión del susodicho; bajó rápidamente sin esperar la ayuda de su lacayo. El mayordomo de Nick le abrió las grandes puertas y se limitó a hacerse a un lado para dejarle libre paso. Le sorprendió ver que no se molestaba por su irrupción como a menudo, sino que en su rostro se veía alivio. Rápidamente, entregó su sombrero y se encaminó hacia la majestuosa escalera de mármol.

—*Lord* Baltimore, su excelencia no se encuentra en sus aposentos —le dijo a su espalda el sirviente.

—¿Está en su estudio tan temprano? —le preguntó Steve deteniendo su marcha.

—Así es, milord. *Lord* Bladeston lleva encerrado allí dos días completos —respondió él con tono preocupado.

—Maldita sea, lo sabía —dijo Steve cambiando el rumbo hacia el estudio de su amigo.

—Gracias a Dios que ha venido usted. El duque no ha probado bocado alguno y ha rechazado categóricamente nuestros intentos de ingresar al lugar —manifestó el mayordomo siguiéndolo por el pasillo.

—No se preocupe, Smith, lo solucionaré. Solo le pido que prepare agua para el baño y un rápido desayuno. —Le encomendó Steve empujando con decisión la puerta del estudio.

Sin embargo, nada lo preparó para la imagen que encontró al entrar. Nicholas estaba frente a la chimenea apagada, acostado boca abajo sobre el suelo alfombrado, cuan largo era. Sostenía en su mano inerte una botella vacía, iba descalzo y completaba su desastroso atuendo un arrugado

pantalón y una camisa mal abrochada. A simple vista se podía notar que estaba completamente borracho. Y si no lo deducía por su aspecto, la habitación lo confirmaba, pues era un total caos: botellas diseminadas por doquier y los muebles volcados y repartidos por la habitación, como si hubiesen sido estrellados contra las paredes. Era obvio que su amigo estaba peor de lo que creía. Jamás lo había visto ni borracho ni tan siquiera despeinado. Y he aquí un hombre absolutamente irreconocible. No existían dudas de que esa mujer lograba que él alcanzase límites insospechados. Sí que el amor lo había golpeado o, más bien, llevado por delante y arrollado.

Negando con la cabeza, Steven se agachó junto a él y lo sacudió con fuerza. Él se removió inquieto, pero no se despertó. Poniéndose en pie y lanzando un suspiro, el conde lo pateó con la punta del pie. Nick se sacudió sobresaltado, pero luego continuó durmiendo sin inmutarse. Sintiendo que por una vez su paciencia se agotaba, Steven localizó a un costado una copa que aún conservaba agua. De inmediato, la tomó y sin miramientos la vació en la cara de su amigo. Este, al sentir el líquido sobre su piel, se levantó de golpe farfullando y escupiendo agua.

—¿Qué demonios! ¿Qué haces aquí, Baltimore? No estoy disponible para nadie, vete —le dijo furioso cuando logró enfocarlo.

—¿Qué hago aquí? Hasta yo me lo pregunto. Supongo que cumpliendo con mi deber de amigo —respondió encogiéndose de hombros.

—¿De qué diablos hablas? ¡Dios! —renegó a su vez el duque llevando las manos a su cabeza, cerrando sus ojos.

—Hablo de que, a mi pesar, no puedo evitar entrometerme para impedir que arruines tu vida por completo —dijo el conde ayudando a su amigo a ponerse en pie y llevándolo con dificultad hasta uno de sus grandes sillones apostados frente a la chimenea.

—No sé a qué te refieres puntualmente, pero si es a lo que creo, olvídale: es demasiado tarde, ya no hay nada que hacer —balbuceo Nick recostado en la silla con rostro pálido.

—De verdad no puedo creer ¡que justo tú estés diciendo esto! ¡Te has convertido en un pusilánime! ¿Es en serio? ¿Vas a rendirte así de fácil? —lo atusó Steve mirándolo reprobatoriamente.

El duque hizo una mueca agria ante el comentario de su amigo, pero se mantuvo impassible, con la mirada perdida y con su rostro chorreando agua. Steve, frustrado, lanzó un bufido exasperado. Aun así, haría un último intento, pues era más que obvio que Nick se sentía desgraciado.

—Bien, allá tú —soltó encaminándose hacia la puerta—. Si quieres ser un desgraciado infeliz toda tu vida, ¡adelante! —Silencio fue la única respuesta que obtuvo. Rodando los ojos, decidió usar artillería pesada con su tonto amigo—. Pero eso sí: no olvides agregar a tu lista de asombrosas cualidades la palabra *co-bar-de* —deletreó provocándolo.

—¡¡Ella no me quiere!! —rugió el duque levantándose y apretando las manos junto a su cuerpo en fuertes puños.

—Sabes de sobra que no es así, ¿por qué insistes en engañarte? Si es por la misión, olvídale, amigo. Jason era nuestro hermano, sí; pero justo por eso, no le gustaría verte así. Y en última

instancia, ella no es su padre. Tu enemistad no es con Elizabeth, olvida esa venganza de una vez —rebatió Steven girándose hacia él.

—Tú no lo entiendes; ella no me ama, pues aceptó casarse con ese bastardo. No puede ser tan inocente. Si quiere unirse a la basura de Moine... Realmente jugó conmigo mientras pensaba comprometerse con ese asesino. Ella misma lo confirmó: me dijo que no interviniera y me echó de su lado —adujo el duque con expresión dolida y desesperada.

Steve lo estudió en silencio durante unos segundos; luego avanzó un paso y apoyó la mano en su hombro.

—¿Sabes?, muchas veces oí eso de que el amor te vuelve estúpido y viéndote puedo confirmarlo, porque hasta el más imbécil podría haberse percatado de que *lady* Elizabeth no estaba nada complacida con ese compromiso —comentó, escondiendo para sí lo mucho que se estaba divirtiendo con la postura perpleja que esbozaba su amigo.

—¿En verdad lo crees así? —le preguntó Nick frunciendo el ceño.

—No estaría aquí si así no fuera; créeme, salta a la vista que esa joven te ama. —Terminó Steve comenzando a recuperar su buen humor, ante la expresión desconcertada de su amigo.

—Aunque fuese el caso, es demasiado tarde. Las amonestaciones para el enlace se publicaron hace dos días, y la ceremonia debe estar comenzando en este momento —dijo desalentado el duque, tirando de su pelo. Su mirada abatida no se despejaba del suelo alfombrado.

Steve suspiró suplicando paciencia.

—Bueno, me rindo, como tú digas. Es evidente que te has resignado a llevar una vida infeliz. Si además puedes vivir con el hecho de que no ser por tu terquedad, Elizabeth podría haber tenido una vida plena y feliz. —Se encogió de hombros con indiferencia—. Quién soy yo para discutirlo. —Tal y como esperaba, el as que había guardado bajo la manga logró el efecto deseado, porque su amigo levantó la vista de inmediato y la clavó pensativo en él. —Tienes media hora para recuperar tu imagen de duque —lo apremió segundos después, corriendo tras de él.

Nick subió como un rayo las escaleras y corrió por el pasillo hasta su habitación; una vez allí, comenzó a arrancarse la ropa desesperado *¡Maldición, maldición, maldición! Cómo pudo ser tan idiota*. A su cabeza venía la imagen del rostro desesperado de Lizzy en la fiesta: su expresión devastada al oír todas las sandeces que él le dijo.

Rápidamente se sumergió en la bañera y se lavó con frenesí. Si la perdía, sería absolutamente su culpa y no podría perdonarse jamás.

—¡Dios!, por favor, por favor, por favor, dame una oportunidad. No permitas que la pierda. La amo, la necesito y ahora que entendí que ella siente lo mismo, no puedo perderla. Por favor, te lo suplico —rogó una y otra vez mientras se vestía.

—Tu montura te espera en la puerta; yo te seguiré en mi carruaje. Qué bueno que te lavaste, porque apestabas terriblemente —señaló Steve entrando con una bandeja de desayuno mientras mordía una tostada.

—Pues tú no te quedas atrás, ¿qué te sucedió? —respondió Nick terminando de anudar su

pañuelo, ya fuera de la bañera. Rápidamente tomó un sorbo de té, observando el aspecto desaliñado de su amigo, quien solía cultivar una imagen algo desestructurada, juguetona y rebelde. Sin embargo, estaba hecho un completo desastre.

—Ni me lo recuerdes, ahora no es el momento. Pero solo te diré que mientras tú abandonabas airado el baile, yo pasé una noche infernal intentando mantener alejada a tu traviesa hermanita del desgraciado libertino de Gauss —dijo Steven disgustado.

Nick lo escuchó a medias por su prisa de partir. En un santiamén estuvo afuera montado en su caballo.

—Steve, nos vemos allí.

—Por supuesto, ve. ¡Apresúrate! —lo urgió el conde bajando la escalinata, yendo a su coche.

Nicholas asintió tirando de las riendas pero, antes de emprender la marcha, volteó hacia atrás.

—Y, Steve, gracias, hermano —le dijo mostrándole su gratitud y cariño.

—De nada, y ¡recupera a tu mujer, amigo! —le gritó sonriendo a la espalda del duque, que ya se alejaba al galope.

Cuando Elizabeth escuchó que alguien ingresaba a su alcoba, cerró los ojos fingiendo estar dormida. Reconoció los pasos de Celeste, su doncella; esta fue hasta la ventana y descorrió las cortinas. Canturreando alegremente se acercó a la cama y quitó las sábanas, que tapaban su rostro.

—Milady, despierte, le traje su desayuno —le dijo tocando su hombro. Ella no se movió. «Estás siendo muy infantil, Elizabeth». «Sí, lo sé —contestó a su Lizzy interior—, pero cómo quisiera volver a ser niña y esconderme allí, donde no existía el tiempo ni el dolor; solo dormir y soñar por siempre».

—Por favor, señorita, se va a hacer tarde, arriba —la apremió su doncella soltando un suspiro.

Lizzy se apiadó de ella, abrió los ojos y se incorporó en la cama con desgana. Celeste le puso la bandeja sobre las piernas, y comenzó a asear el lugar. Pero como era habitual, apareció su parloteo incesante.

—Ohh, milady, estoy muy emocionada por tener que vestirla hoy. Nunca vestí a una novia; eso seguramente me subirá de categoría. Y cómo desearía poder irme con usted y ser una doncella de una condesa: sería la envidia de todas mis amigas —decía mientras abría su ropero y rebuscaba entre su ropa.

—Por supuesto que irás conmigo; no resistiría mi estancia allí sin ti —dijo intentando ocultar su diversión ante la expresión pasmada de su doncella.

—¿Lo... lo dice en serio? —preguntó girándose a mirarla.

—Pues claro, tú eres mi compañera y amiga. ¿Acaso lo dudabas? —respondió Lizzy tapando su sonrisa en su taza de chocolate.

—¡¡Ooooh, no lo puedo creer!! Es usted un ángel, milady. Gracias, muchas gracias. No se arrepentirá, lo juro —chilló eufórica, y corrió a su lado para besar su mano.

—No es para tanto, y creo que tú te arrepentirás porque no tendrás mucho para hacer, ya que pienso llevar una vida muy tranquila y casera —respondió.

—No lo creo, milady. Y ahora deberíamos apresurarnos, o llegará tarde —le recordó la doncella ayudándola a levantarse.

Poniéndose en pie, Lizzy caminó hasta la ventana y miró el cielo. A pesar de que la primavera casi terminaba para darle paso al verano, el día estaba nublado y gris, tal como sus sentimientos y su estado de ánimo; suspiró triste y abatida.

—Milady, ¿qué le parece este vestido? Es el más hermoso. Solo lo usó una vez y se veía espléndida; además, puede usarlo de día también —le preguntó, sosteniendo frente a ella, aquel vestido que había confinado en el fondo de su guardarropa porque no quería volverlo a ver, ya que le recordaba al demonio de ojos azules y a ese beso arrebatador.

Esta misma noche tendría que recibir algo más que besos. La imagen de ese detestable hombre tocándola le erizaba de impresión todo el cuerpo, y le enfermaba hasta lo indecible.

—Oohh, no, no, no lo vuelvas a hacer. —«Una cosa era decirlo y otra, que su estómago deseara obedecerla», pensó desalentada Lizzy, mientras corría detrás del biombo y vaciaba una vez más el desayuno.

—*Lady Elizabeth*, por favor deje que le informe a su padre de esto. Lleva una semana así: se va a enfermar, ya perdió mucho peso —le decía suplicante su doncella.

—Ya te dije que estoy bien, Celeste. No es necesario que venga nadie. Solo son nervios por la boda, nada más. —Porque por algún lado su cuerpo debía descargar todo el asco, miedo y terror que sentía ante su inminente unión con ese monstruo.

Terminó de limpiarse y caminó hasta su doncella, junto al tocador, para peinar su cabello. Cuando se sentó, hasta ella se sorprendió con la imagen que el espejo le había devuelto. Su rostro estaba demacrado, pálido y ojeroso. Cerró los ojos para evitar su reflejo e inspiró intentando relajarse. *Vamos, tú puedes hacerlo. No eres ninguna cobarde; piensa en la abuela y en Sebastien. Su bienestar es lo más importante.*

Era el día de su boda: el tiempo se había acabado. Lo mejor sería aceptarlo y asumir lo inevitable. Después de ese terrible baile, pasó los siguientes cuatro días encerrada en su habitación, llorando hasta quedarse dormida. Los siguientes dos días, cuando las amonestaciones para el enlace se aprobaron, no tuvo reacción alguna; solo una sensación de frío e impotencia la cubrió por dentro y se instaló en su interior. No obstante, en el fondo, todo ese tiempo, solo estuvo esperando un milagro que le permitiera librarse del cruel futuro que le aguardaba. Aunque pronto, su esperanza desapareció; de eso se encargó muy bien su prima. Con solo recordarlo, volvía a sentir que sus emociones se desbordaban.

La noche anterior se había celebrado su cena de compromiso, a la que por supuesto fue obligada a asistir y a la que estuvo invitada su tía *lady Asthon* y su prima. Emily llegó con una sonrisa muy satisfecha. Ni bien entró, se acercó a ella y la felicitó por su boda. Y admiró a su guapo prometido con sarcástica malicia. Lizzy se mantuvo impassible ante sus pullas, ignorándola

rotundamente, sin entender cómo justo ella podía ser tan cruel. Sabía de primera mano quién era Fermín de Moine, todo el daño que les hizo y cuánto lo odiaban siendo pequeñas. Sin embargo, su fachada indiferente se cayó al oír su siguiente frase:

—Prima, qué maleducado de tu parte. ¿No piensas felicitarme? Creí que compartirías mi felicidad —le dijo ensanchando su sonrisa, al ver la expresión confundida de Lizzy—. Ooh, no te preocupes, entiendo que no tengas cabeza para nada más. Seguramente no te enteraste de que yo también pronto estaré casada. —Ella la miró en atónito silencio, lo que provocó que la otra sonriera burlándose—. Justo cuando anunciaste tu compromiso, hace una semana, recibí una propuesta del apuesto duque de Stanton. —Sus palabras fueron como un duro golpe en el centro de su estómago.

Sintiendo sus piernas flaquear y todo girar a su alrededor, se esforzó por mantenerse en pie y no demostrarle cuánto le afectaba la noticia.

—Fue ¡tan romántico! Cuando me besó creí que moriría allí mismo —continuó Emily, fingiendo un tono confidente, escarbando sin piedad en la herida, mientras clavaba sus verdes ojos en ella.

Y ese fue el instante en que Lizzy percibió cómo todo resquicio de vida en su interior moría irreversiblemente. Cada una de sus palabras mataba su fe en el amor, su sueño de hallar una persona para amar y ser amado, sus ilusiones de un futuro feliz. Pero sobre todo, mataba la esperanza que la mantenía de pie. Porque *él* era el milagro que había esperado. Qué tonta, ingenua y estúpida fue. Él nunca vendría; Nicholas no la salvaría jamás.

Su doncella se marchó para preparar su vestido color ocre, que tendría que servir; pues su padre le había ordenado ir con una modista para preparar su ajuar, pero ella se había negado rotundamente. Y ella se quedó contemplando el peinado que llevaría aquel día, pensando que tal vez haberse enterado del compromiso de Nicholas era lo mejor. Aunque la devastara darse cuenta de que el duque ya la había olvidado, era lo único que lograría que ella se resignara ante su destino. Y a pesar de que nada podía arrancarlo de su alma y su corazón, ni tan siquiera lograr que pudiera dejar de amarlo por un segundo, saber que tal vez él sería feliz la ayudaba a aceptar lo que vendría con mayor entereza.

Un golpe en la puerta la sacó de sus fúnebres pensamientos. Y después de que ella elevara la voz autorizando la entrada, vio aparecer a su hermano, vestido con su traje para la boda. Él le sonrió con calidez y Lizzy no pudo evitarlo; levantándose con premura, se lanzó a sus brazos. Sebastien se tambaleó un poco, pero rápido la envolvió en un protector abrazo.

—Pequeña, no es tarde; todavía no entiendo por qué aceptaste a ese tipo —dijo él susurrando en su oído—. ¿Seguro que quieres hacer esto? No tienes buen aspecto y ya supe que has estado aquí encerrada toda la semana —siguió diciendo su hermano, separándola un poco para examinarla intensamente.

Lizzy bajó la mirada y retrocedió un paso. Fingiendo examinarse en el espejo, trató de responderle con su habitual tono decidido.

—Sí, estoy segura: estoy aburrida de Londres. Y aunque padre me impuso este matrimonio en

un principio, pronto noté sus múltiples ventajas —dijo ella, obviando deliberadamente su observación sobre su físico y el encierro.

—Pues me encantaría oírlos, porque lo único que veo es que te casarás con un hombre al que desprecias, al igual que lo hago yo, de más está decirlo —alegó él cruzando ambos brazos en su pecho.

—Baah, eso es pasado y los beneficios son obvios: no solo formaré una familia, sino que podré regresar a casa junto a la abuela —dijo mintiendo descaradamente, sosteniendo sin parpadear la mirada a Sebastien.

—Bien, si estás tan segura, deberé aceptarlo. Sin embargo, no pienses que se me olvidará que, tan solo una semana atrás, parecías estar embobada por ese duque engreído —dijo con ironía, arqueando una ceja ante el silencio que obtuvo por respuesta.

—Solo prométeme que si por un segundo te arrepientes, recordarás que cuentas conmigo incondicionalmente —le pidió su hermano luego de un momento de escrutinio.

—Claro, lo recordaré, lo prometo. Ahora vete para que pueda prepararme —respondió empujándolo hacia la puerta, antes de que su máscara cayera y se dejara llevar por la desesperación y angustia.

—Oouchh, por primera vez experimentó cómo se siente que una bella dama te eche de su alcoba y no intente retenerte a toda costa —le dijo Sebastien con mirada pícaro, ganándose un golpe correctivo de parte de ella. Riendo él cerró la puerta. Lizzy, bufando, se dejó caer en la silla de nuevo. Intentaría tomar fuerzas para comenzar con su indeseado ritual de novia. Ya no podía posponerlo más; en media hora estaría casándose con el hombre que más despreciaba en el mundo entero. Eso era un hecho que sin duda marcaba el final de la historia de amor entre el duque y ella.



## Capítulo 15

*El caballo se prepara para la batalla,  
para el día de la victoria. Pero el salvar es de Jehová.*

Proverbios 21:31

*De manera que el que la da en casamiento hace bien,  
y el que no la da en casamiento hace mejor.*

1 Corintios 7:38

Si bien esto no era una historia romántica —de esas que tanto le gustaban a su hermana—, sino la vida real, no por eso dejaba de frustrarle menos el hecho de que, en ese momento, estaba muy lejos de parecerse al gallardo príncipe que galopa velozmente al rescate de su amada. Muy lejos. Es más, ni siquiera estaba encima de su caballo en esos momentos, sino caminando junto a él, llevándolo de las correas. *Maldición, a este paso llegaría cuando Elizabeth estuviera dando a luz a su primer hijo.*

Una vez pudo sortear esa calle atestada de carruajes, carros de mercadería y gente, montó nuevamente y aceleró la marcha todo lo que pudo. «Hay que ser realistas: eso es Londres a plena mañana, no un prado verde solitario», pensó, intentando hallar algo de humor, para calmar sus emociones, que estaban al borde del colapso.

Pronto visualizó la iglesia de St. George, donde se llevaría a cabo la ceremonia. La calle estaba a rebosar de coches, pero no había personas pululando fuera, y las grandes puertas estaban cerradas. *Rayos, la ceremonia ya se había iniciado*, por lo que su plan de esperar a que el carruaje de la novia llegara y secuestrarlo antes de que ella bajase quedaba descartado. «Ooh, Dios, no me digas que es tarde, que ella ya se entregó a ese mal nacido. Por favor, nooooo», pensó frenético, sintiendo su corazón desgarrarse y el cuerpo temblando intensamente. Todavía en su montura, Nick miraba desesperado las puertas de robles, considerando sus opciones y no encontrando ninguna efectiva. En ese momento, desde el interior oyó un sonido amortiguado de aplausos. Entonces, mandando todo al diablo, clavó los talones en los flancos de su caballo y este salió disparado hacia adelante. El animal subió como un rayo las escalinatas de piedra. Cuando se aproximaba a las inmensas puertas, Nick soltó una mano de las riendas y las empujó con todas sus fuerzas. Estas se abrieron violentamente, dando paso al caballo que había irrumpido en el recinto

relinchando. Nicholas dio un fuerte tirón para que este se frenara, lo que causó que el animal se encabritase, elevándose en su dos patas traseras.

La exclamación de sorpresa que todos los presentes lanzaron al presenciar su irrupción se convirtió en gritos de pánico y terror, y decenas de personas se apartaron en tropel hacia los costados para evitar ser aplastados. Instintivamente, el duque apretó sus piernas sobre el caballo y aflojó su agarre, lo que calmó al acelerado animal, que se apoyó en sus cuatro patas.

—¿Qué significa esto, Stanton? —le dijo la airada voz del conde de Mousse.

Nick se bajó ágilmente del caballo y le pasó las riendas de este a un caballero parado junto a él, quien las sostuvo con gesto de pánico. Entonces, miró hacia el altar. Allí estaba Elizabeth, más exquisita de lo que recordaba. Tan hermosa que volvió a quitarle el aliento, como la primera vez en que la vio en ese balcón y con ese mismo vestido. Sus miradas se entrelazaron inmediatamente: la de ella, pasmada; la de él, decidida.

Sin perder tiempo recorrió el amplio pasillo, ignorando los gritos de advertencia del francés y los de alarma e incredulidad de los asistentes. Sin despegar su vista de la joven, que lo contemplaba en atónito silencio con los ojos abiertos de par en par y con el rostro pálido, acortó la distancia que los separaba hasta detenerse justo frente a ella.

En el altar estaban el contrariado sacerdote, Moine, Gauss y *lady* Ashet, que supuso oficiaban como testigos, y el marqués permanecía junto a *lady* Asthon.

—Llegas tarde, Stanton, ella es mía. Ya hemos intercambiado los votos y justo ahora el Padre nos declaraba marido y mujer. A partir de este momento, haré lo que me plazca con ella —le dijo Moine interponiéndose entre él y la joven.

—Solo te diré tres palabras: apártate... del... camino —le impelió Nicholas en un ronco y grave murmullo, transmitiéndole toda la rabia que sentía

—Ni lo sueñes, y ahora vete para que pueda besar a mi novia —le respondió el conde con una maliciosa sonrisa.

Nick apretó las mandíbulas y, a continuación, levantó un brazo y estrelló su puño en la cara del conde, el cual chilló de dolor y cayó desparramado hacia atrás, impactando en el suelo sobre su trasero. Pasando sobre él, se paró frente a Elizabeth y clavó sus ojos en ella, tratando de transmitirle todo lo que sentía.

—Su excelencia, esta es la casa de Dios, no puede irrumpir de esta forma. Le ruego guarde la compostura y me explique qué pretende interrumpiendo la ceremonia —carraspeó nervioso el sacerdote.

—Mis disculpas, solo vengo en busca de la mujer a la que pertenece mi corazón. Y si ella acepta acompañarme, con gusto me retiraré —respondió sin mirarlo y extendiendo su mano hacia ella, dejándole la oportunidad de decidir.

Ella abrió los ojos más aún y, luego de un segundo de estupor, aceptó su mano y la colocó sobre la del duque. Nicholas sonrió, apretó su palma y de un tirón la pegó a su cuerpo. Elizabeth soltó un jadeo que Nick sofocó besándola a la vista de todos los invitados, que murmuraban

escandalizados, tomando sus labios con desbordante pasión y voraz ímpetu, profundizando cuando Lizzy le correspondió con ardor. Ella se tambaleó y cayó hacia adelante desvanecida. Él, sorprendido, se apresuró a sujetarla y, aprovechando el momento, la cargó sobre su hombro y giró para marcharse. Pero nuevamente fue interrumpido; esta vez por una enfurecida *lady* Emily.

—¡Pero, qué hace! No puede huir con ella, no lo permitiré. Elizabeth ya se casó y usted está interesado en mí. ¡Tiene qué casarse conmigo; todo está arreglado! —gritaba frenética y furiosa. Desconcertado, Nick miró a su alrededor buscando a Steve para derivarle a esa loca. Pero su amigo estaba ocupado tratando de contener al ofuscado marqués, que intentaba frenar el caudal de sangre que brotaba de la nariz de Moine.

El sacerdote se adelantó para calmar a la joven.

—Milady, tranquila. Su prima no está legalmente casada, pues no he podido concluir la ceremonia y los novios ni siquiera firmaron los papeles y certificados. —Al oír eso, Emily se desquició más todavía y comenzó a gritar improperios e incoherencias. Pero rápidamente, el hermano de Elizabeth la tomó por los hombros, impidiéndole avanzar hacia ellos.

Liberado el pasillo, Nicholas se dirigió hacia la salida. Depositó sobre el caballo el cuerpo desmayado de la joven boca abajo, y luego se subió dándose un impulso. Acomodó a Elizabeth en su regazo y giró al animal hacia afuera. Pero el grito de Gauss detuvo su partida.

—¡¡Bladeston!!... Cuidala —le dijo haciéndose oír entre los gritos de los presentes, cuando volteó hacia él.

Nicholas pudo ver en su mirada el amor y la preocupación que sentía por su hermana. Por lo que le demostró, a su vez, con un gesto, que compartía sus sentimientos.

—Con mi vida —prometió elevando su voz con solemnidad. Y acto seguido, abandonó el lugar y se sintió, por primera vez en veintiocho años, feliz, afortunado e inmensamente rico.

Con los ojos fuertemente cerrados, Lizzy solo pudo respirar tranquila cuando percibió que dejaban atrás la ciudad. Los brazos de Nicholas la rodeaban protectoramente mientras ella, sentada sobre el caballo sobre su costado, apoyaba su cabeza en su fuerte pecho.

Ya que podía por fin relajarse, sentía el calor del cuerpo del duque pegado a ella. Su respiración rozaba su frente haciéndole cosquillas; su aroma masculino inundaba sus fosas nasales logrando que su cabeza diera vueltas otra vez. Cuando él depositó un ligero pero íntimo beso en su frente, el corazón de Lizzy se desbocó comenzando a latir aceleradamente; de inmediato, sus mejillas se pusieron rojas de vergüenza al pensar que seguramente el duque podía sentir cómo su beso la había alterado.

Todavía no podía creer que estuviera allí con él entre sus brazos. No lograba salir de la euforia que le producía el hecho de que él había ido por ella. Hace no más de una hora, se encontraba en la puerta de la iglesia, sentada en su carruaje, intentado reprimir sus náuseas, tratando de encontrar la fuerza necesaria para descender del coche.

Cuando estuvo en el altar enfrentando su fatídico destino, creyó que todo estaba perdido; por lo que dejó de sentir, pensar y responder, limitándose a seguir el ritual de la ceremonia, mientras su primo le apretaba dolorosamente la mano. Y en ese instante fue cuando un gran estruendo interrumpió las siguientes palabras del sacerdote: «Los declaro marido y...».

Lizzy escuchó a un caballo relinchar y se giró a mirar. Atónita, lo vio desmontar de su enorme corcel color ébano y clavar su mirada penetrante en ella, lo que hizo que sus piernas temblaran fuertemente. Moine la pegó a su lado, como advirtiéndole que no intentara nada. El duque avanzaba por el pasillo, decidido, hacia ella, lo que le recordó la primera vez en que la había visto. En aquella oportunidad, había pensado que parecía un peligroso felino que acechaba a su débil presa, y deseó huir. Mas en ese momento, seguía pareciéndole un felino, pero esta vez solo deseó correr a sus brazos.

Sin embargo, el conde se puso en el medio y Lizzy tuvo miedo por el duque, ya que Fermín no la dejaría ir así de fácil; pero nunca se esperó lo que Nicholas hizo a continuación. La visión de su primo volando hacia atrás, chillando de dolor y sobándose su trasero era lo mejor que había visto en su vida y compensaba, con creces, las lágrimas que había derramado.

Entonces, lo tuvo parado frente a ella y ya no pudo coordinar un solo pensamiento coherente; solo era capaz de mirarlo, tomar su mano, sentir su calor. Y si antes sus piernas habían temblado, cuando el duque se apoderó de sus labios y su boca recorrió la suya hasta el último rincón, sus rodillas se doblaron literalmente y su cuerpo se aflojó completamente, y se apoyó rendida sobre él. Y no solo por su beso, sino por sus palabras. Saber que ella era la dueña de su corazón, como él era el dueño del suyo, había resucitado su ser entero, devolviéndole el alma al cuerpo.

Así que nada a su alrededor le interesaba, solo estar así cerca de él y que nunca la soltase; por lo que se limitó a quedarse pegada a él, con sus ojos cerrados. El duque pareció creer que se había desvanecido, porque la levantó y la puso sobre su hombro izquierdo. Ella se aprovechó de esto dejándolo hacer y, a pesar de que su trasero puesto hacia arriba quedó expuesto, a Lizzy no pudo importarle menos. Lo único que deseaba fervientemente era permanecer a su lado y huir de ese lugar antes de que su padre o el conde los detuvieran. No quería volver a perderlo ni que la separaran de él nuevamente.

Y su deseo se cumplió; no sabía cómo lo iban a lograr ni qué le deparaba el futuro, pero sí lo tenía a él, tal y como ahora, lo tenía todo. Nada más importaba porque a su lado conoció la felicidad. Por fin sabía lo que significaba ser plena y absolutamente feliz.

Sus pensamientos fueron interrumpidos, cuando el duque frenó su caballo. Después se apeó y la tomó en sus brazos para bajarla del animal. Lizzy prefirió seguir desmayada porque de repente la invadió la timidez. No sabía cómo actuar con el duque; es más, ni siquiera sabía dónde se encontraban ni qué haría a continuación.

Nicholas caminó con ella un trecho, luego se sentó y la apoyó en su regazo. Sacó el brazo de detrás de sus rodillas, pero su brazo izquierdo siguió sosteniendo su espalda. Lizzy lo oyó suspirar, sintiendo cómo su dedo acariciaba con ternura su mejilla, lo que logró que su cuerpo se

estremeciera.

—Ya puedes abrir los ojos, Elizabeth; estamos a salvo —le dijo de repente. Ella se sobresaltó nerviosa. ¡*Ohh, por Dios, que me trague la tierra! ¿Él se dio cuenta de que fingí todo el tiempo?*  
—Aaaah, qué torpe soy. Olvidé que tengo en mis brazos a la hermosa Blancanieves. Ya la he rescatado y ahora debo despertarla con un beso —siguió diciendo el duque. En su voz podía percibirse la risa.

Sin inmutarse, ella recibió el más dulce de los besos: sus labios rozaron su boca suavemente, como si se tratase de un pétalo que acariciaba su piel. De inmediato se erizó todo el vello de su cuerpo.

—Despierta, *doulce Alinne* porque, teniéndote así de cerca, me da la impresión de que estás a mi merced, y no creo que mi cerebro pueda seguir conteniendo los locos impulsos de mi cuerpo —le dijo Nicholas susurrando en su oído con voz ronca.

De inmediato Elizabeth abrió los ojos y su mirada chocó con la suya. Sus ojos azules estaban un poco oscurecidos, pero tenía una sonrisa muy grande. Parecía estar divertido y cuando ella, a su pesar, se ruborizó intensamente, él echó la cabeza hacia atrás y rio lanzando múltiples carcajadas.

Sacando de lado el punto de que le agradaba escucharlo reír, Lizzy frunció el ceño, ofendida, por ser el objeto de su descarada burla.

—¿Qué es tan divertido, excelencia? —le dijo achicando los ojos y cruzando los brazos en el pecho.

—Pues el hecho de que, primero, eres temeraria y audaz fugándote de tu boda; luego eres pícaro y traviesa fingiendo ser una débil damisela desvanecida y, para terminar, te pones nerviosa y tímida ante mi presencia y contacto —respondió él, dejando de reír para mirarla con auténtico regocijo y con los ojos brillantes.

Ella abrió los ojos con cada palabra que decía, y sus mejillas se tiñeron de un rojo furioso, pero se negó a reconocer su descripción, que había hecho a la perfección, por cierto.

—No sé de qué me hablas; tú me raptaste de mi boda vilmente y yo no pude soportar la situación, por lo que mi cuerpo perdió el conocimiento —dijo ella con teatralidad.

—Pues no me pareciste nada reacia, ni mucho menos atemorizada, cuando me besaste apasionadamente sin pudor alguno, además —rebatió él negando con su cabeza y con un chasquido de su lengua.

—¡No es cierto!, yo solo... solo... —argumentó ella sofocando una ofendida exclamación, tartamudeando indignada.

—Ya, me devolviste el beso descaradamente. Pero no te preocupes, no albergo ninguna objeción o queja por ello. Muy al contrario: espero, anhelo y desespero por que lo repitas asiduamente —la cortó él sonriendo y depositando tiernos besos por toda su cara.

Lizzy rio encantada, tratando de escabullirse de su regazo. Cuando giró su cabeza, cayó en cuenta de que no tenía la menor idea de dónde estaban. En ese momento se encontraban sentados bajo un gran roble que, con sus grandes ramas, los protegía del fuerte sol de mediodía. Sol que,

paradójicamente, comenzó a brillar en el horizonte después de que ellos emprendieran su aventura.

Con un último beso en su nariz, Nicholas la ayudó a ponerse en pie haciendo lo propio. Mientras, él se sacudía su ropa que, coincidente, mágica o casualmente, era la misma que había llevado en ese baile donde se besaron por vez primera vez. Lizzy se dedicó a inspeccionar el entorno con curiosidad. Era un hermoso paisaje con verdes colinas y flores de todo tipo, y a lo lejos se podía ver una pequeña y pintoresca edificación de piedra.

—Elizabeth, ven aquí —la llamó el duque extendiendo una vez más su mano hacia ella. Lizzy la tomó de inmediato y, cuando se unieron, no pudo evitar sonreír como una boba—. ¿Qué vamos a hacer? —le preguntó cuando él comenzaba a bajar la colina con ella. Él se detuvo y, girando hacia ella, alzó una ceja pícaramente.

—¿No es obvio, milady? Vamos a casarnos.

## Capítulo 16

*Atráeme; en pos de ti correremos. Nos acordaremos de tus amores más que del vino; con razón te aman.*

Cantares 1:4

*Pero su alma se apegó y se enamoró de la joven, y habló al corazón de ella.*

Génesis 34:3

Aunque si fuese por él, se quedaría eternamente allí, sentado bajo ese árbol con ella entre sus brazos, eso no era una posibilidad, pues todavía no estaban fuera de peligro. Mientras sacudía su ropa, Nicholas observó deambular a Lizzy. Ella todavía no había dicho nada acerca de sus sentimientos ni de lo que esperaba del futuro. Pero en ocasiones, las palabras sobran; por lo menos para él, ya que tenía la absoluta certeza de que ella lo amaba. Lo sentía en sus besos, en su manera de mirarlo y en la confianza que había depositado en él.

Caminó hasta Lizzy y la llamó extendiendo su mano hacia ella. El hecho de que la tomara sin dudarle, y de su sonrisa tierna al hacerlo, le henchía el corazón de felicidad y de orgullo. *Mi mujer, mi esposa, mi amor.* Eso era para él; solo faltaba firmar el papel que lo legalizara ante todos. Con eso en mente, comenzó a descender con ella la colina, dispuesto a reclamar lo que ya consideraba suyo.

—¿Qué vamos a hacer? —Le oyó preguntar con voz temblorosa. Se giró a mirarla: parecía algo confundida—. ¿No es obvio, milady? Vamos a casarnos —dijo viendo cómo sus ojos se abrían como platos.

Sin darle tiempo a replicar, tiró de ella colina abajo. Pronto llegaron hasta la entrada de la capilla, por donde Nick se adentró sin demora. De pronto sintió que la joven se frenaba de golpe y clavaba sus pies en la tierra.

El pintoresco edificio resultó ser una pequeña capilla; parecía sacada de un cuento, con su camino de piedra enmarcado por flores multicolores. Elizabeth no podía dejar de sentirse como una princesa, caminando de la mano de su apuesto príncipe. Es cierto que el amor te vuelve algo boba, pero ella era una romántica empedernida, y no había nada que hacer al respecto.

Pero al avistar la puerta de la capilla, Lizzy comenzó a ponerse un poco nerviosa. Las manos,

que todavía llevaba enguantadas, le sudaban. Con cada paso que daban hacia la iglesia, su resquemor se acentuaba. «Oh, Dios mío, realmente me estoy por casar», pensó emocionada y atemorizada a la vez.

No era que su corazón albergara la mínima duda sobre lo que sentía por el duque. No; estaba claro que lo amaba con cada fibra de su ser. Lo que la inquietaba era que si bien él había dicho que su corazón era de ella y además la había rescatado, todavía no le había dicho qué exactamente sentía él, y eso no podía pasarse por alto. Ya que no resistiría casarse, vivir cada día a su lado amándolo desesperadamente, y recibir cariño y mera pasión por parte de Nick. Lizzy necesitaba confesarle sus sentimientos y saber si eran recíprocos; de lo contrario, no seguiría adelante con eso.

Ante esta impresionante revelación, sus pies se clavaron en el suelo, negándose a dar un paso más. Nicholas giró mirándola interrogante.

—¿Qué sucede, mi amor? —*Mi amor... eso sonaba absolutamente celestial.* Sobre todo, dicho por esos seductores labios. Y las mariposas en su estómago confirmaban eso.

—Eehh..., lo siento..., es decir —balbuceó ella sin saber cómo expresar el tumulto de emociones que vibraba en su interior.

Nick le puso una mano en su mejilla, recorriendo con sus ojos toda su cara. Pareció encontrar algo, porque su expresión cambió de tierna a preocupada.

—¿Pasa algo? Puedes decirme lo que sea —le instó alentándola a seguir.

—Humm... no creo poder casarme así —soltó de un tirón, antes de arrepentirse, cerrando los ojos para evitar ver su reacción. Silencio fue todo lo que obtuvo por respuesta. Pero sabía que él seguía ahí, pues su mano aún sostenía la suya, aunque había quitado la otra de su rostro. Temerosa, abrió los ojos y lo miró. Su cara era un poema: estaba boquiabierto, estupefacto, con una expresión sorprendida, confundida y algo dolida—. ¿Nick? —dijo ella sin poder resistir un segundo más el incómodo silencio.

Él la soltó y se alejó un paso, llevando sus manos a la cabeza, tirando de su pelo. Parecía frustrado, y su mirada penetrante comenzaba a inquietarlo. Entonces, él endureció su mandíbula, y los rasgos de su cara adquirieron un matiz peligroso y sombrío. Lizzy reconoció esa mirada felina y esa postura depredadora de inmediato, por lo que se estremeció de expectación; sí, era excitación lo que sentía, no temor. Estaba confirmado: se había vuelto loca de remate.

—¿Nick? —repitió dando un cauteloso paso hacia atrás.

Él captó su gesto precavido y, alzando una ceja, le dijo:

—No te muevas. —Su voz grave le dio un cariz amenazante a sus palabras; por lo que, sin perder un segundo, alzó sus faldas y huyó despavorida.

—¡¡¡Elizabeeeth!!! —Le oyó gritar detrás. Riendo a carcajadas, aceleró, alejándose del duque con asombrosa rapidez. El haber quedado huérfana de madre y luego criarse en el campo con un hermano varón como compañero de juegos la convirtieron en una auténtica salvaje.

Nicholas no se quedaba atrás, y cuando giró comprobó que le pisaba los talones.



—Ven aquí, pequeña cobarde —le gritó él, con evidente diversión.

Lizzy decidió que era momento de hacer su movimiento maestro: el que le había enseñado Sebastien y que siempre funcionaba. Desaceleró un poco su carrera, aparentando cansancio. Por el rabillo del ojo, pudo ver que él lo notó, porque también redujo su velocidad y sonrió arrogante. Triunfal, Elizabeth viró de improvisto hacia la derecha, corriendo velozmente hacia un conjunto de altos árboles, decidida a buscar refugio allí. Sabiendo que podría arriesgar su reciente victoria, miró hacia atrás incapaz de reprimir su curiosidad.

Nicholas se había frenado desconcertado por su magistral maniobra, lo que provocó alegres carcajadas en la joven. Ante esto, él la fulminó con una expresión que prometía venganza. Y se movió tan velozmente que Lizzy lanzó un grito de alarma. En un parpadeo lo tuvo justo a su lado y pasó de correr a volar por el aire. Gritando de asombro, Lizzy se sostuvo del cuello de Nick. Él redujo la marcha totalmente y la dejó parada sobre el suelo. En un segundo se cernió sobre ella, acorralándola contra el tronco de un árbol. Colocó ambos brazos junto a su cabeza y la apretó con todo su cuerpo.

Ambos respiraban agitados por la carrera, lo que provocaba que sus torsos se rozaran íntimamente. Con la mirada aturdida clavada en él, Lizzy observó cómo esbozaba una sardónica y perezosa sonrisa.

—Así que mi dama no puede casarse así. Bien, lamento informarle que no puedo aceptar eso. Creí que las cosas entre nosotros estaban más que claras, pero parece que me equivoqué —dijo él arrastrando la voz.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué cosas? —respondió ella inquieta. Él bajó la cabeza hacia ella, deteniéndola a un milímetro de sus labios.

—No te preocupes, *doulce Alinne*, estás a punto de averiguarlo.

La puerta del carruaje se abrió; el corpulento hombre subió tratando de acomodarse en el reducido espacio. Las cortinas no estaban corridas, por lo que la luz de mediodía no iluminaba el interior y lo mantenía en penumbras.

El tipo que lo había contratado hace unos meses hacía grandes esfuerzos para ocultar su identidad, aunque era obvio que se trataba de un noble adinerado. «Por mí, está bien; la paga es más que buena y eso es lo único que me interesa», pensó el tosco hombre encogiéndose de hombros, acostumbrado a las excentricidades de la clase superior.

—Y bien, ¿tiene la información que le pedí? —dijo con su tono impaciente habitual.

—Sí, milord —respondió mirando hacia el hombre oculto en la oscuridad.

—Bueno, dímelo de una vez: ¿quién es? —preguntó el noble.

—No es solo uno, sino dos. Ambos hombres han estado siguiendo al marqués de Arden en casi todas sus salidas diurnas. Me costó conseguir sus nombres, pero lo logré: se trata del duque de Stanton y del conde de Baltimore.

—¡Maldito Stanton! —exclamó con furia, golpeando con un puño su carruaje. Luego pareció controlar sus impulsos—. ¿Sabe dónde está el duque? Baltimore no me interesa por ahora; ya me ocuparé del conde después.

—Sí, milord, seguí sus instrucciones de no perder de vista al tipo que andaba tras el marqués de Arden. Esta mañana protagonizó un escándalo irrumpiendo en la iglesia de St. George y huyendo con la novia a caballo —dijo el hombre con una mueca burlista en su rostro cubierto de cicatrices.

—Sí, lo sé —lo cortó molesto su jefe—. ¿Pero lograste seguirlo en su huida? —Sabiendo que esa información era muy valiosa para el noble, sonrió mostrando sus dientes podridos—. Así es, milord, tengo la ubicación exacta del duque y su deliciosa novia.

Sintiendo cómo Elizabeth tomaba aire abruptamente, Nick cubrió su boca con sus labios y la besó tratando de transmitirle todo lo que sentía. Ella gimió respondiendo y rodeó de inmediato su cuello con sus brazos, apretando su cuerpo contra el suyo. Fue el turno de gemir de Nick, quien intentó controlarse, despegó las manos del tronco del árbol y la tomó de la cintura pegándola más aún a su cuerpo. Sin darle tregua, profundizó el beso y bebió de ella volviéndose loco por su aroma y su sabor. Cuando la rodeó más con los brazos y quedaron unidos de pies a cabeza, Nick percibió que la joven se sobresaltaba ligeramente. Sabía que ella podía sentir la evidencia física que provocaba ese beso en él. Y con una mueca divertida y frustrada a la vez, decidió que era el momento de poner un poco de distancia entre ellos. Separó sus labios y se alejó un paso, respirando agitado, como si hubiera corrido ida y vuelta hasta Londres.

Elizabeth lo miraba con esos preciosos ojos violetas, un poco oscurecidos, abiertos de par en par. Su pecho subía y bajaba acelerado y sus labios perfectos estaban rojos por sus besos. «La imagen que presenta es demasiado para cualquier hombre», pensó desesperado Nick, llevando sus manos a la cabeza, sin poder despegar la vista de esa hechizante visión. El cabello castaño claro de la joven caía parcialmente por su espalda y sus múltiples mechones rubios brillaban por la luz del sol. Parecía una ninfa del bosque: demasiado hermosa para ser real.

Pero eso no era lo único que lo cautivaba de ella, sino todo lo que sentía estando a su lado. No había dudas de que esa mujer era el eje central que ponía en funcionamiento su mundo. Decidido, Nick se acercó nuevamente hasta ella y le puso un dedo bajo la barbilla, mientras clavaba sus ojos en los suyos intensamente

—Elizabeth, dices que no puedes casarte así y no sé qué pasa por tu cabeza ahora, pero tengo claro lo que sí por la mía. Me estoy por casar, no por capricho, obligación, conveniencia o lujuria; quiero casarme contigo porque te necesito, porque desde el primer instante en que te vi, me cautivaste irremediablemente. Con solo una mirada, transformaste mi mundo completamente, iluminaste la oscuridad en mi interior, llenaste el vacío en mí. Antes de ti solo me limitaba a existir, pero cuando tú llegaste volví a vivir. Tú me devolviste la esperanza y la felicidad: trajiste

vida a mi hastiada existencia .Tú, con tu ternura, tu generosidad, tu alegría y tu picardía me enseñaste a amar. Te amo, Elizabeth, con cada fibra de mi ser, con cada rincón de mi corazón. Te amo con todo lo que soy, para bien o para mal, para tu pesar o tu dicha; te amo y me tienes incondicionalmente para ti, porque nada ni nadie en este mundo logrará jamás que me aparte de ti —confesó con la voz todavía enronquecida.

Dicho esto, esperó sin apartar la vista su reacción. Lizzy parecía pasmada y clavada en su sitio. Ni siquiera aparentaba estar respirando.

—¿Elizabeth? —musitó Nick comenzando a ponerse nervioso por su silencio. Ella se soltó de su agarre, y pasó por su lado dándole la espalda. Luego caminó alejándose de él—. ¿Elizabeth? —repitió dando un inconsciente paso hacia ella, sin entender qué le sucedía. Entonces ella miró hacia atrás y arqueó una ceja.

—¿Qué está esperando, su excelencia? Si llega después de la novia, creerán que es usted un coqueto —dijo ella con una gran sonrisa.

Nicholas la miró sardónicamente y comenzó a caminar presuroso hacia ella. Cuando llegó a su lado, la levantó en el aire sin detenerse. Lizzy lanzó una exclamación sorprendida y se sujetó riendo. Con ella en brazos, emprendió la marcha hacia la capilla.

—Antes muerto que coqueto —proclamó sonriendo, para recuperar la seriedad rápidamente—. No creas que no me he dado cuenta de tu intención. Tienes suerte de que debemos apresurar el trámite del casamiento. Pero esta noche, sin falta, me dirás qué piensas de lo que acabo de confesarte, pequeña bribona. —Terminó, dándole un ligero beso en la frente.

Lizzy se encogió al oírlo, pero se salvó de responder porque ya estaban ante las puertas de la iglesia. Nick la depositó en el suelo y procedió a sacarle las hojitas del cabello y del vestido, cubierto por una gaza dorada. Ella sacudió su chaqueta color gris; estaba muy elegante con ese chaleco gris con vetas y corbata dorada. Él se paró para acomodar sus mangas y ella aprovechó para peinarse un poco. Como su peinado estaba desecho, decidió terminar de soltárselo y trató de peinarlo con sus dedos.

El duque inspiró aire de golpe, cuando alzó los ojos y la vio. Lizzy se sonrojó y le dio una tímida sonrisa. De improviso, Nick se giró y volvió por el camino. Curiosa, lo miró agacharse y recoger algo. Sonriendo regresó a su lado, le colocó una flor blanca en la oreja y una igual en el bolsillo de su chaqueta. Luego dio un paso atrás mirándola con los ojos encendidos.

—Absolutamente hermosa —le dijo en un susurro. Y girando hacia las puertas, le ofreció galantemente un brazo diciendo—: ¿Entramos, *lady* Elizabeth?

## Capítulo 17

*Racimo de flores de primavera. Es para mí,  
mi amado.*

Cantares 1:14

*Me rodearon ondas de muerte, y torrentes de perversidad  
me atemorizaron.*

2 Samuel 22:5

Aunque intentaba aparentar tranquilidad y seguridad, lo cierto era que por dentro Elizabeth era un manojo de nervios; casi no podía creer lo que sucedía. Estaba con el hombre que amaba, en minutos se casaría con él y, para completar su inaudita dicha, Nicholas le había confesado estar enamorado de ella. *¡Él la amaba!, ¿se podía ser más feliz? ¡Imposible!* Tenía la absoluta certeza de que era la mujer más afortunada y feliz sobre la Tierra. Nick le sonrió y, ofreciendo un brazo muy galantemente, dijo:

—¿Entramos, *lady* Elizabeth?

Lizzy sintió sus piernas temblar debido a los nervios y a la anticipación, pero se apresuró a tomar su brazo con una radiante sonrisa. Juntos ingresaron a la pequeña capilla, que parecía desierta a esa hora. Mientras, ella observaba el lugar, sus bancos de madera a los lados, sus pequeñas ventanas de colores; al fondo, un altar consistía en una pequeña mesa cubierta por un bello mantel blanco y sobre esta había un candelabro y una gran biblia.

Nicholas le explicó que la capilla solo era de uso familiar para ceremonias, velorios, bautizos y demás. Para ello venía el sacerdote, que tenía la iglesia de la zona a solo unas pocas leguas. El pueblo llevaba como nombre el título de su ducado: se llamaba Stanton y quedaba en Cotswold, Gloucestershire. Había ido creciendo alrededor de una casa feudal, construida en 1535 por un antepasado del duque, a la que posteriormente llamaron: Sweet Manor. Era la residencia de campo principal del ducado. Así que todas las tierras de los alrededores y del pueblo eran suyas, aunque estas últimas las había cedido a sus habitantes, que no superaban los cien en número.

En ese momento el vicario ingresó por una puerta lateral, y al verlos sonrió afablemente. Era tal como uno podría imaginar a un predicador: estatura promedio, de tez pálida y un poco calvo. Él se les acercó presuroso a saludarlos.

—Su excelencia, milady. Buenos días o, más bien, buenas tardes —se corrigió haciendo una reverencia—. Los estaba esperando. Recibí su mensaje esta mañana, milord, y tengo lo que me pidió —le informó el hombre dirigiéndose a Nicholas.

—Buenas tardes, muchas gracias. Sé que es un poco apresurado, pero mi dama debe viajar con premura para visitar a su anciana abuela, por eso decidimos adelantar la boda —mintió sin pestañear el duque.

Lizzy abrió la boca, sorprendida, ante su irreverente improvisación y total descaro. Pero se apresuró a cerrarla cuando el hombre la miró y, rogando que no le partiese un rayo, asintió poniendo una mueca preocupada.

—Bien, le he conseguido una autorización provisoria. Deberá, en cuanto pueda, obtener una licencia especial oficial —les explicó él haciéndoles una seña para que se ubicaran frente a la mesa del altar. Nick asintió y la tomó del brazo nuevamente.

—Si no le importa, señor Travis, nos gustaría proceder. —Ella sintió cosquillas en el estómago debido a la emoción y a la ansiedad, pero cuando comenzaron a caminar, vio algo que la hizo frenar de golpe.

—¿Elizabeth? —le dijo el duque mirándola boquiabierto. Ella rio por su cara de espanto.

—No te preocupes, no tengo dudas, solo que... acabo de ver eso y me gustaría hacer una entrada más tradicional. Después de todo, no volveré a casarme —le explicó muy ruborizada, señalando el viejo piano empotrado a un costado del altar.

—Eso espero —respondió el duque con una sonrisa sardónica y luego miró hacia donde ella apuntaba.

—Milady, el piano hace mucho que no se usa. Y a decir verdad, no hay quien lo toque. Aunque yo sé una canción; no es para bodas y no la he interpretado hace años..., pero si lo desea, la tocaré —intervino el vicario, cediendo al ver la cara decepcionada de la bella joven.

—¡Ooh, muchas gracias!, es usted muy amable —le agradeció ella entusiasmada. El hombre asintió en respuesta y se sentó frente al instrumento. Cuando levantó su tapa, salió una nube de polvo que le provocó un acceso de tos.

Meneando la cabeza, Nick se giró a mirar a su dama y, soltando su brazo, le tomó la mano y depositó un beso allí.

—¿No estarás pensando en huir y dejarme plantado como lo hiciste con ese francés idiota, no? —le dijo mirándola hilarante.

—¡Nick!, no blasfemes en la casa de Dios —lo reprendió susurrando—. Y no, jamás podría dejarte o huir de ti —siguió ella, contestando a su pregunta y tratando de no reír.

—Mejor para ti, porque yo no me quedaría de brazos cruzados; te buscaría por cielo y tierra hasta encontrarte, traerte arrastrando de regreso y tenerte junto a mí, donde perteneces —le advirtió él mirándola con ojos ardientes.

—Milady, cuando escuche la melodía, ingrese —los interrumpió la voz del vicario.

—No será necesario, amor; no se me ocurre otro lugar donde desee estar —respondió ella

sonriendo al ver la mueca que suscitaba en él y su expresión de cariño. El duque la tomó de la cabeza y, dándole un rápido beso, dijo:

—Te espero en el altar. —Y se dirigió hacia allí.

Lizzy salió a la entrada y esperó ansiosa su momento de entrar. Al ver las flores junto al camino, tomó rápidamente cinco de diferentes colores y armó un ramo improvisado con ellas. Cada una simbolizaba lo que deseaba para su matrimonio: amor, pasión, fidelidad, amistad y felicidad. Entonces escuchó una desafinada y tétrica melodía. Se paró frente a las puertas y por un momento sintió ganas de llorar, pues le hubiese encantado poder entrar del brazo de su padre o de su hermano y que dentro la esperasen sus seres queridos. Pero pronto desechó esos pensamientos recordando que esa mañana había tenido eso, pero no así a Nicholas, quien compensaba con creces todos sus deseos y anhelos. Lanzando un profundo suspiro de alegría, miró al cielo para agradecerles a Dios y a su madre —siempre presentes—, y se preparó para ir al encuentro con su amado.

Nicholas miraba nervioso las puertas cerradas; para su vergüenza, había comenzado a sudar y se sentía repentinamente inquieto. Si hasta le temblaban las manos y todo. El párroco seguía tocando esa espantosa canción. Una nota particularmente desafinada le causó un escalofrío. Aunque no lo pudiera afirmar con certeza, debido a la mala interpretación del hombre, sospechaba que estaba ejecutando la marcha fúnebre. *¡Diablos! ¿Por qué no entraba Elizabeth? No sería capaz de abandonarlo: se lo había prometido.* Aun así, su retraso comenzaba a alarmarlo.

Cuando estaba a punto de salir en su busca, vio las puertas abrirse. Comenzó a sonreír mirando su hermoso semblante y el racimo de flores silvestre que había armado. Pero la sonrisa murió en sus labios al percatarse de su palidez y su expresión de terror. El ramo se desprendió de sus manos y terminó en el suelo; cuando las puertas se abrieron del todo, el alma se le cayó a los pies. Empujándola con una mano y apuntando con una pistola a la joven, entró Fermín Moine, conde de Mousse.

El viejo piano dio una última nota disonante, dejando la tétrica melodía flotando en el aire, como una involuntaria premonición plagada de muerte y de perversidad que atemorizaban. El vicario vislumbró la situación e intentó levantarse, pero una voz se lo impidió.

—¡No se mueva! Y tú, Stanton, levanta las manos en alto —les advirtió el francés amenazante.

—Suéltala, Moine, esto es entre nosotros dos —dijo con voz calmada el duque, aunque mantenía la vista clavada en su novia.

—No del todo; por supuesto, que me ocuparé primero de ti y luego procederé con tu hermosa dama.

Nicholas dio un paso inconsciente hacia adelante, y de inmediato sintió el frío cañón de un arma en su nuca. Quedándose inmóvil, giró un poco la cabeza y se encontró con un gigante apuntándole con su pistola. Su rostro estaba cubierto de cicatrices y unos ojos verdes saltones lo miraban con malicia. La risa de Moine resonó por el lugar.

—¿Creías que vendría solo, bastardo? Un paso más y mi amigo te hace un agujero en la nuca —

le dijo el conde sonriendo maliciosamente y dando una orden con la cabeza a su empleado.

De inmediato el grandote descargó con fuerza el arma sobre la nuca del duque. Este cayó de rodillas sobre el suelo, tratando de no perder el conocimiento y reprimiendo el lacerante dolor. Elizabeth gritó su nombre aterrada, mientras le suplicaba a su primo que dejara ir a Nick. El francés rio y pasó un brazo por su cuello aprisionándola contra él.

—Jimmy, acompaña a su excelencia —ordenó con ironía haciéndole una seña a su secuaz. Dándose la vuelta sin soltar a Lizzy, salió de la iglesia. Detrás de él su compañero arrastraba, sin miramientos, a un Nick todavía débil por el duro golpe.

—¿Por qué haces esto, Fermín? Siento mucho haber huido; no era mi intención lastimarte o humillarte. Por favor, no nos hagas daño. Entiende que el duque y yo nos amamos —le decía Lizzy a su primo con voz suplicante.

—¡Ya cállate, estúpida!, no me lastimaste de ningún modo. Aunque sí me dejaste como un imbécil ante medio Londres, y eso me lo pagarás en breve. Solo quiero casarme contigo para acceder a tu dote y poder mantener controlado al idiota de mi tío; ambos son piezas claves de un plan que me hará rico. Y por supuesto también me motiva la idea de por disfrutar de tu delicioso cuerpo hasta saciarme. Me encantará ver a tu duque sufriendo, atormentado por ti —le respondió apretando su agarre dolorosamente.

—No es necesario, Moine. Ni siquiera la quiero; solo es una mocosa impertinente y molesta para mí. No negaré que es atractiva, pero no más que cualquiera de mis amantes. Bien sabe que me acerqué a ella para investigar a su padre; el marqués es un maldito asesino. Y usted está involucrado en los asesinatos y en el espionaje, pero ella es inocente de esos delitos. Déjela ir y llegaremos a un acuerdo —intervino con voz agrietada el duque desde el piso, levantando la cabeza y mirando al francés con cínica expresión. Lizzy lanzó una exclamación sorprendida, observando atónita el cambio que se había producido en el duque: sus ojos estaban fríos y su mueca, arrogante y petulante. Su primo rio divertido.

—¡Lo sabía!, era una farsa. Aunque déjeme decirle que hizo usted el ridículo, babeando como un perro detrás de mi prima. Es un maldito arrogante que cree que lo sabe todo; será muy agradable ver su cara cuando descubras cuán equivocado está. Sin embargo, se convirtió en un incordio metiéndose en mis asuntos y ha llegado la hora de sacarlo de mi camino —respondió el conde con perversa malicia.

—Piense lo que le dije. Si la deja ir, puedo prometer que no será culpado de nada. Solo el marqués pagará por sus delitos —insistió el duque persuasivo.

—Gracias, pero no lo necesito. No puedo permitir que culpen a mi tío de nada porque es mi contacto con la familia real. Además, es mi pase a una vida de riquezas, y eso sin contar que tendré disponible a esta belleza para tomarla cuando quiera —negó Moine acariciando un pecho de Lizzy con su arma. El duque lanzó una carcajada.

—No niego que la joven sea tentadora, pero tendrá que sufrir su lengua viperina. Le aseguro por experiencia que sus encantos no compensan su molesta compañía. Y sé que el rey querrá

recompensarlo generosamente si entrega al asesino de Mayfair Square —siguió con voz fría Nicholas.

—Su propuesta es buena, pero no puedo arriesgarme. Además, tengo órdenes que cumplir. Lo siento, pero debo declinar. ¡Levántalo, Jimmy! El delincuente asió de un tirón al duque y lo empujó bruscamente hacia Mousse, manteniendo el arma pegada a su espalda.

Lizzy gritó cerrando los ojos. Su primo levantó su pistola y apuntó al duque directo a la cabeza; en sus ojos negros brillaba la locura y crueldad. Su mano no temblaba cuando colocó su dedo en el gatillo. En ese momento Elizabeth clavó sus dientes con fuerza en el brazo del conde, que rodeaba su cuello. El lanzó un alarido y la pistola se disparó; el proyectil se desvió y pasó rozando al duque, e impactó finalmente en el secuaz del conde, que aullando se agarró el hombro izquierdo y dejó de apuntar al noble.

Moine se enfureció de inmediato y dejó caer el arma inservible. Tomando del cabello a Lizzy, le dio un fuerte golpe en la cara, y esta aterrizó sobre el suelo empedrado sintiendo rebotar su cabeza en él.

Simultáneamente el duque aprovechó su ventaja y giró de inmediato, lanzando una trompada al estómago de su atacante. Este cayó hacia atrás con un ruido seco, pero no soltó su pistola. Nick saltó sobre él intentando asir el arma y comenzaron a rodar golpeándose mutuamente.

Mousse no perdió tiempo: tomó a Lizzy y corrió con ella a su carruaje estacionado a pocos metros. Aturdida aún, ella no pudo evitar que la subiera al vehículo. Su primo la metió en el interior y cerró la puerta mientras subía al pescante para conducirlo. Cuando el carruaje comenzó a arrancar a toda marcha para alejarse de la capilla, un disparo resonó en el lugar, amortiguando el grito desgarrador de Elizabeth.

—¡¡¡Nick!!! —lo llamó desesperada poniéndose en pie, asomándose a la ventana. Mientras el coche se alejaba de la iglesia, lo último que pudo ver fue el cuerpo del duque yaciendo boca abajo inerte.



## Capítulo 18

*Y se puso entre los muertos y los vivos; y cesó la mortandad.*

Números 16:48

*Pero mi amada se había ido, había ya pasado;*

*Y tras su hablar salió mi alma.*

*La busqué, y no la hallé;*

*La llamé, y no me respondió”.*

*Cantares 5:6.*

William Albright, marqués de Arden, vació de golpe el contenido de su vaso y lo volvió a llenar. Normalmente no consumía alcohol al mediodía, pero esta vez la circunstancia lo ameritaba. Se encontraba en medio de un escándalo de épicas proporciones, no solo por el hecho de que su hija menor se había fugado en mitad de su propia boda, montada a caballo del duque de Stanton, sino porque en este momento la guardia real, acompañada de agentes del servicio real, habían irrumpido en su mansión, con órdenes de detener al hombre que Elizabeth había plantado en el altar. Al parecer su sobrino político era parte de una banda de contrabandistas y espías franceses, y pensar que le había concedido la mano de su única hija y, además, le había confiado mucha información sobre su trabajo como consejero real. Y había más: Fermin de Moine era el principal sospechoso en los asesinatos de Mayfair Square.

El magistrado John Seinfeld, junto a sus ayudantes de Bond Street, se hizo presente y, pasando entre los agentes que discutían con su hijo Sebastien, se ubicó frente a su escritorio, secundado por un vocero del rey. Al ver aquel despliegue oficial, el marqués sintió un escalofrío premonitorio y al instante supo que se avecinaban muchos problemas. Tantos años dedicados a trabajar con el rey y de ignorar a su propios hijos para intentar olvidar, para tratar de no pensar, de no sentir y enterrar ese pasado doloroso; y así le pagaba la vida. Estaba arruinado, acababa de perder lo único que había logrado conservar: su honor y su buen nombre. Y mientras lo sacaban de su casa, a la que nunca había sentido como un hogar, pensó que después de todo no había valido la pena.

Entonces, con la mirada puesta en el rostro angustiado de su hijo, la desesperación inundó su cuerpo y su corazón, el cual hacía mucho no se aceleraba ante nada, ni palpitaba con violencia. Y

en su mente solo quedó lugar para una única cosa e, impulsado por el repentino descubrimiento de que en realidad no estaba todo perdido, de que quizás era demasiado tarde para salvar su alma podrida y devastada, tal vez estaba a tiempo de redimirse de alguno de sus pecados. Aunque ya no quedara nada en él, de ese joven que un día fue y que quedó atrapado en su atormentado pasado, aún conservaba algo mucho más valioso que cualquier otra cosa; algo que merecía ser salvado más que nada en este mundo.

—¡¡Sebastien!! ¡¡Hijo, busca a Elizabeth, sálvala de Moine!!

—Gauss, cuando irrumpiste en mi almuerzo, acompañado de estos agentes, me dijiste que luego me lo explicarías. Ya dime, ¿qué diablos sucede? —interrogó Steven mirando el perfil de Sebastien, que cabalgaba a su lado.

—Eres el único que sabe dónde están el duque y mi hermana —respondió sin mirarlo Albrigh con su acostumbrado tono pedante.

—Mira, Albrigh, ya estamos llegando, pero no haré un metro más si no me explicas lo que está pasando —contestó Steven frenando su caballo—. ¿Por qué estás buscándolos con tanta premura y con la guardia real? Si piensas acusar a mi amigo de secuestro e impedirles estar juntos, no pienso ayudar...

—No es eso, Baltimore —lo interrumpió el conde deteniéndose a su vez y enfrentándolo—. Bien sabe Dios que lo último que quería era que mi hermana se casara con esa escoria y no está en mis planes arrebatarla al duque. Mi padre, por el contrario, luego del escándalo en la boda, quedó muy molesto y le dio la autorización a mi primo para intentar buscar a Elizabeth y traerla de vuelta. Acababa de salir de nuestra casa, cuando llegaron los agentes preguntando por él —siguió explicando con rapidez Sebastien.

—No me digas que es lo que estoy pensando —dijo Steven congelado en su sitio.

—Sí, Moine es el asesino de Mayfair Square. La policía y la Corona llevan meses investigándolo por eso y por su participación en una red de espías franceses. Aprovechando el día de su boda, requisaron su vivienda y descubrieron múltiples pruebas. Mi padre fue detenido porque, al parecer, encontraron algo que lo incrimina, pero él es inocente, lo sé —contestó con voz grave y preocupada Gauss.

—¡Maldición, todo este tiempo lo teníamos ante nuestras narices y no lo vimos! Aunque a Nick se le había encomendado investigarlo por sus conexiones con contrabandistas franceses y españoles, a él y a tu... ummhh —vaciló Hamilton y, al percatarse de que estuvo a punto de contar sobre su misión de investigar al marqués de Arden, cambió el tema de conversación—. ¿Y dices que Moine puede estar tras mi amigo? Con las horas que pasaron puede que haya dado con ellos, ¡diantres! —siguió Steven ignorando la mirada escéptica de Gauss.

—¡Milord, se acerca un carruaje a toda marcha! —gritó el agente de Bond Street, girándose un poco en su montura.

Steven vio un carruaje negro yendo a una velocidad temeraria en dirección contraria a ellos.

—¡Lo conduce el mal nacido de mi primo! —exclamó con la cara blanca Sebastien Albrigh.

«¡Maldición!, que no sea demasiado tarde», pensó desesperado Steven. Por lo que se veía a la distancia, el francés iba solo, lo que significaba que o bien tenía a Nick y a Lizzy encerrados en el interior, o escapaba luego de hacerles daño. Aunque no estaba todo perdido, todavía podían detenerlo. El carruaje se toparía con su comitiva, ya que solo había un camino para transitar hacia Londres. Además del conde de Gauss, Steve iba acompañado de cuatro agentes de Bow Street armados.

Pronto estuvieron a la misma altura del vehículo; ellos apuraron a sus monturas cabalgando hacia él. El conde francés los vio y abrió los ojos sorprendido. Cuando estuvieron cerca, Steven le gritó:

—¡Detente!, no tienes escapatoria. —Pero él no desaceleró ni tampoco mostró intenciones de frenar, sino que tiró de las riendas con violencia, virando el coche hacia el costado derecho. El carruaje se tambaleó peligrosamente sobre las ruedas derechas y volvió a estabilizarse mientras Moine emprendía una frenética carrera entre la frondosa vegetación.

Baltimore, Gauss y los oficiales galoparon veloces tras él, dando gritos de alto. El francés, sin detenerse, aceleraba más aún los caballos; desesperado, trataba de perder a sus perseguidores. El conde de Gauss clavó los pies en los flancos de su caballo, adelantando la comitiva hasta posicionarse audazmente junto a la puerta del carruaje. Moine se percató de su intención y giró bruscamente hacia la izquierda, lo que ocasionó que él mismo comenzara a descender sin control por una empinada pendiente.

Sebastien y su montura quedaron atrás, por lo que pronto los demás lo alcanzaron. El terreno no les permitía seguir a caballo, así que saltaron de estos, corriendo detrás de Mousse.

—Es mejor dejar que los oficiales lo sigan; nosotros vamos a buscar a Nick y a Elizabeth —le dijo Steve.

—¡Lleva a Lizzy dentro! Hace unos segundos pude verla, ¡tenemos que alcanzarlo! —vociferó Gauss sin darse vuelta.

Entonces vieron cómo el carruaje bajaba a trompicones y se dirigía hacia una profunda zanja en el camino. Mousse intentaba en vano frenar a los caballos y estos se desbocaban, lo que ocasionó que el coche cayera en picada por la zanja. Y cuando tocó el fondo, sus cuatros ruedas se partieron y comenzó a dar incontrolables tumbos.

—¡¡¡Nooooo!!! —gritó aterrado el hermano de Elizabeth, mientras bajaba mitad corriendo, mitad deslizándose hacia el carruaje. Frenético, llegó hasta el carruaje, que luego de dar numerosas vueltas, se detuvo quedando sobre su costado—. ¡Elizabeth! —repitió mientras saltaba sobre él y tiraba de la puerta. Su hermana yacía inmóvil; el cabello le tapaba el rostro. Rápidamente, Sebastien se inclinó dentro y la sacó del interior, poniéndose de pie con ella en precario equilibrio.

—Gauss, te ayudaré —ofreció Baltimore desde abajo extendiendo los brazos hacia ellos. Él le pasó el cuerpo de Lizzy y bajó de un salto. Juntos la depositaron en el césped. Steven tomó su muñeca y comprobó su pulso, mientras su hermano le apartaba el pelo de la cara.

—Su pulso es lento pero regular —le dijo intentando tranquilizarlo.

—Elizabeth, ¡despierta por favor! —exclamó atemorizado Sebastien y comenzó a palparlo, buscando huesos rotos, y a sacudirla con urgencia.

—Calmate, Albrigh, solo ha perdido el conocimiento debido, seguramente, a un golpe en la cabeza. No tardará en despertar —intervino Steven frenando sus manos.

Dejándolo con su hermana, Steven se puso en pie y caminó hasta donde los agentes formaban un círculo mirando hacia abajo. Cuando llegó hasta ellos, vio el cuerpo de Moine yaciendo boca abajo. Estaba muerto; había salido despedido y aterrizó varios metros después. Tenía el cuello roto y las piernas quebradas en un ángulo extraño. Steven miró sus ojos negros abiertos, sin compasión. Realmente no se merecía una muerte tan benévola; ese mal nacido debería haber pagado por sus crímenes.

—Señores, necesito que me acompañen a buscar al duque —dijo a los hombres rogando por que su amigo estuviese bien aunque, conociéndolo, tendría que haberlo matado para haber logrado separarlo de su novia.

Lo primero que escuchó fueron unas voces apagadas ubicadas a poca distancia. Despacio abrió los ojos y vio que se encontraba en sus aposentos Sweet Manor.

«¿Qué hacía en su mansión solariega?», pensó confuso levantando un poco la cabeza, y apoyándola nuevamente en la almohada con un quejido de dolor.

—¡Nick, despertaste!, no te muevas —dijo la voz de Steven mientras se acercaba a su cama.

—¿Qué sucedió? —«Rayos ¿ese crujido es su voz?», pensó Nick sorprendido.

—Tranquilo, no sé qué pasó con certeza. Aunque te encontramos aquí siendo atendido por un médico, y en compañía del párroco local —le explicó Steven señalando al vicario parado junto a la ventana.

Cuando Nicholas lo miró, los recuerdos vinieron a él en tropel: la capilla, las flores, el piano, una pistola, el francés amenazándolo y... ella.

—¡Elizabeth! —dijo incorporándose de golpe con el rostro demudado por el miedo.

—Nick, no te preocupes, ella está bien. Impedimos que se la lleve. *Lady Elizabeth* está descansando aquí en el cuarto de visitas —le dijo su amigo con un ademán tranquilizador.

—¿Descansando dijiste? ¿Qué le hizo ese bastardo? ¡Lo mataré! Tengo que verla —exclamó Nick al punto de levantarse veloz.

—¡Nick, espera! El médico dijo que no puedes moverte. Tienes un corte en la cabeza y múltiples hematomas —gritó Steven corriendo por el pasillo detrás del duque, enviándole una mirada de disculpas al vicario, que había quedado paralizado ante el exabrupto del noble.

Ignorando los gritos y el dolor agudo que sentía en su cabeza, Nick caminó con urgencia; pronto llegó al cuarto y abrió la puerta sin golpear. Ella estaba acostada boca arriba con su hermoso rostro algo pálido. La doncella, sentada junto a su cama, abrió los ojos escandalizada al verlo

irrumper.

—Puede retirarse —ordenó el duque con impaciencia deteniéndose al pie de la cama.

Inmensamente aliviado, Nicholas observó que la joven estaba dormida y que su respiración era regular y tranquila. Un suspiro salió de sus labios.

—¡¡¡Niiiiick!!! —gritó su amigo entrando detrás de él—. Detente, ¿no te das cuenta de que estás...

—¡Desnudo! —interrumpió la voz de Elizabeth.

Nicholas, desconcertado, bajó la vista y corroboró que solo vestía su propia piel. Regresó la vista hacia ella y la encontró despierta con los ojos abiertos como platos. Su mirada descendió descaradamente hacia abajo, pasando por una parte de su anatomía que pareció percatarse de su escrutinio y quiso dedicarle una reverencia. Lo que causó que la joven apartara la vista avergonzada y que Nick, incómodo, tomara un almohadón y se cubriese.

—Perdóname, amor mío, estaba tan preocupado por ti que no reparé en mi falta de ropa —se disculpó con la cara completamente ruborizada. «Por primera vez en tu vida te has sonrojado», pensó escuchando la risotada de Steven.

—¿Amor mío? ¿Quién es usted? —respondió Elizabeth con expresión confundida a un atónito Nick—. ¿Por qué me mira así? No sé quién es usted y no soy su amor ni mucho menos —dijo Lizzy clavando sus ojos violetas en él con indiferencia.

Un silencio tenso le siguió a esa declaración. Mientras, Nicholas la observaba pasmado.

Steven carraspeó nervioso sintiéndose de sobra en aquel duelo de miradas. Así que retrocedió un paso para dejarles un poco de intimidad.

Mandando la discreción al diablo, Nick se acercó a ella y fue testigo de cómo sus ojos se abrían debido a su cercanía. Su respiración se aceleró y un rubor furioso cubrió todo su rostro. Su mirada descendió por el torso desnudo de Nicholas y definitivamente no parecía escandalizada, más bien su expresión dejaba entrever su interés por él.

—Elizabeth, mi amor... ¿Qué dices? Soy Nicholas, ¿no me reconoces? —inquirió espantado dando un paso hacia ella.

—¡Señor, le exijo que salga inmediatamente de mi habitación!, es usted un... ¡un perverso! —lo acusó Lizzy mirándola furiosa y despectivamente, cruzando los brazos en su pecho.

—Pero... pero ¡no puede ser que no recuerdes quién soy! Mi amor, por favor, dime que no es cierto —le rogó Nick, compungido, intentando tomar su mano, pero recordando que no podía soltar el almohadón que cubría su desnudez. La joven iba a responder, pero un grito alarmado se lo impidió.

—¡NICHOLAS WILLIAM BLADESTON!, ¡¿QUÉ SIGNIFICA ESTO?! —gritó desde la puerta *lady* Honoria espantada.

—¡¡Ohh, por Dios!! —barbotó Clarissa tapando sus ojos con ambas manos y reprimiendo la risa a duras penas.

—Madre, no es lo que piensas. Ahora te explico, solo dame un momento con Elizabeth —dijo

Nick incómodo.

—¿Acaso has perdido la cordura? Primero llego a la ciudad y me recibe un escándalo que tú has provocado al huir con una novia a caballo. Luego llego aquí y te encuentro desnudo con esta joven. Dime que por lo menos te casaste con ella antes de... de consumir —espetó enojada su madre haciendo un ademán hacia ellos.

—Y ¿qué te sucedió?, porque llevas la cabeza y las costillas vendadas, hermanito —lo interrogó Clarissa preocupada. El duque solo atinó a mirarlos, demasiado aturdido ante el ataque del trío femenino.

—*Lady* Clarissa, duquesa, por favor, yo las pongo al corriente. Pero Nick debe regresar a la cama: tiene un corte en la cabeza y tres costillas dañadas. Y *lady* Elizabeth acaba de despertar luego de haber tenido un terrible accidente. Urge que la revise un médico —intervino Steven desde un costado, lo que ocasionó que Clarissa diera un salto nervioso, sorprendida de verlo.

—Eso no es necesario, milord, yo me siento bien y quiero irme de aquí antes de que anochezca —dijo Lizzy desde la cama ignorando la mirada estupefacta y fulminante del duque.

—¿Qué?! No, ¡no te irás! Ni creas que me tragaré ese cuento de que no sabes quién soy; voy a vestirme y regreso. Steven, no permitas que se mueva de esa cama, o ¡te meto un tiro donde ya sabes! —interrumpió autoritario el duque, molesto por la actitud beligerante de la joven. Dicho esto se encaminó hacia la puerta con paso airado, lo que provocó que la joven, al ver su trasero desnudo, sofocara un grito.

La duquesa lo siguió regañando escandalizada, mientras Clarissa y Steven se partían de risa.

—Les pido que me dejen sola, quiero adecentarme para poder salir de esta casa —replicó Lizzy ruborizada hasta el cuello.

—Milady, no puede irse aún, su hermano me matará si lo permito. Él dejó instrucciones para que aguarde su regreso —anuncio Steven, tratando de persuadirla.

—¿Mi hermano? ¿Cómo sabe Sebastien donde me encuentro? ¿Y a dónde se fue? No me creo que me haya dejado aquí —preguntó confundida.

—Después de su huida con Nick, la guardia real fue buscar a su primo para detenerlo bajo cargos de asesinato. Pero Moine había partido con autorización de su padre tras de usted. Ante esto, temiendo que el francés la dañara, su hermano pidió mi ayuda para localizarla. Así dimos con ustedes, pero llegamos tarde: Moine había lastimado a Nick y huía con usted cuando interceptamos su carruaje —le explicó paciente Steven.

—Eso ultimó lo recuerdo. Mi primo irrumpió en la capilla junto con un cómplice; ambos, armados, nos amenazaron y él iba... quería matar a... —Lizzy se interrumpió y su rostro palideció de repente—. ¿Mi hermano está bien? ¿Por qué no está aquí? —le preguntó ansiosa.

—Sí, no se preocupe, Gauss está bien, pero tuvo que acompañar a los oficiales para encargarse de su primo... y de otros asuntos —contestó el conde algo evasivo.

—¿Y... y Fermín? Él... —intentó preguntar la joven.

—Está muerto. Cuando escapaba, el carruaje volcó y él no sobrevivió. Su cómplice sufrió dos

disparos, pero no fueron mortales. Fue arrestado y tendrá que responder muchas preguntas antes de ser ahorcado —respondió Steven con voz grave.

—¡Oohh, Dios! No entiendo qué se apodero de mi primo. Nunca imaginé que estuviera involucrado en los asesinatos ni en espionaje —dijo Lizzy tapándose el rostro con manos temblorosas.

—Milady, voy a buscar al doctor. Por favor, trate de no moverse, por lo menos hasta que la revisen —le respondió Steven esperando su asentimiento para salir del cuarto.

Clarissa lo siguió con la mirada, con una expresión extraña. Pero se quedó en la habitación y, sin esperar invitación, arrastró una silla y se sentó junto a la cama.

—Hola, ¿cómo se siente? —preguntó preocupada ante su palidez.

—Hola, *lady* Bladeston. Físicamente bien aunque, me duele la cabeza y la espalda —contestó Lizzy mirando a la joven rubia sorprendida por su interés.

—Oh, no me llame así. A pesar de que no somos amigas, me cae muy bien y no tardaremos en ser cuñadas. Por favor, llámame Clarissa; si no le molesta, claro —le dijo ella con una sonrisa amigable.

Lizzy se tensó al escuchar la referencia hacia su casamiento. Realmente no conocía lo suficiente a la joven como para confiarle lo que pensaba de esa boda y, en particular, la opinión que tenía en ese momento del desgraciado de su hermano. Pero su mirada era tan dulce y cálida que no podía negarse a su petición.

—No me molesta, será un placer llamarla Clarissa y, por supuesto, usted puede llamarme Lizzy —aceptó devolviéndole la sonrisa.

—Y dime, Lizzy, alcanzamos a escuchar que no recuerda a mi hermano, ¿es cierto eso? —preguntó Clarissa inquisitiva. Ella soltó un suspiro apesadumbrado y desviando la vista dijo:

—Sí, puedo decir que ese hombre al que llamas hermano es un completo desconocido para mí. Pensé que lo conocía, pero ahora sé que estaba equivocada.

El doctor ingresó al salón donde todos se encontraban tomando una merienda tardía. De inmediato Nick se puso en pie y caminó hacia el hombre mayor.

—Doctor, ¿cómo está ella? —preguntó ansioso.

—La joven presenta una contusión en la cabeza debido a dos golpes fuertes; uno de ellos fue el causante de la inflamación y la posterior pérdida de conocimiento —explicó el médico.

—Entonces, doctor, ¿su pérdida de memoria es permanente? ¿Hay alguna forma de ayudarla? Tal vez visitar otros especialistas o posibles tratamientos —dijo el duque con desesperación.

—¿Pérdida de memoria? La joven no tiene amnesia; solo lo que ya le expliqué y algunos moretones esperables. Le he recetado unas hierbas para el dolor de cabeza y una cataplasma. En unos días estará como nueva —respondió el doctor confundido.

Nicholas golpeó con su puño la pared a su costado y comenzó a lanzar enfurecidas maldiciones.

El médico lo miró perplejo, desviando su vista aturdida hacia la duquesa, Steven y Clarissa, que observaban desde sus asientos.

—Doctor, permita que lo acompañe a la salida. Gracias por haber venido con tanta rapidez. Espero le transmita mis saludos a su... —La voz de la duquesa se perdió por el pasillo mientras escoltaba con disimulada prisa al hombre.

—Nick, debes calmarte. Poniéndote así no mejoras la situación. Lo mejor será esperar hasta mañana y tratar de hablar con *lady* Elizabeth —propuso Steven acercándose hasta el duque.

—¿Mañana? Estuve toda la tarde esperando que la señorita me reciba, a lo que se negó rotundamente argumentando que no sabía quién era yo, y que ella no estaba de ánimo para conocer a nadie —respondió Nicholas caminando de un lado al otro despidiendo cólera y furia.

—Nicholas, Steven tiene razón, dale un tiempo. Puede que esté todavía conmocionada y aturdida —dijo su hermana tratando de hacerlo entrar en razón.

—¡De ninguna manera! Me va a oír ahora mismo, y que nadie se atreva a interrumpir o a asomarse hasta que haya terminado con ella —declaró con mirada resuelta saliendo del salón con paso airado.

Ignorando el agudo dolor que sintió en sus costillas, Nick subió de dos en dos los escalones de la amplia escalera de mármol. Cuando llegó hasta la habitación, se topó con una doncella que salía de la misma llevando consigo ropa de cama. Esta se sobresaltó al verlo, pero el duque se puso un dedo sobre los labios haciéndole una seña de silencio.

Luego entró en la alcoba y cerró la puerta. Elizabeth se encontraba todavía en la cama, pero parecía estar dormida. También le habían puesto una venda en la cabeza, y una de sus mejillas comenzaba a mostrar un gran moretón color negro. Aun así era tan hermosa que le hacía perder el aliento. Sintiendo que con solo verla su pulso se aceleraba y su corazón emprendía una alocada carrera, se acercó hasta un costado de la cama y se sentó en la orilla de la misma muy cerca, pero sin rozarla. Sus largas pestañas eran casi rubias, al igual que sus cejas, y caían sobre sus ojos cerrados. Sin poder contenerse, Nick se inclinó sobre ella apoyando un brazo a cada costado de su cuerpo, y bajó su boca hasta sus suaves labios besándola ligeramente. La joven suspiró y, con un aleteo de pestañas, sus ojos se abrieron y se encontraron con los suyos sobre ella.

—Nick... —dijo en un susurro, sin pensar, y de inmediato se tapó la boca, alarmada por su desliz.



## Capítulo 19

*“Y dije: Me levantaré ahora, y rodearé por la ciudad; Por las calles  
y por las plazas.  
Buscaré al que ama mi alma”.*  
Cantares 3:2.

*Viene el fin, el fin viene; se ha despertado contra ti;  
he aquí que viene.*  
Ezequiel 7:6

—¡Mentirosa! ¡Sabes quién soy! Lo supiste todo el tiempo y me engañaste deliberadamente —reclamó Nick en voz baja y poniéndose en pie exclamó—: ¡¿Por qué?! ¿Por qué lo hiciste?

—Yo no soy una mentirosa, tampoco te engañé. No sé quién eres o, mejor dicho, ya no sé quién eres —contestó Lizzy una vez se recuperó de la conmoción que le había provocado su tierno beso.

—¿De qué rayos hablas? Sé que todo esto es difícil; has pasado por mucho desde que huimos de Londres —siguió el, mirándola confuso y molesto a la vez. Sus ojos púrpuras se llenaron de lágrimas y él, conmovido, tomó una de sus blancas manos entre las suyas—. Estamos juntos, mi amor; esto pasará rápido, ya lo verás.

—Esto no pasará, y no estamos juntos. El hombre del que me enamoré no existe; tus palabras de amor, tus besos, tus caricias, cada momento fue una farsa. Solo me usaste, jugaste con mis sentimientos y me engañaste. Mientras yo te entregaba mi corazón y mi vida, tú llevabas a cabo tu venganza —dijo Lizzy arrancando su mano y limpiándose una lágrima que caía.

—Elizabeth... no... No digas eso. No es así lo que estás imaginando que pasó... no... ¡déjame explicarte, mi amor, por favor! —suplicó Nicholas conmovido por sus cortantes palabras.

—¡Jaja!, ¿quieres agregar más? Gracias, pero ya tuve suficiente, me quedó muy claro en la capilla. Para ti soy solo una mocosa molesta que toleraste para lograr tu objetivo —interrumpió soltando una carcajada carente de alegría.

—No puedes creer que dije aquello en serio, ¡por favor, Elizabeth, escúchame! —respondió Nick con aprensión.

—¡No!, solo dime una cosa. ¿Te acercaste a mí para investigar a mi padre? ¿Sí o no? —lo cortó levantando una mano para silenciarlo.

El duque la miró de hito en hito paralizado y atormentado. Mientras, Lizzy se abrazaba a sí misma y las lágrimas resbalaban ya sin control por sus mejillas.

—Elizabeth... yo... tienes que saber que te amo y lo de tu padre... —El grito de frustración que la joven lanzó lo hizo callar.

—¡Aaaagggggg! Ya no digas más. No puedo creerte una palabra. Todo fue un engaño, una ilusión. Te acercaste a mí para investigar a mi padre, me mentiste diciendo que necesitabas a una falsa prometida. No conforme con eso, me asediaste y enamoraste sabiendo que destruirías a mi familia. Solo querías vengarte, y no te atrevas a negarlo; tu hermana me dijo que la última víctima era tu mejor amigo. ¡Bien, felicitaciones! Lograste tu cometido. Querías una venganza, la tienes y de paso obtuviste una gran enemistad conmigo.

»Pero te tengo noticias, maldito tramposo: arruinaste la vida de un hombre inocente. Mi padre no tiene nada que ver con los crímenes, no es el asesino de Mayfair Square, ¡él es inocente! Espero que ese hecho te torture el resto de tu vida, la cual no pienso compartir contigo; no quiero saber nada de ti, impostor, canalla, mal nacido. ¡Veteeee! —Terminó ella, sollozando de dolor.

—Elizabeth... no... no lo hagas. No me eches de tu vida, solo pido que me escuches, ¡todo tiene una explicación! —insistió angustiado el duque, sintiendo su llanto como un puñal clavado justo en su corazón.

—Es demasiado tarde, ya no confío en usted. Por favor, retírese de mi cuarto, no quiero volver a verlo —respondió secando sus lágrimas y sosteniéndole la mirada fría y sin expresión.

—Escúchame, aunque no quieras saber nada de mí, debemos casarnos. Tu reputación está completamente arruinada; no puedes simplemente volver y pretender que no huiste de tu boda con un hombre. ¡Te destrozarán!, entiéndelo —argumentó impotente Nicholas.

—Ese ya no es su problema, excelencia; de mi reputación y mi vida me ocuparé yo. Y nada me importa menos que lo que piensen de mí sus pares. No pienso casarme con usted solo para agradarle a esa patética gente llamada nobleza. Por mí pueden irse al infierno y llevárselo a usted, de paso. Ahora ¡retírese!, o gritaré tan fuerte que me oirán hasta en Londres. —Terminó Lizzy señalándole la puerta airadamente.

—Solo una cosa puede lograr que salga de aquí. Dime que no me amas, Elizabeth, dilo y prometo que no sabrás de mí nunca más —contestó esperanzado, aguardando su respuesta.

—Eso es fácil, escúchalo bien y convéncete de una vez: *yo no te amo* —declaró Lizzy remarcando cada palabra y clavando sus ojos en él con desprecio y odio.

El duque se quedó mirándola en silencio. Su mandíbula se contrajo y apretó los dientes con enojo. Pareció que iba a decirle algo, pero luego de un momento inclinó la cabeza despidiéndose y, sin más, salió de la habitación, cerrando con un fuerte portazo.

Elizabeth dio un brinco al oírlo, y se desmoronó en la cama dejando salir todo el sufrimiento, angustia y dolor que le provocaba perder al único hombre que amó y que, a pesar de su engaño, amaría por siempre hasta su último aliento.

—¿Y bien? —preguntó Nicholas con gesto esperanzado al ver entrar al salón a Clarissa.

—Lo siento, hermano, no quiso recibirme. La doncella que la está atendiendo me dijo que no quiere ver a nadie y que cenar en su habitación —respondió con pena ella viendo cómo el rostro de su hermano se entristecía.

—¡Perfecto!, no me perdonará —se lamentó el duque poniéndose en pie mientras pasaba sus manos por su pelo con desesperación y se detenía de espaldas frente a la ventana.

Todos en el salón lo observaron en triste silencio. Clarissa se sentó junto a su madre y le hizo señas a Steve para que hiciera algo. El conde carraspeó, algo incómodo ante la situación; se levantó y se acercó al aparador para intentar pasar con una copa ese mal trago.

Luego sirvió uno para su amigo y con paso vacilante caminó hacia él.

—Nick... creo que te debo una disculpa. No sabes cuánto lamento que por mi culpa estés así —le dijo interrumpiendo su taciturna contemplación.

—Se puede saber ¿de qué diablos hablas, Hamilton? —respondió Nick volteando a verlo.

—Me refiero a que si no fuera porque te insistí para que te hicieras pasar por el pretendiente de *lady* Elizabeth, no hubieras acabado en esta situación. Pero te aseguro que me siento muy culpable y... no sé... lo lamento. —Terminó Steven con gesto serio, algo muy poco habitual en él.

—No te preocupes, algún día te contaré toda la historia, pero yo estaba destinado a enamorarme irremediablemente de Elizabeth. Desde el primer momento en que la vi, lo supe y, cuando ambos la vimos entrar en ese baile, fui hacia ella no por ti, sino porque ni el mismísimo Napoleón y sus tropas podrían habérmelo impedido —confesó Nick volviendo a mirar al exterior, haciendo un involuntario gesto de incomodidad al sentir que su voz se quebraba por el llanto reprimido en su garganta.

—Vaya... hermano... esto... mmm. En realidad sabes que no soy el más experimentado en los asuntos del amor; no sé cómo es estar enamorado ni que te rompan el corazón. Pero tal vez debas darle tiempo, porque solo basta mirarla para saber que ella te ama, y cuando se le pase el enojo se dará cuenta de que no la engañaste —respondió Steven tenso, tomando de su vaso.

—Eso espero, pero sabes que la paciencia no es una de mis virtudes precisamente, como la cobardía tampoco es uno de mis defectos. ¿Ese trago es para mí? —le dijo Nick apiadándose de su amigo, quien parecía querer salir corriendo.

*Lizzy:*

*Lamento haber tenido que partir antes que despiertes, pero no tuve alternativa. Seguramente ya estás al tanto de la verdadera identidad de nuestro primo y del arresto de nuestro padre. Lo último que quisiera es preocuparte, pero debes saber que padre ha sido detenido bajo los cargos de posible complicidad, conspiración, espionaje, traición y asesinato, y de ahí mi urgencia por llegar a Londres.*

*Ahora sé que tanto Moine como el marqués y yo hemos sido sospechosos y objeto de investigación hace meses. Seguramente estarás pensando cómo terminamos padre y yo en ese*

*aprieto. Bien, en un principio fue la aparición de Mousse en nuestro hogar y luego, un anillo perteneciente a nuestra familia, hallado en el cuerpo de una víctima del asesino. Moine tenía un anillo en su poder, claramente le fue heredado de nuestro tío Gerard, el anterior conde de Mousse. Lo que las autoridades no sabían es que ese anillo no pertenece a nuestro padre, sino que cada varón Albright hereda uno idéntico con el blasón de la familia al nacer. Afortunadamente, yo tengo el mío, y confirmé con padre que él aún conserva el suyo. Como las acusaciones solo pesan sobre él, solo queda hallar su anillo, y así tendremos las pruebas para por lo menos desestimar la acusación de asesinato que pende sobre el marqués.*

*Aun así, quedan muchas incógnitas por resolver, como la repentina obsesión de Moine en casarse contigo y la razón por la que quería inculpar a nuestro padre de los asesinatos. Por el momento no tengo respuestas, pero créeme que no me detendré hasta resolver este misterio.*

*Así que, por todo esto, no podré ir a buscarte como prometí; te pido que no te aflijas ni intentes venir a Londres; yo me ocuparé de todo, pero necesito saberte a salvo. Sabes que solo deseo que seas feliz y, sin importar la decisión que tomes, te apoyaré. Si decides no casarte con el duque a pesar del escándalo que eso conlleva, tienes mi aprobación. Sin embargo, no puedes volver a Londres por un tiempo. No bien llegué a casa, recibí una nota de lady Asthon; en ella nuestra tía me pedía ayuda desesperada, ya que Emily ha desaparecido. Se suponía que debía llegar ayer a la casa de Sussex, de su padre, pero nunca llegó a destino. Lo peor es que nadie tiene idea de dónde se encuentra, por lo que deberé empezar su búsqueda con urgencia. Ángel, tú tienes la palabra final. Por mi parte, me ocupé de escribirle a nuestra abuela, y Margot estará preparada para recibirte en su casa en caso de que desistas de unirte en casamiento con Stanton. Solo te pido que me hagas saber tu elección y que no dejes de enviarme noticias tuyas. Prometo mantenerte al tanto de todo y reencontrarnos pronto. No tengas miedo, pequeña, esto solo es un tropezón, no una caída.*

*Te ama,  
Sebastien.*

*Pd: Te envié un carruaje, por si decides partir hacia Francia. Te llevará hasta el puerto de Londres, y allí te espera tu transporte a la isla.*

Soltando un apesadumbrado suspiro, Elizabeth cerró la extensa carta. Su hermano había respondido a casi todas sus dudas y preguntas. Hacía poco había amanecido y ella, que no había pegado un ojo durante toda la noche, ya se encontraba de pie y vestida cuando le trajeron la misiva.

Abrazándose a sí misma, Lizzy caminó hacia la ventana y vio el carruaje que había mencionado su hermano detenido, un poco alejado de la mansión.

«¿Qué vas a hacer, Elizabeth?, no puedes seguir ocultándote en este cuarto», pensó pegando su frente al cristal, como si en el exterior estuviera la respuesta que necesitaba.

Casi al instante apareció ante su vista un hombre vestido con ropa de viaje; él bajó la escalinata de la entrada y ajustó su sombrero con una mano. Curiosa, Lizzy observó su ancha espalda, preguntándose quién sería aquel extraño.

De repente su corazón se detuvo en su pecho. «¡Dios, no me digas que es quien pienso!», pensó alarmada pegando su cara a la ventana hasta quedar aplastada, intentando ver mejor al caballero.

Pero su sospecha fue confirmada cuando él se giró repentinamente y abrió los brazos para recibir a una rubia joven. Clarissa se abalanzó sobre él, y después intercambiaron unas palabras para luego despedirse con un beso en la mejilla. Un carruaje se detuvo en la entrada, al mismo tiempo que un lacayo aparecía con las pertenencias del duque y las depositaba en el coche.

Sintiendo una fuerte opresión en el pecho y en el estómago, Elizabeth observó a la duquesa y al conde despedirse de Nicholas. El aire huyó de sus pulmones de golpe, y el pánico corrió por cada una de sus venas.

*Se marchaba, él se iba. ¡Oh, Dios!, esto dolía y mucho, ¿por qué le hacía esto? «¿Qué esperabas? Tú misma lo empujaste a hacerlo. Le dijiste que no lo amabas y que no querías saber nada más de él. ¡Perfecto!, tu deseo se cumplió: no volverás a verlo», le reprochó su Lizzy interior.*

—¡¡Niiick!! —gritó desesperada golpeando el cristal. Pero nadie afuera pareció percatarse de ello. Cada vez más alarmada vio cómo Nicholas volteaba y se encaminaba hacia el coche.

Entonces, decidió que tenía que hacer algo para impedir que se fuera, por lo que salió corriendo de su cuarto; bajando como posesa las escaleras y trastabillando, se detuvo en la puerta. Llegó justo a tiempo para ver cómo él subía y, quitándose su sombrero, se giraba para despedirse con la mano, sin llegar a darse cuenta de su presencia.

Su intento de llamarlo murió en los labios de Lizzy cuando se percató de la gran sonrisa que el duque tenía en su cara. Él... él parecía feliz y despreocupado: no se percibía ningún rastro de tristeza, decepción, molestia o dolor.

Tambaleándose, retrocedió por donde había venido. Con cada paso sentía su alma desgarrarse y su interior quebrarse.

«Todo ese tiempo tuve razón: Nicholas no me quiere, solo he sido un juego para él, un juego del que ya se ha aburrido», pensó dejando caer una lágrima tras otra.

Mientras subía las escaleras, escucho cómo el carruaje, que llevaba al único hombre que amó, se ponía en marcha, llevándose con él su maltrecho y arruinado corazón.

—Todo está listo, señorita; cuando usted quiera, partimos —le avisó su cochero al subirse al pescante del carruaje de la familia Albright.

—Bueno, debo irme. Dejenme agradecerles por toda su ayuda y, en especial, a usted, *lord* Baltimore por arriesgarse para rescatarme —dijo Lizzy despidiéndose de sus anfitrionas y del conde.

—No tiene nada que agradecer. Espero tenga un buen viaje, y disculpe por todo el daño que causé al investigar a su familia —le respondió un poco tenso el conde, clavando sus ojos verdes en ella.

Elizabeth solo asintió sin saber qué contestar a eso. Los tres la miraban con pena y algo más que no logró descifrar. Suspirando volteó hacia el vehículo que la esperaba, pero los brazos largos y suaves de Clarissa se lo impidieron dándole un cálido abrazo. Lizzy se lo devolvió algo vacilante y sorprendida. Luego de un momento de abrazarse, la joven le susurró al oído:

—Fue un placer conocerte, Elizabeth. Estoy segura de que nos volveremos a ver muy pronto. Solo te pido que cuando llegue el momento, le des una oportunidad. —Terminó con una sonrisa y luego la soltó.

Algo aturdida y confundida, Lizzy subió al vehículo con la ayuda del lacayo. La puerta se cerró tras de ella y, dejando caer su máscara de tranquilidad, se hundió abatida en el asiento. Reprimió su deseo de echar una última mirada a la casa y, perdiéndose en sus lúgubres pensamientos, cerró sus párpados rindiéndose por fin ante el cansancio.

El carruaje frenó con una fuerte sacudida: se detuvo tan bruscamente que Elizabeth salió despedida de su asiento y aterrizó de bruces en el alfombrado suelo del coche.

Aturdida, se agarró del asiento contrario para incorporarse.

—Qué rayos... ¡Thoom! ¿Qué sucede? —le gritó a su cochero.

Cuando sus oídos cesaron de zumbar, escuchó un gran alboroto fuera, una voz de alto y la negativa de Thom.

—¡¡Señorita, no salga del carruaje!! —tronó su sirviente.

El vehículo se sacudió cuando Thomas bajó. Se oyeron sonidos de pelea, gritos, advertencias, golpes y gruñidos.

«¡¡Ooohh, por Dios!! Son bandoleros», pensó alarmada Lizzy después de espiar con disimulo por la ventana.

Un estruendo la hizo saltar en el asiento. Había sido un disparo: los delincuentes estaban armados.

—¡¡No se la llevarán!! —advirtió furioso su cochero.

Elizabeth entró en pánico al escucharlo. No se quedaría allí esperando a que maten a Thomas y la secuestren.

Frenética, se levantó y se inclinó hacia abajo tanteando en busca del compartimiento que recordaba; cuando lo halló, lo abrió rápidamente y sacó el arma de su padre. Sin detenerse a pensar, abrió la puerta del coche y saltó al exterior. El sol de mediodía le pegó en el rostro, nublándole la vista por un momento. Avanzó unos pasos, sosteniendo el arma entre sus manos temblorosas.

Dos hombres retenían contra el suelo del camino a su sirviente, que intentaba zafarse

revolviéndose furiosamente.

—¡Suéltelo o disparo! —los amenazó Lizzy apuntándoles.

Los tres hombres voltearon su cabeza hacia ella. Thom la miró con los ojos desorbitados y los otros dos, perplejos; aunque no podría asegurarlo, puesto que llevaban sus caras tapadas. Aun así uno de ellos, que destacaba por su altura, le parecía bastante familiar.

Un estruendo de cascos de caballos los hizo mirar al frente. Y aquella visión atemorizante la paralizó, acelerando los latidos de su corazón más aún. Un enorme caballo negro se acercaba a toda velocidad hacia ella; sobre él cabalgaba un hombre vestido completamente de negro. Tenía un arma en la cintura y su rostro quedaba oculto por un pañuelo del mismo color.

—¡¡¡Señooriitaaa, corraaaa!!! —gritó Thomas desde el piso.

Saliendo de su parálisis, Lizzy giró y corrió lo más rápido que pudo en dirección contraria.

Escuchó más gritos y los cascos del semental acercándose a ella.

Aterrada aceleró sus movimientos, sintiendo el aire quemar en sus pulmones.

Tratando de no tropezar continuó con su huida, y corrió hacia un pequeño bosque a su derecha.

Su perseguidor la seguía de cerca pisándole los talones. Al internarse en el bosque, comenzó a correr en zigzag entre los árboles, tratando de dificultarle la opción de dispararle.

Las lágrimas de temor e impotencia empezaron a correr por sus mejillas al sentir que pronto debería rendirse.

Giró su cabeza un poco hacia atrás, y vio a su perseguidor pegado a ella.

El enmascarado de improviso saltó del caballo haciéndola aterrizar boca abajo, debajo de él. Las hojas amortiguaron su caída, pero el impacto le hizo soltar todo el aire de golpe.

De inmediato sintió el peso del cuerpo del hombre aprisionándola con fuerza, por lo que se alarmó y comenzó a revolverse frenéticamente. Él la presionó contra el suelo impidiéndole moverse, y luego apretó su mano hasta que soltó el arma de su padre.

— ¡¡¡Suelteme ahora mismo, basura!!! —gritó sacudiéndose Lizzy—. ¡¡Cerdo, animal, sapo venenoso, lo mataré!! ¡¡Maldito cobarde!! —vociferó furiosa.

Pero el sonido que salía de él frenó su embravecida rehilaría de insultos. *¿Acaso se estaba riendo?*, porque su cuerpo se sacudía con sucesivos temblores.

— ¡¿Qué le sucede, idiota...?! —empezó a decir, pero su grave voz la interrumpió.

—Sshhh..., tranquila, no te haré daño; al contrario, quiero amarte, *doulce Alinne* —habló, susurrando seductoramente en su oído.

Aquella voz tan conocida la paralizó al instante, ocasionando que su cuerpo dejara de resistirse, se erizara y estremeciera a la vez. Su corazón dejó de latir y su respiración se aceleró peligrosamente.

—Nick... eres tú —balbuceó en otro susurro Lizzy, sintiendo cómo la fuerza abandonaba y perdía la capacidad de movimiento.

Nicholas no le respondió. Se levantó tomándola en sus brazos, y regresaron al camino. Por el raballo del ojo vio a su cochero sentado a un costado del camino, aceptando la mano que él, que

ahora reconocía como uno de los lacayos del duque, le extendía al conde de Baltimore, parado a su lado, quien levantó su mano, agitando el pañuelo de bandolero hacia ellos, despidiéndolos con una gran sonrisa en su rostro.

El duque la llevó hasta otro carruaje apostado a un costado, y se sentó en el asiento con ella acomodada en su regazo. La puerta se cerró y el coche empezó a moverse. Él se sacó el pañuelo y bajó la vista hacia ella. Elizabeth solo pudo mirar esos preciosos ojos azules, encandilada por el amor que veía brillar en ellos.

Nicholas percibió la confusión y emoción que reflejaba su mirada violeta. Sin poder retener más su deseo, bajó la cabeza y besó sus suaves labios. La joven suspiró en su boca devolviéndole con igual pasión el beso. Él se separó un poco de ella para que ambos recuperaran el aire; Lizzy levantó una mano y la posó con ternura en su mejilla, lo que provocó que su piel se erizase.

—No te fuiste... no me dejaste — murmuró ella transmitiendo en esas palabras el amor que sentía por él.

—No, mi amor, estoy aquí, nunca te dejaría. Si lo hiciese, no podría seguir viviendo, literalmente, porque mi corazón te pertenece y solo late si estoy junto a ti —respondió en un murmullo apretando con su mano la de ella.

Los ojos de Elizabeth brillaron por las lágrimas de felicidad, pero comenzaron a cerrarse cuando el cansancio y el peso de todas las emociones vividas cayeron sobre ella. Sintiendo que Morfeo la envolvía lentamente, Lizzy se apresuró a decir:

—Nicholas, te amo...

—Y yo a ti, ángel. —Oyó que el duque decía con voz ronca, pasando su mano por su cabello suavemente.

Ya con sus ojos cerrados, una pregunta invadió su fatigada mente.

—¿A dónde vamos?

—Descansa tranquila, mi amor, yo velaré tu sueño —contestó él; en su tono se percibía una gran sonrisa—. Gretna Green, Escocia, nos espera.



## Capítulo 20

*Porque ciertamente hay fin, y tu esperanza  
no será cortada.*

Proverbios 23:18

*Las muchas aguas no podrán apagar el amor,  
ni lo ahogarán los ríos. Si diese el hombre todo por este amor.*

Cantares 8:71

Cuando Elizabeth despertó, de inmediato se percató de que ya no estaba en el carruaje, sino en una blanda cama de un extraño cuarto que era sencillo pero acogedor.

Algo confundida, se sentó y levantó las sábanas que la cubrían para descubrir, avergonzada, que llevaba puesto uno de sus sencillos camisones de algodón.

«¡Ohhhh!, qué vergüenza, me muero si Nicholas fue el que me vistió o, peor, desvistió», pensó tocando con ambas manos sus mejillas ruborizadas...

¿Cuánto habré dormido? De seguro mucho, porque ya no se sentía como si un tropel de caballos le hubiera pasado por encima, y el dolor por el golpe en la cabeza había mermado. Además, por la ventana podía apreciarse cómo un hermoso atardecer saludaba a la noche que se avecinaba.

Estudiando el cuarto, se dio cuenta de que se trataba de una posada. En la habitación había una cama, una pequeña mesa con dos sillas y un mueble con cajones. Y por último, en el extremo había un biombo, donde seguramente estaría el orinal, que necesitaba con urgencia.

Corrió descalza por el burdo pero pulcro suelo de madera, y vació su vejiga con un sonido de alivio que salía de su boca.

—Así que por fin despierta, mi bella durmiente — dijo la voz ronca de Nick haciéndola sobresaltar y pegar un grito.

Lizzy gimió avergonzada; no lo había escuchado entrar y él había oído lo que hacía atrás del biombo. Mortificada, terminó de asearse, pero no se atrevió a salir de su escondite.

Oyó que Nicholas caminaba hacia la mesa y luego, un ruido metálico.

—Ángel, ya puedes salir. Prometo no comerte... por ahora me conformaré con la cena —siguió diciendo él, con un tono divertido y seductor a la vez.

Lizzy sintió un estremecimiento cuando escuchó esas palabras. Miró hacia abajo, y su nerviosismo se acrecentó al ver que su camisón apenas si dejaba algo a la imaginación. Ya que si bien era blanco y virginal, como cabría esperar, estaba confeccionado con una tela muy fina y pegada al cuerpo, debido a que le gustaba dormir fresca y cómoda y no enredada en metros de tela.

—Lizzy... —volvió a decir él ahora con un tono de advertencia—. Si no sales, me veré obligado a ir por ti; no me digas que mi intrépido y temerario ángel se ha convertido en un tímido y temeroso ratoncillo —dijo pinchándola con obvia intención de provocarla.

Lizzy soltó el camisón que había intentado estirar lejos de su cuerpo, y se enderezó envalentonada. Él sabía dónde tocar para que su Lizzy insensata saltase y cogiera al vuelo cualquier reto a su alcance.

—No lo creo, su excelencia —contestó mientras salía y se paraba en el centro del cuarto.

—Por supuesto, no esperaba men... —empezó a decir, de espaldas a ella, acomodando un plato con comida en la mesa, pero se interrumpió cuando giró y la vio. Tragando saliva, bajó la vista lentamente hasta sus pies, que quedaban al descubierto al igual que sus tobillos, volviéndola a subir hasta su cara.

—¿Decía, milord? —inquirió Lizzy tocándole el turno de provocarlo divertida.

—Ya no recuerdo lo que decía —respondió el duque clavando sus ojos azules en ella, con una mirada tan apasionada que las piernas de Lizzy temblaron—. Pero debes cubrirte, Elizabeth —carraspeó con la voz convertida en un áspero sonido, dándole la espalda con brusquedad...

Elizabeth se sintió complacida y nerviosa por su reacción. Pero la Lizzy curiosa le ganó a la prudente.

—¿Por qué?, no es como si fuera la primera vez que ves a una mujer así.

Él no contestó y comenzó a prender las velas que estaban en la mesa sin volver a mirarla. Lizzy vio que sus manos le temblaban, y eso la hizo sentirse más hermosa y femenina que nunca.

—Además, le dijiste a mi primo que no era más atractiva que cualquiera de tus amantes —puntualizó. Recordando ese momento y aquel sentimiento de dolor y traición, regresó, lo que ocasionó que su pecho se cerrara nuevamente.

La espalda de Nicholas se tensó y apretó ambos puños con fuerza apoyándolos en las mesa.

Lizzy dejó de mirarlo y se dio vuelta hacia la cama para buscar algo con que taparse. Pero de repente se vio arrastrada por una fuerza superior; su espalda golpeó la pared y el cuerpo de Nick la aplastó con brusquedad haciéndole perder el aire de golpe.

Sus ojos azules la miraron con intensidad, y su aliento agitado rozó su nariz. Ella solo pudo mirarlo conmocionada por su repentina cercanía.

—No puedo pensar que por un instante, aunque fuera por un segundo, tu estés creyendo lo que dije en ese momento —dijo con voz baja y controlada, pero dura y tensa.

—¿Lo creíste? ¿Realmente piensas que te engañé, que jugué contigo, que no siento nada por ti? ¡Respóndeme, Elizabeth! —exigió al ver que ella lo veía muda.

—Yo... yo no lo sé. Dijiste muchas cosas; sonaste muy convincente y admitiste que investigaste a mi padre —respondió vacilante Lizzy—. Sin embargo, no puedo negar que me salvaste dos veces: una al impedir que me casara; la segunda vez, resultando herido, y finalmente volviste por mí aunque te echara de mi lado —terminó bajando la vista, incapaz de seguir viendo su expresión dolida.

—Elizabeth, escúchame —pidió Nick levantando su barbilla para hacer que sus ojos se mirasen; los de él, azules y brillantes, y los de ella, violetas y abiertos de par en par—. Una vez, junto a esa capilla, te abrí mi corazón y confesé lo que sentía por ti; pensé que te había quedado claro, pero ya veo que no. Así que lo intentaré nuevamente; es verdad y no negaré que me fue solicitado por la Corona investigar a tu padre, pero eso no tiene nada que ver ni es el motivo por el que me acerqué a ti.

—Entonces... ¿por qué me abordaste en ese balcón? Si no fue por mi padre, ¿por qué... —Nick puso un dedo sobre sus labios frenando su confundido interrogatorio.

—Sshhh... no me interrumpas, ángel. —La silenció con voz suave, acariciando el contorno de su cara—. La primera vez que te vi en aquel salón de reunión, rodeada de caballeros y disfrazada de hombre, escondida bajo esa gran capa y enorme sombrero, quedé absolutamente prendado de ti. Me sentí cautivado por tu irreverente valentía, tu refrescante franqueza, tu apasionada defensa de los menos afortunados y tu desinteresado y generoso corazón —siguió diciendo él sin apartar la vista de sus ojos—. Y tal como un hombre sediento perdido en el desierto, ante un vaso rebosante de agua, me vi atraído hacia ti sin poder evitarlo. Pero tú huiste de mí, y pasaron semanas en las que no pude más que pensar en ese ángel de ojos violetas. Te veía en cada joven, te imaginaba en cada cara y hasta dormido me perseguías apareciendo en todos mis sueños. Me desesperaba el no poder sacarte de mi cabeza, me enloquecía el no saber tu nombre, y me desquiciaba pensar que no volvería a verte —continuó hablando él haciendo una pausa para, con una sonrisa y mirada tierna, cerrar con un dedo la boca abierta de una conmocionada Lizzy—. Y cuando me encontraba desencantado y hastiosamente aburrido, tratando de esconderme de las mismas madres y jovencitas ávidas de un título, en aquel balcón apareciste tú iluminando con tu dorada luz mi oscuro y sombrío mundo falto de esperanza. —Mientras hablaba, sus dedos rozaron sus labios, lo que causó un estremecimiento a la joven—. Fue allí donde mi destino o, más bien, nuestro destino se selló. Al verte meciéndote en tu esplendor, tan bella, tan hermosa, tan perfecta, me sentí total y completamente subyugado por ti. No fui capaz de mantenerme alejado de ti y por eso te besé, y cuando nuestros labios se tocaron lo supe; supe con irremediable certeza que por fin te había encontrado. Estaba en casa, había hallado lo que ni siquiera sabía que necesitaba o buscaba.

»A partir de ese momento, no hubo vuelta atrás: no tenías oportunidad de alejarte de mí ni chance alguna de escapar; ningún hombre podría tener posibilidad alguna contigo. Porque con ese beso te marqué como mía para siempre: sellé nuestro futuro y eternidad. Todo lo que sucedió después fueron solo pasos obvios para terminar donde nos encontramos hoy. No niego que en ese momento no lo tenía tan claro como ahora, que guardaba dentro sentimientos encontrados sobre el

deber, la misión y lo que provocabas en mí. Pero nunca, escúchame bien, nunca te mentí, te usé o jugué contigo. Tampoco aproveché nuestra cercanía para averiguar algo sobre tu padre; solo cuando no estaba contigo vigilaba sus movimientos. Y cuando lo nuestro avanzó, no quise seguir y contraté agentes para que lo hagan por mí. Mi intención era confesarte todo, pero quería esperar a que la investigación llegara a su fin para hacerlo.

»Elizabeth, yo te amé desde el mismo momento en que tus dedos impactaron en mi mejilla en ese balcón y no dejé de hacerlo, desde entonces, ni un minuto. Tienes que creerme; lo que le dije a Moine fue para impedir que te dañara. Quería que creyera que no me importabas para que no te utilizara en mi contra. Cuando te apuntó con su arma, sentí que mi alma abandonaba mi cuerpo literalmente. Porque no resisto la idea de que algo malo te suceda; si te perdiera, se acabaría el sentido de mi vida. No podría seguir en pie ni tan siquiera continuar respirando o existiendo. Te amo tanto que duele; tanto que me asusto de mí mismo. Te amo de tal forma que estaría dispuesto a todo por ti: daría mi vida sin dudar por ti. Haría cualquier cosa que me pidieses; la más temeraria locura solo por ver una de tus sonrisas. Sí, lo haría mil veces y más todavía; estaría dispuesto a vivir sin ti si eso te hiciera feliz. Si no puedes creerme o si es demasiado tarde, si es verdad que ya no me amas, solo dímelo y te dejaré si así lo que quieres.

Ante estas palabras Lizzy quedó completamente conmocionada, pasmada, atónita, patidifusa, aturdida pero, sobre todo, conmovida. Por lo que no pudo evitar que los ojos se llenaran de lágrimas y que estas comenzaran a resbalar por su cara sin control.

Nicholas la observó en absoluto silencio aguardando una respuesta de su parte, pero al ver que callaba y se estremecía por el llanto, comprendió que eso era todo. Ella no le creía y ver el sufrimiento que eso le ocasionaba lo destruía desgarrándolo por dentro. Sus ojos comenzaron a arder; si no quería terminar de hacer el ridículo, debía salir ya mismo de allí.

Con el corazón en un puño dio un paso atrás y luego dos más hasta que, chocando con la puerta, la abrió y salió cerrando tras de sí. Apoyó un segundo la frente en la pared, tratando de calmar el atronador traqueteo de su corazón.

Le había costado toda su fuerza de voluntad abandonar esa habitación, donde quedaba la dueña de su alma, pero no tenía otra opción: debía respetar su decisión. Separándose de la pared, se obligó a caminar antes de que su reciente determinación flaqueara.

Sintiéndose vacío y perdido bajo las escaleras de la posada, se encaminó hacia la mesada de la taberna para tomar un trago. Pero el grito que resonó en la habitación lo interrumpió paralizándolo en el sitio y ocasionó que los pocos ocupantes de las mesas levantaran la cabeza sorprendidos, y que el tabernero dejara caer la botella que sostenía, mirando detrás de él boquiabierto.

—¡¡¡Niick!!! Aguarda... Te lo ruego —gritó con un tono desesperado Elizabeth desde algún punto.

Despacio giró y la vio parada en el último escalón, sosteniéndose con ambas manos de la baranda y con aquel camisón tan revelador como única barrera entre su delicioso cuerpo, y decenas de ojos indiscretos; se quedó estático sin despegar la vista de esa fantástica visión.

La joven no se amedrentó ante el hecho de ser el centro de atención, sino que clavó sus ojos en el dejándolo sin aliento al ver el amor y la ternura que transmitían.

—Nick... por favor... no puedes irte —rogó con voz algo temblorosa.

—Elizabeth, ya no tengo nada que hacer aquí, dame una razón por la que debería quedarme —respondió suplicando en silencio que algo bueno saliera de ese desafío.

—Tú... tú dijiste que harías cualquier cosa que te pidiera —alegó Lizzy—. Bien, te pido que te quedes conmigo. —Terminó con tono ansioso y mirada vulnerable.

—Lo siento, pero esa no es una razón. Yo no puedo quedarme sabiendo que sufres ni tampoco obligarte a creerme o a que aceptes ser mi esposa —argumentó Nick comenzando a girar para marcharse.

—No tengo una razón, tengo ciento de razones, pero la principal es que te amo, Nicholas. Te amo más allá de todo. Te amo desde el primer momento que nuestros ojos se encontraron. Cuando te vi en esa reunión, rodeado de nobles egoístas y frívolos, negando con la cabeza ante sus ideas retrógradas y crueles, me sentí embelesada por ti. Y cuando nuestras miradas se cruzaron sentí temor, porque sabía que algo cambiaba en mí irremediamente. Pero definitivamente me conquistaste cuando saliste en mi defensa y demostraste que, debajo de esa imagen apuesta y poderosa, se escondía un hombre generoso y noble —respondió Lizzy con tono firme, logrando que el corazón de Nick se paralizara y luego iniciara una loca carrera—. Todo en ti me conmovió y desestabilizó tanto que decidí huir, pero toda la distancia que puse entre nosotros no logró sacarte de mi mente ni de mi corazón. Te pensé cada minuto de cada día, arrepintiéndome de haber escapado y diciéndome que era mejor olvidarte. Aunque leer continuamente sobre ti en el periódico y escuchar tu nombre en cada cotilleo no ayudaba mucho.

»Entonces, cuando me sentía frustrada, sola y perdida, choqué contra el dueño de mis pensamientos en ese balcón. Y al sentir tus labios sobre los míos, lo comprendí finalmente. Entendí que aunque hubiera luchado contra ese sentimiento, ya no había nada que hacer. Mi corazón le pertenecía a ese caballero de ojos azules irrevocablemente. Mi cuerpo, mi alma, mi mente y todo mi ser fueron tuyos siempre. Y solo existe una persona capaz de hacer que mi corazón siga latiendo y ese eres tú. Te amo, Nick; amo todo de ti, absolutamente todo. Amo tu concepto del honor y de la responsabilidad, amo tu irreverente encanto, tu mal humor, tu posesividad, tu frecuente terquedad, tu implacable fuerza de voluntad y tu insufrible sentido del humor.

»Cuando te vi tendido en la entrada de esa capilla, creí que moriría sin poder decírtelo. Y quiero que ahora lo sepas: no hay nada que digas o hagas que pueda lograr, aunque sea por un segundo, que no te ame. Yo te amaré siempre; mi corazón dejó de pertenecerme para pertenecerte a ti. No hay nada en este mundo que no daría por ti; daría mil vidas por hacerte feliz. Y mil más por estar a tu lado; no sé si es egoísmo o cobardía, tal vez ambas cosas, pero no podría dejarte ir nunca. Te necesito a mi lado para seguir en pie y me niego a perderte. Solo te pido que me des la oportunidad de demostrarte que, como yo, nadie en esta tierra podrá jamás amarte. Porque ninguna

persona podría amar hasta el punto de sentir que perderá la razón y la cordura si no estás a su lado. —Terminó, conteniendo el aliento, al ver su expresión imperita y seria.

—¿Y qué estás esperando? —interrogó él después de unos segundos, abriendo sus brazos en una clara señal.

Gritando emocionada, Lizzy corrió hacia él y se lanzó a sus brazos rodeándolo con sus piernas y besándolo con frenesí. Nicholas se apresuró a sostenerla, devolviendo el beso con igual ardor e ímpetu.

Los atónitos huéspedes, que se habían convertido en silenciosos testigos, prorrumpieron en aplausos y silbidos, por lo que lograron que los nobles se separasen ruborizados.

Elizabeth se percató de su atuendo provocador y miró a Nick suplicándole auxilio mientras intentaba cubrirse con su chaqueta. Riendo, el duque la levantó como un costal de papas y subió con ella hacia el primer piso, ignorando los gritos y las sugerencias subidas de tono de su regocijado público.

Llegar a Gretna Green les llevó dos días más de viaje, por la extensa carretera hacia Edimburgo, durante los cuales disfrutaron de su mutua compañía, rieron, conversaron y discutieron. Sobre todo cuando el duque se negó a compartir la cama con ella y durmió en un catre a los pies de la misma. Lizzy no quería apresurar las cosas ni presionarlo, pero no entendía por qué él se tensaba y la miraba con una expresión que rayaba en el dolor físico, cada vez que ella sugería que durmieran juntos y abrazados. El duque se limitaba a decirle que muy pronto comprendería el porqué de su negativa, que quería esperar a ser su esposo. Y luego le daba un beso abrasador que los dejaba felizmente insatisfechos.

Un hermoso y primaveral día de abril, llegaron al condado de Dumfriesshire; el lugar al que se dirigían era el primer pueblo ubicado entre Inglaterra y Escocia.

El carruaje pasó veloz por las calles de Gretna Green, mientras Lizzy observaba embelesada el magnífico paisaje. Colinas verdes y ondulantes se extendían por doquier, cruzadas por el famoso río Esk.

Cuando llegaron a destino, Nicholas la miró expectante, y Lizzy rio al ver su expresión pícaro: parecía un niño a punto de abrir sus regalos navideños. El duque se apeó del vehículo y luego giró para ayudarla a descender.

Elizabeth se quedó viendo la fachada de una vieja y pequeña casa: tenía un gran tejado y plantas colgando de las paredes. En la puerta colgaba un letrero de madera escrito que decía «Blacksmith».

Nicholas fue a intercambiar unas palabras con su cochero mientras Lizzy, desorientada, miraba en todas direcciones, buscando la iglesia o una capilla al menos. La risa del duque, parado nuevamente a su lado, la distrajo. Todavía no se acostumbraba a verlo reír tan relajado y feliz, por lo que le llevó unos segundos percatarse de su expresión divertida, dirigida a ella.

—Puedes explicarme qué es tan gracioso, su excelencia —dijo adquiriendo una regia postura digna de una reina.

—Tu cara de desconcierto. ¿Qué estás buscando, mi amor? —respondió él dándole un pequeño toque en la nariz sin perder la sonrisa.

—Eso es obvio, ¿no crees? Pues la iglesia donde nos casaremos —bufó exasperada Lizzy.

—Estamos frente a ella, *lady* Elizabeth —contestó él tratando de no reír al ver sus ojos desorbitados mirar el derruido lugar.

—Ya, está bien de juegos, Nick. El trasero me duele de tanto viajar en ese carruaje, y tengo hambre y sueño —reprocho viéndolo enfurruñada.

—Haré de cuenta que no dijiste la palabra *trasero* —replicó fingiendo un estremecimiento ducal—. Creí que mi pequeño ángel era una viajera más intrépida y aventurera —siguió diciendo Nick, riendo con fuerza, cuando ella le lanzó un airado puñetazo.

—Bueno, bueno, de acuerdo, te explicaré. No nos casaremos en una iglesia, sino aquí dentro; el dueño y su esposa nos están esperando —explicó señalando el lugar.

—¿Perdón?, pero ese cartel dice «Herrería». Dices que el dueño nos espera ¿y dónde está el párroco? —pregunto más confundida Lizzy.

—Ven, en unos minutos entenderás todo —aseguró poniendo la mano en su espalda para guiarla hacia la herrería.

El herrero, llamado Duncan Mc Alistar, un enorme hombre vestido con ropa de trabajo, los recibió invitándolos a pasar a su taller de herrería. Sorteando sus herramientas y trabajos, ella y el duque caminaron hacia donde él les indicó. Cuando se ubicaron el hombre pegó un grito haciendo sobresaltar a Lizzy.

—¡¡Brook, tenemos visitas, mujer!! —aulló con voz potente y gruesa, teñida de un fuerte acento.

Al instante apareció una mujer pequeña y de figura redondeada. Tenía un hermoso cabello rojo peinado en una larga trenza, y unos ojos verdes amables que se iluminaron al verlos.

—Buenas tardes, jóvenes, sean bienvenidos a nuestra casa. Supongo que vienen a casarse —dijo acercándose a ellos con una gentil sonrisa.

—Así es, señora Mc Alistar —respondió Nick haciendo una inclinación con su cabeza.

—Bien, es un hermoso día para realizar una boda —contestó ella aplaudiendo emocionada.

—Antes de comenzar debo saber algo —interrumpió Duncan haciéndolos mirar hacia él—. Señorita, ¿se encuentra aquí por su propia voluntad? ¿Este enlace cuenta con su total consentimiento? —preguntó clavando sus ojos grises en ella con seriedad.

—Sí, señor, estoy aquí para casarme en absoluto acuerdo —dijo firmemente, sintiendo la mano de Nick dándole un cálido apretón.

—Perfecto, entonces ven, Brook, para poder dar inicio... —comenzó a decir el herrero, pero su mujer lo interrumpió.

—¡Ooh, Duncan!, espera. Deja que esta hermosa joven se ponga más bonita y presentable para

su boda —intervino con voz romántica Brook tomando la mano de Lizzy y tirando de ella fuera del taller.

—Gracias, señora Mc Alistar, yo había preparado una alforja con mi atuendo y otras cosas, pero al llegar no creí que podría usarlo —agradeció siguiéndola por el pasillo de su humilde pero impecable vivienda.

—Ohh, no es nada. Yo también me casé muy ilusionada un día y, aunque lo hagas aquí, no por eso debes estar menos hermosa. Los hombres olvidan el romanticismo a veces. Pero llámame Brook, por favor —dijo con su marcado acento, haciendo un ademán despreocupado.

—Espera aquí, haré que te traigan tu bolsa. Puedes usar los que quieras para prepararte; cuando estés lista, vuelve por donde vinimos. Te estaremos esperando en el taller. —Terminó ella señalando una cómoda repleta de frascos y cremas.

Cuando se quedó sola, Lizzy puso manos a la obra. Tomó un peine y cepilló su cabello hasta que brilló y cayó como una cascada por su espalda; se puso un poco de perfume y cubrió su boca con un suave ungüento que hizo brillar sus labios.

Un niño de unos diez años tocó la puerta y le pasó su bolsa con una tímida sonrisa. Y después de agradecerle, Lizzy sacó el hermoso vestido de muselina azul que había escogido para ese día.

De corte imperial, no tenía botones, por lo que podía ponérselo sin ayuda. Y así lo hizo, colocándose encima del corsé y la camisola que ya tenía. Cuando se lo puso, la tela cayó hasta sus pies; el vestido era sencillo pero encantador.

Las mangas abullonadas eran de una brillante gasa plateada, al igual que el corpiño y el borde del vestido: todo haciendo juego con unas zapatillas plateadas. Se colgó el collar de perlas plateadas de su madre y, echando una última mirada a su imagen, guardó todo en la bolsa y salió.

En la herrería se oían voces amortiguadas. Cuando Lizzy se paró en el umbral de la puerta, las tres personas se volvieron a mirarla. Pero solo una se quedó estupefacta y embobada, mirándola boquiabierta.

—Elizabeth, estás preciosa —la halagó con tono embelesado el duque caminando hacia ella.

—Gracias, pero tú no te quedas atrás —correspondió pícaramente Lizzy, observando que él había cambiado su traje de montar marrón por pantalones y camisa negra, acompañado por una elegante casaca gris ribeteada en los bordes del cuello, pecho y puños con seda plateada.

—No te mereces menos, mi amor —dijo él con una sonrisa—. Toma, cuando estuve en Sweet Manor, recordé que allí se guardaba los tesoros de mi abuela. Y ahora que serás mi duquesa, son tuyos —prosiguió el duque ofreciéndole una hermosa caja de terciopelo carmesí.

—Oohh, Dios, es magnífico, Nicholas —contestó Lizzy abriendo la caja y quedándose sin aliento, al ver una hermosa diadema de perlas y diamantes engarzados, acompañado por un impresionante anillo en forma de perla, con un único zafiro azul en el centro.

—No más que tú, ángel —dijo Nick tomando la diadema y colocándola en su cabeza; y luego de cerrar la caja, depositó un beso en sus dos manos.

Y así, con el matrimonio de herreros como testigos de su unión, pusieron sus manos



entrelazadas sobre un yunque de metal e intercambiaron sus votos, prometiéndose amor, fidelidad y felicidad eternos. El duque le puso el anillo en su dedo anular. Luego la tomó por la cintura para terminar de sellar la ceremonia con un atrevido beso, que los dejó sin aliento y deseosos de más.

Decidieron pasar su noche de bodas y luna de miel en la ciudad de Edimburgo; por lo que, tras despedirse de la pareja que los había casado, siguieron viaje hacia el centro de Escocia.

Cuando llegaron a la propiedad que el duque arrendó para pasar su estancia en Escocia, Lizzy se encontraba presa del nerviosismo y la expectación.

Luego de cenar en un gran comedor, Nicholas le pidió que subiera y lo esperara preparada. Así que allí se encontraba, acostada con el cabello suelto nuevamente, vestida con un camisón de seda y encaje rosa, tapada hasta la barbilla sin poder evitar el miedo a lo desconocido.

Después de todo, nadie le había explicado lo que allí pasaría ni lo que se esperaría que ella hiciera. «Si Nick no se presenta rápido, me encontrará muerta por tener que pasar tanto nerviosismo y tensión», pensó sintiendo un temblor.

El sonido de la puerta al abrirse interrumpió sus pensamientos. En la oscuridad distinguió la silueta de su esposo caminando hacia ella; cuando pasó frente a la ventana, la luna iluminó por un instante, dejándole ver su cuerpo, cubierto por una fina bata de seda negra, y la parte superior de su pecho, desnuda asomando por ella.

«¡Oh, Dios, está desnudó bajo esa bata!», pensó más nerviosa aún Lizzy, sintiendo que su boca se secaba y su corazón comenzaba a latir frenéticamente.

Él se acercó hasta la cama y se acostó en el espacio que ella había dejado libre, colocando ambas manos bajo su cabeza. Y se quedó allí sin más, inmóvil mirando el techo.

Lizzy lo observó desconcertada por su actitud. Realmente creía que se abalanzaría de inmediato sobre ella, pero nada más lejos de la realidad.

—¿Nicholas? —dijo con tono dubitativo rompiendo el silencio.

—Ven aquí, pequeña —la llamó Nick, luego de un momento, sin mover un músculo.

—¿Qué? —contestó sonrojándose más.

—Ven, acércate —repitió en voz baja el duque.

—¿Aquí está bien? —preguntó ella arrastrándose por el colchón hasta quedar a un roce del cuerpo masculino.

—No, más cerca —respondió él negando con la cabeza.

—¿Aquí? —volvió a preguntar tímidamente, cuando se acercó hasta que sus cuerpos se rozaron desde el hombro hasta sus pies. Su esposo se tensó y absorbió aire bruscamente.

—No, aquí —dijo el duque con tono profundo y ronco, tomándola de los hombros y levantándola en el aire hasta hacerla aterrizar, cuan larga era, boca abajo sobre él.

Elizabeth soltó un gritito de sorpresa, y luego se quedó sin aliento al chocar con ese cuerpo duro y musculoso, tan diferente al suyo.

—¿Estás nerviosa, ángel? —inquirió él comenzando a acariciar suavemente sus brazos y su espalda, y reteniendo la respiración cuando sus manos tocaron la curva de sus caderas.

—Humm... sabes que sí —respondió Lizzy sintiendo un escalofrío subir por su cuerpo con cada caricia.

—Bien, porque yo también lo estoy, princesa —confesó a su vez él, comenzando a depositar tiernos besos en su mandíbula.

—¿Tú también? No entiendo por qué, no es la primera vez para ti —contestó perpleja y distraída ella.

—Sí, es mi primera vez contigo, con la mujer que amo, con mi esposa y ahora amante. Y además, la primera vez que haré el amor de verdad; saber que seré el primer y único hombre en tu vida me hace sentir honrado y humilde. Y también nervioso, ya que quiero que sea perfectamente inolvidable para ti. —Finalizó Nick con voz grave, tomando su cara para que sus miradas se encontraran y ella pudiese ver la vulnerabilidad y emoción repitiéndose en sus pupilas azules.

—¡Ooh, Nick! Es hermoso lo que me dices. Te aseguro que entregarte mi pureza es lo mejor que me pasó en la vida. También quiero que sea perfecto para ti, por eso me pone nerviosa decepcionarte o no hacerlo bien —confesó emocionada.

—Nunca podrías decepcionarme, amor. Eres la perfección para mí: me colmas y desbordas de dicha. Ten por seguro que lo harás perfectamente, porque no necesitas experiencia ni conocimiento, solo corazón y amor, y de eso te sobra —aseguró a su vez él, llevando sus dos manos a sus mejillas y acercándola para besarla.

—Quién lo diría, amor, que lo que empezó como un juego de ajedrez plagado de estrategias, misterio, venganza y enemistad nos traería hasta aquí —dijo Lizzy suspirando en su boca, separada por un centímetro.

—Es verdad, pero me siento afortunado de decir que pude abrir los ojos y el corazón a tiempo, y terminar convirtiendo ese juego en una dulce enemistad —respondió Nick con tono pícaro e íntimo.

—¿Acaso crees que ganaste el juego finalmente? Es algo presuntuoso de su parte, excelencia —lo pinchó con tono juguetón Lizzy.

—Por supuesto que lo gané: soy el vencedor y te lo demostraré ahora mismo. —Terminó él, haciendo que la réplica de ella muriera en su boca, cuando sus labios la besaron con implacable fuerza.

Se besaron de mil formas diferentes, hasta que ninguno de los dos pudo distinguir dónde comenzaba el cuerpo de uno y donde terminaba el del otro. No faltaron las risas cómplices, los gemidos extasiados y las palabras susurradas de amor, pasión y entrega. Juntos conocieron el auténtico placer, descubrieron la esencia del deseo y se perdieron en la locura su mutua necesidad.

Mucho más tarde, cuando yacían abrazados y saciados, dejando que poco a poco el sueño los envolviera; ella, enredada entre sus piernas con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando el

suave repiqueteo de su corazón latir; y él, abrazándola y pasando su mano por su cabello con suavidad una y otra vez, fue cuando lo escuchó susurrar en su oído con voz grave y seductora: «Jaque mate, *doulce Alinne*».

## Epílogo

*Yo soy de mi amado, y mi amado es mío.*

Cantares 6:3

*Un mes después...*

*Edimburgo, Escocia*

Tapándose la boca con ambas manos, Elizabeth contuvo el aliento, mientras intentaba permanecer tan inmóvil como una estatua.

Sabía que él se estaba acercando: oía cómo sus pies aplastaban hojas y ramas a cada paso.

Desde la posición privilegiada que le daba la rama del árbol, al que muy poco femeninamente se había trepado, pudo vislumbrar sus pies aproximándose.

Él caminó cerca de ella y luego se detuvo desorientado, barriendo todo el lugar con una furibunda mirada.

Sintiendo el corazón palpar alocadamente, Lizzy decidió que ya era hora de dejar su actitud defensiva y tomar una táctica ofensiva.

Examinando a su enemigo, lo vio espiar tras un alto arbusto y después rodear con precipitación un ancho árbol.

Cuando él, bufando exasperado, avanzó y comenzó a alejarse, fue su señal para ponerse en acción.

Soltando un grito, saltó con destreza al suelo y, riendo sin parar, corrió veloz en dirección contraria, lanzándole alegres pullas.

Su risa se volvió imparable al ver cómo Nick saltaba emitiendo un gritito de espanto nada masculino cuando ella apareció sorpresivamente.

—¡¡¡Perdeeedoor, jajaja!!! —se burló entre carcajadas.

—¡Maldita sea! ¡Ven aquí, pequeña bribona! —contestó el duque reponiéndose y corriendo detrás de ella.

Lizzy, ayudada por el peculiar atuendo masculino que vestía en ese momento, logró alejarse bastante y pronto llegó hasta su pequeño refugio, donde rápidamente subió los escalones con Nick pisándole los talones. Cuando sus pies pisaron el suelo de madera, unas fuertes manos la levantaron en el aire y, a continuación, sus ojos quedaron mirando hacia el techo cubierto de hojas y flores del lugar.

Sin poder parar de reír, Lizzy gritó y se sacudió viendo la cara del duque ceñirse sobre la suya y sintiendo su potente figura aplastarla contra los mullidos almohadones del sillón.

Nicholas también reía y sus ojos brillaban tanto, con una luz tan brillante, que de inmediato la risa de Lizzy se esfumó y ella se quedó viéndolo como hipnotizada y embelesada a la vez. Él percibió su cambio de actitud y sus carcajadas cesaron, pero la gran sonrisa permaneció en su apuesto rostro.

—Nick... soy... estoy tan feliz que... —empezó, pero no supo cómo seguir expresando todo lo que experimentaba tan intensamente en su interior.

El duque colocó ambas manos rodeando su rostro, y acercó su cara mirándola con amor y algo más.

—Dilo, ángel, ¿qué está pensando esta preciosa cabecita? —dijo mientras sus pulgares acariciaban suavemente sus mejillas ruborizadas por la carrera.

—Es... solo me cuesta creer que se pueda ser tan feliz. Tengo miedo de que no sea para siempre y perder esto; perderte a ti me aterra —respondió Lizzy rozando su nariz con la suya y sintiéndose ridículamente vulnerable y sensible.

—Yo también soy tan feliz a tu lado. No debes preocuparte, ángel; tú y yo, lo que tenemos y somos permanecerá así por siempre —prometió Nick depositando un beso en su frente, su nariz y su boca.

—¿Cómo estás tan seguro? —interrogó comenzando a sonreír nuevamente con cada beso juguetón que él le daba.

—Eso es fácil, amor. Ven, dame tu mano. ¿Sientes eso? —respondió Nick agarrando una de sus manos, depositándola abierta sobre su pecho.

—Sí, es tu hermoso corazón, pero ¿qué tiene que ver eso? —interrogó ella con el ceño fruncido, haciendo ensanchar la sonrisa del duque ante su habitual impertinente impaciencia.

—Te lo diré descarada... Esto que sientes, cada latido de mi corazón, te pertenece; mientras haya vida en mí, me ocuparé de amarte y de hacerte feliz. Y cuando mi corazón deje de latir y se detenga irreversiblemente, mi alma aun así continuará amándote. Porque nuestro amor es eterno e indestructible, ángel, y ni el tiempo ni la muerte podrán separarnos jamás. Te amo, Elizabeth; nunca podré cansarme de hacerlo y definitivamente por siempre es lo que necesitaré para demostrártelo —dijo mirándola obnubilado, besando cada lágrima de emoción que ella derramaba.

Llorando y riendo, Lizzy se aferró a su cuello y lo acercó besándolo profundamente. Y mientras ellos se amaban con palabras, caricias, besos y sonrisas, el atardecer llegó tiñendo de rosa el mirador donde se hallaban.

Ya cuando caía la noche, se escuchó decir al duque en tono de fingido regaño:

—Y no pienses que olvidé del castigo que mereces por robarte mis pantalones y ponértelos, ángel promiscuo.

## Agradecimientos

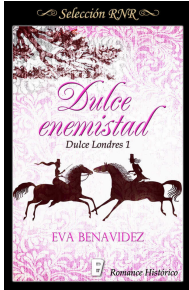
Escribir es mi pasión, el lugar donde me encuentro a mí misma y donde puedo darle voz a las letras de mi alma.

Le debo toda mi inspiración y gratitud a Dios, quien es el autor de mi vida, y a su hijo, Jesucristo, mi único Salvador y quien creo es fervientemente la única esperanza para la humanidad.

También debo la alegría de este sueño hecho realidad a mi amado esposo, quien con infinita paciencia me acompaña y brinda todo su apoyo minuto a minuto, y a mi precioso hijo, mi compañero de aventuras. Gracias por amarme y ser mis perfectos caballeros, los amo. Como así también a mi familia que, además de numerosa, es generosa e incondicional. Gracias a cada uno que, de diferentes maneras, son parte de este gran logro.

A través de la escritura, tuve el inmenso honor de conocer a muchas personas muy especiales, lectoras que se convirtieron en entrañables amigas y aliadas de la vida, y agradezco a Dios por permitirme encontrarlas en mi camino. Y a ustedes que, UNIDAS, me ayudaron a creer en mí y demostraron un apoyo invaluable. A ustedes, hermanas esparcidas por muchos lugares, pero muy cerca de mi corazón, va dedicada esta: mi primera novela.

## Dulce enemistad



Lady Elizabeth Albrigh está de vuelta en Londres después de haber crecido en Francia tras el fallecimiento de su madre. Recién presentada en sociedad, su padre, el marqués de Arden, espera que consiga un buen matrimonio. Sin embargo, ella no tiene intención de elegir un esposo, ni mucho menos de casarse.

Decidida a regresar al pueblo, donde fue criada por su abuela materna, Lizzy debe resignarse a pasar una aburrida temporada social y tolerar ser ofrecida cual mercancía en el mercado matrimonial. Lord Nicholas Bladeston, duque de Stanton, es famoso por ser un soltero empedernido. Resuelto a mantenerse lejos de los bailes y eventos sociales, evita madres casamenteras y debutantes vírgenes.

Pero cuando un asesino comienza a cobrarse víctimas aristocráticas, le es asignada una misión real:

deberá aventurarse en los salones londinenses para intentar descubrir al homicida y posible traidor al rey, y así frustrar sus planes.

Sus caminos se cruzarán y juntos se sumergirán en el peligroso mundo del espionaje, lleno de traiciones, mentiras y muerte. Y mientras intentan sobrevivir, perderán sus corazones en manos de la pasión y el amor.

Selección RNR

IVETTE CHARDIS

Destello  
azul



Romance Histórico



## Prólogo

Londres, diciembre de 1808

La calle Commercial Road era la más transitada de Londres en época navideña. Damas y caballeros de todas las condiciones, desde soldados rasos, criadas de distinguidas señoras y comerciantes, hasta la aristocracia, paseaban arriba y abajo mientras contemplaban los escaparates de las tiendas, que ofrecían sus más preciados tesoros. Relojes de bolsillo de oro macizo, extravagantes pamelas coronadas por cintas de colores y grandes plumas de pavo real. Pañuelos, libros, perfumes, incluso la comida era exhibida de manera sutil y delicada, como los pasteles de Mrs. Coplan. Así se llamaba la pastelería cuyo olor impregnaba toda la calle, y donde Elric Glover, de once años de edad, había decidido establecer su centro de operaciones.

Su madre, Isabella, lo había criado en una casa de meretrices regentada por *madame* Blanche, nombre francés que nada tenía que ver con sus verdaderos orígenes. Allí aprendió el arte de robar; al principio solo se atrevía a estafar a las lavanderas y a los obreros que volvían de la fábrica, pero más tarde advirtió que tenía dedos hábiles y los usó en beneficio propio. Los mismos niños del burdel, hijos de las ramerías, formaron una banda que *madame* dirigía como un ejército: mientras un grupo distraía, el otro se dedicaba a cortar bolsas y a coger los peniques y libras que había en ellas.

Para Elric, aquella mañana había sido fructífera. Compraría un trozo de pastel de zanahoria, el preferido de Kate, la hija de Blanche, a la que quería como una hermana. Entró decidido en el establecimiento y aplastó su rostro contra el cristal donde se mostraban todas esas maravillas de dulces: bizcocho de ciruelas, pudín de frutas, tarta de manzana, bolas de chocolate crujiente...

—¿Cuál es tu preferido? —No podía creer que alguien le dirigiera la palabra en aquella tienda llena de remilgadas señoritas y pretenciosos caballeros, pero ahí estaba ella, una niña de su misma edad, tal vez algo más pequeña. La muchacha tenía la piel clara, ojos negros y unas largas pestañas. Los rizos de su pelo caían a cada lado de sus mejillas y le conferían una actitud traviesa. Llevaba un abrigo azul adornado por una hilera de botones de terciopelo del mismo color y unos zapatos oscuros que resaltaban la banda de encaje blanco del remate de la falda.

—Las galletas de jengibre son las que más me gustan, ¿y a ti? —Las marcas de sus dedos en el cristal del aparador se confundieron con las de Elric.

—No lo sé —contestó el muchacho—. Nunca las he probado. —La pequeña dama abrió la boca, y Glover observó que le faltaban los dos dientes delanteros de la parte de arriba.

Unas botas altas lo empujaron y cayó al suelo junto a sus peniques. Se alzaron voces en contra de dejar entrar a pordioseros sucios y malolientes en una tienda nada menos que de comestibles. Y unas manos huesudas y blancas de harina lo arrastraron fuera. Se desplomó en la dura acera sin sus monedas y sin su porción de tarta.

Elric apretó los puños. A punto de llorar de ira contra el mundo, se le pasó por la cabeza volver por la noche y tirar piedras al cristal. En esas fechorías pensaba cuando alguien agarró su hombro. No se asustó, ya que se trataba de una mano diminuta, muy diferente a la anterior. Era la misma niña de ojos negros que le entregaba una caja rosa en la que se podía leer el nombre del comercio: *Mrs. Clopan's Cake*.

—¿Qué es esto? —pronunció Elric, algo tosco.

—*Ginger cookies*, para que las pruebes.

—¿Qué quieres a cambio? —El muchacho no podía creer que una desconocida le regalara algo sin que tuviera que engañar, mentir, robar o amenazar.

—Nada —repitió ella, expectante.

Elric cogió una galleta de jengibre; reacio, la mordisqueó, el azúcar se deshizo en su boca y, de repente, el cielo pareció menos gris.

—¡También son mis preferidas! Pero necesitaré ayuda para terminarlas —mintió. Era una excusa para permanecer más tiempo al lado de ese ángel vestido de azul.

Ambos se sentaron en el suelo, en el rellano de una casa de huéspedes al lado de la tienda de Mrs. Clopan, al amparo de miradas indiscretas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Elric sin dejar de masticar.

—June, ¿y tú?

—Llámame Snake.

—¿Qué nombre tan raro.

Glover le guiñó un ojo y, cuando estaba a punto de narrar la turbulenta historia de su apodo, los gemelos Neel y Ray Smith, cinco años mayores que él y muy conocidos en el barrio donde vivía, en el East End, se acercaron hasta ellos. El chico, por instinto, escondió los dulces.

—¿Qué haces aquí, bastardo? —Le pegó una colleja uno de ellos.

—¡Déjame en paz!

—¿Qué damita tan hermosa! —El otro hermano acarició la mejilla de June. Esta frunció el ceño, y Elric se sintió en la obligación de protegerla, el mismo sentimiento que demostraba hacia los niños del burdel donde vivía.

—¡No la toques!

A ninguno de los gemelos pareció desconcertarles su valentía, era bien conocida: se decía que había molido a palos a un cliente de su madre por pegarle tan solo una bofetada. Neel cogió por el

cuello a Elric y juntó su cara con la suya.

—No te entrometas.

Ray le tendió la mano a la niña y le enseñó los dientes, amarillos.

—Condesita, ¿sería usted tan amable de acompañarnos?

—Mi nombre es June, lady June para ti, hija del conde de Belford. —Levantó la barbilla, desafiante.

—Ya lo sabemos, condesita, y su padre la ha hecho llamar.

—¡Mienten! —dijo Snake. Balanceó su cuerpo y propinó una patada justo en las partes íntimas de su enemigo.

—¡Será malnacido! —despotricó el agredido mientras se curvaba y tocaba la entrepierna.

En ese momento, Elric fue mucho más rápido que su contrincante y saltó por encima de él, agarró la muñeca de June y corrieron por las estrechas calles de Londres.

—¡No la dejes escapar, Ray!

Snake la guio entre la multitud dispuesto a pasar desapercibidos pero, cada vez que se giraba, los gemelos estaban más cerca. Un carro de ropa vieja conducido por una mujer embarazada se interpuso en su camino, no pudo esquivarlo y acabó bajo sus ruedas. Sintió una corriente pasar entre sus dedos y supo que la había perdido. El vacío y la desesperación que sufrió por el destino de la pequeña le sorprendió. ¿Cómo era posible afligirse tanto por una desconocida?

Vio cómo Ray Smith la alzaba y cómo ella se debatía impotente. Estaban en las profundidades de la calle Dorset, donde nadie se interponía en los asuntos de los demás, y menos aún cuando los hermanos Smith salían de caza, ya fuera para apalear a un borracho, para robar a una prostituta o para raptar a chiquillas inocentes y luego venderlas. La elegancia de la menor y su pelo limpio y reluciente destacaban, ya que no era el objetivo habitual de aquellos dos canallas; aun así, y pese a crearse un grupo a su alrededor, nadie se interpuso entre ellos.

June sacó algo metálico de su bolsillo y rasgó la mejilla del gemelo con una punta afilada. La sangre no salió a raudales, por lo que ella insistió hasta clavarlo en la carne. Elric no podía permitir que uno de los hermanos Smith se saliera con la suya, así que cogió una piedra y, rabioso, la lanzó. Podría haber golpeado a su protegida, pero la suerte quiso que el secuestrador la soltara, abatido por el dolor. La piedra impactó en su sien, y se desmoronó en el suelo. Snake gateó por el empedrado de la calle y cogió el brazo de June, la obligó a levantarse y volver a correr, no sin antes comprobar que Ray se movía y que su hermano Neel llegaba en su auxilio. Respiró hondo al saber que no lo había matado. Olvidó al instante las posibles consecuencias que eso le hubiera acarreado y se apresuró en dirección a los muelles. Durante la carrera, la pequeña dejó caer la punta de una flecha afilada manchada de rojo.

—Es un recuerdo de mis amigos en Belford, me ha ayudado en muchas peleas —aclaró. Elric sintió unas insólitas punzadas en el corazón y supo que no estaba ante una niña cualquiera.

La incesante actividad de carga y descarga de las distintas mercancías de los barcos y grandes navíos que atracaban en el puerto facilitó que Elric y June no fueran vistos. Aun así, tuvieron la

precaución de andar de cuclillas de un barril a otro. De vez en cuando sacaban la nariz entre las cajas de madera, que los marineros y trabajadores del puerto movían de un lado a otro, para comprobar si los hermanos Smith les seguían. En una de esas ocasiones, June profirió una exclamación y salió de su escondite sin que Snake la pudiera detener. Horrorizado, vio cómo se echaba en brazos de un individuo de mediana estatura, complexión fuerte y una frondosa barba. Este la alzó en brazos, y el niño, invadido por la ansiedad, profirió un grito de guerra y se abalanzó contra el desconocido al que asestó patadas y puñetazos. Por más que ella gritó que se detuviera, él insistió hasta que el extraño la posó en el suelo, agarró al muchacho y echó hacia atrás su hombro para inmovilizarlo.

—¡Es mi padre, el conde de Belford! —aclaró la pequeña.

Elric tardó en reaccionar y, no muy convencido, retó al caballero de barriga cuadrada.

—¡Trátela bien!

El conde sonrió y decidió soltarlo.

—Así lo haré, y ahora, ¿me puedes explicar qué demonios haces aquí, June?

La chiquilla le contó a su padre, como si se tratara de una crónica periodística, todos los detalles de lo sucedido: cómo había escapado de la vigilancia de su niñera, y cómo los hermanos Smith habían intentado retenerla contra su voluntad.

Mientras su hija no cesaba en su descripción de lo ocurrido, lord Belford se las ingenió para que los dos críos lo siguieran hasta un callejón. Pero June se percató de su extraño comportamiento.

—¿Por qué vas vestido así? —preguntó.

Fue entonces cuando Elric reparó en que, para ser de la aristocracia, aquel sujeto vestía con unas telas raídas, muy parecidas a las de los obreros. Sebastian Seabrook, conde de Belford, se colocó el dedo índice en los labios.

—Voy de incógnito —le susurró a su hija—. Tengo negocios cerca de aquí.

—¡Si eres un par del reino! —exclamó ella—. Y no se te conoce ocupación —añadió, para asombro de su padre.

—Llevar las riendas de Yellow House en Belford, ¿te parece poco?

June hizo un ademán para restarle importancia.

—Pero si tienes a tío Albert para que haga el trabajo sucio.

—No hables así delante de desconocidos —la regañó.

—Papá, te presento a Snake, un amigo.

Sebastian Seabrook le tendió la mano, y Elric, impresionado por el cortés trato, se limpió primero la suya con su camisa ajada y la estrechó de forma enérgica.

—¿Tenéis hambre? —preguntó el conde. Sin esperar respuesta, abrió una trampilla escondida bajo unas tablas e hizo bajar a los niños por unas escaleras.

La corta vida de Elric le había llevado a vivir distintas experiencias en las que el resultado

siempre era el mismo: un adulto que estafaba a un niño o a una mujer. Más de un caballero había requerido sus servicios como compañero de cama y, aunque el pago era bastante generoso, nunca aceptó. Ni siquiera cuando habían intentado forzarlo; la astucia que poseía lo libró de aquel destino. Por eso, cuando entró en aquel sótano lleno de cajas medio abiertas en las que se podían ver y oler granos de té, no tuvo miedo. Por el modo en que había tratado a su hija y hasta a él mismo, decidió que se encontraba ante una buena persona.

—Aquí no hay solo té, ¿verdad? —se atrevió a hablar Elric.

El conde carraspeó y se tocó la nariz.

—Eres muy perspicaz.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? —La chiquilla se interpuso entre los dos.

—Nada que una dama deba conocer —sentenció su padre.

Snake oyó una aguda nota a lo lejos que aumentó hasta convertirse en un molesto chillido: June sufría una pataleta.

—¡Soy tu primogénita y tengo derecho a saberlo!

—Si fueras un muchacho... —dijo el joven en voz baja, aunque lo suficiente claro como para que ella lo escuchara y se enfrentara a él sin perder ese tono tan desagradable.

—¡Soy igual que tú, y cuando sea mayor Yellow House será mío, como este negocio, sea cual sea! ¿Verdad, papá?

El conde se encogió de hombros.

—Eres igual de bruta que un chico, eso no lo niego.

Convencida con aquella respuesta, cesó su rabieta.

—Vayamos a comer algo —continuó Sebastian.

Elric no podía creer en su suerte, y mucho menos cuando ascendieron al piso de arriba y descubrieron que se trataba de una taberna inglesa, el *Red Dragon*, cerca de los muelles, lugar de encuentro de marineros y algún que otro timador. Se sentaron en un reservado y comieron un plato de potaje. El conde le habló de un posible trabajo para agradecerle su valentía y lo citó en los muelles para la semana siguiente. Elric aceptó entusiasmado cualquier oferta que le propusiese, pero tampoco era estúpido y no iba a dejar las calles ni las enseñanzas de *madame* Blanche sobre cómo seducir y manipular, por muy noble que ese tipo fuera. Se acordó entonces de su madre, y lo feliz que sería al contarle que había podido negociar nada menos que con un conde. Seguro que se llevaría el mérito por las lecciones de matemáticas, historia y buenos modales que esta se había empeñado en enseñarle desde crío.

Al salir de la taberna ya era de noche. Snake buscó los ojos de June antes de despedirse, y supo que no la volvería a ver. Esta no parecía estar iluminada por la misma idea; agarró un palo del suelo y empezó a golpear todo lo que encontraba en su camino.

—¡¿Quieres estar quieta?! —la reprendió el conde—. Comportate como una dama durante un instante.

June sopló, aburrida, y un mechón de su pelo se alzó y cayó otra vez sobre su frente. Elric la contempló como si fuera una bonita estatua en medio de la plaza, fascinado ante su alegría, espontaneidad e inocencia. Por un momento, ella le devolvió la mirada, jovial, pero se distrajo al perseguir una gaviota que voló sobre sus cabezas; una pluma blanca cayó del cielo. La pequeña dama tiró el palo de inmediato y la atrapó, maravillada. Elric se sintió como ese palo, desechado y olvidado, y deseó ser pluma.

## Capítulo 1

Londres, febrero de 1824.

Dieciséis años después.

—¡No puede ser! —Lady June Belford acercó su rostro hacia el periódico, y su nariz rozó las hojas de tinta.

—¿Qué ocurre, querida? —Sebastian Seabrook, conde de Belford, sentado en el sillón contiguo, alzó la vista de su libro y dio un lento sorbo al vaso de brandy que había encima de la mesa de licores a la espera de la respuesta de su primogénita.

—El ladrón de Pluma Blanca ha vuelto a actuar y no muy lejos de aquí, a unas dos manzanas. Ha robado todas las joyas de los Wilfred mientras dormían y dos cuadros de Canaletto que habían comprado durante su viaje a Venecia. — June chasqueó la lengua—. Deberíamos hacer algo, ¿no crees, papá?

—¿En qué piensas?

—Podríamos organizar un comité vecinal de vigilancia.

—Los Wilfred tenían a sus dos mejores lacayos en el salón. —Sebastian apuró el contenido del vaso.

—No es lo mismo, y lo sabes —continuó la muchacha—. El ladrón de Pluma Blanca no entra por el salón, he recopilado todos los artículos donde él aparece y siempre accede a través de una ventana superior, como la del desván.

—¿Cómo sabes que es un hombre? —contestó el conde de Belford como si le ofreciera una lección de vida—. Recuerda lo que te he enseñado: nunca des por hecho una teoría, analiza todos los puntos intermedios, sigue todas las señales.

June compuso una mueca, no le gustaba la soberbia de su progenitor cuando bebía. Se levantó de su asiento y rodeó la butaca de su padre. Guardó la botella de brandy en uno de los cajones de la mesa instalada justo enfrente del ventanal de madera. Le encantaba el despacho donde se encontraban, era una habitación espaciosa; cortinas de raso de color ocre, una mesa de madera de ángulos uniformes, una silla de respaldo recto y dos butacas de piel marrón instaladas a cada lado de la chimenea, donde su padre y ella se sentaban cada noche a leer y comentar las noticias del día. El crepitar de la leña, la mezcla de aromas de la tinta del periódico, el brandy y el tabaco de pipa. Eran los olores de su infancia, que le reportaban seguridad, aunque últimamente el conde

había abusado de estos dos últimos placeres, y lo habían convertido en una especie de personaje aletargado.

—¿No crees necesario darme una pistola para proteger la casa mientras tú no estás? —insinuó al mismo tiempo que le quitaba el vaso de las manos—. Imagina que entra alguien cuando te encuentras en el club...

—¡Basta! —Sebastian Seabrook no consintió que le arrebataran su vicio más arraigado—. Puede que seas más valiente que muchas de las mujeres que he conocido —buscó, nervioso, la botella—, pero, insisto, una dama no debe llevar ni tener una pistola en su poder, y menos en Londres. Para ti, cualquier excusa es válida.

—¡No es una excusa! El ladrón...

—¿Por qué no has ido al baile como tu madre y tu hermana?

June se dio cuenta de que el conde había cambiado de tema a propósito, aunque debería saber que cortar a su hija en medio de una disertación no haría más que empeorar las cosas.

—¿Quién iba a cuidar de ti, si los pocos criados que nos quedan han acompañado a mamá y a Libby a casa de la duquesa viuda de Arundell? Y sabes muy bien que desde mi presentación no voy a las fiestas.

—Encerrada en casa nunca encontrarás marido —sentenció el padre, dispuesto a importunarla con lo que ella más odiaba: el matrimonio.

—No me has educado para eso, sino para ayudarte en tus asuntos.

—¡Ajá! —vitoreó Sebastian al encontrar el licor. Con inusitada paciencia, se sirvió hasta los bordes y se inclinó para sorber sin importarle la falta de modales—. Algún día tendrás que casarte.

—Cuando tú dejes de beber.

El conde quiso sonreír, pero se le escapó un suspiro. June era consciente de que, en contra del consejo de la familia, su padre la había criado como a un chico; desde muy pequeña lo seguía a todas partes y lo imitaba en lo que hacía y decía, y no creyó que fuera ningún disparate aprender a montar a caballo, cazar, jugar a las cartas, llevar las cuentas de la hacienda... hasta que fue demasiado tarde, y esa ruda niña de cabello rizado que ganaba a todos los niños durante las peleas en las cuerdas, se convirtió en una mujer de belleza salvaje y de modales pésimos para una dama de la alta sociedad. Como tampoco tenía mucho interés en vestidos y bailes, ambos progenitores optaron por dejarla en casa mientras exhibían a la más pequeña, Libby, que había heredado los mismos rasgos dulces y suaves de su madre y el mismo gusto por lo caro y exquisito.

—Creo que lo mejor es escribir una nota al juez e informarle de mi análisis, o mejor al periódico, ¿qué piensas? —dijo lady Belford.

—Tienes otros problemas que atender antes de meterte donde no te llaman. —El conde se dejó caer sobre la butaca.

—¿Ayudar a mi ciudad a desenmascarar a un ladrón que los tiene atemorizados no es de mi incumbencia?



—¡No bromeo, June! ¡Ya eres demasiado mayor para estos juegucitos! No sé cómo me has convencido para quedarte en casa. Si no te decides a asistir a una velada antes de que acabe la temporada y conocer a posibles pretendientes, me veré en la obligación de elegir yo mismo a tu marido.

—Ya hablamos de eso, no voy a casarme, no tengo necesidad.

—Las cosas han cambiado. —La voz del conde sonó acartonada y pesada.

—¿Qué quieres decir?

Sebastian Seabrook acarició los dedos de June, sus ojos se humedecieron.

—Mi corazón está fallando, el doctor Morris no cree que pase de estas navidades. —Suspiró, como sacándose un peso de encima.

Las revelaciones de su padre la habían impactado, no comprendía cómo podía dejar al azar algo tan importante como la salud. Entonces recordó que Sebastian había empezado a abusar del alcohol hacía unos meses, lo más seguro desde que le habían diagnosticado su enfermedad. Siempre había sido una persona obstinada, pero no tanto como su propia hija. June se relajó al pensar en varias posibilidades que nadie había tenido en cuenta, y mucho menos el doctor Morris, médico de la familia, que estaba medio sordo. A partir de mañana le exigiría que se privara de la bebida y empezara una dieta más sana, y también lo obligaría a realizar paseos largos para ejercitar el corazón.

—Buscaremos una segunda opinión, iremos...

—Déjame terminar. Ya no tengo las mismas fuerzas ni la misma ilusión que antes, y he delegado muchos de mis asuntos a mi mano derecha.

—¿Tío Albert?

—Ese canalla no es tu tío.

—¡Mamá, Albert y tú os criasteis juntos! Me habéis contado la misma historia muchas veces.

—Por eso siempre lo hemos tratado como de la familia, hasta que... —Se llevó la mano al pecho.

—¿Te encuentras bien?

—Solo estoy cansado... El dinero ha desaparecido.

—No comprendo.

—Albert no es tan habilidoso en las inversiones como dio a entender en un principio, y lo hemos perdido todo, o eso es lo que dice.

—¿Crees que nos ha robado?

—Es algo que no estoy en condiciones de probar, y tampoco tengo mucho tiempo. A mi muerte, al no tener un heredero varón, las propiedades irán a parar a mi primo segundo. A vosotras, después de pagar las deudas, no os quedará nada más que las joyas y los vestidos que hayáis acumulado en vuestros años de vida. Por eso es tan importante que encuentres pronto un marido.

—Siempre creí que viviría a vuestro lado, que me ocuparía de los asuntos de la familia cuando os hicierais mayores. ¿Cómo pudiste confiar antes en Albert que en mí?

—Tengo un as en la manga que ese infame nunca va a descubrir.

—¿Un marido rico al que poder manipular?

Sebastian se forzó a sonreír.

—Estoy en medio de un gran trato; las libras que consiga os podrán mantener durante mucho tiempo. Incluso podrás casarte por amor si lo deseas, aunque no te lo recomiendo. Un matrimonio ha de ser un equipo donde los sentimientos no intervengan. Tu marido te ayudará a administrar de manera correcta el dinero y yo me quedaré más tranquilo.

—Soy capaz de negociar como cualquier varón, no entiendo por qué debo atarme a uno.

—Porque solo de esa manera la sociedad te tomará en serio.

—¿Y se puede saber quién es el pretendiente en el que has puesto todas nuestras esperanzas? — dijo June en un tono agrio.

—No puedo revelarte su nombre por seguridad. Y tú tampoco puedes conocer más detalles, ya que es imprescindible que delante de Albert muestres tu ignorancia y no le hagas sospechar. Busca las pistas y señales y encontrarás el tesoro.

—¿Es que existe un tesoro?

—Es solo una metáfora, aunque no vas mal encaminada.

—Papá, déjame consultar con otro médico, nunca me he fiado de ese vejestorio del doctor Morris.

El conde ignoró las últimas palabras de June y se levantó, cogió una llave del pequeño cajón del escritorio y abrió un armario de puertas de hierro situado detrás del lateral de una de las cortinas; allí su padre guardaba papeles importantes sobre sus negocios y una caja de madera de tamaño reducido. La sujetó como si fuera una joya y la depositó en el regazo de June.

—Era de tu abuela.

El recuerdo de la abuela Adela paralizó a la muchacha. Aunque su muerte había ocurrido hacía unos años, la echaba mucho de menos.

—Es una caja de música que mi madre se trajo de España y mantuvo a su lado hasta el día de su muerte. Para mí es primordial que la protejas.

—Guardaré su recuerdo.

—Lo digo en serio, nunca te separes de ella. ¡Promételo!

June asintió extrañada.

—Y ahora, jovencita, es mejor que te retires a tus aposentos.

—No tengo sueño, y mamá y Libby no han llegado.

—Haber ido a la fiesta a buscar un marido como Dios manda en lugar de perder el tiempo con tu viejo y cansado padre.

June besó al conde en la mejilla.

—Sabes lo importante que es para mí pasar este rato juntos.

—Todavía no he muerto, June, y mañana tendremos nuestro encuentro.

—Buenas noches, papá. —A punto estuvo de soltar la frase que cada tarde, desde que era pequeña, había oído pronunciar a su madre y a su niñera: «hasta mañana, si Dios quiere», pero se mordió la lengua.

\*\*\*

Desde que tenía uso de razón había estado al lado de su padre y había sufrido junto a él las horas de angustia por no poder pagar los caprichos de su madre y de su hermana Libby; había llorado de alegría cuando una de sus inversiones había duplicado su precio; había trabajado de sol a sol y cuidado cada uno de las hectáreas de la familia Belford, y ahora, solo porque era una chica, se le escurría de las manos. ¿Qué le podría ofrecer ese diminuto cofre como compensación?

Lo guardó en el interior del cajón de las calzas y los corsés. Abrió su joyero medio vacío, ya que nunca le había interesado demasiado; sin embargo, desde que había sido informada que no tendría más posesión que sus alhajas, se arrepentía de no haber sido más caprichosa.

Removió, con el atizador, los troncos de la chimenea para avivar el fuego. Le escocían los ojos, las lágrimas luchaban por salir, pero ella se esforzaba por retenerlas; no podía desfallecer. Oyó un extraño ruido, como si miles de cristales se hicieran añicos. La boca de su estómago se encogió y, sin prestar atención a su indumentaria, un camisón largo que marcaba las curvas de su cuerpo, y sus rizos castaños, que reflejaban trazos de color caoba, sin domar, expuestos a la voluntad del aire, encendió una vela, y cogió un cuchillo afilado que siempre guardaba bajo la almohada, ya que se le había prohibido tener una pistola. Caminó a lo largo del pasillo. Estaba convencida de que el ruido provenía del desván, donde hacía tiempo que nadie entraba. Tal vez fuera una rata, tal vez la rama de un árbol que la fuerza del viento había arrastrado hasta romper el tragaluz. Subió la escalera sin dejar de agarrar la daga y amenazó a las sombras.

—¿Quién anda ahí?

Una silueta delgada apareció ante ella; tuvo que adelantar un poco la vela que sostenía para ver a un individuo vestido de negro, llevaba ropa ajustada y cómoda; era de constitución atlética, brazos y piernas bien proporcionados. Pese a tener toda la apariencia de un ladrón mantenía el rostro descubierto: pelo lacio y rubio, dientes blancos y alineados.

—No tenga miedo, no le haré daño. —El extraño se movió despacio. Poco a poco, June identificó unos ojos de un intenso verde. Su mente repasó a gran velocidad toda la información relevante leída en los periódicos sobre los últimos robos en Regent's Street, donde vivía. La construcción de nuevas casas propiciaba que los asaltantes entraran sin contratiempos a las mansiones que sí estaban habitadas. Lo peor de todo era que no actuaban solos. El frío se apoderó de sus huesos, y adivinó que el miedo la acechaba. Un sentimiento insólito que nunca antes había experimentado.

—Un paso más y le clavo este cuchillo.

El intruso pareció evaluarla. Lady Belford apretó la empuñadura. Se sintió turbada, ¿se reía de

ella? Advirtió que no era un gesto cínico, sino divertido, y eso la paralizó, pese a que su pulso parecía tener vida propia.

—No debería estar en casa, señorita, sino en el baile. —Su dicción era casi perfecta, a excepción de alguna vocal omitida. Era difícil acertar la procedencia de ese acento. Un caballero bien podría haber pronunciado esa frase con el mismo tacto. Pero en ese sujeto sonaba a mofa. Y eso la irritó, por no saber a qué atenerse, por no ser capaz de reaccionar ante una amenaza como aquella, y sobre todo, porque su destino lo iba a decidir un canalla. Aun así, continuó delante del intruso. En su cabeza no dejaban de resonar las mismas palabras: « No muestres tu debilidad. »

—Para usted soy Lady June, y si hubiera hecho los deberes sabría que nunca voy a los bailes.

El ladrón decidió avanzar unos pasos, al mismo tiempo que ella, asustada, retrocedió un escalón.

—¿Esperando un amor que no regresa?

Si esa pregunta la hubiera realizado en otra circunstancia hasta creería que intentaba cortejarla, pero temió que fuera una distracción. Aspiró una gran bocanada de aire, la llama de la vela osciló, y June escondió su rostro tras la penumbra.

—Soy práctica, nunca malgastaría mi vida de ese modo. —Calculó la distancia que la alejaba de su habitación. Por muy valiente que se considerara, no era tan estúpida como para creer que podría vencerlo. ¿O sí?

—¿Sabe al menos quién soy? ¿No me reconoce?

June era consciente que se había topado con el mismísimo ladrón de Pluma Blanca. Observar cómo perpetraba una de sus fechorías la situaba en un dilema. Por una parte, convertirse en una heroína al dar caza al bandido más buscado era una de sus grandes fantasías mientras analizaba las noticias de los robos en el periódico, relajada en el despacho de su padre; por otra, existía una realidad ineludible que la situaba en medio de una incógnita constante: ¿Qué quería ese desconocido de ella? Y, ¿cómo escapar sin rodar por las escaleras?

—Un vulgar ratero que solo quiere joyas; pues he de informarle, señor, que ha ido a parar a la casa equivocada, no somos muy aficionados a deslumbrar. —En un segundo calibró la situación y no encontró ninguna salida que no fuese el ataque.

—Llámeme Elric, Elric Glover para servirla —ejecutó una reverencia—. Al principio solo me interesaban los objetos de valor, sin embargo, al verla...

Los ojos verdes aparecieron de repente ante la llama de la vela y casi quema sus pestañas. La mayor de las hermanas Belford se sorprendió del rápido avance de su oponente, que la agarró de la muñeca con la que sujetaba el cuchillo.

—¿Nunca le han dicho que tiene unos labios adorables? —June temió lo peor, su vida pasó ante ella en un instante. Yellow House, en Belford, apareció majestuosa en aquella visión, y en la entrada, sus seres más allegados. Hasta reconoció a su abuela Adela. No, todavía no quería partir hacia el más allá. Intentó zafarse de su atacante, aunque este poseyera mucha más resistencia y la presionara para que soltara el arma.

—¿Qué es lo que quiere conseguir? ¿Escandalizarme? —Clavó sus ojos en la persona que estaba a punto de derrotarla y saquear su casa. Mostraba una seguridad que no poseía.

—Su coraje es extraordinario, milady.

La vela se apagó, y reconoció su oportunidad. Saltó más de un escalón, su cuerpo se precipitó al vacío, pero Elric la cogió al vuelo.

—Me debe una. No tiene otra opción que tirar el cuchillo. Le doy mi palabra de que permanecerá tan pura como quiera estarlo.

Nunca perdería su orgullo, era parte de su identidad, aunque intentaran denigrarla y amenazaran su reputación. Sin pensarlo, le escupió en la cara.

Resonó un disparo que provenía del salón. Y varias voces masculinas que se solapaban unas a otras.

—Maldita sea —murmuró el intruso.

—¡Papá!

Él soltó la mano que tenía alrededor de la cintura de la chica para taponarle la boca.

—No pueden saber que está aquí, son peligrosos.

El ruido de un golpe seco contra lo que parecía ser el suelo hizo removerse a June.

—Estese quieta, solo quiero protegerla. —Los ojos del ladrón que la tenía atrapada entre sus brazos centellearon de manera maliciosa, pero al cabo de pocos segundos volvieron a mirarla complacientes—. La soltaré si me promete ser buena e ir directa a su alcoba. Los hombres de ahí abajo no van a tener tantos reparos como yo y no dudarán en meterle una bala en la cabeza o hacerle cosas mucho peores.

June asintió, el joven apartó las manos de su cuerpo, y lady Belford aprovechó para coger energía y clavarle el puñal en el lado izquierdo del abdomen. Retiró el mango con vigor, del mismo modo que lo había introducido, y corrió escaleras abajo dispuesta a defender a su familia. Nada ni nadie la detendría.

## Capítulo 2

Los ruidos de muebles y objetos provenían del despacho, por lo que se dirigió hacia allí sin advertir que el herido la seguía. Consiguió arrastrarla hacia un rincón antes de que la puerta del estudio se abriera; se escondieron tras ella.

Unos sujetos corpulentos, de idéntico semblante, a no ser por una cicatriz en la mejilla de uno de ellos, que ayudaba a diferenciarlos, tenían retenido contra su voluntad al conde.

Albert Kellogg, abogado y mano derecha de los Belford, se encontraba de pie en medio de la habitación y desafiaba con una espada a su padre. Una visión borrosa de su pasado la sobrecogió. Esos malhechores no le eran desconocidos.

—¿Dónde lo has escondido, Sebastian? —La punta de acero a pocos centímetros del esternón del conde enervó a June. Uno de los gemelos apretó el hombro de Seabrook hacia abajo y, aunque al principio opuso resistencia, las rodillas del agredido flaquearon, y cayó al suelo.

June, que miraba la escena a través de la rendija de la puerta entreabierta, se revolvió sin éxito. Elric Glover la retenía mientras la sangre traspasaba la tela negra de su camisa y manchaba el camión de la muchacha.

—No sé de qué me hablas —balbuceó el conde.

—¿Tan idiota me crees? —Albert se agachó a la altura de su oponente—. Sé que ha llegado un nuevo cargamento y que te has afianzado una de sus joyas.

—Un regalo para mi esposa. —Sebastian gruñó, pero eso no pareció intimidar al abogado.

—Te he seguido. Has tenido varias entrevistas con coleccionistas de piedras preciosas. Buscas comprador para el diamante azul, ¿verdad?

¿De qué hablaban? Su padre no era comerciante. Cuidaba la tierra que había heredado de sus antepasados y gestionaba los arrendamientos de las viviendas de los granjeros. Acudían cada año a la feria del ganado y obtenían siempre el premio al mejor caballo pura sangre para competir en las carreras, era de allí de donde sacaban sus mayores beneficios. No entendía bien lo que significaba ese diamante azul del que discutía su tío. Nunca lo había visto tan insolente, y mucho menos irradiar esa ira contra el conde. No permitiría que esa conversación avanzara hacia derroteros más espinosos. Debía poner fin a esa locura. Dio un codazo a Elric para deshacerse de su abrazo. No lo consiguió, él la apretó contra sí y cubrió su boca. June vio sangre entre sus dedos y ahogó un chillido.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Una simple joya? ¿Por eso tanto revuelo? —rugió Sebastian. Su honda respiración hizo temer a June por la afección de su padre.

—Es el collar que llevó María Antonieta en sus últimos días antes de la guillotina, ese diamante —dijo el abogado entre dientes— puede hacer que un caballero pase de ser rico a tener el poder. ¿Y adivina qué? Voy a ser el afortunado.

June se estremeció. Nuevas imágenes que formaban parte de una pesadilla acudieron a ella demasiado nítidas. Recordó a los malhechores que intentaron secuestrarla cuando era niña. Sus nombres, como sus rostros, se habían convertido en parte de su vida. No era el miedo cuando por las noches aparecían en sus sueños, sino la desazón por dejarse atrapar y su falta de reflejos. Se juró a sí misma que nunca más volvería a sentir esa impotencia. No lo consiguió. Prisionera entre los brazos de un extraño, ese sentimiento de ineptitud volvía con mucha más intensidad.

Uno de los gemelos revolvió la oficina, abrió a golpes el armario de puertas metálicas y, aparte de papeles sin importancia que Kellogg rasgó furioso, no encontró nada más. Varias lágrimas resbalaron por el rostro de June. En esa estancia había estudiado junto a su padre, momentos relajados mientras charlaban los dos sobre política y la mejor manera de reformar el mundo frente a las injusticias que leían cada día en el periódico. En uno de esos sillones había aprendido a leer. En ese mismo espacio la había regañado varias veces por bajar por la barandilla o correr por los pasillos. Apretó los párpados deseosa de que su progenitor tuviera ese ansiado as en la manga.

—¡Necesito ese diamante! ¿Dónde está? —volvió a gritar, colérico, Kellogg.

June notó cómo sus músculos se tensaban. Todos esos años había creído que existía una gran amistad entre los dos, y solo se trataba de rivalidad e hipocresía. Una idea deslumbró la oscuridad en la que su alma había sido enterrada. No era la primera vez que tío Albert había intentado arremeter contra su padre. El trato familiar que dispensaba a los hermanos era evidente. Una relación de ese tipo solo se conseguía a base de años de trabajo en equipo. La luz alcanzó a la razón. Kellogg había estado detrás de su intento de secuestro, del mismo modo que había manipulado las inversiones de su padre causando su ruina.

—Nunca podrás arrebatarme la joya. —A cada vocablo, la respiración de Seabrook se resentía, y sus últimas palabras se sucedieron unas a otras a gran velocidad.

—Antes de matarte te diré un secreto. —La voz del verdugo sonó mucho más despiadada al hablar en un tono sosegado—. Voy a formar parte de tu familia, sabes lo mucho que me aprecia tu esposa. —Realizó una pausa para cada una de las sílabas—. Caroline siempre ha sentido debilidad por mí.

June no pudo contenerse al oír el nombre de su madre. Mordió a su opresor.

—No quiero que te maten a ti también —susurró Elric en su oído. Aquello no podía ser real. Acababa de enterarse del padecimiento de su padre, creyó que podría ayudarlo a superar la enfermedad, y Kellogg iba a arrebatárselo antes de tiempo.

El conde se puso en pie. En su rostro se dibujó una pequeña muestra de la fiereza que hubiera podido poseer antaño.

—Ella me eligió a mí. ¡Estúpido mequetrefe!

Albert era cuatro años más joven, de baja estatura y de constitución delgada; en cambio, Sebastian le sobrepasaba más de dos cabezas y era demasiado obeso para ser ágil y conseguir que esa espada se convirtiera en su aliada.

—Llegados a este punto, me da igual lo que pienses. —Albert se encogió de hombros—. Podré encontrar el diamante sin tu ayuda. Desde hace unos meses las cosas funcionan muy bien sin ti. Has dejado que el negocio se te escurriera de las manos. Desde que estoy al frente, los beneficios se han multiplicado, y ya no te necesito para nada.

¿Cómo podía ser? ¡Si estaban arruinados!

—Estate quieta —habló en voz baja Elric—. No puedes salvarlo.

Lady Belford vio los nudillos de su enemigo, blancos por la fuerza que ejercía sobre la empuñadura de metal. El conde se irguió como un soldado y se santiguó.

—En el nombre del padre, del hijo...

Sebastian Seabrook no pudo terminar. Se desplomó en el suelo boca arriba, la hoja metálica se había clavado de lleno en su corazón. Respiró tres veces más antes de expirar. Albert Kellogg extrajo la espada teñida de sangre, se llevó las manos a la cintura y contempló su obra.

June reprimió otro grito que el ladrón de Pluma Blanca solapó como las otras veces. A pesar de la imperiosa necesidad de abrazar a su padre, de correr y matar a patadas a su falso tío, su sentido de supervivencia se lo impidió.

Albert no se había dado por vencido y observaba la habitación como si valorara cada una de las posibilidades, hasta que su vista topó con el cuadro que había destrozado una vitrina al caer. En él estaba representado lo más valioso para el dueño de la mansión, su esposa. Caroline, sentada en medio, de melena rubia y ojos color miel; a su izquierda, Libby, con un peinado que realzaba su rostro ovalado, y a su derecha, June, en la que un rizo rebelde se escapaba de su tirante recogido, muy característico de ella.

Kellogg quedó extasiado, sin poder quitar los ojos del retrato de Caroline, su amor infantil, aquel que no había podido germinar por culpa de Sebastian. Utilizó el florete para rasgar la pintura; las caras de Libby y de su hermana quedaron desfiguradas, a excepción del rostro inmaculado de la condesa. Acto seguido el abogado sacó de su bolsillo un pañuelo, lo desdobló, tranquilo, como si no hubiese sucedido nada que pudiera perturbar su serenidad, y sopló. Una pluma blanca de gaviota descendió hasta posarse en el cuerpo inerte del conde.

El asesino miró su reloj de bolsillo, parecía tener prisa. A su señal, los gemelos lo escoltaron a través del jardín. June imaginó que escaparían por la puerta trasera para no ser vistos por la alta sociedad, que dentro de pocas horas descubriría que el ladrón de Pluma Blanca había matado al último descendiente del linaje de los Belford. Cuando, en realidad, había sido un plan maestro de su tío.

\*\*\*



June soltó el aire que había retenido y empezó a hiperventilar. Glover ya no la sujetaba, aun así se mantuvo a su lado sin poder creer lo que había presenciado. Sintió pánico, furia y, por último, impotencia. Intentó levantarse, pero sus pies no respondieron a las órdenes de su cerebro. Lo intentó de nuevo, y el camión enredado entre sus piernas provocó que tropezara. Probó una tercera vez sin lograr su objetivo, por lo que decidió arrastrarse de rodillas hasta donde se hallaba el cadáver de su padre. Abrazó y besó su rostro, desesperada. Era tan agudo el dolor que se irradiaba hacia todas las partes de su ser que incluso sintió punzadas en órganos que no sabía ni que existían. Un grito amargo escapó de su garganta, y una cólera incontrolada germinó en sus entrañas.

Elric se había quitado la camisa negra y la había envuelto en su cintura para detener el flujo que salía del corte. June comprobó aterrorizada cómo se acercaba a ella.

—¡No lo toque! —exclamó desafiante.

El ladrón se detuvo a examinarla, como si la viera por primera vez. Lady Belford adivinó que actuaba como un animal poseído por la ira: el pecho descubierto, el vientre plano y los músculos tensos, los pantalones prietos y el pelo ensortijado hacia adelante. Elric le enseñó los dientes como respuesta e intentó arrebatarse a su padre.

—Si cambia algo de la escena, Albert se dará cuenta de que he estado aquí. Mi vida y la de mi familia dependen de ello.

—¿Qué es lo que pretende? ¿Que todos crean que esto ha sido un acto de Pluma Blanca? ¡No soy un asesino! —Se enfrentó a la muchacha poseído por el enojo.

June consiguió levantarse. Esta vez no perdió el equilibrio, concentrada en la mirada de aquel plebeyo que había resultado ser su protector. Pretendía calmarlo y, por eso, su voz sonó melódica, el mismo tono que los expertos utilizaban para amansar a las fieras.

—¿Albert conoce su identidad, sabe algo de usted?

—No. —Glover apartó su pelo hacia atrás.

—Entonces no hay por qué incitar a Kellogg a buscar testigos. —Lady Belford fingió tranquilidad—. Debe creer que se ha salido con la suya.

Elric se paseó a un lado y a otro del estudio.

—No lo entiendo. ¿Qué es lo que quiere conseguir?

—Venganza. —La hija agraviada clavó las uñas en su palma.

—¿Y cómo piensa hacerlo?

—Para empezar, debemos dejar la escena del crimen tal y como él la ha orquestado, estoy segura de que la guardia no tardará en llegar. En segundo lugar, no contaremos a nadie lo que ha sucedido, solo así mi madre, mi hermana y yo misma estaremos protegidas. No creo que tenga ningún escrúpulo en llevarse por delante a cualquiera que tuerza sus intrigas.

—¿Y en tercer lugar? —dijo mordaz, el intruso.

—Todavía no lo he pensado. Solo es cuestión de tiempo que ese bárbaro caiga a mis pies, y entonces lo aplastaré como a una cucaracha. —Levantó el puño, y una gota roja salpicó su

camisón, mancha sobre mancha.

Elric se tambaleó y se apoyó en el hombro de June. Esta se colocó bajo su axila y, guiada por el instinto, lo sujetó por la cintura.

—No se preocupe, curaré su herida y se sentirá mejor.

—Me valgo solo. —El extraño hizo un amago de zafarse de ella, pero estaba demasiado débil.

—Vayamos a mi habitación antes de que lleguen los guardias. Allí estará a buen recaudo, no creo que la registren. —Su voz era cálida, nada que ver con la fría amenaza de hacía unos minutos. La verdad era que le remordía la conciencia. Él había intentado mantenerla alejada del peligro. Hubiera podido escapar, guarecerse y curarse aquel corte donde demonios tuviera su cueva de ladrón. En cambio, se había quedado para asegurarse de que no sufría ningún daño.

June todavía intentaba asimilar lo sucedido. Ciertamente que Albert no formaba parte de su mismo linaje, pero el abogado siempre había estado presente en todas las reuniones familiares, no solo para tratar los temas legales de Yellow House, sino también en cumpleaños, aniversarios de boda...

Elric y June subieron las escaleras. A cada paso ella se sentía prisionera de su propio rencor y respiró varias veces seguidas. No tendría tiempo de limpiar las salpicaduras de sangre tras la puerta, ni tampoco las huellas de ambos del mismo color. La composición de ese malnacido de Kellogg tenía que estar tal y como la había dejado para que no sospechase de nadie, si no, estaba muerta. No sabía si este se atrevería a tanto, cuando ella misma había jugado sobre su falda y le había cogido la nariz hasta hacerla enrojecer, mientras él se mantenía impassible y, de vez en cuando, se le escapaba una mueca a modo de sonrisa. ¿Podía un hombre así convertirse de la noche a la mañana en un monstruo?

Se lo imaginó de pequeño junto a Caroline y Sebastian, mientras bajaba por la misma barandilla por la cual ella se deslizaba; la mirada de envidia de tío Albert al ver que Caroline, la protegida de la familia Belford, la hija del vizconde de Hastings, coqueteaba con ambos. Le dio esperanzas hasta que llegó el momento de decidir, y Caroline no dudó en elegir a Seabrook mofándose de la ilusión de un estudiante de derecho. Siguió la tradición y escogió el camino que le habían trazado. Lo mismo hizo Albert Kellogg, que se convirtió en el abogado de la familia, al igual que lo había sido su padre y su abuelo, y también juró, como ellos, no mezclarse en los asuntos personales de aquellos a quienes servía. June estaba convencida de que el carácter veleta de su madre habría propiciado el enamoramiento de Albert, pero, por otro lado, sospechaba que Caroline nunca se hubiera rebajado a amar a alguien sin rango ni condición. Aunque dudaba si alguna vez había estado enamorada de su propio marido.

Su madre demostró ser una espléndida condesa, orgullosa de la estampa familiar que aparentaban a los ojos de los demás. Sin embargo, los cónyuges, pese a tenerse cariño y considerarse amigos, nunca se habían amado. Eso es lo que deducía la mayor de las Belford siempre que los veía juntos, y por eso albergaba la idea de que el matrimonio nunca sería para ella. Por lo que veía y le habían contado, los varones no eran muy dados a mostrar sus

sentimientos, sino más bien a jugar con las mujeres. Y ella no estaba dispuesta a ser el juguete de nadie.

Por fin llegaron a la alcoba de June.

—Estírese —ordenó. Pero el joven se mantuvo en pie, concentrado en mantenerse erguido. La muchacha no tuvo otra opción que empujarlo para que se desplomara sobre la cama. Acto seguido, corrió hacia la cocina, cogió brandy, el que utilizaba Alice, la sirvienta, para guisar, y una sábana limpia tendida en el patio. Limpió la sangre y las huellas. Decidida, lavó la herida con sus propios enseres, los cuales tenía al lado de la palangana llena de agua fresca, e introdujo la punta del atizador de brasas en el interior de la chimenea. El fuego, que todavía no se había extinguido, mantuvo al rojo vivo el hierro.

—No desesperes —se dijo a sí misma mientras cauterizaba la herida del desconocido con el atizador. Sabía, por la experiencia adquirida en Yellow House supervisando el cuidado de los animales, que aquello, aunque pudiera parecer mucho más doloroso, era mejor que coser el corte, ya que podría propiciar una posible infección y arrastrar al joven hacia la muerte.

El rostro del enfermo se contrajo, y ella le dio de beber de la botella para calmarlo. Al poco se desvaneció. June miró a su alrededor, la intimidad de su alcoba había sido profanada al igual que el despacho de su padre. No podía permanecer en la casa cuando descubrieran su cadáver. Albert creía que estaba en el baile de la duquesa de Arundell, y todavía quedaban un par de horas para que la orquesta dejara de tocar y, conociendo a su madre y a Libby, no se irían antes de que eso ocurriera.

Qué difícil era elegir el vestido adecuado sin su doncella, pero desde hacía un tiempo habían sido despedidos varios criados. Tan solo conservaban a Alice, que servía en la casa antes de que June naciera, y a un lacayo, que tanto hacía de manitas, o de chófer, como llevaba la bandeja del desayuno. Comprendió que los nuevos sirvientes no estaban por venir, sino que era otra excusa para recortar gastos.

Su armario rebosaba de trajes de sus dos primeros años tras su presentación. Después de su fracaso en sociedad, su madre se rindió y la dejó a su libre albedrío. Encontró uno de color turquesa, las mangas eran demasiado grandes y los adornos excesivos; no estaba de moda ni en su debut, pero poco importaba. Tocó la tela, un sentimiento brotó de repente del fondo de su memoria y la paralizó: vestía ese mismo modelo el día que bailó por primera vez con su padre y, en lugar de guardarle luto, pretendía crearse una coartada.

Dudó si despojarse de su camisón manchado, pero al ver que Elric seguía inconsciente, no encontró reparos en quedarse desnuda, aunque se giró por pudor. Se colocó los calzones, las medias, la camisa de gasa, el corsé que tanto odiaba... Peinó sus cabellos en un moño desigual y varias horquillas rematadas con minúsculos brillantes. Un mechón rebelde no quiso permanecer en su sitio, y June lo dejó por imposible. Llegó el momento de colocarse el vestido que estaba en el suelo, así que introdujo los pies en él y lo levantó hasta cubrir sus hombros. ¡Maldición! No había caído en la larga hilera de botones a su espalda. Intentó abrocharlos varias veces; eran tan

diminutos que cada vez le costaba más mantener las manos firmes.

—Me gustabas más sin el camisón.

June brincó al oír una voz aterciopelada resonar en el vacío. Era como si de pronto se hubiera dado cuenta de que había un individuo semidesnudo en su cuarto. Sintió que su rostro ardía y no estaba dispuesta a que él la viera desvalida de esa manera.

—Creí que estabas inconsciente.

—Tengo un sexto sentido para las mujeres desnudas.

June reprimió un grito.

—¿Cuánto has visto?

—Nada que no hubiera contemplado antes. Déjame ayudarte.

—¿También tienes por costumbre vestir a tus amantes?

—¿Es que te interesa ser una de ellas?

La dama se volvió, dispuesta a darle una bofetada, pero los ojos claros y la sonrisa del herido la perturbaron. Cuando pudo apartar la vista de ese verde hipnótico, descubrió que si le pegaba dejaría caer el vestido, y sería peor.

—Si alguna vez me decido a tener un amante, tenga por seguro que no será un bastardo como usted.

—¿Así que dejamos de lado el tuteo? No es una bonita manera de empezar esta relación.

June abrió la boca al oír la palabra prohibida.

—Por lo que a mí respecta, no tenemos ninguna relación. —Le costó pronunciarla, no iba a ser menos.

—Tienes suerte de que no pueda levantarme, si no te mostraría lo que puede ofrecer este bastardo —dijo el extraño con una mirada libidinosa.

—¿Así que no lo desmientes?

—Nunca conocí a mi padre, por lo que sí. Técnicamente lo soy.

Elric le agarró el brazo y la obligó a sentarse junto a él. Abrochó uno por uno los botones, aunque eso no significaba que no se entretuviera en acariciar cada una de las vértebras que coincidían con las pequeñas perlas y su ranura. Y pese a la tristeza y el odio que se mezclaban en June, el tacto de ese ladrón parecían reconfortarla. Se le escapó un suspiro. Y Glover detuvo sus movimientos.

—Lamento tu pérdida.

Lady Belford volvió su rostro hacia él. Los dos permanecieron en silencio, el suficiente como para sentirse incómodos por la mezcla de sensaciones que albergaban en tan disparatada coyuntura.

La extremada contemplación de aquel desconocido que había resultado ser su escolta no la molestó. Elric repasó su rostro, bajó por su cuello y se detuvo en sus senos. Notó cómo este apretaba los dientes.

—¿Te duele algo? —No estaba convencida de que su cura fuera la adecuada.

—No te preocupes. —El enfermo intentó levantarse. Ella tocó su torso para que no se incorporara. El contacto de piel contra piel quemó sus yemas, como si la forja de un herrero la hubiera sellado. June se asustó al sentir el crepitar de un fuego inexistente.

—Tienes fiebre. Será mejor que te quedes aquí hasta que te recuperes. No creo que los guardias entren en mi habitación. —Glover se mostró desvalido, y June se levantó—. Ahora debo irme a la fiesta. Debo...

—Salvar las apariencias. —Otra vez ese tono cínico que la exasperaba.

Lady Belford enderezó la espalda.

—Es mucho más que eso. Debo socorrer a mi familia. Y si para ello tengo que fingir, lo haré.

## Capítulo 3

June atravesó, insegura por culpa de la multitud reunida, un arco de mármol blanco ribeteado, con una moldura de oro, de los siete que separaban la sala de juegos de la de baile. Dos grandes lámparas colgaban del techo y contenían más de treinta velas encendidas en cada una de ellas. Por si no fuera bastante, los candelabros sujetos a las paredes propiciaban un ambiente mucho más caluroso a pesar de estar en invierno. June no entendía cómo no abrían las cristaleras que daban acceso al jardín, situadas enfrente de las columnas. Por suerte, la mansión Arundell era una de las más grandes de Londres, y se podían permitir que la banda de músicos tocara desde lo alto de un palco. El centro estaba reservado para los bailarines más osados; los laterales servían de libre circulación.

June buscó a su madre desde una esquina del gran salón. Por inercia, se había dirigido hacia la hilera de sillas que estaban reservadas para las solteras que observaban cómo las demás muchachas en edad de encontrar marido se lo pasaban mucho mejor que ellas.

Reconocía que se le había pasado el arroz, pero no se sentía para nada como las señoras de facciones afligidas y pomposos vestidos, a la espera de que algún caballero generoso, animado por alguna madre o esposa, se decidiera a sacar a bailar a una de aquellas damas. Sin embargo, tampoco se veía en medio de un gran alboroto, rodeada de caballeros adulándola, como parecía el caso de Libby. La divisó enseguida, solo debía seguir la estela de corazones rotos. Una risa aguda la ayudó todavía más a localizar a su madre y a su hermana. Caroline disfrutaba de lo lindo, charlaba con los pretendientes de su hija, y en vez de seleccionarlos por rango o por herencia, coqueteaba también con ellos. Libby tenía diecinueve años y, desde su presentación a los diecisiete, se lo había pasado de lo lindo; había tenido cuatro propuestas de matrimonio, pero ningún pretendiente satisfizo sus expectativas. Las dos, cada tarde, enumeraban las cualidades de cada uno de los aspirantes y suspiraban por encontrar al consorte perfecto. Estaban convencidas de que en cuanto Libby se decidiera a sentar la cabeza, no les costaría encontrar al adecuado.

Iba a su encuentro cuando divisó a las hermanas Watson, las cotillas más temidas de toda Inglaterra: a ellas se les atribuía el haber destapado el escándalo de la marquesa de Colinwood con el mejor amigo de su hijo, compañero de cuarto en el internado de Eton. Una columna estratégicamente situada en el salón le sirvió de escondite, al poco, apreció que era también un lugar idóneo para ser parte de una conversación sin ser vista.

—Ahí está Libby Belford, divina como siempre. La odio a muerte.

June enseguida reconoció la voz aguda de Daniel, un individuo que había salido de la nada y de cuya estirpe poco se sabía, tan solo que descendía de los Banister del condado de Yorkshire. Su linaje se remontaba a la Edad Media, y su sangre se había diluido tantas veces con gente plebeya que intentar demostrar que su relación era verdadera o falsa habría sido una gran pérdida de tiempo, y más al saber que Daniel no tenía ninguna intención de casarse. Decía estudiar arte y por eso buscaba mecenas que apoyaran su pasión. De cara redonda y aniñada, ojos color aguamarina y escasos pelos rubios en la barbilla, destilaba estilo y dulzura.

—¡Modera tu lenguaje!

Ese era Frederick Freeman, barón de Avely. Su voz acartonada resultaba inconfundible, al igual que ese fastidioso carraspeo con el que finalizaba todas sus frases, como si quisiera echar una flema. Se habían visto en más de una ocasión al principio de su debut en sociedad. Tenía unos cuarenta años. Siempre vestido a la última moda, espalda recta, pelo rizado y abundante, ojos oscuros, como si guardaran un secreto. Tan solo era un barón, uno de los rangos más bajos del escalafón aristocrático, pero su amistad con Beau Brummell, amigo del príncipe regente, lo había convertido en el invitado ideal para todas las fiestas. No se acercaba muy a menudo a las jóvenes, pero, cuando lo hacía, su insistencia era tal que ninguna podía resistirse. Excepto June.

—Y eso hago, pero... ¿a quién buscas con los ojos? No pierdes de vista la entrada.

—¿A quién va a ser? A la mayor de los Belford, se supone que debo cortejarla.

—¿No te bastó la primera vez que huyó de ti?

—Ahora es diferente.

—¿Has visto cómo todos miran nuestros corbatines? Te dije que íbamos a ser la sensación de la fiesta.

June rio para sus adentros, era indiscutible que Daniel Banister tenía buen olfato para las últimas tendencias. Aunque nunca hubiera creído que los hombres hablasen entre ellos de moda, eso hizo que la curiosidad por aquella charla aumentara.

—¡Ahí están las hermanas Watson! —exclamó Frederick con su característica afonía.

—Te persiguen como las polillas a la luz. Eres demasiado apuesto para esas pecosas...

—Y demasiado viejo...

—No para June Belford. ¿Qué ves en ella?

—Es tan arisca que no tendría que fingir ningún tipo de adoración, nos llevaríamos bien. —No creía que su insistencia estuviera predeterminada por una simple cuestión de caracteres. Y, además, ella no tenía nada de malhumorada.

—Muy risueño no eres, pero he de reconocer que tienes un encanto especial. Aquellas solteras de la izquierda no paran de guiñarte el ojo. ¿Por qué no escoger a una de ellas? Seguro que son fáciles de domar, y no como la primogénita de los Belford, ¿desde cuándo te gustan los potros salvajes?

—Tengo un trato, eso es todo. —Era una frase de lo más reveladora.

—Si tanto te interesa, deberías congraciarte primero con su hermana, dicen que es pura dinamita. Le gusta jugar, aunque nunca se compromete. Y no creo que te desprecie tanto como lady June.

—Poner en entredicho la reputación de la pequeña sería un buen chantaje. —Frederick Freeman no parecía estar tan desesperado como para necesitar una dote de manera urgente, y eso extrañó a June.

—Muchos lo han probado. Pero es astuta.

—Entonces yo sería el primero...

June, roja de ira y sin acordarse de las cotillas de las hermanas Watson, salió de su escondite y se tropezó adrede con los canallas que habían profanado el nombre de su hermana.

—Hablando del rey de Roma... —dijo Frederick.

—Caballeros. —June se inclinó a modo de saludo.

—¡Cuánto tiempo sin tener noticias tuyas! Debo felicitarla por mantener esa espléndida figura. Ese vestido le sienta tan bien como la última vez que lo usó. ¿Cuánto hace? ¿Unos cinco años? —exclamó Daniel.

—Solo la picardía de una dama puede igualarse a su dominio de la moda, señor Banister.

El joven agarró, fuerte, una copa de *champagne*.

—Más bien se trata de buen gusto, milady.

June se giró indignada, dispuesta a escabullirse cuanto antes de aquellas dos comadreas. Tanto el barón de Avely como Daniel Banister podían despellejar viva a cualquier dama. Sus incesantes chismes eran peores que los cotilleos de las Watson.

\*\*\*

Entre los invitados y el servicio que no cesaba de entrar, con canapés y copas de vino, resultaba bastante complicado llegar hasta su madre. El paso de los años no había mermado su belleza y todavía conservaba un halo de superioridad que intimidaba y, a la vez, la convertía en poseedora de los más fervientes seguidores. Libby había heredado su encanto y confianza, además de cierto narcisismo que las convertían en las féminas más caprichosas de la tierra, aunque reconocía que también eran amables, cariñosas y sensibles. Por eso las amaba. Cogió el brazo de Caroline, que se sobresaltó al verla; se juró a sí misma que la protegería con su vida si fuese necesario.

—June, ¡querida! —exclamó su madre—. ¡Al fin te has decidido a venir! ¿Te acompaña tu padre? —Un nudo en la garganta le impidió contestar—. ¿Cómo te ha podido dejar sola por las calles de Londres?

—No me ha pasado nada, tranquila, mamá.

—¿Y ese vestido? —La condesa observó la manga ancha del traje y los grandes lazos de adorno—. ¿Por qué no has cogido uno de tu hermana? Mira que tienes dónde elegir. ¡Como si fuéramos pobres!



—Nadie se ha dado cuenta.

—¡Y ese pelo! ¿Quién te ha peinado? ¿Ha sido Alice? —Caroline inspeccionó los rizos de June.

—No, mamá. Alice os ha acompañado al baile, os espera en la cocina, al igual que los demás sirvientes. —En circunstancias normales no era tan paciente.

—Ve al tocador y arréglate. ¡No! Hay demasiada gente y tardarías mucho. Me interesa presentarte a unos cuantos pretendientes antes de que cambies de parecer. —El entusiasmo de la condesa era evidente, y eso entristeció todavía más a June.

—¿Con estas pintas? —Tal vez existiera una manera de librarse de ser exhibida como un animal de feria si apelaba al vestuario.

—Vas hecha un adefesio, pero por suerte eres hermosa. Has heredado la fisonomía de la madre de tu padre.

—La abuela Adela. —Iba a llorar al recordarla. Su alma se reencontraría con la de su hijo.

—Tenía unas pestañas tan largas como las tuyas y, según me contó, en sus años de juventud, al batirlas, sus acompañantes caían rendidos a sus pies.

—Está bien, ¿a quién quieres que deslumbre hoy? —June se resignó a seguir aquella pantomima. El punzante dolor que sentía por la muerte de su padre contrastaba con la alegría de Caroline Belford.

—¡No puede ser! Las hermanas Watson se nos han adelantado. ¡Esas pecosas! ¿Has visto cómo avasallan al pobre duque de Arundell? ¡Vamos a salvarlo!

No sabía si el caballero mencionado consideraría la presentación de otra solterona ansiosa por cazar un marido como un acto digno de auxilio. June sonrió y, si su madre no hubiera estado tan preocupada por la competencia, habría captado la melancolía en los labios de su hija. La arrastró del brazo y saludó a unos y a otros hasta llegar al círculo que se había creado alrededor del varón más deseado de la fiesta.

—Ponte derecha. —Le alzó la barbilla.

La visión del caballero que las hermanas Watson intentaban atraer, consiguió que June olvidara su propósito al acudir a la fiesta. Quedó paralizada ante ese gesto cínico al que se había acostumbrado, como si nada hubiera pasado entre ellos hacía unas horas. Exhibía un buen aspecto a pesar de la herida que ella misma había cauterizado. Su madre le clavó el abanico en las costillas con la intención de romper el hechizo en el que parecía haber caído. No podría apartar la vista del caballero que tenía en frente y tampoco podía articular ninguna palabra comprensible. Su cerebro se había congelado ante la visión deformada del ladrón que momentos antes yacía en su propia cama, medio desnudo. Percibió una ligera molestia en el rostro del hombre que le había salvado la vida, estaba convencida que la herida le molestaba, pero él intentó disimularlo al levantar la comisura de los labios. Se le formaron dos interesantes hoyuelos que arrebataron los suspiros de las féminas. Excepto a ella. Creía ser inmune a los encantos de ese embustero. No llegaba a comprender qué es lo que pretendía el destino al volver a vincularlos. Las

circunstancias eran diferentes, pero igual de peligrosas. Ya era difícil esconder el dolor por la muerte de su padre, por lo que ocultar que ya conocía al sinvergüenza que estaban a punto de presentarle le causó una desazón que el brillo intenso de esos ojos verdes no ayudó a apaciguar.

—¿Quieres hacer el favor de sonreír!? —exigió Caroline—. Duque de Arundell, mi primogénita, lady June.

Él desatendió el molesto ruido que proferían las Watson, le sujetó la mano y se la llevó a los labios sin rozar la piel. No llevaba guantes. Poco importaba a esas alturas provocar más o menos al resto de los asistentes.

—Todavía no soy duque, llámeme Elric.

Su mayor deseo era romperle la nariz. Por supuesto, se contuvo. Aunque permitió que su imaginación divagara libre. Estropearle aquella encantadora sonrisa sería muy gratificante.

—Pero no hay duda de que, ante la muerte de su primo en Sudáfrica, pronto usted heredará todo el ducado. —Se sonrojó Caroline.

—Muerte que todavía hay que corroborar. De momento solo está desaparecido. Mi primo siempre ha sido de carácter aventurero, y esperamos que esta solo sea otra de sus travesuras. Pero dejémonos de tecnicismos. Sin duda, condesa, sus dos hijas son muy hermosas.

—Gracias, excelencia. —June se avergonzó al ver a su madre agacharse en una reverencia tan pronunciada. Quería chillar su verdadera identidad y que su progenitora sufriera tanto como ella. Se arrepintió de su oscuro deseo. Pronto debería lidiar con otra noticia mucho más trágica—. Si me disculpa tengo que ir a presentar mis respetos a su tía. —Caroline empujó a su primogénita en brazos de Elric. La muchacha estaba aturdida, no obstante, su estado pasó desapercibido en aquella sala atestada de gente—. Estoy segura de que June le hará un hueco en su carnet de baile —Después de soltar esa frase, como si fuera la respuesta a una proposición del futuro duque, acercó los labios cerca de su oreja—. Háblale de Libby. Es un partido excelente para ella y no podemos dejarlo escapar.

Sin más, su madre la abandonó en medio de la muchedumbre que se apretujaba para ver a los bailarines.

—Ni siquiera tengo carnet —articuló con dificultad.

—No te preocupes y sígueme la corriente —dijo Elric y estrechó su cintura para bailar el vals.

—¡No me toques! —refunfuñó June sin éxito, él ya la había rodeado y la mantenía presa entre sus brazos —. ¡Qué rápido te has recuperado!

La indignación de lady Belford aumentaba en proporción a la bravuconería del ladrón. Imposible que fuera a convertirse en duque. Una persona con semejante responsabilidad debería poseer cualidades más equitativas, ser compasivo y no lucrarse a costa de los demás.

—He tenido una buena enfermera, pero ahora no pienses en ello, solo déjate llevar. —Aquel susurro erizó su vello.

—¿Cómo puedes comportarte así, tan jovial, después de lo sucedido? —June se sentía estúpida. Pensó que vivir juntos la peor noche de sus vidas los había unido en un plano distinto al

terrenal. Descubrir que era otro embaucador que adoraba el dinero más que sus principios la devolvió a la realidad. Una que la exasperaba por su injusticia.

—Tú estás en la misma situación —murmuró Elric.

—¡Al menos no disfruto!

—¿Quién te ha dicho que yo lo haga?

—¡No aprietes tanto! —se quejó June al sentirse atrapada.

—Si bailaras mejor, no me vería en la obligación de sujetarte.

—Es que no puedo creer que tú...

—Baja la voz.

No le importaba lo que pensarán de ella. Pero igualmente se sintió ultrajada. ¿Desde cuándo la viuda tenía un sobrino vivo y de tan buen ver? Los Arundell no eran famosos por su belleza ni su ingenio, si no por su ferocidad, sobre todo por la parte femenina. La viuda duquesa de Arundell se había convertido, gracias a su ambición, en una de las damas más respetadas y temidas de Londres; su palabra era ley y, si se sacaba de la manga un pariente, todos parecían darlo por válido.

Lady Belford intentó seguir los pasos del vals, del cual había leído en los periódicos que era considerado una indecencia por la proximidad que demostraba la pareja; no obstante, al comprobar lo cómoda que estaba junto a Elric, creyó que no era para tanto. Sin querer dio un pisotón a su compañero, que no supo reaccionar ante tal contrariedad, y, más que un vals, parecía una coreografía circense. Se detuvo en medio de la pista y clavó sus uñas en la espalda de Elric. Lo culpaba de su torpeza.

—No vas a parar hasta que todos nos miren, ¿verdad?

—Eres tú quien me provoca.

—No sabes lo que dices.

—¿Y ahora qué te pasa? —Se irritó June. ¿Por qué cada palabra que decía cobraba doble sentido para él?

—¿Y si damos un paseo por el jardín? —sugirió el futuro duque.

\*\*\*

Elric abrió una puerta de cristal, y el aire frío de febrero secó el sudor de su escote. Respiró aliviada y, cansada de pelear, se dejó guiar como una buena niña. Eso era lo que aparentaba desde el exterior, pero su cerebro no cesaba de repasar una y otra vez los acontecimientos vividos. El asesinato de su padre, el encuentro con el ladrón de Pluma Blanca y la última revelación de la noche, descubrir el secreto mejor guardado de todos los tiempos: ¿él, un duque?

Bajaron por unas escaleras y siguieron por un camino de tierra hasta una fuente coronada por dos ángeles donde varias parejas se refrescaban. Pasaron ante una glorieta donde las damas de compañía esperaban a que sus protegidas fueran cortejadas y llegaron hasta un pequeño

invernadero cuya puerta quedaba oculta por ramas de helechos. Elric dejó pasar primero a June. El lugar olía a rosas, jazmín, y hierbabuena. Lady Belford estornudó. El futuro duque de Arundell encendió una cerilla y prendió fuego a una antorcha anclada en una columna. Las flores se transformaron en un manto de vivos colores que centellearon a los ojos de la muchacha, asombrada por el esplendor del entorno.

—Este es el refugio de mi tía. Ella misma se encarga de cuidarlas. Aquí podemos hablar con tranquilidad.

—¿Cómo puede ser? ¿Desde cuándo? ¿Cómo es posible que tú seas...? —June intentó expresar su desconcierto con grandes ademanes; no quería ser ofensiva, pero todas las palabras que se le ocurrían eran blasfemias.

—El ladrón de Pluma Blanca.

—¿Por qué? Tienes dinero, posición. Puedes hacer lo que quieras...

—Sigo siendo un niño de la calle, y hay gente que depende de mí... —June percibió la duda y temió que no continuara su confesión, sin embargo, Elric prosiguió—. No entré en tu casa por casualidad. Iba a ser mi último allanamiento; el trato que mantengo con la condesa de Arundell me interesa más. Yo me hago pasar por el hijo perdido de su cuñado, asesinado hace años por unos bandoleros, y a cambio...

—Me lo imagino.

Podía tenerle un cierto respeto cuando creía que era un bandolero. Como libertino, no le interesaba. Más bien albergaba otra clase de sentimiento que no podía definir, una mezcla de rencor y suspicacia.

—Aunque estaría dispuesto a todo por subir de posición social, no es eso.

—¿Acaso lees mis pensamientos?

—No. Estudio tus gestos. —Elric se recostó en la columna.

June contempló las flores a su alrededor, aunque lo más correcto sería indicar que simulaba observarlas. Eso le dio la oportunidad de distanciarse de él y darle la espalda.

—Eres un experto de la estafa, de eso no hay duda. Lo que no entiendo es ¿qué provecho saca de ello la viuda?

—El hambre te enseña muchas cosas, y la primera de todas es a no fastidiarla cuando te toca la lotería. —Glover la siguió de cerca.

—Nunca se sostendrá vuestra mentira. —Sintió su aliento en su nuca.

—Si miras el retrato de mi supuesto primo, tiene los ojos tan verdes como los míos. Tal vez sea cierto que mi padre es noble. —Otra vez esa actitud entre la burla y el cinismo—. Mi madre me lo ha repetido tantas veces...

—¿Qué piensa ella de todo esto? —La curiosidad por descubrir las intimidades de su acompañante era más intensa que el enojo que sentía por su engaño.

—Nada, está muerta.

—Como hablas en presente...

—La costumbre. Pero está muerta y enterrada.

El agrio matiz de las palabras del joven la desconcertó. Al igual que la naturalidad con que había confesado una confidencia por la que muchos matarían. Dedujo que el caballero que tenía ante ella, de fuerte musculatura, mandíbula ancha, deslumbrante sonrisa y magnéticos ojos, había sufrido toda clase de calamidades, pero eso no lo disculpaba.

—¿No deberías intentar convencerme de lo contrario? —Todavía no podía creer la confianza que había depositado ese tímido en ella.

—¿Para qué? —Frente lisa y mirada limpia, así fue la respuesta del futuro duque.

—¿No tienes miedo de que lo cuente? —June acarició una flor violeta y la olió. Mantuvo la compostura sin llevarse el dedo a la nariz, pese a las cosquillas de los pétalos.

—Si debemos trabajar juntos... Mejor empezar este vínculo especial siendo sinceros el uno con el otro. —Elric se detuvo durante unos segundos y pareció analizar el rostro de June, que le escuchaba expectante, con las pupilas dilatadas, como si todo el aroma de las flores, la música que sonaba a lo lejos y las risas de los invitados que pasaban de largo del invernadero no existieran, como si él en esos momentos fuera el único. Con el dedo índice, el duque le colocó detrás de la oreja el rebelde mechón que se escapaba del moño mal formado de June.

—Nada nos une y nunca lo hará. —Pataleó contra el suelo; al darse cuenta de su poco apropiado comportamiento, recobró el pudor. Elric no había quitado todavía la mano del rostro de June, y esta le pegó en el brazo. Se alisó el pelo y volvió a dedicar su atención a otra especie vegetal, esta vez, de color naranja.

—¿Aunque sea un posible duque?

—¡Y mucho menos porque eres duque! —Agitó la cabeza, confundida—. Bueno, o podrías serlo.

—Me refería a ser socios, nada más. —Río el joven.

—¿Qué quieres decir? —Nunca antes la habían descolocado tanto, más bien al contrario: era ella la insurgente de la familia, la de los locos planes que siempre intentaban frenar.

—Los dos queremos lo mismo. Vengarnos de Albert y encontrar el diamante azul.

De repente, June se acordó del diamante. Esa joya era la causa de la muerte de su padre. No la quería aunque, si era objetiva, su venta podría ayudar a que su familia viviera feliz sin tener la horrorosa obligación de encontrar marido.

—¡Socios! —Se tomó su tiempo para evaluar el porcentaje más beneficioso, al fin y al cabo su progenitor la había educado muy bien en cuanto a números.

—¿Qué me dices? —insistió Elric.

—No sé, tenía mi propia idea, y ahora solo eres una pieza que no encaja. ¿Qué podrías hacer por mí? —dijo de manera brusca.

Elric la observó de reojo con malicia. June no tuvo tiempo de reaccionar, se acaloró tanto que creyó que iba a desmayarse. Disimuló tener una pelusa en el vestido, apartó la vista y se sentó en un banco de piedra que divisó dos plantas más allá.

—¿De verdad me lo estás preguntando? ¿No sabes a lo que me dedicaba antes de ser el sobrino reencontrado de la viuda duquesa de Arundell? —La seducción en la voz de su interlocutor no pasó desapercibida para lady Belford.

—¿A robar? —dijo ella a punto de atragantarse con su propia saliva.

Elric avanzó unos pasos. El único color que la rodeó en esos instantes fue un verde intenso que pretendió hechizarla.

—Las mujeres me persiguen para ofrecermé todo aquello que deseo. La pregunta correcta sería: ¿qué tienes tú para mí?

June deseó tener un abanico. Siempre había odiado esos artefactos inútiles con que las damas coqueteaban, pero ahora se daba cuenta de cuán práctico hubiera sido esconder su rostro y abanicarse con intensidad para que ese maldito fuego que ascendía desde abajo se apaciguara.

Se levantó de golpe cuando él intentó sentarse a su lado.

—Creo que esta conversación ha terminado.

—¿Qué es lo que ocurre, lady June, se ha escandalizado?

—Ni mucho menos, pero sí que me siento insultada al ser tratada como una cualquiera.

—¿Cree que la marquesa de Norfolk y la princesa Esterházy de Galantha son unas cualquiera?

June torció la mandíbula, no creía que su bravuconería llegara tan lejos. No se trataba tan solo de la perfecta combinación entre galantería y atractivo que poseía ese libertino, era mucho más que eso, era su manera de hablar, sus gestos, su sonrisa... La incitaba y excitaba a la vez con solo pensar en lo que habría debajo de su camisa, sus muslos torneados y ese bulto entre las piernas. Se tapó los ojos horrorizada, se había fijado sin querer en una zona del cuerpo en la que una mujer jamás debería pensar.

Él no pareció darse cuenta y se acercó para rodearla por la cintura.

—Cuidado, no me gustaría que te lastimaras con este rosal lleno de espinas. —La apartó de las ramas.

June era consciente de que dentro de pocas horas descubrirían la muerte de su padre y que tendría que vivir momentos de angustia, miedo, hasta pánico por enfrentarse a Albert. Su única vía de escape era permanecer serena, fría y estable, algo que no lograba. Toda ella temblaba al considerar enfrentarse sola a su destino. No obstante, entre los brazos de la persona que había irrumpido en su hogar a través del desván, el mismo ladrón al que ella intentaba cazar hacía tan solo una noche, se sintió más valiente, como si el futuro fuera un poco menos desesperanzador.

—Ochenta, veinte —ofreció ella a la vez que lo apartaba.

—¿Qué? —Su gesto de incredulidad enorgulleció a June, que alzó una ceja. No se rendiría ante los halagos de ese conquistador. Quería que creyera que su destreza como galán había fracasado.

—Ayúdame a encontrar el diamante y podrás beneficiarte con un veinte por ciento de lo que consiga por su venta.

—¿Me has tomado por un idiota?

—Siento arruinarte la estafa, pero no soy una dama bobalicona de la alta sociedad que apenas

sabe leer y sumar. Yo soy el cabecilla, yo planeo la estrategia, yo negocio...

—¿Como un hombre? —La seducción terminó con esa impertinencia.

—¿Siempre tienes la mala costumbre de acabar las frases de los demás? —Lady Belford colocó los brazos en jarras.

—Es que eres tan predecible... —Se mofaba de ella, como lo había hecho durante toda la noche.

June se serenó y volvió a sentarse en el banco, estiró los dedos y observó sus uñas, indiferente.

—Solo yo puedo negociar el precio de esa joya, nadie más.

—¿Con qué derecho? —Alzó la voz Elric.

—¡Porque es mía! ¡Porque mi padre ha muerto por ella! —chilló June. Imposible aparentar por más tiempo su irritación.

—¿Y cuál es tu plan maestro? ¡Aparte de enterrar a tu padre y dejar en libertad a su asesino! — Los ademanes del duque eran tan exagerados como su tono.

Elric tenía razón. No existía ningún plan. Solo la sed de venganza. Se sintió acorralada, indefensa ante los conocimientos y las armas legales que podría usar Albert contra su ignorancia, por no hablar de su falta de escrúpulos. Los ojos le ardían de tanto contener la tristeza, se le escapó un sollozo. Elric se mordió el labio inferior. June adivinó su remordimiento, hacía tan solo unas horas que lo conocía y ya distinguía las emociones en su rostro. Una lágrima, seguida de otra, resbaló por sus mejillas. Las telas de sus trajes se rozaron. La respiración nerviosa de ambos se unificó. Ella clavó su mirada, nublada por gotas saladas, en sus dilatadas pupilas. Esa fue la causa, meditó más tarde June. Su desesperación provocó en Elric una reacción inesperada y, a la vez, comprensible para un hombre acostumbrado más al placer que a la pena. Elric se abalanzó sobre ella y la besó.

Al principio solo fue un contacto superfluo. Un acto de consuelo que June aceptó. El olor a jazmín y hierbabuena del invernadero, la inercia ante su cuerpo estrechándose contra el suyo en busca de perdón la impulsaron a seguir.

—Lo siento, lo siento —murmuró Elric.

Ella lo recibió con los labios entreabiertos y dejó que la lengua explorara cada uno de los rincones. Entrelazó su punta con la de él, y June dejó de razonar al percibir un agradable hormigueo en sus partes íntimas. Los rápidos latidos de su corazón se calmaron y consiguió controlar su pánico. Y en medio de esa serenidad que le aportaban los besos y las caricias reparó en qué sucedía. Si no lo frenaba, iba a ser desflorada allí mismo, y lo más grave es que sería con su consentimiento. Empujó a Elric y lo abofeteó.

—Setenta, treinta, es mi última oferta. —Lady Belford creyó que la mejor manera de domar la pasión era redirigirla hacia los negocios.

Elric la sujetó con fuerza. Frente contra frente.

—Sesenta, cuarenta. Seré yo quien correrá el riesgo.

—¡Oh! —Se soltó de su abrazo—. De acuerdo, aunque ni se te ocurra volver a tratarme como

una conquista.

Elric se frotó la barbilla.

—No sé si me compensa.

June se secó los ojos.

—¿Tenemos trato? —preguntó, ofreciéndole su mano.

—Tenemos trato. —Elric la estrechó y aprovechó para acercarla otra vez hacia él.

June escapó. Caminó con paso inseguro hacia la puerta del invernadero.

—Entonces es el momento de reunirnos con los demás invitados, o seremos el centro de los cotilleos de las Watson.



## Capítulo 4

June y Elric entraron en el gran salón de baile; solo habían dejado pasar cinco minutos de diferencia. Si por algún casual alguien los había visto salir juntos al jardín, no parecía estar demasiado consternado.

Lady Belford evaluó la situación y comprobó que nadie cuchicheara a su paso. Pero cuando el futuro duque de Arundell apareció de nuevo, todas las damas, incluidas las Watson, volaron como un enjambre de abejas en torno a la miel aleteando sus abanicos.

Libby bailaba en medio de la pista, saltaba de una pareja a otra y sonreía como si el mundo fuera un cuento de hadas sin fin. June no pudo reprimir una lágrima, que secó de inmediato. Tenía unos padres que la adoraban, una hermana que la protegía y admiradores que la observaban como si fuera lo más bonito que existiera. En gran parte, el éxito de Libby radicaba en que ella así lo creía, toda su vida la habían tratado de la misma forma y nunca tuvo que lidiar con ningún contratiempo que le hiciera pensar lo contrario. Rodeada de palabras amables y gestos caballerosos, se había forjado un carácter dulce y desinhibido, siempre dispuesta a contentar a los demás. June temía por ella, estaba a punto de vivir sus primeros años de infelicidad; deseaba no acertar en sus predicciones, pero las comodidades a las que estaban acostumbradas desaparecerían muy pronto. Su deber como primogénita era continuar con los planes que su padre había forjado antes de su muerte. Conocer su última voluntad, su testamento más reciente, sería una de las primeras pistas. Aquel testamento que tenía en su poder Albert Kellogg por ser el abogado de la familia.

Libby la saludó con la mano mientras danzaba, y June no pudo evitar un escalofrío. Su hermana dejó de bailar, aunque la orquesta continuó con su alegre pieza, y envió a su pareja a buscarle algo de beber. Se acercó a June y cogió sus manos.

—¿Ocurre algo? ¿Te encuentras bien?

—Sí —pronunció algo confundida—, ¿por qué?

—No tienes muy buen aspecto, June.

—¡Vaya, gracias por el piropo! —No podía dejar que su tristeza nublara el momento. Era de vital importancia que nadie se diera cuenta de su pesadumbre, cualquier fallo en su actuación podría costarle la vida. Enseñó los dientes de manera exagerada y alzó la cabeza para que la multitud pudiera observar la blancura de su sonrisa.

—¡No seas boba! —Libby le pegó con el abanico cerrado—. Me refiero a que estás pálida, demasiado pálida para ser tú.

—Estoy bien, no te preocupes, te pareces a mamá. —Parpadeó varias veces, lo más cándida posible.

Las dos anduvieron alrededor de la pista y saludaron a los invitados que se cruzaban con ellas .

—Te he visto con el duque de Arundell. —Su hermana la miró de reojo.

—Todavía no lo es.

—Las malas lenguas dicen que su primo ha contraído la lepra por mantener relaciones con una indígena de piel oscura, que está a punto de morir y que su madre ha buscado demasiado rápido a otro heredero al que poder manipular para no quedarse en la calle. —Libby acabó sin aire.

—¿Quién te ha metido esa idea en la cabeza?! —No podía negar que algo de cierto existía en ese rumor.

—Da un poco de miedo pensar que un cortejo pueda llevar a la muerte.

—No se refieren a esa clase de relaciones.

—Entonces, ¿a qué si no? —preguntó Libby llena de interés.

—A la intimidad que existe entre un marido y su esposa —contestó despacio. No le gustaba cómo se encauzaba aquella conversación.

—¿Si el hijo de la duquesa es soltero!

—Por eso mismo —pronunció entre dientes June.

Libby enrojeció.

—No entiendo por qué una mujer que no está casada querría mantener ese tipo de relaciones. Según mi amiga Priscilla...

—¿Quién? —Su hermana saltaba de un comentario a otro a gran velocidad, y le costaba seguir el hilo, preocupada por los futuros acontecimientos.

—Fuimos a su boda hace unos años, se casó con el señor Abranson, un banquero amigo de sus padres.

—¿Es verdad! Con apenas catorce años la vendieron a un viejo. —Recordaba ese día y la melena roja de la muchacha bajo el velo, esa sonrisa sin luz, como si se acabara el mundo.

—Por favor, June, pueden oírte. Nosotras tenemos suerte de tener unos padres tan permisivos, pero casarnos es nuestra única opción para sobrevivir cuando ellos falten. ¡Gracias a Dios, eso queda todavía muy lejos!

June volvió a estremecerse.

—¿No sería maravilloso que pudiéramos valernos por nosotras mismas y no depender de un hombre?! —Tan sencillo como tener los mismos derechos, pensó, sin embargo, no se atrevió a pronunciarlo.

—¡No me entiendes! Lo que te intentaba decir es que mi amiga Priscilla, que, como comprenderás, ya tiene experiencia en cosas de alcoba, me ha asegurado que si una se está bien quieta mientras, ya sabes, su esposo...

Su hermana no cesaba de darle vueltas a la misma idea.

—No, no sé —la interrumpió June. Ella conocía lo que ocurría la noche de bodas, lo había visto hacer a los animales, y la primera vez que Alice se lo explicó, casi se desmaya, pero ahora se divertía al poner en un apuro a Libby.

—No voy a ser yo quien te lo cuente. Pero mi amiga dice que lo mejor es cerrar los ojos y concentrarse en otra cosa. Ella siempre piensa en las cartas que tiene que escribir cuando su marido... ya sabes...

—No, no sé. —Rio June.

—Suda encima de ella. —Libby se tocó la mejilla, acalorada—. Por eso no entiendo cómo a alguien puede gustarle.

June divisó a Elric a lo lejos, intentaba deshacerse de las garras de una madre.

—Será porque no es lo mismo que te bese tu marido de ochenta años que un hombre como...

—¿Elric Arundell? —Libby suspiró, oteó en la misma dirección que June. —Es tan guapo... No puedo imaginarme lo que sería que un hombre así te sudara encima.

—¡Libby, por favor! —Tal vez se había precipitado al juzgar a su hermana. Había estado demasiado atareada con la hacienda, y ella con los posibles pretendientes, por lo que ya no hablaban tanto como antes y se les había olvidado el carácter de una y de la otra. Reconocía que la pequeña de los Belford siempre había sido desvergonzada, pero no tanto como para hablar de una manera tan ordinaria, y menos en medio de una fiesta.

A Libby se le escapó una carcajada que ahogó al instante, preocupada por que no la oyeran. Dieron una vuelta más y esquivaron a varios amigos del conde Belford. June no tenía ninguna intención de detenerse a hablar sobre su padre, los latidos de su corazón se precipitaban hacia el ocaso cada vez que alguien las saludaba.

—Por lo visto no quiere casarse, de momento... —continuó Libby con su drama favorito de la noche. Las dos mantenían la mirada en el futuro duque sin poder dejar de observar aquella fascinante sonrisa; era el caballero más buscado y admirado de la fiesta.

—Los tipos como él suelen sentar cabeza cuando se ven usando bastón. —June recordó el beso en el invernadero.

—No sé, hará tan solo un par de meses que entró a formar parte de la vida de la duquesa viuda y parece que congenian demasiado. Teniendo en cuenta lo huraña que siempre ha sido...

—Y yo que creía que no existía nada peor que las cotillas Watson.

—No pongas esa cara. Hace tanto tiempo que no asistes a una celebración que te has quedado anticuada. —Libby abrió el abanico y acercó los labios a su oído—. Las malas lenguas aseguran que cuando sea duque se casará con la hija de la duquesa, lady Leonor.

—¡Si esa muchacha es corta de entendederas! —Nunca hasta entonces la había tratado más allá de unas cuantas palabras formales, no tenía ninguna opinión sobre ella, buena o mala, ¿por qué entonces esa necesidad de rebajarla? La buscó con la mirada y la encontró en un rincón con la vista fija en sus guantes. Por muy poco que le gustaran las fiestas, como a ella, esa actitud

demostraba su precipitado pero acertado juicio: no era una dama estimulante para Elric. A esas alturas, no sabía muy bien quién había estafado a quién, si Elric a la duquesa, o esta al pobre ingenuo que había aceptado ser parte de esa farsa.

—Comentan que el sobrino de la duquesa es en realidad un pirata; otros, que se trata del hijo bastardo del difunto duque con una bailarina. Imagina lo que sería ese matrimonio. ¡Una aberración!

—No hagas caso de los rumores... —Pese a que Elric le había contado que tenía un trato con la viuda, se preguntaba si no existía algo que el futuro duque hubiera mantenido en secreto, y eso la inquietaba de una forma incomprensible. Apenas lo conocía y ya se creía con el derecho a saber todo acerca de él.

—Si supieras lo que dicen de ti...

June se tapó los oídos.

—No quiero oírlo.

Su hermana rio a carcajadas y, como si fuera el canto de una sirena, se arremolinaron a su alrededor varios jóvenes que intentaban inscribirse en su carnet, ya de por sí repleto. Vio a Frederick abrirse paso, intentó agarrar a Libby y llamar a su madre, que estaba tan solo a unos metros de ellas. Fue demasiado tarde, no tuvo tiempo de esconderla.

\*\*\*

June sintió sus extremidades paralizadas; no podía formar un alboroto solo por un baile, pero temía que fuera el comienzo de una persecución sin tregua, como había sucedido años atrás. El barón parecía obsesionado con las Belford. Observó a su madre, que se mostraba horrorizada, y supuso que estaba más preocupada por su propia reacción que por las manos de Frederick Freeman en la cintura de su hija menor. Al fin y al cabo, había cientos de ojos que los contemplaban y no creía que intentara algo inapropiado.

Caroline avanzó hacia ella, pero la duquesa viuda de Arundell se lo impidió. Esa mujer siempre le había dado cierto repelús, ataviada por completo de negro desde la muerte de su marido, hacía más de diez años. June advirtió el escrutinio que su madre le hizo a la viuda al girarse, la miró de arriba a abajo y analizó cada detalle para luego destrozar, junto a Libby, la indumentaria de su anfitriona. La conocía bien como para predecir el pavor que le supondría vestir de luto, acostumbrada como estaba a los colores vivos.

La duquesa y lady Caroline se dirigieron al recibidor, donde se alzaba una gran escalinata de mármol. June tragó saliva y las siguió angustiada; había llegado el momento. Allí las esperaban el juez de paz y dos alguaciles que lo sostenían; por cómo tenía de colorada la nariz era evidente que había bebido más de la cuenta. A su lado, Albert Kellogg, quien se apresuró a coger de las manos a su querida Caroline. Sus vidas iban a cambiar de manera radical. Los años de tranquilidad en los que el tiempo parecía eternizarse habían concluido. Desconocía la reacción de su madre,

siempre tan risueña cuando así se requería, pero demasiado estricta en la intimidad del hogar.

—¿Le ha ocurrido algo a Sebastian?

—Lo siento mucho, milady. Su marido ha muerto.

Las piernas de June flaquearon y se apoyó en una columna, no podía distinguir el rostro de Caroline desde esa distancia, y eso la martirizaba. Vio cómo apoyaba la cabeza en el hombro del abogado y se enfureció. De todas las posibles coyunturas que había imaginado, ninguna de ellas había sido que su madre se consolara en brazos del asesino del conde. Pese a los escalofríos que le recorrían, se aproximó lo más ágil que fue capaz y la arrancó del amparo de Albert.

—No me lo esperaba tan pronto —susurró la reciente viuda. June no tuvo ninguna duda de que estaba al tanto de la enfermedad de su marido. ¿Sería conocedora de la misteriosa estrategia urdida por su padre?

—Hay algo más —hipó el juez de paz—. El conde ha sido asesinado por el ladrón de Pluma Blanca.

Caroline miró a los ojos oscuros de su hija sin poder evitar un grito de pánico. La aplastante realidad de lo sucedido se confundía en la memoria de June, y retazos de imágenes de Albert mientras hundía la espada en el abdomen de su padre la sobrecogieron.

El chillido llegó hasta el salón, la música cesó, la multitud se giró hacia donde procedía la alarma, y algunos curiosos se amontonaron ante los arcos que separaban las estancias. Libby se desprendió de Frederick y corrió hacia la entrada.

June forcejeó con Kellogg para conseguir la atención de Caroline que, después de desahogarse, permaneció en silencio. Dos titanes enfrentados. Ninguno de ellos con intención de claudicar, hasta que June, alterada, recordó la recomendación del conde cuando le informó de su enfermedad. No podía ofrecer a Albert la más mínima sospecha sobre el objetivo de su padre, y mucho menos que la muestra de su cólera le diera a entender que era conocedora de su secreto más oscuro. June cedió.

El abogado se mostraba abatido, aunque era evidente que, en su interior, estaba extasiado y celebraba que por fin Caroline sería solo para él.

## Capítulo 5

Elric bajó al salón; le apretaba el cuello de la camisa y los tres botones del chaleco le impedían respirar. No se acostumbraba tampoco al rechinar de zapatos nuevos para estar por casa, si es que a aquella fría y vacía mansión podía llamarla hogar.

Justo antes de atravesar la puerta se detuvo a observar a lady Arundell, de nombre de pila Philipa, aunque nadie se atrevía a llamarla así. Observó cómo rompía un huevo pasado por agua y lo sorbía con delicadeza, no sin que antes se le escapara un poco de clara.

Elric carraspeó divertido.

—Un caballero no tiene que esperar a que lo inviten a sentarse, y menos en su propia casa.

—Todavía no es mía.

Una risita desde el otro lado de la mesa le dio la bienvenida. Una mujer pequeña y delgada se tapaba el rostro: era Leonor, la hija de la viuda, amable, cariñosa y muy tímida, pero que, por cuestiones que se escapaban a la lógica, se llevaba muy bien con Isabella, la alocada muchacha de doce años a la cual él tenía bajo su protección.

Elric arrastró la silla hacia atrás para sentarse.

—Un caballero tiene la fuerza suficiente como para levantar el respaldo y no desfallecer en el intento.

La odiaba. Desde su llegada, cada día se empeñaba en instruirle y convertirlo en un gran caballero. No entendía qué reparos podía tener, él siempre se había desenvuelto bien en sociedad, aunque era cierto que no era lo mismo acudir al teatro que vivir, sentir y pensar como un aristócrata. Elric desplegó la servilleta y la colocó en su regazo. Philipa chasqueó la lengua.

—Tu madre te enseñó a leer y escribir, pero no modales.

A buenas horas le había contado parte de su infancia, pero así era ella: a veces repelía con sus constantes desaires, y otras, encandilaba con su tristeza. Elric no podía soportar ver a una dama triste, por eso había intentado divertirla en más de una ocasión con anécdotas de su vida que, si bien a él le parecían graciosas, a la viuda le asombraron. Todavía, después de tres meses, no entendía cómo una joven instruida como su madre había acabado en un burdel.

—Nadie se me ha quejado nunca.

—Un caballero no replica ni se justifica. Ataca.

—Discúlpeme, lady Arundell, tiene un poco de baba en la barbilla. —En realidad era clara de

huevo. Se lo tenía bien merecido.

La viuda duquesa empleó la servilleta para limpiarse mientras lo examinaba de soslayo.

—Refinado y directo. Me gusta.

Leonor volvió a reír, y esta vez la claridad de su risa emocionó a Elric. Era una chica sencilla, menuda y de tez pálida, sin embargo, albergaba una luz especial que solo se hacía evidente para aquellos que habían tenido la suerte de compartir sus días monótonos con ella. La hija de la duquesa era la causa por la que no se había vuelto loco desde que se presentó con su única maleta y una niña a cuestas en casa de los Arundell con la intención de vivir a cuerpo de rey. No contaba con la austeridad de Philipa y su agrio carácter.

Esta dejó los cubiertos exasperada.

—Leonor, querida, ¿qué te hace tanta gracia?

—Ahora que se ha adecentado, nada, madre. —Volvió a taparse la boca, escondiendo su don máspreciado, su cándida voz.

—¿Que habré hecho yo para merecer estos hijos tan ineptos?

—Hablando de hijos, ¿sabe ya cuándo será el funeral del suyo?

—Creí que aparte de belleza también tenía algunas luces.

—¡No es justo, madre! —Su amiga en aquella casa no lo decepcionó al salir en su defensa.

—¡Por el amor de Dios! —chilló lady Philipa y tiró un panecillo a Leonor sin llegar a darle—.  
Ve a hacer tus labores.

—¡No he terminado de desayunar!

—¡Fuera! —volvió a gritar la duquesa viuda al mismo tiempo que señalaba con el dedo índice la puerta.

Leonor se levantó indignada, arrastró a propósito la silla.

—Eso en una joven bonita tendría sentido, pero es tan fea como su padre...

A Elric le dolieron esas palabras. A pesar de que no era una muchacha demasiado agraciada, compensaba su falta de atractivo con una gran ternura, y además había descubierto, a través de los juegos con Isabella, que tenía una gran espíritu creativo que la duquesa reprimía. Hasta se había impuesto decorar la habitación de su ahijada y reparaba en cada detalle. Era de agradecer.

—Ahora debería ofrecerme un cumplido. —La duquesa viuda se giró hacia él con mirada lánguida.

—Perdón. —Elric trató de masticar y pensar a la vez—. No ha heredado los ojos de su madre.

—Un caballero no habla con la boca llena.

¡Estaba harto!

—A menos que esté en su casa, donde puede hacer y decir lo que quiera —sentenció Elric. Si debía ejercer como duque, al menos podría considerar esa mansión como suya hasta que durara su suerte.

— Veo que se adapta rápido.

—Con respecto a su hijo... —El trato era convertirlo en duque y, para ello, alguien debía morir.

Se decía que el auténtico lord Arundell estaba a las puertas de la muerte, y, según había apreciado desde que se difundió la noticia, ni su madre ni su propia hermana estaban demasiado afectadas.

—¿Es que tengo que explicarlo todo? —Lady Philipa realizó un ademán con la cabeza a dos de los sirvientes para que se retiraran. Después de un largo silencio, en el que ambos midieron sus fuerzas, la duquesa habló y suspiró a la vez—. Mi hijo murió hace quince años, a la edad de trece. —Su aliento se desplomó, y las palabras resonaron en la estancia, rebotaron en los espejos y volvieron hacia el interior de la duquesa como si ese secreto pudiera volver a ser preservado—. Siempre fue un niño débil al que había que vigilar de cerca. Sus pulmones no aguantaron un invierno más. —Elric se atragantó con un trozo de tarta de manzana. El rostro de Philipa permanecía impassible, pero no su voz, que, como el trémulo fulgor de una llama, oscilaba a cada vocablo—. Con la muerte de mi Adrian el ducado iría a parar a algún familiar lejano, por eso decidí honrar su memoria y convertirlo en un legendario aventurero que recorría mundo. De esa manera, el título estaría a salvo, y Leonor y yo, también.

—¿Sucedió algo para que decidiera cambiar la historia?

—Le descubrí.

Elric agrandó los ojos. La mayoría de mujeres que había conocido durante el transcurso de su vida habían intentado conquistarlo o bien comprar su atención, pero la viuda nunca había mostrado por él más que un sincero interés fraternal, algo seco, pero al que se había acostumbrado.

—Le vi al lado de esa actriz en el teatro, y el corazón me dio un vuelco. Tiene los ojos tan verdes como los de mi hijo, y su sonrisa brilla igual que lo hubiera hecho la de mi Adrian. Existía una pega: no podía hacerle pasar por él ante la sociedad sin antes sobornar a todos los que le conocen, y eso sería demasiado costoso.

—Aunque sí puede hacerme pasar por su primo.

—¡Exacto! Tiene los mismos rasgos que la familia, tal vez sea cierto que algún antepasado fue un Arundell, ¿quién sabe?

—¿Para qué me necesita si durante años le ha ido tan bien?

—Es hora de enterrar los recuerdos y avanzar. Los carroñeros de mis otros parientes han estado haciendo preguntas y han investigado por su cuenta. Se convertirá en el nuevo duque, solo es cuestión de escribir un nombre en un papel.

—¿Cómo sabe que voy a estar a la altura? Podría dejarla en la calle nada más heredar.

—Lleva tres meses aquí y, aunque no ha demostrado ser un buen caballero, sí se ha comportado como un buen hombre, y en nuestro entorno estamos faltas de esa cualidad. —La duquesa removió la cucharilla antes de sorber el té. —. Además, querido, va a firmar un documento en el que se compromete a guardar el secreto y a darnos cobijo y a cuidarnos como si fuéramos su madre y su hermana.

—Tuve madre durante poco tiempo y nunca he tenido hermanas, así que va a ser difícil — contestó el futuro duque burlón.



La viuda guardó silencio durante unos segundos, demasiado largos para el gusto de Elric, que se sintió incómodo ante tanto análisis. Aunque no le convencían las formas de comportarse de la duquesa, entendía por lo que había pasado; él también guardaba un par de secretos que amenazaban su supervivencia si salían a la luz. Por eso intentaba alejar su mal augurio con lo que mejor se le daba: su sonrisa, pese a que muchas veces fuera tan forzada que apenas le quedaran energías para nada más.

—Es un ser extraño, Elric —dijo al fin la duquesa.

—¿Y eso?

—Siempre está de buen humor a pesar de la dureza con la que le ha tratado la vida, es afable con los demás y, aunque parece que tenga el alma llena, la tiene tan vacía como yo.

Glover palideció. ¿Acaso era una experta en leer la mente?

—¿Cuando se le rompió a usted el alma? —Era fácil adivinarlo, pero quería oírlo de sus labios.

—Cuando murió mi hijo.

—¿Y cree que ahora la va a recuperar?

La duquesa se llevó un dedo hacia su ojo, recogió una lágrima, la aplastó ensimismada y recuperó la voz.

—¿Aviso a mi abogado de que redacte el contrato? —Su tono era mucho más firme que antes.

—No tengo elección. —Elric se encogió de hombros.

—Puede volver a pedir limosna.

—Creo que ayudaré mejor a los míos en una posición más holgada, ¿no le parece?

Lady Arundell arrugó la nariz.

—No recordaba su altruismo.

—Quiero que se especifique que una parte de mi renta anual se entregará al convento de las Almas Descarriadas.

—¿Por qué no puede ser anglicano? Todo sería tan perfecto.

—Puedo simularlo. Iré a misa con usted cada domingo para guardar las apariencias.

—Sor Margaret estará muy contenta con este acuerdo.

—Lo desconoce, pero es lo mínimo que le debo...

—Ya, ya, no quiero que me lo cuente, no puedo ante tanta cursilería.

—¿No cree que las personas menos afortunadas merecen una segunda oportunidad?

—Ahora mismo tengo dudas, no sé si me he arriesgado demasiado con usted. Su sensibilidad puede traernos la ruina.

—Duquesa, le aseguro que las calles me han curtido, sin embargo, no han conseguido quitarme mi humanidad.

—Un defecto que la aristocracia se encargará de limar. —La viuda nunca consentía que nadie le ganara en ninguna batalla dialéctica, por muy pequeña que esta fuera. Realizó una pausa sin ánimos de ser interrumpida. Se limitó a observar cómo Glover comía y se chupaba los dedos.

Abrió la boca varias veces para decir algo desagradable, al parecer sin atreverse, hasta que al fin no pudo resistirse—. Un caballero, aunque tenga el apetito de un granjero, nunca lo demuestra.

En los labios de Elric se perfiló la ironía.

—Muy a pesar suyo, no me eligió por mis modales sino por mi aspecto. —Él había sido escogido por su físico, no había la menor duda, las formas eran secundarias. ¿Por qué entonces le daba tanta importancia?

Lady Philipa dio un golpe seco en la mesa. Elric se sorprendió ante tal muestra de nervio en aquella señora de baja estatura y entrada en carnes, pero no dejó ni un momento de sonreír; había aprendido que era una de sus mejores armas.

—Duquesa, creo que ha llegado el momento de que hablemos de las tierras del ducado y de su gestión.

—Tonterías. Llevo más de quince años ocupándome con muy buenos resultados y no voy a dejar que lo estropee.

—Entonces, ¿a qué voy a dedicar mi tiempo?

—No tengo ningún inconveniente en que revolotee y haga ostentación de su posición. Como ya acordamos, se casará con Leonor. De esta manera, mi nieto heredará el ducado y todo quedará en familia. Podrá tener las amantes que quiera, mientras sea discreto y trate bien a mi hija.

Elric se levantó en busca del periódico que había al lado del bufete, dispuesto a leer la sección de sociedad, o, más bien, a simular leer; estaba demasiado enojado para juntar una letra tras otra. La noticia de la muerte del conde de Belford aparecía publicada en un gran recuadro en el centro. Recordó a June, sus labios, su sabor, sus lágrimas. Cerró las hojas del noticiario.

—Tiene razón, usted no me ha dejado en la estacada y no ha puesto ningún impedimento para que mi ahijada Isabella pueda albergarse en su casa. Le doy mi palabra. Me casaré.

\*\*\*

Elric se descalzó y depositó las plantas de los pies en el pasto del jardín. La humedad de la mañana no pareció despejarlo, su mente rememoraba la conversación con la viuda y su promesa de casarse. ¿Se había precipitado? Intentó recordar lo que se sentía cuando uno era libre, miró el azul del cielo, observó a una hermosa y voluptuosa mujer en forma de nube blanca.

Divisó a su ahijada a lo lejos; la oía reír, y eso para él era uno de los mejores regalos que le podía ofrecer la vida. Nunca se había sentido culpable por hacerla partícipe de sus timos; tener a una dulce niña de su lado derretía a cualquier dama, aunque Isabella fuera todo lo contrario: testaruda y avispada. Al igual que él, adoraba las calles de Londres. No obstante, dudaba sobre los modales que había adquirido. Una joven tímida y discreta como Leonor la ayudaría en su nueva posición. Abrió los dedos para que la hierba se filtrara entre ellos. No era lo mismo que la tierra de la calle Dorset; el barro y los excrementos quedaban muy lejos y, aun así, recordaba sentirse mucho más vivaz que ahora. El poder y el dinero estaban a la vuelta de la esquina, en

breve sería nombrado duque y se casaría con una buena chica e Isabella tendría una amiga como madre, a juzgar por lo bien que se lo pasaban.

Las vio rodear un árbol y perseguirse la una a la otra. Se desabrochó el chaleco algo indispuesto; había comido demasiado durante el desayuno. Muy pronto su vida sería dirigida por lady Philipa y pasaría sus días capeando el carácter de la viuda; extremaría las precauciones, actuaría tal y como ella quisiera con tal de no molestarla. Pero si quería una existencia digna para su ahijada, ¿qué otra opción le quedaba? La forma de un diamante blanco se detuvo en el cielo, pequeños destellos de luz solar tamizaron su figura. Nada le impedía seguir con el trato forjado con lady June. Evocar su imagen le provocó una ligera inquietud que no hacía más que acrecentar su duda.

Las dos, niña y mujer, corrieron hacia él y lo rodearon mientras cantaban una canción. Las mejillas de Leonor adquirieron un delicioso tono rosado, sus labios húmedos y sus ojos brillantes no cautivaron ni el corazón ni la entepierna de Elric. La alegría de las dos muchachas tampoco lo liberó de sus melancólicos pensamientos. Solo el silencio, una vez que cesaron sus risas, fue el detonante que lo hizo comprender. Un día tranquilo, en paz, confortable, seguro, tras la cerca que rodeaba la mansión de los Arundell, eso era lo que anhelaba para su ahijada. Dejar de lado el peligro que entrañaba ser descubierta en medio de una estafa, la cárcel o, peor aún, la horca. Ese era un trato digno.

Leonor e Isabella se abrazaron, la piel pecosa de la muchacha contrastó con la palidez de los brazos de la otra. Si todos los días en Arundell House iban a ser así de monótonos, tal vez debería sentirse más animado. Se casaría con la hija de la viuda, asintió de manera involuntaria. La imagen difusa de una espalda femenina lo hizo suspirar, pensó que faltaba una gran hilera de botones en ese dibujo. Mantener su palabra y buscar el diamante azul era compatible. ¿Qué daño podría hacer?

## Capítulo 6

Lady June Belford reunió, la misma madrugada de la muerte de su padre, la mayoría de las joyas que tenía. El propósito era venderlas y obtener suficiente dinero para pagar el entierro. Se paseó sin descanso por las calles de Londres y entró en todas las joyerías, desde el este al oeste del río Támesis, para valorar las alhajas y, al mismo tiempo, preguntar si su padre había establecido contacto con alguno de los propietarios. Cada vez que definía la talla y amplitud de su progenitor, la cara redonda, ojos pequeños, cabello blanco y una voz fuerte y amable, un nudo en la garganta le impedía completar su descripción. Su recuerdo despertaba una tristeza demasiado pesada para cargarla durante todo el día, por eso la búsqueda del diamante era tan vital para ella, le ayudaba a enterrar el dolor.

En casi la mayoría de los comercios le tasaron el oro por debajo del precio real y negaron hacer tratos con el conde Belford. Cuando por fin logró vender un broche para contratar a dos sirvientes más y, de esa manera, apaciguar a las malas lenguas que aventuraban un sobreendeudamiento, no se sintió afortunada, pues había tenido que rebajar sus expectativas y deshacerse de una alhaja que poseía un gran valor sentimental. La esmeralda en el centro y la plata en forma de hoja que la rodeaba consiguió una exclamación por parte del joyero. Regatear no era su fuerte, pero no se amilanó en ningún momento; al menos consiguió un trato justo, y no como los otros usureros que la habían intentado estafar.

Introdujo las monedas en el interior de su ridículo de terciopelo negro con la esperanza de no llamar la atención. Cubierta por una gruesa capa, salió, decidida a volver a casa. Pero una cabeza que sobresalía de entre los transeúntes le llamó la atención: no llevaba sombrero, y, al verla de perfil, creyó que se trataba de Elric. Se habían convertido en socios, por lo que tenía derecho a formar parte de la búsqueda del diamante azul, y si Elric se adentraba en las callejuelas de Londres lo más probable es que fuera para investigar sobre su paradero. Deseaba saber hasta el más mínimo detalle sobre la misteriosa joya. Lo siguió ensimismada en su nariz griega, que giraba a un lado y a otro para cruzar la calle sin ser embestido por los coches de caballos, algo que a ella parecía no preocuparle. Sorteó a un perro y a una madre de tres criaturas que le tiraron del vestido pidiéndole limosna; sin hacerles caso, alargó el cuello hasta que la visión de su socio se convirtió en un borrón difuso.

Se encontró sola de repente, en una avenida desconocida que olía a orina y a comida rancia. A

lo lejos, la risa de un borracho que abría la puerta de una taberna, y otra vez el silencio, el eco de una tos, las pisadas apresuradas de una meretriz. June no se decidía a tomar ningún camino, si adelante o atrás. Avanzó hacia el norte, y dos hombres aparecieron a contraluz para cerrarle el paso. Giró sobre sus zapatos para correr hacia el sur, y otras tres sombras la cercaron. Se fijó un poco más en aquellos individuos y pudo observar que no eran más que muchachos, pero exhibían un aspecto bastante fiero.

—¿Va a alguna parte, señorita? —preguntó un joven con la frente ancha.

—No... yo solo... —Necesitaba tiempo para pensar una estrategia y huir de esa encerrona.

—¿Le gustaría comer un poco de salchicha? —El más bajo se tocó sus partes, mientras los demás estallaron en carcajadas.

—Veamos lo que esconde bajo la capa.

Se aproximaron despacio. June se fijó en una mano sucia, de uñas negras, que intentaba manosearla. Se dispuso a pelear, como en los viejos tiempos; esos bribones no serían diferentes a los granjeros. Separó las piernas en posición de ataque y los amenazó con el puño cerrado. Escondió la otra mano con la que sujetaba el ridículo. No conseguirían arrancarle la bolsa, aguantaría el dolor de las magulladuras.

—¡No se resista! ¡Solo queremos los cuartos!

—¡Dejadla en paz!

Todos se giraron a la vez, hasta June quedó petrificada sin poder reaccionar ante una adolescente que se había plantado frente al grupo y les amenazaba con una navaja.

—Os habéis metido con la chica equivocada. —Su cara pecosa y su pelo rojo, en lugar de proporcionarle un aspecto ingenuo, le conferían una apariencia cruel. Vestía y se comportaba como un chico, y la manera en que sujetaba el cuchillo denotaba que sabía manejarlo con destreza.

—Lárgate, Isabella, la hemos visto primero.

—Si la tocáis, aunque sea un pelo, os las tendréis que ver conmigo.

—¿Quién eres, su guardiana? —Uno de los muchachos, con la cara llena de granos, chilló colérico hacia la niña.

—Sabes que no dudaré en clavártela en medio de los ojos. —Su voz era pausada y, al mismo tiempo, feroz. Los pequeños salteadores se alejaron de June por inercia.

—¡Vámonos, seguro que Elric está cerca! Nunca deja a sus pupilos solos mucho tiempo.

Los jóvenes corrieron en dirección contraria y dejaron sola a June, que todavía mantenía el brazo alzado dispuesta a batallar. El nombre de su socio la dejó sin palabras. Miró de arriba abajo a la tal Isabella, que se aproximaba a ella, esta vez con una angelical sonrisa, y comprendió que Glover no era más que un ladrón de la más baja estopa que utilizaba a niños para perpetrar sus crímenes. Se indignó con ella misma por caer en las redes de un tramposo que solo buscaba su propio beneficio y a quien no le importaba corromper las almas inocentes.

—¿Le han hecho daño, señorita?

—Dile a Elric que no seguiré con el trato hasta que no haya liberado a cada una de las criaturas

que componen su banda. Existen reglas morales en esta sociedad, y por muy tolerante que me crea, hay cosas que no voy a dejar pasar. —Su voz rota y su cara enrojecida parecieron asustar a la joven. Sermoneaba a la persona equivocada.

—No sé de lo que me habla. —Isabella escondió el cuchillo en una funda dentro del cinturón que sujetaba sus pantalones. Si no fuera por la cascada de cabello rizado, bien podría pasar por un chico, algo enclenque, pero todo Londres estaba lleno de chiquillos malnutridos.

—Lo siento. Tú no tienes la culpa. —June le tendió la mano—. No estoy en una posición muy holgada ahora mismo, pero podría ayudarte, si quieres...

—Me matará si se entera de que me he escapado.

Esa confesión la dejó más perpleja que antes. Nunca habría creído que fuera un hombre tal vil como para cumplir aquella amenaza.

—Necesito hablar con él. —Hasta ahora creía que Elric sería una parte importante de su vida, un experimentado ladrón que podría conseguir las pistas necesarias sobre la ubicación del diamante azul. ¿Cómo podía imaginar que la persona que le había salvado la vida fuera un delincuente tan atroz? Quería echarle en cara toda su furia, mirarlo una vez más a los ojos y convencerse de que su corazón lo rechazaba.

Isabella mostró su horror ante la petición de June. Negó con la cabeza varias veces.

—Tengo que irme, y usted corra hacia su casa antes de que esos granujas vuelvan.

Se esfumó tal y como había aparecido. Lady Belford intentó atraparla, pero la niña conocía bien los callejones y se escondió con pericia en las profundidades de la ciudad. June desistió al verse en medio de otra encrucijada y, con temor a tropezar otra vez con un grupo de malhechores, decidió salir de esas calles y reencontrarse con la ajetreada vida de Londres lejos de la miseria y la violencia.

\*\*\*

Numerosos curiosos se acercaron a ofrecer sus respetos al conde, tendido sobre la mesa del salón rodeado de coronas de flores y grandes cirios, sábanas que tapaban los espejos, y sillas alrededor del muerto para orar en su nombre. Frederick Freeman, barón de Avely, y su inseparable amigo Daniel Banister, se convirtieron en asiduos durante el tiempo que se prolongó el duelo. Los extraños encuentros del barón con Albert no pasaron desapercibidos para June. Se escondían por los rincones de la casa y murmuraban cada vez que la veían, pero poco le importaban los turbios asuntos que pudieran urdir esos dos mientras se mantuvieran alejados de ella. Lo principal en esos momentos era poder pagar el entierro de su padre y ofrecer la mejor visión de la familia Belford a cuantos fisgones se atrevieran a acercarse hasta su casa.

Durante los días de velatorio, cuatro para ser exactos, June no estuvo más de dos horas junto a su madre. Caroline no se levantó de su asiento desde la muerte de su esposo, ni se dignó a entablar conversación con sus hijas. Y fue Libby la que, como buena relaciones públicas, la disculpó, al

igual que a su hermana.

June estaba demasiado atareada para poder atender sus exigencias sin sentido, como encargar vestidos de luto. Había cosas más importantes de las que ocuparse, como la comida. Dio instrucciones al servicio sobre el modo de proceder durante los desayunos, comidas y cenas. Alice le advirtió que no tenían ni la mitad de los ingredientes para poder cocinar los aperitivos que se servirían durante el duelo, y no tuvo más remedio que improvisar: mezclar la leche con el agua, racionar la mantequilla y la sal, más potajes de patatas y menos carne en el estofado. Rallar las verduras en lugar de cortarlas, colocar platos más pequeños y reservar el vino solo para los personajes más ilustres. Cuando por fin se acercó al comedor donde se había predispuesto el velorio, entendió las quejas de Libby. La condesa de Belford, al carecer de vestimentas negras, se había colocado su traje plateado de fiesta y un manto gris por los hombros. Enseguida pensó en vender un collar de perlas al mismo joyero que le compró el broche para encargar un vestuario a medida para su madre, en vista de los años de duelo que todavía le quedaban.

Ninguna de las tres quiso preguntar al tío Albert sobre el contenido del testamento, por miedo a conocer la verdad de su miseria al no tener ningún descendiente varón. El abogado de la familia acudió a la mansión y permaneció sentado en silencio durante toda una mañana al lado de Caroline. A mediodía acercó su silla un poco más hacia ella, a la caída del sol rozó sus dedos, al oscurecer cogió su mano a modo de consuelo. Fue ese calor el que pareció despertar a Caroline de su ensimismamiento y lo miró a los ojos. Una sola vela encendida por una criada dibujaba sus sombras alargadas en la pared. June los observó antes de encerrarse, como cada noche, en el despacho del conde y adivinó, en el temblor de la voz de su madre, la desesperación.

—¿Qué será de mí, Albert?

Esa pregunta secó la boca de lady Belford. Creía que Caroline se desgarraba por dentro por la ausencia de su padre, que se consumía por la terrible injusticia de su muerte, y lo único que le preocupaba era su bienestar.

—Yo cuidaré de ti —contestó el abogado y estrechó la mano de la condesa viuda, que cerró los ojos y asintió.

La primogénita de los Belford notó el alivio de su progenitora, una exhalación tan profunda que alteró el sentido de su propia respiración. Reparó en que podría ser descubierta, así que intentó inspirar pequeñas bocanadas de aire mientras contemplaba a su madre apoyarse en el hombro del asesino de su padre. La condesa no había perdido el tiempo en busca de otro que la pudiera mantener; su única preocupación era sentirse a buen recaudo, en vista de que en breve serían desahuciadas del techo bajo el que se cobijaban. Había traicionado la memoria del conde y aceptado de buen grado a Albert, un personaje vil y rastroso que, aparte de robarles la fortuna, era capaz de clavar una espada en el corazón de su amigo. Pensó en los años que habían compartido sus alegrías y sus miserias, y cómo Kellogg se había transformado en uno más de la familia, había bebido y comido en la mesa del conde, reído sus chistes, agasajado a sus invitados... Ahora entendía su carácter taciturno, su mirada escurridiza, y cómo los años de rencor por no poder tener

el amor de Caroline lo habían mudado en un ser amargado y sin futuro. ¿Qué es lo que pudo cambiar para que el destino se confabulara contra Sebastian Seabrook? ¿Era tan poderoso ese diamante azul que otorgaba la fuerza de erigirse contra las leyes de la naturaleza? Odió el brillante por ser la causa de una muerte sin sentido, y se odió a sí misma por ese anhelo que la invadía, esa ansia de venganza que no se podía llevar a cabo sin la joya maldita. Se impuso mantener la cordura, no desfallecer ante cualquier obstáculo y seguir con ayuda de Elric o sin ella. Otro embustero al que tenía ganas de encontrarse para echarle en cara sus infames negocios. Pero lo que más le aterraba era no volver a verlo, no poder gritar su nombre, y que se convirtiera en un recuerdo más hasta perderse en el olvido.

June se escabulló sin ser vista hasta su habitación. Había acechado a su madre como si no confiara en ella, y eso era lo que sucedía. No podía permitir que el legado del conde se diluyera, por eso hablaría con Caroline, intentaría que despertara de su aletargamiento y que cumpliera con el papel que la vida le había impuesto: ser una viuda. El eterno luto de la duquesa de Arundell ya no le pareció tan absurdo.

\*\*\*

El entierro se produjo durante el quinto día y, como era costumbre, las mujeres no pudieron asistir.

Los cuatro caballos negros engalanados por plumas en la cabeza estaban listos y anclados al carruaje, a la espera de que el féretro saliera del domicilio del difunto llevado a hombros por sus fieles amigos. Aguardaban la asistencia de un momento a otro del futuro duque de Arundell, sin embargo, la duquesa viuda lo desmintió a su llegada. Seguida de su hija Leonor, ambas corrieron a dar el pésame a Caroline. Philipa examinó la indumentaria de la reciente viuda y no pudo resistirse a realizar una de sus observaciones. June pasó por alto tal comportamiento, ya que estaba más pendiente de Frederick y Albert; no le gustaba que ellos pudieran despedirse por última vez de su padre, mientras que ella, en cambio, se quedaba en casa, rodeada de plañideras.

El rostro de su padre había sido maquillado, peinado y acicalado como era debido, vestía su mejor traje y su presencia todavía se notaba. El vello del brazo de June se erizó al comprender que la esencia del conde ya no habitaba en aquella masa compuesta de carne y huesos, y, aun así, parecía latente en la estancia y observaba cada uno de los gestos de sus allegados, anotaba los lloros y los rezos para luego rendir cuentas. Si fuera un poco más creyente, habría orado toda la noche como su hermana con la esperanza de ver o sentir su espíritu.

El fuego se había convertido en su aliado, y ya no se preguntaba si estaba bien disfrutar de los rayos de sol que entraban en su alcoba por las mañanas, ni del frescor del agua al caer por su espalda cuando lavaba su pelo. La sed de venganza era la fuerza que la ataba al mundo y resultaba mucho menos dolorosa que la propia desdicha.

Fue incapaz de acariciar su rostro, como hizo Libby, destrozada por los llantos. Su hermana sostenía en su mano una rosa que depositó dentro del ataúd y le ofreció otra para que la imitara,



pero June retrocedió. ¿Cómo podía ser tan temerosa de una simple flor? Sentir cualquier emoción que no fuera rabia le daba pánico. No quería perder la perspectiva ni tampoco desmoronarse y compartir su debilidad; si se descomponía, tardaría siglos en volver a juntar los pedazos de su alma, y no tenía tanto tiempo. Pensó en algo que pudiera ofrecer a su padre sin variar el destino que se había autoimpuesto, y se acordó de su última conversación. Antes de que se llevaran el cuerpo, atravesó la sala como un vendaval y colocó el cofre de madera de la abuela Adela entre los dedos del difunto.

—¿Qué haces? ¿Estás loca? —Libby la regañó entre dientes.

—Es la caja de música de su madre, me la dio el día de su muerte, creo que tiene más derecho a tenerla que yo.

—Si al menos tuviera rubíes... —Se quejó la viuda de Arundell.

—¿Para que los necesita en el más allá? —Se encaró June. Nadie conocía tan bien como ella la historia de esa caja que había viajado de España a Inglaterra entre los bártulos de su abuela mientras se escondía de polizón en un barco de mercancías. Había permanecido a lado de la familia mucho antes de que Sebastian naciera, era parte de su historia, y era justo que terminara el viaje entre sus brazos. Una forma de cerrar el círculo, de estar un poco más cerca de su madre, la tan querida Adela. Si fuera un poco más creyente, pensaría que los dos estaban en el cielo, felices de volver a encontrarse, orgullosos de contemplar cómo June preparaba su venganza.

Las dos huérfanas cerraron el féretro y asintieron para que se lo llevaran. Un último recorrido para decirle adiós que les estaba prohibido, solo por ser hijas, y no hijos, del conde.

Las hermanas corrieron hacia la ventana, contemplaron el coche de caballos que avanzaba despacio seguido de una hilera de amigos y compañeros. Algunos rezaban, otros estrujaban sus sombreros, nerviosos. Caminaban en silencio, y June deseó haber nacido varón para formar parte de la comitiva. Mostrar el respeto que se merecía su padre y escoltarlo en el último viaje de su vida hasta el mausoleo familiar situado en Yellow House, en Belford.

## Capítulo 7

La mañana del sexto día, cuando June bajó a desayunar, encontró que las sábanas se habían retirado; las llamas de los cirios, apagadas, y la mesa que había servido para que el conde pudiera ser velado era transportada por dos lacayos hacia el patio. En su lugar, otra de madera oscura con las patas talladas en relieve ocupaba el centro de la estancia y, a la vista, un espléndido bufet con bollos recién horneados, fruta y hasta una fuente de chocolate. June miró desconcertada a su alrededor y pudo observar el regocijo de Albert mientras, sentado a la cabecera, untaba mantequilla en una tostada; Caroline a su lado y Libby en el otro extremo, las dos ocupadas en comer tan deliciosos manjares como si su padre todavía estuviera vivo y en cualquier momento entrara por la puerta.

La molesta quemazón que se había instalado de manera perenne pasó a convertirse en una hoguera que ardía sin control. Contó hasta diez y entró en escena.

—Buenos días, ¿qué es lo que se celebra?

—No seas cínica, June —contestó su madre mientras masticaba un trozo de pastel de manzana—. Tu tío ha querido tener un detalle con nosotras.

—No sé por qué te empeñas en emparentarlo con la familia si todos sabemos que es hijo de un sirviente. —Despreciarlo era un acto que no la llevaría a ningún lugar, pero al menos aliviaba un poco su carga.

—Abogado —corrigió Albert sin levantar los ojos de su tostada.

—Que trabaja para nosotros.

—¡Hija, sé un poco más amable! —exclamó su madre.

—Déjala. —La calmó Kellogg; a June se le revolvieron las tripas—. Está enfadada por la muerte de su padre.

—No es necesario ser tan mal educada —volvió a recriminar Caroline.

—Al menos tengo conciencia —concluyó June, altanera.

La condesa dejó los cubiertos que había utilizado para partir el pastel. El eco del metal fue todo lo que se oyó durante los segundos en que madre e hija se retaron en silencio.

—¿Crees que no lo echo de menos? ¿Por qué? ¿Por seguir viva? ¿Por alimentarme?

—No eres del todo justa, jovencita —se apresuró a interrumpir el abogado mientras se secaba los labios manchados de chocolate—. Tu madre, durante cuatro días, no ha dormido, comido ni

bebido casi nada, ha sido Libby quien se ha ocupado de que no muriera de inanición, ¿y qué es lo que has hecho tú?

June permaneció de pie, no quería sentarse a la misma mesa que un asesino, y mucho menos hacerle creer que podía convertirse en el señor de la casa.

—Pagar el entierro.

—¡No seas tonta! —chilló Caroline en un tono demasiado agudo—. De eso se ha encargado Albert, es el albacea del testamento de tu padre y el que gestiona el dinero de la familia.

La primogénita del conde se apoyó en el respaldo de la silla.

—Díselo —exigió mientras Kellogg bebía jugo de naranja—. ¡Díselo! —gritó colérica hacia el asesino.

Libby, que había escuchado paciente sentada en su rincón, carraspeó.

—Tal vez se trate de un error, pero estos días a duras penas hemos podido pagar la comida. Mi hermana ha tenido que ingeniárselas para que no faltara de nada...

—Eso no es cierto —sentenció su madre.

—Algunos de los comerciantes nos han fiado, pero otros no han querido arriesgarse —continuó June. Caroline irguió los hombros y alisó los volantes de la manga de su vestido plateado—. He tenido que vender el broche de la abuela, mamá.

La condesa se frotó la frente.

—No me encuentro bien, si me disculpáis... —Arrastró la silla y, con paso firme, se dirigió a su alcoba.

—¡No vas a poder huir de los problemas para siempre! —vociferó June.

Lady Caroline se detuvo en seco.

—¡Basta! Albert se encargará de todo. Por favor, querido, ilumina a mis hijas sobre el gran amor que su padre tenía por ellas. —La condesa viuda de Belford ironizó por última vez antes de huir del comedor.

—Siéntate, June —ordenó Kellogg cuando quedaron las hermanas y él a solas.

—Estoy bien así.

—Siéntate —masculló el abogado entre dientes.

Libby miró suplicante a su hermana.

—Está bien, pero no comeré nada.

Con una indicación de Albert a los sirvientes, estos se apresuraron a retirar todos los cubiertos, platos, vasos y bandejas de la mesa. El señor Kellogg cruzó las manos, parecía divertido, aunque intentaba ocultarlo.

—A partir de ahora os dirigiréis a mí con respeto, yo soy quien negará o bien aceptará vuestros caprichos.

—¿Como comida o ropa limpia? —respondió, cínica, June.

—¡Silencio! No tenéis casa, dinero, nada, por lo tanto os recomiendo que seáis más dóciles.

—Todavía falta leer el testamento de papá, seguro que nos ha dejado alguna asignación —

comentó esperanzada la pequeña de los Belford.

—Pobre Libby, las propiedades van a ir a parar a vuestro primo segundo, que no tardará en llegar junto a su esposa y sus hijos. Solo dos semanas y comprenderás a cuánto ascienden las deudas de tu padre. Por suerte, el nuevo conde de Belford ha accedido a hacerse cargo.

—No tenía más remedio. —June, disgustada, se mantuvo a la espera de otra trampa urdida por ese bellaco. Era capaz de sostener una conversación con el asesino de su padre, y eso la confundía; sin embargo, sabía que no podía mostrarse más reacia de lo que estaba ante su figura de autoridad sin descubrirse. Acusarlo ahora no tenía sentido, debía esperar. Le dolían los ojos de tanto aguantar las lágrimas, no por él, sino por su madre, que se había desentendido de ellas. No tenían suficiente con su situación que, además, debían rendir cuentas ante Kellogg.

Albert no hizo caso de la interrupción.

—En cambio, la nueva lady Belford no es tan comprensiva y os quiere fuera antes de su llegada.

—¿Cómo puede echarnos de nuestro propio hogar? —se escandalizó Libby.

—Tengo que mirar por los intereses de mi cliente.

—¿Te has pasado al otro bando, Albert? ¿Qué dirá mi madre al enterarse? —June le imitó y torció la comisura de los labios.

—Ella ya conoce todos los detalles. Vuestro padre dejó dos mil libras a cada una de sus hijas para que les fueran entregadas como regalo de boda. El juego y las malas inversiones actuaron en su contra, y ha sido de nuevo vuestro primo quien ha accedido a pagar una dote simbólica que, por supuesto, no asciende a tan generosa cantidad, pero sí alcanza para que al menos encontréis un partido decente.

—¿Y de qué viviremos mientras tanto? —No pensaba dejarle pasar ni una.

—Vuestra madre y yo tenemos varias propuestas de matrimonio.

—Supongo que te será difícil engatusar a algún noble que quiera casarse conmigo —malmetió June.

—No creas, de momento solo el barón de Avely me ha hablado de sus intenciones de contraer matrimonio con una Belford.

—¿Con ese indeseable?! Madre no consentirá que Libby se comprometa con él.

—En realidad, la proposición es para ti, June. Vendrá a cenar esta noche. Te sugiero que te pongas bien guapa.

\*\*\*

June entró, furiosa, en la habitación de su madre y con sus gritos y ademanes alertó a toda la casa. Poco le importaba que su situación pasara a ser de dominio público, se sentía traicionada y necesitaba desahogarse, expresar su angustia. ¿Cómo se le había ocurrido un pretendiente tan desastroso como Frederick Freeman? No hacía mucho, las tres se burlaban de él y de su insípido

bigote.

—¿Cómo puedes dejar a Albert a cargo de todo? No es de la familia, y no tiene ningún derecho...

—June, querida...

—Ahora me miras a los ojos y pronuncias mi nombre. ¿Por qué no lo has hecho abajo cuando ese rufián se ha apoderado de mi destino?

Caroline, sentada en una de las butacas delante de la ventana, sostenía un libro. Lo cerró, serena, y señaló el otro sillón de tonos verdes y dorados, para que su hija se acomodase.

—Estoy bien así. —June se calmó. Ya no le apetecía gritar, hasta le dolía la garganta de tanto forzar la voz. Siempre había sido audaz y había desobedecido en varias ocasiones las órdenes de sus padres, pero nunca se había expresado de una manera tan grosera. Ciertamente que su madre y ella no habían compartido tardes de charla o modestas pruebas de ternura entre ambas, como con Libby. Aunque tampoco culpaba a nadie por esa desavenencia; tan solo optó por asumir su rol y jamás creyó que su progenitora la pudiera odiar tanto como para entregarla al primer hombre que se cruzara en su camino.

Caroline arrastró por el suelo el tafetán plateado de su vestido y se dirigió a su tocador, de un cajón sacó un sobre amarillento lacrado con el escudo de los Belford.

—Era de tu padre, la escribí hará unos meses, cuando nos enteramos de su enfermedad.

June tardó unos segundos en abrirlo, sin poder creer que el conde se hubiera podido concentrar en esos pequeños detalles cuando le acababan de dar tan malas noticias sobre el tiempo que le quedaba de vida.

Caroline acarició su pelo.

—No tengas miedo.

Como si esa frase fuera un rayo que hubiera caído en medio de su alma, June alzó la cabeza y contempló a su madre con una nueva emoción. Como si fuera una extraña, como si el tacto de su mano, su voz, no fueran los de su madre, sino los de una desconocida. Así había sido todos esos años. Rasgó el sobre y abrió la carta plegada en cuatro partes.

*Mi pequeña June,*

*No sé por dónde empezar y desconozco si estas palabras tranquilizarán tu corazón tras mi muerte. Tal vez no sean más que tonterías de un viejo que desea irse con la conciencia tranquila.*

*¿Por qué te escribo solo a ti? Para no entristecer más a tu pobre madre y a tu hermana, que estarán más perdidas y a la espera de que alguien las oriente.*

*Por eso recurro a mi talismán: no las dejes a la deriva y cuida de que no se lastimen con los falsos admiradores.*

*Estoy convencido de que Caroline encontrará un marido adecuado para cada una, pero recuerda que siempre serás tú la que tenga la última palabra.*

*La libertad de la que tanto hemos hablado durante nuestras charlas a la luz de las velas y bajo los poemas de Byron no son más que sueños utópicos. Aférrate a la realidad y complácese a tu padre, cástate con un buen hombre, solo de esta manera vivirás siempre feliz, al cuidado de tu hogar y tus hijos.*

*No debes sorprenderte por lo que expongo en mi testamento, ya que es una manera de asegurarme de que estaréis bien atendidas bajo la tutela de un buen marido que os ayudará a gestionar el dinero de manera adecuada, sin gastarlo en superfluas ostentosas.*

*La vida nunca transcurre como uno se la imagina, por eso no es mi intención retenerte ni tampoco amargarte con mi disposición de matrimonio, solo que en esta sociedad necesitas que las ventanas se abran, y solo podrás conseguirlo si eres una mujer casada.*

*Por último, me gustaría que le hablaras a Libby de cuánto os he querido a las dos, y a Caroline... que siempre la he amado y que siento que no nos hayamos entendido del todo bien.*

*Siento mi temprana partida, espero de veras que me perdones.*

*Papá.*

Las lágrimas cayeron una tras otra, y June se restregó los ojos en varias ocasiones sin posibilidad de retenerlas. Se había jurado a sí misma no llorar, mantenerse fuerte, pero desde la primera gota que manchó de tinta el papel supo que sería inútil pensar en algo distinto que no fueran las últimas palabras de su padre. En lugar de aliviarla, la asfixiaron todavía más. Esa falta de aire que a veces sentía ante su ausencia se manifestaba con mayor énfasis al sostener esa carta que le hablaba de matrimonio, pactos y esclavitud. No había otra palabra. La habían vendido.

—No entiendo por qué me la muestras ahora. ¿Quieres que crea que entregarme a Frederick era su plan?

—¡No, claro que no! Pero no tienes otra opción. Necesitas el dinero.

—Querrás decir «necesitamos».

—Eres mucho más ingenua de lo que creía.

—¡Y ahora me insultas!

—No evalúas de manera adecuada la situación. Nuestra familia no está en peligro; tú, sí.

—¿Qué quieres decir?

—Te ayudo a sobrevivir.

—¿Ofreciéndome al peor postor? —El horror en los ojos de June fue tan evidente que Caroline avanzó unos pasos hacia ella con la intención de consolarla.

—No, mi niña, al único.

—No entiendo cómo casarme con Frederick puede salvarnos. —June no hizo ningún movimiento. Conocía demasiado bien a su madre como para saber que no se acercaría más de lo necesario.

—Libby puede encontrar marido cuando quiera, su problema es elegir con quién se queda. Yo tengo a Albert, que cuida de mí y que me adora con devoción. Pero tú, mi querida June, no tienes a nadie.

Lo que más le apetecía era escupirle en la cara al recordar lo sumisa y complaciente que había sido con Albert. Estuvo tentada de confesarle su secreto, pero prefirió no atormentarla a pesar de la frialdad con la que parecía enfrentar la muerte de su esposo.

—Me tengo a mí misma, puedo trabajar por mi cuenta.

—¿Cocinar como Alice, que tiene veinte años de experiencia, labrar un campo...?

—Seré institutriz.

Caroline levantó una ceja, esa mirada cínica era su modo de expresar su disconformidad. Desde que June era niña, cada vez que algo la disgustaba, siempre levantaba una ceja, la derecha, y se

dibujaba un arco en su ojo que lo estilizaba. No perdía su atractivo por muchas veces que lo usara; pero a ella le sabía a madera y clavos.

—¡Deja que te ayude! —exclamó Caroline—. Si Frederick no es de tu agrado buscaremos a otro, pero no tenemos mucho tiempo. De momento, no pongas impedimentos a los deseos de Albert, y yo me encargaré del resto.

Se oyeron los gritos de Libby, que llamaba a su madre y a su hermana. Las dos corrieron hacia el estruendo que procedía de la cocina, donde encontraron a Kellogg luchando con Alice.

—¡Basta! —chilló Caroline—. ¿Qué es lo que sucede?

—Albert ha registrado nuestras habitaciones, ha cogido todas las joyas y las ha guardado con llave en la despensa —esclareció Libby.

La condesa alzó la barbilla. June creyó que había llegado el momento de ver estallar a su madre; la osadía de su tío había llegado demasiado lejos. Mas las dos hermanas quedaron perplejas al verla respirar, relajada.

—Creo que es una excelente idea, no podemos dejar que June venda las joyas de la familia. Yo misma le entregaré las mías al señor Kellogg para que las custodie.

El rostro de Albert, que había permanecido en tensión, se iluminó, y hasta su tez amarillenta tomó en segundos un tono entre el ámbar y el rosado.

June no tuvo más remedio que reconocer que su madre, con aquel gesto, se había ganado la confianza del abogado. Tal vez no era tan descabellada la idea de esperar a que Caroline lo manipulara hasta el extremo de verlo convertido en una simple marioneta.

Aunque había algo que le carcomía por dentro: ella era la única que conocía al verdadero Albert Kellogg y sabía lo cruel e insensible que podía llegar a ser, por lo tanto, ¿quién podía poner en duda que no traicionaría también a su madre y el amor que parecía sentir por ella?

## Capítulo 8

Los invitados llegaron, y June todavía no había decidido qué ponerse. Quería estar lo menos atractiva posible para que Frederick dejara de desearla. Al fin, eligió un traje de luto, el menos favorecedor, cubierto por encaje negro en el escote, magas lisas y carente de lazos.

Se miró en el espejo y comprendió su error, ya que su cara de porcelana resaltaba incluso más ante tanta escasez de adornos, y dejaba al descubierto sus grandes ojos, su nariz alargada y sus labios carnosos. No había forma de tapar el cuello de cisne que su padre había vanagloriado en tantas ocasiones, era el cuello de los Belford, el que había heredado de su abuela.

Bajó las escaleras. Su pie se deslizaba, despacio, por el suelo, como si intentara evitar el momento de encontrarse cara a cara con el barón de Avely; estaba dispuesta a ser una mujer refinada y rechazarlo lo más suave posible.

En el vestíbulo esperaba lady Priscilla, la mejor amiga de Libby, una joven de diecinueve años vestida de verde manzana y un gran escote en forma de pico que no dejaba nada a la imaginación. Llevaba un recogido tan alto que la diadema de rubíes casi no se sostenía; June temió que en cualquier momento una de esas piedras cayera encima de algún invitado. De su brazo, se esforzaba en mantenerse erguido su esposo, el señor Abranson, de sesenta y siete años. Era de baja estatura, y su bigote frondoso y blanco mitigaba la carencia de una melena.

—¡Lady June! —El señor Abranson, banquero de profesión, besó su mano—. Reciba mis más sinceras condolencias por la muerte de su padre.

June se inclinó.

—Le estamos muy agradecidas por la corona de flores.

—¿Recibisteis mi bandeja de frutas? —chilló por encima del hombre lady Priscilla.

—Sí, milady —pronunció June, ofendida.

—Pensé que en vuestra situación era preferible enviar comida a otro ramo de flores.

La mayor de los Belford apretó los dientes, y Libby salió de la nada para llevarse a su amiga hacia el salón. June quedó a solas con el banquero.

—Disculpe a mi mujer, nunca ha sido muy delicada, aunque a su favor puedo decir que es muy ingenua.

—Y joven también.

El estupor del señor Abranson fue evidente. Caroline llegó justo a tiempo para darle la



bienvenida y distraerlo.

June vio cómo Frederick conversaba junto a la chimenea con Albert y frunció el ceño, parecían conocerse demasiado bien esos dos. Para su alivio, esta vez no había sido invitado Daniel Banister, así que no tendría que lidiar con sus incansables pullas.

Estaba indecisa, no sabía si saludarlos y quedar como una sumisa y obediente sobrina, cuando llegaron más invitados.

La viuda de Arundell entró refunfuñando.

—Hace un frío de mil demonios, no entiendo cómo no pueden encargarse a un lacayo que nos ayude a entrar en casa.

—¡Mamá! ¡¿o querrás que te cojan en brazos hasta la entrada?!

—¿Por qué no? En mis tiempos no hubieran permitido que alguien de mi posición se ensuciara de barro los zapatos.

June dio un respingo, no por las palabras de la viuda, sino porque tras ella lo más probable era que estuviera Elric. Estiró el cuello; allí no había nadie más, excepto Leonor, la insulsa hija de la viuda.

—Si buscas a mi sobrino, se reunirá con nosotras más tarde, ha tenido un contratiempo familiar.

—¡Espero que no sea nada importante! —Caroline se acercó, tendiéndole una copa de *champagne*.

—No, querida, solo uno de sus tantos deberes. Creo que es uno de los hombres más responsables que he conocido, ¿no te exaspera?

—Depende de a quién y qué prometa —estalló June, nerviosa. El futuro duque de Arundell y ella tenían un trato que este no había cumplido, por lo que esas palabras la exacerbaron. Todos se echaron a reír; June se retorció las manos sin poder parar de pensar en aquellos asuntos familiares, ya que Elric era huérfano.

Libby se percató de su enojo.

—No te preocupes tanto, mientras yo esté aquí, Frederick no te hará ningún daño.

June sonrió.

—No quisiera ofenderte, pero creo que Freeman podría hasta con tres muchachas como nosotras.

—No pienses en la fuerza bruta y deja que actúe el ingenio.

—¿De qué hablas? —No le gustaba cuando su hermana intentaba poner en marcha alguna de sus descabelladas ideas. Siempre lo hacía para llamar la atención, pero esta vez temía que se metiera en asuntos más turbios.

\*\*\*

La mesa ya estaba dispuesta para todos los recién llegados y para los que todavía no lo habían hecho. El mismo número de mujeres que de hombres, como así lo estipulaba el protocolo, hasta el

párroco había sido invitado como pareja de la duquesa viuda; los platos de borde dorado, similares a las copas de cristal de Bohemia, y los centros de flores, de una blancura extraordinaria, pasaban a formar parte de un gran conjunto armonioso, como si de una obra de arte se tratara.

June decidida como estaba a no hacer un drama por sentarse al lado del libidinoso Frederick, vio cómo su hermana se le adelantaba y ocupaba la silla que iba destinada a ella. Cada uno de los comensales se acomodaron tal y como lo había decidido Libby, dispuesta a tener el mando de la situación, algo que disgustó a Caroline, como pudo advertir June. Esta tomó asiento al lado de una silla vacía que correspondía, sin duda, al ausente duque de Arundell.

June miró perpleja a su hermana, que le sonrió con inocencia. ¡Se había sacrificado por ella! Estaba claro, por cómo su madre se había enojado e intentado cambiarla de sitio, cuál era su propósito: juntar a Elric con Libby. Eso la enervó todavía más, y se juró a sí misma que, aunque nunca había comprendido el arte de la coquetería, no haría otra cosa que ponerle ojitos al futuro duque una vez apareciese por la puerta. Pero nada de eso sucedió. Extrañada, se fijó en cómo Alice asomaba la cabeza, tímida.

La mujer servía a la familia desde mucho antes de que June y Libby nacieran, antes incluso de que Caroline hechizara a Sebastian Seabrook. Ocupaba el puesto de cocinera, de doncella, y poco le faltaba para ser también lacayo. Era evidente desde hacía meses que el conde de Belford no podía mantener la mansión en Londres ni sus criados, por lo que muchos de ellos abandonaron y otros fueron despedidos. Alice, junto a Ian, el cochero, era la única superviviente. La hacienda en Belford corría la misma suerte y, si bien podrían abastecerse solos durante una temporada, era necesario que el nuevo conde tomara las riendas en aquel caos que Albert Kellogg había provocado tras sus malas decisiones económicas.

A Alice nunca le había gustado Caroline, su debilidad siempre había sido June. Esta conocía la aversión de la sirvienta por mezclarse con la aristocracia, por lo que intuyó que su visita al piso superior no traía nada halagüeño. Ian casi la tira al suelo al servir el cordero asado, que los invitados aplaudieron. Las mejillas de la criada se tiñeron de rojo.

—Si me disculpan —June se dirigió hacia Alice, contrariada por su presencia.—, debo atender un asunto en la cocina.

Los caballeros se levantaron ante su repentina marcha, mientras la mayor de las Belford tranquilizaba a su madre colocándole una mano en el hombro.

—Yo me encargo —le susurró al oído.

Alice guio a June hasta la cocina. Por lo que le contó durante el trayecto, el futuro duque de Arundell había accedido a las estancias de los sirvientes con una niña y ahora los dos peleaban. June bajó las escaleras sin apenas respirar. Elric alzaba la voz e injuriaba a la misma joven que se había enfrentado a un grupo de delincuentes para salvarla a ella hacía pocos días. No podía consentir que utilizara a esa muchacha, y mucho menos en su propia casa.

—¡Ya es suficiente! —dijo en un tono alto y, al mismo tiempo, autoritario.

Alice se escondió tras las faldas de June, que era un poco más alta que la media de las mujeres en Londres, aunque nadie lo diría en presencia de Elric, cuyo semblante ofuscado y sus anchos hombros parecían ocupar gran parte de la estancia. La penumbra que rodeaba la cocina magnificaba la situación. La adolescente intentó taparse el rostro con la capucha, como si se avergonzara.

Elric se calló al verla. Señaló de manera cortés a su acompañante.

—Lady June, siento haberla molestado, le presento a...

—¡Sé muy bien quién es! Lo que no entiendo es qué hace usted aquí.

Alice decidió salir de su escondrijo y encender las velas de un candelabro para quitarle dramatismo a la escena que tenía lugar en su cocina. Enseguida dispuso agua para calentar.

—Esta pequeña mentirosa a... —volvió a gritar Elric, colérico.

—¿Cómo te atreves? —June estaba sofocada, alterada, pero lo que más rabia le producía era sentir esa decepción. De verdad había creído en las palabras de ese granuja cuando le propuso ser socios. Estaba claro que había sobrevalorado sus cualidades: no era más que un ratero con ansias de bufón de la corte que retenía a inocentes contra su voluntad—. Podrás engañarlas a todas, pero no a mí, eres un rufián que utiliza a las menores en beneficio propio. —La pequeña dio un paso hacia atrás. — Ven conmigo, no tengas miedo. Yo te ayudaré.

Elric se quitó el sombrero y se deshizo de la capa.

—¿De verdad piensas eso de mí?

June sintió frío al contemplar su ojos verdes.

—Todas las señales son claras y precisas. No hay nada que me haya hecho creer lo contrario.

Elric se acercó a unos milímetros del rostro de June, que no se amilanó en ningún momento. Sintió su aliento a coñac y madera vieja, que le erizó la nuca. El silbido de la tetera hirviendo le infundió las energías para batallar contra aquella injusticia. No sabía lo que había hecho la pobre criatura, pero estaba segura de que nada era tan diabólico como para arrastrarla hasta allí, atemorizarla y amenazarla, lo más probable que por no cumplir con sus maquiavélicas órdenes.

—Milady —dijo la niña en un hilo de voz—, usted no lo entiende...

—Déjalo, Isabella —ordenó Elric—, no me importa. Vámonos.

—Yo misma me haré cargo de ella, puede reunirse para la cena, los demás le esperan.

—No quisiera molestarla más de lo debido, lady June. Isabella, levántate.

—Estoy bien aquí —contestó la adolescente mientras bebía.

—¡Isabella! Estás acabando con mi paciencia.

—Yo puedo vigilarla —se apresuró a decir Alice y colocó otra taza de té delante de la muchacha—. Lady June debe atender a sus invitados.

Elric miró por un instante a la niña, que se encogió de hombros, y marchó furioso, a grandes zancadas, hasta el comedor de los Belford.

—¿Quieres más té? —preguntó June con la mirada perdida. Se entristeció al comprobar que Elric era todo lo que su interior negaba. Creía que había visto algo noble en su persona y solo era

pura fantasía. ¿Cómo había podido hacer un trato con él? Y, sobre todo, ¿cómo había podido *besarlo*?

—Usted no lo entiende... —volvió a repetir la pequeña, más recuperada. Había dejado de temblar.

—Te ha utilizado para que robes y luches en su nombre, como un vulgar proxeneta. Pero todo esto ya se ha acabado. —Quería abrazarla, decirle que estaba segura, que nadie nunca más le haría daño. Pero, en lugar de eso, sorbió de su té.

—No, milady, él me ha sacado de las calles.

—¿A qué te refieres? —June pestañeó varias veces seguidas, más de lo necesario.

—Elric es mi padrino y mi tutor. Quiere que viva con él en esa mansión con esa horrible mujer.

—¿Lady Philipa?

—Quiere que me vista y hable como una dama, cuando nunca lo he sido... Por eso me he escapado, y Elric...

—Te ha encontrado para llevarte de nuevo a casa. —June se restregó la cara—. Que estúpida he sido.

Alice se santiguó y rezó en silencio. June necesitaba distraerse y no caer en la tentación de abofetear a aquella adolescente. Aun así, se turbó por desear susurrarle palabras de ánimo, mostrarle que existían otros caminos diferentes al odio, que se podía llorar sin sentirse débil, que se podía dormir sin tener la misma pesadilla una y otra vez. Algún día, ella misma cerraría los ojos y ya no vería a su padre bañado en sangre, retorcido de dolor. Dejó de pestañear. Se dio cuenta de que se sentía reflejada en esa muchacha, que quería salvarla para salvarse a sí misma.

—Esa no es mi casa.

—¿Prefieres pelear por cada trozo de pan que encuentres que alojada en una casa confortable donde te quieren?

—Nadie me quiere allí.

—Entonces ¿por qué Elric ha ido a buscarte? —Le debía una disculpa. Sonrió al sentirse menos afligida, el peso que se había instalado sobre sus hombros parecía más llevadero. Ya era posible volver a pensar en su venganza; con la ayuda de Elric encontrarían el diamante azul. Solo alguien con sus contactos en el bajo estrato podría conseguir alguna pista.

—No es tan bueno como parece.

—¿Te obliga a casarte por dinero?

—¡No! —se aturdió Isabella.

—Entonces, estás de suerte. Hace cinco días que mi padre ha muerto y me obligan a desposarme.

—Solo tengo doce años.

—La edad perfecta para empezar a engendrar. Arriba puedo presentarte a algún vejestorio con el que hacer fortuna.

—¿Qué es lo que pretende, milady?

June añoraba la inocencia, la esperanza que se sentía cuando la realidad todavía no había vencido, la belleza de los ojos con los que se miraba al futuro, la impaciencia por un eterno presente que no desaparecía. Cuántas veces había deseado ser mayor para poder liberarse de la disciplina de su madre y, sin embargo, en esos momentos lo único que anhelaba era retrasar los minutos de un reloj inexistente para no tener que enfrentarse a Frederick Freeman a punto de convertirse en su dueño.

—Tienes suerte de que Elric se preocupe por ti. Y ahora bebe el té, tengo una cena a la que asistir.

—Lady June, él nunca me obligó a robar, solo es un poco pesado y protector.

—Hazme un favor, Isabella. No te escapes esta noche. Que mi casa no se convierta en el escenario de una desaparición.

\*\*\*

June respiró antes de entrar en el salón. La cena había sido un éxito, ya que los comensales ya iban por el segundo plato, y ella se había perdido toda una declaración de principios por parte de su falso tío Albert Kellogg. Los hombres se levantaron al verla, y June bordeó las sillas hasta llegar a la suya junto a Elric

—Sé lo que ha pasado. Y siento la confusión —susurró, pero el duque no contestó y dirigió su atención a lady Priscilla, que estaba a su derecha. —He sido una estúpida al pensar eso de ti. Perdóname. —Sin pensar, colocó una mano sobre su pierna. Elric se giró hacia ella.

—¿Sería tan amable, lady June, de acercarme la salsa de arándanos?

—¿Cuántas veces tendré que pedir perdón para que me hables? —volvió a insistir, desesperada.

—Nunca serán suficientes. Y menos ahora que sé que vas a casarte. —Elric retiró la pierna, los dedos de June resbalaron inertes—. ¡Debo felicitarla, lady June, por su inminente boda! —alzó la voz al mismo tiempo que elevaba la copa de vino y desafiaba con la mirada a Frederick.

—Sí, querida, he estropeado la sorpresa, no podía esperar más. —El barón de Avely se atusó el bigote satisfecho.

—¡Si ni siquiera me lo ha pedido! —Su mente quedó en blanco. Una de sus virtudes era tener siempre la última palabra, se consideraba audaz y rápida en sus decisiones, pero esta vez no le habían dado la oportunidad de expresarse. ¿Cómo podía rechazar a Frederick si habían aprovechado su ausencia para proclamarlo?

—Pero a mí sí. —La voz de Albert flotó en el aire—. Con el consentimiento de tu madre, por supuesto.

Todos los comensales alzaron sus copas para felicitar a la pareja.

—Te juro que no tenía ni idea —volvió a murmurar June. Estaba más interesada en demostrar a Elric su inocencia que en el verdadero problema: la habían prometido sin su consentimiento y

nadie esperaba ninguna respuesta por parte de la futura consorte. ¿Tendría razón su madre y no existía otra salida que convertirse en baronesa?

—Calla —dijo Elric y mostró todos los dientes—, al final sospecharán algo que no es.

—Pero sí lo es.

Elric la examinó, curioso.

—Ilumíname.

June pudo distinguir puntitos dorados que rodeaban ese verde tan profundo.

—Tenemos un trato.

—Déjame en paz, no puedo permitirme ningún altercado.

Las últimas palabras de Glover no la afectaron tanto como esperaba, todo lo que sucedía era ya de por sí una desvergüenza. Entendía que convertirse en duque también acarreaba algunas responsabilidades, pero le restaba valor a su figura como socio. Si no estaba dispuesto a arriesgarse, ¿de qué le servía? Y lo más incomprensible, ¿por qué necesitaba ahuyentar la sombra de un matrimonio inminente cuando hablaba con él? Tanto si se convertía o no en la próxima baronesa de Avely, nada debería inmiscuirse en su plan de venganza, y mucho menos en la búsqueda del diamante.

—¿Y se puede saber quién es usted? —preguntó la duquesa viuda a Albert.

June abrió la boca para contestar, pero su madre se le adelantó.

—Es un buen amigo de la familia.

June intentó hablar; pero Libby no se lo permitió.

—Nos ayuda en estas lamentables circunstancias.

—Me gusta su vestido, lady Caroline —expresó la hija de la duquesa—, ese negro le favorece.

La mayoría de los invitados habían optado por ese color a sabiendas de que iban a cenar a una casa donde reinaba el luto.

—Yo no sé si podría soportarlo —se dirigió lady Priscilla a su esposo—, ¿verdad que a ti te daría igual, amorcito, si vistiera con otros tonos?

—Querida, estaría muerto.

—El negro es el único color que una viuda puede llevar, ¿qué opina usted, lord Albert? —volvió a hablar la duquesa.

June no lo pudo resistir.

—Es Albert Kellogg, no ostenta otro título que el de nuestro abogado.

—¿Cómo lady Caroline deja que un plebeyo se siente a su mesa? —Lady Philipa restregó sus dedos en una servilleta manchada, como si no ser aristócrata fuera contagioso.

—Como ya le dije, es un amigo de la familia.

—¡Por favor, mamá! —exclamó Leonor—. Estamos en el siglo XIX y se viven otros tiempos.

—Creo que mañana lloverá... —habló el párroco, decidido a cortar la conversación—, dicen que va a hacer más frío.

Albert irguió los hombros, intentó alzarse para resultar más alto.

—Permítame contestar a la duquesa de Arundell: en ausencia del nuevo conde, soy el que ostenta el grado más alto en esta casa, el que guarda el fideicomiso de estas damas, por lo tanto, el que tiene el destino de la familia en sus manos. Además, mi corazón está unido a lady Caroline, y esperaré lo que haga falta hasta que su dolor se diluya.

La viuda agrandó los ojos.

—Un caballero nunca pone en entredicho el honor de una dama como usted acaba de hacer. Aunque he de reconocer que esta cena ha sido una buena idea para reunir a sus más allegados y escarbar un poco en sus bolsas.

—¡Mamá! —Le recriminó su hija.

—Sin duda mañana hará frío, les recomiendo a todos que saquen sus prendas de abrigo... —El párroco probó, otra vez, a cambiar de conversación sin éxito.

—Creo que mi tía entiende a la perfección sus buenas intenciones, señor Kellogg, ya que, como podrá comprobar, conmigo ha hecho la misma buena obra que usted intenta hacer con la familia Belford. Tenga en cuenta que antes no podía ni respirar con estas prendas, y ahora parece mi segunda piel, y todo gracias a la duquesa. —La sonrisa de Elric ablandó a los comensales, hasta hizo dudar al abogado. —Brindemos por la feliz pareja, Lady June y el barón.

El ambiente pareció relajarse o, al menos, los rostros a los que iban dirigidos los cumplidos. Excepto el de June.

## Capítulo 9

Elric, futuro duque de Arundell, sintió que sus pulmones no podían soportar por más tiempo el humo de las pipas y los cigarrillos que flotaba en el comedor, una vez que las damas se habían retirado, para dejar a los caballeros charlar acerca de política, mujeres y juego. Pero su malestar iba más allá de lo físico. Para calmarse, se acercó a la ventana y cerró los ojos. La imagen de June se le apareció en medio del negro de los párpados. Su cabellera rizada, su cuerpo bajo el camisón, tal y como la vio por primera vez, su espalda desnuda cuando le abrochó los botones del vestido azul... El mismo color del diamante que buscaban. Pensar en aquella joya lo tranquilizó y le dio el aliento necesario para continuar con el parloteo banal.

—¿Así que, Lord Elric, tal vez seamos cuñados? —Frederick dio una profunda calada a su puro.

—¿Perdón? —Glover sujetó su cigarro, al que apenas había fumado.

—Parece que ha prestado una atención especial a una de las hermanas Belford.

Elric escudriñó uno por uno a los asistentes antes de contestar.

—Me duele la rodilla —rompió el silencio el párroco—, seguro que esta noche llueve.

—Freeman —habló Albert—, si alguien tiene que presionar a nuestro amigo creo que debo ser yo. —Elric tragó saliva—. Libby es una muchacha muy guapa y, además, tiene una virtud que la hace una de las mejores pretendientas.

Elric destensó los músculos. No hablaban de June, sino de su hermana, a la que apenas había mirado. Ni sabía cómo era el color de su pelo. Tal vez si hacía memoria... Rubia, igual que la madre. Y tan remilgada como todas las damas que lo perseguían a diario.

—¿Qué cualidad la puede hacer diferente? Aparte de su belleza e ingenuidad, como es evidente —consiguió articular el duque.

—Que puede ser manipulable —soltó Kellogg, como si fuera uno de los mayores elogios.

Elric, que conocía mucho mejor a las mujeres que todos los asistentes a aquella reunión, no compartía la opinión del abogado. No recordaba cuál podría ser el rasgo significativo de Libby, pero sí se había dado cuenta de que fue la única que aportó coherencia a la cena, mientras que el resto de los asistentes intentaba herir a los demás con punzantes comentarios, como si se tratara de una competición.

—Muy diferente a la hermana mayor, que ha desaparecido durante media cena sin dar ninguna



explicación —argumentó Abranson entre risas—. Va a tener una ardua tarea con esta damisela, barón.

—Esté seguro de que la pondré en vereda la misma noche de bodas.

Elric saltó de su asiento como si le hubieran agujijoneado.

—¿Ocurre algo, lord Elric? —se extrañó Albert, que no había dejado de observarlo en toda la velada.

—Me pregunto por qué nos molestamos en tratar estos temas cuando podríamos jugar a las cartas.

—Ya tendrá tiempo de desplumarnos, duque, pero tenga cuidado con lady June. Es diabólicamente buena en esto del azar.

—Me entristece, caballeros, que de lo único que hablen sea de una dama tan aburrida. Sin ofender, lord Frederick. —En su interior sintió remordimientos; June podía ser muchas cosas, pero nunca desabrida.

—Según su reputación, no me extraña que June Belford así se lo parezca, pero puedo asegurarle que es un potro salvaje de lo más excitante. —El barón juntó los dos talones para dar mayor énfasis a su argumento.

—¿No tiene miedo de cansarse una vez casado? —Elric sintió otra vez esa sensación de culpabilidad, parecía fallar a la memoria de algo que nunca había sucedido.

Podía estar harto de las artimañas que utilizaban algunas para seducirlo, pero no de June Belford. Tenía la sensación de que jamás llegaría a descubrir los rincones más sombríos de esa muchacha. Pero no quería que su semblante lo traicionara, así que la trató como a una más cuando no lo era.

—Natural, amigo mío. Uno tarde o temprano siempre lo hace, pero ese no es el objetivo del matrimonio —se jactó Freeman.

—Y el suyo es...

—Ayudar a mi buen amigo Albert a deshacerse de un problema y conseguir pagar mis deudas a través de la dote.

—Y nada más... —Elric pensaba en el diamante azul y no sabía si la mirada que mantenía fija con su contrincante era por la misma causa.

—Me duele la rodilla... —anunció el párroco.

—Tener descendencia, por supuesto —concluyó Freeman.

Elric expulsó el humo de su cigarro. Imaginar a Frederick y June en la cama durante su noche de bodas, y todas las siguientes, revolvió su estómago. No comprendió cómo podía mantenerse impasible ante los clientes del burdel de madame Kate, y enojarse ante la sola idea de que lady Belford pudiera pertenecer algún día a ese arrogante barón. Aplastó el pitillo, la leve quemadura que le produjo, lo estimuló a continuar la farsa ante aquellos caballeros que no respetaba, tan alejados de sus principios.

\*\*\*

En la habitación contigua, las invitadas degustaban un buen jerez mientras hablaban de cintas y bordados. En concreto, lady Priscilla aburría a las presentes con los pormenores de su vestido verde. Nadie se explicaba cómo la duquesa viuda de Arundell no había interrumpido a la joven con alguna grosería, que en este caso era de lo más esperada. June aprovechó para llevarse a su madre a un rincón y, simulando servir más jerez, la reprendió.

—¿Cómo puedes aceptar un compromiso en mi nombre y con Frederick? —Bajó todavía más la voz por si el aludido, al oír su nombre, se manifestaba como un fantasma.

—No es el momento de comentarlo.

—¿Y cuándo lo será, madre? —La agarró del brazo—. Si no has tenido la delicadeza de avisarme antes.

—Lo tengo todo controlado, no debes angustiarte. —Se deshizo de la mano de su hija y bebió de su copa, sonrió a la viuda y se atusó el pelo.

—Ahora quieres que calle y baje la cabeza. Como si todo lo que padre me ha enseñado no sirviera para nada.

—Por su culpa estamos en esta situación. ¿Crees que eres la única que debes buscar marido? Yo estoy en tu misma tesitura. —Su voz era amarga, pero su semblante irradiaba templanza—. Después de treinta años al lado de tu padre, no me queda nada, solo mi mano.

—Que planeas dársela a Albert. ¿Cómo puedes rebajarte de esa manera?

—¿De qué sirve un título si no tienes dinero? Pero no voy a dejarte en la estacada, confía en mí.

—¿Cómo? —June le impidió el paso.

—Un compromiso puede durar meses, incluso años. De momento, sonrío hasta que encuentre la manera de tener ventaja sobre Frederick. Por alguna extraña razón, está obsesionado contigo.

June no tuvo tiempo de reaccionar ante aquellas palabras. Todas se habían levantado y habían decidido reunirse con los hombres, así que lo mejor era seguirlos y no desentonar.

\*\*\*

Las damas, una tras otra, entraron en el comedor. Una intensa neblina causada por los puros de los caballeros les dio la bienvenida. June apareció tras su madre y aspiró por la nariz de forma demasiado explícita. Elric la observó curioso. Su espontaneidad era lo que más le gustaba de ella. Había estado con demasiadas féminas cargadas de prejuicios tanto fuera como dentro de la cama. Estaba harto de fingir que la timidez era un factor importante en una amante. Nada más lejos de la realidad. Destapar una a una sus neurosis no era para nada atractivo. Normalmente la culpa siempre la tenían los maridos, la mayoría, desconocedores de las artes amatorias. En cambio, June era diferente. Un bocado exquisito que se dejaría comer sin ningún tipo de complejos. Su vitalidad compensaría su falta de experiencia, de eso estaba seguro. Hurgó en sus ojos, quería verse

reflejado en ella; saber que también pensaba en él. Lo que vio fue algo distinto. El odio en sus pupilas lo alteró, siguió su mirada y reparó, decepcionado, en que estaba fija en Albert y en la pipa que sostenía. Temió que emprendiera alguna imprudencia y se precipitó hacia ella para impedirsele.

Los dos se acercaron hasta el susodicho y lo acorralaron en una esquina. Sus cabezas chocaron, y los convidados dispuestos alrededor rieron, como si se tratase de la función de unos bufones. June se sonrojó, y Elric maldijo en voz baja. Albert se escabulló para situarse al lado de Caroline.

—¿Qué pensabas hacer? —preguntó el duque.

—¡Está fumando la pipa de mi padre!

—¿Qué quieres, arrebatársela? ¿Estamparla en su dura mollera? —Qué absurdo, le recriminaba lo que segundos antes él también valoraba como una alternativa.

—Ocúpate de tus asuntos.

—Eso es lo que hago, salvaguardar nuestro trato.

El acuerdo al cual hacía mención no era más que una excusa para permanecer más tiempo a su lado. Elric no podía dejar de pensar en la exquisitez de sus labios; sobre todo cuando se enfurecía, estos adquirirían un volumen mayor y se llenaban de sangre rosada.

—Deberías aprovechar para ausentarte y rebuscar entre las pertenencias de Albert. Robar a otro ladrón debería ser fácil —dijo June.

—No creo que guarde el diamante aquí. Eso sí lo tiene.

La gema azul, por la cual el conde había perdido la vida, era otra gran incógnita para él; por más que había indagado en el mercado negro no había sonsacado ni una pista que le convenciera de su existencia. Más bien temía que todo aquello no fuera más que un pretexto para legitimar los actos del señor Kellogg.

—June, querida, ¿qué murmuras en esa esquina con el duque? —indagó Caroline.

Los dos alzaron sus rostros a la vez; demasiado pegados uno al lado del otro.

—Comentábamos lo hermosa que está hoy Libby.

Por suerte, June era rápida en sus respuestas, se notaba que estaba acostumbrada a mentir. Otro punto que les unía. Elric torció la comisura de los labios y la examinó sin poder creer el poder que ejercía sobre él. Desde el primer instante que la vio deseó ser el centro de su atención, como lo era de todas las doncellas que lo rodeaban. En cambio, June era inmune a sus encantos, y eso lo consumía de tal manera que no podía dejar de pensar en ella y en mil maneras de perturbar su alma.

—¿Qué novedad! —exclamó lady Priscila al mismo tiempo que rozaba con su guante la mejilla de su amiga.

—No seas envidiosa —rio Libby.

—Y no lo soy. Sería extraño que alabaran otra cualidad en ti que no fuera la belleza.

Elric no estaba de humor para aquel juego que lady Priscilla intentaba forzar. La señora Abranson lo perseguía sin tregua en cada una de las reuniones en las que coincidían. Reconocía de

inmediato a las timoratas, parecían ser capaces de comerse el mundo, pero cuando llegaba su oportunidad escapaban asustadas y volvían a sus jaulas como pájaros bien adiestrados. Comprendía que todos esperaban que hiciera alusión de algún atributo, como la generosidad o la creatividad de Libby; decidió ignorarlo.

—¿Cuándo empieza el juego? —Esa noche solo quería distraerse.

Albert había extendido una baraja de naipes en la mesa, cogió una carta del centro y la dispuso boca arriba: un rey. El movimiento de su rostro era algo más que una sonrisa, un objetivo que se manifestaba en aquella figura, dedujo Elric al observarlo con mayor detenimiento.

Frederick se acercó a su prometida y colocó una mano en su delicada cintura para atraerla hacia el grupo reunido en la habitación.

—Aquí tienen a la primera pareja —dijo Freeman mientras clavaba los dedos en la carne de June a través de la tela—. ¿Quién se atreve a ir contra nosotros?

—Barón, no puede inventarse las reglas —replicó la duquesa viuda—. Las parejas siempre las forma la suerte.

—Deje que los enamorados permanezcan juntos, y el resto confiaremos en el azar —se apresuró a contestar Albert.

Los enigmáticos gestos que Elric interceptó entre los dos caballeros no le gustó. Destrozó el cigarro. No podía contener su ira al comprobar cómo June se sentía obligada a caminar junto al barón hasta el centro de la sala. La visión de este forzándola le causó pavor. June no era como las demás y, por ello, no se merecía ser tratada como un objeto de colección.

Caroline se preparó para escoger, pero la duquesa viuda se le adelantó; nadie antes la había visto levantarse del sillón con tanta agilidad. Giró la carta que quedaba más a su derecha: la reina.

—Mr. Kellogg, vamos a formar un buen equipo.

El abogado frunció el ceño.

El párroco restregó su dedo índice con el pulgar, pero la feroz mirada de lady Philipa lo detuvo.

—Me duele demasiado la rodilla para jugar. Mañana lloverá.

—Tenga en cuenta que si mañana no llueve lo demandaré —dijo Priscilla. El dos de tréboles convirtió su melódica voz en un molesto chasquido. El aludido abrió los ojos de par en par.

—Parece mentira que con la edad que tiene sea tan crédulo —sentenció Elric. Tenía que reconocer que cuando lady Priscilla quería, podía ser hasta graciosa—. Tres de corazones. —Guiñó un ojo a la señora Abranson. Esta enrojeció de tal manera que enseguida maldijo su acción. No podía coquetear con nadie sin que se lo tomara a la tremenda.

—¡Qué divertido! —exclamó Libby—. Es la primera vez que juego al Whist.

—Más bien, la primera vez que te dejan jugar, hermanita. —June retiró los dedos de Frederick, incrustados en su cadera.

A Elric le costaba concentrarse ante la visión de ese granuja magreando lo que sin duda debería ser suyo. ¡Prometidos! No podía aceptar que ella fuera a casarse con alguien. La creía un espíritu

libre al alcance de su mano.

La puerta se entreabrió, y la cabeza de Alice apareció temerosa. Fue Elric, esta vez, quien se percató de la situación.

—¿Ocurre algo, Alice? ¿Por qué no entras?

La puerta se abrió del todo. La mayoría de invitados se giraron hacia ella. Se alisó la falda del vestido y carraspeó varias veces, por fin, con la cabeza gacha, pudo articular palabra.

—En realidad, se trata de algo que le incumbe, excelencia.

Elric, que acababa de encenderse otro habano, lo apagó en el cenicero, situado en la repisa de la chimenea, y se aproximó a la criada; cogió sus manos para infundirle el coraje necesario. Una lágrima resbaló por la mejilla de Alice.

—Lo siento mucho, me he despistado solo un momento...

Elric clavó los ojos en la duquesa.

—Se trata de mi ahijada. Descansaba en la cocina, y se ve... que ha escapado.

No necesitaba nada más para saber que había vuelto a huir. Imposible recriminárselo a Alice. Isabella era una joven difícil a la que había tenido que criar solo. Se habían visto envueltos en varias situaciones escabrosas, pero ninguna como aquella. Convertirse en duque de la noche a la mañana, ser parte de la élite a la cual antes intentaban estafar, era algo que hasta le superaba a él mismo. Cualquier niña de doce años en plena adolescencia a la que privaran de la libertad obtenida hasta entonces se rebelaría. Reconocía que su educación no había sido muy refinada y por eso intentaba compensárselo. Aunque eso significara acatar las órdenes de la viuda.

June se acercó hacia la entrada donde él se encontraba. La sintió en cada uno de los poros de su piel.

—Ya es la tercera vez esta semana —se quejó en voz alta la duquesa—. Lo más conveniente es un internado.

—Tal vez sea lo mejor. —No le gustaba desprenderse de las personas que cobijaba bajo su ala. Era uno de sus defectos. Pero comprendía que si no era capaz de controlarla tendría que dejarla marchar, pese al dolor que eso le generara—. Iré a por ella.

—Voy contigo. —La voz de lady Belford resonó en su cabeza. Deseaba su consuelo, ambicionaba su valentía.

—Deja que el señor vaya solo a su encuentro, parece saber muy bien dónde está, así nosotros podremos jugar tranquilos —ordenó Albert.

No podía esperarla. Estaba convencido de que era capaz de enfrentarse a una jauría de hienas, pero no a su familia, y mucho menos encararse con el asesino de su padre. No lo había hecho hasta ahora y no lo haría entonces. Se dirigió hacia el recibidor, donde le aguardaba el lacayo de la mansión de los Belford. Tomó la capa, el sombrero de copa y el bastón de madera oscura. Elric no se detuvo ni un segundo a girarse hacia atrás, aunque intuía que varias sombras lo acechaban.

No podía comprender la afición de esa muchacha por escaparse de la mansión Arundell, nunca había estado rodeada de tanto lujo y, sin embargo, lo rechazaba.

El miedo lo acechó de nuevo. Este, en lugar de menguar con los años, se había fortalecido. Intentó apaciguar a la fiera que llevaba dentro. Pensar en positivo y no sacar conclusiones precipitadas. Isabella no tenía por qué estar en peligro. Pero su instinto animal lo contradecía. Si le pasaba algo a esa niña, moriría; si alguien le hacía daño, incluso podría llegar a matar.

## Capítulo 10

June no dudó ni un minuto en seguirlo, ni el frío ni las voces de advertencia la disuadieron. Esta vez, la mano de Frederick no había sido tan rápida para someterla y obligarla a quedarse junto a él.

—¡June! ¿Qué crees que estás haciendo? ¡Vuelve ahora mismo! —chilló colérico el barón.

—¡No seas estúpida! —gritó Albert—. Caroline, haz algo... —June adivinó que su madre se había quedado en el comedor ignorando la realidad, como siempre.

Entró en la calesa y se sentó junto a Elric. La piel negra del respaldo traspasó el fino encaje y se le pegó a la espalda, fue entonces cuando advirtió que no llevaba abrigo. Aun así, irguió la barbilla, convencida de la decisión que acababa de tomar.

—¿Estás segura? —preguntó Elric.

—Completamente —sentenció June.

Fueron unos segundos de conversación. Tiempo suficiente para echarse hacia atrás. Pero un violento golpe en la ventanilla la puso sobre aviso. Frederick intentaba abrir la puerta.

—Baja ahora mismo, June. ¡No escaparás de mí! —Su tono era firme y su rostro, púrpura, como si padeciera un ataque de indigestión.

Ella fue consciente de que estaba ante un cruce de caminos. Un instante en la vida en el que se tiene que tomar partido por el propio destino. Huir hacia lo desconocido con un ladrón, o quedarse y enfrentarse a una boda con un viejo al que despreciaba.

Sujetó el picaporte.

—¿A qué esperas? —le gritó a Elric.

El futuro duque de Arundell alzó su bastón de mango plateado, dio dos golpes en el techo. La puerta se abrió, y el viento se coló en el cabriolé. Frederick agarró a June e intentó que saltara en marcha. Elric la retuvo. A lo lejos, June pudo divisar a Freeman en el suelo empedrado y tembló de miedo por lo que se le avecinaba. Glover se quitó la capa y se la colocó. Le ató las cintas del cuello y la miró directo a los ojos. Lady Belford dejó de respirar.

—¿Por qué lo has hecho? —El duque acarició uno de sus rizos negros. Sin querer o queriendo, sus dedos se posaron en su mejilla.

El contacto de su piel áspera le recordó que tenía que seguir con la rutina de inspirar y espirar si quería continuar viva.

—Quiero ayudarte. Encontrar a Isabella.

—Si no la conoces...

—Solo es una niña y necesita protección.

June advirtió un destello en su medio sonrisa.

—Has arriesgado mucho.

—Yo no lo veo del mismo modo. —Se mostró indiferente, aunque no fuera cierto.

June, acostumbrada a fijarse en pequeños detalles, notó que la actitud del duque había cambiado. ¿Tal vez respeto?

—Eres valiente, June Belford. —No era una pregunta, sino una afirmación. Recordó la fatídica noche cuando se enfrentó a él, y cómo más tarde fue al encuentro de su familia con el único propósito de convertirse en la protectora de su madre y de su hermana. Se irguió orgullosa. La locura que acababa de cometer no la despojaría de su dignidad, aunque su honra estuviera ya en entredicho.

El carruaje esquivó a un borracho, pero no pudo sortear un bordillo, lo que provocó que June se arrojara encima de Elric. Los pechos de lady Belford parecieron hincharse al contacto con el torso del futuro duque de Arundell. La misma suerte tuvo la entrepierna del muchacho. June agrandó los ojos.

—Espero que esta noche seas más una aliada y no una carga —susurró Elric. June aspiró el olor del último coñac que había ingerido. Intentó alzarse, pero otro traqueteo la acomodó todavía más entre sus brazos.

—Puedo cuidar de mí misma.

El cabriolé había vuelto a su desliz habitual. Sin borrachos, gatos, ratas o peldaños que se interpusieran en su camino. A pesar de ello, tanto June como Elric siguieron en la misma posición.

—Júrame que no es una artimaña para obligarme a casarme contigo.

¿Cómo se atrevía a pensar que ella pudiera albergar tal esperanza? Significaba que no la conocía lo suficiente, y eso la irritaba. Por eso no entendía cómo no podía apartar la vista de los labios de aquel timador que la oprimía, pero al mismo tiempo, la liberaba. Un calor inusual recorrió sus extremidades. Notó la respiración agitada de él, la tensión, el silencio. Anheló volver a ser besada. Que la huida de esa noche valiera la pena, aunque solo fuera para experimentar lo que sin duda no gozaría con su esposo. Se abalanzó sobre su boca sin saber qué hacer más allá del puro instinto. Elric fue rápido de reflejos. Su lengua se hizo un hueco dentro de la de ella y empezó a jugar con sus dientes, la mordisqueó y le enseñó cómo perder la cabeza en menos de un minuto.

—Júramelo.

—Lo juro —gimió ella—. No me casaría contigo aunque fueras el único hombre en la Tierra.

Ella lo rodeó con sus brazos y lo devoró sin comprender muy bien por qué sentía tal necesidad de saborear, oler y lamer su piel. En definitiva, de llenarse de él.



\*\*\*

La calesa se detuvo y, muy a su pesar, June comprendió que debía priorizar; Isabella era lo más importante. Por eso, separó sus labios de Elric, sonrojada. La capa se había convertido en un ovillo alrededor de su cintura, y algunos mechones de su recogido habían escapado para formar parte de su rostro.

—Tómame tu tiempo para arreglarte. Yo iré a hablar con la hermana Margaret. Aquí fue donde Isabella se refugió la última vez —dijo Elric mientras se pasaba las manos por el pelo a modo de peine, se abrochaba el chaleco y se acomodaba el corbatín.

—Iré contigo. —Lady Belford miró hacia el exterior. El cochero se había detenido delante de un convento al límite del este de Londres. Observó, incrédula, cómo Glover se mostraba indiferente cuando, segundos antes, los había invadido un halo de pasión que casi había conseguido desvanecerla. Lo contempló de reojo y comprobó que su semblante reflejaba preocupación. Era una tonta por entretenerse con frivolidades cuando su ahijada había desaparecido. Estaba convencida de que la encontrarían, como las otras tres veces, según había indicado la duquesa viuda. Eso cerraba un tema y abría otro mucho más interesante: ¿qué haría después? Seguirlo a todas partes no era una alternativa.

Elric bajó de un salto del cabriolé, abrió la puerta y le tendió la mano. June dudó unos segundos. Por muy caballeroso que eso fuera, siempre le había horrorizado lo que significaba: una señorita debía esperar a ser salvada, ya que por sí sola no tenía ninguna opción de sobrevivir. Esa era su situación.

Reconocía que Elric no había puesto ninguna objeción cuando decidió arriesgar su propia reputación, y tampoco inventó ninguna excusa sobre su seguridad para detenerla, sino todo lo contrario, parecía aceptarla. Aun así, decidió bajar por sí sola del carruaje para recordarle los términos de su acuerdo, por si lo había olvidado. Agitó la cabeza para enterrar ese beso que la había convertido en un ser volátil y volvió a ocuparse de la realidad: Isabella.

Siguió a Elric hasta la entrada. La calle estaba embarrada y sus botas se hundían a cada paso. Oía a basura y a animales muertos, y tuvo la tentación de esconder la nariz en el interior de su capa, pero le pareció un gesto remilgado y, peor aún, una ofensa a los orígenes de su socio.

Elric picó un par de veces con el pomo de plata de su bastón en la doble puerta de madera, que tenía una cruz tallada en ambos lados. Esperó paciente con los hombros erguidos, el cuello recto y la mirada perdida. June aprovechó para pegar su oreja, por si distinguía las pisadas de una monja o las de una novicia.

—No sabía que eras católico —susurró.

—Los orígenes del apellido Glover son irlandeses. ¿Algún problema?

—No, ni con los católicos ni con los irlandeses. —June sonrió nostálgica. Su abuela, católica de nacimiento, se había convertido al anglicanismo al casarse con su abuelo para guardar las apariencias. De niña, antes de acostarse, las dos rezaban a su manera y mezclaban las oraciones

de una confesión y de otra. Cuando esta murió dejó de hacerlo.

El rostro de una señora de mediana edad apareció a escasos centímetros, y su disposición, al principio expectante, se destensó al ver a Elric. Ante ellos, se abrió un largo pasillo de baldosas grises, techos más altos que los árboles de un bosque, un solo ventanal circular al final de lo que parecía un túnel, paredes de piedra que invitaban a resguardarse de su rugoso aspecto... Lady Belford no pudo evitar un escalofrío.

Al cerrarse el pórtico, la oscuridad los rodeó. El eco de la llave al girar en la cerradura le dio el impulso a June para arrimarse un poco más a Elric. Los dedos del duque estrecharon los suyos para tranquilizarla, y lo logró. Entonces, sor Margaret encendió el farol de aceite que llevaba consigo, y que el viento de la calle había apagado. La luz alargó sus siluetas negras, que traspasaban las paredes, y las manos de ambos se soltaron con rapidez.

—¡Que sorpresa más agradable tenerte hoy por segunda vez! —Ambos se fundieron en un abrazo y se giraron a la vez hacia June.

—Hermana, le presento a lady June Belford. Se ha ofrecido a buscar a Isabella, quien ha vuelto a desaparecer.

Los ojos de la monja se agrandaron, e hizo una reverencia.

—Pocas personas dejarían su hogar en una velada tan fría como esta para buscar a una desconocida.

—Se trata de la ahijada del duque de Arundell, no podía negarme.

La decepción se palpó en el tono de sor Margaret.

—Claro, el duque, ya ni me acordaba. ¿Por qué no me seguís hasta la cocina? Allí os podré ofrecer algo de beber que os mantendrá calientes.

—Por mí no se moleste. —June intentó negarse; lo último que le apetecía después de la tan desafortunada cena era un té.

—Insisto —sentenció la hermana.

La cocina era de grandes dimensiones, pero sor Margaret los condujo hacia dos sillas colocadas una junto a la otra frente a los fogones y, al instante, calentó agua. June obedeció como una niña buena y tomó asiento. Elric denegó la invitación y permaneció de pie, con los brazos cruzados con una expresión gélida.

—¿Isabella duerme?

—Lo siento, muchacho, no está aquí.

—Debí imaginármelo. Vayámonos, June, esto... milady. Si es tan amable... —Elric se aclaró la garganta y tendió la mano para que esta pudiera alcanzarla. June se sintió incómoda, creía que le faltaban al respeto a sor Margaret, quien les había abierto su casa a aquellas horas de la madrugada. Además, planeaba sonsacarle alguna intimidad acerca del misterioso Elric Glover.

—Me tomaré un té antes. —Lady Belford creyó que el sacrificio valdría la pena.

Sor Margaret volcó el agua hirviendo en una taza de hierro algo oscurecida por el uso.

—¿Azúcar?

—Sí, gracias.

Elric paseó arriba y abajo, con evidentes signos de nerviosismo, a la espera de que aquella farsa terminara cuanto antes.

—Entonces, ¿aquí es donde se crio lord Arundell? —preguntó lady Belford mientras de reojo examinaba al susodicho.

—¡Oh, no, querida! —rio la monja—. Esta es la Casa de las Almas Descarriadas. Ayudamos a las mujeres que quieren alejarse de una vida de pecados a encontrar un nuevo camino.

—Creía que era un orfanato. —Bebió un sorbo del agua marrón que en nada parecía un té y retuvo una arcada—. No entiendo entonces por qué Isabella tendría que refugiarse en este convento. —Examinó a uno y a otro con verdadera expresión de inocencia.

—Verás —sor Margaret se relamió los labios—, Isabella vivió en esta casa un tiempo con su madre antes de...

—¿Escaparse?

—Algo así, querida.

—¡Basta! Hermana, le agradecemos su gentileza, pero es hora de seguir nuestro camino. —Se inquietó el duque.

—¿Y a dónde vas a ir a estar horas, Elric?

—Seguiré buscando.

Sor Margaret cogió la taza de June y la dejó en el fregadero de cerámica, junto a la suya; arrastró los pies hasta Glover.

—¿Cuánto tiempo va a durar esto? ¿Cuántas veces más vas a ir tras ella?

—Las que sean necesarias —contestó Elric en un susurro.

—Si un alma no quiere ser salvada, poco podemos hacer. Déjala que encuentre su camino. —La hermana se giró hacia June—. Dígaselo usted misma, esa chica no quiere ser encontrada —continuó, apenada—. Me recuerda tanto a su madre...

—¡Ella no es como su madre! —gritó el duque.

La rabia contenida sobresaltó a June, que enseguida se acercó a Elric y, sin importarle lo que la madre superiora pensara, le cogió uno de los puños y lo abrió para encajar su palma con la de él. Solo ansiaba calmarle, darle a entender que ella estaba de su lado.

—¿Sabe al menos dónde podemos encontrarla? —preguntó June.

—¿En una esquina? ¿En cualquier taberna? Con estas chicas nunca se sabe.

—No entiendo su reacción. No buscamos a cualquiera, sino a lady Isabella, ahijada del duque de Arundell, por lo que agradecería que mostrara el respeto que se merece.

Sor Margaret alzó la barbilla.

—Querida, para mí todas sois iguales.

—Retira lo dicho. —Elric se enfrentó a la monja. Esta bajó la cabeza, y June tiró del duque, dispuesta a salir de allí lo antes posible.

No comprendía el cambio en la hermana Margaret, que había pasado de mostrarse cariñosa y

deseosa de ayudar a ser una persona huraña y rencorosa que los había echado del convento, ni el de Elric, gentil y servicial en un primer momento, y lleno de rencor segundos después. No le había pasado desapercibido el modo tan inusual de tratarse de aquellos dos. Para ella, estaba fuera de lugar que se tuteara a una monja, y mucho menos si era la madre superiora del Convento de las Almas Descarriadas, pero creyó que así se relacionaban en los bajos fondos. Nada tenía sentido, y menos cuando recordaba la manera en que sor Margaret había tratado a Elric, con una familiaridad tan evidente que la irritó. ¿Estaba celosa de una monja? Se burló de su última ocurrencia. Por otro lado, esta había demostrado tener muy mala educación al insultarla con tanto descaro. ¿Eran imaginaciones suyas o la había llamado ramera? No le dio tiempo a desarrollar más esa pequeña idea que la carcomía, ya que Glover se alejaba cada vez más de ella, la dejó sola en medio de una calle sombría y cubierta de lodo.

Elric andaba a pasos agigantados y, en lugar de dirigirse al cabriolé, como había supuesto June, se adentró en una de las callejuelas estrechas de un Londres oscuro y maléfico en el cual una buena chica nunca debería poner los pies. Pero ella no pretendía ser buena, y tampoco le quedaba nada que perder después de haber arriesgado su reputación al enfrascarse en esa absurda búsqueda. Ciertamente sufría por Isabella, pero creía que la encontrarían en algún refugio confortable, como un internado o la casa de alguna amistad fiel a la familia. Siempre existía alguien. Aunque, si lo meditaba con detenimiento, ¿a quién podría acudir ella cuando terminara esa noche? ¿Quién la acogería en su casa cuando Albert Kellogg la desterrara?

June corrió tras Elric agarrada a su capa y dedujo que no necesitaba que nadie la acogiera. Frederick estaba tan obsesionado con ella que aceptaría cualquier excusa o disculpa para que la boda siguiera adelante. Suspiró apenada. ¿Estaría preparada para ese final?

## Capítulo 11

En vuelta en sus quebraderos de cabeza, no se percató de que el duque se había detenido ante la puerta de una taberna con un cartel torcido en el que se podía leer Red Dragon y chocó contra su espalda. El trasero de lady Belford golpeó el suelo, y sus manos resbalaron con una sustancia gelatinosa. Estaba harta de esa capa que solo servía para enrollarse en su cuerpo y coartar sus movimientos. Furiosa, desabrochó el lazo que minutos antes Elric había atado con los ojos fijos en ella. Al levantarse, pisó su vestido de crespón negro, chilló un par de veces y apartó de un manotazo el dichoso rizo que siempre sobresalía de su imperfecto recogido. Cuando por fin logró mantenerse en pie y alzar la cabeza, se encontró con el rostro burlón de Elric. Él se precipitó a cubrirle la boca antes que volviera a vociferar.

—No hace falta que montes un espectáculo. No eres la primera ni la única que se ha caído delante de una taberna. —June intentó hablar y solo consiguió emitir un gemido—. No te entiendo, tal vez has bebido demasiado. —El duque disimuló y giró la cabeza hacia dos hombres que daban tumbos.

June volvió a quejarse.

—¿Que quieres besarme otra vez? —Elric alzó la voz—. Vocaliza un poco más.

Lady Belford mordió sus dedos.

—¡Por los clavos de Cristo! ¿Qué bicho te ha picado?

Los dos borrachos rieron antes de desaparecer por la puerta del Red Dragon.

—¡Idiota! —June escupió para deshacerse del sabor a sudor y a tabaco.

—Una puta se comportaría mejor.

—¿Qué has dicho? —La dama se posicionó para defenderse.

Elric soltó una carcajada. Cogió barro de la calle y lo estampó en su vestido.

—En el Red Dragon serás una meretriz. —Miró su escote y ladeó la cabeza. Rasgó los bordes de encaje como si fuera papel—. ¿Sabrás interpretar el papel de manera convincente? —preguntó con su voz grave y con ese especial brillo que bailaba en sus pupilas.

June levantó los puños cuando Elric le abrió el escote de par en par y dejó al descubierto el canalillo de sus senos, que se agitaban arriba y abajo, desbocados. No llegó a pegarle. Pero estuvo cerca. Si él quería que abandonara, estaba muy equivocado; June Belford nunca dejaba nada a medias. Se apoyó en su torso y comprobó que él había retenido la respiración. Sintió la

dureza de su pecho y se distrajo unos segundos ante ese descubrimiento, pero enseguida volvió a su primera intención: ponerlo nervioso.

Acarició sus yemas manchadas de barro y las deslizó por su rostro. Elric suspiró mientras, con la palma extendida, dejaba que la mejilla de June se restregara contra su piel y se tiñiera de negro.

—Así es mucho más creíble, ¿no crees? —A June se le escapó una ronroneo de lo más peculiar. Nadie le había enseñado cómo cautivar a un hombre; al parecer, era algo natural en ella, y eso la llenó de confianza.

Elric se aclaró la garganta.

—Esto... no te separes de mí. —Lady Belford se pegó al duque y notó cómo algo mucho más duro presionaba contra su falda. No se sintió perturbada. Al contrario, se excitó, sin comprender bien qué significaba—. No hables con nadie... —siguió Elric— permanece siempre a mi lado.

—Seré la mejor puta que hayas conocido. —¡Había pronunciado la palabra prohibida y no había caído ningún rayo sobre ella!

Glover la arrinconó en una esquina. June pasó de regocijarse a estremecerse.

—Más te vale. Si descubren que eres una dama podrían secuestrarte, violarte y devolverte a tu madre a trocitos.

Un grupo de marineros apareció ante ellos cantando una canción malsonante. La puerta del Red Dragon se abrió de nuevo, y Elric aprovechó para arrastrarla y pasar desapercibidos detrás de los hombres de mar.

\*\*\*

Aquel lugar olía a mugre mezclada con aguardiente de baja calidad. Las velas repartidas por las mesas ayudaban muy poco a iluminar la taberna, llena de sombras diseminadas por las paredes de madera. Las risas, los gritos y toda una serie de tacos que June nunca había oído la ofendieron; sus ojos también se crisparon al ver cómo sujetos de frondosas barbas las remojaban literalmente en sus cervezas y escupían sin ningún tipo de reparo a través de sus bocas desdentadas, además, relamían no solo el borde de sus jarras, sino también los bustos de las mozas. Estas, con mofletes colorados y melenas enmarañadas, reían cada vez que uno de esos tipos con calaveras tatuadas en los brazos y en el cuello les aprisionaban el trasero sin ningún pudor.

June se aferró a Elric al mismo tiempo que miraba su escote, que nada tenía que envidiar al de las camareras o meretrices que se paseaban a la caza de algún penique. Sus zapatos se adherían a vómitos que no habían sido limpiados. No miró hacia abajo cuando resbaló por culpa de alguna viscosidad. Elric la aferró por la cintura, y June advirtió que cualquier movimiento en falso la delataría. No podía arrugar la nariz ni soltar ninguna exclamación de espanto, no podía sonrojarse ante un comentario salido de tono. Una meretriz nunca lo haría.

Una rubia con los ojos pintados de negro se pasó la lengua por los labios y abordó a Elric. El primer instinto de lady Belford fue taparse la boca, pero Glover le clavó las uñas en las costillas,

y el dolor le confirió las fuerzas necesarias para concentrarse en su papel. De un manotazo, echó a un lado a la provocadora y siguieron hacia adelante. El objetivo estaba claro: llegar hasta la tarima del fondo, donde, sentada en una mesa del rincón, se encontraba la élite del Red Dragon.

June nunca podría olvidar las caras de los hombres que habían ayudado a matar a su padre. Elric le había dicho que se trataba de los gemelos Smith. Calvos, ojos amarillos y dientes podridos, solo se les distinguía por la cicatriz en la mejilla izquierda que lucía uno de ellos. Ese era Ray. Elric y él habían luchado por el control del barrio hacía ya muchos años, y nadie hasta el momento había podido quitarle el liderazgo. Solo se lo usurparon cuando, por el bien de Isabella, decidió abandonar y dejar a un lado el crimen organizado para convertirse en amante de esposas infelices. Una forma de ganar dinero mucho menos arriesgada a la espera de convertirse en un hombre de provecho. Y llegó la oportunidad de manos de la viuda duquesa de Arundell. Esa era la biografía oficial que June había escuchado de los labios del mismísimo ladrón, aunque existían algunas lagunas acerca de las cuales no le interesó indagar; tener un socio que conociera los entramados de una sociedad inmoral a la que pertenecían los subordinados de Albert le beneficiaba mucho más.

A pocos pasos de subir el único escalón que los distanciaba de los gemelos Smith, June percibió la respiración agitada de Elric. Exhalaban al mismo tiempo. Pero el brío que la mantenía en pie duró poco tiempo, pues el duque la liberó de su agarre. ¿Cómo podía aquel infame dejarla desvalida en medio de esa masa de gente inmunda? ¿Cómo sobreviviría en aquel tugurio sin su protección?

—Ve a buscarme una cerveza mientras hablo con estos viejos amigos. —Una palmada en una de sus nalgas la arrojó hacia adelante.

Escuchó los reproches de los gemelos por haberla apartado mientras se dirigía hacia la barra y se sentaba en uno de esos altos taburetes. Cerró los ojos cuando tocó una masa desconocida y pegajosa situada a su derecha. Enseguida se recompuso y echó su melena hacia atrás; a esas alturas, no dudaba que estaría más enmarañada que muchas de las que se encontraban allí.

No sabía cómo se llamaba a un camarero, ni la manera en que se pedía una bebida en el East End, por lo que prefirió ser prudente y esperar a que otra persona pidiera antes que ella. No tardó ni un segundo en sentarse a su lado una anciana encorvada con el pelo blanco y vestida de negro. Parecía el color de moda por esos lares, por lo que June se alegró de no desentonar con su traje de luto.

—¡Jerry! —chilló la mujer— ¡Una pinta!

Un bigotudo corpulento se les aproximó.

—No puedo fiarte más, Mildred, ya lo sabes.

—Jodido hijo de p... —La anciana abrió su mano, arrugada y con uñas largas y mugrientas. Dejó caer unas monedas.

Jerry las cogió, resignado, después plantó una jarra de licor marrón delante de la vieja.

—¿Y tú qué quieres? —Se dirigió a June.

Esta abrió y cerró la boca varias veces. Tenía miedo de que, al pronunciar cualquier palabra, reconocieran su acento de niña mimada y la descuartizaran al instante.

—¿Qué carajo va a querer? Dale una pinta. Invito yo.

El camarero colocó ante ella otro vaso de ese unguento de color ámbar. June dio un trago demasiado largo y se atragantó.

—No eres de aquí, ¿verdad? —Rio la anciana. Le faltaban todos los dientes delanteros, pero aún conservaba los colmillos.

June terminó de toser y miró nerviosa hacia la mesa del rincón.

—Déjame darte un consejo, muchacha —siseó Mildred—, si te juntas con los gemelos, acabarás muerta.

—¡Oh, no! Yo he venido... es decir... que el otro... es quien me ha... —No sabía qué término utilizaban las meretrices cuando se referían a sus clientes.

La anciana entrecerró los ojos.

—El que faltaba. Tampoco te recomiendo su compañía —sentenció mientras encendía con la llama de una vela la boquilla del cigarro que había cogido del suelo.

—¿Por qué?

—Es el peor de todos.

—¿Peor que los hermanos Smith?

—No quiero hablar del tema.

—No tengo más sed. —June le ofreció su bebida.

Mildred ingirió el contenido de golpe.

—¡Jerry! —chilló la anciana—. Una pinta. Paga mi amiga.

June palideció al comprobar que no llevaba ni un centavo encima y presintió que eso le traería problemas.

—No te preocupes, él se encargará. —Jerry señaló hacia la tarima donde tenía lugar la reunión. Eso era lo que parecía desde lejos; aunque sus protagonistas quisieran desmentirlo a través de aquellas falsas sonrisas. Todos estaban listos para sacar el arma que escondía cada uno de ellos. June podía ver los cuchillos de los hermanos, y como Neel, el que no tenía la cicatriz, acariciaba el mango de su puñal con el pulgar. Elric palpaba su bota; estaba convencida de que justo allí escondía alguna daga.

—A mí me parece de los buenos.

—Ah —Mildred escupió al suelo—. No eres de aquí, estoy segura. Si no, sabrías quién es Snake.

—¿Perdón? —Se maldijo por aquella tonta pregunta. Nadie pedía disculpas en un lugar como ese.

—El de los ojos claros. —La anciana bebió de su jarra y se secó los morros con la manga—. Lo llaman así desde niño. Es silencioso y ágil como una serpiente y, cuando menos te lo esperas, te muerde, y su veneno puede ser mortal.



—Parece un caballero.

—Siempre ha tenido el ego muy hinchado. Le obsesiona la aristocracia.

June brincó como si tuviera hipo; no le gustaron esas palabras. Destellos de luz la incomodaron, el sabor dulce en su paladar, el olor a azúcar quemado. No se había vuelto loca, era consciente de que se trataba de un recuerdo. La mano menuda de un niño, la valentía de unos ojos verdes capaces de enfrentarse a dos matones mucho mayores que él para socorrerla de manera altruista. Se sentía estúpida por haber olvidado a ese muchacho, pero la vida no era justa, y la memoria, selectiva. La suya había mantenido intacta la impotencia que había experimentado cuando uno de los gemelos Smith la había retenido contra su voluntad; y borró la audacia de Snake, aquel que su padre había recompensado con un plato de potaje en una taberna de mala muerte parecida al Red Dragon. Se acordó de cómo el niño la observaba, como si nunca hubiera estado en presencia de una dama, y no le agradó, tal vez por eso restara importancia a su cometido.

Rememoró la primera vez que vio a Glover, alias Snake. No había sido en las escaleras del desván de su casa, sino en la pastelería de la señora Clopan. Por fin comprendió por qué esa atracción hacia él: no se trataba de ningún sentimiento romántico, ya que no era poseída por ataques de histeria cada vez que lo veía. Estar junto a Elric tranquilizaba su espíritu. Más de una vez había mantenido a raya su desesperación tal y como había sucedido en el invernadero con sus suaves besos. Por extraño que al principio pudiera parecer, ella había intuido que ese ladrón no era tan feroz como pretendía. Se había excitado al comprobar que estaba delante de Pluma Blanca y había alejado de su mente la posibilidad de que ya se conocieran. «¿Sabe al menos quién soy? ¿No me reconoce?» Esas habían sido las palabras de Elric la noche que le clavó el cuchillo en defensa propia. El muy hipócrita era consciente de la relación que los unía, y aun así, había optado por el silencio. Por lo que ella no sería menos.

—No tiene escrúpulos, hace lo que haga falta con tal de codearse con gente noble —continuó Mildred.

Contempló la mesa donde la élite del Red Dragon estaba congregada. Ahora que cabía la posibilidad de que Elric no fuera tan sincero como ella creía, parecía como si los hermanos Smith, en lugar de amenazarlo, estuvieran recibiendo órdenes.

¿Podría ser parte de un plan perverso para ganarse su confianza y, de esa manera, adueñarse de la gema?

Jerry les ofreció dos jarras más de cerveza. Era curioso cómo, después de beber aquel brebaje, solo saboreaba el azúcar derretido bajo su lengua.

Con la garganta de nuevo humedecida, Mildred recuperó las ganas de entablar conversación.

—Te pareces mucho a una amiga mía. Tienes sus mismos ojos. —June, sin dejar de vigilar al grupo reunido, no le prestó mucha atención. —Se llamaba Adela, pero yo la llamaba Adi. —Lady Belford se violentó. Su abuela siempre había preferido el apelativo cariñoso de Adi, en lugar de Adela. ¿Podría tratarse de una casualidad?—. Se casó con un conde.

Adela había llegado a Londres desde España como polizón en un barco, así que no era de

extrañar que hubiera acabado en una taberna como esa. Cuando le contaba sus aventuras siempre se la imaginaba bella, radiante, con un vestido vaporoso lleno de relucientes piedras preciosas y un gran anillo en su dedo que su abuelo, el conde, le había regalado al declararse. Nunca contempló la posibilidad de que Adi fuera una más de las que esquivaban manotazos en el Red Dragon.

—¿De qué se conocían? —preguntó, tímida.

—Las dos solíamos venir por aquí. A todo el mundo se le caía la baba al oírla cantar. —June evocó la gran voz que tenía su abuela, pero enseguida se alarmó. ¿Qué más tuvo que hacer Adi para ganarse el sustento antes de conocer al conde?—. Tenía una caja de madera que siempre llevaba consigo —continuó Mildred—, allí guardaba los peniques que ganaba.

June tragó saliva.

—Esa tal Adi era... es decir... ¿iba con... hombres?

—Era demasiado remilgada, así como tú. Cantaba por unos cuantos chelines, nunca por follar. La muy estúpida escondía cada moneda en el doble fondo. Creía que nadie la veía, pero yo conocía su secreto. —Mildred arrastró las palabras como solo un borracho era capaz—. Se las quitaba en cuanto se descuidaba. —Sacudió el cuerpo a modo de risa—. Aunque *pa'* disimular le dejaba algo, ya me entiendes. —June asintió y casi se desnucó—. Hasta en su boda la maldita caja estaba allí, en medio de los novios con los anillos en su interior. Y a mí que me zurcieran. Su mejor amiga, y no fui invitada. —Mildred arrugó la barbilla, parecía estar a punto de llorar—. Tienes una pestañas muy largas, igual que Adi. Pobrecita, que Dios la tenga en su gloria. —La anciana se santiguó—. Ojalá no sufriera mucho.

June no le guardó rencor por robar a su abuela, presintió que no había tenido tanta suerte como Adi y sentía pena por ella. A punto estuvo de confesarle que su amiga había tenido una vida muy feliz y que su muerte, aunque no fue muy dulce, sí que fue digna, rodeada de todos los que la querían. Se contuvo. El ruido, el olor y el humo de la taberna le impedían olvidar dónde se encontraba. De repente, recordó lo que segundos antes había dicho Mildred sobre un doble fondo.

—¿Cómo era el compartimento donde guardaba el dinero Adi?

—No te entiendo.

—¿Podría esconder joyas o piedras? —June formó una especie de círculo.

—¿Para qué narices querría una piedra?

—Lo decía para saber si era lo suficientemente amplio para ocultar algo pesado y duro sin ser detectado.

—Supongo que sí. Qué preguntas más raras. ¿De dónde eres? ¿Cómo te llamas?

—¡Jerry! —gritó June—. Una pinta para Mildred.

La susodicha, satisfecha, se olvidó de su interrogatorio. Por si acaso, pidió otra cerveza más y se la llevó a Elric a la mesa. Esta vez caminó con paso firme; si Glover era tan temido y tan canalla como Mildred había dado a entender, no tendría sentido que temiera por su vida. Era la puta del amo.

Por primera vez desde la muerte de su padre, tenía motivos para ser feliz. Sabía dónde estaba el diamante. Desconocía si era prudente contárselo a Elric, ya que todavía no estaba segura de cuáles eran sus verdaderas intenciones ni de qué lado luchaba. Lo descubriría esa misma noche y decidiría el siguiente paso.

El deseo por alcanzar cuanto antes la libertad que simbolizaba la joya la obcecó y le impidió ver el peligro que corría al subir ese escalón y enfrentarse a la élite del Red Dragon.

## Capítulo 12

Elric la vio contonear sus caderas; andaba demasiado erguida para pasar desapercibida, y ni el pelo alborotado ni la cara sucia podían hacer desaparecer la dignidad que irradiaba. No entendía muy bien por qué sonreía ni por qué había decidido subir ese escalón. Creía haberlo dejado claro cuando la envió lejos con una palmada tan inapropiada que hasta temió que se girara y le diera un bofetón. A punto había estado en más de una ocasión esa noche. Aunque aquello no hacía más que evidenciar su primer juicio nada más conocerla: estaba loca, pero, muy a pesar suyo, era una loca en la que no podía dejar de pensar. Ni en ella ni en el diamante; si se hacía con él sería libre, tanto de los hermanos Smith como de aquel barrio y, sobre todo, de su última aventura, que lo tenía encarcelado en una jaula de oro: la viuda de Arundell.

June dejó la bebida sobre la mesa y se sentó encima de sus rodillas. Elric arqueó las cejas en señal de interrogación. Se había criado con mujeres de mala reputación y había sido amante de muchas otras infieles, libidinosas, traidoras, avariciosas y un sinnúmero de adjetivos igual de desdeñables, por lo que reconocía al instante a una dama ingenua y torpe, similar a June. Por mucho que quisiera imitar a las mozas de la taberna, no se había fijado en que estas levantaban sus faldas para sentarse encima de los caballeros, y June siempre tropezaba con alguna tela oculta del vestido. Solo había algo que lo desconcertaba de aquella señorita de alta cuna, y es que no era tan dócil como las demás. Cualquiera otra hubiera esperado en el cabriolé a que él cerrara el trato y consiguiera información sobre Isabella. ¡Qué demonios! No hubiera ni entrado. Pero llegados a este punto, la única opción que le quedaba era seguir con aquella farsa. Así que la cogió del pelo, la atrajo hacia sí y estrechó sus labios contra los de ella. Solo quería proporcionarle un escarmiento y que comprendiera dónde se había metido. En cuanto se echara hacia atrás, detendría su ataque. Para su asombro, Elric notó la lengua de ella en su interior, y una alarma incomprensible se encendió en su cerebro. No podía continuar con ese beso. Los hermanos Smith vitorearon al unísono.

—Ray —Elric se dirigió al hermano que lucía una cicatriz en la mejilla—, Neel —ladeó la cabeza hacia el otro gemelo—, ya he hablado suficiente, os toca decidir.

—A ver si lo he entendido. —Se rascó la incipiente barba uno de ellos—. Si te entrego a Isabella, ¿me lo quedo todo?

El duque asintió a la vez que sujetaba a June por la cintura para que no resbalara. Notaba su

respiración agitada. No sabía si deshacerse de ella y tirarla al suelo, como muchos borrachos hacían, hartos de las zalamerías de las putas. En su mente sonaba como la mejor alternativa. Por contra, sus brazos no aceptaban órdenes.

—Por última vez, ¿dónde está Isabella?

Una de la venas del cuello de Ray se hinchó, señal de que su estrategia no funcionaba. Sacó, raudo, el cuchillo de su bota y lo clavó encima de la mesa.

—Tu sonrisa y finos modales no sirven de nada. Tu era terminó hace mucho tiempo.

Elric incrustó el mango de su navaja en la madera. Era mucho más pequeña que la otra, pero más afilada. Lady Belford, asustada, saltó de las piernas del duque.

—Estoy cansado de tanta palabrería, llegó el momento de demostrar quién manda en el Red Dragon —gruñó uno de los gemelos, e hizo un gesto hacia dos individuos corpulentos. Estos se abalanzaron sobre June. Uno la amordazó y el otro le ató las manos a la espalda. La mayoría de clientes huyeron; otros se retiraron resignados.

Elric los apuntó con la pistola que había escondido en su frac.

—¡Suéltala!

—O si no, ¿qué, Elric? Somos demasiados para una sola bala. —Ray mostró sus dientes podridos, parecía satisfecho.

—¿La quieres a ella? Por siete chelines es tuya —chilló el duque.

—Yo creía que lady June Belford valía mucho más. —Los hermanos Smith rieron a carcajadas.

Elric estaba rodeado. La pistola solo le permitía un único disparo, y aunque matara alguno de aquellos malnacidos, el resto de los sujetos que había en la sala lo apresarían.

—¿Qué es lo que quieres? —Intentó que su voz no se quebrara.

—El diamante.

Glover suspiró; por un instante había pensado que la querían a ella. Pero solo era un medio para llegar hasta la joya, por lo que podía negociar. Bajó el arma y se volvió a sentar.

—¿Qué me propones?

Los hermanos, incrédulos ante la reacción de Elric, no supieron cómo proceder.

—El diamante o la mato —vociferó Neel.

—¿De verdad piensas que me importa? He estado trabajándomela todo este tiempo. Creía que me llevaría hasta el maldito brillante, y solo me ha causado problemas. —Elric bostezó—. Aunque he descubierto algunas cosas que podrían servir de ayuda.

June intentó deshacerse de las cuerdas que sujetaban sus muñecas, pero solo consiguió que estas sangraran.

—Soltad a la chica. ¿Qué tienes que decir al respecto, preciosa? —Ray se acarició la cicatriz.

Cuando June se sintió libre, se abalanzó sobre Elric.

—¡Malnacido! ¡Hijo de la gran perra! Todo ese rollo de ser socios solo era un truco. —Le tiró de los pelos y le arañó la cara.

Los hermanos Smith y el resto de la cuadrilla del Red Dragon se burlaron, sin intención de

separarles. Elric se vio en la necesidad de atajar el asunto. Se situó a sus espaldas y la agarró por la cintura.

—Cálmate o nos matarán a los dos. —Lady Belford parecía poseída por un demonio, y el duque temía que de verdad hubiera enloquecido. Y no tenía ganas de pasarse el resto de la vida acudiendo a un manicomio.—. Solo hay que darles una pista falsa y todo habrá terminado. —Entonces lo comprendió. Nunca permitiría que se la arrebataran de su lado.

June dejó de protestar. Elric la soltó. Ella se recompuso el pelo y se alisó el vestido.

—Necesito beber —dijo al mismo tiempo que tomaba asiento.

\*\*\*

Un silencio incómodo impregnó el ambiente, unos minutos que lady Belford aprovechó para calmar su respiración; se obligó a contar para dejar el temor atrás. Entre número y número le sobrevenía una imagen tras otra; resumían sus vivencias con aquel granuja de ojos verdes que la dejaba sin aliento. Era un ladrón que se había convertido en duque y, más tarde, en un samaritano en busca de una niña en peligro, para luego revelar su verdadera identidad: un estafador con un único objetivo, el diamante. Una serpiente a quien le daba igual engañar, mentir o traicionar. Pero June no quería fingir por más tiempo. No le importaban las damas que habían caído en su trampa. Lo único válido era como él la trataba, y de momento estaba respetando el pacto. Si quería teatro y pistas falsas, ella se lo proporcionaría.

—Sé dónde está.

Elric bloqueó a los hermanos Smith, que intentaban llegar hasta June.

—Ha perdido el juicio, ¿no lo veis? Si de verdad tuviera el brillante, habría huido muy lejos.

June observó sus uñas y se arrancó una pielecita de los lados. Alzó la vista hacia los que la asediaban y se encontró con algo que no esperaba: Elric en todo su esplendor, más alto que los gemelos, con la camisa rasgada. ¿Eso se lo había hecho ella? Podía entrever un torso musculoso y terso, el mismo que recordaba de cuando curó su herida. Durante un minuto, se sintió desfallecer. La tensión le provocaba un insoportable dolor de cabeza. Tal vez sería mejor que él llevara las riendas de la situación.

—¡Cierra la boca de una vez! —continuó Glover, colérico—. No sabes de lo que hablas.

En otras circunstancias se hubiera rebelado contra aquella orden tan despectiva, pero no era más que una pista cifrada de Elric para que ella continuara con la farsa. No podía dejarse vencer por los hermanos Smith. Eran toscos y de corto entendimiento, por lo que sería fácil provocar que se enfrentaran entre ellos o al menos que dudaran del propósito de sus actos.

—Albert Kellogg lo tiene escondido en el despacho de mi padre. Después de matarlo, se adueñó de mi casa y de todas sus pertenencias, incluido el diamante azul.

—No puede ser —bramó Ray —, yo estaba allí cuando desvalijamos la casa.

—Lo sé —continuó, impertérrita, June. Limarse las uñas era un buen truco para no pensar en los

individuos que estaban a punto de matarla—, yo también, igual que cuando Albert encontró la joya escondida tras la tela de un cuadro de mi familia. Os ha engañado. Hasta tiene un comprador.

—¿Por qué deberíamos creerte? El señor Kellogg nos ha contratado precisamente para buscarlo —aclaró Neel.

—¿A cambio de qué? —Si querían un digno oponente, lo tendrían—. Todo lo que os pueda dar no es más que limosna para teneros entretenidos, mientras él realiza el verdadero trato con Frederick Freeman. Lo que no sé es cuándo se realizará el intercambio, pero lo podría averiguar.

El duque enarcó las cejas al oír el nombre del barón, pero enseguida su rostro volvió a adquirir los rasgos agresivos propios de un vikingo, o así lo creyó June, que temió que su desconcierto lo estropeará todo. En realidad, no había dicho ningún disparate: Albert y Frederick negociaban canjearla, solo que el lugar de la boda todavía no se había establecido.

—¿Por qué has tenido que revelar el nombre? No podrías ser más estúpida. —Elric enseguida siguió el juego.

—Y tú no eres más que un bastardo. —Aunque estuvieran interpretando un papel, June no pudo resistirse y le devolvió de manera premeditada el insulto por haberla hecho callar.

—¿Pretendías quedarte con esa información para ti solito? —amenazó uno de los gemelos con una navaja.

—Me lo he ganado, después de tantos días soportando sus tonterías de niña rica.

—Estoy harto —se quejó Neel—, cortemos su cuello y robemos de una vez el puto diamante de los cojones.

El otro gemelo frenó a su hermano.

—Tranquilízate, al fin y al cabo la condesita no va mal encaminada. Lo que nos interesa es el dinero.

—Una vez que sepamos dónde se va a producir el trueque será muy fácil robar a ambos —informó Lady Belford, coqueta.

—No has entendido nada, muñeca. —Ray mostró la lengua—. Aparte de follar, ya no nos sirves para nada.

June creyó que se iba a desmayar. Miró a Elric, la intimidación que surgió entre ellos sin hablarse la desorientó.

—¿Por qué crees que todavía no me he deshecho de ella? La necesito dentro. Es la prometida de Frederick Freeman —reveló el duque.

—Ahora comprendo por qué la defiendes con uñas y dientes. Por un momento pensé que te importaba de verdad, que te habías vuelto a enamorar. Y ya sabemos todos cómo acabó la última vez —se burlaron los dos gemelos.

—Vamos, chicos —Elric habló en tono amistoso—, si empezamos a sacar los trapos sucios, no quisiera irme de la lengua y contarles a todos cómo dejasteis morir al conde en manos de Kellogg.

—Fue un accidente —se apresuraron a afirmar los hermanos.

—Yo mismo vi cómo Albert le clavaba la espada, y ninguno lo detuvo. —El duque elevó la voz

para que los hombres que formaban la banda del Red Dragon lo escucharan alto y claro—. Os conozco a cada uno de vosotros desde que éramos niños. Os di trabajo, ropa y comida para vuestras familias... no somos unos asesinos.

—¡Nos abandonaste! —protestó un muchacho desde lejos.

—Te equivocas, Gypsy. Estoy a punto de convertirme en duque, la mejor estafa que hayáis podido imaginar. Y solo mis leales compañeros de fatigas se van a beneficiar de ello.

—No si te matamos primero. —Neel tomó la pistola abandonada en la mesa.

—Atrévete. —Elric pegó su pecho al arma.

—¿Cuánto os pagan los Smith? Lo doblo. —June desafió al grupo.

Los mismos que poco antes la habían apresado y atado sus manos se abalanzaron sobre Neel; al caer al suelo, el revolver se disparó. Elric se arrojó encima de June y ambos chocaron contra el piso de madera.

—¡Quítate de encima, rufián, embustero! —Todavía no sabía si perdonarlo por haberla puesto en peligro.

—¿No se te ocurre nada mejor? —Elric se levantó resignado y se sacudió el polvo de los pantalones y la chaqueta.

Los hermanos Smith fueron amarrados a sendas sillas, y los diez tipos en la sala que antes no habían movido ni un solo dedo para salvarlos, permanecieron en silencio, a la expectativa.

—Encerradlos en el sótano. Y traedme a Isabella de inmediato —ordenó Elric.

—Ella es la que paga, ella manda —dijo Gypsy.

Elric habló casi sin mover los labios.

—¿Con qué dinero les vas a compensar, señorita «soy la más inteligente»?

—Ya lo pensaré luego —murmuró June—. ¿Qué digo ahora?

Elric sonrió entretenido.

—Tú eres la jefa.

Un incesante martilleo le golpeaba las sienes; no podía pensar con ese dolor. Estaba aterrada. Ojeó a Elric y, a pesar de haber ganado aquella pequeña batalla contra los hermanos Smith, no estaba relajado. No creyó perder ninguna credibilidad si intentaba conseguir información sobre la niña. Los muchachos esperaban sus palabras.

—Torturadlos hasta que os digan el paradero de Isabella.

—¡No eres más que una puta! —aulló Ray.

June recogió el arma tirada en el suelo, sabía muy bien cómo manejar una. Su padre le había enseñado, y tenía muy buena puntería. Bajó un escalón y apuntó en la frente del hermano cuyo rostro ella misma había marcado de pequeña. Recordaba con nitidez su aliento y su intención de raptarla, lo más probable es que hubiera hecho lo mismo con la ahijada del duque.

—Por última vez, ¿dónde está Isabella?

—No osarás... —la desafió el gemelo.

—Tapadle la boca. —June tiró del pestillo hacia atrás, a punto de disparar.



—Está con su madre —habló el otro hermano.

—Encerradlos. —Lady Belford sonrió hacia Elric—. Problema resuelto. Tu querida Isabella está sana y salva. Tanto lío para nada.

—Es el peor lugar donde podría estar —dijo el duque, enfadado, y abandonó la taberna.

—¡Espera! —June corrió hacia él, pero dos individuos la detuvieron.

—¿Y nuestro dinero? —preguntó el mismo que se había encarado con Elric.

—¿Qué día os retribuyen los hermanos?

—Una vez por semana.

—¿Cuánto?

—Quince chelines.

—¿Me habéis tomado por tonta? —Sabía que los jornaleros de su padre cobraban siete chelines y se consideraban muy afortunados, por lo que hizo un cálculo rápido con la intención de comprar la fidelidad de aquellos sujetos—. Yo os pagaré quince chelines cada dos semanas. —Aún sostenía la pistola, por lo que su frase sonó mucho más convincente.

—Mañana es final de mes. —Gypsy dibujó una mueca a modo de burla en su rostro.

June respiró hondo, su intención era ganar tiempo sin tener que defraudarlos. Cumpliría su promesa, aunque no sabía cómo.

—De acuerdo. Mañana discutiremos el nuevo organigrama. Nombraré a mis ayudantes, que mandarán en mi ausencia.

—¿Cómo piensas hacerlo? No nos conoces. —El pequeño y molesto individuo no dejaba de detener sus avances.

—Elric me ayudará. Si me dejáis pasar, intentaré alcanzarle.

—No vas a volver.

—Si queréis vivir en lugar de sobrevivir en esta pocilga, es vuestra mejor opción. —La miraron extrañados; otra vez debía dar más explicaciones de las necesarias. Esa gente no entendía su vocabulario, y eso que se había esforzado en sonar lo más plebeya posible—. ¡Que si queréis ver las monedas, me tenéis que dejar pasar!

Cómo había podido urdir tantas pistas falsas en un momento y sonar convincente, era un misterio. Sin embargo, deseaba resarcirlos, y tal vez vieron en sus ojos el interés y la ambición. Ser la jefa del Red Dragon, como la habían llamado, sonaba descabellado, aunque debía admitir que le gustaba.

—Más te vale aparecer mañana, si no yo mismo iré a tu casa y mataré a toda tu familia —amenazó Gypsy, el más joven del grupo.

June salió de la taberna. Sus pulmones parecían necesitar todo el oxígeno de la ciudad. Para no delatar su nerviosismo había intentado controlar su respiración, y lo que había conseguido era lo contrario. La falta de aire, seguida de una excesiva ventilación, le pasó factura. Sintió como si le fallasen las fuerzas. Un desagradable pitido en los oídos le advirtió que estaba a punto de desmayarse. No era la primera vez. El médico le había dicho a sus padres, años atrás, que se

trataba de algún trastorno del alma, y que debían realizarle varios sangrados para restablecerla, algo a lo que se negó en rotundo el conde. Ella sabía muy bien que la culpa la tenía el corsé. Cuando por fin decidió rebelarse contra aquella pieza, su salud, como por arte de magia, mejoró. Su madre le retiró la palabra durante varias semanas, pero, en lugar de ofenderla, le dio más libertad para trotar por el campo sin vigilancia alguna. Su madre claudicó en su enfado y entendió que sería una ventaja tener a alguien que les cuidara de mayores, y procuró no incomodar a June con más bailes ni con la búsqueda de marido. Hasta que el suyo enfermó, y descubrió la mala situación económica de la familia. Fue entonces cuando la trajeron a Londres con la esperanza de encontrarle pronto un buen partido.

La vista de June se nubló, puntos negros danzaron ante sus ojos. Un sudor frío le recorrió la frente y la espalda. Sin energía para luchar contra aquella debilidad, se dejó caer. Se tornó todo oscuro, acompañado del pitido incesante. Estaba preparada para la dureza del suelo, pero unos brazos la sujetaron.

## Capítulo 13

—¿Por qué la has traído aquí? A estas alturas la ciudad entera la estará buscando. Si la encuentran en un sitio como este... —La voz de la mujer era aguda, demasiado chillona para el gusto de June, aunque se esforzaba por susurrar.

—¿Desde cuándo te preocupas por la reputación de otros? —Era Elric, que carraspeaba al intentar hablar en un tono más bajo de lo habitual.

—No es por ella, imbécil, sino por el burdel. Un escándalo no nos beneficiaría.

—Más bien al contrario, ¿no crees? El morbo siempre atrae a la carroña.

—Nuestros clientes son distinguidos.

—Lobos disfrazados de corderos. —Elric levantó la voz, parecía hastiado.

—No quiero discutir otra vez. En cuanto despierte, os largáis.

—No sin Isabella.

—Ya te he dicho mil veces que no está aquí.

—No me mientas, Kate, y dime dónde está tu hija.

Las voces se alejaron. June se moría de curiosidad por saber cómo era el rostro de esa mujer a la que Elric había nombrado de manera tan familiar. Sin duda, la madre de Isabella; era joven, y seguramente bonita, y unos incomprensibles celos la invadieron.

Abrió los ojos de golpe. El techo de la cama de madera empezó a dar vueltas. Un dosel carmesí la aislaba del resto de la habitación. Contó hasta diez para calmarse. Apartó el dosel y pudo comprobar, angustiada, que en efecto se encontraba en una casa de mala reputación. Miró por la ventana y comprobó que todavía estaba oscuro. La noche más larga de su vida. ¿Es que no terminaría nunca? Al instante se detestó por pensar en su casa, su familia y la seguridad de su alcoba. Por la insistencia de Elric en buscar a su ahijada y el odio en sus últimas palabras dirigidas a Kate, supo que Isabella no estaba tan a salvo como ella creía.

Había empezado su aventura llevada por un instinto salvaje. Pretendía escapar, ser libre, igual que Elric, pero los acontecimientos posteriores le habían dado la impresión de que el futuro duque nunca lo había sido. Siempre pendiente de no perder credibilidad, fuerza e ingenio ante su grupo de delincuentes. Imposible mostrarse débil aunque fuera contra su voluntad; cualquier signo significaría la muerte. Sonrió al recordar cómo su hermana exageraba cualquier contratiempo surgido durante las fiestas de temporada y se expresaba en términos parecidos. «Eso podría ser mi

muerte». Sin duda se refería al mundo social, a volverse indiferente ante los ojos de la alta burguesía y la aristocracia. Aquel desasosiego que Libby manifestaba la hacía reír, puesto que ella ya había sido desahuciada de ese entorno y no se asemejaba para nada a la muerte. Aunque la miraran mal y cuchichearan a sus espaldas, no se podía comparar con lo que estaba viviendo. Un paso en falso, y Dios sabe lo que podría ocurrirle a ella o, peor aún, a su familia.

Contempló su alrededor: el suelo estaba enmoquetado, y las paredes, cubiertas por tres paneles de tela en los cuales estaba representados extraños seres mitológicos. June aguzó un poco más la vista; a derecha e izquierda aparecía el mismo ser con cuernos y una gran verga tiesa a punto de ser introducida en diferentes damiselas. Una estaba encorvada y mostraba sus nalgas; en otro panel, dos muchachas desnudas rezaban con la boca abierta, y en el último, dos demonios acechaban a una sola hembra, que corría asustada. Se echó hacia atrás, se sentó en medio de la cama y escondió la cabeza en sus rodillas. Tenía que salir de allí. Abrió la puerta y caminó por un largo y estrecho pasillo que olía a vino y a una fragancia que no identificaba. Se topó con una doncella que a simple vista parecía una niña por su estatura, pero al acercarse comprobó que tenía el rostro lleno de arrugas. Sujetaba un pequeño objeto de latón de forma esférica con incrustaciones grabadas; cuando apretó una bola al final de un cordón negro, un líquido se esparció por el aire. Era perfume de rosas, ella también tenía un artefacto parecido, pero el suyo era más grande y de plata. Decían que en ese metal precioso el olor se mantenía más vivo e intenso.

—¿Eres nueva? —le preguntó la mujer—. Ve a cambiarte, si te descubre *madame* Katerina con estas pintas, te echa a la calle.

June fue consciente de que el barro se había secado tanto en su cara como en la tela de su traje de luto, y tampoco deseaba desentonar.

—¿Dónde puede encontrar algo decente? —Arrugó la nariz, tal y como había hecho, segundos antes, su interlocutora.

Esta le señaló unas escaleras que bajaban hacia el sótano.

—En la cocina te darán un paño y agua para que te limpies. No creo que sea buena idea que cojas prestado ningún vestido, aunque si consigues convencer a alguna de las chicas... es cosa tuya —concluyó la señora al mismo tiempo que se afanaba en rociar los techos del pasillo con ese olor dulzón a rosas marchitas.

Oyó un grito, seguido de risas tanto masculinas como femeninas. El chirrido de una puerta la alertó. Apresuró el paso hasta la planta baja.

June nunca imaginó una cocina de burdel tan limpia y brillante como aquella. El suelo era de piedra, y el techo, curvado. Los armarios colgados de las paredes eran de color verde. La batería de cobre estaba suspendida por ganchos de hierro encima de los fogones. Poseía dos hornos, fuego central, puertas dobles y una rejilla para calentar platos, igual que en su casa, algo que le fascinó. El negro del hierro, el naranja del cobre y el verde de los armarios confería a la estancia

una modernidad sin igual. Una doncella de grandes dimensiones se movía, ágil como una bailarina. June adivinó, antes que esta se girara con una bandeja, que un pastel de carne se había cocido entre las llamas. Se balanceó hacia adelante.

—¡En mi cocina no! —chilló la mujer—. Está prohibido desmayarse, vomitar o eructar, ¿lo entiendes?

June asintió sin poder apartar la vista de la empanada que sostenía la cocinera. La llevó hasta una gran mesa de madera de pino en la que estaban apilados platos y cubiertos. Su estómago rugió. Esa noche casi no había probado bocado y le pasaba factura. Arrastró una silla con la intención de sentarse.

—¡Ni se te ocurra sin antes asearte, muchacha!

La mujer le señaló una jarra y una palangana de porcelana en un rincón. June se lavó las manos y el rostro, y se pasó los dedos húmedos por algunas manchas que tenía en el vestido; dejó por imposibles otras que parecían parte de una segunda piel.

Escuchó la cháchara animada de jóvenes. Una a una entraron en la sala. June, que esperaba chicas de mejillas sonrosadas, parecidas a las de la taberna del Red Dragon, se encontró que aquellas señoritas no tenían nada de bobaliconas. Más bien la atemorizaron.

Algunas eran estilizadas y poseían ademanes elegantes, otras eran bajas y de caderas anchas. Todas llevaban el pelo suelto y vestían con batines de seda de colores chillones. Los labios carmesí y los ojos semicerrados. Cada una cogió un plato de la pila y cubiertos. June quedó ensimismada, como si se tratara de un lienzo que había cobrado vida.

Una pelirroja saltó de dos en dos los escalones de la entrada, al igual que una chiquilla que inventa su propio juego. Portaba plumas alrededor del cuello y vestía con un corto camisón que June nunca había visto. Uno de los tirantes resbaló de su hombro y mostró un pezón erecto, demasiado marrón para su gusto.

—Marjorie, ve a cambiarte. No permito esas indecencias.

—Es que tengo mucha hambre, y un cliente me espera.

—Como si es el mismísimo príncipe —amenazó la cocinera.

June aprovechó para sentarse y llenarse el plato.

—Come deprisa, antes de que Marjorie regrese. Ese es su sitio y no me gustaría salpicarme con tu sangre.

Lady Belford ojeó de refilón a la chica de su derecha.

—Soy Lucy, ¿y tú?

—June —dijo con la boca llena. No quería llamar demasiado la atención. Solo descansar y comer algo. Le disgustaba admitir que lo único que deseaba era salir de allí cuanto antes y volver a la comodidad de su hogar. Y eso solo lo podía conseguir una vez que la ahijada del duque de Arundell estuviera por fin a salvo.

—¿Eres una de las vírgenes? —Lady Belford se atragantó. Lucy le dio unas palmaditas en la espalda y le ofreció su propio vaso—. Solo es té. Te sentará bien. —Desconfiaba de cualquier

bebida que se sirviera en una jarra de latón como aquella, pero si había podido con la cerveza de la taberna, no tendría problemas con un poco de té. Bebió un sorbo, y una agradable quemazón bajó por su garganta—. Me gusta bastante cargado —comentó Lucy—, así la noche pasa más deprisa, ¿no crees?

La sonrisa de la meretriz era radiante y angelical. Pese a todo el maquillaje, sus ojos azules resplandecían. La melena rubia era tan lisa que June no creyó que fuera natural. No le faltaron ganas de alargar la mano y tocar esos finos cabellos. Pero se contuvo. Algo que había dicho la muchacha no tenía sentido.

—¿Cómo sabes que soy virgen?

—Por tus manos.

June las observó. Dedos alargados y suaves. Muy diferentes a los que mostraba su compañera. La piel estaba agrietada, roja, y en las palmas tenía unos pequeños bultos.

—Son callos de fregar —le aclaró Lucy—. Cualquier puta trabaja antes de saber hablar, por lo que es imposible que seas una de nosotras.

—¿Quién se supone que soy?

—Tal vez una institutriz venida a menos que ha decidido subastar lo único que le queda: la virginidad. Eres demasiado mayor, no creo que saques mucho por ella. Tienes demasiada competencia.

June no se sentía cómoda ante la franqueza de su nueva amiga. Y no estaba acostumbrada a ese vocabulario. Quiso acabar cuanto antes con aquel mal entendido.

—No sé de qué hablas.

—No seas tonta. Los tienes que tener bien puestos si piensas que vas a sacar más que una de doce años.

—¿Perdona? —No podía creer lo que acababa de escuchar.

En alguna parte, una criatura de esa edad iba a subastar su virginidad. Qué estúpida había sido, no estaba en el despacho de su padre leyendo las noticias e indignándose por las injusticias del mundo. Tampoco se trataba de una de las típicas conversaciones banales en los salones de baile, en los que todos estaban de acuerdo con la inmoralidad de esas señoritas. Se encontraba en el momento y en el lugar adecuados para ser el titular de una de esas primicias, y eso la horrorizó todavía más.

—Tal vez he metido la pata. ¿No serás periodista?

—¿Por qué un periodista querría infiltrarse en una casa como esta?

—Te sorprendería saber cuántos lo han intentado. Buscan chismes de nuestros ilustres clientes. —Lucy rozó su cuello—. Yo puedo ofrecerte un montón de ellos.

—¿Qué sabes de Isabella? —June evitó echarse hacia atrás. La joven rubia había invadido su espacio vital y se sentía violenta. Aun así, permaneció en su sitio mientras la meretriz restregaba su pierna contra la suya.

—No soy gratis, cariño.

—Y yo no soy periodista.

Lucy se apartó, confundida.

—¿No serás una de esas monjas de las Almas Descarriadas?

—No, pero te vendría bien escucharlas.

—¿Qué sabrás tú? —Sus ojos se volvieron opacos—. He servido en muchas casas para comprender que es mejor ser solo una puta que una criada a la que pueden follar cuando al amo le venga en gana.

June no quería oírlo. Siempre había creído que era valiente, sin escrúpulos, capaz de manejarse con la misma confianza que un hombre. Se consideraba una superviviente solo por desafiar a la aristocracia y rechazar sus bailes. Al oír a Lucy hablar, se sentía igual de superficial que aquellos a quienes ella despreciaba, ignorantes de lo que sucedía en su propia ciudad.

La muchacha volvió a sonreír, cándida.

—Cinco chelines y te lo cuento todo.

—No me interesa tu vida. —Era mentira, en otro momento la hubiera acribillado a preguntas—. ¿Es Isabella una de las vírgenes?

—No me suena ese nombre.

No podía dejar escapar la oportunidad.

—Solo te pagaré si la información es buena, si no, olvídate.

—Tal vez pueda ayudarte... —contestó Lucy de manera distraída.

—¿Dónde puedo encontrarla?

—Te va a costar mucho más que unos cuantos chelines. —Lady Belford se mordió el labio, no tenía nada de valor excepto su palabra—. Primero la pasta o te rajo —susurró la meretriz.

—No te atreverás.

—No sería mi primera vez. —Lucy apretó la punta de un cuchillo contra su vientre. Por suerte era redondo, como los de cortar pescado, y solo le rasgó la tela del vestido.

—¿Por qué tanto empeño en esconder a Isabella?

—Es mi coartada para salir de aquí.

—¿De qué hablas?

—De mucha plata. —Acercó el estilete a la piel de June, y esta empezó a entender por qué esa muchacha protegía con tanto recelo su mercancía: había llegado a un acuerdo con un cliente. Isabella no era más que una joya para un ladrón, solo tenía el valor que otros pudieran darle.

—Esta vez has ido demasiado lejos. ¿Cómo piensas que reaccionará Kate cuando se entere de que vas a subastar a su hija?

La hoja se hundió en su vientre, la fuerza suficiente para provocarle un rasguño, pero no para matarla.

—¿Quién crees que lo ha organizado todo?

Los ojos de June se humedecieron. No podía asimilar lo que acababa de descubrir. Seguro que mentía.

Sonó una campana, y la cocinera se dispuso a recoger la mesa. Lucy aprovechó para levantarse junto a June, la una pegada a la espalda de la otra, y arrastrarla escaleras arriba, tal y como habían hecho las demás.

\*\*\*

Elric recorrió el burdel en busca de algún indicio sobre Isabella; no era una chiquilla problemática, aunque sí muy independiente. Desde bien pequeña la había enseñado a sobrevivir en un mundo lleno de hienas, y Kate, su madre, era una de ellas.

Temía que la echara de menos. Siempre creyó que alejarla de esa mujer era lo mejor que podía hacer por Isabella, pero en esos momentos le remordía la conciencia. Una niña necesitaba el consejo y la atención de una dama, pero la viuda de Arundell y Leonor no eran el ejemplo que Elric perseguía. Tal vez June fuera la más indicada para que su ahijada se viese reflejada: valiente, educada, segura de sí misma y con las ideas claras. Eso es lo que más anhelaba, que la pobre criatura, nacida en medio de una continua lucha por la supervivencia, se convirtiera en su propia redentora.

Hacía más de una década que no pisaba el burdel donde había nacido y se había criado, y se asombró al comprobar el gran trabajo de remodelación que había realizado Kate, hija de *madame* Blanche; a su muerte, como favorito de la dueña, Elric heredó el prostíbulo, y a los pocos meses nació Isabella. Ser el amo de una casa medio en ruinas, ocupada por jóvenes que vendían sus cuerpos para comer, empezó a disgustarle. Cambió algunas normas establecidas desde hacía años: terminó con las bandas de niños; los hijos de las meretrices serían bien atendidos. Se ofrecerían tres comidas al día y se dejaría de cobrar por la cama y las sábanas limpias a las propias chicas. Aun así, se le revolvía el estómago cada vez que Isabella era acunada por la prostituta de turno. El destino de la pequeña lo persiguió hasta en sueños: un día despertó de una pesadilla en la que sujetaba su cuerpo inerte, y una luz dorada procedente del cielo lo señalaba culpable. Decidió, esa misma noche, alejarse, alterar el rumbo de su existencia por ella, para que se convirtiera en una dama respetable.

Muchas de las muchachas que trabajaban allí cuando era niño habían desaparecido o se habían hecho mayores, y era de suponer que las hubieran arrojado a la calle. Su lugar lo ocupaban criaturas ingenuas llegadas del campo, demasiado jóvenes para entender que nunca podrían salir de ese hormiguero donde la reina madre ejercía su poder. Pese a todo, admiró la gestión de Kate: había logrado convertir un antro en un local fino y elegante, con cargados adornos de oro y cortinas de terciopelo rojas, alfombras del mismo color y una gran variedad de doncellas para cada tipo de cliente. También se percató de que había establecido una alianza con los hermanos Smith; dos sujetos que antes estaban bajo su mando ahora vigilaban la entrada.

Kate le había dado libre acceso a las instalaciones; él todavía figuraba como amo y señor, por lo que no le convenía llevarle la contraria. Preguntó por Isabella a las muchachas que se le



acercaban con claras intenciones de atraerlo hacia la cama. Acostumbrado a las lisonjas, se dejó alabar hasta que se negó a escoger a una de las meretrices, que pelearon por él e, incluso, llegaron a un acuerdo para ofrecerle dos al precio de una. Sin duda, eran bonitas, agradables y olían bien, algo que las distinguía del resto de los burdeles de Londres. Les preguntó si habían visto a una pelirroja con el rostro lleno de pecas corretear por los pasillos o esconderse tras cualquier puerta; a Isabella le gustaba jugar a espías, y más de una vez la había descubierto en un lugar poco apropiado. No tuvo éxito. Un miedo irracional las paralizaba en cuanto nombraba a Isabella, y no era casual. Kate vigilaba cada uno de los movimientos de las chicas.

Bajó a la cocina y se decepcionó; había llegado tarde a la cena y sería mucho más difícil interrogarlas una por una. Estuvo a punto de tumbar cualquier objeto que estuviera por medio.

—Señor, ¿se encuentra bien? —Miró a la cocinera como si fuese un espectro—. ¿Le sirvo un poco de pastel de carne?

—¿Cuánto hace que trabajas aquí?

—Medio año, señor.

—¿Estás contenta?

—Antes servía en una gran casa, antes de...

—¿Quedarte embarazada? —Elric señaló su abultada barriga. Puede que a muchos les pasara inadvertida, ya que era muy alta, de grandes brazos y cuello grueso y flácido, pero Elric había vivido demasiado tiempo entre damas para saber distinguir cuándo una estaba obesa o encinta.

—La señorita Katerina ha sido muy amable conmigo...

—¿Te gustaría volver a servir en una mansión?

—No me importaría que fuera una casa modesta, con tal de...

—¿No estar aquí? —Aborrecía a las personas que terminaban las frases de los demás, pero esa muchacha estaba demasiado asustada. Todavía sujetaba la bandeja de la comida como si fuera su escudo protector y, a la vez, daba unos pasos hacia atrás cuando Elric hablaba.

—Si tengo que recomendarte, necesitaré catar un plato, ¿no es cierto?

—Claro, señor. —A la cocinera se le iluminaron los ojos y le sirvió un buen cuenco.

Elric, hambriento, probó la receta. Sabía igual que olía.

—¿Sabes quién soy?

—Sí, excelencia, todas las chicas hablan de usted. —La joven inclinó las piernas a modo de reverencia.

—Podrías trabajar para mí, ¿qué te parece? Necesitamos ayuda en Arundell House. Tendrías una habitación amplia donde poner una cuna.

—¿Sería maravilloso! —Acarició su vientre.

—Entonces, cuéntame lo que nadie quiere. ¿Dónde está Isabella?

—La señorita Katerina me ha dado un trabajo, mientras que otros me echaban a la calle.

—Y yo te doy la oportunidad de criar a tu hijo en un sitio diferente.

—A usted no le ha ido tan mal.

Elric volvió a llenar la cuchara.

—¿Cómo te llamas?

—Doris, señor.

—Mírame, Doris, ¿qué crees que tengo?

—Poder...

—¿Sabes cómo lo he conseguido?

—¿Matando?

—¡Por Dios! No. Ciertamente que he tenido que pelear, pero todo ha sido gracias a este pelo, a estos ojos... ¿Crees que tu hijo tendrá lo mismo? —Odiaba diferenciarse de los demás por su aspecto, creía tener otras cualidades mucho más interesantes, pero la vida era cruel, y si uno poseía buenas facciones, se le abrían puertas que para otros permanecían cerradas.

La muchacha negó con la cabeza.

—¿Y si es una chica? ¿Crees que podrá tener una infancia feliz aquí?

Esa sugerencia despertó en él una herida que creía cerrada. Tiempo atrás había intentado librar a la hermosa Kate de los brazos de un cliente de la casa, pero era un niño demasiado débil en comparación con aquel tipo. Durmió a su lado una vez este se hubo marchado y dejado unas cuantas monedas en compensación. Difícil discernir si ese fue el punto de inflexión en el que reparó en la iniquidad de su propia vida. La belleza no siempre formaba parte de un final feliz.

Elric cogió la bandeja que Doris sostenía y la colocó encima de una repisa.

—¿Dónde está mi ahijada?

Las pupilas de la mujer se dilataron.

—Yo no lo sabía, creía que era una más...

—¿Y eso le da derecho a secuestrarla?

—No, la señorita Katerina no haría algo así... Solo la está preparando. Ella es buena...

—Doris —arrastró cada una de las letras de su nombre con la clara intención de hacer personal aquel asunto—, no puedo ayudarte si tú no me ayudas.

—Esta noche es la subasta de las vírgenes.

Los ojos de Elric pasaron de un verde oscuro a un rojo diabólico.

—Creí que al morir la madre de Kate todo esto había terminado. —Recordaba la paliza que le había dado al último energúmeno que se había atrevido a comprar a una menor en su local.

—Pues desde que estoy aquí, se celebra cada mes. A este paso se van a quedar sin vírgenes. — Se atrevió a bromear la cocinera.

Elric, en lugar de palidecer ante tal descubrimiento, enrojeció. Los músculos de sus brazos parecían estar a punto de rasgar otra camisa. Tiró una silla al suelo y, no contento con el ruido que había provocado, levantó la mesa, incluidos los platos y cubiertos sucios que habían dejado las chicas, y la arrojó hacia la pared.

—¡Kate! —Su voz, al igual que un trueno, sacudió los ventanales de la casa, desde el sótano hasta la última planta.

## Capítulo 14

Arrojaron a June a la oscuridad de una buhardilla y cerraron la puerta con llave. Tenía la esperanza de averiguar algo mientras Lucy la amenazaba, pero lo único que consiguió fue que la hicieran cautiva en una habitación atestada de muebles roídos por las ratas. Al principio, su frustración le impidió oír los sollozos, pero, a medida que su mente se apaciguaba, identificó unos gemidos. Intentó no tropezar con los objetos que, en la penumbra, se mostraban cubiertos por sábanas. Entrecerró los ojos y apreció una silueta.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

—No te acerques. —Sin duda, su búsqueda había terminado. Era la misma voz mandona de Isabella.

—Soy lady June Belford, ¿te acuerdas de mí?

—Un paso más, y te mato.

June detuvo su avance.

—Estoy segura de que tienes una navaja o algo que habrás construido tú misma para clavársela a alguien, pero no a mí.

—¿Ha venido Elric contigo?

—Pronto nos sacaré de aquí, no te preocupes.

Sintió cosquillas en sus pies y se estremeció al pensar en un animal invertebrado, pero luego noto un cálido abrazo. Isabella se había refugiado en ella y lloraba desconsolada. ¿Qué había sido de la chiquilla arrogante y valiente que había conocido? Que su madre intentara deshacerse de ella, como un carnicero en el mercado, le bajaba la autoestima a cualquiera.

—Tranquila. —June le acarició el pelo.

Tenía serias dudas de que Elric la encontrara allí, aunque solo era cuestión de rebuscar en todas las habitaciones del burdel. ¿Cuántas podría tener? ¿Veinte, treinta? A ese paso nunca llegaría a la buhardilla. No podía aguardar por más tiempo a que un hombre la socorriera. Tenía que demostrar que era autosuficiente y que no necesitaba ninguna clase de protección.

Un ruido la dejó sin aliento, aguzó el oído con la ilusión de escuchar su voz. Pero la cerradura no se giró. Él no apareció. Y se maldijo por seguir esperándole.

—Tal vez entre las dos podamos romper la puerta a patadas.

—Ya lo intenté. Mi madre... bueno... Kate ha puesto un centinela. Uno de los esbirros de los

gemelos Smith.

—¿Cómo lo sabes?

—Lleva tatuado el dragón rojo en su mano.

—¿Qué poder tiene ella sobre un bandido como ese?

—Este es el territorio de los Red Dragon, se les ofrece un tanto por ciento de los beneficios del negocio a cambio de protección.

Impotente ante tal demostración de sadismo, June no sabía si sentir piedad por la muchacha o fascinación por cómo sobrellevaba su propia desventura.

No quería ser parte de ella; una víctima más de una sociedad injusta regida por una doble moral. Debían huir por sí solas, esa era la única vía de escape que nadie esperaría por parte de dos damiselas en apuros. Perseverar en la idea de que él era su única perspectiva de salir airosas era tan estúpido como esperar un milagro por Navidad.

—¿Crees que si hacemos mucho ruido abrirá la puerta? Necesito que me apoyes en esto, Isabella.

Como respuesta, un grito aterrador se propagó por cada uno de los rincones del minúsculo habitáculo.

\*\*\*

Elric apretó su mano alrededor de la garganta de Kate; la había levantado del suelo y estaba a punto de ahogarla.

—¿Dónde está Isabella?

Nunca hasta entonces había repetido una frase tantas veces como aquella. La desesperación se filtraba en cada inflexión de su voz. Ella se aferró a Elric con ambas manos e intentó balancearse para lograr darle una patada.

—Ayuda... —logró articular Kate hacia sus chicas. La *madame* del burdel más famoso de Londres estaba a punto de ser asesinada. El regocijo que algunas sentían contrastaba con las náuseas de otras. Solo Lucy, que volvía del desván, se abalanzó sobre Elric.

—¿Dónde la has escondido? —preguntó el duque, desencajado.

Quedaban pocas muchachas en el salón. La mayoría se había refugiado en distintas habitaciones; otras lloraban, y más de una permaneció serena a la espera de que acabaran, de verdad, con aquella arpía. Solo al ver cómo Lucy luchaba y estaba a punto de conseguir que Elric soltara a Katerina, aunque solo fuera para deshacerse de ella, se dieron cuenta de que debían tomar partido.

El local estaba preparado para recibir a muchos de sus clientes, que llegaban en masa cuando Almack's cerraba sus puertas, por lo que siempre había un par de individuos en la entrada para evitar que se colaran indeseables, como caballeros sin título o borrachos sin un centavo. Se los reconocía a la legua y era fácil disuadirlos.

Uno de los porteros pesaba más de cien kilos y le sacaba dos cabezas a Elric. Agarró a Lucy, que permanecía colgada de su espalda, y la alzó hasta depositarla en un sillón escarlata. Asió a Elric por la cintura y apretó sus costillas. El aliento del duque perdió fuelle, y soltó a Kate; aprovechó el cuerpo del más grande para hacer palanca. Profirió un puntapié en las partes bajas al tipo de complexión atlética, y luego un cabezazo hacia atrás al que todavía apresaba sus pulmones.

La lámpara, justo en el centro de la sala, se balanceó. Los cristales de las ventanas vibraron, y un alarido cargado de angustia prevaleció en el aire. Elric reconoció el desconsuelo y, libre de sus opresores, que habían palidecido ante el aullido del fantasma, se escabulló escaleras arriba. A medio camino tropezó con otro sujeto que se abalanzó sobre él, demasiado lento, lo que le proporcionó el lapso necesario para aturdirlo con un gancho de derecha y saltar por encima. Llegó hasta la puerta del desván. El ruido era tan ensordecedor que dentro parecía luchar un ejército. De una patada la abrió. Lo que no esperaba era ver a Isabella retorcerse en el suelo, y mucho menos el golpe en su cabeza. Cayó de rodillas y se rindió ante la oscuridad que lo acechaba.

\*\*\*

June agarró el candelabro con el que había aturcido al intruso, pero la mirada de Isabella la hizo dudar. Algo había salido mal. La muchacha corrió hacia este, que permanecía boca abajo, y lo atrajo hacia ella.

—¿Qué has hecho? ¡Malnacida! —Isabella sollozó.

—¡Debemos escapar! —exclamó June sin entender el comportamiento de esa chiquilla. Volteó al sujeto inconsciente y le retiró el pelo de la cara. Aterrorizada, comprobó que se asemejaba mucho a Elric.

—¡Lo has matado!

June tiró el objeto que había acabado con su socio y le tomó el pulso.

—Solo se ha desvanecido. —Intentó arrastrarlo por los pies.

Isabella trató de levantarlo por las axilas, pero a los pocos pasos se le resbaló. Abofeteó varias veces a Elric para despertarlo.

—Papá, contéstame, papá, no me dejes...

June pestañeó, sin creer lo que esa niña había revelado. Pero las lágrimas en sus ojos y la palpable agonía que afligía a la joven no podían tratarse de otra farsa. Se pasó la mano por la frente; sudaba. Escuchó pisadas y voces que se acercaban. Tenía que escapar, huir lo más lejos posible de aquel embrollo, alejarse de él, meditar con calma, curar su orgullo. Creía que los dos estaban en esa aventura por un instinto anárquico, que compartían la misma afinidad por las causas perdidas, como Isabella. Descubrir que era su hija, trastocaba la visión que tenía del duque. Ya no era el atractivo canalla que la sacaba de quicio, el socio que la tentaba con su sonrisa y sus caricias. Se había transformado en un padre desolado, capaz de adentrarse en el territorio de los hermanos Smith, aunque no tan loco como para entregar el diamante azul.

Corrió de vuelta para recoger el candelabro, se deslizó por la barandilla y sacudió a todo aquel que se interponía en su camino. Llegó hasta la primera planta, entró en una de las habitaciones que no tenía echado el cerrojo, abrió la ventana y se arrojó por ella. Rodó por el suelo hecha un ovillo; no sería muy diferente a cuando se tiraba encima del heno. Acumulaciones de heces de caballo evitaron que el daño fuera mayor. No iba a renunciar a su plan por un par de rasguños y las rodillas ensangrentadas. Al cabo de unos minutos de correr por las calles empedradas, verificó que nadie la seguía.

Las ansias de sollozar hasta quedarse dormida luchaban contra el arrojado de continuar hacia delante. Aunque su misión era encontrar el camino a casa, todos los callejones le parecían iguales. La oscuridad no ayudaba mucho, y las antorchas esparcidas por las paredes solo lograban despistarla. Hasta que llegó a una pequeña plaza. Recordaba haber estado allí con anterioridad, cuando Isabella la defendió de aquellos mequetrefes que pretendían robarle el dinero obtenido por la venta de una de las joyas de la familia. Muy cerca existía una pequeña callejuela que la llevaría al centro, donde el tráfico de carruajes, pese a la hora, sería significativo. Por fin se situó: estaba en King Street, al este de Pall Mall Plaza, al lado de Almack's.

Al ver cómo un carro se detenía en la puerta, recordó que todos los miércoles su hermana y su madre acudían a Almack's; una, para divertirse, y la otra, para encontrar un príncipe a Libby. Pero desde que su padre murió, las fundadoras habían tenido la delicadeza de retirar ambas tarjetas.

Almack's era el centro de moda en Londres, y solo se podía entrar si se poseía título y un comportamiento intachable, que se extendía a los familiares. Por su culpa, Libby estuvo a punto de no poder participar en esas reuniones. Se realizó una asamblea para discutir su entrada en tan prestigioso círculo, y la princesa Esterhazy, amiga de la condesa de Belford, le contó en confidencia que solo dos de las matronas de Almack's se oponían: la señora Downshire y Lady Bathursttra, que dudaban del linaje de la familia. Pese a todo, pudo más la cordura, y el resto de las siete patrocinadoras dedujeron que una hermana obsesionada por los libros, que no salía de casa y que solo se encontraba a gusto en el campo, no era un peligro que incitara a las demás debutantes hacia una vida pecaminosa, aunque la ausencia de interés por encontrar marido le confería un lado oscuro.

Una joven bajó de la calesa ayudada por su lacayo. Su alegría provocó que su espíritu se desgarrara. En otras partes de Londres, chicas igual de bellas se preparaban para otro tipo de baile. La imagen de Isabella apareció ante ella. Tal vez la muchacha había mezclado los sentimientos. Un protector también podía confundirse con un padre. Pero sus ojos verdes la perturbaban, al igual que los hoyuelos al sonreír, idénticos a los de Elric. Una gran tristeza, la misma que se había adueñado de ella por la muerte del conde, volvía a renacer. Por unas horas la había olvidado, concentrada en salvar su pellejo. ¿Cambiaría eso su relación? No tenía derecho a sentirse engañada o defraudada, ya que no albergaba ningún sentimiento romántico hacia él. No lo amaba, o eso creía. Tampoco había reparado en cómo sería estar enamorada. Seguro que se trataba de una sensación que se alejaba de la pena, por lo que, con certeza, ella no la deseaba...

¿verdad?

La empujaron al suelo. Ensimismada en sus pensamientos, no advirtió que se había cruzado ante la joven que descendía del coche de caballos. Se percató del asco que le producía. La apartaron del camino de la hija de algún lord y le tiraron unas monedas. Se apresuró a cogerlas con las manos embarradas. Necesitaba todo cuanto pudiera conseguir. Al comprobar sus uñas negras fue consciente de su aspecto. Escondió el rostro; si alguien la descubría, podría ser la ruina para Libby.

En vista de que todavía llegaban invitados a la sala de fiestas de Almack's, dedujo que tenía todavía dos horas antes de que caballeros con apellidos de alcurnia se dirigieran hacia la subasta de aquel burdel. Vaya hipocresía. June podía llegar a entender que un varón se desbravara con alguna mujer de mundo. Sobre todo, en aquellos matrimonios concertados sin amor. Pero una subasta era tan repugnante como forzar a una dama. ¿Dónde estaban los honorables padres de familia? ¿Los jueces del decoro? ¿Los vigilantes de la castidad?

## Capítulo 15

Caminó unas tres manzanas antes de divisar su casa. Otra punzada en el corazón le advirtió que era un hogar temporal, hasta que su primo lejano se apoderara de la mansión. Otro que había perdido el alma por el camino y las desahuciaba sin ningún tipo de reparo.

Bajó por las escaleras que daban a la puerta de servicio. Apoyó la frente en la madera y alzó el puño. Estaba exhausta. Vaciló unos instantes, pero el rostro lloroso de Isabella junto a Elric inconsciente la animaron a continuar. Golpeó varias veces, la debilidad atenazaba en cada una de ellas. La puerta se abrió y, en lugar de encontrar a Alice medio dormida, se le apareció su madre. Sujetaba un portavelas, y su semblante severo la petrificó.

—Pasa, no te quedes como una boba en la entrada. Podrían verte. —Caroline siempre había sido superficial en sus aficiones, pero nunca había tenido reparos en mostrar su fuerte carácter a sus hijas si lo consideraba oportuno.

June se acercó hacia ella.

—Madre, yo...

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué has hecho? Pareces una pordiosera. —La condesa se apartó de ella—. ¡Oh, no, mi querida niña! ¿No te habrá hecho algo ese desgraciado?

Si asentía, su madre la acogería entre sus brazos, si lo negaba volvería la Caroline fría e insensible.

—No, Elric, quiero decir, lord Arundell, no tiene nada que ver con mi aspecto. —Una mentira a medias parecía la mejor opción.

Caroline elevó la ceja derecha y acercó la vela al rostro de June.

—¿Has llorado?

—¿Dónde está Libby? —No quería entrar en detalles, además, su hermana sí que le daría ese abrazo que necesitaba.

—Ha salido a tu encuentro.

—¿Cómo? ¿Con quién?

—Con los señores Abranson. —Aunque Priscilla era alocada y superflua, era una buena amiga. Estaría a salvo—. Albert y Frederick también te buscan. —Se suponía que debían localizar a una muchacha desaparecida, y no a ella—. ¿Te das cuenta de lo que has logrado? Nadie en su sano juicio querrá casarse contigo.



—¿Por qué le das tanta importancia?

—Ser la esposa de alguien o no es la diferencia entre vivir o morir de hambre, ¿es que no lo comprendes?

—Siempre podríamos volver a Belford, vivir en una casita las tres. Vender galletas, huevos...

—Me asfixio en el campo, y lo sabes.

—Pues quédate, cástate con el asesino de padre y sé la mujer más feliz del mundo. —La fatiga había causado estragos en June; ya no medía sus palabras, y la verdad afloraba con cada una de las advertencias de su progenitora.

—¿Cómo te atreves a difamar de esta manera al único que nos ha ayudado?

—¿No lo ves? Albert siempre ha estado enamorado de ti.

—¿Acaso es un crimen?

—Está tan obsesionado que es capaz incluso de matar. —El amor no era la única razón por la que Kellogg había revelado su auténtico carácter, pero sí el motivo por el cual su madre podría llegar a creerla.

—Mientes, entraron unos ladrones. Murió por estar en el momento y el lugar equivocado. Si me hubiera hecho caso, si hubiera ido a la fiesta...

—Lo vi todo. Albert le atravesó con la espada.

—No, él encontró el cadáver y la retiró.

June deseaba sentir el consuelo y las caricias de Caroline, como cuando era pequeña.

—¿Por qué eres así, June? —La condesa se alejó de su hija, que avanzaba hacia ella para redimirse.

—No tengo tiempo para esto. —June enderezó la espalda. ¡En qué estaría pensando! Su madre nunca había sido una mujer cariñosa. El deseo de ser acunada no era más que la evocación de una fantasía.

—Tienes dos opciones, jovencita: ir directa a casa de la viuda de Arundell, para que su sobrino pueda corregir tu honra...

—¿Y la segunda?

—Inventarte una excusa convincente para que Frederick te perdone.

—Eso supondría encarcelarme de por vida. —Ninguna de las dos alternativas la llenaba de euforia. Sería como traicionar sus sueños, aquellos en los que ella era capaz de gestionar con éxito su propio patrimonio.

—Siempre dependemos de alguien.

—No quiero tener un dueño para que me sermonee o me recompense como a un perro.

Caroline parecía cansada.

—He intentado ser una buena madre, pero nunca te he comprendido. Eres testaruda y tienes pensamientos extraños.

June se apiadó de ella. Se arrodilló a su altura y colocó la cabeza en su regazo.

—Lo sé, te he decepcionado, no he sido la hija que esperabas. Por suerte tienes a Libby.

Caroline mantuvo su mano por encima de los cabellos de June.

—No es eso. Me desespera ver cómo has arruinado tu vida.

June levantó la mirada para comprobar cómo su madre, conmovida, apretaba los labios. Caroline temía enfrentarse a los cambios, vivía según las costumbres aprendidas de sus ancestros, pero el mundo evolucionaba.

—Confía en mí. Tengo una idea que nos sacará de todo esto. Más bien es de papá. Tan solo tengo que seguir las pistas para encontrar el tesoro.

La condesa sonrió durante unos segundos.

—Hablas igual que él.

—Yo os cuidaré en su nombre.

—No, soy la madre, tengo que ser yo quien os proteja...

—¿De un destino en el campo? —pronunció June, irónica. Después de haber estado en el burdel y comprobar que existían circunstancias mucho peores que vender galletas, la desesperación de Caroline por encontrarle un marido le parecía ridícula. ¿Y qué si la sociedad la desterraba por perder la honra? ¿Y qué si nadie la invitaba a una sola fiesta? Ella tenía un secreto que las liberaría: sabía dónde encontrar el diamante. Sacudió la cabeza. Tenía un propósito que debía cumplir—. Lo siento —se apresuró a decir antes de que la regañara por su impertinencia—. Necesito la llave de la despensa.

—¿Te has vuelto loca! Ahí es donde Albert guarda las joyas.

—Por eso mismo.

Caroline se levantó de golpe.

—Por encima de mi cadáver, no dejaré que se las des a ese estafador.

—¿De qué hablas?

—Ese tal Elric no es más que un acompañante del que la viuda de Arundell se ha encaprichado.

—Y qué más te da, si dentro de poco será duque. —La condesa corrió hacia la alacena, extendió los brazos a modo de barrera y se mostró desafiante—. Solo quiero las perlas de los collares y los rubíes de las pulseras para rescatar al duque y a su... —¿Por qué le costaba tanto pronunciar la dichosa palabra, «hija»? Tampoco era para tanto, sin embargo, a ella le pesaba como una losa—. ¿Con quién voy a casarme si él muere?

—Contigo todo es un drama, no existen las medias tintas. Ha de ser blanco o negro, vida o muerte.

—Eres tú la que abraza a un armario.

—La culpa la tiene tu padre por criarte de esa manera. Eres desvergonzada e indecente.

La realidad no era tan inmoral como su madre creía. Y eso la apenó. Dentro de unas horas todo Londres despertaría con la noticia de su escapada, y sus mentes crearían escenas de lo más obscenas con ellos dos de protagonistas. Imaginó lo sencillo que hubiera sido fugarse en su cabriolé hasta una parroquia pequeña en el monte, despertar al viejo reverendo del lugar y entregarse el uno al otro, los dos solos ante Dios. Alquilar una habitación en una posada y pasar la

noche juntos. Perder la virginidad y por fin ser libre. ¿Por qué le daban tanta importancia? En segundos, sus pensamientos pasaron de románticos a juguetones. Y una idea empezó a formarse en su cabeza... Si todos creían que había sido desvirgada, y ningún hombre volvería a acercarse a ella, ¿por qué no completarlo? ¿Por qué no gozar, al menos una vez, del tan idolatrado acto carnal?

—Nunca creí que fueras capaz. —Caroline la observó con desdén.

—Tengo un plan, confía en mí —repitió June.

—No tengo elección, ¿verdad? —La condesa introdujo su mano en el bolsillo del vestido—. Prométeme que te desposarás con el duque de Arundell.

Unas horas antes había besado a Elric y había jurado todo lo contrario, que nunca se casaría, y menos con él. Caroline no esperó respuesta y le entregó la llave de la opresión. La misma que Albert había cedido a su madre, convencido de que ella sabría ser un buen perro guardián.

El chirrido de la puerta de la cocina las perturbó. Madre e hija permanecieron en silencio. Alice, soñolienta, entró en la sala. Al verlas, se santiguó.

—¡Válgame Dios! ¿Ocurre algo? Lady June, ¡qué alegría! ¿Ha vuelto a casa?

—No sé por qué lo dudabas.

—No le hagas caso, Alice, ya sabes lo grosera que se ha vuelto.

La criada observó incrédula las manos de sus señoras; destrozaban las joyas guardadas en un joyero forrado de satén.

—Sé buena y calienta agua, necesito asearme un poco —ordenó June sin dejar de tirar de un collar hasta conseguir que todas las perlas se esparcieran por encima de la mesa. Las recogió una a una y las introdujo en una bolsa de terciopelo negra. Caroline acarició una pulsera sin saber muy bien qué hacer con ella.

—No sé por qué te estoy ayudando. —El tono de la condesa viuda de Belford era firme, al igual que su pulso. Golpeó el brazaletes contra la mesa, que se tiñó de un rojo tan puro como la sangre de paloma, así es como los llamaban. Tan buscados como los diamantes.

—¿Porque voy a ser duquesa? —June batió las pestañas de manera inocente.

—¿Eres consciente de que un solo rubí nos puede mantener durante mucho tiempo? Tu tío Albert solo trata de alejarnos de la tentación.

No deseaba seguir hablando. Le dolía demasiado que Caroline, pese a la ingenuidad que demostraba, defendiera a un asesino.

—Con esto es suficiente, guarda lo demás.

La condesa ojeó el cofre.

—Queda tan poco...

—Existen personas que tienen mucho menos.

—¿Y les vas a dar todo cuanto tenemos?

Estaba claro que no la conocía.

—No seas ridícula, voy a invertir en nuestro futuro.

—Esa boca, jovencita.

—Puedes parar de regañarme, esto es serio.

Su madre enmudeció y giró la barbilla hacia otro lado para castigarla.

—Intenta mantener a raya a Albert y Frederick. ¿Lo harás por mí?

Caroline asintió.

\*\*\*

Volvió a estar delante del Red Dragon. Pero esta vez su aspecto era distinto.

No sabía muy bien cómo debía vestir la nueva líder de esa panda de forajidos, por lo que antes echó un vistazo al armario de su hermana. Ya no se trataba de lo que era o había sido, sino en lo que quería transformarse. Le extrañó el cambio tan radical en la habitación de Libby. Antes tan recargada, llena de figuritas de porcelana, manteles bordados con corazones y pájaros subidos a las ramas de los árboles. Y ahora tan austera, las ventanas desnudas, el cubrecama de color gris a rayas blancas, y solo tres vestidos negros, que dejaban un vacío insoportable.

Necesitaba un traje con el que pudiera pelear sin tropezar, por eso cortó la falda por debajo de las rodillas; se pondría botas altas de montar para que no se pudiera ver ni un ápice de sus piernas. Las mangas estorbaban, movió los brazos en círculos y comprendió que debería prescindir de ellas, así que las arrancó. El escote no podía ser generoso: tendría que lidiar con hombres de baja estirpe y le interesaba que le miraran a la cara y no a los pechos, por eso le dio al cuello una forma redonda. Dejó al descubierto los hombros y, por último, se pintó los ojos con las cenizas de la chimenea. Tenía que impactar y, al mismo tiempo, atemorizar a sus enemigos. Con los retazos de tela que sobraron, realizó unas rápidas puntadas y confeccionó un cinturón muy útil para guardar los cuchillos. Sin ninguna pistola ni espada, era con lo único que podía defenderse. Ató el pelo con otro trozo de trazo negro. Se sorprendió al observarse en el espejo; se asemejaba más a un pirata con faldas, aunque creía asustar lo suficiente.

Palpó los puñales que tenía atados a la cintura. Le proporcionaban la seguridad que le faltaba en su interior. Volver a la taberna era un riesgo, ya que no podría impedir que le robaran las joyas y la abandonaran en cualquier esquina. Se recordó a sí misma que era valiente y que tenía un compromiso adquirido, además de una misión.

Entró en la guarida, como si pudiera pasar desapercibida con su nueva indumentaria. La taberna estaba destrozada. Sillas volcadas, agujeros en las paredes y astillas esparcidas por la barra. Varios individuos tendidos en el suelo se retorcían de dolor, al menos no estaban muertos. Jerry recolocaba las mesas y Gypsy, el joven de pelo rizado que la había amenazado antes de huir tras Elric, se secaba la sangre de los labios.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —preguntó June al tiempo que avanzaba hacia el centro.

Gypsy levantó una mano como si atrapara moscas.

—La fiesta de disfraces es a la vuelta de la esquina.

—Soy yo, lady June Bel... —Tenía que encontrar otro nombre para no poner en entredicho a su familia.

—Así que has vuelto... —El muchacho caminó hacia ella con las piernas abiertas y las nalgas prietas y la examinó de manera insolente.

June agarró el cuchillo que no había dejado de acariciar y se lo colocó en la garganta.

—Traigo lo que había prometido. ¿Algo que objetar?

—Lo siento, jefa...

—¿Qué ha pasado?

—No todos los hombres confiaban en usted, jefa, se han amotinado y liberado a los hermanos Smith.

—¡Demonios!

—Esto... puede bajar el cuchillo, jefa.

June vaciló por un instante. Si tenía en cuenta que el chico había luchado por su honor, no era necesario atemorizarlo por más tiempo. Además, le dolía la mano de empuñar la daga.

—¡Jerry! Una pinta.

—¿Quién va a pagarme todo esto? —El camarero refunfuñó y señaló los destrozos del local.

June le mostró un rubí, sujeto por el dedo pulgar y el índice. Era de pequeño tamaño, pero lo bastante grande para que Jerry se abalanzara sobre él.

—Necesito más hombres. —Se aclaró la garganta y miró a Gypsy.

—La mayoría se han ido con los gemelos en tu busca.

La muchacha se rascó la barbilla; su plan se iba al traste.

—¿Con quién puedo contar, entonces?

—Conmigo, —Gypsy se adelantó unos pasos—, con Charly, —señaló hacia un rincón, donde un sujeto de barba negra vendaba su herida—, y con Huesos. —Un individuo delgado y alto escupió en el suelo.

—¿Pueden participar las chicas? —Se escuchó una voz que provenía del interior de un barril. Una joven rubia con el pelo enmarañado y los labios desteñidos se asomó. Recordaba su rostro, era el mismo de todas las prostitutas que había visto esa noche.

—¿Estás dispuesta a dejar tu vida atrás para convertirte en una Red Dragon?

Los ojos se le iluminaron.

—¡Claro que sí, jefa! —La chica se mordió los labios—. Podría correr la voz, estoy segura de que muchas de las que merodean por la taberna estarían más que dispuestas a...

—¡Un momento! —chilló Gypsy—. ¿Qué vamos a hacer con tantas mujeres? No saben pelear, lo único que hacen es esconderse y chillar cuando hay bronca.

—No todo es cuestión de fuerza —contestó June—, y ahora mismo estamos desesperados.

Necesitaba un momento de paz, tan solo cinco minutos y volvería a interpretar su papel. Esperaba que su actuación no resultara histriónica. Intentaba obrar tal y como había leído en los libros de batallas que su padre coleccionaba. O, más bien, como ella había imaginado que se

comportarían los guerreros al leer esas páginas llenas de muertes, estrategias militares y traiciones.

Despertó alterada; no sabía cuánto tiempo había dormido. Se palpó los cuchillos, inmovilizados en su cinturón, y la bolsa con las joyas cosida bajo la falda. Todo en orden.

Gypsy había colocado en fila a un grupo de mujeres de lo más variopintas. Como si fuera el comandante de un ejército, June avanzó con las manos a su espalda y examinó a sus reclutas. Descartó a dos por ser demasiado jóvenes, y a tres más por ser demasiado mayores.

—¿Cómo estás, Mildred? Sabes que no vas a poder unirte a nosotros, ¿verdad?

—Puedo robar y esconderme en los sitios más estrechos para espiar.

—En otro momento.

—Adi no estaría de acuerdo. —La anciana aspiró de la boquilla del cigarro, que parecía una extensión de sus labios—. Te pareces tanto a ella, que hasta puedo adivinar lo que piensas.

—Está bien. —No podía consentir que por la indiscreción de una vieja se supiera más de lo necesario acerca del origen de su sangre y perdiera credibilidad.

Contempló a su desnutrida milicia y estuvo a punto de desertar. Por un breve lapso de tiempo, el pavor que sentía ante la lucha que se avecinaba le impidió seguir. Pero se amonestó a sí misma. Abandonar sería de cobardes. Y ella podría ser ingenua, testaruda, alocada, pero nunca cobarde.

Doce mujeres, sucias, mal vestidas, consumidas por el hambre. Se le entregó un arma a cada una de ellas —algunas llevaban la suya propia—, aunque la mayoría no sabían muy bien qué hacer con un cuchillo aparte de cortar pan. Tres hombres, rudos, malolientes, heridos de vanidad. Ese fue el recuento final.

—La misión es muy sencilla —chilló June desde la tarima que antes había pertenecido a los gemelos Smith—, nos adentraremos dentro del burdel de... —vaciló, no sabía cuál era el nombre de aquella casa de mala reputación—... de *madame* Kate. Barbanegra aturdirá a los guardias. Gypsy y Huesos treparán hasta el segundo piso. Entrad por alguna ventana y encerrad a cualquier persona que esté... —Otra vez se había atascado, le avergonzaba decir según qué palabras.

—¿Trincando? —Mildred mostró su escasa dentadura.

June intentó no hacer caso a aquella intromisión.

—Las demás, dispersaos. Acercaos a los clientes que estén en la sala y, en el momento oportuno, sacad las armas y retenedlos con cuerdas. No debéis titubear al usar las dagas. —Una breve exclamación conmocionó los ánimos del grupo—. Si alguna de vosotras no está dispuesta a luchar por esto —mostró varias piedras preciosas—, no podréis formar parte de los Red Dragons. Todavía hay tiempo para abandonar. —Dos chicas con ropas desgastadas corrieron hacia la puerta. Ahora eran diez mujeres y tres hombres; su ejército disminuía—. Como decía, las órdenes son claras. Si veis la oportunidad, rescatad a cualquier niña que haya en el burdel, esa es nuestra prioridad. No vamos a permitir que se realicen más subasta de vírgenes. —Alzó la voz, eufórica. Breves aplausos reforzaron su convencimiento—. Yo me dirigiré hacia la buhardilla y liberaré a Elric. —Las caras extrañadas de sus soldados le advirtieron que no estaba usando el nombre

correcto—. Es decir, a Snake.

Un suspiro femenino incomodó a June. No era el momento ni el lugar para mostrarse celosa, pero no podía evitar que una sensación de propiedad se apoderara de ella, y correspondió con una blasfemia, aunque fuera en su mente, a aquella provocación.

## Capítulo 16

El olor a humo despertó a Elric. Se pasó la lengua por los labios resecos. Tenía la cara aplastada contra el suelo, y la única claridad le llegaba por la rendija de la puerta. Ambos pies y manos estaban atados. No le incomodaba la oscuridad. Reconocía cada una de las telarañas de ese desván. Cuando era niño, la madre de Kate, *madame* Blanche, lo castigaba en aquella guarida, infestada de ratas, cada vez que descubría a Elric sisando parte del botín que la banda había conseguido. Los hijos de las meretrices nunca quedaban ociosos, y su principal cometido era robar a los transeúntes. La especialidad de Elric había sido las doncellas ingenuas. Su cara siempre despertaba ternura, y ya de mayor, demasiados sonrojos para percatarse de que estaban siendo asediadas por un estafador.

Todo cuanto sabía acerca del engaño y la mentira se lo debía a *madame* Blanche. Pero en aquel desván también había aprendido a leer. Su madre le abastecía durante sus días de cautiverio con velas, periódicos y libros que conseguía a cambio de favores. De su mano aprendió a ver el mundo de manera muy distinta. Tenía doce años cuando ella decidió desaparecer; ese fue el punto de inflexión en su vida. Cerró por última vez la tapa de un libro y optó por seguir a las órdenes de *madame* Blanche y convertirse en su favorito. Tanto, que al morir esta de sífilis, heredó el burdel y a Kate.

Ella era dos años mayor y ya había sido desflorada por un cliente que pagó mucho más de lo que su madre había solicitado. Admiró la resistencia de la muchacha y la obstinación por mantener su candor. Lo que más le sedujo fue su determinación a seguir hacia adelante, a pesar de los obstáculos. Katerina fue la primera, juntos descubrieron el placer. Pronto quedó encinta, e, ilusionados como solo los adolescentes conocen, se comprometieron. Y lo que podía haber sido un amor honesto, se convirtió en un suplicio. Los celos, la desconfianza, la envidia y el egoísmo de Kate acabaron con su matrimonio. Al nacer Isabella no quiso que su propia hija recibiera como legado un prostíbulo y mucho menos que perdiera su inocencia como lo había hecho su madre. Esta había pasado de ser una hermosa niña de sonrisa acaramelada a una de las *madames* más crueles de Londres.

La puerta se abrió justo cuando mordía la cuerda que lo retenía. Una sombra se aproximó hacia él; distinguió unas faldas demasiado cortas, y la punta afilada de un cuchillo le rozó las muñecas.

—Eres libre. —Los dedos de June se enredaron en su pelo. No se trataba de deseo ni de amor,



solo de pena. Y odiaba ser una víctima.

—¿Qué diablos haces?

June le liberó los tobillos.

—Ayudarte, idiota.

—Deberías volver a casa en lugar de jugar a la buena samaritana.

June colocó los brazos en jarras.

—Abajo se está produciendo una batalla, y tú refunfuñas como un viejo.

A Elric le molestaba la luz, pero sus ojos poco a poco se acostumbraron a la claridad, y esa era especial, demasiado amarilla.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Dónde está Isabella?

—No te preocupes, Gypsy se encarga de ella.

—¿Prefieres venir a por mí antes que ir a por mi hija? —chilló colérico.

Un extraño humo entró en el desván, el calor se hizo palpable. Elric se tocó la nuca y se balanceó. Observó cómo June levantaba los brazos como una loca y vociferaba.

—¡Fuego! ¡Elric, ten cuidado! ¡Agárrate a mí! —Todavía se sentía aturdido por el fuerte golpe que había recibido en la cabeza. El ademán de ella por auxiliarle centró su atención. No podía consentir que una dama, y menos una como ella, se convirtiera en su protectora. Se deshizo de June como pudo, pero no fue suficiente. La vista se le nubló—. ¡No tenemos tiempo! El fuego se extiende por todas las plantas, hay que salir de aquí.

—Isabella... —articuló Elric. June le pasó el brazo por la cintura para ayudarlo a mantener el equilibrio.

—Estará bien, no te preocupes.

Lady Belford arrancó las cortinas de una de las ventanas del pasillo, y se cubrieron los dos. Se arrastraron por los escalones. Las llamas ascendían por las paredes y techos, y los clientes que antes llenaban el burdel corrían de un lado a otro perseguidos por muchachas armadas.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Elric, recuperado del mareo.

—Es mi ejército. Solo ha hecho falta un rubí para tenerlos de mi lado, hasta los gorilas que tenía Kate en la entrada han sido reclutados. Pero alguien ha debido de tirar una vela...

Los chillidos se hicieron más intensos; Elric no pudo evitar dejar de lado a June y buscar a Isabella. Divisó a lo lejos cómo Gypsy y una joven, vestida de bailarina, forcejeaban. La chica tenía el pelo tirante recogido en un moño, y tantos imperdibles en sus cabellos que no se habían movido ni un centímetro durante la disputa. Frunció el ceño al comprobar que la que batallaba con Gypsy como un animal salvaje era Isabella. Dejó caer la cortina que lo protegía del calor y de las llamas; corrió hacia la pareja, levantó el puño y lo echó hacia atrás para obtener mayor velocidad; le asestó un golpe en la nariz a Gypsy, justo con los dos nudillos delanteros para no lastimarse, tal y como había aprendido en su numerosas reyertas callejeras. El instinto del muchacho fue taparse la nariz y caer al suelo abatido.

—¡Papá! —Isabella se abalanzó a los brazos de Elric—, siento haberme escapado, no lo haré

más. —El futuro duque de Arundell besó la frente de su hija, la cogió en brazos y, a grandes zancadas, se dirigió hacia la salida. Las llamas devoraban los muebles y se alzaban amenazantes, pero no había otra opción que correr y saltar cualquier barrera.

Gypsy les siguió de cerca.

—Solo quería ayudarla. Se negaba a venir conmigo.

La furia que había sentido Elric contra el joven se suavizó. Entendía que si su hija lo había considerado una amenaza era lógico que intentara abatirle con todas las artimañas aprendidas de su progenitor. Estaba orgulloso de ella, de su entereza y valentía, pero eso no quitaba que aún fuese una niña y necesitara escolta. Gypsy se había incorporado al Red Dragon hacía poco, sin embargo, ya había demostrado su lealtad al estar al lado de June y de su Isabella en esos momentos tan peliagudos. Aceptar las órdenes de una mujer no era fácil, y él había encajado la autoridad de lady Belford sin ningún tipo de problemas.

En el exterior, una multitud de fisgones los aguardaba expectantes y no se les ocurrió otra cosa que aplaudir cuando los vieron aparecer. Elric dejó a Isabella en el suelo.

—¿Han avisado a los bomberos? —preguntó a su público.

—Hemos enviado a mi hijo —contestó una señora de mediana edad.

Elric asintió agradecido y empujó a Isabella hacia Gypsy.

—Cuida de ella. —Se merecía esa confianza después de destrozarle la nariz.

Elric sintió sus pulmones libres de esa gran humareda negra que lo asfixiaba. Su hija, carne de su carne, estaba ilesa. No obstante, todavía quedaba una parte de él dentro del burdel: June.

—¡Papá, no me dejes! ¿A dónde vas?

—¿Es que no has aprendido la lección? Todo esto —señaló el edificio ardiendo—, es por ti. Al menos ten la decencia de mantenerte alejada por unos segundos de los problemas.

Los lloros de Isabella no sirvieron de nada. Gypsy la agarró para que no se escapara tras su padre.

Lo esencial en situaciones tensas, cuando la vida estaba en juego y cuando una de las personas más valiosas para él corría peligro, era dejar la mente en blanco para que los reflejos y el instinto animal salieran a flote. Y eso era Elric: un león al acecho.

\*\*\*

June arrastraba la cortina intentando encontrar la salida, pero el fuego la había rodeado, y Elric ya no estaba a su lado. La desesperación la consumía. Sin saber a dónde ir, se detuvo durante un instante para meditar sobre sus opciones y encontrar la mejor vía de escape de ese infierno.

—¿Creías que te saldrías con la tuya? —Reconoció la voz de Kate, la misma que la había despertado hacía tan solo unas horas. Se giró unos milímetros, lo bastante como para identificar la punta de una pistola en su espalda.

—Suelta ese cuchillo —pronunció Kate entre dientes cerca de su oído.

No tenía escapatoria. Morir quemada o con una bala en la columna. No sabía qué opción era la peor. El calor era sofocante. La ropa se adhería a la piel y era difícil moverse. Optó por no luchar. Kate la arrastró por el brazo sin dejar de apuntarla. Bajaron hasta el sótano donde se encontraba la cocina, y June se sintió acorralada, hasta que se percató de que en aquella sala había una puerta de servicio. ¿Cómo no lo había pensado antes? Seguro que muchas de las meretrices habían huido por allí.

—¿Qué es lo que pretendes, Kate?

—¡Te dignas a dirigirme la palabra, lady remilgos!

June se secó el sudor, lo que provocó que se manchara la cara como si la tuviera llena de hollín.

—Ni siquiera me conoces.

—Eres condesa, ¿no es cierto? Todas sois iguales.

—Mi padre era el conde. —Sintió el arma clavarse en su nuca.

—Pretendes quedarte con Elric para seguir siendo lady remilgos. Pues tengo una mala noticia: ya está casado. ¿Y adivina con quién?

Lady Belford se debilitó.

—¿Qué quieres conseguir, Kate? ¿Ser la próxima duquesa de Arundell?

—Lo que más me importa es lo que pueda conseguir por mi silencio.

June se enfrentó a ella, se negaba a seguir aquella conversación de espaldas; si su intención era matarla, tendría que mirarla directa a los ojos. No se esperaba una cara angelical como aquella, de pelo rojo y rizado, de ojos claros e inocentes, muy parecida a Isabella. Su fisonomía dulce se contradecía con su perversa sonrisa.

—Entonces, ¿para qué sacrificar a tu propia hija? —Intentaba ganar tiempo antes de que se le ocurriera disparar.

—No iba en serio, solo la retuve para atraer a Elric y recordarle lo que me debe.

June encontraba absurda aquella charla, lo prioritario era huir.

—El fuego se acerca cada vez más, tenemos que escapar antes que sea demasiado tarde —informó June a su contrincante, a la espera de que aquello la distrajera.

—Ya no me queda nada. No tengo casa, Elric me odia... —Kate se derrumbó, y si no fuera por los gritos que provenían de la sala de arriba y por el calor, June se hubiera sentido tentada a consolarla.

—Tus problemas no se resolverán con mi muerte.

—No quiero que mueras —habló Kate—. Solo que desaparezcas. Entra en el armario.

—¿Y ya está? ¿Vas a dejarme encerrada para que las llamas terminen tu trabajo?

—Nadie sabe lo que le depara el destino. Tal vez te encuentre alguien, un bombero, un periodista, ¿no sería fabuloso ver tu nombre en los periódicos? Ya imagino los titulares: «La hija de un conde en un burdel». —Kate la empujó hacia la despensa.

June dio un paso atrás al mismo tiempo que se le iluminaba el rostro al ver aparecer una melena

rubia alborotada en lo alto de las escaleras. Elric se aproximó con pasos sigilosos. Lady Belford agarró la mano con la que Kate sostenía la pistola. El duque intentó inmovilizarla. El arma se disparó e hirió a Kate en la pierna. La amenaza había pasado. Si quería volver a utilizarla tenía que ser cargada de nuevo, y no había tiempo. Kate se revolvió e intentó luchar, pero al poco se desmayó por la pérdida de sangre. Glover la arrastró hacia la salida.

Unos sollozos alertaron a June de que alguien seguía en la cocina. Debajo de la mesa pudo ver la cara redonda de la cocinera.

—No te quedes ahí, las llamas no tardarán en llegar...

Era tan grande como un hombre, y su barriga podía competir con cualquier borracho de una taberna. Doris acarició aquella abultada protuberancia; June comprendió demasiado tarde de qué se trataba. La ayudó a salir por la puerta de servicio. Allí en el suelo yacía Kate, y Elric le tomaba el pulso.

—Se repondrá —dijo cuando las vio—. ¿Estás bien, Doris? —La cocinera asintió—. Quédate con ella y cuídala.

Ambas se arrodillaron ante la *madame* del burdel más famoso de Londres, ahora convertido en cenizas.

—Después de todo lo que ha hecho, ¿todavía quieres ayudarla? —preguntó June, irritada.

—Se trata de la madre de mi hija. Doris, ven aquí y presiona el muslo para detener la hemorragia —ordenó Elric—. Si te mantienes a su lado, recompensaré tu lealtad. Despertará pronto, y os podréis refugiar en una pequeña casa de campo que tengo a las afueras. Ella ya sabe dónde está.

June enrojeció de ira. Sintió un odio desmedido hacia Kate, mucho más grande que cuando amenazaba con matarla. No entendía la devoción que experimentaba Elric por ella y se sintió abandonada. Estrechó su mano entre las suyas; pretendía distraerlo, alejarlo de su esposa. El calor que emanó del contacto de su piel fue más intenso que el que sufrió mientras atravesaba las llamas oculta bajo la tela de una cortina. No le importaba rendirse ante la evidencia: ella había vuelto por él y no consentiría que una ramera de tres al cuarto lo engatusara, por muy malherida que estuviera. Elric era suyo. Se asustó, tal vez las circunstancias hubieran trastocado su intelecto. Era su socio, nada más, y debía asegurarse de que su acuerdo prevaleciera. Se oyeron los silbatos de los guardias.

—Vámonos, por favor —rogó June mientras tiraba de él con ímpetu.

—No puedo dejarla todavía...

La carencia de rencor que mostraba le confería un mayor atractivo, y lady Belford decidió que sería el hombre perfecto para llevar a cabo su idea de dejar de ser virgen y, por fin, liberarse de las cadenas de esa puritana opresión que la castigaba por el solo hecho de nacer hembra. Seguro que el duque la perdonaría, y, lo más importante, conseguiría retenerlo a su lado. ¿Quién o qué se entrometía en su cerebro para contrariarla? Sus sentimientos se desdoblaban según como él la mirase, y en esos momentos las brasas prendieron dentro de ella sin poder controlarlas.

## Capítulo 17

June consiguió alejarlo del burdel y juntos corrieron hacia un callejón oscuro para evitar ser alcanzados por los alguaciles. Sentía las piernas ligeras; su cuerpo, en tensión durante toda la noche, parecía volar contra el viento. Pequeñas gotas de lluvia resbalaron por sus mejillas y dejaron surcos en su piel blanquecina. Detuvo sus pisadas y elevó la vista al cielo. Las manos de Elric abarcaron su rostro, y le echó el pelo hacia atrás para que no le molestaran los mechones enredados.

—¿Estás herida?

—¿Cuándo pensabas contarme lo de tu esposa y tu hija? —preguntó ella sin emoción. Había descubierto sus secretos, aquellos que guardaba bajo un manto de galantería, y se sintió ultrajada. Desconocía por qué actuaba llevada por el resentimiento cuando su relación siempre se había basado en un negocio: la venta del diamante. Imaginar el resplandor de la joya y la pureza de su taller, la distraían de la atracción que sentía por aquel ladrón cada vez que sus ojos se posaban en ella, incandescentes.

—Si te pasara algo... No sé lo que haría... —dijo el duque mientras la besaba en la frente.

—¿Todavía la quieres? —Aquel hoyuelo que se le formaba en la comisura de los labios la confundía. June se debatía entre el odio y la atracción que le transmitía su presencia. No podía alejar de su mente una idea que la carcomía: Elric había estado enamorado, había amado a otra que no era ella, y de ese amor había nacido Isabella. Imposible competir con el poder que ejerce una hija sobre un padre, y más cuando este estaba dispuesto a luchar contra el mundo con tal de recuperarla.

—Tienes sangre en el cuello.

—No es nada. —Se limpió, ayudada por el agua de lluvia. Se sentía frustrada y ansiaba dejar atrás todo lo relacionado con los Red Dragon y con su futuro inmediato. Existían demasiadas puertas abiertas, demasiados interrogantes, demasiados peligros que la aguardaban.

Elric, apasionado, la estrechó contra sí.

—Nunca me perdonaré haberte metido en todo esto.

June no esperaba esa demostración de angustia por su parte, ni tampoco la necesidad que sentía ella por permanecer un minuto más entre sus brazos. Después de haber escapado del fuego y de los hermanos Smith, anhelaba la calma, un momento de paz para poder reflexionar, y el duque se

convirtió en un buen caparazón en el que sentirse protegida.

—Soy tu socia, y me mentiste. —Esa era la única explicación plausible que aplacaba esa voz interior y le reprochaba su falta de valentía por rendirse a la verdad. Necesitaba convencerse de que su decepción solo era parte de un interés mutuo por mantener el acuerdo al que habían llegado en el invernadero, donde él la besó por primera vez.

—Omití información.

—Júrame que no soy una más. —La misma retahíla que había exigido June cuando aceptó formar la alianza para encontrar el diamante azul.

Elric pareció enloquecer ante aquella petición. Se alejó de su lado. Arremetió de una patada contra el viento. Se frotó el rostro y golpeó con el puño la pared, muy cerca de ella. Los ojos enrojecidos del duque se pasaron por su nariz, su mentón, sus labios...

—Eres la única. ¿Cómo no te has dado cuenta? —June se alzó de puntillas para llegar hasta sus labios, aspiró su aliento. Hubiera podido huir con Kate y sanar la lesión que había producido aquella bala perdida. Permanecer al lado de Isabella y consolarla después de tanto sufrimiento, pero la había elegido a ella. Y eso la reconfortó y aumentó su confianza. Estaba decidida: experimentaría el placer antes que un marido surgido de un matrimonio de conveniencia le impusiera recato y nunca más pudiera degustar aquello que llamaban lujuria. Pero necesitaba percibir su deseo, liberarse de las ataduras de una casposa tradición en la que una dama debe esperar para desvelar el secreto, y ella ansiaba retener a su lado al único hombre que había conseguido provocar esa inusitada curiosidad. Se habían besado en varias ocasiones, pero en ninguna de ellas él se había mostrado tan temeroso. Apenas se rozaban y June temblaba al prever la aspereza de su rostro. Expulsó de su conciencia todo cuanto le habían enseñado y eligió el pecado, consciente de que no existía una absolución. La lluvia seguía cayendo, y el callejón donde se habían refugiado estaba desierto. Un gato maulló, y las campanas de la iglesia tocaron cuatro veces. Como dos imanes de polos opuestos, sus labios fueron atraídos de manera irrefrenable. Esta vez no se trataba de ninguna tapadera, como había sucedido en la taberna, y tampoco la pena había sido la causa, como en el invernáculo. Su textura era distinta, como si el frío, el viento y el tiempo no existieran. Elric introdujo la punta de la lengua en su interior, y June se aferró a él, quería sentir su tacto húmedo, desesperada por aprender todo lo que él le ofrecía. Pero el duque parecía querer controlar la situación, y eso la asustó. Lo detuvo antes de que sus dedos aprisionaran un pecho; antes de que sus piernas flaquearan y cayera al suelo. Se sentía molesta al comprobar cómo unos cuantos arrumacos la convertían en un ser sumiso, necesitado de su cariño. Rechazó sus caricias.

—No me hagas esto —suplicó Elric.

June meditó unos segundos si lo que sentía era un capricho. No, algo tan banal no podía tentarla como lo hacía el duque, con su sonrisa y aquellos besos que la consumían y la llevaban al borde de un abismo del que nunca llegaba a caer. Y eso era lo que ella quería, precipitarse hasta lo más profundo y abandonarse.

—Te deseo. —Esa era la confianza que con tanto recelo escondía, y que había negado desde que sus ojos se posaron en ella, cargados de lascivia. Elric se arrimó contra ella. June notó la protuberancia de su miembro. Sonrió por dentro, ya que nunca le demostraría cuánto le gustaba. El amante de actrices y princesas estaba a su lado, casi le había rogado a través de sus gestos que fuera suya.

Elric sorbió la gotas del escote de June; estaba más que complacida de ofrecerse a él, no podía soportar por más tiempo la presión, quería liberarse y convertirse en una mujer de pleno derecho. Creyó que había llegado el momento de arrojarse al vacío, y era lo más audaz pero al mismo tiempo lo más sensato que había hecho. Recordaría por siempre el olor de su piel mezclado con las cenizas, aquella fina lluvia que les cubría y el silencio que los rodeaba. El momento y el lugar perfectos para una aventura. Y eso la excitó. Las manos expertas de Elric le levantaron la falda y enseguida hallaron el monte de Venus, muy cerca del clítoris, que él acarició trazando círculos con un dedo. Un ansia parecida al hambre la cautivó, y una turbadora sensación la llevaba a necesitar más. June arqueó las piernas y las colocó alrededor de la cintura del hombre que estaba a punto de tomarla.

—No sabes cuánto he esperado este momento —jadeó Elric e introdujo su miembro duro y erecto en ella. June chilló de dolor y, al instante, se tapó la boca. No quería que él advirtiese que era su primera vez y escapara—. ¿Te he hecho daño? —preguntó sofocado—. Yo no sabía... creí que ya no eras...

—Sigue.

Elric la sujetó por las nalgas y empujó, cuidadoso. Ella se amoldó a sus caderas. No iba a dejar que la sorpresa y el miedo empañaran la sensación de libertad que experimentaba.

—¿Te duele?

June lo negó. El dolor había desaparecido y había dejado paso a una cierta quemazón que rozaba sus partes íntimas. Y luego la sensación de estar unidos por lazos mucho más duraderos que un simple plan de venganza. Era su primera vez, y quería que Elric no se perdiera en divagaciones absurdas sobre lo que era o no decoroso. Había advertido en su pregunta una cierta fraternidad que quería borrar de su mente. Se balanceó al mismo ritmo que sus movimientos. El pequeño escozor se convirtió en un placer indescriptible, dulce y amargo a la vez. June dejó de pensar, algo que creía imposible. Cuanto más arrollaba él, más se perdía ella en un estallido de sensaciones donde la aflicción y la pena se mezclaban con el placer y la dicha.

Entonces Elric se detuvo. Hundió el rostro en su cuello y se estremeció.

—¡Dios, June! No debí llegar hasta el final.

Siguieron abrazados durante unos segundos más, unidos. Se sentía satisfecha, pero no quería que el duque comprobara el efecto que le había producido. Lady Belford tomó la decisión de separarse. Se acomodó el vestido y se arregló el pelo mojado lo mejor que pudo. El duque parecía afligido, y ella besó su mejilla. Otro sentimiento la sobresaltó. Un pequeño calor que empezaba en la barriga y se irradiaba hacia otras partes: piernas, brazos, cuello, pulmones,

corazón.

—Tu manera de comportarte no era la de una virgen. Yo no sabía...

—¿Con cuántas vírgenes has estado? —preguntó June, risueña.

—Tú eres la primera.

—Para mí también.

—No es lo mismo.

La pareja, inmovilizada bajo la tormenta, no podía apartar la vista el uno del otro.

—Los dos lo queríamos, ¿no es cierto? —ironizó June.

Él no contestó.

Lady Belford percibió que ya no era un igual, que el ladrón que le había propuesto el trato más emocionante de su vida la juzgaba. Ya no eran socios, ella lo había ensuciado al dejarse llevar por la pasión. El horror por lo que su comportamiento implicaba se dibujó en su rostro. Juntos caminaron hacia el cabriolé que les esperaba en el mismo sitio en que lo habían dejado horas antes. Él la arrastraba por las calles, ya no corría junto a ella. La magia se había roto. Y June entró en pánico: ¿qué había hecho? El vestido húmedo se le pegaba a la piel, y el frío se había instalado en sus huesos. El suelo se tiñó de rojo.

La mansión de Arundell no se veía tan grande sin las antorchas encendidas ni los caminos adornados con flores, como en la última fiesta, justo cuando mataron a su padre.

Estaba demasiado cansada para discutir. Solo deseaba terminar de una vez con aquella larga noche. Elric la condujo hasta una habitación espaciosa, albergaba una amplia cama; había unas botas de montar y un chaleco encima de una butaca. June pensó en el pésimo lacayo que permitía que las ropas de su amo se arrugaran de esa manera, pero enseguida admitió la posibilidad de que no existiera ninguno.

Él desapareció para ver a Isabella y la dejó sola. Se daba perfecta cuenta de que estaba en la alcoba de un caballero, pero no le importó. Había malogrado para siempre la oportunidad de entregar la pureza a su marido y no estaba triste por eso, sino por cómo Elric la había mirado después. La imagen del barón de Avely vagó por su mente, y la recorrió un escalofrío. Si iba a pasar la eternidad al lado de un vejstorio como ese, ¿por qué una noche con el duque era un pecado? Se durmió en segundos. En varias ocasiones se desveló, alterada por truenos y relámpagos. Pero él dormía junto a ella y la rodeaba con los brazos; eso la reconfortó y alejó las pesadillas.

\*\*\*

Un fulgor, seguido de un estruendo, despertó a Elric. Abrió los ojos y descubrió un bello rostro justo enfrente. Palpó su cabeza. El dolor era diferente al de una resaca. Entonces recordó dónde y



con quién estaba. No se trataba de una mañana cualquiera, en el lecho de otra fémica hipnotizada por su manera de rondarla. Era lady June Belford la que permanecía dormida a su lado. La misma que le había clavado un cuchillo para, acto seguido, curarle sin ningún tipo de aspaviento; la misma que no había dudado ni un segundo en arriesgar su vida para rescatar a Isabella. La misma que se había entregado a él en un callejón solo porque... no lo sabía. Era una lunática. Esa había sido su primera impresión, y todos los acontecimientos posteriores lo confirmaban.

Creía que entendía a las damas, pero ella lo desconcertaba. June confesó su deseo con un quejido adorable en su voz, y él respondió a esa llamada de la naturaleza. Esa era su táctica. Por eso le llamaban Snake: las embelesaba, les siseaba galanterías al oído, hasta que no se daban cuenta de que la serpiente se había enroscado en todo su cuerpo, y era entonces cuando las tenía a su merced. Por supuesto, no todas eran iguales. Había sido criado por dos madres muy distintas entre ellas y aprendió, a muy corta edad, que la vida podía tener dos caras en una misma moneda. Su madre biológica, una institutriz a la que el amo dejó embarazada y no tuvo más remedio que venderse para sobrevivir, le inculcó modales y le instruyó sobre geografía, aritmética y ortografía, algo que creyó que nunca le serviría hasta que entró en contacto con la aristocracia.

*Madame* Blanche, por otro lado, quedó prendada del muchacho desde que advirtió su agilidad por sustraer objetos de los bolsillos ajenos y su habilidad para diferenciar las baratijas de las piezas valiosas. Se convirtió en su pupilo y lo adiestró en el arte del engaño. Ella le enseñó a diferenciar a cada tipo fémica. La mayoría eran esposas aburridas y decepcionadas por lo que les había tocado en suerte: un marido impasible ante sus necesidades. También existían las amantes despechadas, duchas en la cama pero con estúpidas ideas vengativas. Las más peligrosas, sin embargo, eran las enamoradizas, capaces de abandonar sus herencias y dotes, con lo cual, el tiempo y trabajo que uno había invertido en ellas se iba al garete. Provocar placer a una virgen entrada en años era fácil: estaban desesperadas por una caricia, un beso, y él conocía mil formas de amarlas sin desvirgarlas. Siempre sabía qué tecla tocar para atravesar la muralla de moralina que albergaban en su interior. Al principio eso le pareció fascinante, pero el paso de los años convirtió su trabajo en una serie de predecibles acontecimientos. Hasta que conoció a June.

La contempló una vez más mientras dormía. Alargó la mano para rozar sus largas pestañas, sus mejillas mullidas y sus labios tan bien dibujados, pero se contuvo. Estar con ella era como una espiral vertiginosa que no tenía fin, y eso lo atraía. Ella había arriesgado su vida, y no creía que fuera una estrategia para cazarlo, aunque lo había temido cuando había subido a su cabriolé. Con June no tenía más remedio que ser sincero, tal vez debido a cómo se conocieron: la muerte de su padre. Ahora, ella se había entregado por completo, y cuando una mujer caía en la trampa de un granuja su vida solo tenía un fin: el burdel. No dejaría que eso le ocurriera, no soportaría perderla como a su madre, a la que maldijo durante muchos años, hasta que se casó con Kate y esta dio a luz a Isabella. El pánico que le entró al comprender que esa dulce niña solo lo tenía a él para protegerla, le hizo entender el temor de su progenitora al criarlo: su desesperación y la amargura que poco a poco anidó en ella hasta que dejó de necesitarla, motivo suficiente para huir y

abandonarlo a su suerte. Escondió la mano que instantes antes anhelaba acariciar el rostro de la muchacha.

Ella abrió los párpados. Motas de polvo se congelaron en el aire, la niebla empañó los cristales, y el humo de un fuego apenas visible quedó atrapado entre las paredes de la chimenea. El tiempo se detuvo. Se miraron a los ojos como viejas almas que se reencontraban. Y durante unos minutos no existió nada más que su presencia.

—¿Por qué lo has hecho? —Las palabras salieron atropelladas de la boca de Elric.

La leña crepitó. Pequeñas gotas resbalaron por el vidrio. Partículas de ácaros cubrieron con una fina capa el sifonier de madera pulida del siglo XVII, colocado en la pared paralela a la cama.

—¿Dejar de ser virgen? ¿Por qué es tan importante para ti?

Lo era porque se sentía en deuda con ella, porque no quería que se vendiera al mejor postor como lo habían hecho tantas de su entorno.

—No puedo casarme contigo, lo sabes, ¿verdad? —No quería amenazarla, pero tampoco mentir y que se confiara.

—¿De qué serviría?

Una espina, cargada de orgullo herido, se clavó en su corazón.

—Me desposaría contigo si fuera de sangre noble...

—Dejarías de ser mi amigo para ser mi carcelero.

¿Eso era lo que sentía? ¿Amistad?

—¿Qué harás, entonces? —Elric no vislumbraba otra solución que no fuera el matrimonio.

—Encontrar el diamante azul y desaparecer.

El duque se quitó la camisa y la arrojó al suelo, despechado.

—No creo que exista, más bien creo que se trata de una broma pesada de tu padre hacia Albert. Una venganza desde el más allá. —Se desabrochó los pantalones y se los bajó furioso. Había solicitado más de un favor a todos sus contactos del mercado negro esperando encontrar alguna pista de esa joya, pero nunca surgió nada digno de confianza. Tan solo dejarse atrapar por los hermanos Smith, y ahora debía encargarse de ellos antes que estos lo mataran.

—¿Qué haces? —preguntó June, consternada.

—Voy a lavarme, y tú deberías hacer lo mismo.

\*\*\*

Lady Berlford reparó en que no podía apartar la vista de ese magnífico cuerpo que parecía esculpido por el mismísimo Michelangelo. Se ruborizó al pensar en la noche pasada y en el placer que la inundó cuando él la penetró. Intuía que aquello no era todo, que pese a gozar del calor y de la dureza de su musculatura, todavía podía llegar a sentir mucho más, y le urgía descubrirlo.

Elric se quitó también los calzones y agarró una pastilla de jabón de Marsella traída del sur de Europa, compuesta por aceite de oliva, sosa cáustica y cenizas de laurel. Vertió agua en la

palangana de porcelana, humedeció un trapo y lo restregó por su torso.

June se cubrió los ojos, pero, sin poder evitarlo, curioseó entre la abertura de sus dedos. Permaneció embelesada ante la anchura de sus hombros, su cintura, sus torneadas piernas y ese magnífico trasero que la llamaba a gritos. De repente, las últimas palabras del duque, en las que negaba la existencia del diamante, resonaron en su cabeza. No era propio de su padre tejer planes solo para vengarse. Y ella tenía una pista, aunque todavía no había decidido si compartir esa información con su socio.

Poco a poco, Elric se despojó del resto de jabón mezclado con el barro y la suciedad del día anterior. Llegó hasta uno de los hombros; una herida enrojecida podría infectarse si no se limpiaba bien. June se levantó contrariada, y examinó el corte. Elric se excitó al notarla a su lado y ella sonrió. Pero se mortificó por no perturbarse como una dama debería hacerlo.

—Déjame ayudarte —susurró y pasó el paño húmedo por los omóplatos. Lavó la incisión y descubrió que no necesitaría cauterizarla. Acarició sus pectorales y arrastró la tela por la piel, como si pretendiera suprimir cualquier rastro de su travesura. Elric la detuvo.

—No creo que sea buena idea.

—¿Saben los criados que estoy aquí? —preguntó ella. Sus dedos se demoraron en sus abdominales. Y los contó: tres en la parte izquierda, otros tres en la derecha. Resiguió la cicatriz que le había causado el día en que se conocieron. Elric asintió. Un escalofrío recorrió su piel, y June comprobó cómo el vello se le erizaba—. De nada sirve portarnos bien, si luego hablarán de todas formas.

—Deberías parar o...

—¿O qué?

El duque la observó como un animal salvaje a punto de cazar, pero en esta ocasión la presa lo provocaba.

—¿Qué pretendes? —El tono que utilizó Elric era el mismo que había escuchado June cuando rogaba a Kate por su hija.

—¿Crees que pretendo manipularte?

—¿Y no es así?

June, ofendida, tiró el trapo en la tinaja; el agua salpicó el suelo.

—Eres tú el que se ha desnudado delante de mí. —Aunque era cierto que pretendía utilizar la experiencia de Elric para saciar el interés por su piel tersa y sus manos grandes y curtidas, le molestaba que fuera tan evidente.

—Somos amigos. Existe cierta confianza entre nosotros. —Elric se arrimó a ella sin hacer ruido, ni siquiera las tablas del suelo crujieron bajo su peso. Le retiró el pelo y se lo colocó a un lado. Desabrochó el vestido con habilidad y lo dejó caer—. ¿No llevas corsé? —Parecía impresionado al ver que debajo de aquella indumentaria de luto solo la cubría una camisa de lino blanca.

—No puedo luchar y llevar uno de esos incómodos... —Se dio cuenta de las intenciones de ese

granuja—. ¿Estás jugando conmigo?

Elric, poseído por un insólito apetito por su clavícula, la devoró. Si con un acto tan liviano como era besar el cuello su tez ardía, sería capaz de dejarse engullir. Se desprendió de la camisa. Permanecieron desnudos a dos milímetros de distancia; June percibió el calor que irradiaba ese hombre que la aturdió. Su abultado y erguido deseo la cogió desprevenida. Como una estatua romana, ahí estaba, esculpido en bronce. Él la volteó como si no quisiese que reconociera en su rostro el mismo goce que le producía, y deslizó la pastilla de jabón por sus piernas, nalgas, caderas... June, quieta, esperaba el siguiente paso con los brazos en cruz, una nueva sensación en la que se mostraba sumisa, no por convicción, sino por un misterioso delirio que la sometía.

—Eso es lo que hacen los amigos, jugar. —Elric volvió a ejercer el mando, enjabonó su pecho, bajó por el vientre hasta llegar a la vulva y acarició sus rizos negros. June se estremeció cuando uno de sus dedos se sumergió dentro de ella. Arqueó la espalda ante la satisfacción que le proporcionaba. El pasado se borró de su memoria. Elric introdujo un segundo dedo. El futuro se ocultó tras pequeñas vetas de dicha. Y aún así, envuelta en una nebulosa en la que solo vivía minuto a minuto atenta a las nuevas sensaciones, atisbó en el horizonte una oscura profundidad por la que podría desmoronarse si consentía ser otra de sus conquistas.

—No soy una más —insistió.

—No lo eres.

June tenía serias dificultades para llegar a una conclusión. Él se entretuvo con sus pezones erectos que respondieron con corrientes alternas de placer, mientras movía los dedos en su interior y le provocaba una contracción seguida de otra.

—Soy tu socia —jadeó.

Quería distinguirse, ser una nota diferente en un pentagrama lleno de puntos negros, iguales entre sí. Percibir esa acotación sincera que la diferenciara de la retahíla de amantes que Elric hubiera podido poseer. No entendió sus palabras; entró en un estado de semiinconsciencia. Se sumergió en el abismo del que quería huir, y, de pronto, una luz cálida la envolvió. June aulló de gozo entre los brazos de Elric, y este la sujetó mientras sucumbía al orgasmo.

—Estoy aquí, no hay nada que temer —le susurró al oído cuando tembló por última vez y sus piernas flaquearon.

## Capítulo 18

El objetivo de Elric había sido descubrirle nuevas tentaciones. Doblegar su orgullo y convertirla en lo que ella detestaba: una más que se retorció entre sus brazos. Esa era una de las primeras lecciones que le gustaba ofrecer a una dama. Nunca había tenido ningún problema en controlarse hasta ahora, pero los gemidos de June eran demasiado exquisitos, y su miembro palpitaba de deseo por ella. El olor a humo y lavanda de su pelo despertó recuerdos de sus miradas y besos robados. De aquella fatídica noche, cuando la vio desnudarse en su alcoba. Del sabor de sus lágrimas cuando la besó en el invernadero. Del latir de su corazón desbocado cuando la tuvo entre sus brazos en el interior del cabriolé. La pasión en el callejón. La tonalidad de su piel rosácea, y esa expresión relajada en el rostro después de haber llegado al clímax, eran un capricho irresistible.

El ansia de poseerla sin barreras, sin prisas, lo torturaba. Observó su rostro distendido, su inhibición al mostrarse desposeída de cualquier ropaje, dispuesta a deleitarse con cada una de las perversidades que él pudiera enseñarle. Una urgencia incontrolable lo sobrecogió; era un experto en las artes amatorias, y nunca antes se había sentido subyugado de la forma en que lo había hecho June. Tomarla en ese mismo instante, hacerla suya, marcarla con fuego, ese era su mayor anhelo. La atrajo hacia la cama y se perdió durante un segundo en sus ojos, que brillaban de una manera especial, como si él tuviera todas las respuestas.

—¿Qué haces? —preguntó lady Belford, divertida—. ¿Todavía hay más?

—Para ti, siempre. —Descubrió que atormentarla con pequeñas dosis de erótica sensualidad no serviría para doblegarla, ni tampoco para satisfacer su orgullo. Más allá del logro de su conquista, el reto se había transformado, y lo que más deseaba era hacerla feliz.

La cubrió con su torso a la vez que se introducía dentro de ella. La fricción de sus cuerpos enjabonados permitió que el acceso fuera suave, un lubricante perfecto que favoreció el ritmo. Sus lenguas se unieron, lucharon, se acariciaron, exploraron más allá. Sus manos se entrelazaron, un nexo indisoluble que los apresaba por propia voluntad en un infinito gozo. La noción del tiempo y del espacio era efímera, no se detenía, pero tampoco avanzaba. Una burbuja gigante pareció envolverlos y protegerlos contra cualquier mal mientras permanecieran juntos.

—Oh Dios, June, mi June —clamó Elric en su oído.

—No pares —exhaló, exhausta, ella.

La música que solo ellos podían oír llegó a su nota más alta, y después fue descendiendo hasta convertirse en suspiros.

—¿Siempre es así de increíble? —June estrechó sus dedos entre los suyos.

—Nunca es así.

—¿Hemos dejado de ser amigos para ser amantes?

Elric tardó unos segundos en contestar.

—No me gusta esa palabra, no es para ti.

—Al menos, ¿seguimos siendo socios?

No sabía dónde encajaba en su vida. No quería convertirla en una vulgar amancebada, tampoco podían casarse, aunque, por otro lado, June no se conformaría en ser solo la esposa de alguien. Era demasiado especial para encerrarse entre cuatro paredes. Debía escoger su propio camino. Esa idea lo llenó de ansiedad, ya que no creía ser capaz de dejarla marchar.

—¿Qué harás cuando consigamos vender el diamante? —preguntó lady Belford.

Elric se molestó ante su insistencia con aquella joya. No existía, o, al menos, el ladrón que la había sustraído de Versalles hacía ya muchos años se había llevado el secreto a la tumba. Le habían llegado rumores de su suicidio y algún que otro asesinato acerca de los distintos dueños de la gema, cuando realizó indagaciones al respecto.

—Si fueras libre —continuó ella—, si no tuvieras que dar explicaciones a nadie, ¿qué harías? Yo compraría una granja y vendería leche, huevos... —Arrugó la nariz—. No, mi madre y mi hermana me matarían. Me iría lejos de Londres, a París, tal vez, y abriría un salón de té.

—No creo que aguantaras tanta cursilería.

—¿Por qué no? —June le pegó en el brazo—. Sería un salón de té durante el día y un club por la noche.

—¿Un club de caballeros?

—Eso nunca, odio donde no me dejan entrar. —Una carcajada brotó desde el interior del futuro duque de Arundell—. Serviríamos bebidas, música, baile para parejas como nosotros —prosiguió ella, sin amedrentarse.

—Mmm... me empieza a gustar...

—¿Y tú?

—Ya tengo dinero.

—Si fueras libre.

Elric se extrañó. ¿Cómo sabía que no lo era?

Llamaron a la puerta. June se tapó la cabeza con el cubrecama, avergonzada.

—Señor, lady Arundell lo espera en la biblioteca.

—Creí que la reunión era a las cinco. —El duque provocó consquillas en la cintura de su recién descubierta pasión.

—Son las cinco, señor —se oyó la voz grave del mayordomo—, el abogado ya ha llegado.

—Maldición —gruñó lord Arundell.

—¿Qué ocurre?

Elric le colocó un dedo en los labios.

—Bajo en diez minutos, avisa a la duquesa.

La pareja se mantuvo en vilo hasta que los pasos del sirviente se alejaron.

—Debo marcharme, pero no tardaré mucho.

—¿Qué sucede? ¿Por qué un abogado?

—Nada, no te preocupes.

—¿Pretendes que me quede encerrada para siempre en esta habitación? Tarde o temprano deberé enfrentarme a... —June se incorporó, pegó varios puñetazos a los cojines y se acomodó en ellos—... a lo que sea que tenga que venir.

Elric dejó de respirar; era igual que una ninfa con los pechos desnudos, los ojos brillantes, los labios hinchados y rojos de tanto usarlos.

—¿Qué miras? —indagó ella.

—Sé mi prisionera por un día más, solo uno. —Gateó como un tigre hambriento y succionó uno de sus pezones.

—No puedo, mi madre estará preocupada por mí.

Elric lamió el otro pezón.

—¿Es que piensas volver a casa? ¿No va contra vuestras normas aristocráticas?

June cogió entre sus manos su rostro y lo miró a los ojos, severa.

—Si tuviera un padre para protegerme, te obligaría a casarte conmigo o te retaría a un duelo.

Elric se deshizo de ella, abrió el armario y tiró sobre la cama unos pantalones limpios, una camisa, un chaleco, calzones blancos, y se vistió con rapidez.

—Ya te lo he dicho, por más que quiera, no puedo.

—Ya lo sé —se exasperó lady Belford—, estás casado con Kate.

—No es eso, cariño. —De repente, palideció. ¿La había llamado cariño? Cualquiera hubiera chillado de emoción al advertir en esas palabras un perceptible enamoramiento, pero él sabía que no era cierto, que todo formaba parte de un teatro, una falsa ilusión provocada por los efectos del simple deseo carnal. Ella pareció no percibir ese sutil cambio, así que se tranquilizó—. Tengo un acuerdo con la viuda y no puedo comprometerme con nadie.

June reptó por la cama hasta llegar al borde.

—Ven —dijo, haciéndole señas—, el corbatín no se coloca así.

Elric le magreó las nalgas y la atrajo hacia sí. Su cuerpo esbelto ejercía un poder magnético sobre él. Su naturalidad y su desconocimiento de lo perturbadoras que podían ser sus curvas le proporcionaban un mayor atractivo.

—Estoy pegajosa, te ensuciarás el traje.

—No me importa.

—¿Qué pensarían lady Arundell y su abogado... y por qué una reunión? ¿Qué trato tienes con la duquesa? —Cogió su vestido negro del suelo. Los dos apreciaron la mancha de sangre que había

en él.

—¡Quémallo! —Elric señaló la chimenea. Todavía quedaba una pequeña flama que se negaba a desaparecer—. Los criados no pueden verlo, sería tu fin.

—¿Quieres que salga desnuda a la calle? —chilló June.

—Avisaré a Isabella para que te consiga nuevas prendas. Está acostumbrada a lidiar con estas situaciones.

—¿Cómo puedes consentir que tu hija recoja las migajas de tus amantes despechadas?

—Tú no eres mi amante —proclamó Elric, consternado.

—Entonces, ¿qué soy?

—No grites.

—Ya me han oído antes.

Elric la asió por lo hombros.

—¡Cálmate, por el amor de Dios!

—¡No quiero! Tengo derecho a desahogarme, ¡mi padre ha muerto, estoy arruinada y sola!

—Me tienes a mí.

June se tranquilizó.

—¿Y quién eres tú?

—No lo sé, June, ¿quién quieres que sea? —Temía la respuesta.

—Desde que nos conocimos hemos sido sinceros el uno con el otro.

—Por supuesto. —Ejercía un hechizo tan poderoso que solo podía hablarle sin tapujos, tal vez con la idea de que sus defectos la alejarían; sin embargo, había sucedido lo contrario, cada vez la sentía más cerca.

—¿Y por qué no quieres contarme qué va a pasar en la biblioteca?

—Mira que eres tozuda —se exasperó Elric.

Volvieron a llamar a la puerta.

—Señor, le esperan...

—Ya voy. —Se oyó un leve carraspeo—. Vete, ahora bajo.

El silencio persistió hasta que Elric se decidió hablar.

—Hoy firmo los papeles y me convierto en duque, mañana se celebra el velatorio y entierro por el hijo de la viuda, y en quince días me caso con Leonor gracias a una licencia especial del arzobispo de Canterbury.

La decepción en el rostro de June fue evidente. Se cubrió los pechos y los rizos de la vulva, tal y como se imaginaba Elric que había sucedido en el Edén, cuando Eva mordió de la manzana y el pudor por su desnudez la afectó hasta el punto de repudiar a Adán.

—¿Y qué pasa conmigo?

—Mi compromiso con la viuda es ineludible.

June no verbalizó su rechazo. Aun así Elric lo apreció en cada uno de sus gestos y en la amargura de su voz.



—¿Y Kate? No te dejará, se presentará y querrá ocupar el cargo que le corresponde.

—Ha jurado no entrometerse a cambio de una gran cantidad de libras.

—No entiendo por qué capturar a su hija y hacerla pasar por ese calvario si iba a conseguir tanto dinero.

—El tema se ha retrasado, hemos esperado meses para poder firmar, y Kate empezaba a dudar de mí.

—¿Quería chantajearte?

—No sé lo que quería, ¡es una zorra! —Elric presionó el tirador de la puerta—. Ahora, si me disculpas, debo convertirme en duque.

—No me dejes... —June alargó la mano a modo de invitación.

¿Por qué se lo ponía tan difícil? ¿Por qué no podía dar media vuelta sin más, como siempre había sucedido en sus relaciones? Incluso la actriz más bella y deseada de toda Europa no había conseguido retenerlo a su lado. No entendía el extraño sentimiento de culpa que le atenazaba, cuando nunca había sufrido remordimientos. Cada una de las partes conseguía lo que quería, y tanto el principio como el final eran satisfactorios. Sin embargo, con ella todo era desproporcionado.

—No tengo elección —dijo al fin. Su deber como padre era mucho más fuerte que cualquier emoción que ella le provocara, pero no menos intensa. Ser la protegida de un noble compraría para su hija el respeto que tantas veces había anhelado para sí mismo.

—Sé dónde está el diamante. —Un hilo de voz se le escapó a June, como si no quisiera, como si fuera su último recurso para retenerlo.

No la creyó. Giró el pomo y cerró la puerta tras de sí.

\*\*\*

Elric sostenía la pluma entre sus dedos, incapaz de firmar los papeles. La súplica de June lo había conmovido. Era audaz, e impulsiva. Su ruego no era más que parte de su carácter inconstante.

Una gota de tinta negra manchó la punta de su zapato.

También era decidida y no le había importado arriesgar su reputación por él. Si escribía su nombre en aquel contrato, negaría la pasión que sentía y que no estaba preparado para olvidar. Su recuerdo lo había perseguido desde que era un niño y le había regalado esa caja de dulces, sin más, por pura generosidad. Su indiferencia, más tarde, en lugar de perjudicarlo, lo había animado a progresar; su posterior entrega lo aturdía y a la vez lo cautivaba.

Leonor tosió y despertó a Glover de su ensimismamiento. La joven tenía la tez lívida y ojeras oscuras, muy impropio de ella.

—¿Te encuentras bien?

—Solo está conmovida por la situación —se apresuró a contestar la viuda.

Elric volvió a contemplar el acuerdo. En el epígrafe seis, cláusula tres, era donde se exponía

como principal obligación del nuevo duque contraer nupcias con su «supuesta» prima lady Leonor de Arundell. Mantenía su nombre de pila, aunque su apellido había sido modificado. Unos cuantos enunciados más arriba se especificaba su origen. Philipa había persistido en la ilusión de convertirlo en el sobrino desaparecido, el mismo que la leyenda mencionaba que había sido asesinado por unos bandoleros. No le importaba resucitar a un muerto; sus principios habían sido siempre muy volubles, dependiendo de a quién beneficiaban. Pero su intención era redimirse, luchar para encontrar un hueco en una sociedad anquilosada, donde lo realmente importante eran los títulos. Ser duque era su mayor desafío, su estafa más descabellada, pero, al mismo tiempo, su oportunidad de escapar de una vida pendiente de las limosnas de otros.

—¿Qué es lo que ocurre? —se quejó la duquesa.

—¿No ha pensado que con mi firma estamos matando a su hijo?

La viuda y Leonor aspiraron, como si esa idea no fuera nueva. El secreto que esas dos mujeres habían ocultado durante tanto tiempo también las había mantenido cautivas en su propia cárcel de oro; a él le permitían entrar, pero no poseer la llave.

—Como verá, en la página doce ya se especifican las circunstancias de la muerte de lord Arundell en África. —El abogado señaló unas líneas en las que aparecía el nombre del pobre chiquillo, fallecido hacía años en su habitación, la misma que Leonor había remodelado para acoger a Isabella. Tal vez su sueño había sido viajar a ese continente, y su madre preservaba esa ilusión. Él hubiera hecho lo mismo, conservar el recuerdo de su hija, alimentar el deseo de mantenerla a su lado aunque su cadáver yaciera bajo tierra.

—¿Te preocupa la boda? —preguntó Leonor.

Hacía unos días, Elric había decidido que sería una buena influencia para su hija; se llevaban bien, y no existía ningún impedimento para retrasarla por más tiempo, pero su interior rugía, desesperado. Casarse otra vez con la persona equivocada significaría volver a cometer el mismo error, pero Leonor no era Kate, aunque las mujeres, hasta las más delicadas, siempre sufrían y se sumían en la venganza cuando se daban cuenta de que no eran amadas. ¿Correría ella el mismo destino?

—Mamá, podríamos anular ese requisito, tal vez así se sintiera más cómodo con la situación. —Un pequeño desequilibrio obligó a Leonor a sentarse.

—No seas absurda, ese es el único modo de asegurar nuestro futuro.

—¿No se estipula ya que debe ofrecernos cobijo o, si no, se hará pública su verdadera identidad? —La tos que le sobrevino le produjo varios espasmos. Su madre se asustó, y Elric, por primera vez, vio sufrir a la viuda.

—Bebe agua y no te mortifiques con los detalles.

Volvió a repasar el documento, dispuesto a negociar todas las disposiciones donde en lugar de beneficiarse saliese perjudicado, pero no encontró ninguna que valiera la pena discutir. Philipa ya le había dado carta blanca para disfrutar del dinero, con la única obligación de proporcionarle un heredero. Llegó al apéndice donde lady Isabella era reconocida como hija de un noble muerto en

un duelo, y ahijada del mismísimo duque de Arundell. No podía negar que esa dama tenía imaginación, y también una magnífica mente para los negocios: desde la muerte de su esposo había dirigido con mano de hierro sus inversiones y había duplicado su fortuna.

Hundió la pluma en el tintero.

«Por favor, no te vayas, no firmes», aquellas palabras pesaban como una losa sobre su conciencia. ¿Qué le ofrecía ella? La quimera de una efímera riqueza procedente de un imaginario diamante, cuyo destello azul los convertiría en una próspera pareja. La promesa de esa felicidad alargó su incertidumbre, la que no tenía antes de poseer a June. Una mancha negra brotó entre sus dedos.

—Tengo entendido, señor Glover, que tiene una visita inesperada de la que no sabe cómo deshacerse —pronunció, irónica, la duquesa.

—No sé a qué se refiere.

—Me he tomado la molestia de resolver este molesto asunto.

—¿Que ha hecho qué?

—Hablemos claro y sin tapujos. Puedo devolver la honra a su... invitada sin que la prensa se entere de esta desafortunada travesura...

—¿A cambio de qué?

—Nada que no acordáramos con anterioridad. —Señaló los papeles.

No tenía por qué sucumbir a tan vil chantaje. Viviría con June. Se convertiría en su esclavo, dispuesto a colmarla de placer, recorrería cada milímetro de su piel y la haría sentir única hasta que quedaran saciados el uno del otro.

Marcó sus huellas en la madera de la mesa.

El tiempo sería un obstáculo, cargado de agravios. June no soportaría la mediocre vida a la cual la destinaba, sin esperanza, sin la seguridad que buscaba desde la muerte de su padre.

Si se rebelaba contra la viuda, perdería meses de trabajo, volvería a pisar las calles malolientes del East End, regresaría a sus habituales quehaceres, donde el chantaje y el engaño serían el único legado que podría ofrecerle a su hija.

Contempló sus uñas ennegrecidas y el charco negruzco en el suelo por culpa de la tintura.

Estampó sus iniciales en el papel acartonado. Se consideraba padre antes que hombre, así que sería duque antes que ladrón.

## Capítulo 19

June no podía creer que el Elric la hubiera abandonado. Había intentado retenerlo a su lado, había utilizado a Kate para disuadirlo de que firmara ese documento. Reconocía que era egoísta por su parte, ya que el acuerdo le conllevaría prestigio y fortuna, pero no era por eso que había anhelado que descuidara sus obligaciones. El matrimonio con Leonor había sido el motivo. Y aunque aceptaba que no les unía ninguna relación romántica y que nunca podrían contraer nupcias, algo que ambos descartaban, él le había enseñado a saborear el poder del erotismo y no deseaba compartirlo con nadie más. Le había suplicado que se quedara junto a ella por temor. Y es que había descubierto que tenía miedo, mucho más que cuando asesinaron a su padre. ¿Qué iba hacer si su familia la repudiaba? Después del alboroto que había provocado con sus gritos, todos los criados hablarían de lo que lord Arundell y lady Belford habían hecho a solas en sus aposentos. Estaba convencida de que las crónicas de sociedad pasarían por alto la intervención de Elric para centrarse en su indecente comportamiento, condenada a vagar por las calles y solicitar limosna a los hombres que se dignaran a jadear sobre ella.

Contempló la alcoba y vio horrorizada el desastre que había provocado el dichoso jabón de Marsella. El suelo estaba resbaladizo, y las ropas, húmedas; el barro se había mezclado con el agua y, por más que restregó su vestido por el suelo con la intención de limpiarlo, este cada vez se ensuciaba más.

Elric lamentaría no haberla creído. Encontraría ella sola el diamante y se convertiría en una mujer rica. Entonces ya no necesitaría venderse, ni ser la amante de nadie. Permaneció quieta durante un segundo. Anotó esa posibilidad como plan alternativo.

Ser una mantenida no era tan malo; luego se le pasó por la mente toda una lista de nombres, desde nobles hasta burgueses adinerados, y el estómago se le revolvió.

¡Un convento! Alzó la cabeza como si Dios mismo la hubiera iluminado: hablaría con sor Margaret. Deambuló de una idea a otra hasta que se acordó de que Isabella entraría en cualquier momento y la hallaría en ese estado. Dejó las confabulaciones para más adelante y recogió con una camisa limpia el barro mezclado con la sangre, luego la tiró al fuego junto a su traje, no sin antes descoser la bolsa de diamantes y rubíes de su dobladillo. Se cubrió con un batín que encontró en el fondo del armario; el olor a tabaco y whisky la mareó, no por su intensidad, sino

por el recuerdo de la piel de Elric sobre la de ella. Se arregló el pelo en un moño e hizo la cama lo mejor que supo: tiró de las puntas, tal y como había visto realizar a Alice, y alineó los cojines.

Isabella la encontró sentada en una silla delante del escritorio de caoba, como si fuera la dueña de la casa, y ella, una simple doncella.

—He cogido prestado este vestido de la habitación de Leonor —balbuceó la niña—. Tal vez te venga un poco pequeño, pero creo que servirá.

June ojeó la prenda. Al pensar en esa mujer, fea y tonta, casada con Elric, le entraban ganas de bajar a la biblioteca y propinarle un puñetazo delante de su propia madre. Otra hipócrita con doble moral.

—Leonor no tiene pechos ni caderas, con tan solo pasarlo por mis piernas se desgarrará.

—Puedes coserlo, como el otro.

¿Qué otro? June caviló extrañada y siguió la mirada de Isabella hacia la chimenea. ¡El traje de pirata! Ladeó la cabeza, pensativa. Los Red Dragons eran otra posibilidad de supervivencia. Se llevó la mano a la frente como si tuviera fiebre. Los hermanos Smith eran una amenaza, pero podría volver a juntar a una pequeña guerrilla...

Isabella pestañeaba expectante frente a ella.

—Necesitaré tela para cubrir los desgarrones.

La muchacha le mostró una caja de costura que contenía todo lo necesario para coser, además de pequeños trozos de tejido negro. June lo inspeccionó hasta encontrar un retal de encaje lo bastante amplio. Suspiró, resignada.

La pequeña se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y miró fascinada cómo hilaba la aguja y cosía una costura tras otra.

—¿Nunca has visto puntar a nadie? Mi abuela me lo enseñó, intentó ganarse la vida como modista. En España era una de las mejores, pero al venir a Londres existían demasiadas chicas que sabían coser y pocas que supieran cantar.

—¿Por qué dejó su bonito país para venir aquí?

—¿Qué sabrás tú de España?

—Sé que está cerca de África y que hace mucho sol.

June dejó de hilvanar. Emigrar era otra posibilidad. Al fin y al cabo, por sus venas corría sangre andaluza, aunque fuera por segundo grado de parentesco.

—¿En qué piensas? —Isabella la desconcentró. Por un momento había creído que estaba sola.

—En cómo me las apañaré a partir de ahora.

—¿Por qué? ¿Qué ha cambiado?

—Eres demasiado joven para entenderlo.

—Me crie en el burdel hasta los ocho años. No soy tan inocente. He visto y oído más que tú en... ¿cuántos años tienes?

—No es de tu incumbencia.

—¿Treinta?

June abrió la boca.

—Veintidós.

—¿Tienes hijos?

—¡Claro que no! —contestó alterada.

—Mi papá me tuvo con quince y mi mamá con diecisiete.

—Y la mía a esa edad ya había parido dos niños muertos y otro estaba en camino, pero no quiere decir que todas debamos hacer lo mismo.

—Mi mamá con veintidós regentaba el burdel y ganaba más que muchos padres de familia.

—Sí, y también intentó venderte. —Se arrepintió nada más soltarlo—. Lo siento, no era mi intención.

—Mi padre dice que solo fue una excusa para hablar con él porque sigue enamorada.

June no las tenía todas consigo. Cuando la rescataron del fuego, Isabella llevaba un atuendo demasiado virginal para pasarlo por alto.

—¿Por qué haría eso? Existen muchos otros sitios donde entablar una conversación.

—No la veíamos desde hacía cuatro años. Papá encontró otra casa y otra madre.

June puso los ojos en blanco.

—¿Se casó otra vez?

Isabella rio.

—Vivíamos con Sarah Siddons.

—¿La actriz?

—Estuvo bien, pero luego ella se puso demasiado celosa y tuvimos que irnos.

—¿Celosa de quién?

—Perdió la chaveta, creía que papá se acostaba con todas las mozas que le sonreían.

—¿Y lo hacía? —Isabella se encogió de hombros—. ¿Qué ocurrió? No te quedes callada, ¡cuéntamelo!

—Se cansó.

—¿Sarah Siddons os echó a la calle?

La niña se tapó la boca y achinó los ojos, como si estuviera a punto de soltar una blasfemia.

—¡Qué graciosa eres! Papá la dejó, como deja a todas.

A June se le erizó el vello de los brazos. Así que tanto insistir no había merecido la pena: ella era una más.

—¿Y adónde fuisteis?

—La viuda encontró a papá —dijo Isabella con rabia contenida—. Pero es un secreto, no se lo digas a nadie. —La niña se levantó y empezó a dar vueltas en la estancia con los brazos abiertos para darse mayor impulso—. No te preocupes, todo irá bien. Tengo órdenes muy precisas. Cuando estés decente, nos trasladaremos a mi habitación. Libby y Priscilla llegarán en una hora.

Quería ver a su hermana, era lo que más deseaba. Pero ¿por qué la frívola de Priscilla tenía que formar parte de su historia? No podía con aquella muchacha que coqueteaba con cualquier varón

joven y de buen ver. Durante la cena no había dejado de atraer la atención de Elric, pero, por suerte o por desgracia, él estaba demasiado ocupado discutiendo con ella.

—¿Y mi madre? —preguntó June con un hilo de voz al recordar la última vez que se habían dirigido la palabra.

—No ha sido invitada por la duquesa.

June tosió nerviosa.

—¿La viuda de Arundell ha dado su consentimiento?

—Es ella la que lo ha preparado todo.

La aguja se clavó en el índice de la mano derecha. June inclinó su cuello a un lado y a otro; de tanto encogerse en la silla le dolían la espalda y los hombros.

—¡Tienes sangre! —exclamó Isabella.

June sorbió el líquido rojo.

—Ojalá todos mis problemas se pudieran solucionar de este modo.

—¿Chupándote el dedo?

June le guiñó un ojo y continuó uniendo el encaje negro en una de las mangas.

—Dime, ¿alguna vez Priscilla y Elric...? Ya sabes...

Isabella jugueteó con un cenicero de mármol que había encontrado encima del sifonier.

—¿Si han follado alguna vez?

—Una dama no utiliza un lenguaje tan soez —clamó June a la vez que se tocaba sus mejillas coloradas.

—Eres tan mojigata como la viuda —resopló la niña—, pensé que eras diferente.

—¡Y soy diferente! —Ese comentario le había dolido mucho más de lo que creía. Siempre había luchado por distanciarse de todo lo relacionado con el falso mundo de las apariencias, y ahora era ella quien regañaba a la chiquilla por llamar a las cosas por su nombre.

—Me aburro —proclamó Isabella en una especie de cantinela.

June ya había terminado, pero quería indagar un poco más. A decir verdad, se moría de ganas por conocer cada una de las historias en las que Elric estuviera involucrado.

—Un minuto más, ¿por qué es necesaria la presencia de Priscilla? ¿Es muy amiga de tu padre?

—No lo sé. —La voz de la pequeña sonó fastidiada—. Necesitamos sacrificar a alguien para desviar la atención, eso es todo.

—Ya casi estoy. —Lady Belford simuló dar unas puntadas más—. ¿Está lady Priscilla al corriente?

Isabella cayó de rodillas al suelo y se llevó las manos a los cabellos, exageraba como solo una niña de doce años puede hacer sin perder la cordura.

—¡¿Cómo va a saberlo, si ella es la víctima?! —

\*\*\*

La habitación de Isabella era pequeña pero muy acogedora; las paredes pintadas de verde, una cama de princesa vestida con organdí de encaje, baldas de madera y una segunda puerta de color blanco. Otra sala un poco más grande albergaba dos mesas y varias sillas, cada una de ellas adornada por manteles bordados con motivos florales y cinco tazas con sus respectivos platos. Sin duda, esa era el aposento privado de una dama acostumbrada a recibir en ella visitas de amistades cercanas. Su madre tenía una estancia parecida, para jugar a las cartas y beber té con su selecto grupo de amigas, entre las que estaban algunas de las fundadoras de Almack's, las mismas que, desde la muerte de su padre, no se habían dignado a visitar a Caroline.

June se fijó en un diván de terciopelo negro. Nada tenía que ver con la decoración del cuarto, pero al menos no era de ese color verde tan de moda, y que ella aborrecía. Si hubiera sido luminoso, todavía podría haberlo tomado en consideración para su propia alcoba, pero la tonalidad era apagada, y que la composición del tinte llevara arsénico no le gustó.

Las oyó subir por las escaleras. La voz chillona de Priscilla era inconfundible, no paraba de parlotear y reír sus propias gracias. Esta fue la primera que apareció en la estancia y la estrechó entre sus brazos.

—Querida, ¡qué alegría saber que estás bien! No sabes cuánto hemos sufrido por ti, preguntándonos dónde estabas y con quién, a altas horas de la madrugada. —Escudriñó su rostro. June apenas pudo sonreír, tiritaba, y mucho más cuando divisó, tras las faldas de lady Priscilla, a Libby.

Las dos hermanas se fundieron en un gran abrazo. Las lágrimas brotaron de sus ojos. Sus hombros, sus manos y sus piernas se agitaron. Sin embargo, entendió que la vibración había llegado a un punto demasiado álgido para originarse solo en ella. La euforia que había sentido durante uno segundos al creer que ya no tendría que esconder por más tiempo su decaimiento se esfumó. Comprobó que Libby también lloraba desconsolada. Se sentaron en el diván, y June acarició el cabello de su hermana como cuando eran pequeñas y la tranquilizaba en los días de tormenta. Se culpó por no estar la pasada noche junto a ella para calmarla con cada trueno.

—Ya está, ya pasó. Estoy bien. —Se balanceó como si cantara una nana y ese fuera el estribillo—. Ya está, ya pasó, estoy bien...

Libby hipó un par de veces.

—He pasado mucho miedo, no sabía qué excusa inventarme para que el barón nos dejara en paz.

—¿Te ha hecho daño ese...? —preguntó June, rabiosa.

Priscilla se sentó junto a ellas; parte de la tela de su vestido se desplomó fuera del diván.

—No ha ocurrido nada. No nos hemos separado ni un momento, el señor Abranson y yo no nos fiábamos ni un pelo de ese barón.

June hizo una pequeña inclinación a modo de agradecimiento.

—No es tan malo. —Libby desdobló su pañuelo de encaje y se secó la nariz—. Él te quiere.

—No dirías lo mismo si hubieras escuchado la conversación que tuve la mala suerte de



presenciar. No hablaba en muy buenos términos de las mujeres. —No quiso alarmarla, ya que en realidad hablaban de ella. Una mentira piadosa impediría que Libby se preocupara por Frederick. No lo valía.

—Quiere casarse contigo desde tu aparición en sociedad —insistió su hermana.

—Eso no le legitima.

—Deberías pensarlo —dijo en voz más baja de lo normal lady Priscilla—. Es tu única oportunidad.

—No sé de lo que hablas.

—Todos sabemos lo que has hecho esta noche, y no de niñera, como nos ha comentado la viuda de Arundell.

La veleidosa presencia de Priscilla sacaba de quicio a June, pero nunca se lo demostraría.

—Sigo sin entender qué tienen que ver el barón de Avely y la duquesa conmigo.

—Verás, querida, por muy inocente y bella que sea la tal Isabella, nadie va a creer que estuviste toda la madrugada —enfaticó la última palabra— al cuidado de una muchacha que podría estar casada.

—¡Solo tiene doce años! —Durante los minutos que había estado junto a la hija de Elric, había comprobado que, a pesar de su pícaro carácter, también ocultaba una naturaleza bulliciosa y alegre, más propia de una niña que de una mujer.

—Y yo, catorce cuando el señor Abranson me pidió en matrimonio.

June se exasperó. No quería malgastar sus energías contra esa presumida cuando aún le quedaba una batalla que lidiar con la viuda.

—¿Qué se supone que he hecho, Priscilla?

—No soy tu enemiga, no tienes por qué ponerte a la defensiva, nos conocemos desde hace muchos años.

—¿A dónde quieres llegar? —Una pregunta estúpida, ya que se arriesgaba a que la señora Abranson pronunciara la fatídica frase, aquella que las tres tenían en mente: «No eres más que una perdida».

—Solo siento curiosidad. —Miró a Priscilla a los ojos y comprobó que no la juzgaba. Aun así, no estaba preparada para confesar ante esa metomentodo.

—¿Curiosidad, por qué?

—Serás cabezona... ¡Sobre tu noche con el duque!

Libby le dio una patada a su amiga y ojeó a su hermana.

June se puso tan colorada que parecía llevar una máscara. La decisión de dejar de ser virgen había sido meditada, aunque no durante mucho tiempo, sí el suficiente como para ser consecuente y no arrepentirse. Y no lo había hecho: yacer con el duque la había liberado, se sentía plena, feliz. Lo que no había previsto era cómo reaccionarían las personas de su entorno: la censura, los reproches...

Las dos visitantes se echaron a reír. June se resignó, eran tan jóvenes que podía perdonar sus

indiscreciones, pero ¿quién la perdonaría a ella?

—Es tan guapo, galante y tan... apasionado. —Libby intentó retener la risa—. Me quedé de piedra cuando abandonó la sala para ir tras una damisela en apuros.

—Atónita sería la palabra justa, y todavía más cuando la mayor de las Belford, a la que siempre he considerado como una hermana, un ejemplo a seguir... —Lady Priscilla no pudo aguantar más y soltó una carcajada—, corrió tras ese hombre por el que yo misma suspiro en sueños y se metió dentro de su cabriolé sin ningún tipo de carabina.

—La cara que puso Albert... —Libby se encogió de hombros, abrió los ojos como si dos pinzas tiraran de ellos y hundió sus mejillas con la pretensión de imitar al abogado. June no pudo resistir la ligereza con que las dos muchachas se tomaban aquella situación. Tal vez existiera una posibilidad de que el mundo la aceptara tal y como era.

—Frederick parecía un poseso cuando pretendió detener a los caballos, su caída fue espectacular. Oh, deberías haberlo visto —continuó su hermana—, tuve que hundir la cabeza para que creyeran que lloraba, no podía parar de desternillarme como ahora...

June se pellizcó para provocarse dolor y no sucumbir ante ellas. No creía que fuera sensato seguirles el juego, pero aquella alegría era muy contagiosa. Y ella necesitaba sentirse así, volver a su inocencia, justo a la noche anterior al asesinato de su padre, cuando imaginaba que la vida solo le deparaba la serenidad de una soltería cargada de buenas intenciones, como cuidar de sus padres en la edad madura y hacerse cargo de la hacienda, como tan bien le había enseñado el conde. Pero ahí estaba, al lado de dos bellas damas, coleccionistas de admiradores, capaces de conseguir que por una mirada los caballeros se batieran en duelo, sedientas de curiosidad porque ella, la cual había pasado más de dos temporadas sin encontrar marido, les explicara los entresijos de un desposorio.

Las carcajadas de las tres inundaron la alcoba; Libby resbaló del diván y cayó al suelo. Los ojos de June se inundaron de lágrimas de felicidad. La complicidad con su hermana no se había perdido. Al intentar ayudarla, también rodó junto a ella. Priscilla se unió al grupo. Si alguien las hubiera espiado, hubiera percibido cierto grado de histeria. Durante un instante June se sintió en lo más alto; al cabo de una centésima de segundo, volvió a centrarse en la realidad del momento: incierta, insegura.

—Cuéntanos: ¿cómo ha sido? —cuchicheó Priscilla.

—Tú fuiste la primera, deberías saberlo —soltó June con la lengua afilada.

—No creo que lo que haga mi marido sea lo mismo que lord Arundell te hizo a ti. Por favor, no me quites la ilusión.

Un escalofrío recorrió la espalda de June al oír su nombre, y más en labios de aquella muchacha a la que, pese a ser la mejor amiga de su hermana desde la infancia, siempre la había encontrado repulsiva por sus exagerados modelos, sus histriónicos ademanes y la superficialidad de sus comentarios. Tenía su rostro a unos cuantos centímetros y pudo comprobar lo joven que era, tan solo una niña casada con un anciano. No era justo que se resignara al escaso placer que el

señor Abranson le pudiera proporcionar.

Observó a Libby; estaba tan expectante como su amiga.

—Jurad que lo que oigáis en el día de hoy os lo llevaréis a la tumba. O si no, mi fantasma y el de mis antepasados os perseguirá por los siglos de los siglos. —La misma perorata de su niñez, la que utilizaba para asustarlas cuando las descubría tras ella como perritos falderos y no quería que su madre se enterara de que había jugado con los hijos de los campesinos.

Libby y Priscilla se santiguaron nerviosas.

—Lo juramos —contestaron al unísono.

June se humedeció los labios y se arrimó a las muchachas.

—¿Habéis probado alguna vez un tarro de miel?

Las dos asintieron, excitadas.

—¿Habéis notado cómo su dulzura baja por la garganta y os quema por dentro, pero aun así no podíais parar de comer?

—A mí me pasa con el chocolate —respondió Priscilla.

—¿Duele? —preguntó Libby.

—Una golosina tan azucarada solo puede provocar adicción, aunque su sabor al principio es un poco amargo.

La puerta se abrió, las tres se giraron sorprendidas y enseguida se levantaron del suelo, ayudándose unas a otras.

—¿Qué hacéis tiradas como unas sirvientas? —interrogó la duquesa de Arundell, con el cuello estirado y la frente arrugada.

—Nos hemos resbalado del diván —pronunció Libby con un débil tono de voz.

—Algo que no os ha importunado. ¿De qué hablabais? —Era una orden que esperaba ser cumplida de inmediato.

—De caramelos —replicó Priscilla.

June tosió, y Libby retorció sus labios para detener cualquier amago de burla.

A la duquesa no le pasó desapercibida la agitación de las jóvenes, pero pareció dejarlo por imposible.

—En fin, seguro que estaréis muertas de hambre. Enseguida servirán el té. —La viuda se tocó la nuca, como si le doliera—. Hoy ha sido un día de lo más dispar, cargado de acontecimientos. —Hizo una pausa y asignó una silla para cada una de sus invitadas—. Le estoy muy agradecida, lady June, por ocuparse de Isabella, es impredecible.

¿Philipa de Arundell la encubría? Jamás había oído o leído, en las notas de sociedad, algo semejante.

Una doncella, que sostenía una bandeja repleta de trozos triangulares de pastel de limón, los sirvió, y vertió té en cada una de las tazas. Se acercó a la duquesa y movió sus labios.

—¿Otra vez? De acuerdo, llamen al médico enseguida, yo iré a verla cuando termine. — Despachó a la criada y se volvió hacia sus invitadas—. Lamento comunicarles que mi hija Leonor

no podrá reunirse con nosotras esta tarde, vuelve a estar indispuesta.—Cogió la taza con el pulgar y el corazón, y estiró el meñique hacia arriba.

—¿Le ocurre muy a menudo? —preguntó la señora Abranson, como siempre demostraba una falta de tacto de lo más inoportuna.

—¿El qué, querida?

—¡Leonor! ¿Qué síntomas tiene?

—Está muy cansada, tiene náuseas, y otras indisposiciones que no es de buen gusto comentar en la mesa. Seguro que es algo que le ha sentado mal.

—Debe tomar mucho líquido. Mi marido siempre lo dice —concluyó Priscilla y cortó con un tenedor una porción de tarta.

—Son muy amables por preocuparse. Ahora entiendo el altruismo de lady June. A Isabella le encantaría darle las gracias. —Tocó una campanilla situado a su lado—. ¿Dónde se habrá metido esa muchacha? Esta es su sala privada, debería estar aquí con ustedes.

—No se preocupe —habló June—, estará correteando por ahí.

—Ese es el problema, nunca quiere estar en sus aposentos. Necesita a alguien que le enseñe modales. Ella misma me contó la buena influencia que ejerció la pasada noche, cuando la encontró en el convento, y cómo las dos rezaron durante horas por su alma hasta comprender el error que había cometido.

El tenedor de lady Priscilla se detuvo en el aire.

—¿Lo dice en serio? —Su amiga aprovechó para darle un puntapié—. Lo siento, no quería ofenderla —pronunció en un hilo de voz casi imperceptible.

—Eso es lo que vamos a contar. —La sugerencia sonó a mandato—. No queremos incomodar a nadie con pequeños detalles sin importancia. —La duquesa sorbió, impasible.

—¿Por qué hace esto, lady Arundell? —June no quería ser la obra de caridad de la viuda, y tener que agradecerse hasta la perpetuidad.

—Corresponder a la hija de una de mis más antiguas amistades, su intervención con la ahijada del duque, no creo que sea un acto de asombro.

—Si es así, ¿por qué mi madre no está aquí?

—No se confunda, lady Caroline ha rechazado la invitación. Pero ha dejado muy claro en su nota la confianza de la cual soy merecedora para encargarme de corresponder a su generosidad. —June apartó el plato, temía conocer el precio que su madre había aceptado pagar por esa cuartada—. Lord Avely no tardará en llegar con una propuesta formal de matrimonio, y esta vez, usted aceptará encantada.

—Parecía que ayer en la cena mi opinión no importaba.

Todos habían aplaudido la gran noticia en ausencia de la novia, como si no pudiera decidir su destino. Este se había alterado con la muerte de su padre, y su lucha iba mucho más allá que recuperar el diamante. Se trataba de su dignidad, aunque no de su honra, perdida entre los brazos del nuevo duque de Arundell. Él había decidido renunciar a ella y a cambio había enviado a su

hija Isabella para custodiarla. No olvidaría esa afrenta, aunque tampoco su sabor, todavía presente en el paladar.

—Ya le he enviado una carta al barón de Avely exponiendo su falta de consideración al no entregarle ni un simple anillo. Se siente arrepentido y acepta sus disculpas.

—Yo no me he disculpado. —June se levantó de la silla. No le gustaba la estratagema de lady Philipa, sabía a dónde pretendía llegar y no le seguiría el juego.

—Lo hice en su nombre.

—¿Con qué derecho? —Los esfuerzos de la viuda por ocultar lo que en aquella sala todas ya sabían le pareció ridículo.

—Con la credibilidad que me otorga la sociedad, tenga cuidado con su tono, una palabra mía y quedará supultada bajo las injurias y el desprecio.

—No tengo por qué escuchar esto. —De todas las posibilidades que había considerado, casarse con Freeman no había entrado a formar parte de ellas. Convertirse en ramera, doncella, vendedora de rosas, costurera, amancebada... menos unirse al barón.

—Yo de usted me volvería a sentar, y esperarí a que lord Frederick se presentara. Si se casa con él en un lapso no inferior a un mes, puede que todavía le quede una pizca de dignidad.

—Estoy de luto y no se me permite hasta después de dos años.

—Si es eso un impedimento conseguiremos una licencia especial del arzobispo de Canterbury. Lo único que quiero es que cumpla con sus obligaciones. No me extrañaría que enseguida quedara encinta, pero tenga cuidado que el niño o la niña no salga prematuro. Suele pasar que a las primerizas se les adelanta el parto. Una esperarí que naciera un bebé pequeño y débil, pero en ocasiones es grande y rollizo como si su concepción hubiera sido antes de tiempo...

Un violento silencio se apoderó de la sala. June a punto de soltar una blasfemia, se debatía entre salir corriendo, ultrajada, o tirarse encima de la viuda y arrancarle la cofia a mordiscos. Elric entró en la habitación seguido de la misma criada.

—Lo siento, creí que encontraría a Isabella. —Examinó a ambas damas con signos de preocupación. Eso enfureció a June. Parecía volver a juzgarla, como lo había hecho en el callejón.

—No me diga, lord Elric, que ha escapado. —La viuda actuó igual de flemática.

—Esperemos que no, milady.

—Eso sería mucho peor que lo ocurrido ayer. No nos lo podemos permitir y menos hoy. —Se llevó la mano al pecho—. Debo confesar, queridas, que mi corazón se divide entre el gozo y la pena. Se me ha informado de que mi hijo ha fallecido de fiebres en África.

—Oh, ¡Cuando lo siento! —Tanto Libby como Priscilla dieron el pésame a la viuda.

—Por otro lado, mi amada hija y lord Elric, IV duque de Arundell, se han prometido.

Las dos amigas bajaron la vista, sin atreverse a pronunciarse. June seguía de pie, en una posición impropia en una dama, como si de un momento a otro fuera a echar fuego por la boca y a saltar por encima de la cabeza de lady Philipa.

La criada cuchicheó algo ininteligible a lady Philipa e hizo una reverencia antes de retirarse.

—El médico ha llegado, iré a recibirlo —continuó la viuda—. Estimado yerno no podemos dejarlo aquí con estas bellas damas, no es correcto. Por qué no bajan a la biblioteca y esperan pacientes.

—¿No deberían volver a sus casas, duquesa, y descansar? —sugirió Elric.

—No hasta que lord Avely haya pedido la mano de lady June como Dios manda. Se me acaba de ocurrir una idea maravillosa. ¿Por qué no celebramos los dos enlaces a la vez? Teniendo en cuenta las circunstancias, creo que sería un acto de lo más caritativo por mi parte, que nadie en su sano juicio, puede permitirse el lujo de rechazar.

June levantó los brazos, incapaz de detener su furia. Su hermana la obligó a bajarlos. Siguieron a la duquesa hasta que esta giró a la izquierda para dirigirse a la habitación de su hija.

—Lord Elric sería tan amable de acompañar a las damas por mí.

—Faltaría más, milady.

—Es usted tan considerado con su suegra... —Una risa burlona enervó la sangre de June.

## Capítulo 20

De espaldas a la puerta, calentándose las manos en la chimenea, estaba Frederick Freeman. June dio un paso atrás nada más verlo, lo que provocó que tanto Libby como Priscilla, que la seguían, chocaran entre sí.

El barón de Avely, alertado por la confusión reinante, se giró desconcertado. La cara se le iluminó al verla y se ofuscó al comprobar que no estaba sola y que el duque estaba presente.

—Lady June, qué alegría comprobar que está sana y salva. —Atravesó el salón hasta ella—. Lady Philipa me ha comentado el motivo de su rebeldía y estoy dispuesto a perdonarla. —Cogió su mano y la cubrió de besos en el aire. Como si su rango fuera superior estiró el cuello—. Si son tan amables, desearía quedarme a solas con mi prometida.

June meditaba entre dos cuestiones fundamentales: ¿huir o escapar? Si bien podían parecer lo mismo, cada uno de los conceptos tenía sus matices. Cuando decidió escapar la noche anterior y subirse al cabriolé con Elric, lo hizo sin pensar, en cambio, para huir, se necesitaba de una estudiada determinación de la cual no disponía. Miró a su hermana, y esta negó con la cabeza, como si adivinara su pensamiento. Libby ya le había informado de su opinión: que Frederick no era tan mal hombre, y que al fin y al cabo estaba salvaguardando su reputación. No en vano había estado enamorado de ella desde que se conocieron, aunque a June más bien lo consideraba una persecución para llegar a una meta, que amor verdadero.

—Si sus intenciones no son deshonestas, permitirá que nos quedemos todos. —Alzó la voz Elric en un segundo plano justo al lado de lady Priscilla. Esta lo había rodeado con el brazo con la excusa de bajar las escaleras sin tener un traspies y ya no lo había soltado.

—No creo que tengamos que estar presentes tres personas para una declaración de amor —sentenció la señora Abranson admirando la figura de Elric.

A juicio de June, memorizaba su musculatura, la línea de su mandíbula fuerte y viril, su pelo sedoso, sus ojos, con la intención de evocarlos en más de una ocasión mientras estuviera debajo de su marido. El duque cambió el peso de su pierna derecha por la de la izquierda y carraspeó.

—Si le irrita la familiaridad de mi trato, le pido disculpas. —Se ruborizó Priscilla.

—Ni lo intente, mi querida amiga. —Elric estrechó sus dedos entre los suyos y los colocó en su antebrazo, en el punto exacto en el que la señora Abranson se manifestaba más atraída. June percibió la camaradería entre ellos. Se sintió ultrajada por enésima vez desde que había llegado a

la mansión.

—No tema, lord Frederick, por los espectadores de esta tarde, son mi familia y ya se sabe que hay que perdonarles cada una de sus impertinencias —habló llevada por los celos, más que por la sensatez.

El barón se atusó el bigote y se arrodilló no sin antes comprobar la dureza del suelo, abrió un estuche negro, y un anillo de pequeños diamantes en forma de corazón alumbró la sala.

—Solo lo mejor para mi amada.

Una proposición de lo más extraña, pensó. Escudriñó los ojos del que podría ser el padre de sus hijos. No sintió entusiasmo y tampoco creyó que ella le provocara ningún tipo de pasión. El barón se mantenía atento como si fuera parte de una obligación contraída mezclada con el afán de ganar en aquella absurda batalla que él mismo había incitado, persiguiéndola durante las temporadas que había asistido a los bailes. Recordaba haberlo rechazado de la manera más discreta la primera vez, pero ahora dudaba cómo actuar. La vulgaridad con que la trataba a ella y a las de su género no jugaba a su favor. Sin embargo, pensó que eso era lo peor que podría hallar en Lord Frederick. Él no había asesinado a su padre, ni había robado ningún diamante, tampoco la había desposeído de cuanto tenía. Tan solo era amigo del ser más despreciable de la tierra: Albert Kellogg.

Su mente se mantenía activa, aunque su único movimiento eran las pestañas que subían y bajaban, a la espera de una señal. Elric fue el foco de atención por unos segundos, los suficientes para ver cómo seducía a lady Priscilla y le pasaba un dedo por el cuello con demasiada naturalidad. Su corazón palpitó a destiempo al comprobar cómo la mejor amiga de su hermana estaba deseosa de probar esa miel tan dulce, y se maldijo a sí misma por haber utilizado una metáfora tan apetitosa.

—Está bien. —No hicieron falta más palabras. June agarró el anillo y se sentó exhausta en uno de los sillones. El barón no cabía en su asombro, se dejó caer a su lado y pegó uno de sus muslos contra los de ella.

—Todavía no están casados, milord, no es digno de un caballero semejante postura —lamentó Libby Belford.

—Tenga cuidado, pronto podré tomarme todas las confianzas que desee. —Ahí estaba el Frederick Freeman que conocía y recordaba, pensó June. ¿Podría soportarlo?

\*\*\*

El barón de Avely había ganado, por el momento. Tal y como le había dicho Caroline a June en varias ocasiones, un noviazgo largo podría relajar el ambiente y otorgarle más tiempo. Observó a su prometido de reojo: llevaba pantalones claros y zapatos de punta cuadrada, una camisa de lino y un amplio pañuelo atado al cuello en un arco suave. Patillas, un fino afeitado y un bigote al que parecía resistirse a renunciar, pese a las estrictas normas de etiqueta que había establecido Beau



Brummel, el íntimo amigo del príncipe regente. No tenía mal aspecto y, aunque era mayor que ella, sus modales eran impecables. Convertirse en baronesa no era tan descabellado si tenía en cuenta sus otras alternativas. Analizó de soslayo a Elric; el pelo revuelto, barba incipiente, chaqueta desabrochada y alzacuellos desaliñado. No pudo reprimir un chasquido; mantenía intacto su atractivo, y no solo para ella, sino para todas las féminas de la sala. Aun así, un sentimiento aterrador la impulsó a hundirse todavía más en el sofá.

El tiempo que había pasado junto al duque la había convertido en un ser diferente, capaz de hacer frente a muchas vicisitudes que en otras circunstancias hubiera dejado en manos de su padre. Al faltar este, Elric no se había erigido en su protector, al contrario, la había tratado como a un igual, la había apoyado en cada una de sus locuras. Eran un equipo, tal y como un matrimonio debería ser. Volvió la cabeza hacia el barón: si se casaba con él, su vida quedaría supeditada a lo que ese hombre ordenara. Aunque no creía que albergara en él nada más que su severa presencia.

La viuda de Arundell entró en la biblioteca seguida del doctor Morris, un hombre alto y de cabello canoso. June dejó a un lado sus cavilaciones, más propias de una mente derrotada que del verdadero ardor que anidaba en ella.

—¿Y bien? —preguntó lady Philipa, directa, a lord Frederick.

—Tal y como usted predijo, milady.

—Una buena joya es todo lo que necesita un hombre para conquistarnos.

Las tres muchachas giraron sus cabezas con el propósito de rehuir la mirada de la duquesa; aunque sus palabras les resultaban ofensivas, no querían contrariarla.

—¿Cómo está su hija? —preguntó June, interesada. Por muy en contra que estuviera de la precipitada unión de Leonor con Elric y, sobre todo, de la apatía que había demostrado siempre la hija de la viuda, no podía dejar de pensar en que el doctor Morris era el mismo que en su juventud le había recetado sanguijuelas para solventar los continuos desmayos que le provocaba el corsé, y también quien había diagnosticado a su padre de una dolencia cardíaca que, a criterio de June, podría ser errónea. A esas alturas nunca lo sabrían.

—Se recuperará pronto.

Morris tosió varias veces.

—¿Qué es lo que ocurre, doctor? ¿Se siente mal? —La viuda llamó la atención de un lacayo—. Traigan licor para el señor. Rápido.

—No es mi intención disgustarla —carraspeó el hombre—, pero la salud de lady Leonor depende de cómo transcurran las siguientes veinticuatro horas, y, como ya le he comentado, no debemos precipitarnos en nuestras conclusiones.

Libby y Priscilla ahogaron una exclamación que fue muy perceptible para los concurrentes. La viuda duquesa de Arundell tensó los músculos, y lord Frederick, que le había tendido la mano para besarla, la ayudó a sentarse, justo al lado de June.

La puerta se abrió con estridencia. La alegría de una niña de doce años, que corría tras un

cachorro, despertó a los aletargados.

—¡Ayúdame a coger a Roy, no quiere obedecer!

—Me recuerda a alguien, jovencita —pronunció Elric demasiado jovial.

Isabella lo persiguió por debajo de las mesas y las sillas hasta que consiguió retenerlo en su falda.

El doctor Morris volvió a forzar su garganta.

—Ya le he dado instrucciones a su doncella sobre los cuidados pertinentes de lady Leonor. Si me disculpan, debo atender a otros pacientes, volveré mañana a primera hora.

June observó el rostro aceitunado de la viuda, la mirada perdida y los labios trémulos. La fuerza de esa mujer se venía abajo, y eso no era habitual. Desde que era pequeña, la duquesa había simbolizado la austeridad, la disciplina y el rigor. Tres adjetivos que ella había desdeñado, pero necesarios para mantenerse en lo más alto de la jerarquía y que el mundo girase en la dirección correcta. Si lady Philipa flaqueaba en lo más elemental, como era socorrer a su propia hija, los cimientos, al igual que los secretos, se tambalearían. Otra víbora ocuparía su lugar, y deberían empezar de nuevo a forjar una alianza. Elric, Isabella y ella misma quedarían a merced de la sucesora de una de las damas más influyentes de Inglaterra.

—¿Cuál cree que puede ser la causa de su malestar? —preguntó, con la idea de indagar en el extraño padecimiento que aquejaba a Leonor y que su madre no era incapaz de aceptar.

—No hay nada determinante. Sus síntomas concuerdan con varias enfermedades, le he dado láudano para aliviar el dolor y un preparado para fortalecerla, no podemos hacer nada más.

—Perdóneme si me entrometo donde no me llaman —continuó lady Belford, dispuesta a no dejar pasar por alto ni un detalle—, ¿puede que una de esas afecciones que usted indica sea el envenenamiento?

—¡Por dios, June! —exclamó Libby—. ¿Cómo se te ocurre?

—No va mal encaminada, milady, algunas de las manifestaciones que presenta la enferma podrían coincidir, pero no creo que nadie tenga motivos para envenenarla.

—¿Qué sentido tiene su interrogatorio? —habló lady Arundell con la voz afectada—. ¿Después de haberla cobijado en mi casa tiene el descaro de provocarme?

—No era esa mi intención, créame, pero le agradecería que me contestara solo a una pregunta más, duquesa. ¿La habitación de lady Leonor también está pintada de verde, como la de Isabella?

La viuda se llevó el dedo índice y el pulgar hacia el entrecejo.

—Por favor, lord Frederick, llévese a su prometida y enséñele modales.

Elric desatendió a la señora Abranson, que había insistido en mantenerse a su lado y hasta se había atrevido a apoyarse en su hombro; dio un paso hacia adelante y amenazó a Frederick, que reculó, airado.

—Es muy importante, duquesa, que conteste. ¿Tiene las paredes pintadas de verde o no? —insistió June.

—¿Está mal de la cabeza? —Lady Philipa se levantó en un arrebato—. ¡Mi hija se debate entre la vida y la muerte y usted solo piensa en colores!

—Es idéntica a la mía —afirmó Isabella, veloz.

June asintió, era lo que esperaba.

—El tinte lleva arsénico.

—Eso ya lo sé, pero Leonor no es tan estúpida como para chupar las paredes.

—¿Podría ser, doctor, que la humedad provocara que el arsénico se evaporara y llegara al organismo a través del aire? —June se obstinaba en hacer prevalecer su teoría por encima de la experiencia y práctica del doctor, en el cual no confiaba. Recordaba una noticia que su padre y ella habían discutido: la muerte de una doncella que los periodistas habían atribuido al *Sheele's Green*, como se le conocía a ese color, tan de moda, que el químico sueco Carl Wilhelm Sheele había ideado al mezclar cobre y arsénico. No obstante, los altos mandatarios aludieron al sensacionalismo de dichos periódicos, y hasta el conde enterró el asunto con un: «¡Basta, June! Eres demasiado joven para entenderlo».

—A mí no me gusta estar en mi habitación. —Isabella salió en su defensa.

—¡Claro que no! Te has criado como un gato salvaje —pronunció, agria, la viuda de Arundell.

La pequeña dejó a Roy en el suelo e intentó llegar hasta la duquesa. Elric detuvo la incipiente rabia y se situó justo enfrente del doctor, a medio camino de la viuda, para que Isabella no pudiera cometer ninguna locura.

—Doctor Morris, le han hecho una pregunta, ¿podría estar en lo cierto lady June?

—No puedo afirmarlo... Si fuera el caso, deberíamos trasladarla inmediatamente a otra estancia más ventilada, aunque no creo...

—¿Qué otra causa se le puede atribuir? —indagó la viuda, que parecía haber recuperado el tono de su piel y el anhelo por la batalla, como era propio en ella.

—No lo sé, tendríamos que estudiarlo, comprobar si el láudano y el jarabe funcionan.

—¡Morris! —chilló la duquesa—, hable con claridad. ¿Está mi hija envenenada con arsénico?

El doctor tosió varias veces, y un lacayo se le acercó con un vaso de licor ambarino. Tragó nervioso.

—Es una posibilidad.

La señora Abranson y la menor de los Belford volvieron a ahogar una exclamación.

—No lo entiendo. Mi hi... es decir... ¿mi ahijada ha estado en peligro todo este tiempo? — Isabella corrió hacia Elric. Lord Arundell le cubrió la cabeza con la mano como si fuera un escudo protector.

—Intentemos no exagerar. Es cierto que el tinte lleva arsénico, pero las muertes que se han producido no son concluyentes y no se ha demostrado que tuvieran relación.

—¿Es que ha habido muertes? —chilló Priscilla y se ocultó tras un pañuelo, como si procurara controlar su respiración.

La viuda se persignó.

—Eso es suficiente para mí. Doctor Morris necesito que cambie su brebaje por uno contra el veneno.

—Lamento comunicarle, milady, que no hay nada que podamos hacer por su hija. Puedo intentar elaborar un preparado con algunas esencias laxantes para que termine de evacuar las toxinas, pero a partir de ahí todo depende de cómo reaccione el organismo.

—Lo primero es trasladarla a otra habitación —sugirió June — y mantener la estancia bien aireada.

La viuda dio órdenes a sus doncellas.

—No es preciso que se queden —se dirigió a sus invitados—, la celebración por los compromisos correspondientes deberá esperar hasta que Leonor esté recuperada.

—No sea ridícula, no permitiremos que pase estos momentos sola —habló June. Le disgustaba aquella mujer, pero creía que su obligación era estar a su lado. Al fin y al cabo, las había cobijado bajo su techo tanto a ella como a Isabella, y eso la liberaba de la fachada avara y egocéntrica que exhibía ante los demás. Nunca había demostrado de manera explícita adorar a su hija, pero June pudo ver en su afección cuánto le importaba.

La viuda la retó con la mirada, pero al final asintió.

—No me encuentro bien —anunció Priscilla del brazo de Elric. Se las había ingeniado para separarlo de Isabella al simular preocupación por ella y había retomado la función de acaparar al varón de los ojos verdes, aquellos que se mantenían fijos en June—. Regresaré a casa y llamaré a mi propio médico.

—Por favor, Priscilla —dijo June—, solo has estado en la sala verde una media hora, no te ha dado tiempo a envenenarte.

—¡Déjala que se marche! —protestó Libby—. Su marido estará preocupado por ella. Yo me quedaré contigo.

—Si ustedes lo hacen, yo también —declaró lord Frederick.

La viuda desdeñó el ofrecimiento y desapareció por la puerta con la excusa de controlar el cambio de habitación de Leonor; confesó no fiarse de que las doncellas mantuvieran la boca cerrada y no quería atemorizar a su hija. Ya la consideraba apocada por sí sola. June se asombró al comprobar que era la primera vez que estaba de acuerdo en algo con la duquesa, y eso la perturbó. Si seguía por más tiempo en la mansión de los Arundell, temía mimetizarse con cada uno de los recargados muebles. Miró a su derecha en busca de Elric sin encontrarlo, pero no preguntó por él. Sin embargo, sí que la desconcertó otra ausencia.

—¿Dónde está lady Priscilla? ¿Tiene tanto miedo que ha volado a por el carruaje?

Isabella arrulló a Roy.

—Está con Elric —informó la chiquilla con un especial brillo en sus ojos.

—Voy a buscarla. —Libby, alterada, se dirigió hacia el vestíbulo—. ¡Niña! —dijo en tono despectivo—, acompáñame, parece saber a dónde han ido.

Lord Frederick se rio por lo bajo y avanzó hasta June.

—Perdóneme, ayer creí que usted era la amante del duque, pero algo tan evidente no se me había ocurrido. Lady Priscilla siempre ha estado muy pendiente de las andanzas de lord Arundell, no era de extrañar que al final acabara así.

La víctima perfecta, pensó June, tal y como había predicho Isabella horas antes en el dormitorio.

## Capítulo 21

Lord Frederick esperó a que la puerta de la biblioteca se cerrara y se arrimó a ella. June no se movió.

—Pensé que sería una esposa luchadora, pero veo que pronto la tendré bajo mis pies, suplicante.

Aunque el aliento de ese hombre se podía comparar con un campo abonado, no pretendía retroceder y darle a entender que la atemorizaba.

—Y según usted, ¿qué es lo que suplicaré?

—Más de esto. —El barón mostró sus pupilas dilatadas, tan negras que cubrían sus ojos. June, firme y obstinada, no se tambaleó, atenta a cada uno de los movimientos de ese ruín: la oscilación de sus pestañas, la mueca de sus labios, el roce superfluo de su frente—. No vale la pena resistirse —pronunció Frederick con una voz nasal—. La podría tomar aquí y ahora si quisiera.

En un pasado reciente, esa energía oscura que emanaba, no tanto de sus palabras, sino de la intención de sus gestos, podría haberla alarmado; ningún caballero ostentaría esa falta de modales ante una dama, y menos ante una con la que pensaba casarse. Al principio, siempre se mostraban galantes y proclives a esmerarse en satisfacer los deseos de su amada, hasta que Dios se interponía y un lazo irrompible los autorizaba a mostrarse tal y como eran, indiferentes ante las necesidades de sus esposas. Así lo había vivido con cada una de las amigas que se habían comprometido y desposado. Por lo tanto, no llegaba a comprender por qué lord Avely no escondía su verdadero temperamento.

—Hágalo de una vez, y así ya no tendrá sentido que nos casemos. —June arrojó el odio que sentía por el barón.

Frederick dibujó la forma de su cuello sin tocarla.

—Creí que era más lista, lady June. —Se alejó unos pasos. El barón abrió una cajita metálica y aspiró el contenido—. ¿Sabe algo de la cláusula que hay en el testamento de su padre? —Frederick la observó de reojo mientras se secaba la nariz con la manga de la camisa—. Por su expresión, diría que no. —June imaginaba que su padre habría redactado un sermón sobre los beneficios del matrimonio, pero prefirió no ofrecer información que más adelante se pudiera usar en su contra—. En ella se especifica que solo cuando la primogénita del conde de Belford haya contraído primeras nupcias, el banco le concederá la llave de seguridad donde se halla el tesoro

de la familia, que durante generaciones ha sido legado de padres a hijos.

June rodeó la figura del barón. Empezaba a entender los entresijos de su padre al trazar esa descabellada estratagema. La caja de seguridad podría contener cualquier cosa, incluso el diamante. La confianza con la que había actuado hasta ahora, esa misma que le ofrecía el conocimiento de saber dónde se hallaba la joya más buscada del siglo XVIII y parte del XIX, se desmoronó. Con solo unas líneas en un papel, el conde había conseguido que sus hijas pasaran de ser unas marginadas sociales a las más solicitadas en el mercado matrimonial. Solo que esa cláusula no había pasado a ser de dominio público, como había sido la pretensión de su progenitor. Albert Kellogg se había encargado de ello. Ahora empezaba a entender su empeño en casarlas, y nada menos que con su mejor amigo y aliado, Frederick Freeman.

—¿Así que solo quiere el tesoro?

¿Y si consentía ese matrimonio y el diamante azul no aparecía? La suposición no la consoló, ya que su sacrificio habría sido inútil.

Lord Avely se interpuso entre ella y la ventana por la que anhelaba sentir el fresco del atardecer.

—¡Apártese! —gritó June. Su presencia la asfixiaba.

La viuda de Arundell apareció corriendo en la estancia, tal vez advertida por el chillido que lady Belford no había podido evitar.

—¡Suéltala!

—Lady Philipa, ni siquiera la he tocado. —Dicha verdad sorprendió a las dos mujeres. Frederick buscó la cajita metálica llena de rapé en su bolsillo.

—No creo que su presencia en esta casa tenga ninguna utilidad, así que le agradecería que se marchara, milord. —La duquesa se aproximó a June, la agarró del brazo y la alejó unos metros del barón.

—Soy su prometido...

—Y lo seguirá siendo mañana, retírese.

Frederick Freeman juntó los talones y se escabulló por la puerta.

Lady Arundell se sentó en una de las butacas frente a la chimenea.

—Leonor se encuentra mucho mejor. Solo han pasado unas horas, pero los malestares ya han cesado. Ahora debemos esperar a que vuelva a tener hambre.

—Me alegra oírlo. —June era sincera.

—Y todo gracias a usted. Es la segunda dama que salva en menos de dos días.

—Solo tuve una corazonada. —No podía desvelar que era una auténtica devoradora de libros y una investigadora persistente cuando se trataba de ganar en una de las batallas dialectales que a menudo disfrutaba con su difunto padre, lo cual la había llevado a indagar más de lo común sobre el asunto del arsénico.

—No, querida, poseía una información muy valiosa. Dígame, ¿cuál es su precio?

—Me ofende lady Arundell, ¿cómo puede pensar que sería capaz de jugar con la vida de su hija?

—Si Leonor muriese, seguro que saldría beneficiada de ello.

—Creo que ha llegado el momento de irme. —A pesar de aquella premeditada ofensa, June no se sentía agraviada, pero fingió estarlo. Le agradaba comprobar que se había convertido en una contrincante a la altura de la temida duquesa viuda de Arundell—. Gracias por su hospitalidad, milady. —Si bien era cierto que June había acertado con sus sospechas sobre el color verde que imperaba en las habitaciones de las dos muchachas, su obstinación se debía al hecho interesado de llevar la contraria al doctor Morris y ganarle en su propio terreno. Y, si era del todo sincera, a su irrefrenable empeño en tener siempre la razón.

—Sería muy fácil darle la vuelta a su situación y convertirse en duquesa si ella... —continuó la viuda.

—Si Leonor, Dios no lo quiera, falleciese, sería una de las razones por la que nunca me casaría con el duque.

June era consciente que se había convertido en la segunda opción para Elric, que la había colmado de atenciones y, acto seguido, la había torturado con su indiferencia. No le importaba haber cedido a la pasión, era parte de su aprendizaje. Lo que no consentía era que la considerara una necia, capaz de creer en sus locos sueños de futuro, en los que ellos dos persistirían unidos en busca de un destello tan azul que transformaría su dolor en dicha.

—¿Tanto respeto me tiene, lady June?

—Sería por respeto a mí misma, duquesa.

—No se vaya, por favor, su presencia me da ánimos. Ha salvado la vida de Leonor, ¿qué podría hacer por usted?

June caviló mil maneras en que lady Arundell podría ayudarla, y todas terminaban de la misma forma: debiendo un favor.

—Estamos en paz. Si me disculpa, iré a buscar a mi hermana. Debemos regresar a casa.

\*\*\*

Elric nunca había sido un hombre frío y cauteloso, si bien su carácter apasionado e impulsivo le había acarreado más de un altercado con personas de distintos estratos sociales. Ningún título, por muy noble que fuera, lo convertiría en un caballero estirado, acostumbrado a decir lo contrario de lo que pensaba.

El nuevo duque no podía dejar de reflexionar sobre ello al contemplar el rostro demacrado de Leonor, su amiga desde el primer día en que puso los pies en esa vieja mansión, donde el negro reinaba allá donde los ojos alcanzasen. Solo dos habitaciones eran luminosas y alegres, con ese color verde tan extravagante. Le gustó que dedicara tanto tiempo a decorar la alcoba de Isabella de forma idéntica a la suya. ¿Por qué no? Su hija tenía el mismo derecho que ella, y Leonor lo



entendía, ya que había manifestado en varias ocasiones sentirse complacida por tener invitados y así poder olvidarse de sus penas. ¿Quién hubiera creído entonces que ella misma cavaba su propia tumba? Se arrodilló ante su cama y le sujetó la mano, débil. El viento se coló en la habitación; hacía frío, pero el doctor había ordenado no cerrar las ventanas. En realidad, había sido June quien había dado las instrucciones precisas sobre trasladarla y airear la estancia. No quería pensar en ella mientras su amiga se debatía por mantenerse despierta.

Leonor lo contempló con adoración, como siempre hacía.

—No puedo estar contigo a solas —susurró.

—Al cuerno con las normas. —Se enfadó Elric.

—Al menos deja la puerta abierta.

—Muy pronto nos casaremos, no tenemos que cuidar tanto de las apariencias.

—Por favor —gimoteó ella.

Elric obedeció con los hombros caídos y sin comprender por qué esa pequeña dama siempre se salía con la suya, igual que Isabella; dos diablillos que reían y se escondían por los rincones de la casa. Él suponía que se ocultaban de la viuda, que ejercía una disciplina demasiado férrea con Leonor y quería hacer lo mismo con su hija. Nunca podría agradecer lo suficiente a lady Philipa cómo la había acogido en su casa, pese a que el acuerdo siempre había sido con él, y nunca había mencionado a una ahijada hasta que todo estuvo bien atado. La duquesa no le echó en cara la mentira y aceptó a la niña. Una vez, hasta descubrió una medio sonrisa en su rostro mientras observaba a las dos jóvenes corretear en el jardín. Leonor tenía trece años más que Isabella, no obstante, eso no le impedía compartir sus juegos y esperanzas. No pudo evitar pensar que esa muchacha tal vez no era todo lo lista y hermosa que su madre había esperado, pero sí era dulce, atenta y generosa.

Elric volvió a su lado, Leonor tendió sus manos para que él las atrapara.

—Siéntate a mi vera, el suelo está duro y frío.

—Mí querida Leonor, siempre tan considerada.

Ella apretó sus dedos.

—Déjame hablar, debo decirte algo importante y no creo que tenga el valor de hacerlo más tarde.

—¿Qué ocurre? ¿Te sientes mal? ¿Llamo a una sirvienta?

La joven cogió aire y lo expulsó de una sola bocanada.

—Te libero de tu promesa. —Sonó como si lo hubiera ensayado.

—¿Acaso lo dices porque crees que vas a morir? —Elric besó sus palmas—. No lo permitiré.

—No quiero casarme contigo.

El silencio que precedió a aquella confesión fue demasiado corto para que el duque pudiera dar crédito. Él había sido muy reacio a aquella unión, pero eran amigos; Leonor se llevaba bien con Isabella, y, lo más importante, no había pasión, ni lujuria, ni deseo. Ni siquiera había pensado en tocarla. Ya era padre, no quería volver a sufrir. Y ahora ella rompía el cuadro familiar que se

había creado en su mente.

El inconfundible roce de unas faldas, que tanto tiempo le había acompañado a lo largo de su vida en el burdel, le advirtió que no estaban solos. Por un instante temió que fuera June; ella era todo pasión, lujuria y deseo. No, tampoco eso era cierto. June era mucho más. Aunque no era amor. Había amado a Kate, y por eso sabía que ese sentimiento era distinto: de protección, ternura al principio, odio al final, y un dolor constante. Angustia por no poder salvar a la madre de su hija de una vida llena de obstáculos y depravación. Se acostumbró a compartirla, pero nunca a verla degradarse a cualquier precio. ¿No estaba haciendo él lo mismo?

Se reprendió por osar compararse con las meretrices con las que había compartido su infancia. El acuerdo contraído con la duquesa era mucho más ventajoso. Si hubiera estado solo, tal vez se hubiera embarcado hacia América a buscar el oro. Pero Isabella necesitaba un hogar, una madre que la mimara y estuviera junto a ella, como Leonor, y una abuela que la protegiera y la educara con rectitud para convertirla en una dama.

Una sirvienta asomó la cabeza, dejó una toalla limpia encima de la cómoda y se retiró.

—No quiero que te sientas abatido, Elric, te quiero...

—Entonces, cástate conmigo.

—... como un hermano, igual que tú a mí.

El duque enmudeció. Tenía razón: el sentimiento que albergaba cuando pensaba en ella era fraternal.

—No es razón para cancelar la boda. —Se oyó decir a sí mismo.

—Opinas eso porque crees que voy a morir.

—No lo harás.

—Me encuentro mejor, las... —Leonor se sonrojó—, las deposiciones y los vómitos han cesado.

Elric se peinó el cabello enredado, miró a los ojos de su prometida y no la reconoció más allá del tiempo compartido.

—Sé que estás enamorado de otra, y no puedo ser yo quien os separe.

—No estoy enamorado.

—¿Y qué me dices de lady June?

Había pronunciado su nombre, maldita sea.

—No amo a lady June. Nunca podría hacerlo, no la amo. —Tal vez si lo negaba tres veces, al igual que hizo Pedro con Jesús, tal y como le había leído su madre de la Biblia, llegaría a creérselo. Lo que sentía por June no era amor. No podía serlo.

Volvió a oír el fruncir de las telas de unas enaguas, seguido de un suave olor a lavanda; al girarse vio sus ojos heridos. Ella escapó escaleras abajo y chilló que le preparasen un carruaje. Elric también deseó gritar. Llamar a June, pronunciar su nombre, ahogarse en él y retenerla para siempre a su lado. Pero si lo hacía, su debilidad se acrecentaría. Ya no sería más Elric Glover, padre de Isabella, líder de los Red Dragon, el ladrón de Pluma Blanca, el nuevo duque de

Arundell. Sería solo y para siempre de ella.

## Capítulo 22

Ya habían pasado seis días y nueve horas desde el momento en que decidió subir al carruaje de un hombre sin escolta y mancillar su reputación. El mismo período de tiempo que había esperado a que él se colara en su alcoba y le explicara el malentendido. Recordaba las palabras del nuevo duque de Arundell, el mismo que había besado y amado partes de su cuerpo que no sabía ni que podrían llegar a sentir, y repasaba una y otra vez el lamento final que intuyó al escuchar la negación de su cariño por ella. Al constatar el desplante en su mirada, se convencía de que no había otra explicación más que la evidencia: era otra más. Lo que nunca quiso ser.

Tal vez estaba enferma, ya que nunca había sentido un decaimiento tan profundo. Libby se lo había preguntado en más de una ocasión mientras la consolaba durante las noches en que se sentía melancólica y abatida. Hasta insistió en llamar al doctor Morris, pero por nada del mundo June querría volver a verlo después de su falta de tino con la hija de la viuda.

Les habían llegado noticias de que esta se encontraba mucho mejor. Los criados no hablaban de otra cosa que no fuera el cambio de lady Leonor. Su inminente boda la había transformado y ahora siempre sonreía. Por lo que recordaba June, siempre había sido una mujer pequeña y simple, con su risa de rata vieja. No cabía duda de que los rumores y cotilleos podían tergiversarse de una manera inaudita. ¿Cómo podía ser que la tímida y poco agraciada Leonor se convirtiera de la noche a la mañana en una novia radiante, llena de belleza y simpatía?

June entró en el despacho que antaño había sido de su padre y que en la actualidad era el centro de operaciones de Albert Kellogg. Con la excusa de poner al día los asuntos para el nuevo conde, su primo segundo, el abogado se había instalado hacía ya una semana. Lo encontró sentado en la mesa de caoba revolviendo papeles.

Su madre, erguida al lado de ese asesino, vestía un elegante traje de color negro con un ribete blanco en las costuras, una licencia que se había permitido después de pelearse con las modistas. La intervención de Albert en aquella anécdota fue decisiva, ya que zanjó el asunto con una gran cantidad de monedas extra. Así actuaba él, como si todo lo que albergaba la mansión le perteneciera.

—Pasa —ordenó Albert. June dios dos pasos y enderezó la espalda del mismo modo que su madre, con los hombros rectos y el cuello tan estirado que hasta le dolían los músculos—.

Siéntate.

—Estoy bien así. —Albert le entregó una misiva—. ¿De qué se trata? —preguntó sin dejar su tono altanero.

—La dispensa especial ha llegado, podemos proceder con la boda.

Las rodillas de June flaquearon, pero alisó su vestido de luto para disimular.

—No creo que sea el momento. Hace menos de un mes que mi padre ha muerto.

Caroline levantó su mano, como si fuera un muñeco movido por un espectro, y la posó en el hombro de Kellogg.

—Debemos empezar con los preparativos cuanto antes. Ya sabes, hija, lo que cuesta una gran boda, y si le ponemos empeño puede que lo tengamos todo listo en seis meses.

No se hablaba con su madre desde la noche en que esta la ayudó a desmenuzar gran parte de las joyas y convertirlas en pequeñas piezas cambiables, pero agradecía el singular esfuerzo que hacía por retrasar lo inevitable.

—Pero, amor, —Albert rozó los dedos de Caroline. Aquella muestra de confianza debilitó a June—, una gran boda sería ir en contra de los deseos del arzobispo —continuó el abogado, ajeno a los pequeños detalles de su conducta—. Lo mejor es una ceremonia íntima antes de la llegada de los nuevos condes.

—¡Eso es dentro de tres días! —exclamó la condesa.

Albert se giró hacia su amada y le acarició la mejilla. No fue un roce con la palma extendida, no arriesgaría tanto. Sus nudillos se detuvieron en el pómulo izquierdo de Caroline que se sintió cohibida, y June mostró su repugnancia. Durante un segundo los ojos de madre e hija se encontraron de manera intencionada. Pese a sus desavenencias, las dos comprendieron que solo les quedaban tres días de libertad.

—No hay razón para alterarse. Yo me encargo —concluyó Kellogg, dispuesto a continuar con la lectura de unos documentos que subrayaba con insistencia.

Caroline sonrió incomoda.

—Esa es la ilusión de una madre, no la misión de un...

June abrió los ojos de manera desproporcionada, su madre iba a decir la palabra que Albert tanto odiaba: abogado. ¿Por qué no entendía que eso era lo que le ligaba a la familia, y no su afán de poder?

Pero no lo dijo, se quedó en silencio y esperó a que él lo interpretara. Y así lo hizo, a su manera.

—Qué desconsiderado soy, estoy tan preocupado por tu salud que olvidé cuánto disfrutáis las mujeres con estas cosas. Pero recuerda, querida, que no es tu boda. —Kellogg arrancó de las manos inmóviles de June la licencia especial de matrimonio y la guardó en un cajón—. Gasta lo justo, que es mucho más de lo que se merece tu hija, después de... No hay necesidad de mencionarlo. —Miró con desdén a June.

Esta, de pronto, recordó la descabellada idea de la duquesa.

—Philipa de Arundell me trasladó su deseo de celebrar las dos uniones a la vez. —June esperaba ganar tiempo. Los esponsales del duque se habían anunciado para dentro de unos meses.

—Imposible —se indignó Albert. Abrió una caja llena de habanos y se encendió uno—. Esa mujer ya ha hecho demasiado por la familia, ha sido gracias a ella que hemos conseguido la dispensa de Canterbury tan pronto, y su intención en estos momentos es alejarse de las habladurías que corren en torno a su persona, lady June.

—¿Qué comentarios? Yo no he oído otra cosa que no sea lo de siempre.

—Que está usted encinta. —Una mueca retorcida y llena de regocijo alteró el rostro de Albert. La tez de June se sonrojó, pero no bajó la cabeza.

—Eso sucede por sus prisas por casarme.

—O por sus escarceos con el duque.

A June le entraron unas inmensas tentaciones de acusarle de robo, asesinato e ir directa al juez de la parroquia y denunciarlo. Aunque de nada serviría. La interrogarían de manera exhaustiva, más que al propio acusado, y hasta temía que le recriminasen tener una imaginación exagerada. La única solución era la venganza.

—Lady Philipa ya nos informó de la buena obra que June realizó aquel día con la ahijada de lord Arundell, no creo que se lo haya inventado —dijo con cautela la condesa.

—Todo el mundo conoce la amistad que la viuda os profesa, Caroline. Mentiría para protegeros, eso es indudable.

—Las apariencias engañan, querido.

June se tapó la boca para no consternar más a Albert. Intuía que la paciencia de su progenitora llegaba a su fin.

—No nos entretengamos con tecnicismos. Tenéis una boda que preparar —atajó el abogado.

¿Cómo osaba tratarla así? Ella era hija del conde, y él, solo un sirviente más. Empezaba a entender su estrategia. Le resultaba útil tener a su lado una dama que le abriera las puertas de la sociedad, que le otorgara posición y poder.

—¿Y si me negara? —June clavó sus uñas en la palma de la mano.

—Ya ha dado su palabra, lleva un anillo que lo certifica.

—El barón no me quiere. —Aspiraba a manipular a su madre con un chantaje emocional para disuadirla de aquella locura.

—¡No seas tonta, June! —exclamó Caroline—. Puede que Frederick Freeman tenga algunos defectos, pero no negarás que te adora. Desde tu primera temporada te persigue sin tregua.

—Igual que tío Albert hace con usted. —Esperó la reacción del susodicho.

—Mi amor por tu madre es incuestionable. Siempre la he respetado y la esperaré el tiempo que haga falta.

—Y mientras duren los años de luto, ¿dónde piensa resguardarla?

—No soy ninguna figura de porcelana —contestó la condesa.

—Está invitada a pasar el tiempo que desee en mi nueva casa de Londres, en Kensington Street.

Puede que sea un poco más pequeña que la mansión de los Belford, no obstante, es confortable, y tendrá libertad para visitar a su hija cuando guste. El barón vive solo a unas manzanas.

June, indignada, alzó la barbilla.

—Ya sabe, madre, que la ha comprado con lo que le robó a mi padre. Confió sus inversiones a su mano derecha y este le traicionó.

Albert se acomodó en la butaca, exhaló el humo del habano y lo contempló hasta que se desvaneció.

—Asesoro a mis clientes sobre finanzas, pero la última decisión siempre la toman ellos.

—Por supuesto —contestó Caroline.

La delicadeza de su madre se hizo más patente, su desesperación por no contrariar al hombre que le había prometido cobijo exasperó a June. Aceptaría que se casara con un viejo que le doblara la edad, que se fugara con un amante rico, que se convirtiera en dama de compañía de la mismísima duquesa viuda, pero nunca que se rebajara a convertirse en la esposa de Albert Kellogg. Tenía que demostrarle la codicia y mezquindad que anidaban en el abogado.

—¿Qué hay de la cláusula del testamento? No creo que la intención de mi padre fuera casarme con el primero que apareciese en escena, solo era una manera de conseguir entrar en el mercado y equipararme con las demás a pesar de no tener ninguna asignación.

—Su dote es el tesoro que alberga la caja de seguridad. Así de sencillo —respondió Albert.

—Supongo que el conde —June recalcó el rango—, utilizó esa misma palabra cuando redactó los términos de la herencia, aunque no creo que su significado fuera literal.

¿Se había delatado?

Kellogg apagó el puro en el cenicero de cristal de Bohemia que reposaba sobre la mesa del despacho.

—¿Qué es lo que sabes?

—Tuve una conversación muy interesante con él antes de su muerte. —Su lengua tomó vida propia y escupió aquella frase solo para hacerle daño, para quitarle esa expresión de suficiencia que le llenaba el rostro. Empezó y ya no pudo parar—. Sé lo que buscas, y jamás será tuyo. —Dio media vuelta para salir cuanto antes de esa habitación que todavía olía a brandy y a tabaco, los mismos que bebía y fumaba su padre.

—¡Pídele perdón ahora mismo al señor Kellogg! —chilló su madre.

Albert corrió hacia ella y tiró una silla al suelo para obstaculizar su paso.

—¿Dónde está?

June se cruzó de brazos. Esa era la única postura que podía disimular su miedo.

—Dígame una cosa, querido tío ¿qué le hace pensar que una vez que me haya casado mi marido compartirá con usted la dote? Porque ese es el acuerdo al que ha llegado con él, ¿no es así?

—Ha requerido mis servicios, si a eso se refiere.

La condesa sujetó los hombros de June, tal vez para reconfortarla, pero esta reaccionó de manera involuntaria al contacto y lo rechazó.

—¿De qué hablaís? —indagó Caroline.

—No creas ni una palabra de esta mocosa, tú misma has dicho que no tiene remedio; su rebeldía te traerá la ruina. No piensa con cordura, debería estar en una institución.

June estaba dispuesta a salir de ahí cuanto antes. Al abrir la puerta tropezó con Libby, que escuchaba a escondidas.

—Mi hermana no está loca, retírelo ahora mismo.

—Caroline, haz algo. Tus hijas se comportan como vulgares comerciantes.

—Albert —el acento de la condesa de Belford denotaba irritación—, ¿qué me escondes?

—Oh, madre, ¿cómo puede pedirle a él que sea sincero cuando ha maquinado contra esta familia? Lo único que le interesa es robarle algo por lo que padre luchó toda su vida. Un objeto que la hará rica, y así no tendrá la necesidad de casarse nunca más.—June se aproximó a ella; dejó atrás los rencores y se desahogó a sus pies.

Caroline se echó hacia atrás al escuchar las palabras de su hija, se apoyó en la mesa y se cubrió el rostro. June creyó que lloraba, pero luego escuchó una débil risa que cada vez se hizo más intensa.

—¿No pelearéis por el diamante?

—¿Un diamante? ¿Dónde? ¿Quién lo tiene? —Libby escudriñó a su alrededor.

—El diamante azul que tu padre persiguió hasta su muerte. Estaba obsesionado. Un seguro de vida, decía, pero solo es una leyenda, un cuento que nadie cree, excepto vosotros.

—Es real —dijeron al unísono June y Kellogg.

—¿Lo habéis visto? —interrogó la condesa.

El abogado se abalanzó sobre la mano de Caroline y la besó.

—Al principio también pensé que se trataba de una locura de Sebastian, pero más tarde las piezas encajaron. Encontrar ese diamante es una muestra de mi amor por ti.

—¿Por eso tanta insistencia en casar a mis hijas? ¿Para deshacerte de ellas?

—Querida, yo solo he intentado ayudarte con tus preocupaciones.

Caroline alzó la cabeza por encima de Albert, ya que era unos centímetros más alta que él.

—¿Por qué dejarle algo tan valioso solo a ella, por qué no idear otra forma de repartirlo entre las tres?

—June nunca nos abandonaría —reprendió Libby a su madre.

Caroline mantuvo su espalda recta, sin perder el decoro.

—Si nos disculpáis, debemos preparar una boda.

—¿Confías más en él que en mí? —se irritó June.

—No tengo tiempo para estas tonterías. Por mucho que vuestro padre os amara, y por mucho que me duela descubrirlos la verdad, no fue un buen conde: jugaba, bebía y casi nunca estaba en casa. Tienes suerte, June, gozaste de su compañía más que nosotras. Pero eso no fue un impedimento para dilapidar su fortuna. Dentro de tres días los nuevos condes se apoderarán de esta casa y de todas las posesiones concernientes al título. Nosotras nos quedaremos en la calle, a



no ser que te cases con Frederick Freeman, ya que perdiste tu oportunidad con el duque de Arundell.

Albert hinchó el pecho y, por unos segundos, aparentó ser un poco más alto; enseñó los dientes y se sentó de nuevo en la silla del conde. Volvía a ser el amo y señor. Al menos durante tres días.

Caroline empujó a sus hijas fuera del despacho, sin que estas dejaran de protestar, y las amonestó en voz baja.

—¿Queréis hacer el favor de callar?! Id a vuestras habitaciones.

—¿Por qué nos castigas? ¡No hemos hecho nada!

—No es un castigo, Libby, es una advertencia. ¡Subid ya!

Las dos muchachas entendieron que su madre estaba demasiado enfadada. Ese era su sistema. Las separaba y las obligaba a meditar sobre sus actos, encerradas en sus alcobas hasta que hacían y decían todo lo que la condesa quería. Confesar haber estropeado adrede un vestido cuando en realidad había sido un accidente. Asistir a un baile cuando lo cierto era que detestaban a los invitados. Disculparse con las hermanas Watson cuando fueron ellas las que empezaron con los cotilleos sobre June. Casarse con un hombre al que aborrecía...

\*\*\*

June se odiaba a sí misma. No había tenido el valor suficiente para encararse a Albert y testificar delante de su madre, delatarlo como asesino y que esta viera por fin las verdaderas intenciones de ese carroñero. Por otro lado, había observado la contención de Caroline, muy impropia de ella, como si cada una de sus poses fuese estudiada. Resultaba que él era el único que conocía al detalle el testamento de su padre y que podía proporcionar a la familia cierta estabilidad. Era capaz de comprender que Caroline utilizara sus cartas para procurarse un futuro, pero no entendía cómo podía continuar después de que sus hijas se hubieran opuesto a su conducta y le hubieran demostrado la vileza del abogado.

Sostuvo la mirada de Libby mientras subían las escaleras en dirección a sus aposentos. Su hermana siempre había hecho gala de una ligera frivolidad hacia lo que la rodeaba: minimizaba las dificultades de su particular existencia y exageraba la alegría por cualquier banal acontecimiento. Ser la hija menor le daba cierta ventaja; mantener la ingenuidad, valorar en exceso los buenos recuerdos, fantasear con un presente inexistente. ¿Había hecho ella lo mismo? No podía evocar a su padre sin añorar cada uno de sus encuentros y apreciar cada una de sus enseñanzas sin cuestionarlas.

Su hermana la besó y demostró una seria preocupación por su bienestar. «No hagas locuras», le dijo, como si ella considerase escapar, como si fuera la hija atolondrada, impulsiva y superficial, cuando era la más sensata de los Belford, si bien era cierto que su lógica no estaba determinada por las reglas que su madre no cesaba de leerle del libro *La buena conducta de una dama*.

«Sé buena, cástate con Frederick», le repetía a cada escalón. No sabía si Libby era inocente o,

por el contrario, demasiado precavida. Su intención siempre había sido protegerla, obtener ese maldito diamante y convertir sus sueños en realidad. Puesto que pintaba, tal vez podría viajar hasta Italia y sentirse cautivada por el paisaje de la Toscana, plasmarlo en los lienzos o en un bordado, porque su hermana también cosía y tocaba el piano... Ese era el legado de Caroline, y Libby no podía afirmar que esas actividades fueran sus favoritas. En realidad, sí que existía algo que la hacía feliz: los bailes. Era una experta en flirtear, engatusar y sonsacar información sin que su interlocutor se diera cuenta de que había sido manipulado.

«Me gustaría ayudarte». Esas fueron las últimas palabras de su hermana antes de desprenderse de ella y entrar en su alcoba. June abrió los ojos esperanzada, ya que creyó que podría beneficiarse de su experiencia. Le vendría bien saber quién estaba dispuesto a comprar una joya de alto valor.

—¿Sabes dónde está el diamante? —No era la reacción que esperaba, y tampoco estaba preparada para contarle los pormenores de su aventura. Sin embargo, comprendió que era una tontería esconderle sus hipótesis; a fin de cuentas, también era su herencia.

—Tengo mis razones para sospechar sobre su emplazamiento —contestó, prudente.

—Me pondré en contacto con Priscilla.

—No, ella no, por favor. —No estaba dispuesta a compartir su secreto con aquella fresca.

—Es mi amiga, no puedo dejarla de lado.

—Querrá una parte, y ya se la he prometido a cierto caballero...

—¿No será al duque? —Libby parpadeó de manera exagerada.

—El mismo.

—¿Y para qué quiere él el dinero si ya posee una fortuna?

—¿Para qué lo quieren los demás?

—Entiendo, nunca tiene suficiente... —Su hermana tiró besos en el aire como una chiquilla.

—¿Quieres parar?! Nunca pensé que tendría que regañarte por ser tan insolente.

—Qué anticuada eres, hermanita. —La muchacha retorció un rizo entre sus dedos.

—No creo que sea un lenguaje apropiado para una dama.

—¿Y no voy a utilizarlo delante de un caballero! Pero, entre nosotras, ¿por qué disimular lo que ya sabemos?

—Esa Priscilla es una mala influencia. —No sabía muy bien quién había sido la primera en demostrar un carácter tan descarado.

—Priscilla es mi salvavidas. Sin ella no podría soportar lo sucedido: la muerte de papá, la manera tan extraña de comportarse de mamá, y tú siendo tú, pero multiplicado al cuadrado.

—Está bien, averigua lo que puedas. Pero que no se convierta en un escándalo público.

La señora Abranson conocía su secreto y todos los que había escondido a su madre a lo largo de su vida. Priscilla no era una hermana, pero sí la extensión de la suya. Dos almas gemelas incapaces de separarse ni siquiera por la repentina boda de la muchacha con el banquero. Recordó las horas interminables que esas dos habían pasado encerradas en su cuarto desde que se

anunció el compromiso. Priscilla se convirtió en la novia más hermosa que había pisado la catedral de Westminster; se casaba la hija de un marqués y no repararon en gastos ni en flores blancas para el acontecimiento. Solo los ojos rojos de ambas se grabaron en su memoria. Nadie se había asombrado de la emoción que parecían albergar, incluso ella misma había olvidado su falta de brillo, hasta ese momento. Tal vez sería correcto ofrecerle un poco de libertad a esa petulante criatura.

## Capítulo 23

June se encerró en su habitación dispuesta a castigar a su madre; no acudió a comer ni tampoco a cenar, y fue entonces, en medio de la soledad, cuando la envolvió el terror. Solo disponía de tres días antes de que los nuevos condes se apoderaran de la mansión donde vivían en Londres y de Yellow House, en Belford. No era del todo cierto que su padre hubiera liquidado su fortuna. Ella se había encargado de que las tierras y el ganado dieran los frutos necesarios para mantener al menos toda la infraestructura invertida, además de a las familias que dependían de ellos, pero esa casa, que tanto amaba, estaba ligada al título.

Su única esperanza era encontrar el diamante. No se había detenido a elaborar un plan aunque, poco a poco y gracias a los acontecimientos vividos, tomaba forma. Según el último descubrimiento, la joya podría hallarse en una caja fuerte de seguridad en el Baring Brothers & Co. Su contenido solo se revelaría una vez estuviera casada. ¿Esa había sido la intención de su padre? ¿Convertirla en una esposa dependiente de la generosidad de su hipotético marido?

La inesperada ayuda de Libby le ahorraba mucho tiempo. Su desafortunada falta de control ante Albert aquella misma mañana no se podía volver a repetir. Este conocía sus intenciones, pero al menos le había demostrado que ella también estaba al tanto de sus artimañas. Requisarles las joyas para tenerlas a su merced y ofrecerse a correr con todos los gastos de manutención de las tres hasta que cada una encontrase una manera de sobrevivir por sí misma era de lo más absurdo. ¿Cómo un abogado podía tener más patrimonio que la esposa y las hijas de un conde? ¿No reparaba su madre en que las riquezas que ostentaba el señor Kellogg les pertenecían?

Caroline llamó a la puerta en varias ocasiones. Ordenó a su hija que bajara a cenar. Requirió su presencia. Demandó una entrevista con ella y hasta apeló a sentimientos maternos. June no abrió. Estaba decidida a mortificarla por su falta de pasión y compromiso con la vida. ¿Cómo podía dejar a su familia en manos de Albert?

Por un momento pensó que lo amaba, pero luego desechó la idea. Caroline mostraba una mirada demasiado triste y, cuando hablaba con él, lo hacía con cautela, no de forma natural, como si le tuviera miedo. Eso le infundió más pavor.

Barajó varias posibilidades: si se casaba con Frederick podría cobijar bajo el techo de la casa del barón a su madre y a su hermana. No obstante, estaba convencida de que Libby no tardaría en casarse con cualquiera que se lo propusiera con tal de no ser una carga, y Caroline nunca pondría los pies en su nuevo hogar, era demasiado orgullosa y estaba decidida a dejarse querer por Kellogg.

Su madre todavía era hermosa y tenía una figura esbelta. No tardaría en encontrar un marido, convertirse en marquesa o en condesa de nuevo. ¿A quién quería engañar? Los hombres maduros con títulos y escudos estaban ya desposados o querían casarse con una virgen de menos de veinte años. ¿Tenía que estar agradecida porque el barón de Avely estuviera obsesionado con ella? Le parecía una estupidez, una venganza de ese inútil por haberlo rechazado en su momento.

Esa reflexión la llevó hacia otra *vendetta* que tenía pendiente con el asesino de su padre. Conseguir el diamante antes que él no era suficiente. Anhelaba derribarlo, destrozarlo, arrancarle la sonrisa a tiras y dejarla secar al sol hasta pudrirse. Pero ¿cómo?

Se desvistió y maldijo toda la ropa que debía llevar; añoró el vestido de pirata, como lo había bautizado.

Por fin libre, y tan solo cubierta por una fina camisola, se deshizo de las agujas que aguantaban su recogido y se atusó el pelo. Respiró algo más tranquila. Retiró la colcha de la cama y debajo del cojín encontró *Del arte de la guerra* de Maquiavelo. Le gustaba releerlo de vez en cuando. Tal vez le inspirase las estrategias militares y pudiera por fin forjar una confabulación a medida.

Escuchó un pequeño tintineo, aguzó el oído y comprobó que dicho sonido no cesaba. Luego advirtió un leve silbido. Apoyó los pies descalzos en el suelo y siguió el zumbido. No sería la primera vez que un pájaro herido acabara en el alféizar. Descorrió las cortinas y se encontró con la sonrisa burlona de Elric. Volvió a cerrarlas, airada.

—¡Ábreme, June, te lo ruego, estoy a punto de caerme!

Retiró la tela otra vez, los ojos verdes del intruso brillaron a la luz de la vela que alumbraba la alcoba.

—Estoy segura de que tienes la habilidad necesaria para mantenerte ahí toda la noche.

Elric volvió a golpear el cristal.

—¿Por qué me envías una nota y me adviertes que es cuestión de vida o muerte, y luego me tratas así?

June se sulfuró aún más.

—Yo no te he enviado nada. —Golpeó su frente—. ¡Seguro que ha sido Libby!

Al fin se decidió a abrir la ventana y a dejarlo entrar. Elric la agarró de los brazos, azorado, y escudriñó su rostro.

—¿Te encuentras bien?

—¡Claro que sí! —contestó. Su corazón bailó al verlo y lo odiaba por eso.

—No soy del agrado de tu hermana, ¿por qué me enviaría un mensaje haciéndose pasar por ti si

no creyese que estás en peligro?

June le tapó la boca por miedo a que los criados y su familia le oyesen. Respiraron al mismo tiempo sin poder apartar la mirada el uno del otro. Podía sentir el calor que irradiaba del cuerpo de ese ladrón embustero. Anhelaba besarlo, tocarlo, pero se contuvo.

—No soy responsable de su locura, hace nada me decía que mi única opción era casarme con Frederick.

—¿Entonces, lo vas hacer? —Elric acarició su palma en círculos concéntricos que agitaron las entrañas de June.

—Se supone que en tres días.

—No esperaba que fuera tan pronto.

—¿Qué más te da? —Su debilidad se transformó, la ira suplantó a la duda—. ¿Qué hubiera cambiado si la boda se celebrara en tres semanas, tres meses o tres años?

—¿Por qué me hablas de ese modo? No entiendo tu enfado.

—Rompiste nuestro trato. —June se alejó unos pasos de él.

—He estado investigando, hasta he cobrado favores por obtener información de un diamante que no existe.

—Abandonaste. Dejaste a un compañero tirado.

—No, fui realista y te avisé.

—Me mentiste —rugió June.

Esta vez fue él quien le pidió silencio para evitar que acudieran en tropel hasta la habitación. A ella no le gustaba sentirse invadida por la presencia de ese hombre que lo abarcaba todo, hasta su cordura.

—Sé que te aferras a esa joya para sentir a tu padre cerca de ti, que verlo morir fue horrible... pero yo no te prometí nada.

—Nuestro acuerdo se basaba en una simple premisa: que yo no sería una más. —Se comportó como una dama honrada y digna, cuando se sentía confusa y frágil.

—¿Qué quieres decir? No he compartido nuestro secreto... —aclaró Elric.

—Escuché cómo le hablabas de mí a Leonor, cómo me humillabas... Después de que toda la casa supiera que había pasado la noche contigo, ¿en qué me conviertes?

—¿Te preocupa tu reputación ahora? Deberías haberlo pensando antes de entrar en mi carruaje, antes de dejarte desvirgar en un callejón.

June se ofendió ante aquellas palabras, levantó la mano para abofetearlo, pero Elric fue más rápido y la detuvo. Forcejearon los dos y ella cayó al suelo. Estaba avergonzada por su comportamiento. En realidad nada tenía que ver con lo que pensarán los demás, y mucho menos los supuestos amigos de sus padres, que hasta entonces no habían devuelto ni una sola nota de las que su madre había enviado con la intención de visitarlos, excepto la viuda duquesa de Arundell y su protegido.

—¿Te has hecho daño? —Elric se sentó junto a ella.

No tenía derecho a culparlo de su tristeza, ni tampoco era justo que él rehusara casarse con Leonor para salvarla, cuando siempre había renunciado a ser tratada como una princesa de cuento, aquellas que solo recuperaban la vida cuando el príncipe las besaba. Cuánto deseaba ser besada por el duque y que sus pesadillas terminasen...

—Después de derribar a los hermanos Smith e incendiar un burdel, creí que eras invencible. Me ha decepcionado, lady June.

—Te he echado de menos. —Se secó las pocas lágrimas que se había permitido derrochar.

—Por fin algo coherente. ¿No podías haber empezado por ahí, en lugar de montar este drama?

—¿Cómo te atreves...?

Elric no la dejó continuar, posó sus labios en los de ella; suaves, tiernos. Olía a canela y ron, con unas gotas de vainilla. Su barba raspaba, y eso le gustó. June fue la primera en atreverse a explorar, y él dejó que probara cuanto quisiera. No había mentido. Había echado de menos su sabor, el deseo, las cosquillas en el bajo vientre. A su lado el temor se transformaba en una corriente de agua que se diluía hasta llegar al mar, donde solo importaba sumergirse y esperar a ser arrollada por las olas. Se sentó a horcajadas sobre él y le rodeó el cuello. Elric le quitó la camisola. Estaba desnuda otra vez ante él y lo que más deseaba era refugiarse en su torso, impregnarse de su olor. Le desabrochó el corbatín, arrojó el chaleco y le arrancó los botones de la camisa. Paseó su boca por su torso hasta llegar a su cintura. Él la detuvo. Se levantó con June agarrada a sus caderas y la depositó en la cama.

—No eres una más —susurró en su oreja. Ella protestó cuando sus labios se separaron, pero Elric le siseó—: Déjame compensarte.

Degustó cada hueco de su cuerpo: bajo la barbilla sintió calor, en la clavícula se estremeció, lamió las suaves axilas y June no pudo resistirse. La parte interior del codo fue todo un descubrimiento, los labios en el ombligo consiguieron que arqueara la espalda en un movimiento involuntario y, cuando rozaron su clítoris, sintió arder la piel.

—No era mi intención herirte —continuó Elric.

El aliento de Elric Glover entre sus piernas era de lo más excitante. Él jugueteó con el borde de su vulva y una corriente estimuló el afán de poseerlo y sentir dentro de ella su prominente miembro, fusionarse y expandirse al mismo tiempo, ser arrastrada por la arena y arrullada por la espuma blanca producida por el intenso oleaje que provocaba su frenesí.

—Ven aquí —ronroneó.

—Todavía no. —Elric rodeó el montículo con su lengua.

June movió la pelvis arriba y abajo para encontrar el punto exacto, no sabía qué buscaba, pero un oscuro arrebató la dominaba por completo y no podía impedir esa oscilación.

Llamaron a la puerta.

—¿Por qué has parado? —El duque sostuvo el dedo índice en los labios.

Volvieron a escucharse pequeños golpes en la madera.

—Soy Libby, abre por favor, estamos preocupados por ti.

—No es un buen momento —chilló June al mismo tiempo que obligaba a Elric a continuar. Este levantó sus nalgas para acceder mejor al fruto de su pasión. June exhaló un suspiro y se cubrió la cara con un cojín.

—¿Qué ocurre, hermana? ¿Te encuentras bien?

June convulsionó, quería gritar, soltar una blasfemia, aullar, pero lo único que hizo fue cubrirse con la almohada y desahogarse entre sollozos silenciosos. Elric se deslizó hasta encontrarse frente a ella.

—Si no contestas, empezará a sospechar.

June tosió.

—Estoy un poco indispuesta, nada grave.

—Déjame entrar.

—Eres muy amable, Libby, pero ahora quiero estar sola.

Lady Belford no esperó a que su hermana se hubiera marchado, le daba igual; besó a aquel infame que tanto placer le había regalado: sus ojos, su frente, su nariz, su barbilla, y rieron como dos chiquillos que comparten un secreto.

\*\*\*

Elric estaba subyugado por la ternura que demostraba June, y no sabía a qué atenerse. Sentía que podía conquistar el mundo si ella estaba a su lado. Que las barreras que los separaban habían sido destruidas y todo gracias al placer. Aquel que él le había obsequiado sin ningún propósito materialista como siempre había sucedido en sus relaciones. El sexo con June era diferente, partía de una necesidad inexplicable que solo se paliaba a través del contacto de su piel, y le provocaba sensaciones a las que nunca se había expuesto. Hasta que ella pronunció esa pregunta.

—¿Me ayudarás?

Despertó de un sueño profundo en el que por voluntad propia había penetrado. Y se decepcionó al comprobar que para ella no había significado lo mismo. Demandar su ayuda a cambio de satisfacción carnal lo arrastraba hacia el inicio de un círculo del que no podía huir.

—No creo que estés en peligro para ir a tu rescate.

—Entonces, ¿esto qué ha significado?

Elric recogió las prendas tiradas en el suelo. June actuaba como si se hubieran reconciliado y su relación volviera a ser la de antes, en la que ella decidía y él actuaba a sus órdenes.

—No lo sé, June, tú me has llamado.

—Lo más probable es que sea alguna maquinación de mi hermana y su amiga. Yo no tengo nada que ver.

—Tú misma has admitido que me echabas de menos. —El duque sonrió, cínico, e intentó abrocharse la camisa con los pocos botones que quedaban.

June se ocultó tras el camión.



—¡Eres un idiota! Echaba de menos tu compañía, tu descaro, sentir tu apoyo en medio de este caos en el que se ha convertido mi vida, no... —June señaló la cama.

Elric le levantó la barbilla.

—Dime que no lo has disfrutado.

—Todo Londres sabe que eres un buen amante, no tenías por qué demostrármelo.

Los hoyuelos del duque se acentuaron.

—¿Así que ahora somos amantes?

—Suena como una alternativa, ya que dentro de poco te casarás con una persona que no te ama.

—Te equivocas, Leonor me quiere.

—Existe una gran diferencia entre querer y amar. Entre vosotros hay respeto, pero no pasión.

Elric cogió a June por la cintura.

—¿Qué es la pasión para ti?

—Cuando el corazón late demasiado deprisa, cuando no puedes respirar y te ahogas, cuando lo único que tienes en tu pensamiento es a la otra persona, cuando una fuerza irresistible te atrae...

—¿Como ahora?

—Como ahora.

Los labios de Elric rozaron los de June; anhelaba poseerla, pero todavía más atormentarla tanto como él lo estaba.

—Podría ser pasión —susurró el duque—, pero no amor.

—¿Y qué diferencia hay? —June intentó deshacerse de sus brazos.

—La pasión desaparece, mientras que el amor perdura.

—¿Ahora eres experto en relaciones sentimentales? —El tono de June era agrio.

—He vivido demasiadas pasiones para saber que son solo fruto de un espejismo —sentenció Elric.

June se mantenía con las puntas de los pies apoyadas en la madera. Los rizos de color azabache perfilaban su ondulado rostro de porcelana: sublime, irreal.

—Si me baso en la relación de mis padres, esta no fue idílica —reveló June—, pero reconozco el amor verdadero, como el de mis abuelos. Recuerdo su complicidad, la adoración y devoción del uno por el otro, la ternura y el dolor de mi abuela cuando su compañero de vida, como ella lo llamaba, murió.

Los talones de June se posaron firmes en el suelo, su rostro volvió a enrojecer y sus cejas negras se arquearon. Elric sabía que no le gustaba que la mirara de esa forma, como si fuera a devorarla. La necesitaba, la añoraba antes de dejarla marchar, se ahogaba al presentir una existencia sin que ella caminara a su lado, sin que lo consolara en su desventura y compartiera su suerte. En tres días ella se escaparía en las garras de un barón enloquecido y ya no la volvería a ver; en tres días ella podría estar casada y ser la señora de la casa. De cualquier manera, en tres días la perdería.

—¿Quieres ser mi compañera de vida?

—¿Pero no tu esposa? —preguntó June, coqueta.

—Tenemos complicidad, nos entendemos y no hace falta que un trozo de papel nos una para siempre, solo quiero... deseo... ser una pequeña parte y... cuando desaparezca la pasión todavía nos tendremos el uno al otro, con adoración y devoción.

—¿Me adoras, Elric Glover? —June se alzó de puntillas para llegar hasta sus labios.

—Cada centímetro de tu cuerpo. —Elric le hizo cosquillas.

June se subió a la cama, se escondió de los dedos habilidosos del duque y saltó, alegre, para no ser atrapada. Unos golpes en la puerta los devolvieron a la realidad.

—Libby, déjame en paz —protestó lady Belford.

—Lo siendo, milady. —La voz de Gypsy sonó hueca—. Su hermana está preocupada por usted.

—Y por eso te hace llamar.

—No, milady, nos acabamos de conocer, solo he venido para hablar con lord Arundell y, ya que estoy aquí, hacerla entrar en razón.

—Cómo se atreve a pensar...

No pudo terminar la frase. Elric se adelantó, giró la llave y dejó ver parte de su rostro.

—¿Le ocurre algo a Isabella?

La cabeza de Libby apareció detrás de Gypsy, horrorizada. Elric le hizo una señal para que permaneciera en silencio.

—No es eso —titubeó Gypsy.

—¿Para qué has venido si no?

—Los hermanos Smith han vuelto. Creí que usted y lady June deberían saberlo. —El muchacho arrugó el sombrero que sostenía entre sus manos.

—No andes con tantos formulismos, nos conocemos desde hace tiempo...

—De acuerdo, Snake —recalcó el joven—, estamos a punto de recibir un cargamento y los hermanos Smith quieren interceptarlo.

—Ahora bajo, espérame en las caballerizas, y cuida de que nadie te vea.

—Pero... —interrumpió la menor de las Belford, como si no pudiera dar crédito a lo que sucedía.

Elric cerró la puerta. Y June no esperó ninguna explicación; se vistió deprisa y se olvidó como tantas otras veces del corsé. El duque la observó, preocupado. Los hermanos Smith no tardarían en vengarse. Estaba harto de esa palabra. Había crecido con ella. Su lema y objetivo de vida: *ojo por ojo, diente por diente*. En otro tiempo hubiera aplicado esa norma con Albert Kellogg. Pero desde que la duquesa viuda de Arundell entró en su vida y le mostró otro camino, no creía que fuese necesario arriesgarse a perderlo. Debía encontrar una estrategia menos peligrosa, como resguardar a June o tal vez enfrentarla a la realidad y aleccionarla para que se supiera defender.

## Capítulo 24

Elric descendió por la ventana a pocos metros del suelo y saltó, apoyó los pies en la hierba del jardín de la mansión y esperó a que June se arrojara desde lo alto. No habían hablado del asunto pero ambos parecían comprometidos con una causa que la primogénita de los Belford desconocía. Había seguido al duque por inercia, como si fueran un equipo y ella una parte esencial del mismo. Se dirigieron hacia las caballerizas y por el camino una sombra les cerró el paso.

—Buenas noches, lord Arundell, veo que ha recibido mi nota.

—Condesa —contestó solemne Elric.

—Intentaban escapar juntos, ¿no es así? Supongo que ahora no se negará a reparar el honor de mi hija.

June no podía creer que su madre, la primera impulsora de su matrimonio con Frederick, se dedicara a buscarle otros pretendientes con cartas anónimas.

—¿Por eso la urgencia en su mensaje, milady? ¡No la creía capaz de una intriga de ese calibre! —contestó Elric, acomodándose la camisa dentro de los pantalones. June se consternó al comprobar el mal estado de ambos.

—Bien podría haber tocado a la puerta en lugar de decidirse por la ventana.

—¡Madre! No tiene derecho a presionarlo de esa manera. —June quería escapar, no entendía cómo los dos podían sentirse cómodos en esa situación.

—¿Para cuándo la boda, lord Elric?

La primogénita de los Belford empezó a entender la emboscada de su madre. El pánico le provocó arcadas. Oler el almizcle y el jazmín de su cabello la tranquilizó. Era el aroma de siempre, el de su hogar, el mismo que cuando eran niñas y su madre les lavaba el pelo.

—Si se refiere a la mía con Leonor, será pronto, muy pronto.

Esa era la respuesta que temía. Inspiró aire para no marearse.

—Usted tiene ahora un compromiso con June. No puedo pasar por alto lo que he visto, los dos escapando en plena noche.

—Su hija y yo nos hemos prometido algo mucho más importante.

—¿Más que el matrimonio? —contestó Caroline.

—¡Déjalo ya! —chilló June—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Por qué lo has hecho llamar?

En realidad estaba enfadada con él por repudiarla por segunda vez, pero no podía encararse

con el hombre al que hacía pocos segundos había prometido ser su compañera de vida. No sabía con certeza lo que significaba, pero intuía que podría ser algo mucho más duradero que un matrimonio. Ser parte de la vida de alguien, pero no por imposición. Resistir a su lado sin que un papel o un juez así lo exigieran. Sin que Dios se interpusiera en la voluntad de dos almas que querían estar juntas sin perder su libertad.

—Si le soy sincera, siempre creí que Libby sería más de su gusto, pero ya que June ha interferido en el futuro de su hermana... —continuó Caroline.

—No insista más, madre, lord Arundell tiene una deuda con la duquesa y mantendrá su palabra, Dentro de unas semanas se casará con Leonor, y yo...

—¿Huirás? ¿Te convertirás en su mantenida? ¿Cuál de estas opciones tiene que tranquilizarme? —La condesa no perdió la compostura bajo un cielo tan poco estrellado que las siluetas se perfilaban sombrías.

—Su hija tiene un destino diferente. Es la nueva líder del Red Dragon.

—¡Vaya tontería! —se burló Caroline.

—Solo fue una estratagema para salir airosa de aquella situación, ni siquiera lo planeé —proclamó June.

—No lo entiendes, esperan tu regreso. No puedes ofrecer esmeraldas, perlas y rubíes y no volver.

—No diga disparates, lord Arundell, la única salida de June es el matrimonio.

—Madre, ya se lo dije en el despacho cuando discutí con Albert, mi objetivo es encontrar la joya y venderla.

Caroline se impacientó.

—Eres tan tonta como tu padre, pierdes el tiempo con algo que no existe.

\*\*\*

Una medio luna iluminó a June mientras caminaba de un lado a otro del jardín. El duque creyó que, por instantes, las puntas de sus pies descalzos levitaban a ras del suelo, etérea; un espejismo del que se convencía no podía formar parte. El conde Belford lo había reclutado cuando era joven y siempre le había advertido de lo inútil que sería intentar domar a June, ella no formaba parte de ningún acuerdo pasado o futuro. Sebastian Seabrook lo había dejado bien claro antes de su muerte: June había nacido para otro tipo de caballero. No para el hijo de una prostituta. Sin embargo, la vida era curiosa, y sus líneas, retorcidas; al convertirse en duque, su pasado había sido olvidado. Aun así, ella se alejaba de manera sutil y él quería atraparla antes de que una pluma blanca se desprendiera de sus alas y lo abandonara por un diamante azul.

—De todas maneras es muy extraño que Kellogg lo persiga con tanta avidez —declaró Elric

para congraciarse con June, a la que sentía cada vez más despegada—. Si es cierto que el conde encontró el brillante solo hay una manera de conseguirlo: contrabando. —Ya lo había revelado, por fin se habían roto las cadenas que le impedían sincerarse—. June, la noche en que mataron a tu padre, mi misión no era robar, sino protegerte. —Y eso es lo que pretendía, garantizar su seguridad al contarle hasta el más mínimo detalle, si la condesa le dejaba.

—Prometió mucho más a mi marido, Lord Arundell, y ha roto cada una de sus obligaciones. — Caroline volvió a atacar, impertinente.

Elric intentó aproximarse a June en medio de la oscuridad, tocarla para recordarle lo que hasta hacía poco se habían proclamado: compañeros de vida.

—El conde Belford era el benefactor del Red Dragon, el hombre en la sombra, llámalo como quieras. Ahora te corresponde a ti seguir con su labor. —Esperaba no haber perdido su confianza ante aquella confesión.

—¿Eso es cierto, madre?

—Me sorprende que no lo supieras antes, con la complicidad que tienes con el duque —ironizó Caroline.

—¿De qué clase de transacción se trata? —interrogó June a la defensiva.

—Los impuestos que el gobierno impone por los artículos son desmesurados, es inviable que un pequeño negocio pueda salir a flote, y mucho menos que las familias menos afortunadas puedan disfrutar de té, brandy, seda, azúcar... —explicó Elric—. Nosotros solo interceptamos los cargamentos; la mayoría de las veces no hay violencia, los mismos guardias y marineros son parte del complot.

—Revendéis dichos artículos, aunque mucho más baratos. —Elric quedó impresionado de que June no expusiera mayor resistencia ante tal descubrimiento. Aunque no era de extrañar, ya que su padre siempre se había vanagloriado de la mente tan despierta de su hija para los negocios.

—Eres lista. El Red Dragon está cerca del puerto. Tiene un pasadizo secreto en el sótano que llega hasta la costa.

—Recuerdo que mi padre me llevó una vez cuando era pequeña.

Elric temió que la melancolía impidiera que viera más allá de la mera anécdota. Debía conseguir cuanto antes que aceptara su nuevo rol en la empresa, pero June no había dejado de hacer números, así se lo corroboró al continuar con su sondeo.

—¿Qué tanto por ciento se queda el hombre... en la sombra?

Elric sonrió, consciente de que la mente de lady June, llena de cálculos y conjeturas, volvía a ser la misma que lo había engatusado en el invernadero y había logrado un acuerdo no muy favorable para él.

—Lo suficiente para pagar el nivel de vida al que estás acostumbrada. Lo que ocurre es que tu padre se lo jugó todo —dijo Caroline en un tono agrio.

—Eso no es cierto —recriminó Elric—, confió demasiado en una rata.

—Albert Kellogg —pronunció entre dientes June—. ¿Pero cómo consiguió engañarlo hasta

arruinar a mi familia sin que mi padre se diera cuenta?

—La guardia costera ha acentuado la vigilancia, y cada vez existe más peligro de ser descubierto. El conde perdió seguridad en sí mismo, en los dos últimos años lo delegó todo en Albert, y su gestión no ha sido la acertada. Se queda con el mayor porcentaje, y la banda tiene cada vez menos ingresos y menos mercancías con las que negociar.

—June, no debes inmiscuirte en estos asuntos. —El frío de la noche acentuó la exasperación de Caroline—. Como esposa y madre no tuve más remedio que aparentar una inocencia que no tenía. Conocía los asuntos de tu padre, pero una vez muerto se acabó. No puedes ocupar su lugar. Es cosa de hombres. Lo más sensato es encontrarte un marido cuanto antes.

\*\*\*

Lady Belford rumiaba la mejor manera de escapar de las garras de Frederick Freeman. Si se convertía en esa sombra de la que hablaba Elric, y continuaba con los negocios de contrabando de su padre, debería lidiar con algunas cuestiones que escapaban a su control. Una: derrotar a los hermanos Smith; dos: despojar a Albert de su liderazgo. Ella había asumido durante unas horas el papel de jefa, como así la había llamado Gypsy, pero no le había dado tiempo a disfrutar de su cargo, ya que cada una de las decisiones que había tomado en el Red Dragon iban encauzadas a rescatar a Elric y a su hija. Por otro lado, reconocía que no se le había dado tan mal, y tampoco le había trastocado enterarse de que el conde estaba detrás de todo aquello. Su padre había insistido mucho en que aprendiera a tratar a los comerciantes de Belford, y ahora entendía que tal vez no era para que administrase Yellow House en su ausencia, sino que su propósito había sido prepararla para algo mucho más importante. Demasiadas casualidades unían a la familia Belford con aquella taberna.

—Podría intentarlo... —murmuró June. Aunque no estaba del todo convencida, ya que si el diamante se encontraba en la caja fuerte de seguridad del banco, solo podría acceder a ella una vez casada, algo improbable si decidía dirigir la tapadera del conde.

—¡Basta ya! June no se convertirá en ninguna delincuente. Usted prometió que cuidaría de mis hijas, Elric.

—Y eso hago.

—El trato, cuando le presenté a la duquesa viuda, era que debía casarse con Libby y no con Leonor, nos ha traicionado —protestó Caroline.

—¿Por qué Libby tiene más derecho que cualquiera de nosotras, madre?

—Es la más apropiada para ser duquesa, ¿no lo entiendes?

Volvía a ser el patito feo de la familia. La hija que era mejor esconder en casa mientras exhibía a la más pequeña, la graciosa y bella Libby. Caroline nunca la había comprendido. No se había tomado la molestia de conocerla. Si no se hubiera dado cuenta de las debilidades que las unían, y eso no les convenía a ninguna de las dos.

No era nuevo que su madre intentase encontrarle a Libby el mejor partido y, si para ello debía menospreciar a su primogénita, no tenía reparos en hacerlo. Porque así se sentía June al descubrir que su progenitora no la consideraba adecuada para ostentar el título de duquesa, en cambio, Libby era perfecta: atenta, despreñida y superficial, lo idóneo para que la sociedad se sintiera reconfortada en su presencia.

—Eso no es cierto, condesa. Prometí hacerme cargo de sus hijas cuando fuera duque, nada más, y usted se hizo ilusiones.

—¿Y cómo lo hará? ¿Llevándolas a la más absoluta desgracia, degradando sus reputaciones? Mi marido le dio una oportunidad para salir de la miseria, y usted se ha aprovechado de ello. Al menos una de mis hijas tiene que ser una duquesa.

—No lo entiendo, todo este barullo, ¿solo por un título? —June podía comprender que su madre, como esposa y compañera de Sebastian Seabrook, conociera los subterfugios de la familia Belford, que aceptara los lujos a los que estaba acostumbrada aunque procedieran de un negocio fraudulento. Pero lo que no aprobaba era que se negociara con su futuro como si fuera una rara moneda o un sello de gran valor. Solo eso: mercancía. Ambas se miraron decepcionadas. La conspiración había llegado demasiado lejos.

—Además de boba, eres ingrata —la insultó Caroline—. Libby era nuestra salvación, si se hubiera convertido en la duquesa de Arundell, hubiera podido mantenernos a todas, y tú podrías volver al campo para jugar con las vacas.

—¿Eso es lo que cree que hacía? Gracias a mi gestión de la hacienda no le ha faltado nunca un plato en la mesa. Padre me enseñó...

—Por lo que se ve, nada. —Caroline dejó caer sus brazos en señal de hastío—. Esta casa no proviene de lo que pudieras ganar o perder con las tierras, las vacas o los caballos, sino de algo mucho más trascendental...

—Lo sé, y por eso creo que el diamante es nuestra salida...

—¡Una vez más, June, no existe! —exclamó su madre.

—Pero ¡yo sé dónde está!

Si le demostraba que el conde no había fallado, que el diamante era lo más importante para él porque significaba la emancipación de su familia, tal vez ella volvería a tenerla en estima.

—En tu imaginación, nada más. Ahora, lord Arundell, hablemos de negocios. Si no se casa con alguna de mis hijas, tiene que compensarnos por todo lo que hemos invertido en usted. Recuerde que la condición que en estos momentos ostenta es gracias a mi ocurrencia de presentarle a la viuda.

—Nunca olvido pagar mis deudas, tenga seguro que no les faltará de nada a Libby, ni a... —Elric hizo una pausa y miró de reojo a June, como si fuera incapaz de pronunciar su nombre.

—No quiero nada de ti.

No entendía qué nube negra le había impedido percatarse de las verdaderas intenciones de Elric. La imperiosa necesidad de no ser una más la había llevado a creer en sus palabras: amarse

como iguales, tratarse como dos partes del mismo ser.

—June, con mi ayuda lograrás ganarte la confianza de la banda del Red Dragon.... no hace falta que te cases... —imploró Elric.

—Lo único a lo que usted aspira es a una parte del negocio de mi marido, no al bienestar de mi hija —puntualizó la madre.

—Solo pretendo que se cumplan los deseos del conde, pero si June considera que esa boda es la mejor opción no me opondré. Y si esta no es de su agrado hasta me comprometo a buscarle otro pretendiente. —Elric aclaró su garganta.

June no podía culparlo. Nunca le había prometido matrimonio. El placer que se habían dado mutuamente formaba parte de un pasado, reciente, pero pasado. Recordaría siempre el olor a vainilla de su piel, su sabor salado y las caricias que la torturaban hasta el extremo de querer cada vez más. Aquel no era su destino. Si quería ser independiente debía tomar las riendas de su vida, no depender de un duque ni de su clemencia.

Observó a su madre, podían ser iguales en algunas cuestiones como la obstinación y la perseverancia, no había duda de que Caroline había sido una buena maestra en los aspectos más lógicos de su carácter, pero no podía asimilar su serenidad ante los amargos acontecimientos que se habían sucedido tras la fatídica noche, la peor de su vida. Desde entonces, los secretos de la familia habían salido a la luz; no era un destello cegador que cerraba una etapa espinosa. Al contrario, se trataba de un fulgor que encendía otro más grande hasta convertirlo en una gran hoguera llena de traiciones.

Su madre la había vendido, y Elric había formado parte de esa confabulación. Por eso había permanecido siempre a su lado, porque quería un trozo del pastel. Desde que descubrió en la taberna de que el duque no era otro que Snake, el niño que le salvó la vida de pequeña, el mismo que su padre había acogido bajo su ala, había estado atando cabos. Y después de esa extraña conversación, había corroborado lo que ya intuía, que su madre había sido la madrina de Elric para convertirlo en duque. Tanto ella como la viuda habían conspirado para casarlo con una de sus hijas, y Philipa de Arundell había ganado. Aunque no sabía muy bien quién había utilizado a quién. Las dos eran pragmáticas, frías y calculadoras. No era casualidad que también fuesen las más temidas de Londres.

El silencio de Caroline ante la propuesta de Elric ratificó su primera impresión. Su madre podría conspirar junto a su padre y urdir una estrategia con la viuda, pero nunca sería lo bastante audaz para desafiar las normas. Ahí radicaba la diferencia entre las dos. June tenía la fuerza para sacrificarse por el bien supremo: el diamante. Necesitaba un marido para entrar en el banco, como así dictaba el testamento, y conseguir lo que le pertenecía por derecho; le daba igual cómo. Tal y cómo decía su autor favorito, Nicolás Maquiavelo: «El fin justifica los medios».

—No hace falta, esa boda sí que es de mi agrado.

No consentiría que notaran su fragilidad. Por mucha amargura que sintiera hacia su madre, no podía permitir que ni ella ni Libby quedaran en la miseria, y mucho menos en manos de un duque



que había heredado un título a base de mentiras y engaños, y que tal vez estuviera jugando con ella para obtener mayores riquezas, como su madre había indicado. Puede que Caroline tuviera razón y ser la líder del Red Dragon no era más que una fantasía que una mujer era incapaz de hacer realidad.

## Capítulo 25

June corrió a través de la tierra húmeda, se adentró en la casa por las cristaleras interiores y sus zapatos dejaron huellas de barro en el alicatado del suelo. Su intención no era encerrarse otra vez en su habitación sino algo mucho más arriesgado; alcanzó la puerta de entrada y salió a la calle. Regent Street estaba a oscuras, tan solo iluminada con tres farolas de gas repartidas de manera estratégica para iluminar los tramos más concurridos. Se subió la falda para no tropezar con el vestido al bajar los cuatro escalones que la separaban del verdadero empedrado de Londres. Por primera vez se sintió libre, pero tan solo duró unos segundos. El peso del deber cayó sobre ella como una losa.

Era una mujer alta; considerando que la estatura media era alrededor de un metro cincuenta y cinco, ella sobrepasaba a muchas doncellas con su metro sesenta y siete, por lo que sus piernas eran largas, y sus zancadas, más grandes. Tenía prisa por llegar a su destino. Un carruaje pasó a gran velocidad por su lado y casi la hizo caer al suelo. No sulfuró sus ánimos. Tal vez en otras circunstancias la prepotencia de algunos conductores la hubiera llevado a escribir una carta al periódico, pero, tal y como le dijo su padre en muchas ocasiones, ese juego había terminado. Y ahora cumpliría con su deber.

Se paró en seco, jadeó por el esfuerzo que había hecho al recorrer una distancia tan larga en tan poco tiempo. Comprobó que había luz en las habitaciones. Subió los cinco escalones que la separaban de las calles de Londres y llamó con insistencia. Cerró los ojos un instante, ya no había vuelta atrás. Abrió un mayordomo de piel negra, joven y con acento francés.

—Vengo a ver al barón de Avely.

—¿A quién tengo el gusto de presentar?

—A su prometida.

El joven mayordomo la observó asqueado, la hizo pasar al vestíbulo. Si esperaba lujo se olvidó de inmediato, aquel espacio era pequeño y asfixiante, con las paredes desteñidas y el suelo de mármol desgastado.

Aguardó con infinita paciencia a que lord Frederick se decidiera a recibirla. Oyó más de una voz protestar y aguzó el oído, no creía que los sirvientes pudieran increpar de esa manera al barón dado su carácter autoritario. Por fin la puerta se abrió, y el corazón de June latió con desmesura. Ya no tenía tanta prisa por irrumpir en aquel salón, había sido todo parte de un impulso para

castigar a Elric. Pensar en él y en su inminente boda con Leonor le dio las energías necesarias para cumplir la misión que se propuso al salir de casa, despechada y herida.

En el salón se encontraban lord Frederick y Mr. Banister, ambos con el batín de seda y el pañuelo a conjunto. Se extrañó por dicho atuendo, ya que no era el adecuado para atender a las visitas.

—¿A qué debo el honor, lady June? —El barón cogió la mano que June no había tendido y se la llevó a los labios.

Daniel Banister sujetó su vaso de brandy y la miró de soslayo, levantó tan solo un poco la barbilla, lo suficiente como para considerarlo un saludo.

El salón era pequeño y estaba mal iluminado. El fuego no ardía y era difícil ver más allá, pero el olor a moho y rancio llegó hasta June. La habitación todavía conservaba las señales de cuadros en las paredes y la tela de las cortinas era más corta de lo que dictaba la moda. Se dio cuenta con una rápida ojeada que habían sido cortadas. Dos butacas era lo único que adornaba aquella estancia. La ausencia de mesas, sillas y vitrinas, tan comunes en los aposentos de la aristocracia, era más que evidente. June llegó a la conclusión de que la precaria situación económica de Frederick lo había llevado a vender sus posesiones e incluso a adornar su vestuario con algún tejido de aquella habitación: recordaba un corbatín demasiado lujoso con adornos dorados y jaspeados igual que esas cortinas. Y fue entonces cuando entendió su anhelo por casarse con ella, necesitaba capital cuanto antes para llevar el ritmo de vida al que estaba acostumbrado. Había temido que la proposición que traía consigo no fuera aceptada, pero al ver el estado de la casa creyó que había llegado en el momento preciso.

—Siento interrumpir, debo hablar con usted en privado.

Al señor Banister le sobrevino un ataque de tos que molestó a lord Frederick, pero aun así, se dirigió hacia él y le golpeó la espalda para ayudarlo en su angustia. Daniel cuchicheó algo ininteligible para June, era evidente que su presencia lo incomodaba. El barón arrugó el entrecejo. June sintió cómo se le erizaba la piel.

Lord Frederick se irguió de nuevo, adoptó una pose relajada.

—Perdóneme, querida, he sido muy poco considerado con mi invitado. Mr. Banister se quedará una temporada en mi casa y sería de muy mala educación desairarlo de esta manera, por lo tanto, lo que tenga que decir puede hacerlo también ante su presencia.

—Como guste, milord. —No insistiría, no le gustaba estar a solas con ese hombre.

Ninguno de los tres hizo ningún ademán por tomar asiento, la evidente falta de espacio para hacerlo no distrajo a June de su cometido.

—Necesito que se case conmigo esta misma noche —pronunció de sopetón.

La tos de Mr. Banister se hizo más que evidente, dejó su vaso de brandy en una mesa de bar de madera con ruedas situada justo al lado de las dos únicas butacas de la estancia.

—No entiendo las prisas, lady June, ¿quién la ha desairado de ese modo que no puede esperar tres días para contraer matrimonio? —pronunció molesto Banister.

—¡Cállate, Daniel! —chilló Frederick—. No creo que mi cortejo haya dado el resultado esperado y no pueda aguardar para estar en mi lecho. —Su manera de expresarse tan soez seguía siendo la misma que recordaba June; no sabía por qué, pero había creído que su actitud sería distinta al ver el estado de su vivienda y, sobre todo, al verlo acompañado de tan excéntrico personaje—. Cuénteme, ¿cuál es la verdadera razón? —ordenó Frederick.

La boca de June se secó, de manera inconsciente se pasó la lengua por los labios y, al instante, se percató de que aquello podría considerarse una provocación, y no quería que Frederick se sintiera tentado y se aprovechara de ello.

—Mr. Kellogg no es de confianza, nos utiliza a ambos para quedarse con todo lo que pertenecía a mi padre. —El silencio envalentonó a June para continuar su improvisado discurso—. No creo en su palabra, y tampoco usted debería. Mi padre lo dispuso todo para que mi marido pudiera dirigir sus negocios, y créame si le digo, lord Avely, que no estaba en bancarrota como le han informado. Yo en su lugar no compartiría nada de lo que me pertenece con Albert Kellogg.

—¿Qué diferencia hay entre esta noche y dentro de tres días?

—Albert no puede controlarle, no sabe que he venido. Tiene a sus secuaces demasiado ocupados en otro asunto. —June pensó en el nuevo cargamento al que había aludido Gypsy—. Usted tiene la autoridad para hacer que el párroco celebre los esponsales esta misma noche, Mr. Banister podría ser el testigo, y mañana a primera hora podríamos acudir con el certificado matrimonial al banco y de esta manera nos adueñaríamos del tesoro enunciado en el testamento. Sin intermediarios, sin tener que dar nada a cambio, sin porcentajes.

—¿Cómo evitar la furia de Albert? —preguntó con un hilo de voz Daniel.

—La ley estará de su parte, lord Avely —contestó June sin hacer caso al invitado del barón.

—Hablemos claro, lady Belford: lo que nos interesa es el diamante, y solo el señor Kellogg conoce al comprador adecuado.

—Cualquier coleccionista de joyas estaría más que encantado de negociar con el verdadero dueño del diamante azul. Y ese será usted, milord. No sé por qué se conforma con limosnas.

Mr. Banister avanzó unos pasos hacia ellos.

—Tal vez sea lo más conveniente, teniendo en cuenta nuestra situación.

—¡Silencio! —chilló de nuevo Frederick. En ningún momento dejó de observar a June, con la comisura de los labios torcida y los ojos entrecerrados. Se situó delante de ella e invadió su espacio vital. El olor de su aliento provocó en June un rechazo inmediato, pero se contuvo—. He soñado con esta noche tantas veces... usted arrastrándose, suplicando...

June lo miró decida.

—Entonces, ¿acepta mi proposición?

—¿Quién podría resistirse, milady?

Estaba tan cerca que June temió que la besara, y ella temió dejarse besar con la única intención de vengarse de Elric y, por supuesto, de Albert. Pero el barón se distanció igual de rápido que la había acorralado.

\*\*\*

Tres cuartos de hora más tarde, el párroco permanecía ante ellos de espaldas a la chimenea, con manos temblorosas y con el cuello bien estirado para que la punta del cuchillo que el mayordomo francés amenazaba clavarle no se introdujera más de la cuenta en sus carnes.

El barón de Avely cogió las frías y sudorosas manos de June. Ella no se atrevió a mirar a su futuro esposo el poco tiempo que duraron las palabras del cura. El *sí* del barón sonó distante. Ella solo movió la cabeza. El valor que sintió al proponer la boda se desvaneció en el mismo instante en que oyó la maldita frase.

—Lo que ha unido Dios, que no lo separe el hombre. Ya puede besar a la novia.

El horror que percibió June al comprobar que no había marcha atrás y que ya formaba parte de las posesiones de Frederick la convenció del delirio punzante que la atenazaba. Todo por culpa de Elric. Si este no hubiera insistido en cumplir su palabra y contraer matrimonio con esa mojigata de Leonor, que ni se había dado cuenta de que su mal gusto había estado a punto de matarla, ella no estaría entre los brazos de Frederick Avely, manoseada por... Lo insólito era que June no se encontraba en esa situación. Abrió los ojos y comprobó que el barón tan solo la había rozado con el bigote.

Los testigos firmaron, y el párroco bebió dos copas seguidas de brandy. Lo despacharon con rapidez, y Mr. Banister le mostró a June su habitación. El barón quedó solo y a oscuras en el salón, esperando la señal de que su prometida estaba dispuesta a ser desposada.

Daniel Banister era amable y hablaba en voz baja. Sus ojos color aguamarina lo traicionaron, y June pudo comprobar cómo la ira se ocultaba tras ellos. La alcoba, como el resto de la residencia, olía a humedad. Las maderas crujieron bajo sus pies, y la vela iluminó unas paredes carentes de telas y una cama poco consistente.

—No tengo nada que ponerme —protestó con un mohín June ante la falta evidente de un camisón.

—Acuéstese vestida —dijo Daniel indiferente.

—Pero mi esposo vendrá, y no puedo esperarle así. —Señaló su falda negra. No quería ser desvestida por el barón, ni que la rozara ni besara, tan solo quería que realizara el acto tan deprisa como le fuera posible bajo las sábanas y a oscuras, y que la dejara tranquila. Gracias a Elric sabía a lo que atenerse, aunque dudaba de que fuera tan intenso. Se sentía orgullosa de haber perdido su virginidad con el duque de Arundell, alias Snake, el líder de la Red Dragon. Una punzada de dolor y arrepentimiento al pensar en él atravesó su estómago.

Daniel la miró de arriba a abajo y tardó unos segundos en contestar con una cierta ironía en su voz.

—¿Es que milady tiene ansias de que la visite? ¿No tiene miedo a que descubra que ya no es virgen?

—Miedo no es la palabra —interrumpió June.

—¿Sabe lo que les hacen los maridos a sus mujeres en la noche de bodas cuando descubren que su glande se desliza sin contratiempos y que no hay sangre? —Sonrió pletórico Mr. Banister.

June disimuló su inquietud.

—Puede retirarse, me las puedo apañar muy bien sola.

Pero el joven no lo hizo.

—La ley les permite repudiarlas, marcarlas a su antojo, matarlas incluso...

Sintió un duro latigazo. ¿Cómo era posible que no hubiera pensado en aquella consecuencia? ¿Tan cegada estaba en su empeño en dañar a Elric, vengarse de Albert y encontrar esa joya?

—Soy demasiado valiosa.

—Hasta que recuperemos el diamante, no lo olvide.

—¿Insinúa que la intención de lord Avely es deshacerse de mí una vez que haya conseguido la piedra?

El señor Banister ignoró la pregunta.

—Mi hermana era como usted. —El joven apoyó su hombro en el marco de la puerta y levantó la mirada, como si la imagen de un recuerdo lo persiguiera—. Era valiente e impetuosa, hasta que su marido la degolló por adúltera.

—¡Qué horror! —June se sentó en la cama, de pronto se sintió abatida.

—Llevé a mi cuñado ante la justicia, y le dieron la razón al pobre marido.

—Lo siento, milord. —Tratarlo con un rango superior le pareció que aplacaría esa furia interna—. Tenía mucha estima por su hermana ¿no es cierto?

—Era una zorra embustera que se aprovechaba de los hombres.

June se retocó el peinado.

—¿Eso me lo cuenta por alguna razón?

Banister volvió a encogerse de hombros.

—Su comportamiento me la ha recordado, ¿no es más que una ramera!

—¡Ya basta, Daniel! —La voz profunda del barón se oyó tras su espalda. El joven se enfrentó a él con demasiada familiaridad.

—¿Es que vas a entrar?

—¿Por qué no? Es mi mujer.

—Pero no creí que fueras capaz, es todo una farsa. Ni siquiera es virgen, recuerda que huyó con lord Arundell. ¡Puede llevar a su hijo en sus entrañas! —Daniel se lanzó sobre el barón, que a duras penas pudo quitárselo de encima.

June rezó para que su madre interrumpiera aquella escena, deseaba que Elric trepara por la ventana y la salvara, hasta llegó a pensar en la posibilidad de que Albert fuera el rescatador de su noche de bodas, pero aquello era real, estaba a punto de pasar, y todo por su culpa. Se cobijó en un rincón tras la cama, dispuesta a pasar desapercibida. Se impresionó al ver que Frederick no luchaba con su invitado, sino más bien lo intentaba contener.

Se restregó los ojos cuando Mr. Banister lloró. El barón se deshizo de sus manos alrededor de

su cuello y lo abandonó a la deriva. Banister no se giró mientras sus hombros se agitaban, tan solo prosiguió por el pasillo hasta entrar en otra alcoba.

Frederick encendió dos velas de la estancia donde estaba June, y se sentó en la cama.

—¿Entiende que debemos consumar el matrimonio o si no este no será válido? —June asintió desde la lejanía. Frederick se atusó el bigote—. Desvístase.

La joven esposa discurrió sobre varias probabilidades: resistirse, luchar, apelar a los sentimientos de su reciente esposo, pero desistió. Quería terminar cuanto antes. Se quitó una a una las prendas que cubrían su piel y que la separaban de ser ultrajada. No podía decirse que fuera contra su voluntad, aunque esta había huido junto con su cordura.

—No tengo toda la noche, milady, haga el favor de acabar de una vez —dijo impaciente Frederick sin un atisbo de deseo, lo que confundió a June.

Sus manos titubearon al descubrir sus pechos tras la camisola, no entendía por qué aún el barón no se había lanzado sobre ella; lo creía una especie de bestia, así lo había demostrado durante todo el asedio de esos años. Siempre la había perseguido y amenazado con hacerle cosas de lo más repugnantes. Mientras bajaba sus calzas, advirtió que lord Avely nunca la había tocado. El roce preciso para coger su mano y llevársela a los labios sin besarla. Nada más. Como si le disgustara estar cerca de ella, como ahora. El barón movía los dedos inquieto, como si él también desease que todo aquello terminara.

June quedó desnuda ante él. No hizo ningún ademán de avergonzarse, solo aguardó la próxima orden y, al ver que esta no llegaba, se echó sobre el lecho boca arriba.

No pasó nada. La nueva baronesa quedó atónita al apreciar que su marido ya no estaba en la habitación. La había abandonado. El frío la incomodó, y deshizo la cama para entrar en ella. Al poco, sin darle tiempo a razonar, Frederick volvió con ropa vieja que tiró encima del colchón.

—Ponte esto —gruñó.

Un helado vaho salió de sus labios. Se colocó los pantalones, la camisa y un chaleco de algún antiguo lacayo. Por suerte no se había deshecho el moño que recogía su pelo e intuyó que eso le serviría de ventaja. Avely le colocó un sombrero y le recogió un mechón de pelo que escondió tras su oreja. La miró melancólico y le acarició el rostro.

—Eres un hermoso muchacho —susurró.

El corazón de June latió desbocado sin comprender el juego, todo sucedía tan rápido... Su marido le sujetó ambas muñecas y las llevó hacia atrás. La obligó a mostrarle la espalda de rodillas, le bajó los pantalones y la penetró con furia. June no estaba preparada para aquello, y una quemazón la invadió. Su vulva ardió con cada una de las embestidas de su marido. Intentó alzar la cabeza, protestar, pero Frederick empujaba su nuca contra el colchón, impidiendo que respirara con normalidad. Las lágrimas inundaron el jergón, un grito escapó de su boca al darse cuenta de que estaba siendo violada por su propio esposo. De repente recordó a Priscilla; no era como lo había descrito, un cuerpo sudoroso que jadeaba encima de ella durante unos segundos.

Eso lo hubiera resistido. Aquello era peor, mucho peor. El hombre parecía no tener medida y golpeaba sus nalgas con fuerza bruta.

Llegó un momento en que sus partes bajas quedaron insensibilizadas, hasta que de pronto sintió un agudo dolor en el interior del recto. Lord Frederick cayó desplomado encima de ella. Lo oyó respirar, por lo que era imposible que estuviera muerto. Al apartarse, una viscosidad bajó por sus piernas. Sus manos quedaron libres, así que pudo tocar lo que afloraba de su ano.

—Después de todo, sí que eras virgen. —Rio Freeman mientras se abrochaba los pantalones.

June contempló anonadada sus dedos cubiertos de sangre. El barón desapareció dando un portazo enérgico, como si lo que acaba de suceder le hubiera infundido vigor.

Aunque nadie le había contado nunca la verdad sobre las relaciones conyugales, sabía que aquella sangre era solo fruto de la crueldad con la que el barón la había profanado. Y rezó toda la noche para que, si al final engendraba un hijo, este fuera de Elric. Lloró desconsolada y pidió perdón por todos sus pecados hasta quedar dormida.



## Capítulo 26

La mañana siguiente no fue a mejor. Una tenue llovizna cubrió a los recién casados mientras se dirigían al banco. Lord Frederick guardaba en una carpeta bajo su abrigo el certificado de matrimonio redactado la noche anterior por el párroco. Tuvieron que recorrer tres manzanas a pie, ya que no había dinero para alquilar un carruaje.

La caja de seguridad fue abierta delante de ellos. Se encontraron una bolsa de terciopelo con pequeños diamantes tallados a la perfección, una escritura de una casa en Somerset llamada Tesore que June no sabía ni que existía y diez mil libras. Esta empezó a entender a su padre. Podría haber sido un nefasto marido, pero nunca abandonaría a su familia. Albert Kellogg había intentado despojarlo de todo cuanto poseía, hasta de su honor. Pero lord Belford decidió luchar desde la tumba.

June se aferró al recuerdo de la noche en la que fue asesinado. Horas antes habían compartido más que palabras. Ahora entendía que su padre se despedía de ella. Una pequeña lágrima resbaló por su mejilla. El barón de Avely, al ver cómo la emoción de su esposa no se detenía, sacó un pañuelo de tela blanco con sus iniciales bordadas y se lo entregó. June quedó petrificada ante esas letras, ya que iban a ser suyas el resto de su vida, o, al menos, hasta que el barón o ella muriesen. Lo observó con una idea asesina en mente, y vio su propia ira reflejada en el rostro de su marido. Si quería que su plan funcionase, no le quedaba más remedio que claudicar y confabularse con él, por mucho que lo detestara.

En esa caja de seguridad había libras de sobras como para pagar las deudas de lord Frederick, concluyó June, ya que no había otra explicación ante el pésimo estado de su vivienda. No obstante, ella se encargaría de que esas deudas no fueran saldadas; tenía una idea descabellada que estaba empeñada en poner en práctica.

No se entretuvieron mucho más en *Baring Brothers & Co.* y volvieron a la pequeña casa que se había convertido en su hogar. El señor Banister, al verla caminar con muestras de dolor bajo el vientre, secuelas que todavía le quedaban de la noche anterior, le permitió descansar en su sillón, aquel que parecía haber tomado la forma de su figura.

—¿Y bien? —Se impacientó Daniel Banister—. ¿Dónde está el diamante?

June se mordió los labios, lord Avely lanzó al aire una pequeña bolsa de terciopelo que Mr. Banister cogió al vuelo, codicioso.

—¿Se trata de una broma? —Observó los diminutos brillantes.

—Eso no es todo —se atrevió a pronunciar June—. También tenemos la escritura de una casa en Somerset, estoy segura de que se podrá vender a muy bien precio y...

—¿Dónde está el diamante azul? —exclamó Daniel.

El barón se sirvió un vaso de brandy, pero no alcanzó a beberlo. Decidió dejarlo encima de la mesilla habilitada como bar debido a un leve temblor.

—No existe, ella tenía razón.

—¿Te das cuenta de que ese era el único motivo por el que nos aliamos con el señor Kellogg, ese miserable, ese...?

—¿Contrabandista? —habló, cínica, June.

Daniel Banister se abanicó.

—¿Qué es lo que quiere dar a entender, lady June?

—He sido bastante clara. ¿Cómo cree que Albert Kellogg ha conseguido su pequeña fortuna?

—¿Contrabando? —Un gallo escapó de la garganta de Frederick Freeman.

—No se haga el inocente conmigo. —June se levantó, no le gustaba que la miraran desde las alturas—. Piensen, caballeros, cómo un sujeto sin rango, y por supuesto nada de estilo, de sangre plebeya, que ha vivido siempre a merced de caritativos nobles como usted, esposo mío, o mi querido padre, que en paz descansa, puede llegar a adquirir una propiedad mejor que la suya y tener mayor influencia.

—¿Contrabando? —volvió a formular incrédulo Frederick, sin poder llevarse a la boca ese ansiado brandy.

—Lo que no llego a entender —prosiguió June—, es cómo un empleado como Kellogg puede llegar a amedrentar a un barón.

—Por las deudas —puntualizó Banister.

—Cállate —gruñó Frederick.

—Es tu esposa, no lo propagará a los cuatro vientos.

—¡Claro que no! —La voz de la baronesa sonó aterciopelada—. Esta situación me enfurece, y mucho. Creo que si ha contraído alguna deuda con ese traidor lo más conveniente es no malgastar la herencia de mi padre en pagarla.

—No está en posesión de dar órdenes, milady. —Lord Frederick la desafió.

—No me ha dejado acabar, esposo mío. Creo que lo más lucrativo y conveniente para los tres —integró de manera astuta al señor Banister dentro de la ecuación—, sería renovar el fondo de armario y decorar la casa dentro de los cánones de la moda actuales. No quisiera que la princesa Esterhazy, la marquesa de Londoderry y, por supuesto, la condesa de Jersey se sintieran ofendidas cuando acudieran a nuestras recepciones. Estoy convencida de que la influencia de sus maridos conseguirán cohibir cualquier acción de Kellogg contra usted.

Frederick Freeman tomó esa copa de brandy que permanecía estática en la mesa sin que nadie

le prestara atención.

—¿Has oído? La princesa Esterhazy en mi... —Banister se retocó el pañuelo—, quiero decir, en esta casa. Frederick, debemos cambiar las cortinas, pintar las paredes y deshacernos de estos sillones. He oído que a la marquesa de Londonderry le encantan las galletas de jengibre, debemos encargarnos de inmediato...

June asentía y seguía al señor Banister por toda la casa mientras el hombrecillo disfrutaba con aquellos cambios imaginarios.

—¡Cálmate! —chilló Frederick.

Los ojos negros de June y las aguamarinas de Daniel Banister se clavaron en la imponente presencia del barón de Avely.

—Kellogg no es quien debe preocuparnos, sino sus secuaces, los hermanos Smith. Me parece que ya ha tenido el placer de conocerles, lady June. —Freeman levantó tan solo una parte de la comisura de su boca y dejó inmóvil la otra. Eso le confería un aire siniestro que a June siempre le había atemorizado.

—¿Tiene miedo de unos rateros? —Los labios de ella se entreabrieron asustados, solo un breve instante que pasó inadvertido.

—No creo que sepa de lo que son capaces.

—Me secuestraron, ataron e intentaron matar en un incendio... creo que lo he entendido.

Daniel Banister se sentó en el sillón, abrumado.

—¿Y sigue viva? ¿Quién es usted?

El rostro de Frederick se tensó. June adivinó que la rabia que el barón sentía por no encontrar el diamante azul había dado paso a una pasmosa incredulidad al comprobar que ella no era la inocente dama llena de ideas románticas con la que creía haberse casado.

—Soy la hija del conde que los hermanos Smith, junto a Albert Kellogg, asesinaron, y según ellos estoy en posesión de un diamante tan grande y azul que puede hacerme millonaria. Pero ahora hemos podido comprobar que no existe.

—Entonces, en la cena, no escapaste de mí para perseguir a lord Arundell, sino de Albert. —El barón de Avely parecía perturbado ante aquel descubrimiento.

June lo negó; no tenía por qué ser sincera si quería que su plan funcionase.

—Tan solo querías respuestas... ¡No huías de mí! —Frederick continuó con su especial manera de entender la situación.

A June le extrañó la reacción del barón, sin embargo, aprovechó el momento para allanar el terreno y convertir ese deseo de odio y posesión que tenía por ella en algo más apacible.

—Me distancié de usted porque supuse que sería un obstáculo en mi venganza.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —preguntó Banister.

Elric... ese nombre se clavó en su corazón. Era necesario olvidarlo y seguir con su papel de mujer fría y calculadora. Una idea fugaz se le pasó por la mente: tal vez no fuera un papel, tal vez fuera su verdadero carácter.

—Comprendí que un caballero de su posición, con don de gentes y, sobre todo, el maestro de la moda en los salones de baile, solo podía aceptar las órdenes de Albert si había sido chantajeado. —El día anterior había actuado como una idiota llevada por la ira que le despertó la actitud de Elric, pero en esos momentos podía ver con claridad, como si fueran piezas de ajedrez en medio de una partida.

—Puedo entender que me rechazara en la cena y corriera a refugiarse en el cabriolé del duque, pero ¿por qué lo hizo la primera vez?

Así que era por eso. Lord Frederick estaba herido porque no había querido aceptar su mano cuando debutó como principiante. En aquella época lo había etiquetado como un ser siniestro, y esa opinión no había variado. ¿Cómo suavizarlo?

—Debuté porque así lo quiso mi madre, pero mi intención nunca fue encontrar marido, hasta habría rechazado al mismísimo príncipe. Lo único que quería era quedarme en mi hogar en el campo y cuidar de mis padres cuando fueran mayores. —Aunque también disfrutaba con el poder que le había otorgado su padre, haciéndole creer que todo cuando dirigía sería algún día de su propiedad. Olvidó que era una simple chica.

—Qué tierno —pronunció Daniel—. Siempre ha tenido un estilo muy campestre, lady June, creo que va siendo hora de cambiarlo.

—No nos desviemos del tema —ordenó el barón—. ¿Cuál es su plan, esposa mía? —dijo, sarcástico, en respuesta a las veces que ella le había nombrado de la misma manera.

—Usted ya es un personaje influyente en la sociedad londinense, pero no lo suficiente. Debemos convertirnos en la pareja del año y sabotear cualquier intención de prosperar de Albert Kellogg. Tiene el dinero, aunque no lo contactos. Procuremos que no los consiga.

—¿Nada de saldar las deudas?

—No.

—¿Cómo nos libramos de los hermanos Smith?

—Denunciándolos por contrabandistas.

—Lo tiene todo pensado, ¿no es así?

—Aunque no lo crea, se me ha ocurrido sobre la marcha.

Lord Avely estudió a su esposa con los ojos medio cerrados y, de pronto, soltó una sonora carcajada. Mr. Banister le imitó nervioso y June agitó los hombros, incrédula.

—La he juzgado mal desde el primer momento —dijo Frederick sin parar de reír.

\*\*\*

June se sentía bien consigo misma, aunque no era un sentimiento de alegría, ni se acordaba de qué significaba ser feliz.

Se sentó en la cama y cepilló su pelo. Se dio cuenta de que pequeñas molestias como los tirones al intentar domar sus rizos la convertían en un ser huraño. Antes tenía una lista para cada uno de

los pequeños placeres de la vida, pero recitarlos ya no la reconfortaba. Su lista se centraba en lo que menospreciaba: el tirón de pelo, el agua fría de las mañanas, los vestidos negros, la mermelada de naranja, la ausencia de su padre, la indiferencia de su madre, la lluvia, la ironía de Elric, el frío, su habitación, su marido. Una diminuta sonrisa se le escapó. La caída de Albert estaba cada vez más cerca.

El barón, borracho, entró en su alcoba. No podría soportar otra noche como la última. Él se acercó tambaleándose.

—Silencio, no queremos que Daniel se entere de mi escapada.

June apretó contra sí el cepillo.

—¿Tienes miedo? —preguntó Frederick al verla tiritar.

—Solo frío.

—Estás muy blanca. —Pasó un dedo por su mejilla.

—Es mi tono de piel —contestó June con un débil hilo de voz.

Él la miró de arriba abajo y chasqueó la lengua, disgustado.

—Me desconciertas. Pareces un pajarillo asustado y luego te conviertes en una estratega.

—Me gusta leer libros...

—Sí, ya, todos tenemos aficiones raras. —Le recogió el pelo y la observó pensativo—. No olvides que me perteneces.

June se movió molesta ante su proximidad. El pánico se había apoderado de ella.

—Lo sé.

—Creo que no. —Frederick repasó el lóbulo de la oreja—. Necesito que hagas un esfuerzo por socializar y convertirte en una auténtica baronesa.

—Soy la hija de un conde, sé cómo comportarme.

Lord Avely resopló.

—Eras la oveja negra de la familia, tan diferente a tu hermana... Daniel ha tenido una idea excelente. Quiere convertirte en el ave Fénix que renace de sus cenizas. Y le vas a dejar.

June volvió a asentir, un poco más aliviada porque él solo quería hablar. Frederick cogió el cepillo que ella apretaba contra su pecho y lo depositó en el tocador.

—Solo te visitaré una vez al mes hasta que quedes encinta —pronunció su marido cerca de su oreja

—¿Y luego? —se atrevió a preguntar June.

—Si es varón, nuestros encuentros habrán terminado. Solo una cosa te pido: que no montes un alboroto como la última vez.

Frederick abandonó la estancia, y la placidez que sentía June después de brindar con el brandy por su magnífico plan se evaporó. Intentó calmarse, se despeinó y volvió a peinar. Una nueva idea la inundó como el calor del sol en una mañana de verano: no iba a dejar pasar tanto tiempo. Tenía menos de un mes para vender el diamante y enviar a aquellos que la habían herido al infierno.

\*\*\*

Los días siguientes se sucedieron rápidos, llenos de carretas que llegaban cargadas con muebles para sustituir los vacíos que había dejado la venta de los anteriores. Se contrató a una cocinera, dos sirvientas y tres lacayos. Se mantuvo al francés como mayordomo. Se pintaron las paredes de ocre y se instalaron cortinas a juego con ribetes dorados. La fortuna de los barones de Avely corrió como la pólvora, y se presentaron comerciantes de distintos lugares de Londres para ofrecer sus variopintos productos. Las diez mil libras heredadas menguaron, pero ese era el plan de June.

Como así se lo había advertido su esposo, Daniel Banister encabezó una misión de lo más extenuante: comprar ropa. Eran tantas las prendas imprescindibles para convertirse en una dama bien considerada, que June se sintió intimidada por los vestidos de mañana; los de paseo, junto con abrigos; vestidos de noche; los distintos tocados y accesorios, como guantes, sombreros, adornos, lazos y zapatos, cuyas puntas, aunque pasaran desapercibidas ante tanta tela de muselina, debían ser vistas sin llegar a extremos ordinarios.

Ese era otro punto importante que se le escapaba a June; por lo visto, Mr. Banister le había dejado muy claro que su raro comportamiento en sociedad se consideraba ordinario. No debía caminar ni rápido ni lento, sino a un paso distinguido que ella no controlaba. No podía criticar ni reprochar a un hombre en su presencia. Tampoco hablar alto ni muy bajo, en su justa medida. Y mucho menos despreciar a cuantos caballeros se le acercaran. Al estar casada, podía coquetear con ellos, pero no de manera muy descarada. Convertirse en la pareja de moda era cuestión de engatusar con encanto a los comensales. June dudó que lo consiguieran, ya que no eran muy dados a la simpatía. Aunque, muy a su pesar, reconocía que Freeman gozaba de algo de lo que ella carecía: falsedad. Le había visto besar la palma de la mano de damas de alta alcurnia y admirar cada uno de sus comentarios, para luego despreciarlas a sus espaldas por su forma de vestir o falta de agudeza mental.

Daniel no se separó ni un momento de ella durante los días que duró ese tormento de compras. La ropa interior fue lo que más la avergonzó. Banister había elegido el corsé corto en lugar del largo para aumentar sus senos. June creía que ya los tenía firmes y así lo manifestó en más de una ocasión.

—Qué equivocada está, querida, unos buenos pechos son la distracción perfecta para que un hombre haga y diga lo que usted quiera.

—¿Y qué es lo que yo quiero? —contestó June ofendida.

—Advertirles sobre un caballero indeseable... —habló Daniel, y miró de reojo a la modista.

—¡Oh, claro! —Enrojeció la baronesa, era la cuarta vez en ese día que mantenían dicha conversación. Banister siempre se las ingeniaba para introducirla cuando menos se lo esperaba: durante su encuentro intencionado con el señor Granigan, uno de los más prestigiosos médicos de la ciudad; con el sombrerero, al cual le habían encargado cinco tocados distintos que June no

sabía muy bien cuándo tendría tiempo de estrenarlos; con el *maître* del salón de té, y, por último, con *madame* La Salle, que no era una de las modistas más prestigiosas, pero sí la más chismosa.

—Debe de estar muy preocupada por su hermana y por su madre, lady Avely. —Banister recalcó adrede su nombre de casada—. He oído que Albert Kellogg no es el abogado fiel que todos pensaban.

—¿Por qué cree que huí de casa? —June gesticuló con un dramático ademán.

—¿No me diga que temió por su vida? —Daniel se incorporó hacia delante para crear mayor intimidad entre ambos y la costurera, que tomaba medidas del busto de la baronesa.

—No quisiera que esto saliera de aquí.

—Puede confiar en mí, no se preocupe. —Su acompañante sostuvo la mirada de *madame* La Salle.

—Y en mí —se apresuró a decir esta—. ¿Cree que es cierto lo que se rumorea?

—Dígame usted, ya ni me atrevo a contarle. —Aquella conversación funcionaba mejor de lo que esperaba; esa mujer parecía estar al día de los cotilleos, tampoco sabía si era a causa de los rumores que tanto ella como el señor Banister habían divulgado durante la mañana, o si eran fruto de otros contactos que la modista pudiera poseer.

—Que roba a sus clientes y lo invierte en contrabando...

—Solo sé que antes de la enfermedad de mi padre nadábamos en la abundancia, pero desde que transfirió sus asuntos a Albert Kellogg, llegó nuestra ruina.

—Pero no la de él... —rectificó Daniel Banister.

—He oído que se ha comprado una mansión en Kensington Street —añadió la señora—. Parece algo sospechoso; si yo estuviera en su lugar, iría al juez de paz para que lo investigara.

—No me haría caso, solo soy una recién casada.

—Elric Arundell le puede echar una mano... —Esa desvergonzada se había tomado demasiadas confianzas. June no pudo evitar propinarle un puntapié.

—Lo siento, ha sido un acto reflejo, usted me ha provocado con esas agujas tan finas.

—No era mi intención, milady.

Daniel Banister la llamó al orden. Ese no era el modo de comportarse de una dama, y menos de una baronesa. Lady June volvió a disculparse. Le había sobrecogido escuchar de los labios de otra persona el nombre de ese bribón, y, sobre todo, de esa manera tan familiar. Para ella debería ser excelencia, o lord, pero llamarle Elric significaba que lo conocía.

—¿Acaso tiene trato con el duque? —se atrevió a preguntar.

—Vino aquí con su prometida para encargarse del ajuar. Es tan amable y sencillo, y muy atractivo, no sé si me entiende. —La modista guiñó un ojo.

—Basta. —June se bajó del pedestal molesta. Hasta ahora no había pensado que la vida de Elric continuara, como lo había hecho la suya. En su mente, todavía lo situaba en su casa junto a su madre, a la espera de que ella volviese de esa pesadilla con el diamante azul y así poder demostrarle que tenía razón.

Se oyó el tintineo de la puerta de entrada. *Madame* La Salle se inclinó y salió de la trastienda a recibir a su siguiente clienta. Se escucharon unos breves susurros y una exclamación de asombro, hasta creyeron percibir el nombre de Albert. Banister alzó la palma y la chocó con una tímida y confundida June. Habían logrado su objetivo.



## Capítulo 27

Las invitaciones para las veladas más insípidas y aburridas que June podía recordar fueron llegando. Un recital de poesía, otro de arpa, tomar el té con la asociación de amantes de las flores... Lo único que le supuso una verdadera distracción fue recibir una invitación para jugar al *whist*.

La mansión de los marqueses de Devonshire se convirtió en un casino. Al deambular por sus habitaciones se sintió transportada a una de esas casas de juegos donde solo los varones tenían permitida la entrada. Le recordó al burdel de *madame* Katerina, ¿qué habría sido de ella? Fue un planteamiento fugaz que se evaporó en cuanto vio a Priscilla sentada en una de las mesas.

Daniel Banister controlaba a June desde una cierta distancia e inclinaba la cabeza cada vez que posaba de manera apropiada, al igual que negaba malhumorado cuando se equivocaba en algún detalle. Nunca se había sentido tan insegura; vacilaba a cada paso y le dolía la mandíbula de tanto sonreír a desconocidos.

Se aproximó hacia la señora Abranson, esta vestía de tafetán verde con enaguas color azul, que se dejaban ver cada vez que cambiaba de posición. Su escote también era prominente, y llevaba un broche de topacio que parecía pesar demasiado. Unos pendientes de perlas y zafiros hacían juego con las enaguas. «Siempre tan atrevida», pensó June. Al contrario que ella, esa velada se había decidido por un traje de seda color ocre ribeteado con finos remates dorados y de escote cuadrado, no tan bajo como el de Priscilla, pero igual de eficaz.

—¡Menudo cambio! No puedo creer que seas tú. —Priscilla se levantó de su silla y la abrazó efusiva.

June se sintió molesta, ¿tan horrible estaba antes?

—Por favor, no quiero montar ninguna escena. —Lo que más temía eran las reprimendas de Daniel.

—No, claro que no, sentémonos y juguemos a algo.

Las dos damas estrecharon entre sus manos una baraja de cartas.

—¿Sabes algo de mi madre y mi hermana? —June no pudo resistirse, necesitaba noticias alentadoras para continuar con la tarea que se había autoimpuesto.

—Están bien, no te preocupes. Algo disgustadas, pero eso es todo. —Las trenzas de sus cabellos se rozaron—. Se han refugiado con la viuda de Arundell; Kellogg se ha vuelto imposible

y no les ha quedado otro remedio.

—¿Por qué no han venido a verme? ¿Por qué no me buscaron? —Todavía recordaba su noche de bodas y la sensación de estar sola en el mundo, sin nadie a quien recurrir.

—Se dispuso una batida para rescatarte, Elric... lord Arundell, pensaba que te habían secuestrado. —Su nombre volvió, como tantas otras veces, a paralizarla. Su amiga lo notó y apretó su muñeca con cariño—. Mi esposo y yo dejamos a nuestros invitados nada más recibir la nota de Libby sobre tu desaparición. Al llegar a tu casa, encontramos al párroco y nos lo contó todo. El pobre estaba aterrorizado.

June suspiró. La decisión que había tomado le había acarreado algún que otro inconveniente, pero también gratas compensaciones, como aquella misma noche en la que había instigado a su marido para que apostara cuanto quisiera, incluso la casa que habían heredado, Tesore, y que nunca habían visitado.

—¿Estás bien, querida?

Ella asintió.

—¿Cómo se lo tomó Albert?

—Me enteré por Libby de que esa mañana destrozó el despacho colérico y juró vengarse. Temo por tu bien.

—De momento no ha intentado nada. —Y eso la intranquilizó. No era lógico que Albert no hubiera tomado represalias.

June advirtió cómo, desde lejos, Daniel Banister no le quitaba los ojos de encima, y arrojó una carta sin ninguna intención. Priscilla depositó otra encima de la mesa. Si a alguien se le hubiera ocurrido unirse al juego, no habría entendido el sinsentido de aquella tirada.

—Tu hermana no ha dejado de creer en ti —volvió a susurrar Priscilla.

—¿Qué quieres decir? —No entendía lo que intentaba subrayar la señora Abranson con ese tono tan singular, el mismo que utilizaba para las confidencias más atroces, aquellas que destrozaban la reputación de una dama con solo aletear las pestañas. Temió que Libby se hubiera metido en algún embrollo para apaciguar los rumores sobre su vapuleada reputación, que tanto ella como el barón se habían empeñado en cambiar, al parecer, según el recibimiento de los marqueses, con éxito.

—Hemos estado buscando un comprador para el... ya sabes, y creo que hemos encontrado al candidato perfecto.

June sonrió pletórica, por primera vez desde la muerte de su padre su pecho se hinchó de felicidad. ¡Estaba tan cerca!

Una mano inesperada, fría, sudorosa, se posó en su nunca. Con una leve inclinación, el barón de Avely saludó a Priscilla y se llevó a June sin que pudiera terciar palabra. Caminaron en dirección a los marqueses de Devonshire para saludarlos; la expectación en la sala se podía advertir a través de las vanas conversaciones y las miradas puestas en la pareja, que había conseguido impresionarlos con su repentino desposorio.

—No quiero que te juntes con los Abranson —ordenó el barón.

—Priscilla es amiga de la familia desde hace mucho tiempo.

—Y una ordinaria, por eso debes alejarte de ella cuanto antes. No queremos asociarnos con gentuza.

—¡Es la hija de un lord!

—Un segundón sin título que vendió a su hija a un banquero. No creo que sea una relación que debemos cultivar, resulta totalmente inadecuada para nuestros planes.

Eran las mismas palabras que ella hubiera pronunciado hasta horas antes de su matrimonio. Sin embargo, se había sentido tan aliviada al recibir el apoyo de esa chica cuando tantos desconocidos la juzgaban de antemano... Priscilla era de las pocas personas que no las había abandonado al morir su padre. Cuán equivocada había estado respecto a ella. Giró la cabeza y observó cómo coqueteaba con un individuo de estatura media y sienes plateadas. Mostró el pulgar hacia arriba.

—¿Quién es el hombre que habla con el señor y la señora Abranson?

Su esposo se giró, hastiado.

—Otro banquero, Henry Philip Hope.

—No creo que debemos menospreciar a quien tiene el dinero. Los tiempos cambian.

—Y esas son las palabras de la hija de un conde que se niega aceptar la muerte de su padre.

June apretó la mano de su esposo con demasiada energía, y, de manera involuntaria o no, Frederick correspondió con mayor brío. Los ojos de June se humedecieron de rabia, y el dolor del recuerdo de una noche que jamás olvidaría se hizo más patente. La copa de *champagne* que le obligó a beber su marido para calmarla no ayudó mucho. Se refugió en la planta superior, reservada para las damas. Allí podía sentarse en un diván y dejar de lado la rigidez, refrescarse y retocarse el rostro. Observó fastidiada su imagen en uno de esos grandes espejos situados de manera estratégica para que las mujeres pudieran ver sin ser vistas. Se asombró ante la falta de brillo en su piel. Tan solo habían transcurrido un par de meses desde la muerte de su padre, pero ella se sentía envejecer a cada minuto. Sus facciones, cada vez más hundidas, lo corroboraban.

\*\*\*

Elric observó a June desde su escondite detrás de unas cortinas de terciopelo. Estaba acostumbrado a pasar desapercibido cuando se lo proponía, no en vano su mentora, *madame Blanche*, le había enseñado varios trucos para ello, como encorvar la espalda, bajar el mentón y deslucir su melena rubia a base de aceite, para engrasarla, y óxido de zinc, para blanquearla.

Aquella noche no había programado volver al pasado para deslizarse por las salas sin ser visto. Pero al entrar en la casa de los Devonshire del brazo de Leonor con la única finalidad de jugar a los naipes, la vio cuchichear con la señora Abranson y ya no la perdió de vista. No había traído consigo ningún material para poder disfrazarse, pero con el optimismo que siempre le

caracterizaba pensó que si le descubrían, sería tan fácil como interpretar un papel. Aunque Elric solo dominaba dos personajes: el de ladrón y el de encantador de serpientes. Suficiente, ya que si alguien advertía su presencia solo necesitaba utilizar sus encantos.

El odio que sentía por June desde el mismo instante que descubrió su boda con el barón pareció disminuir al verla. Su sonrisa no había perdido lustre. La notaba diferente, más elegante y majestuosa. Si era sincero consigo mismo, el dolor todavía anidaba revuelto en sus entrañas. Aun así reconocía que no podía parar de pensar en ella y preguntarse durante cada minuto del día si estaría bien. Y qué estúpido se sintió al contemplar su traje de seda medio transparente con tonalidades doradas. Destellos de cobre reflejados en su pelo, y esos ojos redondos y negros, centelleantes. Elric respiró hondo, y cuando June rozó las cortinas con la intención de beber un vaso de agua fresca, sus manos atravesaron la tela que lo protegía; con la derecha le tapó la boca y con la izquierda la atrajo hacia sí por la cintura. June se agitó para deshacerse del intruso, hasta que oyó su voz.

—¿Qué estás tramando? —ironizó el duque.

June le mordió, juguetona, y él supo que por mucho que se escapara de entre sus brazos regresaría a ellos por voluntad propia. Estaban destinados.

Elric, que no había ejercido fuerza sobre ella, la dejó marchar, y la recién estrenada baronesa corrió a esconderse tras una columna.

Aunque ellos lo desconocían, en el salón se disputaba una interesante competición entre el barón de Avely y lord York; ambos eran aficionados al juego y a malgastar grandes fortunas, por lo que los asistentes no querían perderse el último escándalo de la temporada. Por eso, la sala de mujeres estaba solitaria, hasta las criadas habían bajado y espiaban detrás de las puertas.

El duque mostró su sonrisa más felina, comprobó que en la sala solo quedaba lady Watson medio adormilada en un diván y corrió para refugiarse en el mismo pilar que June.

Ella lo esperó con el pecho agitado y, al divisar sus ojos, se mordió los labios.

—Pídeme perdón. —Las mejillas de la antigua lady Belford se sonrojaron.

Elric se mostró turbado. No entendía la actitud de June, como si la brecha que ella misma había creado al escapar y casarse con lord Avely no existiera.

En un *déjà vu*, la imagen de Kate y su constante manipulación apareció ante él. Hacía poco que la había visitado en su nueva casa, donde se recuperaba del disparo, y Doris, la cocinera, ya había dado a luz a un hermoso niño. Las dos se aliaron durante su visita, exigiéndole mucho más de lo pactado. Según le contó Katerina, tenía intención de montar otro burdel, pero su ambición no conocía límites, y también le habló de pomos de oro y muebles de madera maciza como en las mejores casas de Londres.

—No puedo, otra vez no. —Elric creía estar encerrado en un bucle sin fin. Su mala suerte volvía a repetirse. Pequeñas gotas de sudor resbalaron por su frente.

June se quitó los guantes con rapidez y lo tocó.

—No tienes fiebre. —La piel del duque se erizó al notar su contacto—. Me estás asustando. —

June se acercó a pocos centímetros de él, tanto que pudo notar su aliento.

—Escapaste de mí, te casaste con Frederick... no soy yo quien debe disculparse.

—Lo que yo recuerdo es que negaste ante mi madre cualquier posibilidad de contraer matrimonio conmigo. ¿Qué pensabas? ¡¿Que me conformaría con ser tu puta?! —Escupió la última palabra como un latigazo certero que no hizo más que empeorar el estado de ánimo del duque.

—¡Intentaba ayudarte! Debiste hacerme caso...—La agarró de los hombros.

—Estoy harta de que la gente me diga lo que tengo que hacer, decir o cómo debo comportarme. ¡Quiero ser independiente, y para ello necesito la piedra! —El enojo de su protesta se diluyó a medida que los ojos verdes de Elric quedaban enmarcados por la luz tenue de las velas—. ¿No lo entiendes? —La pregunta se asemejaba más a una súplica.

—No puedo volver a pasar por esto.

—No trataré de convencerte —June habló desdeñosa—. Pero si me pides perdón podrás participar en una inversión para tu futuro. Con la parte que te corresponda de la venta podrás liberarte de la viuda.

—La duquesa siempre ha ido de frente y en ningún momento me he sentido atrapado en sus redes, como contigo... Escucho tus palabras y lo único que veo es una niña mimada encaprichada con un diamante. ¿Qué es lo que quieres de mí? ¿Que robe? ¿Que estafe a alguien para conseguirlo?

Elric solo quería huir y recuperar la paz. Siempre creyó que la hallaría en la seguridad de una casa, en el calor de un hogar y en la unidad de una familia, logros que alcanzó al convertirse en duque. No obstante, aquella deseada tranquilidad se había convertido en aburrimiento y sopor. Ver a June después de tantos días echándola de menos trajo la emoción de vuelta a su vida, aunque también avivó el recuerdo del peligro, que amenazaba su tan anhelada estabilidad. Contradicciones con las que intentaba luchar, ahí de pie, ante aquella hermosa joven que lo provocaba, lo atraía y a la vez lo llenaba de ternura.

—No era mi intención discutir contigo... —June se calmó.

El duque de Arundell se consternó, esperaba que lady Belford intentara justificar sus actos y cubriera sus engaños con más mentiras. Deseó bajar al salón y beber hasta olvidarla, no obstante, permaneció frente a ella, que escondió, en un movimiento involuntario, un rebelde mechón tras su oreja. Elric no pudo evitar acariciar su rostro y volver a colocar ese rizo sobre su mejilla.

—¿Conoces a Henry Philip Hope? —preguntó June emocionada.

Elric tardó unos segundos en reaccionar. Apretó los dientes; volvían otra vez al tema central que ocupaba todo su mundo: el diamante. A pesar de ello, contestó.

—Es un conocido coleccionista de joyas, he trabajado alguna vez para él.

—¿Quieres decir que te ha hecho encargos?

—Si quieres llamarlo así...

—¿Estarías dispuesto a volver a negociar con él? Lo de Frederick fue un impulso, no lo tenía

planeado, pero poco a poco va cobrando sentido. Tengo que resolver esto y cerrar este capítulo de mi vida para empezar de nuevo. Porque seguimos siendo socios, ¿no es así?

—Es lo único que te preocupa, ¿verdad?

—Dado que dentro de diez días te casarás, ser socios me parece mucho menos indecente.

—¿Comparado con qué?

—Con lo que pretendes que seamos.

—Eres tú la que me traicionó. No me eches la culpa de tu mierda.

Las mejillas de June se colorearon de ámbar, sus labios se hincharon, y alzó el dedo hacia Elric.

—Te conozco de hace ¿cuánto?, ¿dos meses? ¿Cuántas veces nos hemos visto durante ese tiempo? ¿Tres, cuatro? ¿Crees que soy tan estúpida como para dejarme engatusar por un bastardo al que ni siquiera conozco? Dejar todo lo que me importa, mi padre, mi familia, ¿por ti? ¿Qué eres tú para mí, Elric? ¿Qué has hecho tú por mí?

Elric abrió varias veces la boca y la volvió a cerrar.

—Juré que te protegería.

—Prometiste a mi padre que te desposarías con Libby, que ella sería la duquesa y que la pobre June se quedaría con el tesoro. ¿Sabes que solo es una casa? Pensándolo mejor, no necesito tu ayuda. Yo misma negociaré con Hope. Esa fue mi idea desde el principio, pero me convencí a mí misma de que un hombre con tus credenciales lo haría mejor. Por poco caigo en tu trampa.

June giró sobre sí misma y caminó en dirección a las escaleras. Elric la detuvo y la volteó con furia hacia él.

—Eres la mujer más impulsiva, temeraria y engreída que conozco.

—Déjame en paz.

—No puedes bajar y hablar con Hope, te tomará por loca.

—¡No iba hacer tal cosa! —exclamó ella en un tono demasiado agudo.

—No tienes el brillante. No puedes vender algo que no existe.

—Te he dicho mil veces que sé dónde está.

—¿Dónde?

June frotó su mejilla con la áspera barba de Elric, y este cerró los ojos, extasiado por el olor de su cabello.

—Antes muerta que contarte mi secreto.

El duque tardó unos instantes en entender lo sucedido. Ella lo había plantado. La primera vez que una dama lo dejaba con la palabra en la boca. Ni siquiera Kate, pese a sus incesantes exigencias, lo trataba de esa manera. Apretó los puños y salió de la sala tal y como había entrado, sin ser visto.

En el salón de juegos la mayoría de los comensales, a excepción de las damas más viejas, que mantenían la oreja pegada al bullicio, se distribuyeron alrededor de una única mesa. Divisó a June entre el gentío y la vio hablar con el señor Banister; según los rumores que le llegaban a diario de

ella, eran grandes amigos. Daniel comentó algo en su oído, y ella sonrió de una manera especial.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Elric al primer individuo de su izquierda.

—El barón de Avely acaba de perder una propiedad que tenía su esposa en Somerset. Tesore, creo que la llaman.

Conocía a June e intuía que seguía con su plan tramado a golpe de impulsos. Pero ¿qué ganaba si su marido se arruinaba?

La baronesa volvió a conversar con Banister, quien la besó en la frente. Elric quedó contrariado ante aquel franco comportamiento y le fue imposible seguir en el salón. Se dirigió al cuarto de caballeros para recoger su gabán y su sombrero. Deseaba regresar cuanto antes a la mansión Arundell, abrazar a su hija y recordar por qué seguía adelante con la boda.

Se dio cuenta al abrir la puerta del cabriolé de que había olvidado a Leonor. Después de buscarla por todas las salas de la mansión de los marqueses de Devonshire, la encontró en el jardín con el mariscal Curtis Cameron, un viejo amigo del difunto duque. Esta se azoró al ser descubierta en su compañía, y Elric lo atribuyó a su mal humor. No tuvo miramientos en presionarla para que fuera rápida a por su abrigo, y tampoco le dedicó demasiada atención al mariscal. Ya tendrían mejor ocasión de conocerse en otras circunstancias. Leonor opuso resistencia, no quería abandonar la fiesta, y Elric se sulfuró de tal manera que acabó solo en el carruaje. Cameron se ofreció a llevar a su prometida a casa, y él no tuvo reparos: era crucial que llegara cuanto antes al que consideraba desde hacía unos meses su hogar, y que evocara el confort y la seguridad de una vida inalterable, en la que Isabella crecería feliz y a salvo. Una vida sin June.

## Capítulo 28

La baronesa de Avely había optado para ese día por un vestido de muselina blanco con una capa de seda con flores y hojas bordadas en tono rosado al final de la falda, una cinta azul que resaltaba su escote cuadrado y mangas vaporosas que empezaban bajo sus hombros. Un collar de perlas que se perdía entre la delantera adornaba su cuello, y unos largos guantes blancos le llegaban por encima de los codos. Las puntas color rosa de sus zapatos se entreveían por debajo de la tela, un toque de *glamour* con el que se había atrevido a innovar. Se miró en el espejo y se congratuló de la visión que este le devolvía. Suspiró al comprobar que parecía una novia, si no fuera por el blanco roto del vestido y el rosado de sus ornamentos. Pero ¿acaso no lo había hecho adrede? Quería que todos la admirasen al entrar en la iglesia cogida del brazo del barón. Era un secreto a voces que el vestido de Leonor sería el mismo que llevó su madre en el día de su boda, con algunos retoques. Sonrió cínica, ese sentimentalismo por parte de la viuda le pasaría factura. La pequeña de los Arundell no era una muchacha alta en comparación con su madre, que la sobrepasaba, ya en sus años de juventud, tanto en talla como en peso.

—Querida, ¿estás lista?

Por la puerta asomó la cabeza de Daniel Banister; su frac, de un corte perfecto, y la corbata de lazo de un blanco immaculado, lo convertían en un tipo moderno y bello. Sus ojos aguamarina se congelaron al verla de pie en la habitación. June percibió que el sol que entraba por la ventana la envolvía de una luz especial, y su pelo negro brillaba con más intensidad.

—¿Qué ocurre? ¿Algo va mal?

Sabía que nada perturbaba su aspecto, pero necesitaba oír de los labios de Daniel que estaba perfecta. Desde hacía un tiempo, su autoestima no se completaba si alguien no alababa algún rasgo de su fisonomía o su vestuario. Una adicción a la que estaba tomándole el gusto y que el amante de su marido le había contagiado.

—Estás sublime.

El joven la besó en la mejilla. Ambos contemplaron la alcoba en la que estaban, pintada recientemente de un tono celeste con molduras blancas en el techo, y los muebles de importación. El marco dorado del espejo en el que los dos se observaban extasiados había sido comprado en Italia, y las telas de las cortinas en Marsella. Nada que ver con las frías e inhóspitas paredes que la habían albergado durante su noche de bodas. Hacía ya un mes y parecía más bien una década.



—¿Preparada para deslumbrar? —Mr. Banister la tomó del brazo.

—Ese es el plan.

—¿Estás segura de que podrás hacerlo?

Si no fuera porque tenía muy presente aquella noche, la misma en que fue ultrajada y violada, hasta creería en las zalamerías del joven. Había estado tanto tiempo haciendo ver que era feliz que por momentos así se lo parecía, como en ese mismo instante, al perseverar en su estúpida idea de aceptar la invitación de la duquesa viuda de Arundell. Ver cómo Elric se casaba con otra no tenía por qué ser una tortura, si contaba traumatizarlo con su deslumbrante encanto y sus artimañas, recién aprendidas del mejor embaucador, Daniel Banister. Lo había visto muchas veces coquetear con el barón de Avely para serenar los ánimos, y hasta le había enseñado un par de trucos para que la suerte siempre se confabulara a su favor.

Sus propios ojos le devolvieron a través del espejo un extraño brillo, como si la juzgaran. No tenía tiempo para remordimientos. Miró por la ventana y descubrió que el carruaje ya estaba preparado para llevarlos hasta la catedral de Westminster. Distinguió una sombra que se escondía tras un árbol. La misma que la acechaba desde hacía unos días.

Se había preparado para enfrentarse a Elric, hasta lo había visualizado delante del altar, amargado por la nefasta decisión que había tomado. Sabía, desde su encuentro en la fiesta, que todavía la deseaba, por eso, quería demostrarle todo lo que se perdía, inclusive la posibilidad de encontrar el diamante azul. Solo necesitaba una oportunidad para demostrar su existencia.

Bajó las escaleras y pasó su mano por la barandilla de mármol; el recibidor se había revestido de nuevo desde el suelo hasta el techo, y una gran lámpara con lágrimas de cristal colgaba del centro.

Frederick Freeman, el barón de Avely, esperaba vestido con un frac sin costura en la cintura y de dobles solapas. Ojeó varias veces su reloj de bolsillo y, cuando alzó la cabeza, esbozó una siniestra sonrisa. June se detuvo alterada. Pronto tendría que yacer otra vez con ese hombre, el mes de plazo se había agotado, y temía que hubiera escogido esa misma noche tan solo para perturbarla.

—¡Daos prisa o seremos los últimos en llegar!

—De eso se trata, *mon ami* —dijo Daniel cogiéndola del brazo—. ¿Qué te parece mi obra maestra? ¿A que está preciosa?

—Totalmente a mi altura. —Se congratuló Freeman.

La recién estrenada baronesa cambió de manos igual que en una pista de baile, Frederick la retuvo a su lado como si fuera otra de las hermosas litografías que tanto le gustaba estudiar. No le pasó desapercibido ningún detalle de su atuendo, hasta le pidió explicaciones por el color de sus zapatos. June abrió la boca para contestar, un poco indignada por el escrutinio, cuando se oyeron varias voces desde el exterior.

—¡No abras! —Daniel curioseó a través de la cristalera.

—Bien, tendremos que salir por algún sitio —dijo June.

—Salgamos por la puerta de servicio.

—Me niego a escabullirme como una rata. —El barón irguió los hombros, dispuesto a combatir cualquier obstáculo que estuviera tras la entrada principal.

—Puede que no sea nada, pero últimamente noto como si me vigilaran. —Daniel pareció empequeñecer ante esa confesión.

—¿Después de tanto tiempo? —se mofó Frederick, muy seguro de sí mismo. El actual auge que había experimentado en su vida se le había subido a la cabeza.

—No creo que sea un disparate —habló June—. Yo también me he fijado en una silueta bajo mi ventana.

Aporrearon otra vez la puerta.

—¡Avely, abra en nombre de la ley!

Los tres permanecieron en silencio, con miedo a moverse por si el roce de las telas los delataba. A June la recorrió un escalofrío, la voz era igual de molesta que la de Albert. Había esperado durante semanas que Kellogg se dignara a aparecer por casa para echarle en cara todo cuanto había conseguido sin su bendición. También deseaba que tomara represalias contra su marido, pero no que fuera el mismo día en el que tenía que combatir otro frente abierto: la boda de Elric.

De nuevo los golpes, esta vez procedían de un instrumento metálico contra la madera. Se sintió atrapada entre los dos hombres, la habían acorralado y la obligaban a caminar hacia la cocina, donde había una salida más discreta. No tuvieron tiempo de reaccionar ante lo que se les avecinaba: los hermanos Smith habían inmovilizado al mayordomo francés y amenazaban con matarle si se movía un ápice.

A nadie le importaba la vida de ese criado, y mucho menos a June, pero sabían que si él moría o quedaba herido los siguientes no tardarían en caer. Ray, el gemelo con la cicatriz en la mejilla, el mismo que retenía al francés, se pasó la lengua por los labios. Neel, el otro hermano, le enseñó sus dientes amarillos y pasó junto a ella, olió el perfume de su pelo y arañó con la uña del meñique su mandíbula.

Tanto Daniel como Frederick se escondieron tras lady Belford, que, temiendo lo peor, se encomendó a Dios. Pero Neel tenía otra tarea pendiente: se acercó a la entrada principal y abrió. En el amplio y redecorado recibidor pusieron los pies varias personas que requerían el pago de alguna de las facturas. Reconoció al perfumista, al carpintero, y a unos cuantos más, ansiosos por cobrar sus deudas. Detrás de ellos, Albert, el último en acceder. Se quitó el sombrero nada más pisar el recibidor, June brincó de alivio al reconocer a su acompañante, el juez de paz. No creía que su intención fuera dañarla delante de tan ilustre personaje. Dos aguaciles lo sostenían por las axilas, olía a brandy, y su ropa estaba sucia de barro, como si se hubiera caído de un caballo en pleno galope. Y entonces recordó su afición por la bebida. Lo más seguro era que Kellogg lo hubiese arrastrado hacia allí con alguno de sus chantajes.

—¿Frederick Freeman, barón de Avely? —Cuando el juez de paz pronunció el nombre del

susodicho, los hermanos Smith lo alcanzaron y lo separaron de su esposa y del señor Banister, que no paraba de hipar—. Aquí presente Albert Kellogg, su denunciante, informa que ha contraído deudas por una gran suma de dinero y que no puede hacerles frente. —Nunca antes el barón había permanecido tanto tiempo en silencio; miró primero furioso hacia su esposa, y luego, muerto de miedo, hacia Kellogg—. Para su conocimiento, será apresado y trasladado a Marshalsea, la cárcel de deudores, hasta que las pueda liquidar. —El abogado y asesino del conde cuchicheó cerca de la oreja del juez de paz, que se balanceaba sin saber dónde sujetarse—. Es al señor Kellogg a quien debe rendirle cuentas, ya que las ha comprado en su totalidad.

Los tenderos, arremolinados alrededor de la escalera, el recibidor y el salón, donde ya valoraban los objetos que podían llevarse como pago, se congratularon unos a otros y se dirigieron hacia Albert.

—Paciencia, amigos, todo llegará a su debido tiempo. —El abogado sonrió sin dejar de observar a June—. Yo mismo les firmaré los pagarés que sean necesarios.

Los aguaciles, que intentaban que el juez de paz no se torciera en su caminar, se apresuraron a llevarse a Frederick. Daniel escondió su rostro en los hombros de June, y ella disfrutó cada minuto de esa humillación. Miró al suelo para que su principal enemigo no descubriera cuán grato le había sido ver marchar a su marido preso. Por fin había conseguido deshacerse de él. Solo quedaba el pobre señor Banister. Por una parte, lamentaba su desgracia, pero, por otra, conocía su astucia y estaba segura de que pronto encontraría otro benefactor.

Los hermanos Smith salieron junto a Albert de su casa. La calma volvió a invadir la estancia. Necesitaba una copa. Se dirigió al salón y se sirvió un *brandy*. Daniel y el mayordomo la siguieron de cerca.

—¿Y ahora qué? —preguntó Banister.

June comprobó que su peinado estuviera ordenado, ningún mechón fuera de su sitio.

—Debo acudir a una boda. Tú puedes quedarte y hacer las maletas. Si cuentas todo los gastos pendientes, el valor de esta casa no los justifica. Kellogg no tardará en volver y hacerse con ella.

Daniel, que había imitado a June cuando se dirigió al salón, dejó caer su vaso al suelo. Lady Belford salió pletórica al exterior. Se subió a la calesa, que desde hacía un buen rato la aguardaba, y dio las órdenes para partir. Se giró un instante para regocijarse con la pérdida de sus bienes matrimoniales, sin embargo, lo que vio la dejó perpleja.

Los hermanos Smith galopaban tras ella.

Ordenó al cochero que fuera más rápido, pero no los pudo perder de vista. Esta vez sí que iban a por ella.

\*\*\*

Elric sudaba, era la primera vez en su vida que se sentía intimidado. La grandeza de la catedral de Westminster lo sobrepasaba. Alzó la vista hacia el techo, tan alto que parecía no tener fin. Luego

dirigió su mirada hacia las sillas situadas a cinco escalones de distancia; la gran cantidad de gente que las ocupaba lo puso nervioso. Observó la primera fila, ahí estaba su hija; sus cabellos rojos resaltaban en aquella sala atestada de sombreros con plumas, sus ojos claros le transmitían la misma sensación de impotencia ante tanta formalidad. A su lado, la duquesa viuda le estrechaba la mano. El duque sonrió, seguro que esa señal de afecto era más bien para que no se le ocurriera escapar en una ocasión tan señalada.

Se secó el sudor de la frente, hacía más de diez minutos que esperaba la entrada de Leonor. La música había sonado en dos ocasiones, pero solo se trató de falsas alarmas, más invitados por parte de la novia que llegaban tarde. Rodeó la sala y no divisó a la familia Belford, ni tampoco al barón de Avely. No sabía si alegrarse. Por una parte, la decepción porque ella no estuviera presente lo asaltó; aunque más valía no ver su rostro si tenía que unirse a otra mujer para el resto de sus días. Desde el primer momento había sido sincero con June: sería su compañero de vida, lo tendría a su lado siempre que lo necesitara. Ya pensaba en ella día y noche, no conseguía quitársela de la cabeza, pero su compromiso con la viuda también era firme. Ambos habían llegado a un acuerdo, y la duquesa había cumplido con su palabra, lo había acogido a él y a su supuesta ahijada sin preguntas y lo había tratado con respeto y dignidad, algo de lo que su vida había carecido. No podía desperdiciar la oportunidad que se le presentaba, y mucho menos tirar por la borda el futuro de Isabella. Parte del pánico que sentía desde su nacimiento se había apaciguado al saber que como duque podría protegerla, ofrecerle la seguridad y la comodidad que como Elric Glover nunca sería capaz.

La duquesa viuda de Arundell estaba impaciente, y eso le preocupó, ya que ella nunca mostraba sus sentimientos en público. Divisó la entrada, sin señales de Leonor. Lo que sí pudo distinguir fue una figura blanca que se arrastraba por el suelo. Aguzó la vista y se sorprendió al comprender que se trataba de una persona, más concretamente de una mujer. Bajó los cinco escalones y caminó por la alfombra roja. Un rumor de voces lo siguió. El extraño cuerpo alzó la cabeza, y con horror descubrió que se trataba de June. ¡Maldición! Corrió hacia su encuentro seguido por la multitud. La encontró tendida en el suelo, hecha un ovillo y cubriéndose el estómago. Tenía media cara ensangrentada, y el vestido desgarrado por la espalda. Se arrodilló y la meció entre sus brazos.

—¡Dios mío, June! ¿Qué ha ocurrido?

Tenía los labios tan hinchados que no pudo vocalizar correctamente.

—Ellos...los...her... —Lady Belford no pudo terminar la frase.

—¿Quién ha sido?

—Sm...Smith...

—¿Los hermanos Smith?

Elric acercó su rostro al de ella y se manchó de sangre las mejillas.

—Van a morder el polvo. Lo juro, June, los atraparé —musitó con amargura.

—¡Por todos los santos! ¡Es la baronesa! —chilló una voz aguda.

Elric alzó la cabeza y vio un tumulto de gente a su alrededor; la ansiedad y la angustia lo

sobrecogieron.

June balbuceó nuevas palabras.

—¡Lo mataré! —exclamó el duque en voz alta.

—¿Qué ha dicho? —Se volvió a escuchar la misma voz.

Elric se dirigió a la duquesa, que se había abierto paso entre codazos.

—Albert Kellogg.

—¿El abogado de los Belford?

Los hermanos Smith habían marcado el rostro de June con dos heridas en forma de cruz que atravesaban su mejilla derecha y su labio inferior, también la habían apaleado dejándole varios moratones en la espalda. Palpó sus piernas y sus brazos, comprobó que tenían movilidad, ninguna vértebra había sufrido daños irremediabiles. Por su experiencia sabía que los hermanos Smith eran expertos en dejar paráliticas a sus víctimas. Dedujo, entonces, que aquello solo era una advertencia, pronto emprenderían acciones mucho más graves. Descubrió que la seguridad que creyó conseguir al convertirse en duque no protegía a todos a quienes amaba, y que debía reaccionar con rapidez si quería salvarla a ella, la culpable de su obsesión, de su agonía, la única que podía alterar su vida y trastocar los principios por los que se había regido su día a día. Debía protegerla de otro ataque, esa era su prioridad. Mantuvo los ojos enrojecidos por la rabia, fijos en Isabella, hasta que esta alzó su puño cerrado y asintió. Le daba permiso para huir.

\*\*\*

Elric creía conocer demasiado bien a June y estaba convencido que todo eso no hubiera sucedido si esa loca no hubiera provocado a Albert Kellogg.

No rezaba desde que era un muchacho andrajoso, pero se sorprendió a sí mismo rogando a Dios que alejara a los hermanos Smith lo más lejos posible de June. Se arrodilló ante su cuerpo dormido en la celda del convento de las Almas Descarriadas que dirigía sor Margaret. La habitación era pequeña, fría y vacía, solo un crucifijo sobre su cabeza.

June despertó, alterada ante el contacto de Elric, pateó y mordió, pero este no la soltó hasta que ella fue calmándose poco a poco.

—Tranquila, no voy a hacerte daño.

Las nubes taparon la única ventana que poseía la alcoba, y la oscuridad marcó su territorio. El duque rozó las dos heridas hinchadas, muy cerca de la comisura de los labios, que afeaban su rostro. June se incorporó y observó la estancia en la que se encontraba. Cerca de ellos sor Margaret lavaba en una palangana unas vendas. Elric vio cómo intentaba esconderlas con disimulo. Tal vez lo hacía para no recordarle lo sucedido, pero June se había percatado de la gravedad del asunto.

—No llores, no vale la pena.

—Lo sé —contestó lady Belford, y las lágrimas asomaron por sus ojos.

Elric besó sus párpados.

—Estoy acostumbrándome a su sabor. —Deliciosas gotas saladas se fundieron en su paladar, como si de esta manera pudiera aliviar su agonía.

—Más vale que no me detengas —dijo entre dientes lady Belford—, voy a matarlos.

—Y yo te ayudaré —contestó Elric sin soltar su cara. Impidió que apartara la mirada, no le permitiría alejarse de él, no podría soportar volver a perderla.

—¡Basta! —chilló June—. No quiero ser el acto caritativo de nadie.

—¿Crees que un hombre mataría por ti solo por caridad?

—¿De verdad estás dispuesto? ¿Qué sucede con tu esposa? Porque te has casado, ¿no es así?

—June —pronunció su nombre en un meloso susurro—, daría mi vida por ti.

Nuevo sollozos amenazaron la estabilidad de su compañera de vida, la única.

—¿Por qué? Solo soy una loca más con la que has tenido la desgracia de toparte.

—No lo eres. Nunca lo has sido. Llevo años admirándote en la sombra... —June intentó desprenderse de sus caricias—. ¿Acaso no sabes quién soy?

—Fue lo primero que me preguntaste cuando te atrapé entrando por el ático, y no lo entendí hasta que en el Red Dragon te llamaron Snake. Apareces siempre que te necesito, como un guardián desde que era niña. —Pese al sufrimiento y las circunstancias, sus ojos brillaban.

—Me juré a mí mismo cuidarte y mimarte si alguna vez volvíamos a encontrarnos.

—No quiero ser una carga para nadie. No me debes nada. Tal vez al contrario, ya que has salvado mi vida tantas veces... cuando tenía seis años, cuando Albert mató a mi padre, y hoy otra vez.

—¿Así que ya no me culpas?

—Por aquello, no, pero sí por no creer en mí.

—¿Cómo hacerlo si nunca sé cuál será tu siguiente movimiento? Eres demasiado impulsiva y actúas sin un plan previo.

—¿Matarlos a todos te parece poco?

—Basta de juegos, June. Si de verdad quieres vengarte, solo hay una forma: tomártelo en serio —gruñó por fin Elric—. Lo más importante de un buen ataque es la estrategia.

—Conozco la teoría, pero necesito actuar ya. ¡Me duele!

—Lo sé —contestó Elric y posó su mano sobre las heridas.

—Aquí no. —Apuntó a su corazón—. Aquí.

—Te desgarras por dentro. —Conocía muy bien ese sentimiento, una aflicción que nunca lo abandonaba por más que hubiera intentado solaparla con alcohol y mujeres, demasiadas. Le gustaba mostrar siempre su cara más amable, no quería que sus seres queridos supieran de la existencia de ese pesar que lo atormentaba desde que era niño y que intentaba engañar a base de perversos placeres.

June asintió.

—¿Cómo lo detienes?

—Nunca lo hace. —Elric no deseaba que June albergara falsas esperanzas. El dolor siempre permanecía, tan solo debía aprender a vivir con él. Tratarlo como un amigo desamparado que necesitaba consuelo.

Sor Margaret tosió. Los dos jóvenes despertaron de su burbuja. No estaban solos.

—¿Qué hago aquí? ¿Con ella? —Lady Belford señaló hacia la monja.

—No te enfades. —Tenía que explicarle tantas cosas... Quería ser sincero con June, transparente para que pudiera verse reflejada.

—¿Has prometido ayudarme!

—Antes necesitas prepararte. —No sabía cómo iba a reaccionar ante su idea, pero al menos tenía una y no se dedicaba a cambiar una y otra vez de rumbo.

—¿Cómo voy hacerlo encerrada en un convento?

—Necesitas desaparecer un tiempo. Entrenarte para que los hermanos Smith no vuelvan a cogerte desprevenida. Te enseñaré a defenderte.

Esta vez, la tos de la madre superiora fue mucho más molesta.

—Por favor, mamá, déjanos a solas, hemos de tratar asuntos importantes.

—Como comprenderás, hijo mío, no puedo permitir más escándalos en mi convento. Es hora de que te marches.

—¿«Mamá»? ¿Qué está pasando?

Elric carraspeó nervioso, había llegado el momento de exponerse a June, contarle su secreto más antiguo, aquel por el cual se había sentido abandonado, el mismo que lo había convertido en el hombre que era. Enredó sus dedos en los cabellos de lady Belford y miró hacia la monja.

—June, te presento a Isabella Glover, mi madre.

\*\*\*

Era entrada la noche cuando Elric salió del convento. Temía encararse con la duquesa viuda de Arundell, y no por su ira, sino por haberla decepcionado. Él había incumplido su promesa, y las consecuencias, tanto para Leonor como para Isabella podrían ser graves, más en una sociedad donde los sucesos de ese tipo no se perdonaban.

Rumió la manera de exponer los acontecimientos que lo habían llevado a desaparecer de la catedral y abandonar de esa manera a una joven novia. Una fuerza mayor lo había impulsado a ello. Porque, ¿qué otra posibilidad tenía? Tal vez esperar a que llegara un médico, a que se llevaran a June a un hospital o a que la atendieran en su casa, donde su marido, el barón de Avely, la custodiaría, y la presencia de Elric estaría vetada.

No, ahora que la había recuperado, después de tantas semanas, días, horas sin ella, nadie se la arrebataría. Zanjaría de una vez por todas la cuestión con los hermanos Smith. El momento de volver a recobrar el liderazgo del Red Dragon había llegado, y estaba dispuesto a adiestrar a June en el arte de la lucha; había demostrado grandes dotes en ese ámbito, y estaba convencido de que

con un poco de práctica llegaría a ser una buena combatiente; no le quedaba otra, en vista de su afición por involucrarse en las refriegas más insospechadas. Bullía de ira contra los gemelos y no consentiría que se salieran con la suya.

La chimenea de la sala de estar de la mansión Arundell estaba apagada, aun así, la duquesa observaba frente a ella la leña sin encender. Elric se percató de que todavía no se había quitado el tocado, un sombrero con una inmensa copa repleta de plumas de avestruz tintadas de azul oscuro, casi negro. Su rostro quedaba ensombrecido por el ala, adornada con encaje blanco, y no pudo distinguir si lloraba o más bien se retorció de dolor. Una sola vela iluminaba la estancia, y la sombra de la duquesa, desfigurada contra la pared, le confería un aire pérfido. La ausencia de Leonor era evidente, y Elric supuso que estaría escondida en una de las habitaciones de invitados y que Isabella le haría compañía. Ninguna de las dos había vuelto a sus antiguos cuartos pintados de verde, a la espera tal vez de que la nueva duquesa, una vez estuviera desposada, decidiera redecorarlas.

Recordó lo unidas que estaban Leonor e Isabella, y mucho más desde que se había anunciado el compromiso. Reían por cualquier tontería y se miraban de reojo como si guardaran un secreto. Se alegraba de que al fin su hija tuviera a una persona de una moral íntegra con la que relacionarse, y no con las ramerías del burdel a las órdenes de su madre.

—No era mi intención desacreditarla, pero ella estaba allí, herida, no podía hacer otra cosa sino llevármela... —Elric creyó que el silencio de la duquesa era una señal inequívoca de que estaba disgustada—. Repararé el daño que he ocasionado, no se preocupe, milady.

Philipa de Arundell se giró hacia el duque y acarició el chal de cachemira jaspeado, de tonalidades entre el añil y el cobalto, que portaba como una estola.

—Eso es imposible.

Elric no se atrevió a aproximarse. Una parte de su corazón pertenecía a June, pero otra parte estaba entre esas paredes, arraigado al deber que implicaba convertirse en duque, y no era su intención eludirlo.

—No voy a poder influir en los periodistas, y sé que muy pronto aparecerá en toda la prensa lo ocurrido, pero podemos inventar cualquier excusa, casarnos esta misma noche si es necesario...

—Entonces infringiría la ley. —La duquesa sostenía en su mano una carta. La tendió hacia Elric, pero pareció cambiar de opinión y la partió en dos—. Leonor se ha escapado con Curtis Cameron.

—Imposible, ella no haría una cosa así, y menos el mariscal, es amigo de la familia...

—Mi marido falleció hace muchos años, me es imposible recordar a todos los de su confianza. Puede que estén enamorados, como expone mi hija en su carta, o solo se trate de un vil chantaje. El tiempo lo dirá.

Elric se sentó en uno de los sillones forrados de terciopelo.

—No lo entiendo, ¿qué ha ocurrido en la iglesia?



—Nada. —Philipa se mantuvo en pie frente al duque. —La novia no se presentó, y el novio desapareció con una desconocida.

—Era June, y la habían herido, estaba grave, ¿qué más podría haber hecho?

La duquesa se agarró el cuello del vestido, teñido del mismo color que las plumas de su sombrero, como si le costara respirar. Elric se maldijo a sí mismo, si hubiera prestado más atención a Leonor, si le hubiera mostrado su cariño, aunque fuera falso, estaría disfrutando de su luna de miel. Estaba acostumbrado a mentir, y no entendía cómo no había podido simular ante ella.

—¿Dónde han ido? Podemos interceptarlos, conseguiré que Leonor entre en razón... —insistió Elric

—Se ha casado, milord, no existe ninguna fórmula mágica que consiga deshacer este enredo. Mi propia hija me ha convertido en el hazmerreír de Londres.

La viuda de Arundell arrastró la punta del chal que se escurría de su hombro, hasta llegar a Elric, tocó su cabeza, que mantenía gacha, y un escalofrío recorrió la espalda del duque; era la primera vez que aquella mujer lo rozaba, aunque fuera a través de los guantes. No la desplazó por su pelo como temió en un principio. Solo se mantuvo allí.

—No me equivoqué con usted —pronunció lady Philipa—, será un buen duque. —Elric cogió su mano y la encerró entre las suyas, la duquesa intentó sonreír sin conseguirlo—. No me opondré a la mujer que escoja.

Glover besó el guante de raso sin poder evitar pensar en la pasividad de la viuda, ni tampoco en su serenidad. Y eso lo reconfortó. Había sospechado que la fachada de dureza y cinismo que mostraba se derrumbaría al descubrir la traición de Leonor, pero no había sido así, y, por lo tanto, la culpabilidad que sentía Elric al priorizar la salud de June sobre su boda se había diluido. Se preguntó si un caballero hubiera renunciado a su nuevo rango, si se esperaba que hiciera las maletas y abandonara la mansión Arundell y a sus habitantes. Él no era ningún caballero, aunque lo pretendiera.

—No tema por ello —contestó Elric—. La que he elegido tampoco es libre.

La viuda retiró su mano, parecía fatigada, y el duque intuyó que tanto sentimentalismo la había turbado y que necesitaría algunos días de descanso.

—Querido —dijo lady Philipa—, puede informar al servicio de que cenaré en mis aposentos, no deseo ser molestada. —Elric se puso en pie, apesadumbrado por la apatía que rodeaba a la dama—. Mañana a primera hora hablaré con los periodistas e intentaré minimizar las consecuencias. No creo que las transacciones comerciales que tengo con algunos pares del reino se hayan comprometido, pero todo es cuestión de sutileza, y para ello le necesito a mi lado.

Había errado. La duquesa solo había necesitado unos segundos para recomponerse. El revuelo de la falda al alejarse apagó la vela, y Elric se sintió consolado en la penumbra, oculto tras un velo de moderada calma: el acuerdo se mantenía, Isabella seguía bajo la protección de la viuda. Tan solo debía comportarse como se esperaba, digno y fiel a su promesa, valiente y firme en sus decisiones, aunque no podía parar de pensar en June, en sus ojos, en sus labios. Una obsesión que

lo atormentaba y lo alejaba de sus obligaciones. No podía volver a verla, inmiscuirse en su vida, si no quería que aquello por lo que había luchado se desvaneciera. La decisión de Leonor de huir con el mariscal había estado a punto de provocar una fisura en aquella premeditada estafa; un paso en falso más, y volvería a robar. Pero la imagen de June lo reclamaba, anhelaba regresar, besar sus heridas y saborear sus lágrimas. No podía huir de ella.

## Capítulo 29

Elric cogió desprevenida a June por la espalda, le colocó una navaja en la garganta y la inmovilizó con fuerza por las muñecas.

—Este es el resultado si dudas —amenazó el duque al mismo tiempo que la soltaba.

June se secó el sudor de la frente.

—Yo no dudo —dijo, furiosa, en posición de ataque.

—Tu cuerpo lo hace por ti, eres lenta, y un segundo te puede salvar la vida.

—Si luchara con un desconocido sería distinto.

—Los hermanos Smith no son desconocidos.

June chasqueó la lengua.

—Estoy harta de estar encerrada. ¿Cuándo podré pelear de verdad?

—Hasta que no aprendas cuáles son los puntos débiles...

—Los ojos, la garganta, la tibia, la rótula y la entepierna. —Ya no se ponía roja cuando pronunciaba las últimas palabras.

—Demuéstramelo. Atácame.

—¿Dónde?

Elric se exasperó.

—La sorpresa es la clave.

June se abalanzó sobre él. Este se retiró a un lado y ella cayó de rodillas al suelo. Se levantó al instante y escondió la mano derecha tras su espalda.

—Te lo advertí. —Glover echó la cabeza hacia atrás, victorioso.

—Entonces, ¿soy lenta? —preguntó June con un mohín.

—Reconocerlo es el primer paso.

Ella torció la comisura de sus labios y levantó el brazo que había ocultado. Sujetaba una pistola que no dudó en apuntar hacia el hombre que, plantado ante ella, se palpaba los costados.

—¿Esa es mi arma?

June sonrió, exultante

—Junto con tu ego. —Extendió la pistola hacia él—. ¿Hemos terminado por hoy?

Elric la miró pensativo.

—Mañana pasaremos al siguiente nivel.

—¿No te he demostrado ya que estoy preparada?

—Mañana —sentenció el duque. Abrió la puerta de la celda y la cerró tras de sí, dejándola sola.

La luz se coló a través de las rejas de hierro que se incrustaban en la piedra e impedían que nadie pudiera alcanzar la diminuta ventana que había tras ella. El trozo de cielo que veía a través de aquel hueco era lo único que evitaba que June se volviera loca. Solo habían pasado dos semanas desde que la habían herido y Elric la había encerrado en el convento. Rezaba a Dios para encontrar la mejor estrategia para matar a Albert y a los hermanos Smith, aunque luego le remordía la conciencia por estar bajo techo sagrado y pensar en un acto tan vil como el homicidio. Instantes después se convencía de que era su deber vengar a su padre y saldar las cuentas tras su humillación.

Se palpó el rostro y repasó las heridas que sus enemigos le habían dejado como recuerdo. No solo la habían marcado como a un animal, sino que la habían desposeído de sentimientos. Intentó no pensar en lo sucedido durante aquellas semanas encerrada en la celda. Elric convenció muy rápido a la hermana Margaret sobre las lecciones de defensa. Y hasta a ella misma le extrañó que la monja no pusiera reparos en que un hombre y una mujer permanecieran tanto rato a solas en una alcoba. Cuando su hijo se lo propuso, tardó unos segundos, pero al ver su cara deforme, se decidió. June no tenía ningún espejo, pero tampoco lo necesitaba. Sor Margaret se lo recordaba con su desprecio cada vez que le traía la comida: habichuelas y pan bañado en agua. Las horas muertas del primer día las pasó de un lado a otro de la habitación mientras repetía una letanía inofensiva: «No me importa, no me importa...»

Al cabo de muy poco se convirtió en un mensaje muy poderoso. Lo comprobó al presentarse Elric para su primera lección. Con solo rozarla bloqueó sus sentimientos: «No me importa, no me importa», volvió a repetir.

Ni cuando él, una vez terminada la clase, se inclinó para besarla, a ella le importó. Se retiró a tiempo para que ese beso quedara en el aire. Y a partir de entonces, todas las insinuaciones o requerimientos por parte de él para volver a las caricias y al flirteo de antaño, se sustituyeron por golpes de rodilla, gritos de ataque y reprimendas por su lentitud. El decimoquinto día de lecciones, Elric la había abandonado sin ninguna zalamería o intento de adulación.

Se sentó en la fina cama de metal y tocó las sabanas ásperas. Una angustia la envolvió y notó cómo su laringe se estrechaba. El corazón palpó tan rápido que creyó que había llegado su momento. Un familiar silbido en sus oídos la puso sobre aviso. Se iba a desmayar y nadie acudiría en su ayuda, así que hizo lo único que se le ocurrió para sobrevivir: gritar.

Oyó la puerta crujir, y la corriente levantó el eterno mechón que le caía sobre la frente. June se frotó la garganta con desesperación. No entendía cómo el oxígeno salía por su boca en forma de aullido estremecedor cuando antes no podía respirar.

La monja la abofeteó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó June, asustada.

—Acaba de tener un ataque de histeria, lady Belford.

Hacía tiempo que nadie la llamaba así, tal vez la hermana no supiera nada de su desposorio con el barón.

—No lo soportó más. —Le pareció extraño oír su agónico murmullo. Se sentía exhausta.

—Lo sé, me ha pasado muchas veces. —Sor Margaret se mordió los labios.

—No la creo, usted es demasiado sensata.

—En mi otra vida... —musitó la monja.

—¿Qué ocurrió? —Se interesó June olvidando su propia agonía.

—Nada que a usted le incumba, lady June.

—¿Cómo consiguió cambiarla? Su vida...

—¿Por qué tanto interés? ¿No le basta saber mi secreto? —se enojó la madre superiora.

—No resisto más esta situación. Usted es la única que me puede entender...ayúdeme —suplicó June desesperada.

Sor Margaret tragó saliva.

—Tal vez tenga razón y mi historia pueda fortalecerla. Esa siempre ha sido mi misión —. June se incorporó para escucharla, el llanto interior que la había aterrorizado se apagó con cada nueva palabra de la monja—. El hombre al que amaba me abandonó y tuve miedo, pero eso no fue nada comparado con el terror y la impotencia de oír llorar a mi bebé de hambre y no poder alimentarlo. Así que hice todo lo que fue necesario para que no muriera. Y sí, vendí mi cuerpo, pero siempre me preocupé de que se criara con los valores de un caballero y la sabiduría de un maestro. Lo vi crecer entre delincuentes, y, pese a mis esfuerzos, al final se convirtió en uno de ellos. Llegó un momento en que el asco por mí misma era superior al amor por mi hijo y perdí la fe. Una noche decidí, como tantas en esta ciudad, que mi vida no tenía valor. Lo mejor para dejar de sufrir era tirarme al río y descansar. Aguanté la respiración tanto como pude y tuve una visión. Una luz, pese a ser de noche, me cegó, y descubrí que mi objetivo no era morir en medio de las frías aguas del Támesis, en el más absoluto anonimato. Salí a flote. Dios me había asignado una labor: salvar a las mujeres como yo, ofrecerles otra oportunidad. ¿Cuál es la suya, milady?

—Honrar a mi padre, unir otra vez a mi familia. —No dudó en lo más mínimo.

—Un buen objetivo.

—¿Cómo lo hizo? ¿Cómo pudo convertirse en lo que es ahora?

—Dios no existe solo en la pureza, también está en cada uno de los errores que cometemos para sostenernos y ayudarnos a superarlos. —La monja se santiguó—. Cuando quise volver al burdel para recoger mis cosas, ya que tenía claro que no podía seguir allí, descubrí que me habían confundido con otra chica ahogada en el río. Intenté deshacer el malentendido, pero Elric no me dejó, y fue en ese momento cuando le imploré que me ayudara a morir. Isabella Glover desapareció, y en su lugar renació su hermana, Margaret Glover, criada en un convento y con la clara convicción de emplear su vida a las órdenes de Dios.

June respiró profundo.

—Gracias por confiar en mí.

—Elric lo hace, no yo. —June notó que la monja no podía dejar de observar sus cicatrices, como si no entendiera cómo su hijo seguía con una muchacha como ella, marcada—. Necesita hacer algo útil, lady Belford, y tengo una idea. Me ayudará con las chicas —ordenó la hermana.

—Pero ¿verán mi rostro?

—No está encerrada por ello, cielo.

\*\*\*

Siguió a sor Margaret por unas escaleras de mármol, y las dos aparecieron en la cocina. En lugar de ser el espacio donde las cacerolas bullían con las incomibles habichuelas que había ingerido durante esos días de encierro, varias cestas de mimbre llenas de ropa vieja estaban esparcidas encima de las repisas, en la mesa y colgadas del respaldo de las sillas. Una decena de muchachas de basta condición revolvían su interior y manipulaban las prendas a su antojo, como si fuera el probador de una modista. June abrió la boca al comprobar que las chicas a las que se refería la monja eran mujeres de vida fácil.

Nunca había reparado en ellas ni en su destino, y las imágenes de lo acontecido durante el incendio en el burdel se solaparon unas a otras. Recordó el disparo y la herida de Kate y, aunque sabía que no la había matado, se persignó. No en vano estaba en la casa de Dios, aunque solo fuera la cocina.

Su atuendo de novicia, el crucifijo que pendía de su cuello y la cicatriz en el rostro le otorgaron la seguridad para mezclarse con aquellas mozas y ayudarlas a encontrar las prendas que necesitaban. No más de dos piezas, le había dicho la hermana Margaret, pero eso no detuvo a June, que escondió un babero entre la falda y la blusa que se llevó una joven embarazada. Dobló un delantal y lo envolvió en un chal de lana y unos guantes que se quedó una anciana. No contaba con que, al marchar aquellas, entrarían diez más, y así sucesivamente hasta vaciar las cestas. Se arrepintió de sus pequeñas trampas.

Escuchó el llanto desconsolador de un recién nacido, su madre lo había atado con una manta a su espalda. Se trataba de una muchacha alta y corpulenta que June reconoció. Alarmada, se giró sobre sus talones y se refugió entre dos doncellas que peleaban por un viejo sombrero. Intentó poner paz entre ellas al mismo tiempo que gotas de sudor bajaban por su frente al ver cómo la madre del bebé se dirigía hacia ella. Se apartó del bullicio e hizo ver que se interesaba por unos pantalones de hombre, pero la corpulenta progenitora llegó hasta la esquina donde se escondía y colocó su mano sobre la de ella. Sostuvieron las miradas, y solo entonces June se dio cuenta de lo cobarde que había sido.

—Hola, Doris —saludó.

—¿Se acuerda de mí? —se sorprendió la antigua cocinera del burdel de *madame* Kate.

La baronesa asintió.

—Lo extraño es que tú me reconozcas, he cambiado un poco... —Señaló su herida.

—Siento lo ocurrido. —Doris se disculpó con una seria aflicción en su voz—. Tal vez no sea el momento más adecuado para preguntárselo, pero ¿sabe dónde está el señor Glover? Él me prometió un puesto de cocinera. —June no sabía qué responder sin traicionar el secreto de Elric ni de sor Margaret—. No soporto más estar al servicio de *madame* Katerina —continuó Doris, llorosa—, y el señor Glover me ofreció un lugar seguro donde poder criar a mi hijo.

—No debes hablar con tanta ligereza sobre él. Estoy convencida de que el duque de Arundell no se ha olvidado de ti.

—Hace tiempo que no viene a visitarnos, y no aguanto más estar a sus órdenes. —La desesperación podía notarse en su rostro, en sus ademanes, y en cómo miraba a su alrededor con miedo a ser descubierta—. Creí que al trabajar para ella estaría acomodada, pero es más avariciosa que el demonio, solo me da migajas para que no muramos de hambre, y nunca tiene bastante. El señor Glover, esto... su Excelencia, está lleno de culpa por la herida de *madame*, que le ha dejado una cojera de por vida, y le ha proporcionado una buena casa con criados, pero ella siempre quiere más.

June sospechó que el tiempo que Elric le dedicaba en la celda del convento era el mismo que destinaba a la madre de Isabella, y eso la irritó. Estaba decidida a huir de aquel encierro al que la tenía sometida. Había aprendido a defenderse y estaba preparada para las consecuencias de sus acciones. Una vez más, el lamento de un niño, otra vez el hijo de Doris, la apaciguó.

—No te preocupes, hablaré con él. —Más bien iba a reclamar su inmediata libertad y su merecida venganza.

—¿Ocurre algo? —La hermana Margaret se aproximó a ellas.

—La ayudo a encontrar ropa para su bebé. —June reaccionó rauda.

—Está bien, pero solo dos piezas, ni una más ni una menos —amenazó la monja con el dedo.

Sor Margaret no tardó en divisar a una muchacha que colocaba bajo su falda una cesta llena de prendas. En dos zancadas llegó hasta la susodicha y la echó a la calle sin nada más que lo que llevaba puesto. Doris aprovechó el alboroto para arrimarse a June.

—Todo Londres la está buscando, no es una buena idea esconderse en este lugar, tarde o temprano darán con usted.

—¿Quién... quién me busca? —titubeó June.

—La familia de su marido la culpa de que el barón esté en la cárcel de deudores, creen que ha huido con el dinero.

—Eso es mentira —se sulfuró June—, ¡si he sido yo quien lo ha mantenido con mi dote!

—Pero eso no es lo peor: los hermanos Smith la quieren muerta, hasta ofrecen una recompensa.

June quedó perpleja, el peligro era real; Albert intentaba acabar con ella a través de los gemelos. Se había convertido en una amenaza y un obstáculo para llegar hasta su madre y conseguir el amor, el poder y la gloria que tango deseaba.

—No sabe cuánto me alegra verla. —Doris la devolvió a la realidad, una en la que seguía

prisionera. —He temido tantas veces que alguna de esas chicas que encuentran ahogadas en el río fuera usted...

June intentó sonreír, pero no pudo, y la cocinera desapareció con dos pequeñas batas para su niño. A lo lejos escuchó la promesa de que volvería, pero eso no la consoló. El miedo a un ataque inminente por parte de Albert se hizo patente. Siempre había albergado dudas sobre el verdadero objetivo de su secuestro cuando era niña. Nunca le convencieron las explicaciones de su padre sobre la aleatoriedad de los acontecimientos. Kellogg no había dejado de perseguirla.

Ella era la heredera de los Belford. La ley no le permitía obtener el título, pero sí estaba en su derecho de mantener a flote el legado de la familia, y eso era lo que a Albert más le inquietaba. En su memoria se agolpaban los recuerdos y las miradas de desprecio del abogado. Y en esos momentos ató los cabos sueltos que la acosaban en sueños. Como la excursión a Somerset cuando tenía doce años, en la que, sin pretenderlo, se quedó sola con Albert y unos bandoleros intentaron robarles. No contaban con lo rápido que ella podía subir a los árboles y solo consiguieron unas pocas monedas. Ahora entendía la vacilación de los dos asaltantes y su precipitada huida. O cuando a los quince años un soldado de la guardia real que Kellogg había invitado a la mansión sin contar con el visto bueno de su padre intentó deshonrarla. Por aquel entonces creyó que era un simple cazafortunas tras su dote. Pero ahora veía la mano negra de su eterno enemigo. Nunca olvidaría el grito de barítono que emitió el soldado cuando le agarró de la entrepierna y le clavó las uñas. Podría decirse que esa fue la primera vez que tocó un miembro masculino.

Se recostó, aturdida, contra la pared. ¡Guerra! Esa palabra resonaba en su mente más fuerte que ninguna otra. No iba a consentir que se apoderaran de lo que era suyo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la madre superiora.

—Necesito que me ayude a morir —suplicó June.



## Capítulo 30

Sor Margaret vació la cocina de mujeres de mala vida y llevó a June hasta la capilla. No era de grandes proporciones, pero poseía una planta rectangular y cinco columnas que la dividían en naves, la central estaba más elevada que las laterales. Bajo su techo, una hilera de ventanas dejaba entrar la luz blanquecina. Sobre el altar la figura de un Cristo crucificado era el único símbolo que se mostraba en aquella iglesia, fría y austera. Se sentaron en uno de los bancos de la última fila y sus susurros resonaron como el murmullo de un río.

—Elric no debe saberlo, por favor, si no me encerrará y ya no podré salir. —Estaba convencida de que si el duque se enteraba de su idea, sus desmesurados desvelos por protegerla lo llevarían a cometer una locura como tirar la llave de su celda al Támesis.

—No exagere, he criado a un caballero, no a un monstruo.

—Lo sé. —El tono de June se suavizó—. Su hijo es noble, amable, sincero y tierno...

—Lo quiere. —No era una pregunta, y June no tuvo por qué asentir o negar—. Ha de saber, lady Belford, que usted es una espina clavada en mi corazón. Un día, cuando Elric todavía era un niño, me habló de la pequeña June, y ya no se la pudo quitar de la cabeza. Yo fui quien lo convenció de que nunca podría corresponderle, y por eso se casó con Kate. Cargaré con esa culpa para el resto de mi vida. Al igual que maldigo el día que los Belford se cruzaron en el camino de mi hijo. No quiso desaparecer como yo, sentía la necesidad de continuar al lado del conde y así poder estar más cerca de usted. Protegerla siempre ha sido su obsesión.

—Y lo ha cumplido, sin él no sé qué sería de mí —musitó June.

—¡Vive a su sombra! ¿Es que no lo ve? Usted le impide seguir su destino.

June escuchó con asombro esa confesión y captó el delicado asunto. Ella también había tenido una obsesión: no ser una más en la vida de Elric, y lo que había conseguido era comportarse como una más de las que pululaban a su alrededor.

—Le juro que, una vez haya muerto, lo dejaré.

La madre superiora la examinó sin decir palabra. A June le resultaba imposible leer la mente de la monja como lo hacía con las damas de su círculo. Encontrar marido era la misión de todas ellas, y cada uno de sus actos iba encaminados a tal fin. Era fácil descubrir sus pasiones, bastaba tan solo un vistazo superficial alrededor para hallar al hombre en el que se centraban las esperanzas de las madres y de las hijas. Hasta las más ancianas vivían por y para los nuevos

compromisos, hervidero de cotilleos y risas malintencionadas.

Ella había renunciado a Elric, y no porque no lo deseara como compañero de vida, sino porque entendía que de esta manera lo liberaba de una carga que parecía arrastrar desde hacía muchos años. Ella misma se sentía responsable de ese sufrimiento; Elric se merecía una vida feliz junto a Leonor.

Tenía claro cómo proceder: la historia de sor Margaret y el encuentro con Doris habían sido los detonantes para llevar a término la que sería su última locura: desaparecer. Pero antes escribiría una carta donde condenaría a Albert Kellogg por la muerte de su padre. Omitiría detalles, como la presencia del duque de Arundell y la existencia del diamante azul, y se centraría en el amor apasionado y visceral de Albert hacia Caroline, un sobrado motivo para deshacerse del marido y de la hija, dos asesinatos al precio de uno.

—¿Cree en Dios, lady June? —preguntó sor Margaret.

Cómo explicarle que su madre esperaba los domingos para ir a la iglesia para saludar a los distinguidos nombres de su lista. Contactos, según decía ella, que ayudaban a su padre. Cómo explicarle que su progenitor no se fiaba de los más devotos y le repelían los salmos.

—Claro —contestó.

—¿Reza todos los días?

No recordaba la última vez que lo había hecho. La frente arrugada de la hermana le advirtió que su mentira estaba a punto de ser descubierta.

—Mi plegaria favorita es... debo ser fuerte sin ser rudo, ser amable sin ser débil. Aprender con orgullo sin arrogancia. Aprender a ser gentil sin ser suave... —June evocó lo que su abuela Adela y ella rezaban cada noche antes de ir a dormir cuando era pequeña. Era su ritual secreto que olvidó adrede con su muerte.

El rictus de sor Margaret se suavizó, y acompañó a June sin que su voz dejara de sonar autoritaria.

—... Por eso, Señor, te pido... dame acierto al empezar, dirección al progresar y perfección al acabar.

Sor Margaret apretó la mandíbula.

—¿Promete que se alejará de mi hijo?

—Cuando mi muerte se haga oficial, desapareceré de sus vidas.

—Júrelo por el amor de Dios. —La monja elevó un dedo hacia el techo.

—Cogeré el primer barco que zarpe hacia América y nunca más oírás mi nombre.

—¿Dejará a su familia? ¿Abandonará al hombre que ama? —insistió la madre superiora.

June tenía dudas. Su padre le había enseñado que no todo era blanco o negro, y por eso creía en las curvas, los recodos y en los cruces de caminos que se formaban de vez en cuando, y en la persistencia hasta encontrar el que se adaptaba mejor a sus expectativas.

—¡Dígalo! —La impetuosidad de aquella mujer la agotaba.

—Lo juro. —Dios la perdonaría como había perdonado los pecados de sor Margaret.

—De acuerdo. —La señora Glover se levantó—. Tengo un conocido en el cementerio, no hace falta que Elric se involucre. Su familia descubrirá el cadáver y reconocerá su rostro ante las autoridades. Pocas personas han visto las heridas, por lo que tengo entendido, así que tampoco hay que poner demasiado énfasis en ellas. Pasaré por la celda para coger su vestido ¿cómo llevaba el pelo aquel día?

—Con un pasador de perlas.

—¿Todavía lo tiene?

—Debió de caerse en algún momento, se lo preguntaré a Elric.

—Esto es entre usted y yo. Para él, usted estará muerta, ¿lo ha entendido?

«El fin justifica los medios», deliberó June antes de claudicar a tan severo castigo.

—Hay una cosa más —dijo la baronesa. En realidad, era la base de su estrategia—: Necesito que encuentren una carta en el... cadáver. En ella relato las amenazas de Albert Kellogg y el miedo a morir asesinada por él, tal y como hizo con mi padre. Si lo publican los periódicos no creo que exista ninguna duda sobre su fechoría, y será decisivo para que lo encarcelen.

—Le suministraré papel y una pluma. —La madre superiora se levantó y agitó el manojito de llaves que siempre llevaba encima. June supo que debía volver a su celda, pero antes sor Margaret la sujetó del brazo, como si quisiera desgarrarlo—. Esta noche Elric la visitará por última vez, aproveche para despedirse sin que él advierta sus verdaderas intenciones. Recuerde lo que ha jurado.

\*\*\*

Hacía rato que la oscuridad se había apoderado de su celda. June intentó dormir, pero solo consiguió ponerse más nerviosa.

No le gustaba dar vueltas en aquella estrecha y dura cama, por lo que decidió cerrar los ojos para descansar, se dijo, no para dormir. Sin embargo, en algún momento tuvo que hacerlo. Soñó con unos grandes ojos verdes, y el reflejo que vio en ellos la fascinó; ella vestía su camisón y tenía el pelo suelto, danzaba y reía sin que ninguna marca le tensase la piel. Sintió cosquillas bajo la nariz. Despertó alterada por su propio estornudo; en la sombra una silueta balanceaba una pluma. Destellos de luz de luna irrumpieron en la alcoba, y el gesto burlón de Elric se hizo cada vez más evidente. De un manotazo lo apartó de su lado.

—Deliciosamente arisca. —Sonrió el duque.

—¿Cómo has entrado? —Ya conocía la respuesta. Había llegado la despedida.

—Tengo mis métodos. —Se sentó junto a ella en la cama—. Hazme sitio. —Alzó su brazo y lo situó bajo la cabeza de June para que se recostara en su pecho.

June se estremeció, necesitaba sentirlo una última vez, dejar de luchar contra sí misma y llenarse de su esencia. Se hundió en el calor de la piel de Elric, que traspasaba la tela de la camisa.

—¿Qué es lo que quieres? —suspiró ella.

—Me han contado que has tenido un mal día.

—¿Y a ti que más te da? —El desprecio era su mejor arma.

—No he venido a pelearme contigo. —El duque aspiró su aliento y la observó durante unos eternos segundos.

«Bésame», suplicó June con sus ojos mientras lo apartaba con la mano. Él no lo consintió. Recorrió con pequeños besos las dos cicatrices que atravesaban las mejillas y le partían el labio inferior. Cada vez que June intentaba escapar, la agarraba con más fuerza, hasta que ella se acostumbró. Y solo cuando Elric escuchó su suave gemido abrió la boca y absorbió la poca resistencia que le quedaba. Hacía tanto que June no recibía una muestra de cariño de ese tipo que no tardó en claudicar.

El olor a vainilla y miel impregnó sus fosas nasales, así le parecía que olía la saliva de aquel granuja, o tal vez fuera la unión de ambas. Degustó con deleite cada rincón y cada pliegue de esa boca carnosa que se abría ante ella. Hasta que sintió los dedos de él en uno de sus senos y retornó del país de fantasía donde, sin querer, había sido transportada. La confianza en sí misma se desvaneció. Los fantasmas de la autocompasión regresaron con mayor vigor. No entendía cómo un individuo como Elric, que podía poseer a cualquier mujer, perdía el tiempo con ella. Retiró su mano y apartó la cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó el duque con voz ronca.

—No es necesario que lo hagas —balbuceó June, y se sintió todavía más estúpida.

—¿Hacer qué?

—¿Por qué estás aquí, Elric? ¿Por qué sigues ayudándome?

—¿No me quieres a tu lado? —se ofendió lord Arundell.

—Comprendo que tienes tus tácticas para conseguir aquello que quieres, pero conmigo es diferente. No tienes que fingir. Soy consciente de mis limitaciones.

—¿Crees que te utilizo?

—¿Acaso ese beso no era un avance de algo?

—Sí, de pasión.

—Te confundes. Es imposible que sientas eso por mí. —Rozó la marca que los gemelos habían dejado en su rostro.

El negro de las pupilas de Elric se expandió y eclipsó el color verde de su mirada.

—Tu eres mi amiga, mi amante —las palabras de Elric penetraron en lo más profundo de su alma—, mi compañera.

Desde el ataque de los hermanos Smith, su confianza había sido reemplazada por los remordimientos. Demasiadas horas encerrada en aquella celda de convento sin poder parar de repasar cada una de las acciones que había cometido desde la muerte de su padre. Demasiados secretos desvelados que amenazaban la unidad de su familia. Y para colmo, esa sensación de desasosiego cuando Elric no estaba a su lado.

Se negó a sí misma una y mil veces que podría ser amor. No quería perder esa lucha sin sentido y ser la única de los dos en reconocerlo. Pero ya era demasiado tarde; había jurado abandonarlo y ya no tenía derecho a retenerlo a su lado, junto a una mujer marcada por la desgracia cuyas cicatrices se lo recordarian día tras día. Deseó tener el valor para apartarlo, empujarlo para que cayera de la cama y el dolor le devolviera la razón. Pero aquellos ojos verdes, que la embrujaban y esperaban, le erizaron la piel. Se concentró en esos dedos grandes y rasposos que se fundían con los suyos. Un extraño júbilo perforó su espíritu, y una tonta risa se escapó de su garganta. Elric aprovechó para tomar posesión de los voluminosos labios de June. Su boca era tierna y dulce como una ciruela, hasta que el jugo estalló y se convirtió en una cascada pegajosa que rebotó en su interior, quemándola.

El duque mantuvo los ojos fijos en los de ella, como si temiera perderla, pero June los cerró, no quería que descubriera la mezcla de sentimientos que la abocaban al delirio. Esa sería su última noche, y la tristeza y el gozo se enredaron en un baile sin fin.

Desnudos y temblorosos por el frío de la celda, excitados por los acontecimientos, se contemplaron, extasiados, de rodillas encima de la cama, ensimismados por el vaho que salía de sus bocas. La atracción era más poderosa que un simple deseo. Formaba parte del destino inherente de sus almas.

Pecho contra pecho, unidos por una sola respiración. Sexo contra sexo, al compás de sus propios jadeos. La simetría de sus extremidades manifestaba la necesidad de ser iguales el uno para el otro. Se sostenían y abrazaban al mismo tiempo, y el palpitar del miembro de Elric sucumbía a la provocación de June, que se arrojaba al vacío desde lo más alto hasta lo más profundo. Besar, morder, retozar, arder, entregarse a Elric sin restricciones, solo por una noche, una última vez antes de desaparecer de su vida.

## Capítulo 31

Elric entró en la cocina del convento. Su madre recogía la ropa que las almas descarriadas no se habían llevado, o, más bien, que no les había dado tiempo a acarrear, dado que Isabella Glover, alias sor Margaret, era muy puntual en cuanto a abrir y cerrar las puertas de su casa. Y así es como ella consideraba su claustro, donde se sentía segura y, lo más importante, feliz. La observó desde la puerta; tenía una pequeña marca en el entrecejo de tanto arrugarlo cuando todavía vivía en el burdel. Convertida en monja, se había hecho realidad uno de sus sueños, servir a Dios, y su semblante había cambiado; no su carácter, que se volvió más recto.

La pena lo sobrecogió. Qué agradable sería no querer a nadie más por encima de Dios. Ella incluso había abandonado a su hijo, que la necesitaba a su lado. Se había encontrado tan desamparado... Su tabla de salvación, su madre, aquella que estaba siempre presente en el burdel para mimarlo, quererlo y hacerlo sentir especial, se había ido, y en su lugar estaba *madame* Blanche para encaminarlo. No fue hasta el nacimiento de Isabella que volvió a su vida convertida en toda una santa y dispuesta a socorrerlo; para ello, no se le ocurrió otra cosa que encerrar a su esposa y a su hija en el convento.

Un escalofrío le recorrió al reparar en que el pasado volvía para atormentarlo; esta vez había sido él quien había traído a June para encarcelarla. Borró su desazón y se preparó para ser amable y sonreír, ya que su naturaleza le impedía sentir cualquier tipo de rencor hacia quien le había dado la vida.

—Déjame que te ayude. —Elric le quitó de las manos una blusa.

—Santa virgen María. —Se asustó sor Margaret—. No te esperaba a estas horas.

—He ido a la habitación de June.

La monja le arrebató la camisola.

—No lo haces bien.

—La puerta está cerrada.

—Yo tengo la llave.

Elric se extrañó de que la voz de su madre sonara débil, desde que había encontrado su lugar era fuerte y autoritaria.

—¿Duerme?

Quería volver a sentirla, tocar su piel, encenderla, como lo había hecho la última noche. La recordaba exhausta entre sus brazos, desnuda, acoplada a él como si fuera parte de su mismo ser. Sin embargo, a pesar de la excitación, se había atenido a las reglas para que sor Margaret no sospechara y había esperado dos días para volver a verla. Dos eternas mañanas, tardes y noches. Lo peor eran las noches, al imaginarla en aquel cuarto a oscuras sin más alivio que la luz de la luna.

—No, no duerme.

Isabella Glover se demoró en doblar la ropa. Elric le tomó la mano.

—¿Sucede algo?

—Voy a preparar té.

—Mamá, ¿qué ocurre?

—Te he dicho mil veces que no me hables así, aquí no. —Agarró la tetera y la colocó en el fuego.

—¿Se trata de Isabella? ¿Ha vuelto a escapar? ¿Se encuentra aquí? ¡Si la he visto durante el desayuno! ¡Esa chica no escarmienta!

—No es eso, mejor siéntate, toma tu té.

Le sirvió una taza humeante.

—Dime dónde está. Al final la enviaré a un internado y verá lo que es bueno.

—Cállate, Elric —chilló su madre—. Lo siento, no quería perder los nervios. —Se llevó las palmas a los labios a modo de rezo—. No sé cómo expresarme, no quiero hacerte daño, hijo, pero alguien debe contarte que... hace tan solo dos noches... —las mismas que su cuerpo extrañaba a June—, oí ruidos en su celda... —Elric cerró los ojos, no sabía si avergonzarse o confesarle a su madre que ella era la única—, cuando entré, la encontré...

—Dilo de una vez. —Aguantó la risa al creer que la desnudez de una muchacha la había ofendido, después de estar acostumbrada a verlas a todas horas en el burdel.

—Muerta. —Sor Margaret se apresuró a abrazar a su hijo—. Lo siento tanto.

Un inusual pitido en el oído derecho le había impedido escuchar los lamentos de su madre. Su mente tardó unos segundos en reaccionar. No podía ser. ¿Qué había dicho? ¿June, muerta? ¡Imposible!

—Como sea otro de tus intentos por alejar a las mujeres que amo de mi lado, te arrepentirás. —Mantuvo el índice firme cerca del rostro de la monja.

—No era más que otra Kate que te alejaba del buen camino.

—Dime dónde está.

—¡Se ha ido, ya te lo he dicho!

—No, no me lo creo. —Elric se levantó de golpe y paseó de un lado a otro de la cocina.

—Bebe un poco, hijo, te sentará bien.

—¡No quiero tu maldito té! —Tiró la taza contra el suelo—. Necesito verla.

—Su familia vino y se la llevó ayer hacia Belford, la enterrarán en el panteón familiar junto a

su padre.

—Seguro que es otra de tus tretas. —Cogió el manojito de llaves que sor Margaret siempre llevaba en la cintura y tiró de él—. Ahora mismo vas a abrir su celda, y estará allí, esperándome.

—No lo hagas, por favor.

Elric arrastró a la madre superiora hasta llegar a la alcoba de June. La puerta quedó entornada, esperó a oír su voz; el agudo pitido que lo martirizaba fue todo lo que escuchó. Dejó a su madre rezando en una esquina y entró con miedo. La cama estaba vacía; las sábanas, dobladas como si esperasen de un momento a otro a una novicia. Miró las paredes, la ventana, el suelo, en busca de alguna señal, y la halló bajo una pata. Una pluma blanca de gaviota. La recogió entre sus dedos y se giró furioso hacia su madre.

—¿Quién ha sido?

—No lo sé, la encontré nada más.

—¿Cómo? —Estrujó la pluma en su puño.

—¿A qué te refieres?

—¿Qué es lo que pasó? Quiero cada detalle

—No creo que eso ayude, solo debes saber que su familia ya se la ha llevado, y que descansa en paz.

—Júrame que no la escondes, como hiciste años atrás con mi hija.

—Lo juro. Caroline Belford puede corroborar lo sucedido, fue a ella a quien llamé nada más... descubrirla —declaró Isabella Glover.

El nombre de esa dama resonó en su cabeza, y otras diez veces lo repitió en alto. Si algo había aprendido de los Belford durante sus años de servicio en el Red Dragon, era que nadie podía engañarlos. Tanto ella como el conde estaban atentos al más mínimo pormenor, y entre los dos conseguían que hasta el más experto tímido cayera en sus redes, tal y como lo hizo él. Recordó el momento en que Caroline, con su acostumbrada coquetería, le presentó a la duquesa viuda de Arundell, y cómo ambas habían sonreído cómplices al observarle. «Valdrá», esa fue la palabra que más escuchó en los días previos a que se cerrara el acuerdo. Prometió servirles, proteger a sus hijas, mantener el título, defenderlo de cualquier intromisión; a cambio, él recibiría lo que siempre había anhelado: honor, dignidad. ¿Dónde quedaban ahora? Ni siquiera habían tenido la decencia de comunicarle su muerte.

¿Cómo soportaría la existencia sin ella, la única que había estado presente en sus sueños desde el primer instante que la vio en la pastelería de la señora Clopan? Nunca había conocido a una niña tan valiente. Se había convertido en una persona increíble, capaz de conseguir que su alma se volviera loca en busca de la suya. June no era una más, no era una extraña con la que había tropezado una fatídica noche. Era su June, la misma que había observado crecer desde lejos, esperando el momento oportuno para ser suyo. Miró con desespero la habitación vacía. Había tardado tanto en hacérselo comprender... En su interior todavía se sentía sucio, indigno de ella, ni aun con el título de duque podía llegar a la altura de su pureza. Chilló fuerte, con rabia, levantó la



cama y la volteó, se colgó de las rejas de la ventana y gritó su nombre. Sor Margaret lloró por él y lo acunó.

—Me vengaré.

—¿De quién hablas?

—De Kellogg, ha sido él.

—¿Cómo puedes saberlo si no estabas?

—Por la pluma. Es una señal, la ha dejado para mí, y me encargaré de que reciba su merecido.

—Hijo, no quiero que te pongas en peligro, ¿no has tenido suficiente desdicha?

Elric miró a su madre sin reconocerla. Aturdido, se tambaleó hacia la salida.

—Ni usted, ni siquiera Dios, podrán detenerme.

\*\*\*

La suavidad de los labios de June despertó en el duque nuevas sensaciones hasta ahora desconocidas. Los acarició con calma, y besó cada una de sus estrías.

—¿Me haces cosquillas! —Su risa resonó como el eco de un recuerdo.

La luz que traspasaba los ventanales de la alcoba iluminó su piel. Partículas volátiles de polvo se posaron en los ojos cerrados de su amada. Elric sopló sobre sus pestañas y anheló poder eternizar aquel momento.

June se giró de lado e inclinó la cabeza en la almohada, abrió los párpados y fijó su mirada en Elric, que, emocionado, se llevó la mano al corazón. Por fin, había entendido el significado de la palabra *amor*. Y eso era lo que sentía por ella. Un estado de agitación constante que solo se apaciguaba a su lado; una sensación de vacío que solo se llenaba en su presencia.

Los cristales vibraron, y una luz, distinta a la anterior, iluminó la estancia oscura. Despertó sudoroso y asustado. Miró el hueco libre que había en su cama. Recordó que, ahora, ella solo formaba parte de un sueño. June había muerto. Sus despojos, encerrados en una caja de madera, se pudrían en el mausoleo familiar. Se secó la frente. Pisó con los pies desnudos la fría tabla del suelo, que chirrió ante su peso. Miró la llama de la lámpara de gas de la calle y deseó ver alguna sombra escabullirse, sentir el frío en su nuca, notar el espíritu de June a su lado. Pero nada de eso sucedió.

Sujetó la jarra de porcelana y vertió agua en la palangana. Mojó su cara, las gotas resbalaron por sus cejas y se colaron en sus ojos. Todavía no podía creer que hubiese fallecido. Evocó cada minuto de la última vez junto a ella, y reconoció que la unión de sus cuerpos excitados transformándose y alejándose de la materia había sido su despedida.

La luz de otro relámpago abarcó más de lo que podía soportar. La cama vacía. Incapaz de dejarla partir. Tiró con furia la vasija de porcelana, que se rompió en cuatro pedazos. Pisó uno de ellos, el más afilado, con ansias de enmascarar con un dolor físico esa sensación de ahogo, un malestar constante que le impedía seguir sin ella. Ver la sangre en su pie surtió efecto. Tan solo fue

una milésima de segundo. Por un instante pensó en él en lugar de en June. Siempre June. Desde que la había conocido en la pastelería de la señora Coplan había acaparado todo su ser.

Isabella apareció ante él. Había entrado sigilosa, como lo había hecho esas dos últimas semanas; inspeccionaba si todavía respiraba, alejaba la botella de brandy de su lado y le tapaba con la colcha para que no se resfriara, mientras él dormitaba después de pasar las noches bañado en alcohol para olvidar. Pero esta vez se alarmó al ver la sangre, por más que Elric intentó calmarla. Su hija vendó la herida, habló a gritos sobre lo que era adecuado, conveniente... Palabrería que presionaba el cráneo. Un martilleo que no cesaba. Escuchó algo sobre atentar contra su vida, y las lágrimas de Isabella humedecieron parte del apósito.

El duque bebió directo de la botella y se arrodilló junto a su hija. Nunca la había visto tan desvalida. El sufrimiento se reflejaba en su pequeño rostro. Hasta parecía que las pecas la hubiesen abandonado, esos graciosos lunares que le conferían un rasgo travieso y pícaro tan característico de ella.

—No es nada, cielo, no te asustes. —Besó sus manos.

—Papá, tengo miedo.

—Solo se trata de una pequeña herida.

—Tienes que dejarla marchar.

—Lo he intentado, pero no puedo. —Su desgarradora voz resonó en la alcoba, cerrada y oscura por las cortinas, a pesar de que en el exterior ya amanecía.

—No eres el único que la ha perdido. Su familia también llora por ella...

Libby y Caroline se habían sentido ofendidas cuando les recriminó que no hubieran contado con él para el entierro. Al fin y al cabo vivían en su casa, y todo lo concerniente a lo que sucedía en ella se le debía comunicar de inmediato. La actitud de la hermana se suavizó; desconsolada, se refugió en los brazos de su inseparable amiga Priscilla y su único tema de conversación: June. De las anécdotas de su infancia, de sus constantes rebeliones en Yellow House, de sus peleas con los hijos de los jornaleros... No podía soportar pensar en ella a cada segundo. Encontrarse con Libby en las comidas, en la biblioteca, en el jardín, hasta en los pasillos era una tortura constante, ya que el nombre de su hermana monopolizaba a todos los habitantes de la casa. Excepto a Caroline, que reaccionó de otro modo. Se encerró, como él, pero no en su recámara, sino en el salón, donde bordaba en silencio. No participaba en ninguna tertulia y se retiraba muy temprano después de la cena. Apática, nada que ver con la feroz angustia que anidaba en las entrañas de Elric y que solo se aplacaba cuando bebía brandy.

Los ojos de Isabella, llenos de lágrimas, en lugar de ofuscarlo lo alimentaron. Instigado por su hija, se afeitó, se lavó el pelo y se acercó a la chimenea para secarlo, entretanto tomó una sopa caliente y pensó en el nuevo asunto que lo ocupaba. Lejos de olvidar a June, completaría su obra. La noticia del asesinato de la baronesa de Avely a manos del abogado de la familia Belford había sido publicada en más de un periódico, y el juez de paz, sir William Bellow, conocido de la viuda por sus tratos comerciales, se había presentado en la mansión Arundell para investigar el asunto y

tomar una decisión en cuanto a Albert Kellogg. Después de la declaración de las mujeres, llegó su turno, pero por más empeño que puso en deshonorar al abogado no pudo ofrecer ninguna base sólida. Si contaba toda la verdad se vería envuelto en un dilema de lo más engorroso: demostrar su inocencia. No podía inculpar a Albert sin delatarse a sí mismo. ¿Cómo podría probar que su presencia el día que murió el conde en la mansión de los Belford era proteger a lady June? Había bebido para acallar su cobardía, y sir William le había acompañado encantado. Pese a su incompetencia, Albert Kellogg fue acusado de manera formal, pero los alguaciles no pudieron encontrarlo en su domicilio. Los periodistas que se habían interesado por la extraña muerte de la mayor de los Belford abandonaron poco a poco su interés, y en tan solo quince días las primeras páginas de los periódicos habían sido sustituidas por la emocionante historia de una matrona que, gracias a su perro, se había librado de morir quemada en un incendio.

Elric observó su figura en el espejo y se anudó el pañuelo. Un destello de luz asomó entre los recuerdos enterrados de June. Ella desnuda, sus senos firmes y redondos estrechándose contra él para enredar sus dedos en el corbatín; el mismo día que firmaba los documentos para convertirse en duque; la misma noche que negó tres veces estar enamorado de lady Belford.

Tragó de golpe todo el licor del vaso de cristal que sostenía y lo llenó otra vez. Desde hacía un tiempo se había convertido en una extensión más de sí mismo, imprescindible para mantener a raya el dolor por la pérdida de June y la culpa por su cobardía. Se centró en aquel sentimiento, mucho más poderoso que la angustia. Llegó a la conclusión de que la manera más apropiada para desterrarlo sería volver a hablar con el juez de paz, sincerarse y contarle cada uno de los entresijos de su alocada vida, desde la primera vez que conoció al conde; los intentos de Albert junto a los hermanos Smith por obtener el liderazgo del contrabando en el puerto de Londres; su cometido durante el asesinato de Sebastian Seabrook. Cada una de sus fechorías saldría a flote, y, al conocerse su identidad, más de una dama o marido despechado lo denunciarían. La horca sería su fin, pero gracias a su testimonio conseguirían atrapar a Albert. Estaba convencido de que se escondía en el Red Dragon y que nadie sería capaz de delatarlo, excepto él.

Bajó al salón, allí, como siempre, Caroline cosía y Libby cuchicheaba con Isabella. Su hija estaría a salvo con ellas, se había ganado sus corazones, y no creía que a su muerte la abandonarían. Y menos la viuda, que dormitaba con un libro sobre su falda. Esta se había volcado en la niña desde que Leonor había huido con el mariscal.

Carraspeó para que su entrada no sorprendiera a las damas, concentradas en sus rutinarios quehaceres.

—¡Lord Arundell! —La duquesa se despertó aturdida—. Que gusto volver a verle. Parece otro. El tiempo cura las heridas.

Elric retuvo la violencia que esas palabras habían desatado en su interior; dos semanas no lo consideraba un período de tiempo suficiente como para olvidar a la mujer de su vida.

—Perdonen, no las quería molestar, pero necesito informarles de una importante decisión. —

Isabella se estrechó contra Libby, tal vez esperanzada de que su padre hubiera arrinconado su aletargamiento por fin. Hasta Caroline dejó la aguja a un lado para escucharlo—. Necesito despedirme de June y poder continuar... así que ya he dado órdenes para que preparen el carruaje. Me marcho a Belford.

—¿Qué es lo que pretende, Elric? No entiendo por qué no puede proceder con el duelo como una persona normal —inquirió la viuda

—Es un asunto personal, lady Philipa. No se me permitió asistir a su entierro, así que mi manera de expulsarla de mi mente es ir hasta el mausoleo donde yace y... —Se secó el sudor de la frente.

—Decirle adiós —habló Libby—. Me siento identificada, milord, me prohibieron escoltar el ataúd de mi hermana hasta nuestra tierra. Por lo que, si no tiene inconveniente, me gustaría acompañarlo.

—No es posible, será una visita rápida. Mañana a primera hora tengo que estar aquí, me espera un deber que he de cumplir sin demora. Duquesa, confío en usted para que haga llegar esta nota a la dirección escrita en el sobre. Es de vital importancia. —En ella demandaba la presencia del juez de paz. Todo terminaría en veinticuatro horas a ser posible.

—Descuide. —La viuda ojeó el papel con curiosidad y lo arrojó en una bandeja de plata que contenía otras cartas—. Si tan empeñado está en ir hasta Belford, puede pernoctar en Yellow House, no creo que los nuevos condes pongan reparos. Escribiré unas letras para informarles.

Elric sintió las miradas de esas cuatro mujeres examinándolo. Isabella enredó un dedo en un mechón de su melena pelirroja.

—Deja que Libby te acompañe. —Se mordió el labio inferior, nerviosa.

—No te fíes de mí, ¿qué mal me puede hacer el campo?

—Por favor, me sentiré mucho más tranquila.

—Mi hija no es la niñera de nadie —interrumpió Caroline, que rompió su silencio por primera vez desde la inesperada noticia de la muerte de June.

—No me importa, madre. Además, es mi deseo, ¿no le gustaría venir con nosotros y honrar a June?

Caroline resopló.

—Intente mantenerse sobrio, lord Arundell, al menos durante estos días.

—Pero... no sería apropiado que viajáramos sin carabina... —Elric no esperaba esas reacciones. Estaba decidido a ir solo, y la intromisión de Libby le impediría desahogarse en la tumba de June.

—Irán con una doncella y un lacayo, creo que por una vez podemos saltarnos ciertas ceremonias —se pronunció la viuda.

Asintió a regañadientes. Aquellas que lo habían acorralado soltaron aire, como si Libby pudiera impedir cualquier locura. No iba a desangrarse ante el mausoleo, ni a beber hasta perder el conocimiento mientras pensaba en ella. Aunque eso último no podía jurarlo.

La menor de los Belford se precipitó a coger su chal; la doncella y el lacayo a los que había hecho alusión la duquesa viuda fueron escogidos al azar sin darles tiempo a recoger ninguno de sus enseres. El miedo se palpaba en cada uno de los rostros de las damas, y Elric intuyó que no creían en él. Había perdido su poder de convicción.

## Capítulo 32

Como había supuesto June, fingir una muerte no eran tan sencillo, y llevaba su tiempo convertirse en la víctima de un crimen. Encontrar el cadáver perfecto era uno de los inconvenientes. Por eso, había aprovechado la espera para perfilar una emboscada. Uno de sus defectos había sido la ausencia de estrategia en todas sus acciones, por lo tanto, se comprometió consigo misma a elaborar una lo suficiente buena y audaz para salir de esa otra celda, todavía más pequeña que la anterior, donde sor Margaret la había escondido, antes de perecer en ella de aburrimiento.

La hermana entraba en la cámara tres veces al día: una para traer el desayuno, otra para la comida y la tercera para recoger los platos sucios.

June se mantenía alerta al eco de los pasos y esperaba oír girar la llave de la cerradura de rodillas, en medio de la alcoba, con la Biblia en las manos.

Así la encontró sor Margaret cada mañana, tarde y noche durante la primera semana. Deambulaba a su alrededor y por encima de su cabeza leía las líneas que ella reseguía.

Durante la segunda semana la madre superiora dejó, en una ocasión, la puerta abierta y depositó encima de la cama sábanas limpias.

—¿No le aburre leer tanto la Biblia? —June advirtió un tono irónico en la voz de su carcelera. Una sonrisa leve asomó en sus labios. Su oportunidad para escapar estaba a la vuelta de la esquina.

—Al contrario, me siento en paz.

—He creído conveniente informar a su madre sobre su situación. —June enmudeció, ese podría ser un obstáculo difícil de superar—. Creí que nos detendría y, en cambio, ha aceptado ayudarla. Será nuestra tapadera durante el entierro.

—¿Qué le ha dicho para convencerla?

No podía creer que Caroline, la mujer que se había puesto del lado del asesino de su padre, quien se había dejado amar por ese canalla, aceptara ser parte del engaño. Recordó, no obstante, la noche en la cocina, cuando se ofreció a destrozar sus joyas sin realizar preguntas, capaz de entender la encrucijada en la que se encontraba su hija. Su madre era conocedora del origen de la fortuna que las había mantenido durante tanto tiempo; el contrabando había sido el sustento de la

familia, y supuso que, para ello, Caroline había tenido que lidiar con varias e inesperadas situaciones. Pero ¿tan graves como fingir la propia muerte?

—Le hablé de su ataque y entendió al momento que su única salida era desaparecer. —Sor Margaret recogió la bandeja del desayuno—. Enseguida vuelvo con el almuerzo. —Ajustó la puerta al salir.

June aguzó el oído. El arrastre de los pies, tan peculiar de la monja, se perdió en la lejanía. Soltó el aire. Tentada a salir corriendo, se reprimió.

Los rayos se filtraron por el hueco de la ventana, rozaron su cabellera y le concedieron un momento de confort. Como si Dios la tocara con su mano. De vuelta, el tintineo de llaves la despertó de su ensoñación.

—¿Qué es lo que le pide a Dios con tanto fervor, baronesa? —indagó sor Margaret.

A June le extrañó que no la llamara más lady Belford, tal vez ya se hubiera enterado de su boda y de que su marido estaba arrestado en la cárcel de deudores. Giró el cuello hacia ella, necesitaba unas palabras de aliento para recuperar la confianza que tanto le había costado ganarse durante esas semanas. No resistiría vivir en aquella sala de menos de diez metros cuadrados más tiempo.

—Le doy las gracias. —Una ínfima oscilación de la cabeza de la madre superiora fue crucial para que June percibiera que había encontrado su punto débil—. Me he dado cuenta —continuó—, de la suerte que he tenido por nacer en una familia noble y no tener que preocuparme por la comida o la ropa como las pobres a las que usted socorre. El otro día, cuando me dejó ayudarla, descubrí lo gratificante que es poder ofrecerles un pequeño alivio, aunque solo fuera un chal de lana.

—Eso es... —titubeó sor Margaret—, muy revelador. ¿Ya no le interesa saber si por fin la han encontrado muerta?

Un pinchazo en la rodilla derecha le provocó una mueca de dolor, pero se mantuvo en la misma posición.

—Confío en usted.

Sor Margaret se abalanzó sobre ella. June temió que la zarandeara. Sin embargo, lo que hizo fue distinto. Le levantó la falda, le subió el encaje de las calzas y comprobó la rojez de su rótula.

—Necesita descansar —dijo, acompañándola hasta la cama.

La hermana Margaret le aplicó un paño húmedo y sonrió al ver cómo los labios de June se movían, tal vez creía que seguía con sus rezos; ni se le pasaba por la mente que aquella plegaria eran solo números que distraían a June del dolor.

—Se está celebrando su entierro.

—¿Perdón?

—Antes de embarcar hacia América debería esperar unas semanas más. No debemos arriesgarnos a que la gente vea fantasmas —dijo la madre superiora.

June pensó en el disgusto que se llevaría su hermana. Esa nunca fue su intención. Cuando se lo propuso a sor Margaret lo ideó como un juego en el que su familia no tenía nada que ver. Reanudó

sus cuentas para mantener a raya el pánico.

—Me alegra que Dios haya encontrado el camino de su corazón. ¿Le gustaría ayudarme mañana con la ropa? —propuso la monja.

Allí estaba su oportunidad, pensó, y asintió efusiva.

\*\*\*

June pasó mala noche. Soñó una y otra vez con una habitación tan llena de ropa que las mangas de su camisa la llegaban a estrangular. Despertó mucho antes del amanecer. Se vistió y esperó sentada en la cama hasta que sor Margaret entró para guiarla a la cocina. Se decepcionó al comprobar que la actividad hacía rato que había empezado. Dispuesta a no dejarse vencer, auxilió a una asustada muchacha a encontrar un traje, lo más discreto posible, para su nuevo puesto de sirvienta.

—Me exigen que tenga dos vestidos y apenas puedo pagar uno. Si no fuera por ustedes... —habló la chica entre sollozos.

—Ya verás cómo va a ir bien —la consoló June con una palmadita en la espalda.

Se percató de que nadie vigilaba la entrada de la cocina. Las mujeres esperaban obedientes su turno para entrar; si no, sufrían la ira de sor Margaret.

Una niña cogida del brazo de su debilitada madre le consultó con timidez si tenían botas de señora. A regañadientes, June se alejó de la puerta para preguntar a la monja por los zapatos.

—Una señora donó unos botines hace poco, deben de estar en alguna de esas cestas. —Señaló la hermana.

June rebuscó entre ellas, ajena a las codiciosas miradas que la rodeaban.

—¡Aquí están! —exclamó, y alzó el par de botas.

Poco duró su euforia. Una corpulenta mujer la atacó. Las dos forcejearon por los preciados zapatos hasta que sor Margaret intervino, malhumorada. Echó sin miramientos a la usurpadora y se los entregó a la niña y a la madre, que se habían mantenido al margen.

—Otra pelea más y te encierro —le susurró a June en el oído.

Entró un segundo grupo. La baronesa se escondió en un rincón cercano a la entrada de la sala y revolvió sin sentido el contenido de una de las cestas situadas a sus pies con la esperanza de salir en un descuido de sor Margaret, que la supervisaba suspicaz.

—¡Lo sabía! —Escuchó una voz a sus espaldas. Se agitó, la habían atrapado antes de poder escapar. Al girarse, descubrió, aliviada, a Doris. Su fuerte complexión la ocultaba por completo de la vista de las demás y la arrinconaba.

—¡Sabía que no había muerto! —exclamó la joven, entusiasmada.

June colocó un dedo en su boca.

—Por favor, no sigas, nadie debe enterarse.

—Primero la boda de Leonor y luego usted... pobre duque... —dijo Doris apenada.



¡Así que al fin se había casado! La tristeza, que nunca la abandonaba, creció.

—Te daré lo que quieras, pero no se lo cuentes a nadie.

—No hace falta, ya lo hizo al hablarle de mí al duque. De momento solo soy un pinche, pero sé que algún día me convertiré en la cocinera de una gran casa y se lo deberé a usted, milady. Hasta me dejan que cuide del bebé; ahora mismo está con mi amiga, una de las doncellas de la mansión.

June se sonrojó todo lo que su fina piel le permitía. Aunque no se lo había comentado a Elric, él había cumplido su palabra sin que nadie se lo recordara; su madre lo había criado como un caballero.

—¿Qué tiene pensado hacer? ¿Permanecer aquí, en este convento?

Ante la revelación de la boda de Elric, había estado tentada de abandonar y limitarse a obedecer las órdenes de sor Margaret, pero la imagen de la diminuta celda la sobrecogió, y la June valiente y decidida volvió como si nunca se hubiera ido.

—Necesito que me ayudes a escapar y prometo que te recompensaré. —Apuntó mentalmente que esta vez sí que se acordaría de ella.

—¿De quién?

June habló deprisa, temía que la monja la echara de menos.

—Me quieren embarcar hacia las Américas, pero no puedo irme sin más, ¿lo entiendes?

Doris no la dejó terminar y prometió apoyarla en su cometido. Se dirigió hacia el centro de la sala y empujó a una mujer de mediana edad para quitarle un cuello de piel de cordero. Las dos se enzarzaron en una pelea sin precedentes en la historia del convento. No faltaron los tirones, patadas y ataques verbales contra la familia de ambas. Sor Margaret las llamó a la calma en varias ocasiones, desbordada por los acontecimientos.

June entendió la estrategia de su nueva amiga. Se envolvió en un gran chal marrón que olía a moho y abrió la puerta. Dejó que el siguiente turno entrara a contemplar la pelea y se escabulló entre codazo y codazo, abriéndose paso entre las faldas.

Sintió el aire en su rostro y se detuvo para oler la ciudad. Se sorprendió de echar de menos sus calles repletas de paseantes, mendigos, ladrones de poca monta, floristas, carros y carruajes, caballeros acompañados de doncellas con mofletes colorados y damas seguidas por carabinas.

Respiró el hollín, la orina y el adobe a caballo. Por fin era libre. Pero no podía ir en busca de Elric para contarle las artimañas de su madre. No sería justo para un hombre como el duque. Tampoco podía aparecer y declararle su eterna devoción, porque ya estaba casado.

Se quitó el chal, hacía demasiado calor, y caminó hipnotizada. Varios transeúntes se santiguaron al verla pasar. Se tapó el rostro con la cofia, no quería alarmar a la población con sus heridas. Tuvo que preguntar en más de una ocasión el camino para salir de Londres, quería llegar cuanto antes a Yellow House y conseguir el maldito diamante azul.

Un carruaje se paró ante ella, y un matrimonio de ancianos interrumpió su peregrinaje. Se inventó una pequeña historia, no muy alejada de la realidad, en la que iba de camino a Belford

para ofrecer el pésame a los condes por la muerte de lady June. Por suerte, era una pareja de comerciantes venidos a más, y, aunque no eran católicos, se apiadaron de ella. Ambos habían oído la noticia, pero les resultaba muy ajena. No tuvieron inconveniente en acercar a una monja caritativa e indefensa hasta Belford.

## Capítulo 33

El mausoleo se extendía majestuoso ante ella. La blancura del mármol centelleaba como pequeñas gotas de rocío al alba. Contempló añorada la figura del ángel con las alas extendidas que vigilaba la cripta. En su interior yacían, en sus respectivos ataúdes de madera, sus antepasados: bisabuelos, abuelos, la querida Adela, su padre y una pobre chica que despidieron con honores unos extraños.

Se encontraba en el jardín de Yellow House, en la parte más alejada de la casa. La gran extensión de terreno verde le recordó a su niñez. El árbol donde ella y Libby trepaban había sido cortado, y ya no existía la sombra que podía resguardarlas de la tristeza. Acarició la pesada puerta de hierro que protegía la memoria de su familia, además de sus secretos. Apoyó su frente en el metal. Lo último que le pidió su padre era que mantuviese la caja de música a buen recaudo, que nunca se separase de ella, y lo primero que hizo tras su muerte fue lo contrario. Desobedeció su última voluntad.

—¿Conocía a June?

La voz de su hermana a sus espaldas, tan clara y melosa, la emocionó.

—Mucho más de lo que imagina —contestó, manteniendo su mejilla recostada en la puerta metálica del mausoleo.

—Su voz me es familiar. ¿Hemos coincidido alguna vez?

—Casi siempre.

—Perdone, no la entiendo...

—¿Está abierta la cripta? Quisiera entrar.

—No está permitido.

Descubrió un ramo de flores frescas a unos pasos, se agachó para olerlas y estornudó tres veces seguidas.

—A June le pasaba lo mismo. —La voz conmovida de Libby se acercó hacia ella—. No se les está permitido a las mujeres acudir a un entierro. Vaya tontería, ¿no cree? Por eso he querido rendirle homenaje a mi hermana esta mañana.

—¿No entrará dentro?

—¿Por qué tanta insistencia? —La extrañeza en su tono se hizo evidente—. ¡Elric! —chilló.

—Ya volveré en otro momento —dijo con premura lady Belford y depositó las flores en el

suelo. Se cubrió todavía más con la cofia y se dispuso a marchar. El duque no se lo permitió. Corrió hacia ella y la tiró al suelo. Se sintió turbada ante su brutalidad.

—¿Qué buscas, malnacida? —gritó, la sujetó por las muñecas y se sentó a horcajadas encima de ella. Sus dedos marcaron su piel como hierro forjado, no se atrevió a mirarle pese a que deseaba reconocerse en sus ojos, volver a ser la June de antaño, libre de resentimientos, la misma cuyo espíritu volaba sin ataduras entre sus brazos. La tela negra que la cubría se soltó y se deslizó a un lado. Su cara quedó a merced del hombre que la amenazaba. No lo pudo evitar, miró sus pupilas dilatadas; su sorpresa, seguida de decepción, la convenció de que había sido un error esconderle a Elric la verdad. No se sentía digna de su compasión, sin embargo, no era ese sentimiento el que observó en el rostro de Glover. El horror sustituyó cualquier otra emoción. Alzó su puño con una rabia inusitada, y June temió que se lo estampara en la cara. Si era así, se lo tenía merecido. Elric dudó, y al fin, golpeó el suelo. La sangre de sus nudillos evidenció el resentimiento que le había impulsado aquella acción. Se separó de ella como si el mismo diablo se hubiera manifestado ante su presencia.

—¿Qué ocurre? —Escuchó de lejos a Libby.

—Es su hermana, milady. —Su aspereza contrajo el corazón de June.

—¿Qué pasa con ella?

—Está viva.

Libby caminó unos pasos hacia lady Belford que se sacudía la tierra de su pelo, recogido en una trenza. La toca de monja tirada en el suelo le recordó el fraude en el que se había convertido. Ella quería ser el punto de inflexión en su vida, una diferente en la que no existieran más engaños, donde Elric quedara impune de cualquier traición que le recordara su pasado, pero era una más. Como Kate, que le robó la juventud; como su madre, que lo abandonó para rehacer su existencia y lo dejó solo, a la deriva, y así se veía en esos instantes. Estaba más delgado, tenía los pómulos hundidos, los ojos sin brillo, su postura, con los hombros caídos, denotaba una cierta dejadez, y todo por su culpa.

—Puedo explicarlo. —Fue lo primero que se le ocurrió al ver a su hermana palidecer como el mármol del mausoleo.

—No eres más que una impostora.

—Me persiguen dos matones, y Albert espera el mejor momento para deshacerse de mí. No conozco a nadie que quiera suplantarme en estas circunstancias.

Libby mostró su irritación.

—Nunca hubiera imaginado eso de ti, June.

—Entonces, ¿me crees? —Intentó abrazar a su hermana, pero ella retrocedió.

—¡He llorado noches enteras creyendo que habías sufrido una muerte violenta! —La voz de Libby era agria y quebradiza.

—¡No tenía otra alternativa!

—No se trata de tu mentira, ¿no lo comprendes? Por tu culpa Elric ha estado a punto de...

—¿De qué? ¿Qué ha ocurrido? —Lady Belford se giró hacia el duque.

—Déjalo, Libby.

—Lo he visto en sus ojos, tu muerte lo trastornó, temí en más de una ocasión que acabara con la vida de alguien, hasta con la suya propia.

—Puedo explicarlo. —Fue lo único que le sobrevino como defensa, pero en realidad no podía aclarar lo sucedido sin traicionar el pacto que había hecho con sor Margaret.

—¡Silencio! —gritó Elric—. No quiero oír ni una excusa más, para mí está clara la consideración que le tienes a tu familia, y lo importante que soy yo para ti. Uno más al que poder engañar, otro con el que jugar, un peldaño en tu carrera hacia una venganza sin sentido.

—Necesitaba que mi muerte fuera lo más real posible. Libby, debes perdonarme. Elric, tú más que nadie debes entenderlo.

Su hermana titubeó antes de rozarle el cabello. La observó extasiada. June se acercó a ella con miedo y le sostuvo la mirada, llena de lágrimas. Las dos se fundieron en un abrazo. El calor que desprendió ese contacto provocó en June una cascada de emociones difíciles de controlar. Acostumbrada a consolarla desde que tenía uso de razón, se sintió rara con la cabeza en su hombro, y una Libby más sensata susurrándole palabras de alivio. Esta la separó, la contempló con adoración y la volvió a estrujar contra sí, balanceándola eufórica. Cuando por fin se calmó, se conformó con apreciar su rostro y palpar sus cicatrices.

—Apenas se notan.

—No me mires así...

—Son muy distintas a las de... —Señaló a la cripta.

June se secó las lágrimas e intentó ponerse en pie, pero las piernas le fallaron.

—Apuesto a que no has comido nada en todo el día. —Libby se alarmó. Lo cierto era que no había probado ni las gachas de sor Margaret—. En casa tendrás tiempo para descansar.

June alargó una mano hacia el duque; codiciaba estrecharse contra él, pero a la vez era lo que más temía. Elric se apartó de su camino sin dejar de estudiar cada uno de sus movimientos, como si estuviera decidiendo su destino.

—No es lo más sensato —exclamó él.

June intuyó su resquemor, tampoco sabía cómo respondería a su tacto. Se sentía unida a Elric por un hilo invisible que los encadenaba y le transmitía el afán de abrazarlo, besarlo y curar su tristeza, la misma que sufría al mirarle. Percibió cómo apretaba los puños y entendió que se reprimía. Pronto se embarcaría hacia América y lo dejaría atrás, tal y como le había prometido a sor Margaret. No era justo que Elric acarrearra con una persona como ella, de prioridades tan dispares que lo alejaban sin remedio de su lado. Una mujer que anteponía la venganza al amor.

Su tristeza se evaporaría y volvería a amar a otra. Un violento impacto recorrió su espina dorsal y se apoderó de ella, tampoco quería que otra lo disfrutase. ¿Qué le pasaba? ¿Cómo podía ser tan egoísta?

—¡Mamá debe saberlo! —se quejó la menor de los Belford.

June besó las palmas de Libby, no quería que se disgustara al conocer que Caroline era parte de ese embuste.

—Necesito que me ayudes en un asunto de vital importancia —solicitó lady Belford.

—Lo que quieras. —Exhaló aire su hermana, nerviosa.

—¿Encontraron la carta?

—Albert desapareció antes... de... que la descubrieran a ella, quien quiera que sea —Carraspeó—. Por entonces circulaban rumores sobre el interés de Kellogg por acabar con nuestra familia y se ganó bastantes enemigos.

June ahogó una risa burlona.

—Rumor que seguro que te encargaste de hacer circular tú, ¿verdad, hermanita?

—Con ayuda de Priscilla. —Sonrió.

—¿Y nadie sabe dónde se esconde? —Sin querer miró hacia Elric, quien se había apartado unos pasos, los necesarios para escuchar la conversación sin inmiscuirse en ella. Sus ojos vacíos querían aparentar serenidad, no obstante, demostraban lo contrario. El rictus que sus labios dibujaban en su rostro evidenciaba la tensión.

—Si no fuera por Elric, la viuda, y lo amables que han sido los nuevos condes, no sé dónde estaríamos —explicó Libby.

—Esto es serio —le recriminó June—. La buena voluntad y la generosidad no son para siempre, tienes que ser consciente de ello.

—Lo sé —contestó airada—, por eso he considerado casarme con John Grey. Quiere ser cirujano y proviene de una buena familia.

—¿Con ese pomposo?

—En el fondo no es tan desagradable y es el único que me dedica alguna palabra.

—¡Tenemos que aprender a valernos por nosotras mismas! —exclamó June, disgustada por el disparate de su hermana. Ella sacrificaba su futuro para que no tuviera que desposarse con un hombre que no amaba.

—Es lo que intento.

—Casarte no es la solución.

Libby siempre había sido una hija obediente, y su madre siempre la había favorecido, aunque tal vez no la había beneficiado; se había convertido en una dama falta de recursos. Era el momento de ponerla a prueba.

—Tengo una misión importante para ti, Libby, y mucho me temo que tendrás que involucrar a tu amiga Priscilla.

La menor de las Belford se levantó de un saltó y aplaudió.

—¡Me encantan los retos!

—Pero antes tenemos que entrar en el mausoleo.

—Imposible, necesitas la llave, y no está en mi poder.

—Yo puedo abrirlo. —Elric las interrumpió. Ni ante la mirada incrédula de las dos muchachas

fue capaz de dar alguna explicación. Tanto su lenguaje como sus gestos eran parcos—. Necesitaré algunas horquillas.

\*\*\*

La cripta era espaciosa y fría. Congelada, podría decirse. La piedra y el granito de sus paredes ayudaban a mantener el ambiente ártico. Los ataúdes estaban dispuestos en círculo, y, en medio, la figura de otro ángel portador del escudo de la familia. Los tres permanecieron en silencio, impactados por la solemnidad que se respiraba. Libby se acercó a su hermana mayor y se estrechó contra ella.

—¿Qué hacemos aquí?

—¿Recuerdas la caja de música que me dio papá antes de morir?

—¿La que colocaste entre sus manos?

—Debemos recuperarla.

—¿Estás loca? ¿Pretendes abrir su féretro?

—No hay elección, confía en mí.

Libby tembló.

— No puedo, no puedo, no puedo...

—Yo me ocuparé de todo —declaró June, tranquila, como si su interlocutora fuera un pájaro a punto de alzar el vuelo.

—Es mejor que se ocupe un extraño. —Era la primera vez que Elric se dirigía a ella en lugar de a su hermana. Estaba cómoda con la situación que se había creado en la que él la ignoraba, ¿por qué cambiarla?

—Eres muy amable, pero no tienes por qué hacerlo. Es mi guerra, no la tuya.

Elric mantuvo la barbilla rígida y cambió el peso de una pierna a otra

—La visión de lo que se descubra dentro de los ataúdes empañará el recuerdo de vuestro padre. —Volvió a desdeñarla, y, en lugar de sentirse mejor, su estómago crujió, otra vez aquel inoportuno mareo. Asintió sin poder hablar, temía acabar vomitando.

Esperaron a que Elric abriera, no uno, sino tres ataúdes hasta encontrar la caja. Con la escasa luz fue difícil acertar a la primera. June se apresuró a cogerla, sus dedos rozaron los suyos, tomó aire y ya no lo soltó. Sus ojos se humedecieron, no podía creer que aquel objeto de madera, tan apreciado por su familia, estuviera otra vez en su poder. Disponía de una segunda oportunidad para honrar la memoria de su padre.

Buscó desesperada la cámara secreta, donde se suponía que la abuela Adela guardaba sus monedas. Sin éxito, perdió la templeza y la estrelló contra el suelo. Libby chilló, y Elric soltó una blasfemia. Entre las astillas se vislumbraron pequeños destellos azules. Con el pie retiró los restos. Se agacharon a la vez, como si estuvieran manipulados por el mismo hilo de un títere, maravillados por el talle de la joya. Miles de triángulos emitían una luz azulada que aunque no les

cegó, sí que anuló su respiración. En el centro brillaba con más intensidad la forma de una rosa esculpida.

—Me lo imaginaba más grande —pronunció en voz baja Libby.

—Es perfecto —murmuró June.

—No lo toques —clamó desesperado Elric, rompiendo el hechizo—, o la mala suerte te perseguirá.

—Eso no son más que tonterías... —tartamudeó la joven sin atreverse a tocar el diamante.

—A la última persona que lo llevó en su cuello le cortaron la cabeza, y al ladrón que lo robó lo encontraron muerto en extrañas circunstancias.

Los tres cogieron aire, como si pudieran prevenir así la maldición. June envolvió la joya en el chal de Libby y se lo entregó.

—¿Por cuánto crees que podría venderlo Priscilla al señor Hopes?

—Por lo menos vale unas cien mil libras. —Elric se adelantó. Su tono podía seguir siendo frío, pero ya no estaba tan alejado de ella.

—Una vez que tengas el dinero, es imprescindible que consigas tres pasajes para el primer barco que zarpe hacia América —insistió June a su hermana.

—¡América! —repitió Libby, superada por los acontecimientos.

—Espérame en el muelle junto a mamá. No le hables de mí a nadie más.

—¿Qué haremos en América?

—Vivir como reyes. —June peinó el pelo encrespado de su hermana, que no podía apartar la mirada del brillo que sobresalía de la tela—. Nos encontraremos en el embarcadero dentro de dos días, tienes tiempo de venderlo. —Alzó su mirada hacia Elric. Esta vez no tuvo escapatoria, ya que también tenía los ojos fijos en ella. Una opresión en el pecho no la dejó continuar. Glover era consciente de que estaba a punto de escapar de su antigua vida y de él, por lo tanto, no entendía cómo podía seguir a su lado. Y de pronto se dio cuenta. Como siempre, actuaba como un caballero, tal y como anhelaba llegar a ser, fiel a su palabra y firme en sus convicciones. Esperaba a Libby; estaba segura de que su madre no la hubiera dejado ir a Yellow House sin la protección de lord Arundell. No era por ella, sino por su hermana—. Cuídala —suplicó.

Elric rodeó a Libby por el cuello.

—¿Qué harás tú mientras? —preguntó curiosa la muchacha como si estuviera acostumbrada a estar bajo la tutela del duque.

—Debo atar algunos cabos sueltos.

—Te traeré ropa y comida, no puedes continuar en este estado.

June acercó sus labios al oído de Libby.

—Necesito ropa de hombre.

—No creo que sea correcto. —Su hermana parecía resignada, aunque fingiera lo contrario.

—Una cosa más. —Lady Belford se aclaró la garganta y habló en un tono más alto—. Me gustaría que te despidieses por mí de todas las personas que me han ayudado. Dos mil libras para



Alice y mil para el lacayo, Ian. Que Priscilla se quede con una parte por las molestias, ¿cinco mil libras tal vez? Dos mil para Doris, trabaja en la cocina de la mansión de los Arundell. Dos mil para Gypsy y otras tres mil libras para que las reparta entre los miembros del Red Dragon. No te olvides de la hermana Margaret del Convento de las Almas Descarriadas, estoy segura de que le dará un buen uso a cuatro mil libras. Aunque no entienda sus métodos, tiene buenas intenciones. — Este era un mensaje para el duque, no le gustaría que por su culpa madre e hijo dejaran de hablarse.

—Eso es demasiado —se quejó Elric

—Todavía nos quedará una fortuna para gastar.

June se separó de ambos, se sujetó a la pared. Ese maldito mareo. Lord Arundell intentó agarrarla, pero ella lo apartó furiosa. Una sola caricia y se hubiera rendido. Le hubiera hablado de cuánto lo echaba de menos, de lo sola que se encontraba ante la lucha que se le avecinaba. Agitó la cabeza. Si sucumbía, su misión quedaría en el olvido, y no podía permitirselo.

—Daos prisa —ordenó. Esas fueron sus últimas palabras antes de recostarse en la fría superficie de la cripta y quedarse dormida. No era su intención despedirse de esa manera, pero era necesario mostrarle a Elric cuanto antes su cara más amarga, antes de que él se sintiera tan desconsolado como ella y la perdonase. Cerró los ojos, el vacío de su espíritu dejó huella, y el eco de un lamento la acunó durante su sueño.

## Capítulo 34

La espalda de June se resintió; pasar toda la noche tirada en el duro suelo del mausoleo junto a sus ancestros no le había permitido descansar. Cualquier crujido la sobresaltaba: las hojas que el viento arrastraba, el batir de alas de los pájaros, el zumbido de los insectos... Se llevó la mano hacia un costado del vientre, donde notaba pequeños pinchazos. Despertó confusa. Soltó un grito al ver el rostro de sor Margaret encima de ella. Se apartó como si esa monja fuera capaz de algo más que suplantar identidades.

—No ha cumplido con su palabra, lady June.

—¿Cómo me ha encontrado? —Se enredó hecha un ovillo en un hueco de la pared.

—Vine en busca de mi hijo. Caroline me avisó de su lamentable estado, y me la he encontrado a usted. La creía en un barco.

—Solo vine a recoger algo. En breve me marcharé.

La hermana Margaret la cogió por los pelos y la arrastró unos metros.

—Niña estúpida, arriesgué mucho para conseguir ese cadáver...

—Usted me ha ayudado en un momento crítico, no la defraudaré. —June se resistió con los talones de los pies para frenar el avance.

—Elric te ha visto, ya no hay vuelta atrás...

—Suéltela, madre.

El duque apareció en la entrada del mausoleo con un poco de pan y queso, lo depositó en el suelo y se aproximó a la monja. Sus movimientos eran lentos, como si no quisiera despertar ninguna emoción.

—¡Hijo! —Sor Margaret soltó a June—. Lo he hecho por ti, siempre te enamoras de las peores. Primero Kate, y ahora ella, ¿no ves que te utiliza para recuperar su fortuna?

Las dos esperaban que de un momento a otro Elric estallara en una irrefrenable cólera. Pero no fue así, sino algo mucho peor: la indiferencia. Comprobó que el estado de June era óptimo y le ofreció los víveres que había traído consigo. Ella, inquieta, lo observó, sin atreverse a pronunciar palabra para que no se rompiera lo que parecía ser una reconciliación, algo que deseaba antes de volver a abandonarlo.

—Buscábamos un diamante —comentó él—. Eso era lo que nos unía. Nada más, madre. La baronesa de Avely ha respetado los términos y hasta ha sido demasiado generosa, ya que una parte

de los beneficios de su venta irán a la casa de las Almas Descarriadas. —Sor Margaret intentó retener a su hijo a su lado—. Ustedes dos ya no forman parte de mi vida —continuó el duque, impasible—. Les agradecería que se mantuvieran alejadas de la mansión Arundell y de sus habitantes.

—Elric... yo...

June pretendía disculparse, ese había sido su propósito al pronunciar su nombre, pero era un privilegio del que no creía ser merecedora. Si el duque la repudiaba, le sería mucho más fácil llevar a cabo su venganza y huir; empezar de nuevo en otra tierra, más allá de las mentiras y las traiciones que ella misma había provocado, tal y como lo había jurado en su celda, donde Dios, testigo de su infortunio, le había regalado la oportunidad de reinventarse, lejos de la adoración y el amor que el duque parecía procesarle hasta hacía unos días.

—No hay nada entre nosotros, lady June. No se moleste en buscar una excusa.

—No es eso... yo...

Sentía que le debía una explicación convincente. Si fuera intrépida, capaz de perdonar y olvidar la muerte de su padre, le hablaría de la luz que los rodeaba cada vez que él la poseía, le contaría el calor que emanaba dentro de ella cada vez que él la besaba, pero su destino rehuía la pasión y la ternura. Su única ambición era devolver la honra que Sebastian Seabrook había perdido ante Albert Kellogg al dejarse vencer y morir por un diamante, tan azul como las venas que recorrían su cuerpo, tan brillante como la sed de justicia. No descansaría hasta llevarla a término, y nadie podría interferir en su camino, ni siquiera un duque de ojos verdes que la trastocaba con el simple tacto de la yema de sus dedos, el mismo que había sentido al coger esa hogaza de pan.

Elric se marchó sin esperar ninguna réplica por las devastadoras palabras en las que él la había despreciado. Se sintió sola, a pesar de haberlo anhelado en tantas ocasiones, y lloró.

\*\*\*

Volvió a sentir unas leves molestias en el bajo vientre y realizó breves y cortas inspiraciones que la calmaron.

—¿De cuánto está, milady? —preguntó la monja algo más calmada.

—No la entiendo.

—¿Cuánto hace que le falta?

—¿Faltar el qué?

—¿Es que no sabe que está embarazada?

June lo negó: «No lo estoy, no puedo estarlo».

—Recuerdo como si fuera ayer el pánico al enterarme. Y luego ese niño se convirtió en mi tabla de salvación.

—¡Tengo demasiadas cosas de qué ocuparme, no puedo estar encinta!

—¿Asumo que Elric no lo sabe?

—No quiero que cargue con esta responsabilidad cuando ni yo misma sé qué voy hacer.

June tragó un trozo de queso que no había masticado. Creía que alejar a Elric de su lado era una forma de compensarlo por tantas desgracias. Confesar que esperaba un hijo, del que desconocía si él era el padre o no, lo ataría para siempre al destino del que precisamente huía. Y ella no estaba dispuesta a renunciar a su *vendetta* por ese vástago no nacido.

—¿Piensa darlo en adopción?

Un sentimiento de posesión la invadió. ¿Cómo podría desprenderse de algo que era suyo?

—La verdad, no sé si es de Elric o de mi...

—De su marido.

June asintió. Retiró las manos de su vientre, avergonzada.

—Me temo, lady June, que su embarazo no está muy avanzado, pero lo suficiente para que el barón recele de su paternidad.

—Tan solo fue una vez... —musitó ella—. Él me forzó. —No entendía por qué se justificaba ante la monja, pero necesitaba escuchar otra vez de sus labios que ese hijo era de Elric.

Sor Margaret apretó los dientes.

—Precisa de reposo o perderá a la criatura...

—¿Es que estas molestias no son normales? —El temor de que aquel embarazo se malograra la confundió. Tal vez esa fuera la única ocasión que tendría de ser madre. No estaba en su proyecto casarse o declararse compañera de vida de ningún otro.

—Es mejor que vuelva al convento, cuidaré de ambos.

June se escabulló de sor Margaret y se refugió bajo un ataúd. No quería que la volviera a arrastrar por los pelos.

—Ya le he dicho que tengo asuntos que atender.

—¿Y qué hará una vez terminados?

—Me iré, tal y como le prometí.

June se ahogó en sus propias palabras; una fuerza arrolladora, oscura y penetrante se escondió tras su corazón. No le quedaba otra alternativa que hacerle frente para sanar, y eso solo lo lograría una vez que hubiera vencido a Albert.

Sor Margaret la bendijo antes de partir de vuelta a sus quehaceres, lejos de los enredos y subterfugios a los que se había visto abocada. Libby regresó con ropa de hombre que había conseguido en las caballerizas de Yellow House, propiedad de los nuevos condes. Y June regresó a sus plegarias. Desconocía por qué y para quién rezaba, si para Dios o para el diablo. Lo único que requería, envuelta por los fantasmas de los Belford, era la muerte de aquellos que la habían arrancado de los brazos de su padre y la habían despojado de la seguridad de un hogar.

El vigor de su abuela Adela, la tenacidad de su abuelo, el coraje de su padre, hasta la sublevación de la desconocida que había sido enterrada en su lugar, se presentaron ante ella en forma de un inesperado viento que arrancó las puertas del mausoleo y arrojó al suelo la estatua del ángel que los cobijaba. Los espíritus hablaron. Y ella comprendió que había llegado el

momento de la batalla.

\*\*\*

Elric había intentado escabullirse hacia Londres a primera hora de la mañana, después de llevar a June un poco de comida. Se obstinó en enterrar los confusos sentimientos que le había provocado volver a verla y había decidido empezar de nuevo sin su madre y sin ella, como si no hubiera existido. Se buscaría una esposa apropiada para ser duquesa, una mujer dulce y sumisa que cuidara de Isabella y la convirtiera en otra frívola doncella, preocupada más por los cotilleos de la corte que de su propia moral.

Libby se percató de sus intenciones e impidió que viajara solo. Adujo al alcohol para convencerlo, pero no había bebido ni una gota desde que descubrió que June no estaba muerta. Podría resarcirse del abandono, aunque nunca la perdonaría.

El carruaje avanzaba veloz por la empedrada vía, y, en su interior, Elric y Libby intentaban no desmoronarse. Los criados que les habían acompañado viajaban en el pescante junto al cochero. El silencio era abrumador.

—Al final volcaremos, ¿no podemos ir más despacio? —exclamó Libby.

—Tengo un asunto urgente que me espera, y ya llego tarde.

—Si se trata de la visita del magistrado, olvídate. Lady Philipa nunca envió esa nota.

Elric golpeó dos veces el techo del cabriolé y este se detuvo. Abrió la puerta y arrojó a Libby en el fango.

—¿Qué derecho tenéis a inmiscuirlos en mi vida? ¿Es que no podéis dejarme tranquilo? —chilló Elric, colérico.

Libby se levantó y se sacudió la suciedad del vestido.

—Lo hemos hecho por tu bien, no queríamos que terminaras en la horca. La duquesa pensó... todas pensamos... incluida Isabella, que era una locura hablar otra vez con el juez de paz. ¿Qué te proponías, desvelar nuestros secretos?

Elric bajó del carruaje, furioso consigo mismo por prestarse a las intrigas de cortesanas y aristócratas; todas y cada una de las mujeres de su vida se habían confabulado en su contra, y eso lo convertía en un simple juguete para ellas. Soltó un puñetazo contra un árbol situado en el borde del camino.

—No entiendo cómo quieres seguir con esto después de recuperarla.

Elric se encaró con Libby.

—Por fin la he soltado, tal y como todas deseabais. Ya no significa nada para mí.

—Si yo he podido perdonarla, tú también... —La menor de los Belford subió al carruaje y tendió su mano.

Elric aceptó la invitación. Ya no tenía tanta prisa como antes. Su vida había perdido valor. Sacó una petaca plateada de un bolsillo interior del chaleco.

—No empieces a beber, por favor.

—¿Qué sentido tiene contenerme? —contestó el duque.

—Me ha pedido ropa de hombre. —Libby agarró su mano antes de que pudiera saborear el brandy.

—Ya te he dicho que no quiero saber nada de ella.

—Creo que trama algo.

—¿Y cuándo no? —Elric consiguió llevarse la petaca a la boca. Su sabor amargo no apaciguó su desazón.

—Está muy débil y necesitará ayuda si pretende encararse con Albert. Al menos no sabe dónde está. Porque no lo sabe, ¿verdad, Elric?

El duque hinchó el pecho. Pensar que June podría morir, esta vez con certeza, a manos de los sicarios de Kellogg, los hermanos Smith y su banda, despertó una emoción dormida a base de tragos de alcohol. Vivir sin ella sería un suplicio, pero en algún momento u otro superaría la traición y hasta podría llegar a recordarla sin afligirse. En cambio, volver a enterrarla convertiría su vida en un infierno. Los dos sabían dónde se escondía Kellogg, y estaba convencido de que June se dirigiría hacia el Red Dragon con la única intención de matarlo.

—Necesitará una espada —se oyó decir.

—¿No vas a detenerla?

—¿De qué serviría? Tu hermana es obstinada y no cede en su empeño, por muy poco inteligente que sea su estrategia.

—Pero tú la amas. —Libby golpeó el techo del cabriolé para solicitar mayor velocidad. Necesitaban llegar cuanto antes a Londres.

## Capítulo 35

Elric esperó toda la noche agazapado entre dos barriles de cerveza, justo en el callejón detrás del Red Dragon. Recordó con nostalgia la primera vez que cruzó la puerta trasera de la taberna en compañía del conde y de su hija. La imagen de esa niña se convertiría en años sucesivos en su única motivación para mejorar y ser digno de ella. La había visto crecer, transformarse en una indomable joven desde lejos, entre las sombras. Hasta que otra oportunidad se cruzó en su camino: la duquesa de Arundell. Los condes armaron un buen plan en el que nuevamente fue manipulado a su conveniencia. No le importó hasta que comprendió de que sería prometido a la hija equivocada. El conde lo ambicionaba para la pequeña de los Belford, y la viuda para su poco agraciada hija Leonor. Acostumbrado a los dobles juegos, se dejó llevar, hasta que el espíritu inquebrantable de algún antepasado noble se instaló en él. El honor y la lealtad cobraron un significado distinto, y decidió que lo correcto sería enlazar su vida con los Arundell. Reconocía que no había calculado cómo reaccionaría June ante su boda con Leonor, pero el desquite de ella fue mucho más allá, se apoderó de su alma, la estrujó hasta que no quedó ni un ápice de sentimientos y luego la desechó como si fuera basura. Así se sintió al saber que June todavía estaba viva: vacío. Había malgastado toda su aflicción durante su supuesta muerte, por lo que volver a verla, tocarla, escuchar su voz, no había resultado ser ningún alivio, al contrario, avivaba el recuerdo de un nuevo tormento que se repetía, una nueva traición con la que debía lidiar. June había escogido un camino que lo distanciaba cada vez más de él. Sonrió, porque de nuevo abandonaba su vida para salvarla; pese a sus múltiples intentos, no había podido alejarla de su corazón ni de su mente. Nunca le había costado tanto enamorar a una mujer, y si era necesario combatir contra un ejército para que ella por fin confesara su amor, estaba dispuesto a ello. Un solo intento más; si fracasaba, la dejaría libre para que navegara hacia América.

Las canciones de los borrachos lo acompañaron en su larga espera, hasta que los inconfundibles andares y el trasero en forma de manzana le advirtieron de que su objetivo había llegado. Se acercó con sigilo a la figura de hombre que intentaba abrir la trampa, se quitó el sombrero e hizo una reverencia.

—¿Qué le trae por aquí, caballero?

Su interlocutor inclinó el ala de la boina para tapan su semblante y contestó con voz afónica.

—¡No es de su incumbencia!

—Permítame que le ayude —dijo Elric y abrió las compuertas que daban al sótano del Red Dragon.

—¡Gracias! —Esta vez se escuchó una voz femenina—. ¡Mierda!

El duque desenvainó una de las dos espadas que llevaba atadas a la cintura y con la punta tiró el sombrero del impostor. June ardió de rabia, y Elric se emocionó al ver su fuego.

—¡Maldita Libby! Ha sido ella quien te ha comunicado mis intenciones, ¿verdad? —pronunció al ser descubierta.

—Te conozco demasiado bien, June Belford, y no hay que ser muy listo para saber qué te dispones a hacer con la ropa de un lacayo —se mofó el duque de Arundell y recorrió con la espada la forma de reloj de arena que le confería la nueva indumentaria.

June alzó la barbilla.

—Vete a casa con tu esposa y ¡déjame en paz!

Elric detuvo el florete justo entre sus senos, titubeó, estuvo a punto de confesarle que no se había casado, que todavía era un hombre sin ataduras, capaz de amar y ser amado, pero el juego pudo más que su sensatez.

—¿Acaso no tiene esposo, baronesa?

—¡Sabes muy bien que está en la cárcel! —exclamó a regañadientes.

—Y usted no tiene sentido del humor, milady. —Era la única manera de sobrellevar la situación, como lo había hecho en cada una de las encrucijadas que el destino le había preparado.

—Ya te has divertido, ahora márchate. —June golpeó el florete y se dispuso a bajar por las empinadas escaleras.

Elric se le adelantó.

—Déjame a mi primero y sujeta tu maldita espada.

Valió la pena esperar para ver su cara de incredulidad.

—¿Tienes miedo? —preguntó, cínico. La conocía mejor que nadie, más incluso que su propia madre, y sabía qué palabras utilizar para tentarla; *miedo* era una de ellas. Para June no existía una flaqueza peor que verse arrastrada por el pánico, y Elric lo sabía. Rezaba para que en el amor no fuera igual de testaruda.

Ella le quitó la espada, sus dedos se rozaron. Respiraron a la vez, confundidos, y se adentraron en la oscuridad del sótano, dejando atrás la luz de un nuevo amanecer.

—¿Qué esperas encontrar? —Elric tanteó con la punta de la bota el siguiente escalón.

—Borrachos a los que poder vencer.

Quedó impresionado, era la primera vez que June intentaba llevar a cabo una estrategia; esperar a que las fuerzas de sus contrincantes se diluyeran en alcohol no era sublime, pero al menos demostraba que se tomaba su vida en serio. La situación era bastante paradójica, si tenía en cuenta que durante dos semanas había creído que ella estaba muerta, y allí se encontraba a punto de



volver a perderla por una estupidez mal planeada, pero tenía un as en la manga y lo utilizaría en el momento oportuno. Para ello, debía lograr mantenerse a salvo y, lo más importante, mantener a June a su lado.

El fuego de una antorcha al final del recorrido los obligó a retroceder. La segunda puerta que protegía el almacén estaba abierta.

—¿Estás preparada? —Alzó la empuñadura plateada a la altura del rostro. Protegió su espalda contra la de June, que imitó el movimiento de su maestro en el arte de la guerra.

Elric divisó a tres sujetos que esperaban en retaguardía, además de unas cuantas sombras a la luz de las velas que evidenciaban juego sucio. Para sorpresa de todos, lady Belford empezó la batalla. La seguridad emanaba en cada uno de sus movimientos como si su destino final fuera el almacén del Red Dragon. Se agachó de cuclillas, giró su cuerpo treinta grados y cortó con la hoja afilada el talón de uno de sus oponentes, con tal fuerza que este cayó al suelo. El compañero no tardó en percatarse de lo sucedido y se abalanzó sobre la chica, pero lord Arundell le clavó la espada en un costado.

Dos muchachos saltaron desde una viga del techo y los flanquearon. Las navajas que sujetaban reflejaron la luz del fuego. A Elric los nervios le jugaron una mala pasada cuando la punta del puñal casi le rozó el pecho. Descubrió que estaba aterrado, pero no era por él, sino por June, a la que no quitaba la vista de encima.

—Ponte detrás de mí —le chilló en un intento de protegerla. Muy a pesar suyo, ella volvió a contrariarlo. Levantó una pierna con la intención de tirar de una patada a otro rival, pero este fue más astuto. Se aferró a su muslo y la echó hacia atrás, arrojándola al suelo. June se levantó rápida y esquivó la hoja, que se clavó en la madera del suelo. El duque aprovechó para dejar inconsciente a su oponente. Otro muchacho, surgido de la nada, persiguió a lady Belford entre las cajas de ron y té robado de un barco procedente de las Indias. Aparecieron tres individuos más, que Elric reconoció como antiguos compinches de fechorías, y lo rodearon, impidiendo que corriese junto a la baronesa. Entonces entendió que no los querían muertos, si no apresarlos. Miró hacia su derecha y vio cómo otros dos tipos se acercaban con una cuerda hacia ella.

—¡Es una trampa! —avisó el duque.

Lady Belford no tuvo tiempo de reaccionar y se encontró inmovilizada por una soga en el cuello. Elric profirió un alarido, saltó por encima de los tres que le cercaban, y llegó a su lado justo cuando la detenían. Al momento, sintió un afilado cuchillo en sus costillas.

Se escucharon dos aplausos secos. Albert se abrió paso entre el pequeño escuadrón de no más de doce hombres que lo protegían. Lo gemelos Smith, que estaban posicionados uno a cada lado del abogado, crujieron sus nudillos.

—Y yo que lloré en tu funeral... ¡Qué lágrima malgastada!

\*\*\*

June mantuvo la vista en un punto fijo fuera del alcance de ese monstruo que la acechaba sin descanso. Encontrarse a Albert en el sótano del Red Dragon no era una coincidencia: era el único lugar donde podía refugiarse desde que las autoridades lo buscaban por su asesinato, y lo había tenido en cuenta antes de acceder a la bodega. Encontrarse con Elric la había dejado sin aliento, ¿significaba que ya la había perdonado? Lo observó de reojo, pero estaba demasiado ocupado intentando que no le hirieran como para prestarle atención. Percibió el dolor en sus muñecas; habían atado la soga demasiado fuerte y le era imposible moverlas. La voz de Kellogg le removió la sed de venganza. La ocasión había llegado, y eso la aterrorizó.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —se burló Ray, uno de los gemelos.

Albert le instó a que callara y observó en silencio a la joven.

—¿Qué queréis de ella? —vociferó Elric, enrojecido por la ira.

—Devolverla a su madre —contestó Albert—. Seguro que sabrá agradecerme.

Los puños de June se tornaron blancos de tanto apretarlos. La mandíbula le crujió. Albert volvió sobre sus pasos y se sentó en una silla revestida de tela dorada. A su lado, de pie, los inseparables hermanos Smith hicieron ostentación de sus grandes y afiladas navajas.

Los arrastraron hasta el falso trono y los forzaron a arrodillarse.

—Lady baronesa de Avely —el tono de Albert se volvió más altivo todavía—, no hay necesidad de pasarlo mal. Si acepta mi ayuda, todo terminará pronto. —La muchacha escupió con desdén en el suelo—. No entiendo su actitud. —El abogado cruzó las manos sobre su pecho—. Debería ser yo el ofendido. —Dejó de apoyarse en el respaldo y se adelantó unos centímetros—. Ha arruinado mi vida, y no sé por qué. Lo único que he hecho desde la muerte de su padre es cuidar de su familia.

—Usted lo mató. Con mis propios ojos lo vi atravesar con su espada el cuerpo de mi padre. Traicionó al hombre que se lo dio todo. Asesino... —Volvió a escupir.

La mirada de Kellogg se oscureció. Temió que su constante impulsividad hubiera acabado con su paciencia y ordenara a sus esbirros que la mataran. ¿O se atrevería a hacerlo él mismo? Eso era lo que más la alteraba, morir sin poder defenderse, sin una pelea justa en la que demostrar las habilidades aprendidas en el convento.

—Solo obtuve migajas. Después de tres generaciones al servicio de la familia Belford, he sido humillado por no nacer noble. Y hablando de traición, el conde robó algo que era mío.

—Si es el diamante, siento comunicarle que no está en mi poder. —Jugar al despiste era su única baza.

Albert giró la cabeza hacia los hermanos Smith.

—Traedla.

Los gemelos salieron por la puerta que comunicaba con la taberna y no tardaron en volver con Libby, amordazada y atada de pies y manos.

Esa fue la acción decisiva para que June se rebelara, pero sin éxito. Intentó levantarse varias veces, y en todas ellas la sujetaron por la nuca.

—¡Hijo de perra! ¡Suéltala ahora mismo! —aulló, impotente.

Albert se dirigió hacia la pequeña de los Belford y soltó el pañuelo anudado alrededor de su boca.

—Lo siento. —Libby gimoteó.

—Ahora, milady, ¿está dispuesta a comunicar dónde está el diamante?

June no contestó. Contó mentalmente cada uno de los hombres que Kellogg había alistado en su bando y comprobó que su fuerza solo lo era en apariencia. La mayoría eran muy jóvenes, muy viejos, o estaban tullidos. Aprovechó un intento de Libby por escapar para cuchichear cerca de Elric.

—Creo que si conseguimos desatarnos no será difícil vencerlos.

—Ya nos han derrotado. —Elric giró su cuello a izquierda y derecha. Sus oponentes se habían cansado de sujetar la daga y le habían atado las manos a la espalda, igual que a June.

—Eso nunca. —Ver a su hermana rodeada por varios sujetos que intentaban inmovilizarla desencadenó un odio descontrolado que se irradió a través de su sangre.

—Eres tan testaruda, impertinente, que no entiendo por qué...

—¿Por qué soy como soy? —La abofetearon para que callara. Se levantó, echó la cabeza hacia atrás e hirió a su raptor. Tan solo sirvió para evidenciar su desamparo. La obligaron de nuevo a arrodillarse delante del trono de Albert.

—Precisamente cuando eres más tú, más loco me vuelves —musitó Elric al tenerla a su lado.

—Ahora no es el momento de discutir acerca de mi personalidad. —June no se había dado por vencida e intentaba aflojar las cuerdas de sus muñecas.

El duque rozó su dedo meñique, y ella se detuvo, como si ese leve contacto pudiera cambiar algo.

—No lo entiendes, June, me tientas, me hechizas, me enamoras...

Se miraron a los ojos, y pudo comprobar que lord Arundell era sincero. Sus pupilas se habían dilatado, y su voz parecía entonar una canción. Un grito de Libby la despertó. Vio cómo Albert le introducía un trapo sucio en la boca.

—¿Qué se supone que debo contestar a estas tonterías? —En realidad, no creía que lo fueran. Desde que su padre murió, Elric había estado a su lado, y no concebía ni un solo día alejada de él. Cuando le prometió a sor Margaret que huiría, que dejaría atrás cualquier sentimiento que albergaba por el duque, no entendió lo difícil que sería. No fue hasta reencontrarlo en la cripta cuando se dio cuenta de que abandonarlo significaba dejar una parte de sí misma en Londres.

—Necesito saber que me correspondes.

—¿Aquí, ahora? ¿Cuando están a punto de matarnos? —Otra pregunta quedó en el aire. ¿Lo quería? No se lo había planteado hasta ese preciso instante. Anhelaba que el tiempo se detuviera, poder alargar la espera hasta decidir lo que sentía por Elric.

—Es nuestra última ocasión de ser francos el uno con el otro.

—Mi hermana... —Libby estaba inmovilizada, y pronto Albert reclamaría una respuesta. June

estaba aturdida ante tanta presión, no podía razonar con claridad, pero ¿desde cuándo ella pensaba las cosas? Más bien las sentía: empezaba en sus entrañas y se extendía por todas sus extremidades hasta llegar a su corazón, un violento y agonizante latido que la obligaba a reaccionar.

—¡Vamos a morir, June! ¡No tienes otra salida!

Nadie podía ser objetivo cuando se trataba de sentimientos, y los suyos estaban alterados, confusos. Su única meta, desde el principio, había sido honrar la memoria de su padre y obtener el dinero suficiente para mantenerse. Elric no tenía cabida en su proyecto de vida, sin embargo, ahí estaba, luchando para hacerse un hueco, y lo había conseguido. Necesitaba su presencia para que la oscuridad no la rodeara, para seguir siendo June.

—Eres un incordio, pero sin ti no puedo respirar... —*Querer* era una palabra que no estaba dispuesta a pronunciar sin la certeza de que él también la amaba.

El duque sonrió complaciente.

Albert después de frustrar el intento de huida de Libby se dirigió hacia June, colérico.

—Decidme, baronesa, dónde está el diamante o me cargo a su hermana.

—Lo he perdido —bramó June.

Kellogg alzó el puño.

—No la creo, y no tendrá otra ocasión para hablar. ¿Dónde lo esconde?

June alzó la barbilla y fijó la vista en el frente.

—¡Matadla! —ordenó Kellogg, señalando a Libby.

—¡No! —chilló lady Belford intentando desatarse. Ni cuando sus dos guardianes la sujetaron dejó de patear. Miró a Elric angustiada.

\*\*\*

Para asombro de los presentes, incluso para ella, Elric realizó dos silbidos cortos y uno largo. Veinte hombres y mujeres armados con escopetas y fusiles irrumpieron en el almacén. No era la guardia costera, como había supuesto, pero serviría. Reconoció a Gypsy, que rescató enseguida a Libby de los hermanos Smith.

—Pensé que te habías vuelto loco —recriminó June al duque.

—Presta atención. Esto sí que es un plan.

—¿Y no podrías habérmelo dicho?

—¡Ya basta, chicos! —Gypsy sonrió mientras se acercaba a ellos y cortaba las cuerdas.

June corrió hacia Libby, las dos se abrazaron con efusión. Una muchacha rubia y con cara de niña mala les entregó una pistola para cada una de ellas.

—Regalo de Snake.

June la reconoció del incendio del burdel, era una de las jóvenes que reclutó con rubies y esmeraldas. Alzó la cabeza para mirar a su alrededor, y por lo menos el cincuenta por ciento de sus rescatadores eran féminas vestidas de negro con un atuendo parecido a su traje pirata. El

mismo que ardió en la hoguera de la mansión de los Arundell. Una mueca a modo de sonrisa se le escapó de manera involuntaria. June cogió el arma con rapidez y se cercioró de que tuviera una bala. Libby se asustó cuando su hermana mayor le cerró la mano alrededor del revólver.

—Sé fuerte —susurró.

Las tornas cambiaron, Albert y los hermanos Smith fueron atados y arrodillados delante del trono vacío.

Los nuevos salteadores contemplaron a June, todos parecían saber quién era ella. Lady Belford, por el contrario, no sabía cuál era su papel en todo aquel embrollo. Elric señaló la silla de tela dorada. Sentarse en ella sería como realizar perjurio contra su padre. No deseaba vencer a Albert, lo quería muerto. Con una patada, tiró el asiento. El sonoro golpe provocó un extraño silencio. June comprobó que decenas de ojos fijos en ella esperaban una señal para actuar. Recordó las palabras que Elric le había repetido en más de una ocasión: «Tú eres la líder».

Se sintió orgullosa de tomar el relevo. Separó las piernas y colocó sus manos en la cadera. Lo que más deseaba era cortar el cuello de ese rufián. Un sudor frío la envolvió. Ya no tenía más excusas, había llegado el momento. Acarició el metal de la pistola y comprendió que disparar sería ahorrarle sufrimiento al asesino de su padre.

—June —llamó entre dientes Elric.

Lady Belford lo miró de reojo. Una sensación parecida al calor de una hoguera invadió sus extremidades.

—¡Quemadlo todo! —alzó la voz. Un murmullo en ascenso rodeó a la muchacha. No se trataba de aceptación, sino de quejas y lamentos— ¿Qué es lo que ocurre? —preguntó a su amigo y compañero, el duque de Arundell.

—No puedes acabar con su sustento.

June se encogió de hombros; una exclamación de incredulidad sobrecogió a sus soldados, pero mantuvo la serenidad. Sentía que por fin había alcanzado su destino. Ya no le dolía recordar a su padre. Él había confiado en ella y la había preparado para ese preciso instante. Ser la líder de los Red Dragon era mucho mejor que quedarse en Yellow House para el resto de su existencia. Ni el título ni la reputación tenían importancia, la verdadera herencia de Sebastian Seabrook era mucho más que el diamante azul.

—Solo es un almacén. Encontraremos otro.

Un grito de guerra proferido por la muchacha rubia animó al resto, que lo siguió en cadena. Alzaron sus espadas y pistolas vitoreando la idea.

—¿Dejaréis que una mujer os controle? —habló Albert, de manera impetuosa, hacia Elric

—¿Y por qué no?

—Por su carácter intrínseco, son débiles y cobardes, no son capaces de tomar decisiones coherentes.

June se acercó hasta el abogado. Le pegó un puñetazo en la cara.

—Débil es enviar a otros a realizar el trabajo sucio —dijo y acarició la cicatriz de su mejilla

—. Cobarde es el que se esconde tras una mentira. ¿Acaso no reconocéis esos defectos en vos?

—No negaréis que físicamente son inferiores —continuó Albert hacia el duque, como si June fuera invisible.

—¿Qué puede hacer la fuerza ante la inteligencia, sino rendirse? —contestó este.

—No os dejéis engañar por ella. La mente de una hembra es voluble y caprichosa. A usted le corresponde tomar las riendas. ¿Por qué dejar que los Belford se salgan con la suya? Vivirá siempre a su sombra y cuando no sea útil os desechará.

—¡Basta! —exclamó June, cansada.

—¿No os dais cuenta? Es inconstante y superficial, no entiende de números, ni sabe negociar. Desde que yo me encargo del Red Dragon he duplicado los beneficios; juntos podríamos triplicarlos.

—¡Basta! —Volvió a gritar June, esta vez colocó la pistola en la frente del abogado—. No tienes permiso para hablar.

Albert sonrió despectivo.

—No sabes cómo funciona.

June quitó el pestillo de seguridad.

—Mi padre me enseñó.

—Matar no va con su naturaleza, baronesa.

—En la suya tampoco, y ya ve, de la noche a la mañana se convirtió en un asesino.

Los hermanos Smith rieron.

—Me alegra que la muerte os haga tanta gracia —ironizó Elric.

—Vamos, Snake —habló Ray—, si de verdad nos quisierais muertos no estaríamos de cháchara. Ni tú ni tu putita tenéis lo que hay que tener para ser los líderes del Red Dragon, te has ablandado con los años.

Un murmullo nervioso puso sobre aviso a June. Con la culata de la pistola le pegó al gemelo en la cabeza.

—Dame un cuchillo —ordenó.

—¿Por qué? ¿Qué vas hacer? —preguntó Elric.

La rubia fue quien le alcanzó una navaja. June acarició la mejilla derecha de Ray, la que no tenía cicatriz, y se dispuso a rasgar su carne.

Su hermano se revolvió.

—¡Hija de la gran puta! ¡Solo te atreves con los indefensos! —Miró a su alrededor—. Sin nosotros, moriréis de hambre en tres días.

June era consciente de que intentaban la misma estrategia que ella había puesto en práctica en la taberna cuando buscaba a la ahijada del duque. Sembrar la duda y la desconfianza en el grupo. Se dirigió a su hermana con prudencia.

—¿Lo has hecho?

Libby asintió.

—¿Estás segura? —La menor de los Bedford volvió a asentir con mayor entusiasmo.

Con una sonrisa desafiante habló como si estuviera encima de un escenario y representara un papel.

—He sido sincera todo el tiempo, no tengo el diamante azul, tampoco sé dónde está y no me importa. —Se escucharon silbidos y quejas—. No me interesan las joyas. —Otro murmullo de decepción. Elric tuvo que intervenir para solicitar paciencia. June esperó a que se calmaran los ánimos y retomó la palabra—. Lo que me interesa es el dinero que me den por ellas.

Aplausos en el aire de unas cuantas personas. June hizo una pausa dramática, levantó el arma y a voz en grito, exclamó:

—¡Y yo lo tengo! ¡Miles de libras por la venta del diamante azul! —Silbidos de aprobación—. La guardia costera cada vez nos cerca más y coarta nuestros movimientos. El negocio tal y como lo entendemos agoniza. Ya no hay sitio para forajidos, criminales o contrabandistas, pero sí para personas que tengan un sueño. El diamante azul es un legado de mi padre, y yo os cederé una parte para que podáis volver a empezar.

—¿Les vas a regalar a todos una mansión? —habló, incrédulo, Albert.

—El Red Dragon puede convertirse en una cooperativa para satisfacer las necesidades de todas las familias. Sabéis comerciar, conocéis el valor de las cosas, os adelantáis a lo que el mercado solicita. Entre todos podemos crear un nuevo porvenir.

—¡Eso es ridículo! —dijo Albert.

—Estoy harta de ti. —Vacío el cartucho de pólvora y realizó un círculo alrededor de los gemelos Smith y de Kellogg—. Pero antes, el Red Dragón ha de desaparecer a los ojos de la ley.

—No lo hagas. —Elric la detuvo.

—Se debe cerrar un círculo para abrir otro. Perdono a todo aquel que se dejó convencer por estos hombres, que quiera redimirse y empezar una nueva vida. Pensad en lo que podéis aportar a la cooperativa. Gypsy y Libby serán los encargados de crear una lista con vuestros nombres y vuestros sueños. Entre todos lograremos un espacio donde renacer de las cenizas. —Una nueva ovación eclipsó los insultos de Albert.

Libby se arrimó a su hermana.

—No nos vamos a América, ¿verdad?

—Mira a tu alrededor —contestó, eufórica, June—, ¿eres capaz de abandonarlos?

—¿A dónde iremos? Ya nos hemos despedido de los nuevos condes y de la viuda, no aceptarán nuestra vuelta.

—Saldremos adelante. Ocupate de que todos marchen cuanto antes y ayuda a Gypsy —concluyó al ver cómo el muchacho se sentía superado por la situación.

Salieron del establecimiento por orden. Elric tuvo que intervenir en varias ocasiones para detener algunas trifulcas sobre quién iba antes o por qué las mujeres formaban parte del nuevo Red Dragon. El duque de Arundell señaló a Libby como ejemplo al ser la única que sabía escribir. La joven tomaba notas en un improvisado escritorio creado con dos barriles. Los dedos

se le mancharon de tinta debido a las prisas y los nervios. Gypsy la intentó tranquilizar.

—Siguiente. Nombre, sueño.

—No somos el ejército. —Rio la pequeña de los Belford—. Deja que se expresen.

—No tenemos tiempo. Siguiente. Nombre, sueño. —Libby bajó la cabeza divertida, mojó la pluma en la tinta y siguió escribiendo.

\*\*\*

La nueva líder de los Red Dragon observó con júbilo lo que había logrado. Sin embargo, esa sonrisa que se dibujaba en su rostro no brillaba tanto en su interior. Sintió una especie de quemazón en la boca del estómago. Algo le reconcomía, y al mirar a Albert y los hermanos Smith supo que tenía que terminar con aquello. Elric se cruzó en su camino antes de que pudiera encender la pólvora esparcida por el suelo con una vela.

—Sé que estás furiosa, que quieres venganza, pero te arrepentirás.

—Apártate.

—¡No puedes quemarlos vivos!

—¿Por qué no?

—June, no te reconozco.

—Sé que me tienes estima desde que era pequeña, por eso te has formado un ideal de mí que no existe.

—Te estoy diciendo que te amo, que perdono el sufrimiento que me hiciste pasar, que cada día que estoy sin ti mi alma se apaga. Y tú hablas de ¿estima?

—No es justo. Déjame terminar cuanto antes con esta locura, y te prometo que discutiremos sobre lo que quieras.

—Lo único que conseguirás es cargarte con una culpa que te perseguirá allí donde vayas. Hazlo por nosotros —dijo poniendo su mano en el vientre de ella.

—Tu madre te lo contó y viniste a por lo que es tuyo. ¡Vuelve con tu esposa!

—No me he casado. Leonor se escapó con un militar. Soy libre.

—Mientes, como todos los hombres.

—June, mírame, ¿soy como todos?

No, Elric era diferente, amable con los más necesitados, valiente, protector de sus seres queridos. No se creía con el poder de ser el propietario de nadie. Elric era apasionado, fuerte, gentil, capaz de ser feliz a su lado. La comprendía y la animaba a ser ella misma. Y descubrió que así era el amor, libre de suspicacias y celos, sin juicios de valor, amar al otro como un igual sin pretender atarlo a convencionalismos, compañeros de vida que se unían por propia voluntad, un pacto que perduraría para siempre. Al fin lo entendía: ella nunca había sido una más.

El duque le quitó la vela y con un movimiento de barbilla señaló a los tres villanos atados de pies y manos que permanecían en el centro de la sala; una pareja los trasladó hacia el exterior.



—¿A dónde se los llevan?

—Los alguaciles los buscan y sabrán dónde encontrarlos. No te preocupes por nada, se pudrirán en la cárcel.

—Tal vez es mejor una vida entre rejas...

—No tienes nada que temer. —Pegó sus labios a los de ella y le infundió valor—. Tu venganza se ha cumplido.

## Epílogo

Había sido una noche extenuante, una larga espera llena de sufrimiento que había valido la pena. June sostenía un preciado tesoro que dormía feliz entre sus brazos. Repasó por milésima vez los cinco dedos en cada mano y cinco más en cada pie. Los besó con ternura, y una lágrima asomó a sus ojos. La luz del sol entró por la angosta ventana e iluminó a su hija Adela, el vello rubio de su cabeza contrastaba con las negras pestañas que perfilaban sus párpados. Era tan perfecta que un nuevo sentimiento la sobrecogió, ¿sería capaz de mantenerla a salvo, de perpetuar esa calma con la que parecía haber nacido? Nunca hasta entonces había experimentado sensaciones tan contradictorias: por un lado, la alegría, y por otro, la culpa por no saber cómo protegerla.

—¿Qué ocurre? —preguntó Caroline mientras doblaba la ropa de la niña recién nacida y la guardaba en una cómoda.

—Estoy algo confusa.

La condesa se acercó a la cama donde se encontraba June y le acarició el pelo.

—Todas las madres lo estamos.

—¿Cuándo desaparecerá esta ansiedad?

—Mi pobre niña, nunca lo hace, está siempre contigo.

—No sabía que tener hijos fuera así de cruel.

—Al contrario, significa que eres una buena madre.

—¿Alguna vez has tenido tanto miedo?

—Desde que naciste. Estabas tan llena de vida que no dudé que perseguirías tus sueños, y eso me daba pavor, y me lo sigue dando.

—Lo siento.

—No, soy yo quien lo siente, tal vez no haya demostrado cuánto te quiero, solo pretendía que fueras fuerte.

—Lo soy, mamá. —Ahora lo sé.

Se oyó un portazo; alguien había entrado en su pequeña y acogedora casa de campo. Se ruborizó, ya que adivinó que el recién llegado estaría demasiado ansioso por verla como para guardar la compostura frente a Caroline.

El nombre de June resonó a lo largo de las escaleras; la puerta se abrió sin darles tiempo a cubrir los hombros de lady Belford con un chal. Elric sostenía un papel y se acercó a ella fogoso,

pero un acontecimiento mucho más importante detuvo la muestra de cariño. Miró a la pequeña Adela y se llevó la mano al corazón. Se arrodilló y besó sus pies, tal y como había hecho su madre antes.

—Gracias —pronunció.

Caroline se retiró de la alcoba con una sonrisa.

June se mordió el labio inferior. Quería seguir siendo la misma de siempre, valiente, enérgica, locuaz; sin embargo, algo había cambiado, un temor irrefrenable a perder cuanto tenía le impedía hablar. Creía que si proclamaba en voz alta su felicidad esta se evaporaría y volvería a sumirse en la desesperación. Había repudiado el odio que la consumía y la arrastraba hacia una venganza sin sentido, y había dejado que Elric la meciera entre sus brazos. Hacía unos meses que habían comprado una hacienda cerca de Yellow House, en Belford, en la que Libby y Caroline también se instalaron. Tanto ella como Elric vivieron durante un tiempo a caballo entre Londres y Belford, poniendo en marcha la idea que June había expuesto en el Red Dragon durante su sublevación. Abrieron tres tiendas de telas importadas y dos más de tés y especias. Disfrutó cada uno de los pasos hasta que su embarazo le impidió viajar, y fue Elric el que se quedó en Londres para ultimar los detalles. Esa misma noche, en ausencia del duque, nació su pequeña. La opresión en el pecho que no la dejaba respirar desde la muerte de su padre desapareció en el instante que notó su diminuta cabeza entre sus piernas; con cada exhalación sentía que su alma se redimía por toda la rabia que había guardado en su interior. Contempló el rostro lleno de emoción de Elric y se dio cuenta de que no existía una dicha mayor.

—Tengo suerte de tenerte a mi lado —dijo al mismo tiempo que acercaba sus labios a los del duque. Un olor a vainilla y tabaco invadió sus fosas nasales, era la misma fragancia del hombre del que se había enamorado. Sí, el corazón se había impuesto sobre la razón: estaba loca y perdidamente enamorada del hombre más extraordinario de la tierra. El mismo que la había salvado de un destino lleno de oscuridad si hubiera llevado a cabo su plan hasta el final. Reconocía que su instinto había sido quemar el Red Dragon, a Albert y a los gemelos Smith. Quería comprobar con sus propios ojos cómo ardían y se convertían en cenizas, escarbar entre ellas y sujetar el cráneo de aquel que le había arrebatado a su padre. Una lágrima resbaló despacio por su mejilla y llegó hasta sus labios, su sabor salado le recordó las penurias que había tenido que pasar para llegar donde estaba. Se asustó al ver cómo Elric arrugaba el entrecejo y movía la carta que había traído consigo.

—¿Sucede algo malo? —abrazó a su hija contra su pecho.

Elric se demoró en acariciar la nariz respingona de Adela.

—Ya hay fecha para el juicio de Albert.

June respiró, temía que otra desgracia se hubiera cernido sobre ellos.

—Eso son buenas noticias, ¿no?

—Depende. El juez sabe de tu existencia y no tardará en dar con nosotros.

Los rayos de sol desaparecieron para dar lugar a una penumbra. Miró hacia la ventana, más allá

las nubes negras presagiaban una tormenta.

—¿Qué significa?

—Que podrá quedar en libertad.

—¿Qué alternativas tenemos? —No quería volver a llenarse de rencor. Deseaba sentir la paz, aunque fuera momentánea, que experimentaba al ser una familia.

—Huir y adoptar otros nombres, o enfrentarnos...

—Decir la verdad. —No le parecía tan descabellado presentarse otra vez como June Belford y no tener que esconderse ni aparentar ser otra persona y despojar a su hija de la herencia que le correspondía, la de una sangre por donde corrían la audacia y el vigor.

—¿Estarías dispuesta? ¡Todo Londres conocería tu historia! Serías la comidilla de las fiestas, te rechazarían...

—¿Desde cuándo me interesan las fiestas? —Nada podía compararse a lo que había sufrido para conseguir el diamante azul.

—Será un juicio largo.

—Pero tengo la oportunidad de limpiar mi nombre. —Y algo mucho más importante: compensar a su madre y a su hermana por vivir en unas condiciones inferiores a las que estaban acostumbradas, escondiéndose de la justicia, anulando cualquier anhelo de una existencia sin mentiras.

—¿Vale la pena?

—Si se reconoce que estoy viva, podré conseguir la nulidad de mi matrimonio. —Aunque ya se había hecho a la idea de vivir en la sombra, siempre quedaba un resquicio por el que se colaba la idea de volver otra vez a formar parte de la sociedad, aunque solo fuera para compensar a Elric. Separarlo de Isabella, que permanecía en la casa de la duquesa viuda, la mortificaba día a día.

—Entonces, ¿aceptas? —Elric se arrodilló—. June Belford, a pesar de tus constantes negativas, ¿quieres ser mi esposa?

—Nunca te he rechazado, tan solo he sido realista. Pero ahora las circunstancias han cambiado, tengo la ocasión de testificar contra Albert, informar de lo que sucedió el día que asesinaron a mi padre. De esta manera podré ser tuya para siempre.

—Te equivocas, June. Te quiero por tu espíritu libre, lo único que deseo es acompañarte en tu camino.

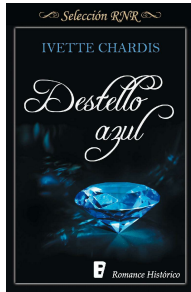
June sintió que un calor invadía sus entrañas, percibió la energía del duque y comprendió que los dos serían capaces de sobreponerse a cualquier vicisitud. Nunca nadie los podría separar; eran una familia, a pesar de que la ley no estuviera de su lado. Se miraron a los ojos y se vio reflejada en ellos. El mismo hilo que intuía que los unía desde que se conocieron se hizo visible. A veces, el amor lo alcanzaba a uno como un rayo, así fue para Elric; otras, permanecía oculto, mientras se tejía poco a poco y se ramificaba a través de las arterias hasta convertirse en parte intrínseca de uno mismo, así lo sentía June. Un amor tan profundo que no podía ignorarlo por más tiempo.

—Sí, lord Arundell, pasaré mi vida contigo.

—¿Por qué? —suplicó el duque.

—Porque te amo.

## Destello azul



Él está obsesionado con mantenerla a salvo, y ella se debate entre la pasión que ese hombre le provoca y el orgullo de no querer convertirse en una más.

Venganza y amor se entrelazan en esta apasionante novela romántica.

June, hija del conde de Belford, y Elric Glover, ladrón y estafador, criado en los bajos fondos de Londres, se conocen durante la peor noche de sus vidas.

Los dos son testigos del asesinato del conde que esconde una joya de gran valor: el diamante azul. El mismo que llevó Maria Antonieta antes de morir guillotizada. Deciden asociarse para buscar el diamante, y lo que en principio solo se trataba de formar equipo queda en entredicho cuando sus vidas se entrelazan como los hilos de una telaraña.

**Yolanda Díaz de Tuesta Martín** nació en Bilbao y firma solo como “Díaz de Tuesta” porque ya es lo bastante largo. Además, siempre le ha gustado ser original. Sus géneros preferidos son los relacionados con lo fantástico, en todas sus formas (terror, cifi, fantasía), pero también el romántico de calidad. Es autora de un buen número de relatos, algunos premiados en concursos. Muchos de ellos forman parte del recopilatorio *De terrores y otras alegrías...* Y, bueno, entre tecla y tecla, mientras tejía palabras y párrafos formando historias, ha sido nieta, hija, hermana mediana, novia, tía, esposa y tantas otras facetas que componen una vida.

**Eva Benavídez.** Tengo veintinueve años. Vivo en Córdoba, Argentina, junto a mi esposo y mi hijo. Estudié Relaciones públicas, ceremonial y protocolo. Mi pasión es la escritura desde que a los doce años leí un libro que marcó mi vida: *El diario de Ana Frank*. Comprendí entonces que la lectura, pero sobre todo la escritura, iban a ser el refugio y la constante en mi vida. Dios es la fuente de mi inspiración y mi sostén. Mi motivación mi familia, y mi vocación poner en letras las voces de mi alma.

**Ivette Chardis** descubrió desde muy pequeña que aparte de leer, lo que más le gustaba era escribir. La llenaba de paz y la envolvía de una esperanza alentadora. Enseguida advirtió que el pasado la intrigaba, era esa parte oscura que se escondía a los ojos de los demás lo que más le atraía, y por eso decidió estudiar historia. Nunca dejó de escribir, se presentó a algún concurso que otro de relatos y llegó a ser mención de honor. Escribió artículos para blogs y portales de Internet, colaboró en radio y en televisión, hasta dio clases de escritura creativa. Pero otra trama más importante la mantuvo ocupada, su propia vida. El amor la alcanzó muy joven, enseguida adivinó que estaba ante su príncipe y no dejó pasar su oportunidad. Las circunstancias, la familia, la alejaron cada vez más de su pasión: contar historias. Hasta que un día su hija le preguntó: «¿Mamá por qué no escribes una novela?». Y se dio cuenta de que había llegado el momento.

Edición en formato digital: diciembre de 2019

© 2019, Díaz de Tuesta, por *Una mañana en el Támesis*

© 2019, Eva Benavidez, por *Dulce enemistad*

© 2019, Ivette Chardis, por *Destello azul*

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18122-16-3

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial





megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

## NOTAS

### Dulce enemistad

#### Capítulo 7

[1] Hasta pronto, dulce Alinne.

#### Capítulo 8

[2] Hasta pronto, dulce Alinne.

#### Capítulo 11

[3] Texto extraído de *La tempestad*, de William Shakespeare.

[4] Texto extraído de *La tempestad*, de William Shakespeare.

[5] Texto extraído de *La tempestad*, de William Shakespeare.

[6] Texto extraído de *La tempestad*, de William Shakespeare.

[7] Texto extraído de *La tempestad*, de William Shakespeare.

[8] Texto extraído de *La tempestad*, de William Shakespeare.

[9] Texto extraído de *La tempestad*, de William Shakespeare.

[10] Texto extraído de *La tempestad*, de William Shakespeare.

# Índice

Para las amantes de la Regencia

Una mañana en el Támesis

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Epílogo

Sobre este libro

Dulce enemistad

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Destello azul

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Capítulo 21  
Capítulo 22  
Capítulo 23  
Capítulo 24  
Capítulo 25  
Capítulo 26  
Capítulo 27  
Capítulo 28  
Capítulo 29  
Capítulo 30  
Capítulo 31  
Capítulo 32  
Capítulo 33  
Capítulo 34  
Capítulo 35  
Epílogo  
Sobre este libro

Sobre las autoras

Créditos

Notas